NACHO ABAD



SÉ QUE ESTÁS VIVA

NOVELA

Índice

Dedicatoria
Citas
Primera parte. LA BÚSQUEDA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte. GUADALUPE
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tercera parte. ¿LA RESOLUCIÓN?
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Agradecimientos
Notas
Créditos

A Gustavo
y a mi amigo Abel (22 de noviembre de 2016),
vivo en mi corazón y en mi cabeza.
Y para vosotros,
Bárbara, Inés y Alonso,
siempre.

«El tiempo lo cura todo menos la verdad».
CARLOS RUIZ ZAFÓN, *El juego del ángel*
«Un cerebro que juzga requiere de un oído atento».
The Good Wife

Primera parte
LA BÚSQUEDA

1

El sonido del teléfono distrajo a Germán Carrasco. Dejó de leer la minuta que un funcionario le había entregado a primera hora de la mañana para fijarse en el nombre que brillaba insistente en la pantalla. Su cuerpo se tensó en estado de alerta y su mente entró en ebullición. «¿Por qué me llama después de tanto tiempo? ¿Qué querrá? ¿Cortesía o pedir algo?». Las preguntas se solapaban unas con otras sin que ninguna hallase respuesta. El nombre de mujer que iluminaba la pantalla lo tenía paralizado. A duras penas había logrado enterrar los recuerdos de lo sucedido hacía dos años cuando aquella inesperada llamada los sacó a flote de golpe. Rechazó la comunicación cobardemente, como si al pulsar la tecla de cancelar pudiera ahuyentar su pasado. Colocó el teléfono en modo silencio y lo escondió dentro del primer cajón de su mesa, buscando con aquel gesto desgajar de su vida episodios que creía olvidados.

Encendió un purito y aspiró con ansiedad. Después de un par de prolongadas y compulsivas caladas, logró relajarse un poco. Fumaba en su despacho pese a estar prohibido. Se acordó de aquel querido amigo suyo, Cristóbal, al que le detectaron un cáncer de pulmón y le dieron menos de un mes de esperanza de vida. Al recibir el diagnóstico, Cristóbal sacó un paquete de rubio del bolsillo y se encendió un cigarrillo delante del médico. El doctor le miró desconcertado. «A ver quién tiene el valor de decirme que no fume aquí porque es malo para mi salud», le soltó con una gran sonrisa. Pues eso, pensó Germán, a ver quién es el que se atreve a entrar en mi despacho y protestar. El inspector había vuelto al vicio después de cinco años de abstinencia. Creía que el tabaco le tranquilizaba, aunque, a veces, simplemente fumaba porque se aburría, por llenar espacios. Abrió la ventana para airear la habitación y se entretuvo, apoyando los codos en el alféizar, en mirar a la gente que paseaba por la calle de las Huertas.

Sonó el teléfono fijo. Alguna tontería querría el jefe. Le costó alejarse de la ventana para atender el requerimiento.

—Dime —contestó con desánimo.

—Buenos días, Germán. —La sorpresa de oír una voz femenina que pensaba haber despistado minutos antes le enmudeció. A la mujer pareció no importarle su silencio porque siguió hablando—: No sé si se acuerda de mí, soy Alejandra Rey, la abogada de…

—Sé perfectamente quién es usted —le cortó con brusquedad mientras se dejaba caer sobre la silla. Su corazón galopaba sin control y el estómago se había encogido como un caracol al notar el tacto humano.

—¿Qué tal está? —preguntó ella por cortesía.

—A ver, letrada, no creo que mi salud le preocupe a usted un pimiento. No nos engañemos —respondió abruptamente. El silencio de Alejandra, ya fuera por estupor o porque tenía razón, le animó a continuar—: Como no he respondido a su llamada al móvil, ha encontrado la forma de localizarme en el teléfono oficial. Así que déjese de rodeos y dígame sin más preámbulos qué quiere —planteó con voz agria Germán—. Le advierto que solo le puedo dedicar unos segundos. Estoy muy ocupado.

—Mi cliente quiere cobrarse su deuda.

—¿Qué deuda? —trató de escabullirse infantilmente.

—No me haga recordárselo, agente.

—¡Joder! —rezongó entre dientes—. Sí que se ha dado prisa.

—Valentín exige que vaya a verle a la cárcel —le comunicó Alejandra sin entrar a responder al comentario—. De inmediato. Le urge hablar con usted.

—¿Para qué? —preguntó, seco, sin poder pasar por alto el escozor que le había producido el verbo utilizado por la abogada.

—No lo sé, ni me lo ha dicho ni yo se lo he preguntado —respondió sin que aparentemente le molestara la aspereza del policía.

—Veré cuándo tengo un hueco libre —anunció cortante y colgó la llamada sin despedirse.

Alejandra Rey le caía bien. Además de ser buena abogada, era una persona de fiar. Le demostró que tenía palabra cuando selló con él un acuerdo obligando a su cliente a firmar una declaración delante de un notario en la que Valentín negaba haber recibido un rodillazo en los testículos mientras estuvo detenido. Desde entonces, habían pasado ya casi dos años. Pero ni siquiera ese documento exculpatorio había evitado una sanción encubierta. El audio en que él reconocía haber agredido a Valentín se filtró a varios medios de comunicación. El sonido era una prueba contundente. Aunque los dos se pusieron de acuerdo en explicar que se trataba de una recreación, un pequeño teatrillo que habían grabado durante el primer registro, la excusa, aparte de pobre y peregrina, no aguantaba el sonido de una conversación tan real y convincente.

Sus mandos le arrinconaron y le advirtieron que no hiciese mucho ruido. Debía conformarse porque, si no, las cosas podían empeorar más. Dejó de ser el jefe del grupo de Judicial de la comisaría de las Huertas y, a pesar de su grado, lo derivaron a un despacho en labores administrativas. Enterrado en papel. Allí quedó oculto de la mirada de la opinión pública y de titulares incómodos. Su vida se había convertido en una agonía. Caminaba por los pasillos de comisaría sin que nadie reparase en su presencia, como un fantasma invisible para sus compañeros. Un apestado del que todos huían sin prestarle atención. Envejeció de golpe. El poco pelo que le quedaba blanqueó y la piel del contorno de los ojos se descolgó en grandes bolsas repletas de pequeñas lágrimas de rabia que nunca llegó a derramar.

Lamentó haber sido tan brusco con la abogada, pero oír su voz, como un aguijonazo, despertó recuerdos que prefería tener enterrados y había hecho aflorar ese denso amargor que, como su propia sombra, le acompañaba en los últimos tiempos allí donde fuese.

Nadie protestó ni le echó de menos cuando, a media mañana, desapareció de comisaría. Montó en su coche y se dirigió a la prisión de Herrera de la Mancha. Si su deuda se resolvía con una visita a aquel asesino, no había inconveniente. Cuanto antes cumpliera, mejor. Más pronto volvería a su rutina.

Enfiló los casi doscientos kilómetros con un torbellino de sensaciones. La tensión le agarrotaba las manos al volante, hasta dejarle los nudillos blancos, mientras la angustia que le habían despertado los recuerdos le atenazaba el estómago, y casi le impedía tragar la amarga saliva que se le acumulaba en la boca. Al tiempo que el coche devoraba asfalto, su mente maldecía el día en que se vio envuelto en la

investigación de la desaparición de Guadalupe.

Recordaba perfectamente el Jueves Santo de hacía dos años. Por azares de la vida y carambola de las vacaciones de los jefes, él se encontraba trabajando en la comisaría de la calle de las Huertas, y no disfrutando con su mujer en la sierra, cuando Valentín Monaster, hijo del famoso torero con el mismo nombre, acudió a pedir ayuda. Todavía resonaba en su cerebro la voz alarmada del policía de la oficina de atención al ciudadano contándole que un individuo acababa de denunciar la ausencia de su esposa y que había algo en su actitud que le daba mala espina. Cuando el sujeto entró en su despacho y le oyó hablar, Germán notó la misma desazón e inmediatamente comprendió a qué se refería. Prepotente, altanero, sin empatía, Valentín fue contando cómo su mujer se había volatilizado la noche anterior. Que Guadalupe estuviera en avanzado estado de gestación y que padeciera una severa diabetes fueron cuestiones que el denunciante dejó escapar sin otorgarles la trascendencia que tenían. Hubo que sacárselas casi a la fuerza. Trasmitía la sensación de que ocultaba algo. Sus respuestas eran dubitativas, poco precisas, y su comportamiento no se correspondía con el de un atribulado esposo cuya esposa llevaba horas desaparecida. Las mentiras en las que le cazaron cuando le acompañaron a la casa (la que el matrimonio tenía en Madrid para dormir las noches en que decidían no irse a su morada habitual en la localidad de Batres) sirvieron para acrecentar esa sensación de culpabilidad.

De vuelta a la comisaría, Germán le sorprendió manipulando el móvil y en un arrebato se lo arrancó de las manos para, siguiendo una corazonada, ver qué estaba haciendo y de paso investigar su contenido. Encontró fotos de Guadalupe golpeada y sus suposiciones se precipitaron. La chulería, la superioridad y la sensación de impunidad con la que Valentín respondió a sus preguntas sobre los hematomas de su esposa hicieron que perdiese los nervios. Se dejó llevar por la rabia y, en un impulso del que se arrepentiría toda la vida, le detuvo. Lo que prometía ser una investigación apasionante, pronto se esfumó de sus manos e, impotente, vio cómo otros compañeros se hacían cargo de las pesquisas.

El comisario Joaquín Pazo Quintáns, jefe de la UDEV Central, olió medallas por la trascendencia mediática de la investigación y se la arrebató, arrogándose para él y su grupo todos los privilegios y méritos de la indagación policial. Valentín fue el primer y único sospechoso desde el principio. Germán, que siguió con atención los avances de las pesquisas y el posterior juicio, acabó convencido de que sus compañeros de Judicial se habían limitado a heredar a su sospechoso y remarcar con trazos más firmes la culpabilidad que él había esbozado en el inicio de la investigación, aun a riesgo de hacer encajar por las bravas, e incluso remodelar forzadamente, las piezas del puzle para conseguir que las evidencias cuadrasen y sostuvieran esa culpabilidad. Nadie podía permitirse un nuevo caso Marta del Castillo.

El juicio de Valentín Monaster, en el que terminó condenado por asesinato y aborto, fue un paripé con un jurado totalmente intoxicado por los medios de comunicación. De refilón, y para encubrir el tufo de las malas prácticas policiales que se fueron aireando a lo largo de la vista, sus superiores decidieron sacrificar a alguien. Los medios lo exigían. Germán fue el elegido. Lo expusieron desnudo de argumentos y sin apoyos para absorber todo el escarnio público. Desviaron sobre él toda la

atención y, mientras se convertía en la diana de las críticas, ellos cubrieron un sinfín de irregularidades desveladas en el juicio pero que a nadie parecieron importar, quizá por lo complicado del argot legal. Pan y circo. Y aunque Alejandra Rey había denunciado en el Tribunal Supremo las barrabasadas cometidas, los jueces dieron carpetazo. Fue ahí donde aprendió que, si interesaba, la ley y la verdad podían estirarse hasta el límite conveniente, en directo contacto con la mentira.

Germán salió relativamente bien parado. Sobre todo teniendo en cuenta que se jugó varios años de cárcel. Le esquinaron en un trabajo burocrático que le terminó de despojar el escaso entusiasmo policial que por entonces le quedaba. Encima, sus jefes le recordaban una y otra vez que tenía que estar agradecido porque podía haber sido mucho peor. Claro que, comparar las consecuencias de aquel momentáneo exceso de celo profesional con las irregularidades e ilegalidades cometidas (entre otras, robo de dinero, manipulación de pruebas, pérdida de evidencias…) por sus compañeros de Judicial, a los que habían premiado, a él le parecía un dislate. Una injusticia tan brutal que le había empujado al borde de la desesperación y que transformó su ilusión en un desprecio intenso al estamento policial.

Estas amargas reflexiones le condujeron hasta la puerta de la cárcel sin que en su mente quedase un solo recuerdo del camino recorrido. Ser amigo del director le permitió acceder al interior de la prisión sin demasiados problemas. Le conocía desde hacía años y mantenían una buena camaradería. Los dos se hacían favores mutuos, sin preguntas.

Cuando las primeras rejas comenzaron a abrirse, se dio cuenta de que no había dedicado un segundo a pensar para qué lo había llamado Valentín, lo que le impedía diseñar más estrategia que la prudencia ante la inminente reunión. Estaba totalmente desorientado. Solo tenía algo claro y era su odio hacia aquel individuo, el culpable de su ruina. Para lograr vivir consigo mismo había soslayado sus errores, sin reconocerlos, y culpaba a Valentín Monaster de la desastrosa deriva que había tomado su vida. Un recurso muy humano. Dentro de sí sabía que se trataba de una treta mental que le permitía sobrevivir a su propia compañía, porque el principal culpable de su destino era él mismo.

Valentín aborrecía a Germán. Con él comenzaron sus problemas. Aquel policía le clavó la rodilla en la entrepierna para obligarle a confesar. A veces, cuando soñaba con ese momento, se despertaba envuelto en sudor y con el recuerdo del dolor palpitándole en los genitales. Fue él quien ordenó su detención en plena calle. Mientras lo tumbaban en el suelo y le colocaban los grilletes, alguien había grabado con un móvil la escena. No podía demostrarlo, pero sospechaba que lo había hecho el propio Germán y que, después, lo había filtrado a la prensa. Tenía cincelado aquel momento en su memoria. En ese instante comenzó su desenfrenado viaje hacia la condena. Germán era el culpable de que lo hubiesen metido en la cárcel y ahora, irónicamente, él se convertiría en la llave que le libraría de ella. El policía conseguiría su libertad. Lo usaría para ello y, en cuanto estuviese en la calle, se vengaría de él. Le destrozaría y disfrutaría viéndole llorar. Había fantaseado mil veces imaginándole de rodillas ante él, humillándose e implorando su perdón. Sonrió feliz. Ese momento llegaría, pero ahora necesitaba su ayuda. Tocaba disimular su odio.

El locutorio era un lugar despersonalizado. Estaba formado por varias cabinas

contiguas de pequeño tamaño colocadas en una interminable hilera. Germán se introdujo en la que le señalaron. A través de los cristales de los lados pudo ver a otros visitantes que ya hablaban con algún preso. Le pareció de mala educación cotillear en conversaciones ajenas, así que fijó la vista al frente esperando a su invitado.

Germán y Valentín se midieron con la mirada durante unos interminables segundos. El policía pudo observar cómo le habían afectado los meses de reclusión. Ya no era aquel señorito bien vestido que había conocido en las horas que habían compartido durante la investigación. Ni el que, todavía altanero, compareció ante el tribunal. Ahora se había amoldado al estilo de vida carcelario. Sus ropas elegantes habían trocado por un chándal y zapatillas deportivas, y su actitud denotaba derrotismo y frustración. Valentín pegó contra el cristal un folio escrito a máquina sujetándolo con la palma de la mano e hizo un gesto con los ojos para animar a Germán a leerlo.

Ególatra: dícese de la persona que se estima a sí misma de manera excesiva. Persona que profesa la egolatría, adoración y amor a uno mismo.

Esta definición te va como anillo al dedo.

Supongo que te olvidaste de buscarla en el diccionario con todos los avatares que has sufrido en la vida.

Yo no, por eso te la mando.

Recuerda bien su significado, por si alguna vez nos volvemos a ver.

Germán se retiró del cristal sin comprender qué interés podía tener aquel documento. Valentín leyó desconcierto en sus ojos. Cogió el teléfono de su lado del cristal e indicó al policía que hiciera lo mismo.

—¿Lo ha leído bien? —preguntó, obviando el saludo de cortesía.

—Sí, pero no entiendo nada. Ni comprendo qué hago aquí, pero le advierto que con esta visita quedamos en paz. Cuando termine no quiero volver a saber nada de usted. ¿Le queda claro?

—La última vez que vi a mi mujer fue cuando se estaba bajando del coche. Me llamó ególatra y me dijo que debía aprender el significado de esa palabra —le espetó al policía con la voz alterada—. Hace tres meses me llegó esta carta anónima a prisión, aunque los hijos de puta de los funcionarios no me la dieron hasta ayer.

—¿Y? —dijo el policía, encogiéndose de hombros—. ¿A mí qué me cuenta?

—Que está viva. ¡Guadalupe está viva! ¿Lo entiende? —Su voz se había convertido en un grito furioso.

—¡Menuda estupidez! —rechazó en voz alta—. Ya me sé la cantinela, todos los que estáis en la cárcel sois inocentes.

—El resto no lo sé, pero yo sí —dijo Valentín muy serio.

—Había un hueso de bebé alrededor de la máquina trituradora que quemaste. Tú la mataste, las pruebas te condenaron —acusó Germán, aunque al oírse le pareció que sus palabras sonaban algo huecas.

—No, yo no la maté. Mi mujer estaba embarazada de seis meses y medio y el hueso que se encontró correspondía a un bebé dos meses mayor. Ese hueso no era de mi hija.

—¡Qué casualidad! —siguió resistiéndose Germán—. ¿También es casual que desapareciese su mujer, que en su finca apareciese una máquina trituradora de madera quemada, que hubiese fotos en su móvil de su mujer golpeada? ¿Son todas

casualidades?

—Escuche bien —pidió, sin poder disimular la irritación de su voz—. Mi mujer lo planificó todo al detalle. Me tendió una emboscada para que yo acabara en la cárcel.

—Tú la mataste, pero te pillamos.

—Aquella noche la hubiera asesinado. Incluso me regodeé con la idea en varias ocasiones. Pero…

—Mírate, si estás confesando que deseabas matarla…

—El deseo no es delito. En mi cabeza puedo apuñalar, disparar o destrozar a martillazos el cráneo de quien quiera. A Guadalupe deseé asesinarla en mi cabeza —remarcó—, pero no lo hice. En la vida real no la maté.

—Para mí es lo mismo —respondió inamovible Germán.

—No, no es igual. Seguro que alguna vez en tu mente has deseado llevarte algo gratis de una tienda y eso no es robo o conducir un coche mejor que el tuyo y eso no es hurto y uso de vehículo. Te estás obcecando —le reprochó—. ¡Piensa! Si analizas todo lo que sabes del caso, te darás cuenta de que tengo razón —insistió Valentín. Intentaba ser tan persuasivo en sus argumentos que, instintivamente, había comenzado a tutear al policía, como estableciendo una conexión más cercana con él—. Desmonta las piezas del puzle, revuélvelas y componlo con la verdad que te estoy descubriendo, ¿a que cuadran mejor?

—¡Menuda gilipollez! —exclamó antes de colgar el teléfono con violencia.

Germán se levantó de la silla asqueado de escuchar los desvaríos de Valentín. Caminó hacia la salida, convencido de que jamás en la vida volvería a verlo, pero a mitad de camino se paró. Algo le rondaba en el cerebro.

Valentín le observó con atención. El policía parecía cavilar. Había colocado ambas manos en la cintura, tipo botijo, y miraba hacia el suelo. Durante unos interminables segundos se quedó quieto. Supuso que estaba digiriendo la revelación que acababa de recibir.

¿Era posible que Guadalupe estuviese viva? Una descarga eléctrica sacudió el cerebro del policía. Notó cómo algunos resortes se movían y, por un segundo, sintió que ajustaban con más suavidad.

De repente se dio la vuelta y regresó al locutorio.

—Vale —admitió—. Supongamos que tienes razón, que tu mujer está viva y que no la mataste. Te recuerdo que estás condenado por asesinato, así lo decidió un jurado tras estudiar las pruebas y escuchar a los testigos. Se te han acabado los recursos. La sentencia es firme. No hay nada que hacer.

—¡Encuéntrala! —exclamó—. Si la encuentras, me tendrán que dejar salir. No habrá mayor prueba de mi inocencia.

Germán estalló en una carcajada histriónica incapaz de contenerse a pesar del lugar donde estaba. Los ocupantes de los locutorios contiguos se giraron, curiosos, a ver qué pasaba. La escena era kafkiana. Del lado libre del cristal, el visitante doblado por la mitad, desternillado de la risa, mientras que en la parte de los prisioneros, el condenado comprimía la mandíbula con rabia.

—Pero, chico, tú estás loco. En primer lugar, no hay ninguna prueba de que esté viva. En segundo lugar, por tu culpa, yo ya no soy policía judicial, me dedico a labores administrativas. En tercer lugar, ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué habría de

ayudarte?

—Uno, llévate esta carta y el sobre en el que llegó y busca huellas. A lo mejor hay suerte y te convences. Dos, yo no te obligué a pegarme en la entrepierna ni a quitarme el móvil. Te buscaste tú solito tu destino. Tres, tienes una deuda conmigo. Podía haberte acusado y lo sabes. Al no hacerlo te libré de varios años de cárcel y no sabes lo que es estar aquí dentro. No te lo puedes ni imaginar. Una semana en esta jaula supera cualquier infierno conocido. La gente habla con mucha ligereza de cómo es la vida en la cárcel porque jamás han pasado unas horas entre barrotes. Aquí te vuelves loco —dijo como ido. Unos segundos después se recuperó y siguió con su discurso—: Necesito salir. Tú estás libre y yo aquí dentro, con la diferencia de que tú sí cometiste los delitos y eres culpable y yo soy inocente. Me lo debes. Comprometiste tu palabra. A veces, demasiadas, la verdad jurídica no coincide con la realidad. Ayúdame a armonizar estos dos conceptos.

Germán no tenía ganas de seguir hablando con aquel individuo. Le daba asco.

—Dale la carta al funcionario, que ahora me ocupo de que me la entreguen —zanjó a regañadientes.

Valentín quiso preguntarle si buscaría a su mujer, pero el policía ya había colgado el teléfono y le había dado la espalda. Con mucho cuidado introdujo la carta de su mujer en un sobre de papel más grande. Cuando terminó, se quitó el guante de plástico con el que había sujetado el papel contra el cristal. Lo había visto en cientos de películas. Así evitaba dejar sus huellas y no entorpecería la investigación.

Germán recorrió el camino de regreso de la misma forma que llegó a la cárcel, sin darse cuenta siquiera de que conducía, y ahora verdaderamente furioso. Odiaba a Valentín y se arrepentía de haberle ido a visitar. Despreciaba esa piel blanquecina llena de pecas, ese aire de superioridad que siempre le envolvía, ese tono presuntuoso. Y él era un estúpido, un profundo descerebrado que se había dejado engatusar por la verborrea de aquel despojo humano. ¡Qué narices iba a ser inocente! Él mató a su esposa con una sobredosis de insulina, llevó su cadáver hasta un descampado de su propiedad en el maletero de su todoterreno, la metió dentro de una enorme máquina trituradora de madera, destrozó su cuerpo y le prendió fuego para eliminar las pruebas. ¡Pero si se encontró un hueso del bebé que esperaba Guadalupe! ¡Qué importaba si era de seis o de ocho meses! Afinaría mal el forense. ¡Qué cojones de importancia tenía en cualquier caso! No pensaba ayudarle, ni mover un dedo por él, ¿pero qué se había creído? Si quería denunciarlo, que lo hiciese. Ya se defendería, pero prefería mil veces sentarse en el banquillo de los acusados que colaborar con aquel psicópata. Y en el hipotético caso de que fuese inocente y no hubiese matado a Guadalupe, le daba igual. Le acababa de confesar que tenía intención de hacerlo antes de ser detenido. La habría asesinado más tarde o más temprano. Individuos como Valentín merecían pudrirse en prisión. La sociedad se beneficiaba prescindiendo de ellos.

Volvió al trabajo por inercia, aunque poco era lo que tenía que hacer esa tarde. En la soledad de su despacho, sus peores sentimientos deambularon libremente. Empezaron con Valentín y fueron desplazándose hacia todos los que consideraba responsables de su desgracia. Se dio cuenta de que había encallado en el rencor a los estamentos policiales y a los malditos compañeros del Grupo I de Homicidios de la

Comisaría General de Policía Judicial. Durante el juicio a Valentín todos habían mentido, ¡todos! Falsearon pruebas, malinterpretaron evidencias para que cuadrasen en su relato y uno de ellos hasta robó diez mil euros de la caja fuerte de Valentín durante el registro. No les pasó nada. Ninguno merecía seguir en la policía. La basura debía ser arrojada al vertedero. Pero, como suele ser habitual, ocurrió lo contrario, ganaron ellos.

La condena de Valentín se había vendido en los medios de comunicación como un gran éxito policial y de la instrucción. A unos les colgaron medallas de la pechera, mientras que el juez aprovechó el tirón mediático para publicar una novela que pasó sin pena ni gloria.

Aquella noche, cuando llegó a su casa, destilaba resentimiento por cada poro de su piel. La sombra de Valentín se había cosido a su cuerpo y le acompañaba a todos lados. Lo pagó con su mujer. Fue desagradable y maleducado, perdió los nervios y acabó chillándole. Ella hizo la maleta y se fue dando un portazo. Sobraban las explicaciones. A lo largo de este tiempo ella había intentado ayudarle, animarle, pero desde que lo destituyeron solo había encontrado negatividad y malas contestaciones. Se volcó en potenciar cariño y amor, pero a Germán todo le parecía mal. Al concluir el primer año le dio un ultimátum: o cambiaba y disfrutaba de la vida o ella se iba y le dejaba solo. No pensaba vivir amargada ni un minuto más, había agotado su paciencia. Él, a pesar de su obcecación, al recibir la amenaza tuvo miedo y trató, al menos, de que las cosas recuperasen su esencia dentro del hogar. Se esforzó, incluso la sorprendió con flores algún día. El brío le duró menos de una semana. La tirita del miedo a la soledad solo logró taponar el boquete que había en su alma durante ese tiempo.

Pese al cariño que sentía por su mujer, su ánimo no le permitió mantener las mínimas apariencias y la visita a Valentín en la prisión había ensanchado, si cabe, la grieta entre ambos. Escuchó el portazo, pero no le importó, tan ocupado estaba en refocilarse en su odio.

La rabia no le había abandonado cuando llegó a comisaría la mañana siguiente. Durante la noche anterior, en la que no pegó ojo, había tomado una decisión. Aunque un tanto peregrina, la idea de que Guadalupe estuviese viva no era descartable. Si lo demostraba, si evidenciaba que los policías que le robaron el caso se habían equivocado, los engranajes de la burocracia policial se pondrían otra vez en marcha y el peso de las balanzas cambiaría: él ascendería y ellos descenderían al infierno en el que él había ardido en los últimos meses. Podría recuperar su puesto y, lo más importante, su prestigio. Si a cambio Valentín obtenía la libertad, no era problema suyo.

La idea de que el condenado se beneficiara no terminaba de hacerle feliz. Estaba ilusionado, pero no en un sentido pleno. Quizá porque el plan nacía de la rabia.

Se apoyó en el alféizar de la ventana con un purito en las manos y contempló la cotidianidad de la calle. Exhalando lentamente el humo, liberó su mente de estrategias y venganzas programadas y, como cuando empujas un barco de papel sobre el agua, la dejó vagar sola, sin capitanearla.

Mientras contemplaba a la gente pasear con tranquilidad, Germán se vio a sí mismo cuando era joven caminando raudo y feliz en dirección a su casa. Le acaban de

decir que había aprobado la oposición para policía. Su madre le dio un abrazo y miles de besos. Su padre, menos expresivo, le preguntó por qué quería ser un agente del orden. «Para servir y proteger a la gente», le respondió sin pensar, lleno de orgullo. Él, su espejo, su ejemplo a seguir, le estrechó la mano y le deseó suerte. Fue como una revelación. Ese recuerdo hizo renacer en su interior un sentimiento que el odio y el rencor habían maniatado, pero, que no podía ocultar. Él era policía y había jurado cumplir y hacer cumplir la ley. Malnacidos había muchos, pero, por muy infame que fuera Valentín, si su mujer caminaba viva por este mundo, no era justo que estuviese pagando por un crimen que no había cometido.

Germán sonrió feliz, como no lo había hecho en mucho tiempo. Había encontrado la motivación correcta. Notó cómo el fardo de la culpa que colgaba de su espalda se hacía más liviano y suspiró aliviado. Estaba dispuesto a escarbar el suelo a dentelladas para determinar si la verdad estaba equivocada, cayese quien cayese.

2

Quizá fue que era lunes, quizá que entró en ese indefinible momento de la mañana, tarde para desayunar y pronto para el aperitivo, pero La Fugitiva, habitualmente llena, se encontraba vacía; de personas, que no de historias, porque aquella tienda, que en realidad invita a quedarse, era una librería café. A Germán, que nunca antes había estado allí, le extrañó el lugar elegido para la cita. Lo barrió con la mirada buscando un reservado, pero no halló ninguno. Había pedido un lugar discreto. Apoyó el abrigo sobre una de las sillas para marcar que estaba ocupada y se entretuvo curioseando los libros. Ojeó uno grande de fotografías. *Génesis*, de Sebastião Salgado, ponía en la cubierta. Le atrapó la fuerza de la composición en blanco y negro que potenciaba la denuncia implícita en cada imagen. Se obligó a memorizar su nombre para curiosear sobre el autor en internet. La puerta se abrió y una ráfaga de viento frío le golpeó la espalda.

—Germán —le saludó una voz conocida.

—Vila —respondió, girándose y sonriendo.

Los dos policías llevaban tiempo sin verse y se abrazaron con fuerza.

Detrás de Vila, hierático, el inspector Vázquez. Los observó con media sonrisa dibujada en el rostro. Tenía prohibido demostrar su felicidad. Cuando era pequeño su padre le caneaba por cualquier razón y en el momento en que le veía contento le daba duro mientras le decía que borrase la sonrisa porque la vida estaba hecha para trabajar y sufrir.

Cuando los dos agentes se separaron, él demostró su cariño con un fuerte apretón de mano y el esbozo de una sonrisa completa.

—¿Cómo os va en la comisaría de Arganzuela? —preguntó el que fuera su jefe.

Vila guardaba más fidelidad a Germán que a sí mismo. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Se ofreció a mentir para defenderlo cuando existió la posibilidad de que Valentín lo denunciara, se indignó con los compañeros de la UDEV Central cuando lo arrojaron a los leones para que fuera devorado por los medios de comunicación y memorizó el nombre y los apellidos de cada plumilla que lo despellejó por si alguno osaba cruzarse en su camino. Juró que haría que lo pagasen, más tarde o más temprano, unos y otros. Todo el que colaboró a destrozar a su jefe recibiría quina. Vázquez, por su parte, demostró su lealtad a Germán rechazando ocupar el puesto que dejó vacante, jefe de grupo de Judicial. Lo hizo a través de una escueta minuta en la que declinaba el ofrecimiento y, al mismo tiempo, solicitaba su traslado a la comisaría de Arganzuela. Dos estilos pero un mismo sentimiento.

La amistad de los tres hombres se había forjado en los pasillos de la comisaría de Retiro en la calle de las Huertas. A Vila, recién ingresado en el cuerpo, Germán le acogió y le meció en sus brazos. Le enseñó, dio la cara por sus errores ante el comisario, le animó en la adversidad y, cuando encallaba, revisaba el caso hasta encontrar una salida. A Vázquez, con unas cualidades innatas para la investigación, y que llevaba más tiempo en la comisaría, le había convertido en su mano derecha al poco tiempo de llegar. Cuando Vila se incorporó, la sombra protectora y silenciosa de Vázquez también le cubrió, hasta que hubo de incorporarse al equipo de UDEV

Central que se encargó de investigar la desaparición de Guadalupe.

Cuando acabaron las pesquisas, Vila presenció cómo su maestro se marchitaba marginado por la cúpula policial. Observó el vacío al que sus compañeros de Retiro le sometieron. Nadie se paraba a hablar con él ni solicitaba su compañía para bajar a tomar café. Se comportaron como una secta. Una vez expulsado del grupo y apestado por la desgracia, todos le huían. Si alguno le demostraba cariño era en privado, por miedo a que el resto lo marginase y a las represalias del jefe.

A Vila todo eso le daba igual. Trató de animarle en vano. Fue a buscarle todos los días para desayunar, pero Germán le rechazó una y otra vez, quizá para protegerle, para no contagiarle. A Vila le dolía acudir a trabajar a diario. Se le encogían el corazón y el estómago al ver el sufrimiento de su mentor. Ponía música alegre en el coche y la cantaba a pleno pulmón tratando de engañar su desasosiego, pero solo lo lograba durante el tiempo que duraba la canción. Por eso, en cuanto pudo, pidió el traslado a Arganzuela, al mismo grupo que mandaba Vázquez.

—¿Que cómo me va en el trabajo? Bien, muy bien. Vázquez me cuida, pero te echo de menos —reconoció Vila, que nunca había tenido problemas para vaciar sus sentimientos en público.

—Tonterías —rechazó azorado Germán.

—Nos encanta que nos hayas llamado. ¿Verdad? —preguntó a su compañero, obligándole a que suscribiese sus palabras. Este asintió levemente con la cabeza.

—Germán, te veo mejor —dijo Vázquez.

—Pareces mucho más animado —le interrumpió Vila chispeante—. Como en los viejos tiempos. Algo te traes entre manos. ¿A que sí?

—Tengo un tema —reconoció Germán—. Es una patata caliente que si hago que estalle va a dejar con el culo al aire a muchos de los «mejores investigadores» —dijo, rememorando en tono irónico el título que algunos periódicos dieron a los jefes de UDEV que habían participado en la investigación del caso de Guadalupe.

—¡Dispara! —fue el lacónico comentario de Vázquez, pero los ojos se le iluminaron de interés con ese brillo que Germán tan bien conocía.

—Es el caso de Valentín —susurró Germán, que se había encorvado sobre la mesa.

Durante los siguientes minutos el viejo policía les relató a sus compañeros los acontecimientos de los últimos días.

—No sé si hay caso, si son paranoias mías o que este hombre ha sabido meterse en mi cerebro y presionar las teclas adecuadas, pero cuando reflexiono sobre lo que me ha contado, me cuadra o quiero que me cuadre. Estoy confuso. Necesito arrancar por algún sitio. Y para eso preciso vuestra ayuda.

—Pide —respondió Vázquez al instante.

—Que alguien busque si hay huellas en la carta y en el sobre —solicitó, dejando un paquete de papel grande sobre la mesa.

—Eso está hecho —concedió alegre Vila—. ¿Para cuándo lo quieres?

—Para ya, si es posible.

—Vale. Antes de que os deis cuenta de mi ausencia, estoy de vuelta. No os comáis mi trozo de tarta de zanahoria —les advirtió, divertido, antes de coger el paquete de papel.

Le vieron montarse en la moto y salir disparado, supusieron que hacia comisaría.

—A mí también me vendría bien un poco de ayuda —deslizó Vázquez con la mirada baja, concentrado en dar vueltas a su café con la cucharilla.

Germán le miró sorprendido. No era frecuente que su, hasta hace un par de años, hombre de confianza fuese ni tan directo ni tan explícito. Debía de estar desesperado de verdad.

—Te escucho.

A Germán le sonó el móvil. Vio que era su cuñado y lo dejó estar.

—¿No lo coges?

—No —respondió sin inmutarse—. Cuéntame tú.

—Hace unos días acudió a comisaría una joven, estudiante de medicina, a denunciar que su abuela Hortensia Torrijos Ruidera había muerto de forma inesperada. Nos explicó que, aunque tenía ochenta y seis años, era una mujer que gozaba de buena salud, activa, con todas sus capacidades mentales en perfecto estado, alimentación cuidada, sin grandes achaques más allá del desgaste lógico de su cuerpo. Los domingos por la mañana, su nieta la acompañaba a misa y después salían a caminar. Tomaban el aperitivo en un bar, comían juntas y a la hora del café la dejaba en un centro de mayores del ayuntamiento donde se reunía con amigos de su misma edad; jugaban a las cartas, charlaban, hacían punto y cosas así. Un domingo acudió a buscarla. Llamó insistentemente a la puerta pero no abrió. La joven pegó la oreja y le pareció escuchar música clásica. Aporreó la madera llamándola pero sin éxito.

—¿No tenía llave para entrar? —preguntó extrañado Germán—. ¿No había portero?

—Portero no. Además, la mujer desconfiaba de todo el mundo, ni su nieta ni los vecinos tenían llave, así que la joven hubo de llamar a un cerrajero. Forzaron la puerta y, al entrar en el salón, la encontró sin pulso en uno de los sillones. Aparentemente había fallecido escuchando la radio mientras se tomaba el té con unas pastas. El médico dictaminó muerte natural. No presentaba signos ni evidencias de muerte violenta. A la nieta aquel súbito fallecimiento no le encajó y sugirió que se hiciera una autopsia, pero su padre y sus tíos, entre lloros y lamentos, la conminaron a que se callase. Dieron por bueno que había muerto de vieja, como les dijo el médico, y le reprocharon que aumentara su dolor con especulaciones sin sentido.

—¿Tú qué crees? ¿Fue un asesinato?

—Espera, no seas impaciente, que quiero sumarle otro detalle importante a la historia. Doña Hortensia llevaba cuarenta años acudiendo a la misma misa en la parroquia de San Millán y San Cayetano, a las diez de la mañana. El cura nos contó que siempre se sentaba en el mismo banco y que, hasta donde él recuerda, no faltó nunca. Daba lo mismo que lloviera, nevara o hiciera un calor asfixiante. Allí estaba ella, puntual. Te lo cuento como ejemplo de que era una mujer de férreas costumbres. Este detalle es importante, porque lo que despertó los recelos de la nieta fue recordar que su abuela solo sacaba las pastas y ese juego concreto de té cuando tenía invitados. Nos contó que, al darse cuenta del detalle, le entró tal desasosiego que, mientras llegaban los de la funeraria para llevarse el cadáver, se dio una vuelta por la casa y encontró, en la vitrina donde guardaban las tazas, una mojada que había dejado un cerco de agua en el cristal, como si alguien la hubiera usado y fregado rápidamente

para que no se supiera que había estado allí. En el cajón de la cubertería halló una cucharilla también mojada y descolocada. Los dos hallazgos la llevaron a concluir que su abuela tuvo un invitado y, siguiendo ese hilo de pensamiento, estableció la hipótesis de que ese invitado desconocido pudo haberla asesinado.

—Y no va desencaminada. Si había alguien con la mujer cuando falleció, ¿por qué no llamó a una ambulancia? ¿Por qué escondió los vestigios de su presencia?

—Eso mismo pensé yo cuando me lo contó. Es una joven muy intuitiva esa zagala y muy temeraria. No te vas a creer lo que te voy a contar ahora —anunció con un entusiasmo nada propio de él—. La realidad supera a la ficción. Atento que es algo que jamás había visto. Como te he contado, ella estaba con la mosca detrás de la oreja y el runrún no paraba en su cabeza ni un segundo. En el tanatorio pidió estar un momento a solas con su abuela, cerró la cortina para que nadie la viera y le sacó sangre de la cavidad cardiaca con una jeringuilla.

—¡¿Que hizo qué?! —exclamó Germán con los ojos muy abiertos.

—Lo que oyes. Es para alucinar. Pero es que, encima, para que la sangre no se degradase, sin dar explicación a nadie, se fue corriendo a casa a guardarla en la nevera. Te recuerdo que la chica estudia medicina. Después del entierro pidió a un amigo del hospital de la Venerable Orden Terciaria de San Francisco de Asís que hiciese un análisis de posibles tóxicos.

—Esa chica parece la mismísima Agatha Christie —exclamó Germán.

—A mí su iniciativa y su forma de pensar me recuerdan más a Conan Doyle —discrepó su amigo.

—¿En el análisis salió algo extraño? —preguntó, contagiado por la pasión de Vázquez.

—Se encontró una concentración elevada de digoxina.

—¿Y eso qué es?

La historia le había atrapado por completo y quería conocer su final.

—Un medicamento que se receta a personas con problemas de corazón como, por ejemplo, insuficiencia cardiaca.

—¿La mujer estaba en tratamiento?

—No, con digoxina no. Tenía insuficiencia renal, pero controlada.

—¿Puede matar?

—Parece ser que en altas dosis enlentece el corazón hasta que lo detiene por completo. Y en la sangre tenía unos niveles altos. No deja rastro si no lo buscas.

—¡Joder! Habréis pedido una orden judicial para exhumar el cadáver, ¿no?

—Ese es el problema, que la incineraron.

—¿No me habías dicho que la enterraron?

—Era una forma de hablar. Me refería a que después de que acabara todo fue cuando la chica acudió al hospital. De hecho, las cenizas las arrojaron al Manzanares.

—Entendido. ¿Y la inspección ocular?

—Fuimos sin orden judicial de entrada y registro a la casa, pero con el consentimiento de la nieta. No tuvimos suerte. La taza y la tetera estaban colocadas y habían limpiado el cristal. Alguien debió de hacerlo de forma mecánica mientras esperaban a los de la funeraria.

—¡Maldita sea! ¿Revelasteis huellas en la radio? A lo mejor la encendió el

asesino para amortiguar el sonido de sus voces.

—Sí, eso se me ocurrió, pero nada. Estaba limpia.

—¿Los vecinos pudieron aportar algún dato?

—Los interrogamos a todos Vila y yo personalmente. Nadie vio entrar a la muerta el sábado y menos acompañada. Lo único destacable nos lo contó la señora que vive al lado. Dijo que se despertó de la siesta a las cinco de la tarde y que poco después, como mucho treinta minutos, comenzó a escuchar la música. Eso nos da una hora aproximada de la muerte —aventuró Vázquez.

—Depende de si la encendió ella. Si lo hizo, acorta el margen para la data de la muerte, pero si fue su asesino quien decidió escuchar música clásica con la víctima muerta, no ayuda nada. Solo a saber que a esa hora estaban los dos en la casa —analizó Germán—. Me has dicho que la nieta era médico, ¿no?

—Estudiante de medicina —matizó Vázquez.

—¿Le preguntaste si se fijó si el cuerpo estaba rígido, es decir, si el *rigor mortis* era completo?

—Sí, se me ocurrió planteárselo. Aunque ella de medicina legal sabe poco, porque eso se estudia en el último año de carrera, según me comentó, sí se fijó que los de la funeraria tuvieron verdaderos problemas para introducir el cuerpo en el sudario. Con lo que deduzco que el rigor estaba totalmente instaurado.

—Veamos. —Y Germán comenzó a hacer cálculos en voz alta—. Nos coincidiría con lo que dice la vecina. —Germán dio por zanjado ese tema y su mente saltó velozmente a otra idea—. Supongo que habréis revisado las cámaras de seguridad de la zona —reflexionó, aunque conocía ya la respuesta.

—Sí, sin resultado. En una cámara se ve a la mujer el sábado, que fue cuando falleció, saliendo sola del centro de mayores sobre las tres de la tarde. Había comido allí con otros jubilados amigos suyos. Ninguno recuerda que ella comentara que se encontraba mal y todos coinciden en que estaba perfectamente cuando se marchó.

—Ya veo.

Germán se recostó sobre la silla con las neuronas interrelacionándose a toda velocidad.

—El problema es que no tenemos caso —se lamentó Vázquez con desilusión en la voz—. Quizás una mujer ha sido asesinada en mi distrito y no tengo pruebas, ni cadáver ni testigo ni sospechoso. Era una mujer normal sin enemigos ni problemas. No robaron en su casa, ni la agredieron sexualmente, no tengo móvil. No tengo nada.

Vázquez se calló sin saber qué más decir y miró inquisitivo a Germán, que se había replegado sobre sí mismo, con la mirada fija en un punto indefinido, golpeando rítmicamente un sobre de azúcar contra la mesa, en un gesto habitual cuando se concentraba, y con la mente totalmente ausente. Aguardó con paciencia. Sabía que podría permanecer así durante muchos minutos, hasta que alguna idea surgiera en su cerebro.

No fue extraño que Germán ni siquiera se diera cuenta de que su compañero, aburrido de esperar, se levantara a curiosear los libros para hacer tiempo mientras él procesaba los datos. Abrió un viejo libro de Lope de Vega, el escritor cuyos versos le habían apasionado desde que un viejo bibliotecario se los comenzó a leer en la época que hubo de vivir en el orfanato.

Yo dije siempre, y lo diré, y lo digo,
que es la amistad el bien mayor humano;
mas ¿qué español, qué griego, qué romano
nos ha de dar este perfeto amigo?
Alabo, reverencio, amo, bendigo
aquel a quien el cielo soberano
dio un amigo perfeto, y no es en vano;
que fue, confieso, liberal conmigo.
Tener un grande amigo y obligalle
es el último bien, y por querelle,
el alma, el bien y el mal comunicalle;
mas yo quiero vivir sin conocelle;
que no quiero la gloria de ganalle
por no tener el miedo de perdelle.

Qué razón tenía y tiene Lope, pensó Vázquez. Qué importante es la amistad. Allí estaba Germán, su mentor y su amigo. Solo a él se había atrevido a desvelarle su incapacidad para resolver el misterio que le abrumaba desde hacía días. Solo a él le había reconocido estar bloqueado. A nadie más. Sabía que si se le ocurría una idea divina que permitiese capturar al asesino, se la cedería, gratuitamente, sin buscar medallas o reconocimientos. Viéndole allí sentado con la mirada fija se dio cuenta de que había envejecido mucho y se arrepintió de no haberle llamado más veces desde que cayó en desgracia.

Germán dejó el sobre de azúcar en la mesa y miró a su alrededor justo en el momento en que Vila y su sonrisa entraron por la puerta y su presencia rompió el momento de intimidad que Vázquez había creado en su cabeza.

Los tres volvieron a sentarse alrededor de la mesa.

—Aquí tengo los resultados —dijo, y le tendió unas hojas a Germán—. Han revelado múltiples huellas. Ahora te toca a ti ponerles nombre.

—Gracias, Vila —respondió, y sin curiosear en su interior se las guardó en el bolsillo interior del abrigo—. Vázquez, ¿revelasteis huellas en las sillas de la casa de Hortensia?

—No, ¿por qué?

—Si aceptamos que había dos personas, víctima y asesino y que las dos tomaron té, la situación sugiere al menos una silla enfrentada o próxima a la que ocupaba Hortensia para poder hablar. No me has descrito ese escenario.

—Es que no la había. La mujer estaba sentada sola, frente a la mesa.

—Entrad otra vez y buscad huellas en las sillas. Tuvo que dejarla otra vez en su sitio para que no se notase su presencia. A lo mejor así tenéis suerte.

La idea era tan sencilla que el policía se fustigó por no haber tenido la ocurrencia él mismo.

—Lo haré —masculló Vázquez.

El móvil de Germán rompió una vez más la conversación. El inspector miró la pantalla y, al ver que se trataba otra vez de su cuñado, colgó hastiado. Suponía para qué le llamaba y no tenía ganas de hablar con él.

—Vuelve a interrogar a la chica —continuó Germán— y diseñad un árbol

genealógico de los familiares vivos de la víctima. Una vez hecho, habría que lograr husmear en sus relaciones familiares, en cuál es la situación económica de cada uno de ellos y establecer un orden de beneficiarios de la herencia. Te tienes que hacer con el testamento, Vázquez.

—Eso ya lo había pensado.

—Hazlo y rastrea la digoxina.

—¿Cómo hago eso?

—Solicita a la Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios el listado de los laboratorios farmacéuticos y mayoristas que distribuyan digoxina en sus distintas presentaciones: pastillas, gotas, inyecciones, yo qué sé, y en qué farmacias lo han hecho. Hazte con un mapa de Madrid y vete poniendo chinchetas. Empezad pateando las más cercanas a su domicilio y luego id alejándoos. No te tengo que decir lo que debéis preguntar.

—No, claro que no —rechazó, un poco herido en su orgullo. Sabía que Germán solo pretendía ayudarlo y que estaba tirando de mente analítica, sin reproches, pero aun así se enrabietó porque esas ideas no hubiesen florecido de sus neuronas—. Ese trabajo nos puede llevar meses. Si lo hacemos solo en nuestras horas libres, no acabaríamos nunca.

—Que la chica presente denuncia.

—Se lo diré.

—¿Confías en tu comisario?

—De aquella manera, ya sabes.

—Cuéntale lo que ha ocurrido. Si le ves reticente, déjale caer que una periodista está detrás de la historia y que le has pedido que no publique nada para no joder la investigación. Eso le asustará. Tiemblan ante la posibilidad de verse bombardeados por la mala publicidad, te lo digo yo. Seguro que te dará cierto margen de actuación.

Vázquez, que iba registrando mentalmente cada consejo, asintió agradecido.

—Gracias.

—Una última advertencia. Si no encontráis el móvil para que alguien quisiese a la mujer fuera de este mundo, ahí tenéis la pista y el problema.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertado Vázquez.

—Antes hagamos un pacto. Yo os ayudo en vuestra investigación y vosotros a mí. Nada oficial, obviamente.

Vázquez no necesitó tiempo para pensárselo.

—¡Hecho!

Los tres se dieron la mano para formalizar el acuerdo.

—Vila, consígueme todos los vídeos de las cámaras de seguridad que recogisteis de la noche que desapareció Guadalupe.

—Cuenta con ellos, jefe. Hoy mismo te hago un Wetransfer a tu mail personal.

—Bien.

—Dame la pista —pidió inquieto Vázquez.

Germán se levantó y se puso el abrigo.

—Si no encuentras nada raro trillando todo ese terreno del que hemos hablado, puede que te parezca descabellado, pero…

—¿Pero qué? —apremió Vázquez al ver a su mentor dudar.

Germán le miró a los ojos con gesto cansado y un rictus de seriedad en la boca.

—No descartes haberte topado con una especie de ángel de la muerte funcionando en el barrio o en toda la capital. Alguien que quita vidas a personas mayores sin hacerse notar. Eso te da una pista de por dónde debe continuar la investigación. Dios no quiera que sea así, porque significaría que esto no ha acabado: habrá más muertes y, si rastreas el pasado, probablemente encuentres que ya haya habido alguna con las mismas características. Es algo que deberías revisar si el resto de gestiones no fructifican. Estamos en contacto —dijo a modo de despedida.

—Una pista y un problema enorme —murmuró Vázquez, viéndole alejarse caminando—. Vámonos, Vila, tenemos mucho que hacer.

3

Germán apagó el cigarrillo y sacó dos guantes de látex del cajón. Se enfundó las manos con ellos para no contaminar el sobre y la carta. Entrelazó los dedos y los crujió. Se notó nervioso. El pulso le temblaba un poco. Presionó una mano contra la otra con rabia para mitigar su agitación.

Abrió el paquete y contempló las manchas negras de las huellas dactilares que habían revelado los compañeros de Científica de Arganzuela. Decidió comenzar por las del sobre. Agarró la lupa y las fue cotejando una a una con parsimonia. Cada huella con las diez impresiones dactilares de la ficha policial de Valentín Monaster. Cuando identificaba una, la redondeaba con un círculo rojo para descartarla. Esa ya no le valía. Al terminar de examinarlas, se estiró para ganar perspectiva. Todas correspondían a Valentín. Mal asunto.

Percibió cómo la decepción se abría paso en su mente. Se removió inquieto en el asiento. Respiró hondo y, cuando hubo apartado la frustración de no haber encontrado lo que buscaba, repitió el mismo proceso con el folio. En el reverso aparecían claramente dibujadas varias huellas. Se desilusionó con un grupo de ellas situadas en los laterales del papel. Eran de Valentín. Sin detenerse a pensar, se centró en un tercer grupo situado en la mitad de la hoja, justo por donde la habían doblado. Empezó a compararlas. Dos eran del hijo del torero, pero cuando colocó la lupa sobre la tercera, el corazón pareció salírsele de la caja torácica. Allí estaba. Intentó tranquilizarse un rato, pero la lupa le temblaba en la mano. Si no era de Valentín, ¿a quién pertenecía? Miró al ordenador, donde había abierto las impresiones de los índices derecho e izquierdo que figuraban en el DNI de Guadalupe. Si establecía la coincidencia, a lo mejor el hijo del torero tenía razón y ella estaba viva. La del folio correspondía al índice derecho. Amplió la misma huella en el ordenador, cogió un clip, lo extendió y comenzó a contar crestas y puntos, señalándolos con el extremo metálico. Miraba alternativamente a la pantalla y al papel. Doce coincidencias entre dos huellas eran suficientes legalmente para dar por positiva la identificación; él encontró más de veinte en una primera revisión. ¡Estaba eufórico! Una repentina duda rebajó su entusiasmo. ¿Se habría equivocado? ¿Podía haber visto coincidencias donde no las había? ¿Sería un espejismo?*

Imprimió la imagen del ordenador para cerciorarse. En la fotocopiadora amplió la huella del folio al mismo tamaño y la revisó por segunda vez. Fue dibujando las coincidencias con un bolígrafo rojo. ¡No se había confundido! Allí estaban, veinticinco puntos iguales entre la huella del documento y la impresión del DNI de la mujer de Valentín. ¡Guadalupe había tocado aquel papel! ¡Imposible si hubiera sido asesinada, descuartizada y quemada! ¡Estaba viva!

Se levantó nervioso de la butaca y se encendió un cigarro asomado a la ventana. Por primera vez en mucho tiempo no se fijó en los viandantes, ni en cómo se agitaban las hojas de los árboles, ni siquiera se percató de cómo una pareja discutía a lo lejos haciendo grandes aspavientos con las manos. Unos días antes, Germán habría contemplado la escena curioso, hasta ensimismado, absorbiendo la vida de otros, asqueado de la suya propia. Pero aquel día sus axones conducían descargas eléctricas

de unas neuronas a otras a la velocidad de la luz. El primer impulso fue comunicarle al jefe su gran descubrimiento. Ya se veía restituido y su sagacidad reconocida en grandes titulares, pero se obligó a bajar de la alegre fabulación y a reflexionar sobre todas las aristas que presentaba su hallazgo. Pensamiento crítico. Se dijo que a lo mejor no revestía la importancia que él creía. Sí, esa hoja la había tocado Guadalupe, pero ¿cuándo? ¿Podía tratarse de una trampa? ¿Podía Valentín haber ordenado a su madre, Lucía, que buscase un folio en la habitación de su esposa y que escribiese sobre él? Así se justificarían las huellas. ¿Se habría inventado el resto de la historia para engañarle y lanzarle en busca de un fantasma? ¿Quería que persiguiera un deseo más que una realidad? ¿Le habría manipulado? Sin darse cuenta, apretó la mandíbula con violencia. Estaba mayor para que sus manos y sus pies se moviesen al ritmo de hilos transparentes. Se puso el abrigo y salió de comisaría sin que nadie le preguntase dónde iba. Nada extraño, lo habitual.

Dos horas después estaba en la prisión, sentado delante de Valentín otra vez.

—Cuéntame todo lo que pasó cuando llegasteis a la plaza de la Cebada y ella se bajó del coche. Intenta recordar hasta el más mínimo detalle —pidió el agente.

—Eso significa que empieza a creerme —se vanaglorió el hijo del torero y, sin esperar respuesta, enlazó otro pensamiento—. Ha encontrado huellas de Guadalupe, por eso viene a buscar más información, ¿me equivoco?

—Sí, pero no estoy aquí para perder tiempo.

—Lo sabía, lo sabía. ¡Maldita zorra! —gritó, levantándose del asiento.

Uno de los funcionarios que vigilaba las comunicaciones le miró con dureza y, con una seña, le advirtió que se tranquilizase. Valentín juntó las manos en señal de perdón y volvió a coger el teléfono para seguir hablando con Germán.

—Se lo avisé. Soy inocente. ¡Me tiene que sacar de aquí ya! ¡Hable con mi abogada!

—Echa el freno. Las huellas por sí solas no sirven de nada. Nadie puede ponerles fecha. A lo mejor estaban allí de antes.

—Vamos, no me joda. ¿Quién iba a querer hacer algo así?

—Un hombre desesperado que busque salir de la cárcel como sea.

Valentín evaluó la respuesta durante unos segundos antes de contestar.

—Entiendo. Piensa que le estoy engañando, ¿no?

—Puede ser que quieras jugar conmigo, no te miento. Por eso he venido a verte. Ahora, haz lo que te he pedido. Cuéntamelo todo.

—Ya lo hice. Se lo conté todo y si no se acuerda lea la denuncia —respondió orgulloso y desafiante.

—Como quieras. Ya buscará otro a Guadalupe —renunció Germán y colgó el teléfono. Valentín refrenó su irritación mientras le veía levantarse. Aquel hombre representaba su última oportunidad de salir de la cárcel. Golpeó el cristal con el auricular y le hizo una indicación para que cogiese de nuevo el teléfono. Quería hablar. Germán descolgó.

—Estábamos discutiendo —comenzó—. Al llegar a la plaza me ordenó en voz alta: «¡Para aquí el coche! Quiero bajarme ahora. Prefiero caminar hasta el restaurante». Yo iba a buscar un sitio para detenerme, pero ella no esperó a que lo hiciera y abrió la puerta. Frené de golpe. Como estaba tan embarazada se bajó con

dificultad y mientras lo hacía me ordenó que fuera a aparcar al *parking* de Puerta de Toledo. No le presté mucha atención del cabreo que tenía. Solo recuerdo su tono irónico diciéndome que aprendiera qué significaba ególatra para cuando nos encontráramos.

—¿Te acuerdas del sitio exacto? La fachada del mercado mide al menos doscientos metros.

—Sí, pasado el final del mercado, a unos veinte metros antes de llegar al semáforo.

—¿Y la viste caminar en alguna dirección?

—No, estaba tan enfadado que aceleré y salí casi quemando ruedas.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Fue poco después de las diez y media de la noche.

Germán salió de la prisión desplomado sobre sí mismo. La intensidad de la conversación con Valentín le había agotado, pero además una pesada losa de culpabilidad casi le hacía arrastrar la cabeza por el suelo. Si le hubiese escuchado bien en su día, si no se hubiera dejado llevar por las sospechas, si lo hubiera analizado todo al detalle…

Condujo sin prestar atención, descentrado. De repente se asustó, su carril parecía borroso y desenfocado. Se frotó los ojos y al notarlos húmedos, entendió por qué. Los tenía anegados en lágrimas.

—Germán, Germán… Eres un necio. Necio, más que necio —se insultó a sí mismo.

Lloraba de vergüenza, porque si hubiera sido más objetivo quizá su futuro se habría construido en el pasado de otra forma. Pero sus lágrimas también estaban provocadas por una mezcla de miedo e ilusión. Un maremágnum de sentimientos contradictorios le desbordaban por los ojos.

Se dio cuenta de que, para ponerlos en orden, necesitaba verbalizarlos y que alguien lo escuchase. Podía llamar a Vila o a Vázquez, incluso a su mujer. Los descartó enseguida. Necesitaba otro interlocutor ajeno a su mundo habitual, pero conocedor de todos los pormenores que habían acaecido en los últimos dos años, que entendiera el lenguaje en que le hablaba y que no le juzgase. Impulsivamente marcó el número de la persona que creía iba a comprender el tormento que le atenazaba.

Le costó acostumbrar sus ojos a la penumbra del pub. Cuando localizó a su amigo, se acercó a la barra y, sentándose en el taburete vecino, le puso la mano en el hombro y le saludó con cariño.

—Buenas tardes, Germán. Me ha sorprendido tu llamada. Hacía semanas que me tenías olvidada.

El policía se volvió, agarró con fuerza la mano de la mujer y se aproximó para besarla en la cara.

—Olvidada no, Loyola, de una buena amiga uno nunca se olvida. Pero he estado muy ocupado. Ahora te lo cuento. ¿Quieres tomarte una cerveza o damos un paseo? Lo que te voy a decir prefiero hacerlo en la calle. Ya sabes, para poder fumar tranquilamente.

Loyola Cardenal hizo un gesto para que salieran. Mientras Germán se bajaba del taburete y se ponía el abrigo, le observó con detenimiento. Los dos años que habían

pasado desde el juicio de Valentín le habían envejecido notablemente. No solo su pelo se había cubierto de canas, sino que su cara se había vuelto flácida, inexpresiva, con un permanente rictus de tristeza en la comisura de la boca.

—Loyola, te voy a contar algo —anunció mientras empezaban a caminar con lentitud por la acera—. Necesito desahogarme o reviento. Será una gran exclusiva, que en su momento tendrás, pero por ahora son las confidencias de un viejo policía que, a falta de fe para que un sacerdote le escuche y le reconforte, recurre a una periodista que me ha demostrado que, ante todo, es buena persona.

—Germán, me empiezas a asustar. —Nunca, en todos los años desde que se conocían, le había visto tan abatido, realmente hundido—. ¿Estás enfermo? ¿Te pasa algo grave?

—Tranquila, no estoy enfermo. No físicamente. Estoy asqueado de mí mismo, desorientado y avergonzado.

Ella iba a contestarle, pero él le cogió del codo y forzó su silencio para poder comenzar sus confidencias.

—Hace unos días me llamó Alejandra Rey. Te confieso que me alteró bastante escucharla. Quería que fuese a ver a Valentín a la cárcel. Su cliente tenía prisa por cobrarse la deuda que yo tenía con él.

Hablaba bajo, como si le costase abrirse. Loyola estuvo tentada de interrumpirle y preguntar, pero se mordió la lengua. Las mejores respuestas surgían de escuchar en silencio.

—Cuando le vi, te juro que se me revolvieron las entrañas. Pocas veces he sentido tanto odio hacia un ser humano. Por un momento creí que sería incapaz de aguantar allí un segundo más.

Germán encendió otro cigarrillo. En el corto espacio de tiempo que llevaban paseando, no había dejado de fumar. Enlazaba un pitillo con otro, como si aquello fuera lo único que le tranquilizara.

—Me enseñó una carta que había recibido por correo hacía unos días. La leí. Era muy corta. No entendí qué importancia tenía como para hacerme ir hasta la cárcel. Mi escepticismo se notaba tanto que se puso furioso. «¡Esta carta es de mi mujer!», me gritó. «Está viva. La muy desgraciada está viva. Yo no la maté. Y esta es la prueba palpable. Tiene que encontrarla. Me lo debe. Lo prometió. Se lo prometió a mi abogada». Estaba tan alterado que yo no entendía nada de lo que me decía.

Loyola se había parado en mitad de la calle y le miraba con curiosidad. Tuvo que aguantar a que encendiera otro cigarro para que continuara el relato.

—Cuando se calmó un poco me explicó que en la carta aparecía la definición de una palabra, ególatra, algo que ella le había llamado justo antes de bajarse del coche, la última vez que la vio. A mí no me pareció ninguna prueba de que estuviera viva, pero tenía que terminar de cumplir un compromiso que había adquirido, así que le dije que lo investigaría.

—¿La carta estaba firmada? —preguntó asombrada la periodista.

—Es un anónimo. Está escrita a ordenador igual que la dirección del sobre, que no lleva tampoco remitente. Me llevé la carta para ver si encontraba alguna prueba que avalara su afirmación. No te voy a aburrir con técnicas policiales, pero lo que puedo decirte, con total seguridad, es que Guadalupe Romero tocó el papel.

La cara de Loyola reflejó primero incredulidad y luego desconcierto. Al final, abrió la boca y solo pudo emitir un sonido gutural que Germán interpretó como de sorpresa.

—Cierra la boca. —Y le juntó los labios en un gesto cómplice—. Sí, yo también pensé lo mismo que tú. Los muertos no dejan sus rastros en una carta.

A Loyola se le acumulaban las preguntas en la punta de la lengua, pero germán le pidió paciencia con las manos abiertas.

—Tengo el pálpito de que Valentín no mató a su mujer. Es un cabrón, un psicópata, un indeseable, todo lo que tú quieras, pero no es un asesino. Apostaría a que su mujer está viva.

—¿Qué vas a hacer? —estalló sin poderse contener más—. ¿Sabes dónde buscarla? Si la encuentras quiero la exclusiva. ¿Estás seguro de que está viva?

Germán no la dejó seguir preguntando.

—Tranquila. Todo a su tiempo. Creo que me equivoqué, pero todavía estoy a tiempo de subsanar mi error. Fui a la cárcel y le prometí a Valentín que dedicaría todos mis esfuerzos en encontrar a su mujer y demostrar su inocencia. Y en eso estoy.

—Vale, Germán. No te atormentes. Todos creímos que era culpable. Mi pregunta es, ¿por qué desapareció? ¿Dónde está?

—No lo sé. Aún no he conseguido avanzar en ese sentido. Estoy al comienzo de la investigación. Solo tengo sospechas como que ella lo planeó todo. Por venganza, por despecho, por odio a su marido. No lo sé. Me da que Guadalupe no era una indefensa mujer, sino una persona llena de recursos. Y apostaría a que con unos rasgos psicológicos muy especiales. Lo poco que estoy descubriendo de ella, no deja de sorprenderme.

Germán le daba vueltas a la información que le había facilitado Valentín de dónde se había bajado su mujer, mientras apoyaba sobre la palma de la mano las primeras chinchetas de colores. Aprovechando que su esposa le había abandonado y que era el rey y señor de la casa, descolgó de la pared del salón un cuadro enorme de Hopper y pegó un mapa de la zona en la que había desaparecido Guadalupe. Siguiendo los datos de un informe que le había enviado Vila, fue clavando cada chincheta en los negocios de los que se habían obtenido imágenes que las cámaras de seguridad grabaron la noche de la desaparición. Quería tener una visión global del material con el que contaba. Había un par de ellas situadas en la acera contraria al mercado de la Cebada. El policía supuso que no le servirían, salvo que la mujer de Valentín hubiese cruzado la calle. La única que estaba en el lado que le interesaba la encontró en una tienda de apuestas deportivas, en el cruce de la calle del mercado con Humilladero. Si no la localizaba en esas tres, encontrarla en el resto se antojaba una labor titánica, casi imposible. Las otras estaban demasiado lejos del lugar inicial y había cruces y calles que permitían que, dependiendo del camino elegido, una persona se alejase de la zona sin ser grabada.

Apagó las luces del salón y la oscuridad de la noche le permitió concentrarse en la pantalla del ordenador. En la primera grabación vio pasar un coche que parecía el BMW X6 de Valentín. Ralentizó la secuencia y trató de descubrir siluetas a través de las ventanillas. Delante le pareció entrever la sombra de Valentín, pero detrás la oscuridad impedía cualquier reconocimiento. Se acordó de que había escuchado que

estaban tintadas de negro y se golpeó la frente con la palma abierta. Anotó en una libreta la hora. Por su experiencia sabía que ninguna cámara de seguridad se ajustaba al horario real, siempre tenían la hora descuadrada. A partir de ese momento, apuntó todos los detalles que se registraban en la imagen: individuos paseando, si iban solos o en grupo, sexo aparente; si pasaban otros vehículos, marca, modelo y, si podía verla, también matrícula. No vio a Guadalupe.

Las siguientes imágenes que revisó correspondían a un negocio que estaba una decena de metros más alejado en dirección contraria a la marcha del vehículo de Valentín. Comprobó que el plano no alcanzaba siquiera la calzada. Se fijó en las personas que caminaban, hasta que detectó un par de coincidencias con la anterior. Apuntó las horas y las cotejó con las de la primera cámara. Estaban desfasadas entre ellas en siete minutos. Observó la imagen sin pestañear durante media hora más y con profunda decepción comprobó que ninguna mujer embarazada había pasado por delante de aquella cámara. Confió todas sus esperanzas a la grabación del local de apuestas deportivas. Cruzó los dedos y pinchó sobre el archivo. Se veía levemente la calle. Buscó hasta encontrar lo que le pareció un trozo de la parte de atrás del X6 y dejó continuar la grabación. Noventa y seis segundos después vio caminar hacia el objetivo a una pareja que se cubría con un paraguas. Los había detectado en la primera de las cámaras. Detrás de ellos, diez segundos después, una mujer delgada que bajaba la cabeza para no mojarse y que andaba decidida. Siguió observando la escena, esperando ver a Guadalupe aparecer detrás de ellos, pero durante los siguientes diez minutos nadie vino de la zona del mercado de la Cebada.

Revisó las imágenes una y otra vez, hasta tener los ojos inyectados en sangre. La esposa de Valentín se había volatilizado. Manoteó con rabia y frustración la caja de chinchetas y las escuchó caer y esparcirse por el suelo. Maldijo en alto su mala suerte. Cuando se vació de irá se arrodilló a recoger aquel estropicio. Mientras lo hacía, concentrado en no pincharse, se olvidó del caso. La última chincheta estaba pegada al cuadro que había descolgado. La recogió y se lo quedó mirando. Hopper había pintado una puesta de sol en tonos dorados, extrañamente sin personas, solo una torreta de vigilancia de trenes. El suave azul del cielo se mezclaba con el amarillo indio, caqui y finalmente dorado, que en algún punto rompía en un rojo amaranto que se fundía con la línea del horizonte. El cuadro era precioso. Sobre todo porque se notaba que era una imitación, una copia esforzada pero falsa ante la que no dudaría ni un ciego.

Aquella certeza le produjo un fogonazo en el cerebro que le hizo levantarse a toda prisa. Las chinchetas volvieron a desparramarse por el suelo, pero a Germán no le importó. Se sentó ante la pantalla para revisar las grabaciones. A lo mejor ya había encontrado a Guadalupe y no lo sabía.

4

Vázquez habló con el comisario a solas en el despacho. No le hizo falta usar demasiadas palabras. Pertrechado con la denuncia de la joven en la mano, su habitual rictus de seriedad y la amenaza de que un periodista estaba ya husmeando el alarmante asunto, obtuvo carta blanca y cierto margen en los recursos humanos que pudiera necesitar.

—Pero, te lo advierto, quiero que me tengas al tanto de todo. Aunque sea fin de semana, ¿está claro?

—Sí, jefe.

Durante los siguientes días los agentes se desplegaron en el entorno de la víctima como si de una plaga de termitas se tratara. Engulleron cada dato que se ponía ante sus fauces: preguntaron, registraron, leyeron papeles…

—Hay algo raro en el testamento —comentó Vila, entrando en el despacho de Vázquez.

El policía se recostó y colocó ambas manos entrelazadas detrás de la nuca.

—Suéltalo.

—El padre de la estudiante de medicina.

—¿Qué pasa con él?

—Se lo queda todo, salvo la parte de legítima que le corresponde por ley a sus otros dos hermanos. La víctima cambió el testamento hace dos semanas.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Tengo en mi despacho a los tres hermanos. Al leer el abogado las condiciones de la herencia y enterarse de la última voluntad de su madre, se ha producido un fuerte altercado. Han empezado con reproches, después insultos y acusaciones, hasta que de repente ha volado algún objeto y los tres hijos han llegado a las manos. Nos llamaron del despacho del letrado y un par de patrullas tuvieron que intervenir con contundencia. Los tengo a todos custodiados abajo.

—Súbemelos.

—¿A los tres?

—Sí, a todos a la vez.

Minutos después, el trío de adultos con arañazos, caras enrojecidas y ropas rasgadas entraron en el despacho de Vázquez. Parecía como si una jauría de gatos salvajes les hubiera tendido una emboscada en un callejón oscuro.

—¡Siéntense! —ordenó Vázquez, y los tres obedecieron sin chistar. La sola presencia de aquel hombre habría hecho huir hasta a una manada de hienas hambrientas—. Usted —dijo, señalando al que estaba más a la izquierda—. ¿Cómo se llama?

—Jacobo Santos Fresón. Soy el mayor. Esos de ahí son las sabandijas de mis hermanos pequeños —escupió las palabras sin pensar, pero la severidad de la mirada de Vázquez le obligó a corregir—. Perdón. Solo mis hermanos pequeños.

—Usted —invitó al de en medio.

—Rodolfo Santos Fresón. El mediano.

—Usted —señaló al de la derecha.

—Roberto, el pequeño. Desgraciadamente, comparto los apellidos con ese rufián —dijo, señalando al mayor—. El que nos ha robado de forma torticera la herencia de nuestra madre. Vaya usted a saber si después de que ella modificase el testamento la mató. Porque dicen que sus empresas no están muy boyantes.

Jacobo se levantó para saltar sobre él, pero por el rabillo del ojo observó a Vázquez ponerse en guardia, se lo pensó y se volvió a sentar.

—Que te quede claro que no he matado a nadie —afirmó con odio—. No tenía ni idea de que mamá hubiera cambiado el testamento. Me he enterado al mismo tiempo que vosotros. Ni se lo pedí ni sé por qué obró así, aunque, conociendo el tiempo que le dedicabais, una ligera idea me puedo hacer.

—La primera en sospechar fue tu hija. Fue ella la que dijo que le hiciéramos una autopsia a madre —interrumpió el mediano—. Las dos compartían mucho tiempo. Deberíamos haber seguido su consejo, pero tú te negaste en redondo. ¿Qué temías que descubriésemos? ¿Que la habías matado? ¡Confiesa!

—¡No me puedo creer lo que estás diciendo! —clamó indignado—. ¿Me estáis acusando de asesinar a mi propia madre? ¿Estáis locos o qué? —preguntó en voz alta con los ojos fuera de las órbitas. Vázquez les dejó hablar. En esos momentos de tensión alguno podía cometer un error—. Y con respecto a lo de mi hija, ¡los dos también os opusisteis! —aseguró tajante señalándolos—. No fue solo cosa mía. Según lo cuentas, da la sensación de que todos sospechabais y yo me negué en rotundo. ¡Mentiroso!

—¿Y por qué te dejó a ti todo el dinero de repente? ¿Cómo le comiste la cabeza? ¿O fue tu linda hija, tan amable siempre? —escupió con acidez el pequeño.

Esta vez Jacobo no se contuvo, ni siquiera la presencia de Vázquez le amilanó. Saltó como un tigre sobre su presa y comenzó a pegarle puñetazos mientras le insultaba. De repente, una mano de hierro lo agarró del cuello y lo levantó por los aires. Los golpes que lanzaba ya no llegaban a tocar a su hermano.

—No voy a repetirlo —advirtió el inspector cuando lo depositó de nuevo en su silla—, a la próxima falta de respeto o agresión, juro por Dios que los detengo a los tres y duermen esta noche en los calabozos. ¿Les queda claro?

Los tres asintieron a regañadientes, pero lo hicieron.

—¿Dónde estuvo usted el día que su madre falleció? —preguntó Vázquez al mayor.

—En Guadalajara. Vivo allí. En cuanto mi hija me llamó advirtiéndome de la desgracia, vine corriendo.

—Eso ya lo sé, eso ocurrió el domingo. Yo me refiero al sábado por la tarde. Desde la hora de comer hasta la cena.

—También en Guadalajara. Un grupo de amigos quedamos a comer en el Porta Gayola, junto a los juzgados. Celebrábamos un cumpleaños y entre cafés, vinos y cervezas se nos hizo de noche. Mis hermanos no estaban —apostilló con acidez—. Ellos supongo que tendrán sus propias coartadas, si las tienen.

—¿Padece usted alguna enfermedad relacionada con el corazón? —preguntó Vázquez sin dar síntomas de haber escuchado la provocación.

—No, ¿por qué lo pregunta?

—¿Alguien de su familia?

—Hasta donde yo sé no, pero pregúnteselo a ellos.

Vázquez los interrogó con la mirada y ambos negaron con la cabeza. Fijó de nuevo su atención en el mayor.

—¿Sabe usted por qué su madre decidió cambiar la herencia?

—No tengo ni idea. He sido el primer sorprendido. Se lo juro.

—¿Tienen ustedes algún inconveniente en prestarme sus teléfonos móviles?

—¿Para qué los necesita? —preguntó desconfiado Rodolfo, el mediano.

—Quiero enchufarlos a este ordenador y clonar su información. Así podré saber dónde estuvieron ustedes el sábado por la tarde. Podré leer los mensajes que se intercambiaron con su madre, ver el listado de llamadas y revisar su contenido en general. Solo quiero descartarlos como sospechosos y centrar los verdaderos esfuerzos de la investigación en buscar al culpable. Puedo conseguir toda esta información de otra manera, pero es mucho más lenta. ¿Tienen inconveniente?

—¿Entonces soy sospechoso de haber asesinado a mi madre? ¿Y me lo dice así a la cara? —preguntó el mayor.

—No lo tome como una ofensa. Son sospechosos, usted y sus hermanos. Es rutina. En la mayoría de los casos los crímenes los comete el entorno de la víctima y mi trabajo es descartar a candidatos hasta detener al responsable.

—Yo no tengo nada que ocultar —interrumpió Roberto, el pequeño, colocando el suyo sobre la mesa.

—Yo tampoco —dijo, después de pensárselo unos segundos, Rodolfo—. Solo mirarán lo que tenga que ver con la muerte de mi madre, ¿no?

—¿Y usted? —preguntó Vázquez a Jacobo.

—No, yo no. Tiene mi palabra de que no he asesinado a mi madre, le puedo dar los números de todos los testigos que me vieron el sábado por la tarde, pero no voy a entregarle mi vida a un desconocido. En mi teléfono hay cosas personales y de trabajo que usted no tiene por qué conocer.

—Puedo pedir una orden judicial si usted quiere —le trató de intimidar Vázquez.

—Hágalo —respondió retador.

—Si él no lo deja, yo tampoco —anunció Rodolfo, cogiendo su móvil al lazo.

—A mí me sigue dando lo mismo. Miren lo que quieran —invitó Roberto.

—Gracias. Con ustedes haremos las gestiones por el sistema tradicional, aunque tardemos más —anunció Vázquez taciturno—. El que quiero es el de su madre. Hemos estado en su casa y no lo hemos encontrado. ¿Lo tiene alguno de ustedes?

—Sí, yo —reconoció Jacobo.

—¿Me lo podría entregar? —pidió Vázquez, extendiendo la mano.

—Lo tengo en el coche, lo dejé allí. No veo inconveniente en que puedan ustedes examinarlo si mis hermanos están de acuerdo.

Vázquez los observó interrogándoles con la mirada. Rodolfo se encogió de hombros y Roberto asintió levemente en señal de consentimiento.

A primera vista, el análisis del teléfono de la fallecida no desveló el nombre del asesino. Revisaron mensajes, llamadas, búsquedas en internet, correos, agenda… todo parecía normal. El sábado por la mañana la víctima recibió una única llamada de su hijo mayor. El registro decía que comenzaron a hablar a las doce y veintitrés minutos de la mañana y colgaron diecisiete minutos después.

—Una buena parrafada —silbó Vila.

—No significa nada —descartó Vázquez—. No interpretemos las pruebas a nuestra conveniencia, como hacen otros, sino que dejemos que ellas nos guíen hasta el asesino.

—Solo decía que había sido larga. Nada más —se defendió Vila—. También hay un mensaje de la nieta, la estudiante de medicina. Le pregunta si está bien y le anuncia que al día siguiente irá a buscarla para acompañarla a misa. La anciana respondió con un «ok».

—¿A qué hora ocurrió eso? —preguntó Vázquez.

—A las seis y doce minutos de la tarde.

—¡No jodas!

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado Vila.

—¿Por qué no llevas guantes puestos? Las pruebas siempre se tocan con guantes para no contaminarlas. Vila, pareces nuevo —le reprochó enfadado Vázquez—. Mete el móvil en esta bolsa —le ordenó abriendo una de pruebas.

—¿Qué me he perdido?

—Puede que la respuesta a la nieta no sea de la abuela sino del asesino y que haya dejado algún resto.

—Es verdad —reconoció Vila, y se tapó la boca con la mano—. Pudo responder ella o pudo hacerlo el asesino para evitar alarmar a la nieta. Le preguntaba si estaba bien.

—Eso es —ratificó Vázquez mientras cerraba el sobre—. Si no llega a responder, a lo mejor se hubiese asustado y se hubiese acercado a casa de su abuela a comprobar si se encontraba mal, descubriendo todo el percal. No creo que averigüemos nada, pero hay que mandarlo analizar.

—Habrá ADN del hijo mayor, fue él quien lo cogió y él quien lo ha custodiado todo este tiempo. ¡Menudo listo! ¿No te parece?

—Si quieres decir algo, dilo —le apremió Vázquez—. Tengo mucho en que pensar, no me hagas perder el tiempo.

—Que si yo fuese el hijo, hubiese asesinado a mi madre, y respondido al sms, también me habría llevado el móvil. Así justificaría la presencia de huellas y de ADN en el aparato, ¿no?

—Bien visto. Habrá que hablar con los testigos y mirar si en el Porta Gayola ese de Guadalajara hay cámaras de seguridad —concedió.

—Si quieres, me acerco ahora. Son cincuenta kilómetros.

—No, Vila, vamos contrarreloj, llama a los compañeros de la comisaría de allí y que nos hagan el favor.

El agente estaba a punto de salir del despacho de Vázquez cuando se le ocurrió una idea. Él nunca rumiaba sus pensamientos, sino que los escupía sin macerarlos. A veces eran brillantes, pero en ocasiones la falta de reflexión le hacía decir auténticas estupideces.

—La víctima era una mujer tradicional y de costumbres pero que no se privaba de ciertas modernidades. No sé si te has dado cuenta de que tiene un iPhone 6.

—¿Y? ¿Quieres decir que a lo mejor por eso se lo quedó el hijo?

—No, eso ni se me había ocurrido, pero ahora que lo dices, puede que tengas

razón —concedió—. Yo estaba pensando que en los iPhones quedan registradas tus posiciones. Se va conectando con antenas y con redes wifi mientras caminas. Podríamos pedir un estudio de sus movimientos la tarde del crimen desde que salió del centro de mayores y, si se dan mucha prisa, buscar imágenes de las cámaras de seguridad para comprobar si se encontró con alguien.

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—Eso sí nos puede ayudar a cazar al asesino —reconoció Vázquez, y le palmeó la espalda—. Buena idea, amigo mío.

¿Y si, como el cuadro, alguna de las personas que había visto en los vídeos era falsa? La idea salió disparada de alguna de sus neuronas y, como si del lanza bolas de un pinball se tratara, empezó a rebotar sin control de un lado a otro contra las paredes de su cerebro. Cada conexión nerviosa que tocaba se iluminaba con una idea, tantas que a Germán le resultó abrumador retenerlas. Por fin, logró tranquilizarse y sujetar el pensamiento inicial, como cuando jugando conseguía detener la bola en la paleta unos segundos e imaginaba dónde la quería lanzar.

Revisó solo las imágenes de la última cámara. Dedujo que allí estaba la clave. Había visto a dos personas juntas. Parecían hombre y mujer por la ropa, pero no lo podía asegurar porque sus rostros los tapaba un paraguas en el que se guarecían de la lluvia. Congeló la imagen y la pasó hacia delante y hacia atrás, sin lograr contemplar sus caras. Las había desechado porque ella no parecía embarazada.

Se obligó a replantearse lo imposible. Si se tratara de Guadalupe, implicaría que tenía un cómplice. Una persona que, ajena a ella, había visto cómo linchaban a Valentín, cómo lo humillaban y condenaban por un asesinato que no había cometido y, a pesar de saber que era inocente, permitía que se pudriese en una cárcel durante veinte años. No se imaginaba quién podía vivir feliz y tranquilo con semejante responsabilidad sobre su conciencia. Esa conducta, pensó, describía, en principio, dos posibles personalidades: la de un hombre absolutamente enamorado de Guadalupe, convencido de que el diablo se había reencarnado en el hijo del torero y que colaboraba en salvar la vida de su ángel, o la de una persona que odiaba a Valentín por motivos personales y cuyos intereses habían confluido con los de Guadalupe y juntos habían planificado su desaparición. Se acordó de Julián Cienfuegos Garcinuño. La entrevista que concedió a un periódico durante el juicio a Valentín destilaba tanto odio que a muchos de los que la leyeron se les quedó impregnada la antipatía en la retina. Germán fue uno de ellos. El artículo era tan bueno que se puso en los zapatos del entrevistado, miró a través de sus ojos, sintió a través de su corazón, y detestó a Valentín. Lo hubiera estrangulado con sus propias manos. Si Guadalupe caminaba bajo aquel paraguas, Cienfuegos ganaba enteros como candidato a ser la persona que la acompañaba.

Garabateó su nombre en una hoja. Tenía que conseguir su tráfico de llamadas en las semanas previas a la desaparición. Supo enseguida que no podría obtener la información. Ningún juez autorizaría que violase su derecho a la intimidad basándose en la conjetura de que una mujer dada por muerta pudiera seguir viva. Se reirían de él. Sin embargo, sí que podía revisar las llamadas entrantes y salientes del móvil de Guadalupe. Estarían en el sumario. Se las pediría a Vila y, si no, la abogada seguro que las conservaba. También necesitaba averiguar si Julián estuvo en Madrid el día de la desaparición. Si quedaba con él a tomar café, podría apretarle las tuercas y a lo mejor olía su miedo.

Levantó la vista del ordenador y observó el mapa que colgaba de la pared. Se centró en lo que tenía más a mano. Si la pareja continuaba caminando por la misma acera y no se desviaba, la siguiente calle con la que cruzarían sería la de Tabernillas.

Podían simplemente atravesarla y seguir por la Carrera de San Francisco o desviarse en esa calle. Se fijó en las chinchetas. A unos cuarenta metros de la esquina, girando en Tabernillas, había una cámara que pertenecía a la escuela infantil de la Paloma. Decidió revisarla.

El plano de la grabación permitía ver un trozo de la calle, pero lo suficientemente grande como para que cualquiera que pasara quedara recogido en la imagen. Lo malo, que la calidad era escasa y que el foco estaba situado en el centro del patio. Lo que a Germán le interesaba observar ocurría en una pequeña esquina de la parte superior.

Buscó en el cronómetro de la imagen las diez y media de la noche y dejó correr la cinta durante los siguientes treinta minutos. Cuando acabó tuvo la sensación de no haber parpadeado en todo el tiempo. Tenía los ojos secos. Le escocían y notaba el pulso en el globo ocular. Se frotó con los nudillos en círculos durante un buen rato buscando aliviarse. Al terminar contempló una vez más el mapa y bajó los párpados reteniéndolo en su cabeza. Por la calle Tabernillas hacia abajo solo había visto pasar a una persona de negro, sin paraguas ni compañía. Quedaba descartado que la pareja se hubiese desviado por allí. La siguiente cámara de seguridad en línea recta, porque no había posibilidad de desviarse, estaba en el siguiente cruce con la calle de las Aguas. Pertenecía a una sucursal del BBVA. Por un momento pensó en abandonar. Los del paraguas podían haber atravesado la calzada a la altura de la plaza de los Carros, presidida por la iglesia de San Andrés y perderse por las mil callejuelas del Madrid antiguo o haber cogido un taxi o tener el coche allí aparcado… Notó cómo esa vieja compañera que se le había pegado a la piel durante los últimos años comenzaba a tomar vida. La desesperación quería empapar de nuevo su alma. Sintió el peso del cansancio y barajó la idea de mantener los párpados cerrados. Se imaginó dejándose ir, tumbándose en la cama y durmiendo abrazado a su desaliento. Y cuando despertase, ¿qué?, ¿otra vez lo mismo?

Se esforzó en abrir los ojos. Pinchó las imágenes del banco y clavó la mirada en la pantalla. La iniciativa tuvo recompensa enseguida. El cronómetro solo había corrido cinco minutos cuando los vio aparecer. Tenían el coche aparcado a unos metros de la entidad. Paró la grabación y apuntó la matrícula. Luego soltó otra vez el vídeo y comprobó cómo ella acompañaba al hombre hasta la puerta del copiloto y él se montaba. Ese gesto de elegancia más propio de un caballero le hizo gracia. La mujer había evitado que su pareja se mojase. Después, ella abrió la puerta del conductor y cerró el paraguas. Germán detuvo la secuencia y pegó los ojos a la pantalla. La mujer era delgada, muy delgada. No podía ser Guadalupe porque estaba embarazada de ocho meses y medio, aunque de repente recordó que su ginecólogo en el juicio había dicho que, en realidad, estaba de seis meses. Dejó avanzar la secuencia con el dedo en tensión sobre el ratón. Rezando para que se girara y mirarle a los ojos. Fue tan rápido que no le dio tiempo a parar la grabación, pero allí estaba, había hecho un gesto que le permitió verle el rostro. Una ola de calor, a la velocidad de un tsunami, le subió desde los tobillos hasta el rostro. Rebobinó y congeló la imagen. Se abalanzó sobre la pantalla. Allí estaba de nuevo. No podía jurarlo, pero sus rasgos no le recordaban a los de la desaparecida. La decepción inundó su cuerpo.

Golpeó la mesa con la base del puño.

Pensó que a lo mejor su vista cansada le había jugado una mala pasada. Había

una forma de confirmar su percepción. Escribió un mensaje a un amigo de la Policía Municipal de Madrid para que entrase en el ordenador, mirase la matrícula y le dijese a quién pertenecía el coche. Minutos después, el zumbido del móvil le anunció que tenía respuesta. Álvaro Gil Muñoz, de cincuenta años.

Se puso el abrigo y se dirigió hacia comisaría. Se alegró del frío que azotaba la noche porque le ayudó a despejarse. El viento en la cara le hizo sentirse vivo y notó cómo la sangre corría por sus venas. Aunque caminó durante veinte minutos, el paseo le pareció corto.

Entró en su despacho y, sin quitarse el abrigo, tecleó en la base de datos del padrón municipal el nombre que había recibido. Álvaro vivía en Madrid. Apuntó la calle y los nombres de las personas que residían con él en la misma casa. Por las fechas de nacimiento, Elisa Román Raña debía de ser su esposa, y los otros tres nombres que constaban, sus hijos. Introdujo el nombre de la mujer en la base del DNI y obtuvo su foto. Sí. Aquella era la mujer del coche. La que había visto en las cámaras de seguridad. El desencanto encorvó sus hombros. Salió de comisaría con la cabeza gacha, castigándose por no haberse metido en la cama cuando sus ojos le dijeron basta. No daba una a derechas. ¿Por qué narices había creído la versión de Valentín? Sí, había unas huellas en una carta, ¿y qué? ¿Qué probaba eso? Y aunque tuviese razón y fuese inocente, ¿qué más podía hacer para luchar contra todo el sistema que le había metido en la cárcel? Él, un simple policía, degradado, con mala prensa y que contaminaba con su pésima fama todo lo que tocaba.

Decidió abandonar. Llamaría a la abogada para que se lo comunicara a su cliente, le contaría los esfuerzos que había hecho y que no encontraba más salida que renunciar a perseguir a un fantasma. Dejaría abierta la puerta a que, si se les ocurría alguna maravillosa idea, algún hilo del que tirar, se lo trasladasen y se comprometería a ponerla en marcha. Así zanjaría el asunto.

Se imaginó la conversación con la letrada. Contestaría cada duda que le planteara, le contaría cada detalle de sus pesquisas, cada gestión. A Valentín no le quedaría más opción que liberarle de su compromiso… Solo que sí había dejado una posibilidad sin explorar, remota, pero con latido. La mujer solitaria, la que caminaba detrás de la pareja. No había husmeado su rastro hasta el final. No se lo podía ocultar a sí mismo. Podía mentir a los demás, pero jamás engañarse él.

Aunque estaba cansado, quiso atar aquel cabo suelto para no tener que huir eternamente de la culpa, que es una perseguidora inagotable. Al llegar a casa se quitó el abrigo y volvió a sentarse frente al ordenador. Dejó correr la imagen de las cámaras de BBVA. Vio cómo la pareja se iba en su coche y siguió contemplando la escena. No pasó nadie. Llovía tanto que la calle estaba vacía. Aguantó quince minutos hasta darse por vencido. La mujer solitaria no había pasado por allí. Entonces se acordó. Se golpeó la cabeza con la palma de la mano castigando su mala memoria. ¡Sí la había visto en la calle Tabernillas, en las imágenes de la escuela infantil! Buscó el archivo, pinchó en el vídeo y lo revisó. Allí estaba. Una mujer caminando sola. ¿Podía ser Guadalupe? Llevaba la barbilla clavada en el pecho, probablemente para evitar que la lluvia le empapase los ojos, las manos en los bolsillos y no parecía que el abrigo le hiciese tripa. Caminaba resuelta. Revisó las notas de la denuncia de Valentín para comprobar la estatura. En el papel ponía uno setenta. Podía coincidir, pero como con

tantas otras. Se trataba de una estatura cada vez más común para una mujer en España.

Se levantó de la silla y contempló el mapa que había clavado en la pared del salón. La calle Tabernillas se abría en dos, como la lengua de una serpiente, una era calle Ángel y la otra calle Águila. En la primera había una tienda que hacía esquina y que por alguna extraña razón, aunque demasiado alejada del lugar de la desaparición como para revestir interés, alguno de sus compañeros había recogido los vídeos de las cámaras de seguridad. Se acordó de los nervios de aquel día y del nivel de presión al que sometió a sus hombres, y supuso que prefirieron pecar por exceso que no por defecto.

En cualquier caso, dos años después, él se alegró. Mejor que sobrara que echarlas de menos.

Antes de empezar a verlas, se preparó un sándwich de jamón, queso, tomate en rodajas y lechuga, abrió una botella de Albariño y se sirvió una copa generosa. Dejó correr el vídeo después del primer bocado y, cuando todavía estaba paladeando el sabor del vino blanco en la lengua, la vio aparecer en la imagen. Estaba seguro de que era la misma persona, la misma mujer, otra cosa es que se tratase de Guadalupe Romero. Era imposible determinarlo. La siguió con la mirada y observó cómo entraba en la calle Mediodía Grande y se paraba frente al primer portal de la derecha. Unos segundos después, cruzó la puerta y desapareció de su vista.

Misterio resuelto. Hasta donde él sabía, no tenía sentido que Guadalupe hubiese acudido a aquella casa la noche de su desaparición. Debía tratarse de una vecina. Valoró acercarse a comisaría de nuevo a comprobar los nombres de los propietarios, pero pensó que aquello podía esperar al día siguiente. No le costaba nada hacer la gestión, aunque se dio cuenta de que, salvo que encontrase algún apellido vinculado a Guadalupe, lo que significaría una sorpresa mayúscula, los nombres no le dirían nada. Espoleado por el deseo de cancelar el encargo de Valentín, decidió que al día siguiente, con una foto de Guadalupe en la cartera, se acercaría al edificio y preguntaría a todos los vecinos, uno a uno, si la conocían. Si no tenía éxito, abandonaría definitivamente el caso, aunque la letrada y su cliente pusieran el grito en el cielo.

Se bebió media botella sin esfuerzo y el vino le meció en un sueño alegre y confortable.

6

Contempló el telefonillo dudando. Cuatro plantas y dos puertas en cada una. Presionó uno de los plateados botones al azar y esperó.

—¿Sí? —preguntó una voz masculina.

—Hola —improvisó el investigador—. Me llamo Germán Carrasco. Soy inspector de policía y querría charlar un momento con usted.

—¿Por quién pregunta?

—Por nadie en especial. Si acaso por el presidente de la comunidad —se le ocurrió sobre la marcha.

—Soy yo, ¿ha ocurrido algo?

—No, tranquilo, simple rutina.

—Pero ¿de qué se trata? —insistió desconfiada la voz.

—Busco a una mujer. Ha desaparecido. A lo mejor usted o alguno de sus vecinos la han visto.

—Espere, bajo a abrirle —anunció antes de colgar.

Unos segundos después un hombre en pijama y zapatillas de casa bajó las escaleras. Iba despeinado y caminaba encorvado. Pulsó un timbre en el rellano de la escalera y un zumbido en la puerta anunció al agente que ya podía franquear la entrada. Aun así, esperó a que le abriesen.

—¿Sí?

—Soy el inspector Carrasco —volvió a presentarse mientras sacaba la placa y se la enseñaba al hombre—. ¿Usted es? —preguntó, y se la guardó en el bolsillo.

—Juan de la Torre, el presidente de la comunidad, vivo en el primero izquierda. ¿Quiere usted pasar? —invitó con amabilidad—. Hace mucho frío fuera. Yo estaba desayunando, ya sé que a lo mejor es un poco tarde, pero a mi edad la única que tiene prisa es la muerte. ¿Le apetece un café? —le invitó—. Lo tengo recién hecho —insistió ante la indecisión de Germán.

El vecino se dio la vuelta sin esperar una respuesta y subió con extraña agilidad las escaleras. Germán le siguió, pensando que la edad regalaba un desparpajo que eliminaba lo accesorio y potenciaba lo esencial y deseó aprender a ser mayor.

Juan le sirvió un café sin parar de hablar. La cocina olía a rancio. Los azulejos cuadrados serigrafiados según la moda de los años setenta tenían las juntas ennegrecidas. Los fuegos de butano estaban cubiertos por una capa de grasa con solera de varias décadas. Germán, atendiendo a la invitación, se sentó en una silla de formica junto a una mesa del mismo material que se abría en forma de libro. Cuando Juan la eligió pensó en un hogar alegre y lleno de amigos, pero jamás hubo tantos invitados. ¡Qué paradoja entre nuestros deseos y lo que la realidad nos depara!

—Lo habrá notado. Se ha posado una ola de frío sobre Madrid que me trae por el camino de la amargura. Tengo ateridas hasta las pestañas. Y más con esas rejillas que nos obligan a abrir por seguridad los de Gas Natural en las paredes. Yo las tapo con cartones porque de lo contrario no hay quien pare aquí. Además, si no, la calefacción se come toda mi pensión —reconoció, y al recordar que hablaba con un policía quiso precisar—, pero solo los uso cuando no cocino. Eso no es delito, ¿no?

—preguntó nervioso.

—No, no es delito. Al revés. El delito es lo que cobran por la calefacción.

—Bien dicho —aplaudió Juan.

—¿Lleva mucho tiempo siendo presidente de la comunidad?

—Déjeme pensar, tengo ochenta y siete años y ostento el cargo desde que me jubilé hace ya veintidós. Soy soltero por decisión. Nunca tuve la energía de aguantar que una mujer me cambiase y a la inversa. ¿Conoce a Enrique Jardiel Poncela? —Germán negó con la cabeza—. Es un escritor que nació aquí en Madrid y que tiene grandes reflexiones sobre el amor. La que más me gusta lo define como una goma elástica que dos seres mantienen tirante, sujetándola por los dientes; un día, uno se cansa, suelta y la goma le da al otro en las narices. Tan visual que duele. Llámeme cobarde, pero nunca quise ni soltarla ni que me golpease en la cara. Una, porque precisa de mucho valor y la otra porque hace daño. Pero discúlpeme, que me voy por las ramas. Le explicaba esto para que entienda que si llevo tanto tiempo en el cargo es porque me entretiene. Lleno los ratos libres revisando las cuentas, organizando reuniones de vecinos, mejorando la finca; en esta comunidad no ocurre nada que yo no supervise. Es la única manera de que el inmueble no quede abandonado —presumió lleno de orgullo.

—No se le pasa ni el vuelo de una mosca, ¿eh? —preguntó Germán entre socarrón y contento porque el carácter cotilla del presidente le venía de perlas para sus pequeñas pesquisas.

—Oigo su zumbido antes de que gire la esquina —se vanaglorió al tiempo que le guiñaba un ojo.

Germán activó la pantalla de su móvil. Amplió el rostro de Guadalupe con dos dedos y le enseñó la imagen a Juan.

—¿La conoce? ¿La ha visto alguna vez?

Juan reflexionó durante unos interminables segundos.

—Esta mujer me suena —murmuró—. ¿Dónde la he visto yo? —se preguntó a sí mismo.

—¿Quizá en la tele?

—No, en la tele no —negó, enfatizando su negativa con un gesto de la mano para ahuyentar ese pensamiento—. Solo la enciendo para ver alguna película de vaqueros.

Germán le dejó pensar esta vez sin interrumpir su proceso mental. Muchas veces el silencio era más eficaz que la ansiedad.

Juan escaneó sus recuerdos tratando de ubicar aquel rostro en algún lugar de su pasado. Había veces en que la imagen nunca salía de las brumas, pero en ocasiones el interrogado lograba despejar la niebla, definir los contornos y colocaba con acierto el rostro dentro de un recuerdo.

—¡Ya lo sé! —gritó Juan, feliz—. De alzhéimer no moriré —alardeó a modo de chascarrillo—. Me la encontré aquí mismo. En el edificio. Nunca antes la había visto. Fue una noche, yo iba a sacar la basura y me la crucé en las escaleras. Trató de evitarme, pero me puse en medio y no dejé de preguntarle hasta que me dijo que iba a la tercera planta, a ver a María, que en paz descanse.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Germán entre inquieto y excitado.

—Pues no sé decirle, pero hará ya un par de años al menos.

—¿María es la vecina a la que venía a visitar? —indagó, notando cómo el sabueso que había en su interior se había desperezado de golpe.

—Eso es.

—¿Y cuándo dice que murió?

—No sabría ponérselo en pie.

—Intente hacer un esfuerzo —le animó—. Si recuerda la fecha, me ayudaría a acotar el momento en que la mujer que busco vino a visitarla.

—Yo creo que fue unos días antes de que su hija la encontrara sin vida —dijo sin conceder rotundidad a su tono—, pero no se lo puedo asegurar al cien por cien.

—¿Pudo ocurrir el 27 de marzo de 2013? —se sabía la fecha de memoria.

—¡¡Puf!! Tan concreto no se lo sé decir. Quizá sí, quizá no.

—Ya veo. ¿María vivía sola?

—Sí, sola. Tiene dos hijos, pero únicamente la chica venía a verla, aunque lo hacía de Pascuas a Ramos. Mala gente, de la que no devuelve a sus mayores toda la generosidad que ha recibido. Sé que es ley de vida, que los sacrificios que un padre hace por sus hijos nunca los restituyen salvo a sus propios vástagos. Así funciona el mundo. Yo mismo no lo hice con los míos. Pero lo de estos era peor. María estaba muy sola. Pensó más de una vez en donar su casa a las monjas. Decía que sus hijos no se merecían nada suyo, pero murió antes de testar. Ahora andan peleados los dos por la venta del piso.

—¿Sabe cómo se llama la hija y dónde podría localizarla?

—Déjeme ver —pidió.

Juan abrió un armario y sacó una carpeta azul donde se podía leer «Comunidad 2015». Retiró dos gomas en las esquinas y rebuscó entre las páginas hasta que dio con una dirección y un número de teléfono fijo.

—Raquel se llama la hija. Vive… —al tomar nota, Germán se dio cuenta de que la calle que estaba apuntando no estaba muy lejos de allí.

Aunque deseaba irse corriendo, aguantó unos minutos más la conversación de Juan. Si tenía que volver a recurrir a él lo prefería de buenas. No era cuestión de enfriar su dicharachero carácter con una huida apresurada.

Una hora después estaba pidiendo su segundo café en el bar La Rosa. Había acudido a la casa de Raquel y allí le habían redirigido hasta aquel, su lugar de trabajo.

—¿Cuánto es? —preguntó a la camarera. Como estaba sola, supuso que era Raquel. La mujer, entrada en la cincuentena, con los pelos mal teñidos de un caoba rojizo por donde campaban las raíces blanquecinas, llevaba un delantal de cuadros sembrado de manchas y una chaqueta llena de bolas y enganchones que cruzaba sobre el pecho apretándola, con las manos enrojecidas de fregar, para combatir el frío que reinaba en el local.

—Un euro con veinte céntimos, al pincho de tortilla invita la casa.

Germán se acordó de las pesetas y el famoso redondeo cuando aparcamos nuestra moneda para integrarnos en el euro. Le costó hacer el cálculo mental por la falta de uso, pero llegó a la conclusión de que aquel líquido pardo oscuro había duplicado su precio desde entonces. Sacó la cartera y, al mismo tiempo que le entregó un billete de cinco euros, le enseñó la placa.

—No invitamos a la policía. Lo siento —se disculpó la mujer—. Por mí no

habría problema, pero son normas del dueño.

—No quiero que me invite —negó acalorado.

—¿Entonces? —preguntó entre incrédula y expectante.

—Quiero que me responda a unas preguntas.

—Aquí no ha pasado nunca nada. Es un bar honrado y limpio. Y hacemos la mejor tortilla de patata de la zona. Pruébela.

—Seguro que sí. No se inquiete. Quiero hablarle de su madre, de María.

—Mi madre murió hace dos años.

—Lo sé, mis más sinceras condolencias.

—¿Hizo algo mal? ¿Estafó a Hacienda o algo?

—No, nada de eso. Su madre no cometió ningún delito —la tranquilizó Germán —. Me gustaría enseñarle esta foto —anunció, manipulando la pantalla del móvil por segunda vez aquel día— y que me dijera si usted la conoce.

Raquel se asomó curiosa a la imagen que se proyectaba en el teléfono.

—Claro, esa es la escritora que asesinó el hijo del torero, el Valentín ese, ¿no?

—La misma. ¿Usted no la conoce de nada?

—De verla en la tele. ¿Debería?

—El día en que desapareció fue a visitar a su madre.

—¿Perdón?

—Guadalupe Romero fue a visitar a su madre el miércoles 27 de marzo de 2013. Hasta ahora pensábamos que la última persona que la vio con vida había sido su marido, el condenado, pero hoy mismo he averiguado que acudió a la casa de su madre aquella noche.

—No tenía ni idea. Me deja de piedra. ¿Pero no estaba muerta? —inquirió desconfiada.

—Eso es lo que estoy tratando de confirmar. ¿Se le ocurre alguna razón por la que, de estar viva, podría querer visitar a su madre?

Raquel negó con la cabeza.

—¿Qué fecha ha dicho que fue?

—El 27 de marzo de 2013, era miércoles de Semana Santa.

—¡Joder!

—¿Qué ocurre?

—Si lo que usted dice es cierto, puede ser que ella fuese también la última persona que vio a mi madre con vida. —A Raquel le gustó la cara de pasmo que su afirmación había provocado en Germán y se animó a continuar—: Aquella Semana Santa mi marido y yo nos fuimos de viaje a Estambul. Las llamadas internacionales son muy caras y mi madre no tenía móvil, decía que había vivido sin uno toda la vida y que había sido feliz. No tenía ni WhatsApp ni Skype ni nada gratis, así que no contacté con ella ningún día. Regresamos el domingo a media tarde. Al llegar al aeropuerto la llamé varias veces, pero no me cogió el teléfono. En mi buzón de móvil tenía un mensaje de su vecina. Creo que todavía lo conservo por si quiere escucharlo —dijo, mirando hacia donde guardaba el bolso—. Me informaba de que olía mal en el rellano y que el tufillo partía de casa de mi madre. Ella había tocado varias veces al timbre, pero sin respuesta. Solo se escuchaba el sonido de la tele. Decía estar preocupada. Pasé por casa, cogí las llaves de la de mi madre y fui para allá. La

encontré muerta en el salón. Pero si le soy sincera, no había rastro de ninguna visita.

—Supongo que llamaría usted al 112 e iría el médico a certificar la muerte, ¿no?

—Sí y no. Yo llamé pero no fue eso lo que ocurrió. —A Germán se le dibujó cara de pasmarote—. El doctor no se presentó. Algo dijeron sobre que era tarde, tenía otros fallecidos o no sé qué y no daba abasto. Así que se la llevaron. Cuando nos la entregaron, después del velatorio, la incineramos y enterramos sus cenizas.

—¿Y el médico qué dijo de la causa de la muerte?

—No sé. Causa natural, supongo. Estaba ya muy mayor.

—Perdone que insista —se disculpó el policía con la mejor de sus sonrisas—, ¿pero le hicieron una autopsia o algo?

—Ya le digo que no tengo ni idea. Solo me acuerdo de que vino un policía con un mono blanco, hizo fotografías de todo el salón, sacó algunas cosas de un maletín, lo revisó todo y se fue.

—Y no le dijo ese agente si…

—Discúlpeme, señor inspector —lo interrumpió Raquel harta de tantas preguntas y con los brazos en jarra—, no entiendo muy bien de qué va esto y no voy a seguir respondiendo a sus preguntas si antes no me explica qué narices está ocurriendo, porque a lo mejor debo hablar con un abogado o algo.

—Le pido perdón si la he atosigado —se disculpó sincero—. Tengo una sospecha que no me gusta nada, pero no quiero alarmarla.

—Pues ya lo ha conseguido. Así que suéltelo.

—Lo lamento de verdad, pero le propongo lo siguiente: con los datos que me ha facilitado, voy a hacer una serie de comprobaciones y cuando haya perfilado mejor todo, si no le molesta, vuelvo a verla. —El rostro de la camarera mostraba poco deseo de colaboración—. O si lo prefiere, la cito oficialmente en comisaría para tomarle declaración.

Las palabras oficial, citación y comisaría hicieron su efecto. Para los que no están habituados a aquel mundo, los tres términos producían un efecto mágico, el efecto «cagalera» lo llamaban entre los investigadores.

—No hará falta, venga usted a charlar conmigo cuando lo necesite. Pero siempre a esta hora más o menos, un poco más tarde se me llena de gente y no podré atenderle como deseo. Ah, y este café corre de mi cuenta —anunció Raquel, devolviéndole el billete de cinco euros.

—Gracias —dijo Germán, luciendo una sonrisa tímida e inocente.

Cuando salió del bar, Germán supo, sin ningún género de duda, que aquella jornada se alargaría hasta el infinito. Había acudido a su primera visita de la mañana solo para quedarse tranquilo y descartar que Guadalupe fuese la mujer del vídeo, pero las revelaciones del presidente lo habían dejado anonadado. Sin pensarlo mucho, había dirigido sus pies hacia el bar en el que trabajaba la hija de la fallecida, y la pequeña charla que habían mantenido había elevado varios peldaños su nivel de estupefacción. Su cabeza parecía una lavadora en pleno proceso de centrifugado. Varias inquietantes hipótesis se habían abierto ante él, hipótesis que debía explorar para descartar o confirmar. La más sencilla solo requería de una llamada. Sacó el móvil y buscó el número del presidente de la comunidad. Le atendió a la primera.

—Juan, soy Germán, el inspector que ha estado con usted hace un rato.

—Sí, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Se fijó usted en si la mujer con la que se cruzó en las escaleras estaba embarazada?

—¿Embarazada? Yo diría que no —respondió sin pensárselo dos veces—. ¿Es importante?

—No, solo una curiosidad. Gracias.

Si la idea que se estaba formando en su cabeza era cierta y podía demostrarlo, no solo se rehabilitaría como investigador, sino que provocaría una enorme conmoción en la opinión pública. En su cabeza se dibujó el rostro de Loyola. Todavía recordaba la cara de emoción que puso cuando le dijo que ella se encargaría de contar la historia la primera. Ya llegaría ese momento, antes todavía quedaban muchos pasos por dar y el primero lo llevaba de regreso a su casa.

7

El cuerpo de Germán rebotó contra la suela de los zapatos una y otra vez, cada vez más rápido. Hacía mucho tiempo que no corría. Las piernas se dejaron llevar por la ansiedad de hallar alguna respuesta a las preguntas que brincaban en su cerebro y sabía que en su casa, que no quedaba tan lejos como para coger un taxi, encontraría alguna. Fue un acto reflejo, no meditado. Simplemente ocurrió.

Unas calles más allá tuvo que detenerse. El corazón galopaba descontrolado en su pecho. Ya no era ningún joven y su regreso al mundo del humo tampoco ayudaba. Se plegó por la mitad y apoyó las manos en los muslos mientras tomaba aire a grandes tragos para recuperar el resuello. Parecía que el corazón le estuviese dando puñetazos en las costillas como si de un saco de boxeo se tratara. Se maldijo por la estupidez. Cuando logró normalizar la respiración, volvió a caminar, primero despacio y luego a buen ritmo, pero sin llegar a correr. La verdad bien podía esperar unos minutos más.

Abrió la puerta de casa y, sin quitarse el abrigo, se sentó delante del ordenador. Tenía el cuerpo empapado en sudor. Trasteó con el ratón hasta encontrar el vídeo en el que se veía a la supuesta Guadalupe entrar en el portal. Cuando lo encontró, le dio al *play*, encendió un cigarrillo y esperó. Quería comprobar si la versión del presidente de la comunidad se ajustaba a las pruebas. Cuando la vio acercarse al portal, dio una calada y contuvo el humo en los pulmones. Conocía la escena, pero observó, como si fuera la primera vez, cómo entraba y cómo la puerta, que esa misma mañana había franqueado él, se cerraba a su espalda. En la esquina superior marcaba las veintidós horas, cuarenta y cuatro minutos y trece segundos. Aguardó sin respirar con el humo flotando en los pulmones. Cuando no pudo aguantarlo más, lo soltó torciendo la boca a un lado. No quería que la bocanada nublase su visión. Lo único que se movía en la pantalla era el segundero. Germán se imaginó a Juan en la escalera de la casa con la bolsa de basura en la mano, interrumpiendo el paso a Guadalupe y preguntándole adónde iba. A ella, sorprendida, balbuceando cualquier excusa. Al presidente insistiendo y al obtener la respuesta apartándose a un lado para dejarla seguir subiendo los escalones. Seguro que se giró para comprobar que no le había engañado y sí iba a la dirección indicada. Tenía que estar a punto de salir. Dejó de parpadear concentrando la mirada en la puerta.

No se abrió.

Nervioso, dio una calada al cigarrillo y esperó. Tenía que salir ya.

Algo andaba mal. El presidente tardaba demasiado en aparecer.

¿Le habría mentido? ¿Se habría equivocado de fecha?

Hasta ahora se había ilusionado convencido de que había encontrado un resquicio para resolver el caso, desterrar las mentiras, alumbrar la verdad y rehabilitarse, pero ¿y si era un espejismo?

Notó cómo los dedos que sujetaban el cigarro comenzaban a temblar.

Respiró hondo para tranquilizarse y cerró los ojos.

Inspiró, espiró, inspiró, espiró…

Los abrió y justo detectó movimiento en la imagen. La puerta se abrió y se olvidó de respirar. El cuerpo se tensionó y el pulso recobró velocidad, pero de alivio, no de

angustia.

Un hombre con una bolsa en la mano emergió del interior del portal. Aparentemente con la misma complexión física del presidente de la comunidad. Germán se aproximó a la pantalla tratando de vislumbrar su rostro, de reconocer algún detalle que le garantizase que era él. Vio cómo caminaba por la acera hacia la esquina y arrojaba lo que llevaba en la mano al contenedor de basura. Luego deshacía el camino y se introducía de nuevo en el portal. Repasó la secuencia varias veces y tomó nota de los códigos horarios. Algo no cuadraba. Desde que Guadalupe entraba en el portal hasta que el presidente salía con la basura transcurrían casi diez minutos. Demasiado tiempo. Lo que le había narrado el vecino no ocupaba ni un tercio de ese tiempo. Allí había una incógnita, un agujero negro, una anomalía temporal que le inquietaba y para la que él debía hallar respuesta. ¿Le habría ocultado algún dato el presidente? ¿Habría pasado Guadalupe por alguna otra casa antes? No quiso devanarse los sesos innecesariamente y bloqueó las hipótesis en su cabeza.

Otra idea explotó en su cerebro como una palomita en el microondas. Si Guadalupe había entrado, tendría que salir. Comprobó el final de la grabación. Llegaba hasta las ocho de la mañana, después no había más vídeos. ¿Se habría quedado toda la noche en casa de la vecina? ¿Vendría alguien a buscarla? Encendió otro pitillo y se dispuso a esperar. Nadie le echaría de menos en comisaría. Bueno, en realidad, nadie le echaría de menos en ningún sitio.

Una hora después nada se había movido en el portal. Ni siquiera había pasado un viandante por la calle. Los ojos le escocían. Paró la grabación y se levantó de la silla para darse un respiro. Al asomarse a la nevera a curiosear, llamó su atención la botella de Albariño. Se sirvió una copa y volvió a la pantalla del ordenador.

Aguantó casi del tirón las más de ocho horas de grabación. Solo paró una vez más. Lo hizo para llevarse la botella de vino blanco a la mesa. Mientras visionaba las imágenes la fue vaciando poco a poco, notando un calor corporal y una indiferencia mental que le impedían estar triste. Al acabar, ni Guadalupe había salido, ni nadie más había entrado en el portal. Revisó sus pocas notas. Había apuntado un Seat Ibiza que salió sobre las cuatro de la mañana del garaje del edificio. Nada más. Intentó fijarse en la matrícula, pero los efectos del vino dificultando su capacidad de enfoque o la imagen poco nítida de la película le habían impedido vislumbrarla.

Se tiró vestido sobre el sofá pensando en Guadalupe. Se la imaginó robando el coche de María, la vecina. A lo mejor era ella la que iba dentro del vehículo. Descartó la idea rápidamente. ¡Un coche desaparecido! Si hubiera sido así, el presidente le habría contado el cotilleo sin ninguna duda. Y si no, la propia hija. Por otro lado, dudaba de que la buena mujer tuviera ni coche ni carné. Debía de tratarse de un vecino que empezaba pronto su jornada. O alguien que se iba de viaje de Semana Santa y salía muy pronto para evitar el atasco. No tenía otro sentido. Aun así lo comprobaría. Apuntó mentalmente que tenía que preguntarle al presidente a quién pertenecía el Seat e interrogarlo por si había oído o visto algo extraño aquella noche. Pero antes necesitaba una breve cabezadita. Solo unos minutos para recuperarse y seguir investigando. El sopor lo conquistó sin esfuerzo, como al amor de una fulana.

Se despertó en mitad de la noche con el regusto amargo del exceso de vino en la boca. Tenía frío y se sentía sucio e incómodo, con las ropas pegadas. Se desnudó en

mitad del salón. Dejó la ropa allá donde cayó y se metió en la ducha. Notó el placer del agua caliente recorriendo su piel y permaneció quieto hasta que el agua arrastró los restos de alcohol.

Se secó con rapidez y se metió bajo el edredón para dormir lo que quedaba de noche. Pensó en los próximos pasos que daría. Tenía que volver a hablar con el presidente de la comunidad, averiguar a quién pertenecía el coche y charlar con su propietario. Aunque lo prioritario era hablar con Vázquez y Vila y pedirles un nuevo favor.

Y mientras daba vueltas a estas y otras ideas, cayó rendido.

8

A Germán no le costó mucho localizar Las Bodegas del Secreto. Un letrero lo anunciaba. El *hall*, de apenas dos metros por dos, no se asemejaba al recibidor de ningún restaurante en el que hubiera estado. Había quedado a comer con Vázquez fuera del circuito de menús a doce euros a los que el Gobierno había condenado a perpetuidad a los mal pagados miembros de la policía. Le había pedido un lugar discreto y, según le dijo su amigo, allí no tendrían un mal encuentro ni oídos tísicos, eso sí, el exceso económico solo era puntualmente asumible. Bajó una escalera empinada y ante él se abrió una bodega subterránea de ladrillo visto. Preguntó por el inspector y le señalaron un pasillo estrecho que hacía de distribuidor hacia las mesas. Todas debajo de arcos abovedados, lo que envolvía las conversaciones y ocultaba a los comensales. En la última estaba Vázquez. Se estrecharon la mano.

—¿Cómo llevas el caso? ¿Algún avance? —le preguntó Germán nada más sentarse.

—¿Te cuento todo lo que hemos hecho?

Su antiguo jefe asintió y a Vázquez no le hizo falta que le espolearan más.

—Lo primero fue ir a la casa de la víctima a buscar huellas. Me llevé a uno de los chicos de Científica. Empolvó todas las sillas de la casa y, ¿sabes qué?

—No encontrasteis ni una sola —aventuró la experiencia de Germán.

—Más o menos. Revelamos bastantes dactilares en todas las sillas, salvo en una del salón, la más cercana al sillón donde apareció muerta nuestra víctima. Alguien tuvo especial interés en dejarla como los chorros del oro.

—¿Ni siquiera una parcial?

—Nada de nada. El de Científica no se lo podía creer. Me dijo: «Esto lo han frotado a conciencia». Tuve un escalofrío. Esa singular pulcritud es como una prueba pero sin ella. Al menos para mí. Le pregunté al de Científica si había visto algo parecido en su vida y me dijo que solo en escenarios manipulados en los que el autor lo limpiaba todo para que nada lo incriminara. —Si Germán se sorprendió por las revelaciones, Vázquez no lo percibió—. ¿No te parece la leche?

—Una silla limpia sugiere pero no prueba. Dime que tienes algo más —le animó a seguir su amigo.

—Como quieras. Nos llevamos la tetera, la taza y la cucharita por si las moscas. Ya sé que las lavaron, pero a lo mejor con las prisas el asesino se dejó algo suyo. Esa vía, de momento, la tengo abierta. También embolsamos el cepillo de dientes de la víctima y el de pelo. —Esta vez Vázquez sí percibió cómo su compañero arrugaba el entrecejo levemente. Lo interpretó como un signo de extrañeza—. Tiene una razón de ser, pero déjame que continúe —pidió—. De allí me fui a ver al técnico de laboratorio del hospital de San Francisco de Asís. Le tomé declaración formal. Su relato coincide con el de la joven estudiante de medicina. Nos contó que ella le llevó la sangre, él la analizó y dio positivo en digoxina. Para curarme en salud incorporé su testimonio a diligencias y me llevé la sangre en una nevera portátil hasta Científica. Les he pedido un estudio del contenido. También de los marcadores de ADN. Por eso me llevé los cepillos, para que tengan una muestra indubitada con la que comparar los resultados

de la sangre. No quiero lanzarme a una investigación alocada sin comprobar primero sus pilares.

—Buena idea —elogió Germán—. Llegado el caso, si te toca judicializar la causa lo tienes todo bien atado en diligencias.

—¿Qué van a tomar ustedes? —les interrumpió una camarera, luciendo una gran sonrisa.

Germán la fulminó con una mirada furiosa por la osadía de la interferencia y a la mujer la alegría se le cayó de la boca.

—¿Nos das cinco minutos y te decimos? —pidió Vázquez con una gran sonrisa. No podía evitarlo. Le salía instintivamente equilibrar las malas formas o las situaciones de tensión. No es que desacreditase a su compañero, es que era su forma de ser. Lo hacía desde pequeño.

—Claro. Ahora regreso —dijo, ya sin mirar siquiera a Germán.

Los dos se concentraron en la carta y poco después la joven, de forma sobria y sin concesiones labiales, tomó nota de la comanda, lo que permitió a los agentes seguir hablando.

—¿Qué más?

—Hemos hecho el árbol genealógico de familiares vivos, como me sugeriste. Aparentemente, ninguno tiene problemas económicos salvo Jacobo. Sus empresas están endeudadas hasta las cejas. Los compañeros de Guadalajara nos han contado que visitaron un garito donde se celebran partidas clandestinas de póker en las que él participa y suele perder. —La cara de incomprensión de Germán obligó a Vázquez a darle una explicación. Cuando se lo contaron a él, también se extrañó—. Hacen la vista gorda y no cierran el local porque muchos delitos se cuecen allí y el encargado, un turco, les sopla a los nuestros tanto al oído que hasta podría generar electricidad. —Los ojos de su compañero se encendieron enseguida y revelaron que debería haberlo supuesto—. Volviendo a lo que nos ocupa, eso perfila el móvil del crimen y la oportunidad. Además, se llevó el teléfono de la madre, no nos quiso entregar el suyo y se negó a que se le hiciera una autopsia, aunque su propia hija lo propuso.

Germán negó con la cabeza.

—Y la digoxina, ¿de dónde la sacó? ¿Lo puedes vincular con la compra del medicamento? Esa es la clave.

—Tengo a Vila coordinando el asunto. A falta de algunas comprobaciones, en principio, ninguno de los familiares toma ese medicamento. Ni Jacobo ni el resto. También hemos visitado todas las farmacias del distrito y tenemos una lista de diez pacientes que han comprado digoxina. Vila ya se ha entrevistado con ocho y, en principio, los ha descartado en una primera pasada. Unos estaban en cama impedidos, otros no tenían vinculación aparente y hasta ahora todos guardaban el medicamento en casa. Aun así, les obligamos a rellenar una especie de encuesta. Nombre, apellido, edad, médico de cabecera y centro de salud, iglesia donde vayan e incluso bares que frecuentan. Vamos, que nos detallen sus rutinas a ver si hallamos algún punto de unión que nos llame la atención. Buscamos algún nexo en común con la víctima.

—Bien pensado —elogió Germán.

—Sí, pero es un trabajo de orfebrería.

—No pinta que vaya a ser un caso fácil, pero eso lo hace más estimulante, ¿no?

—Vila ahora está con el noveno —continuó Vázquez, evitando responder. Le angustiaba que hubiese un asesino suelto en su barrio—. A ver qué cuenta. También hemos acudido a los centros de salud del distrito. Hay un problema. Sin orden judicial, por la dichosa ley de protección de datos, no pueden darnos los nombres de las personas a las que consta se les ha recetado digoxina. En el ambulatorio asignado a la víctima solo nos facilitaron el número. Diez personas. Coincide con la cifra que han dispensado en las farmacias, así que tampoco nos inquieta mucho, porque todo parece normal.

—¿Y lo del testamento? ¿Lo habéis mirado?

—Acudí personalmente a hablar con el notario. Revisó la agenda y me confirmó que dos semanas antes de su muerte, la mujer acudió a verle para modificarlo. No le preguntó el porqué del cambio, ni le notó nada extraño, y ella espontáneamente tampoco le comentó nada. Recuerda que estaba bien física y mentalmente y que acudió sola, sin compañía. Poco más pudo aportar. Hasta ahí hemos llegado.

—Mucho en poco tiempo —reconoció Germán.

—Salvo vincularle con la digoxina, para mí que todo apunta a Jacobo.

—¿Y por qué habría de limpiar las huellas de la silla? Estuvo en la casa cuando su hija encontró el cadáver. Pudo haberlas dejado en ese momento. Tendría coartada. Limpiar la silla solo reforzaría nuestras sospechas. No, no tiene sentido.

Vázquez se dio cuenta de que no se le había ocurrido ese enfoque. No sabía si sentir vergüenza o ira.

—Pues a mí me sigue pareciendo muy sospechoso —insistió, tozudo y poco reflexivo.

—Te enseñé a que las pruebas te llevaran al malo, no a que lo eligieras y después interpretases los indicios en su contra, que es precisamente lo que hicieron los *amigos* de la UDEV Central en el caso de Guadalupe.

—¿Cómo va lo tuyo? —preguntó Vázquez, para cambiar de conversación.

En ese momento llegó la camarera con sus platos y sus bebidas. No era lo habitual, pero la buena mujer no había querido interrumpir más. Vázquez le sonrió y le dio las gracias efusivamente, mientras que Germán permaneció hierático.

—Seguro que ha escupido en mi plato —aventuró Germán cuando se hubo ido.

—Me ibas a contar cómo avanzaba tu asunto —insistió Vázquez, sin prestar atención al comentario.

—Va bien. La he encontrado.

—¿A Guadalupe? —preguntó con los ojos muy abiertos Vázquez.

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho?

—No sé dónde está ni tampoco he podido hablar con ella —reconoció Germán apesadumbrado—. La he localizado en un vídeo de seguridad, andando —dijo, satisfecho de sí mismo—. ¡Vivita y coleando!

—¡No puede ser! —exclamó su amigo, todavía incrédulo—. ¡Tienes que hacer público el vídeo! ¡Así te rehabilitarían!

—No tan deprisa. No se la ve bien.

La frase menguó el entusiasmo de Vázquez.

—Pero, entonces, ¿cómo sabes que es ella? No lo entiendo —tartamudeó

desconcertado.

—Escucha con atención y no me interrumpas —pidió Germán—. El día de la desaparición, Valentín dejó a Guadalupe pasado el mercado de la Cebada y él se fue a aparcar a la Puerta de Toledo. Con estos ojos —y se los señaló—, la he visto caminar e introducirse en un portal cercano. No se la distingue bien, cierto, pero estuve allí, en el edificio. Tuve una charla con el presidente de la comunidad. ¿Y sabes qué? —Vázquez negó con la cabeza—. Se la cruzó aquella noche en el portal y habló con ella. La ha identificado sin ningún género de duda.

—¡¿Qué me estás narrando?! —Vázquez parecía mucho más entusiasmado que el propio Germán. Tanto que, sin darse cuenta, se había inclinado sobre la mesa hacia su compañero, como buscando ansioso que la información le llegase antes.

—Lo que oyes —respondió con parsimonia Germán.

—¿Y está cien por cien seguro? ¿No hay posibilidad de equivocación?

—Es lo que afirma.

—Pero ¿qué fue a hacer a la casa?

—Visitar a una anciana, pero no me preguntes por qué la fue a ver. No tengo ni idea, todavía —puntualizó.

—¿La buena mujer qué cuenta? ¿La has interrogado ya?

—No te lo vas a creer. Está muerta.

—¿Quéééééé? —preguntó Vázquez anonadado.

—Lo que oyes. La encontraron en avanzado estado de descomposición tres días después.

Vázquez frunció el ceño mientras los pensamientos bullían en su cerebro. Estalló en una rápida cadena de ideas, algo inusual en su habitual parquedad oral.

—¡Es increíble! No puede ser una coincidencia. ¿Te has planteado que Guadalupe la matara por lo que fuera, luego huyera y, para que no sospechasen de ella, se aprovechó de las circunstancias, se hizo pasar por asesinada y permitió que su marido se pudriese en la cárcel? Y todo para que su crimen saliera impune.

—No es mala hipótesis —reconoció Germán, meneando la cabeza—, pero todavía faltan muchos elementos. ¿Qué fue a hacer Guadalupe a aquella casa la noche de su desaparición? ¿Qué móvil tendría para matar a la anciana? ¿La ayudó alguien? ¿Dónde se esconde?

—¿Qué dictaminó el forense? —preguntó Vázquez con tono neutro, olvidando su entusiasmo y retomando la profesionalidad.

—Creo que muerte natural, pero no he visto el papel. Es lo que me ha contado la hija de la víctima. Quiero acercarme al anatómico para hablar con él. Las causalidades siempre me han escamado.

—¿Qué vinculación habría entre las dos? —se preguntó en voz alta Vázquez.

—Todavía no lo sé —respondió Germán, que se dio por aludido—. Estoy arrancando. Antes de venir he llamado al presidente de la comunidad para pedirle que rememorase el momento en que se llevaron el cadáver y me ha dicho que recuerda a muchos policías entrar y salir del edificio y le parece tener en la retina que metieron el cuerpo en una furgoneta del Instituto Anatómico Forense, pero no se atreve a afirmarlo con certeza. Si lo piensas tiene su lógica. Supongo que en un primer momento nadie se atrevió a certificar su muerte al estar en avanzado estado de

descomposición —aventuró el policía—. Por eso quiero acercarme a ver el expediente. Pero, y aquí viene lo que te quiero pedir, tú sabes tan bien como yo que el protocolo policial establece que en situaciones como la que te he descrito es obligatorio que vayan los de Científica a hacer una inspección ocular.

—En teoría, pero ya sabes lo laxo que es ese concepto a veces. Y si fueron, espérate a ver si se esforzaron mucho o hicieron un par de fotos para cubrir el expediente y nada más.

—Necesito que lo compruebes. Y si hicieron algo, las fotos y el informe.

—Puf, a ver dónde encuentro yo eso.

—Si es necesario, dale la vuelta a los archivos. Quiero ver ese escenario. Lo necesito —insistió, con un deje de ansiedad en la voz.

—Te prometo que haré lo que pueda, aunque ahora tengo a toda la gente en el caso de la digoxina. —La mirada de pocos amigos de Germán le sugirió que debía ofrecer menos excusas—. Me encargaré personalmente de ello. Y te sacaré los papeles a la remanguillé, porque si me pillan, se me cae el pelo.

Un brindis silencioso selló el compromiso.

9

Apretó el timbre del portero automático y aguardó respuesta.

—¿Sí? —preguntó la voz del presidente de la comunidad.

—Hola, Juan, soy el inspector jefe Germán Carrasco otra vez. Querría hacerle algunas preguntas más.

—A usted lo que le ha gustado es mi café —respondió divertido el presidente antes de que un zumbido anunciase que había desbloqueado el pestillo.

Germán subió las escaleras y se encontró la puerta del domicilio entreabierta.

—¡¡¿Hola?!!! —anunció su presencia en voz alta.

—¡En la cocina! ¡Ya conoce usted el camino! —respondió Juan—. Me ha pillado usted terminando de recoger. Perdone por la pinta.

Juan llevaba un mandilón azul claro con lunares blancos y unos guantes amarillos de fregar.

—Si es un mal momento… —se disculpó.

—No, por Dios, a mí siempre me gusta que haya gente en casa. Se hace más agradable pasar el tiempo en compañía. Siempre que la conversación sea interesante, claro. Usted ronda un misterio, lo que convierte su visita en la más seductora de al menos… —calculó unos segundos— la última década. Y con sus preguntas revuelve mis recuerdos, como cuando dan vueltas al bombo de las bolas en el bingo, pero, en mi caso, usted busca una en concreto y no extraer cualquiera al azar. Tengo que esforzarme y, créame, cada pregunta que respondo es un éxito que me hace sentir que el alzhéimer anda lejos.

—Ya me lo mencionó la otra vez.

Un zumbido alto y desagradable interrumpió la conversación. Juan miró extrañado al policía, quien, en un gesto instintivo, se encogió de hombros.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

Germán lo vio escuchar interesado.

—No hay problema. Te abro —anunció antes de apretar la tecla que liberaba el acceso al portal—. Fíjese en la casualidad —le explicó a Germán—. Es Raquel, la hija de María, la mujer por la que está usted tan interesado. Ha venido sin llaves y yo, desde que su madre murió, guardo un juego de su casa.

—¡Qué interesante! —exclamó sin contenerse Germán.

Juan quiso bucear en el porqué del comentario, pero el sonido del timbre le apremió a abrir la puerta.

Regresó unos segundos después con Raquel.

—Hija, tómate un café mientras las busco, que no sé dónde las he puesto —se excusó mientras que le guiñaba pícaro un ojo al policía—. Este es el inspector jefe Germán Carrasco —dijo a modo de introducción.

—Sí, le conozco. ¿Qué tal, agente? —preguntó sin saber qué hacer o qué decir. Incómoda. No esperó a escuchar la respuesta del investigador—. Juan, tengo prisa. No puedo quedarme.

Germán respondió que estaba bien y dio las gracias, pero a nadie pareció interesarle.

—Anda, mujer, ¿qué hay para que tengas que irte tan rápido? —insistió Juan—. No puedes despreciar el café de un anciano. Siéntate y deja que alguien te sirva a ti, para variar. Y encima, tengo que buscar las llaves y no tengo ni idea de dónde puedo haberlas puesto.

Raquel aceptó a regañadientes, pero siguió de pie. No se encontraba a gusto. Una inquietud no visible externamente se esparció por su pecho. Para controlarla se apoyó en la pared. Cruzó los brazos y los apretó con las manos, comprimiéndolos contra ella, un gesto muy común cuando tenía frío, pero que le sirvió para infundirse seguridad.

En el origen de esa ansiedad estaba Germán, su presencia le alteraba. Desde pequeña, siempre que se portaba mal, su madre la amenazaba con llamar a la policía. Les cogió miedo. No había nada lógico en aquel sentimiento, lo sabía, pero se había agarrado en sus entrañas y hasta sufría cada vez que tenía que acudir a una comisaría a renovar el pasaporte o el DNI. En esta ocasión, se sintió asimismo indefensa. No había una barra de bar de por medio que le separase del investigador y le permitiese respirar su propio aire, sin mezclarse con el del *madero*.

—No te quedes ahí y siéntate —le ordenó Juan.

—¿Cómo usted por aquí? ¿No tiene que trabajar?

Al policía no le interesaban las respuestas. Su verdadera pretensión era iniciar una charla relajada que soltase la lengua de la mujer, crear un clima de confianza, para entonces lanzarle otras cuestiones con disimulo.

A Raquel las preguntas le hicieron sentirse en un combate de esgrima. Germán había dado un paso adelante y le acababa de lanzar dos estocadas con el florete.

—No estoy cometiendo ningún fraude. Los trabajadores también tenemos días libres —se defendió, arisca, del que consideró ímpetu del agente.

—¿Ha venido a ver la casa? ¿A recoger algo? —El tono del policía no fue ni más alto ni más bajo de lo habitual, pero a oídos de Raquel sonó como que la embestía al ritmo de leñador, con preguntas secas y cortas, como el golpe del hacha.

—Nada que a usted le interese. Asuntos privados —respondió, cortante, a la impertinencia de la pregunta.

—Discúlpeme, no he pretendido molestarla ni acusarla de nada —retrocedió Germán, espantado ante el cariz que estaba tomando la conversación. Necesitaba de la colaboración de Raquel, no cabrearla como a una mona.

—Anda, mujer, no seas tan tiesa, que el pobre hombre te ha preguntado por educación y le estás fustigando como a un caballo desobediente —le defendió Juan mientras servía el café—. Voy a buscar las llaves, os dejo solos. —Y volvió a guiñar el ojo a Germán—. Portaos bien.

Raquel se sentó en el borde de la silla, intentando poner distancia entre ambos y se sirvió dos cucharaditas de azúcar que removió con ansia. El silencio se apelmazó, como la sangre coagulada.

—La tortilla estaba muy buena. Cocina usted muy bien.

—Gracias —respondió por obligación.

—Se lo recomendaré a mis amigos.

—¡No! —gritó Raquel sin querer, pensando en que la tasca se le llenaría de *maderos*. Su peor pesadilla. Recomendaciones así no las deseaba ni en pintura—. Se

lo agradezco, pero ya tenemos una clientela abundante y fija. —Germán la miraba tan desconcertado que la mujer tuvo que inventarse algo sobre la marcha para justificar su insólita respuesta—. Mi jefe me paga una miseria y si empiezan a ir polis a comer tortilla me tocará trabajar mucho más por el mismo sueldo, así que le ruego que no lo haga. Su recomendación solo me dará fatigas, pero se lo agradezco.

—Entiendo —asintió Germán—. No se preocupe, diré que es la peor tortilla que he probado en la vida.

Buscaba que Raquel sonriese antes de volver con las preguntas. No era lo mismo arrancar respuestas como si fueran malas hierbas, a base de tirones, esfuerzo y sudor, que dejarlas en la mata, como a los tomates, y recogerlas maduras, con un simple zarandeo.

—Tampoco se pase, agente. Con que no haga ningún comentario vamos bien —respondió ella, educada.

Germán hizo un gesto de correr una cremallera en los labios para cerrarlos. Raquel deslizó una sonrisa en su primer gesto de aprobación.

No volvieron a hablar hasta que Juan apareció con las llaves.

—Las encontré —anunció con jolgorio y las agitó entre los dedos—. Yo nunca pierdo nada, bueno, menos la vida. Esa llegará el día en que sí. Y muerto es imposible volverla a buscar. Se trata de una pérdida de por vida —dijo riéndose—. ¿Os habéis fijado en el juego de palabras y significados?

Los dos asintieron.

—¿Estás bien? —preguntó Raquel.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como hablas tanto de… —no sabía cómo decirlo de forma que no sonase brusca— del último viaje.

—A mi edad, la muerte no es algo que se vea lejano.

—Me gustaría repasar su encuentro con Guadalupe la noche del 27 de marzo —cortó Germán, que quería llevar el timón de la conversación.

Raquel se metió la cucharilla en la boca, pensativa, al tiempo que dirigió una mirada de interés al policía.

—¿Qué más quiere saber?

—¿Le parece que reconstruyamos la escena?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¡Claro! —aceptó—. ¡Qué fascinante! Parece que estamos en una película. ¿Raquel, te apuntas?

—¿Yo? ¿¿Qué pinto yo en esto??

—Es una investigación. ¿Nunca jugaste al Cluedo de pequeña?

—No, nunca. A las muñecas, a la comba, a churro media manga o manga entera, pero del Cluedo es la primer vez que oigo hablar.

—Bueno, pues plantéatelo como un misterio, como un reto para la mente. ¿No te gusta resolver acertijos? ¡Será divertido! —la animó.

—Bueno, vale, pero solo un rato —aceptó.

Juan aplaudió como un niño.

—¿Cómo quiere que lo hagamos? —preguntó

—Coja la basura y salga a tirarla como aquel día. Repita paso a paso cada movimiento que hizo y vaya describiéndolo en voz alta por absurdo que le parezca. Yo estaré a su lado y le iré haciendo preguntas.

—¿Y yo? —quiso saber con interés mal disimulado Raquel.

—Usted hará de Guadalupe.

—Vamos —dijo Juan, y los tres se levantaron—. Comienzo desde el principio —anunció. Abrió el cubo de la basura, sacó la bolsa y le hizo un nudo.

Se sentía el protagonista. El actor principal. Todos los focos se habían girado a iluminarle. Pensó en lo bien que sentaba y en cómo disfrutarían los actores famosos. Se obligó a concentrarse.

Caminó decidido hacia la entrada sabiéndose observado por el investigador y la hija de su vecina.

—Cogí las llaves de casa antes de salir. Abrí la puerta, creo que con la mano izquierda porque tenía la derecha ocupada, como ahora. Salí y cerré, pero no eché la llave porque iba a estar fuera solo un momento, nada más. Entonces la vi. Me quedé mirándola y esperé a que llegase a mi altura…

—Un segundo —le interrumpió Germán—. Raquel, ¿le importa salir a la calle y entrar como si fuera a casa de su madre?

La mujer asintió. Bajó presta las escaleras y salió.

—Y usted, cuando empiece a subir, me dice en qué lugar la vio.

Raquel entró y comenzó a subir las escaleras.

—¡Ahí! —señaló Juan, y ya había recorrido un buen trecho.

—¡Pare un segundo! —ordenó el policía.

Su voz fue como un brusco tirón de riendas para un jamelgo. Raquel se detuvo en seco.

—Deduzco que no la vio abrir el portal.

—No, creo que no. Ella ya estaba subiendo la escalera.

—Raquel, perdóneme, ¿le importa volver a bajar, abrir la puerta y dejar que se cierre sola?

—¿Quiere que salga?

—No, no hace falta.

La mujer obedeció y el hierro de la puerta al chocar con el del marco hizo un ruido secó que retumbó en el portal.

—¿Escuchó usted ese sonido? —preguntó Germán desde abajo.

El presidente hizo memoria durante unos interminables segundos.

—No, ahora que lo dice, no recuerdo haber oído la puerta cerrarse.

—Raquel, ¿puede salir y entrar y repetir lo de antes? Y cuando comience a subir se para en el escalón que indicó antes Juan.

Al repetir la escena comprobaron que solo un par de segundos antes de alcanzar el peldaño se cerraba la puerta con un sonido inconfundible.

—No, no lo oí. Estoy seguro —sentenció Juan.

—Pues debería haberlo oído —comentó pensativo—. Algo no cuadra.

Germán bajó hasta el escalón e inspeccionó la zona.

—O el recuerdo es imperfecto o, Guadalupe, tú no venías de la calle, ¿de dónde saliste? —reflexionó en voz alta.

—Solo hay dos posibilidades —respondió Raquel, resuelta—. Yo confío en Juan. Si nos olvidamos de la calle, solo queda el garaje. Vendría de allí. No hay más explicación.

—¿Podemos echar un ojo?

—Claro —se adelantó el presidente a responder al ver que estaba perdiendo protagonismo.

A la izquierda había una escalera que descendía hacia el garaje. Juan tomó la delantera y les guio. Encendió la luz y bajó los empinados escalones hasta toparse con una puerta. Sacó un juego de llaves del bolsillo, eligió una y abrió. El garaje, pequeño, de techos altos, estaba lleno de columnas. Germán paseó en silencio de un lado a otro hasta que lo hubo observado todo.

—¿Solo hay ocho plazas? —preguntó después de contarlas.

—Sí, una por piso.

—¿Cuál es la suya? —preguntó dirigiéndose al presidente.

—Esta —dijo, avanzando hasta situarse en la que estaba a su izquierda, marcada con un irregular número uno dibujado en rojo en la pared. Había un antiguo Opel Corsa aparcado.

—¿Y la de su madre?

—La de allí, la número seis —dijo Raquel. Curiosamente, en el extremo opuesto a la del presidente. Estaba vacía.

—En la época en la que se produjo el triste fallecimiento de la madre de Raquel, ¿se denunció algún robo o pasó algo extraño que le llamase la atención? —preguntó al presidente.

—Nada raro, que yo recuerde.

—Yo tampoco recuerdo nada —corroboró la hija de María.

Germán inspeccionó la plaza vacía de la vecina muerta mientras sus dos acompañantes le esperaban.

—¿Qué vecino conduce un Seat Ibiza oscuro? —preguntó desde la distancia.

—¿Un Ibiza? —repitió desconcertado Juan—. Nadie tiene un Ibiza.

—Eso no puede ser —le corrigió—. Yo vi salir un Seat Ibiza de este garaje la madrugada del 28 de marzo. Alguien debe tener uno.

Raquel se encogió de hombros.

—No, de verdad que no —negó Juan—. Espere un segundo. ¿No tenía tu madre un Ibiza? —preguntó a Raquel.

—¿Mi madre? Si no se sacó el carné ni sabía conducir. ¡Cómo iba a tener un Ibiza! Mi padre sí tuvo un Renault, pero cuando falleció, hace más de quince años, lo vendimos. Durante un tiempo, los de la frutería guardaron aquí su furgoneta, por cuatro duros, pero desde que se jubilaron, hará unos cinco años —y miró a Juan para que corroborara sus datos—, no aparca nadie.

—Pero a mí me suena que hubo un Ibiza en la plaza de tu madre. Estoy seguro. Uno oscuro, sí, pero no recuerdo el color exacto.

—¡Que no tenía coche, pesado!

—Raquel, te juro que es verdad —porfió el presidente, cada vez más convencido de estar en lo cierto.

—¿Pudo aparcar cualquier otro vecino su coche en la plaza de María? —

intercedió Germán.

—Claro, por poder, pudo —corroboró Juan.

—Eso sí —concedió Raquel también.

—Pero ahora que lo dice, el coche apareció un buen día y a mí no me suena que se moviera nunca hasta que desapareció de repente.

—¿De qué fecha estamos hablando más o menos?

—Puf… —negó el presidente—. La cabeza no me da para tanto.

—¿Se acuerda de la matrícula?

—Tampoco, lo siento —se disculpó Juan—. Pero ahora que lo dice, recuerdo una cosa que me llamó la atención. Llevaba colgado del retrovisor una cinta de color rosa de las bendecidas en la basílica del Pilar. Me hizo gracia porque yo tengo una igual, pero la mía con la bandera de España. —Y señaló hacia el espejo de su coche.

Germán registró aquel dato en su cerebro. Echó una última ojeada al garaje. Poco más iba a obtener allí, pensó mientras miraba la plaza vacía. De pronto, una idea le surgió como un destello.

—Oiga, ¿su madre no le habría alquilado la plaza a alguien?

—No —respondió tajante.

—No pretendo ofenderla —se disculpó—. Solo era una idea.

—Yo lo hubiera sabido. Cuando mi madre falleció, revisé sus cuentas en el banco. Los ingresos de los de la frutería aparecían todos los meses, pero no había ninguno en los últimos años.

—Salvo que pagara en mano el alquilador, ¿no?

—Pero mi madre me lo habría dicho —insistió tozuda.

—Por supuesto. Sin duda —retrocedió aparentemente el policía, aunque en su interior le estaba dando forma a otra idea.

—Me parece recordar que puso un cartel en el portal alquilándola —dijo de repente el presidente—. No duró mucho. Las plazas aquí están muy cotizadas.

—Yo lo sabría —repitió, molesta, Raquel.

—Si hubieras venido más a verla, quizá, pero en su último año de vida se quejaba de que no te prodigaste mucho —le soltó de repente el presidente, que quería tener razón.

—Juan, por favor —le reprendió el policía, que temía perder la confianza de la cocinera—. Son asuntos de familia. Seguro que Raquel es una buena hija y vino todas las veces que pudo a ver a su madre.

—Vale, pero pudo alquilar la plaza.

—¡He dicho que yo lo sabría! —zanjó taciturna.

—Se me ocurre una idea con la que a lo mejor podemos despejar este misterio —se hizo el interesante Germán.

—¿Cómo? —preguntó Raquel, deseando darle en los morros a Juan.

—No sé, a lo mejor es una estupidez. Olvídelo —disimuló el policía. Buscaba crear más expectación.

—Insisto —dijo Raquel—. Quiero demostrarle al presidente que está equivocado.

—Yo también insisto. Tengo una memoria de elefante.

—Vale —concedió el inspector—. Se me ocurre que quizá en casa de su madre

haya algún documento, alguna pista que haya pasado desapercibida. Algo que nos ayude a resolver el misterio de la plaza.

—No hay nada. Ya se lo digo yo.

—¿Tú has buscado? —preguntó Juan.

—Vamos arriba inmediatamente y lo haces tú mismo —le retó Raquel, que, enfurruñada y sin esperar a nadie, salió presta del garaje.

Juan la siguió. Germán sonrió satisfecho.

Al abrir la puerta les golpeó un fuerte olor a cerrado y humedad.

—Discúlpeme, señor inspector —se excusó Raquel avergonzada—, pero nadie ha venido a ventilar desde que falleció mi madre. A mi hermano solo le interesa venderla y a mí me falta tiempo.

—Es lógico —concedió él, que había percibido un tercer olor aunque fue incapaz de definirlo en su mente.

—Pasen —invitó.

Raquel comenzó a subir las persianas y a abrir ventanas para dejar que circulase el aire. La luz entró a raudales y permitió ver las partículas de polvo en suspensión.

La casa no era grande. La recorrieron enseguida. La puerta de entrada daba a un pasillo en forma de «L». La primera puerta de la izquierda era una habitación y la siguiente, un baño. Enfrente, el salón. Al torcer la esquina había dos puertas más: una, la de la cocina y otra, la de la habitación principal con baño incorporado.

Decidieron empezar a mirar con detenimiento en el salón.

La decoración era antigua y pobre. Estaba dividido en dos ambientes. La zona de comedor y la de la televisión. Germán detectó que algo no cuadraba.

—Aquí falta algo, ¿no? —preguntó, mirando a Raquel.

—Sí, aquí —dijo, y se situó sobre la zona que señalaba— había un sillón orejero. Encontré a mi madre sentada. Imagínese en qué estado después de cuatro días muerta. Traté de limpiarlo, pero se había empapado de yo qué sé qué y me resultó imposible. Tuvimos que tirarlo a la basura.

—Es lógico —respondió, aunque lo lamentó internamente. Le hubiera gustado examinarlo, pero entendió que los líquidos saniosos (los del cuerpo en descomposición) se debieron de filtrar convirtiéndolo en inservible.

Germán lo contempló todo. Se tomó su tiempo. Juan y Raquel le miraban tratando de averiguar qué se le podría pasar por la mente.

—¿Le importa que haga unas fotos? —preguntó, enseñándole el móvil.

—No, tome las que quiera.

El policía hizo planos generales del salón y del resto de las habitaciones y luego de los detalles que le llamaron la atención.

—¿Va a buscar usted el contrato de alquiler del aparcamiento? —preguntó aburrido Juan, que se había cansado del silencio.

Ya había cotilleado arriba y abajo y no había encontrado nada fuera de lo normal. Una casa sin habitar, pero, como cualquier otra, sin misterios, lo que desinfló sus expectativas y también su interés.

—¿Desde cuándo está la casa cerrada sin venir nadie? —preguntó Germán a Raquel, obviando al presidente.

—Salvo que haya venido mi hermano, desde el día después del funeral de mi

madre.

—¿Y no sabe si él ha venido?

—No tengo ni idea. Discutimos aquel día y desde entonces no nos hablamos.

La conversación hizo que prendiese de nuevo el interés del presidente.

—Una vez que tu madre bajó a tomar café a casa me dijo que no os llevabais bien —intervino Juan—. Le hacía sufrir.

—Desde pequeño, mi hermano ha sido siempre un tocapelotas. Hay que hacer lo que él quiere y, si discrepas, empieza a chillar como un orangután. A mí no me aportaba nada esa forma de ser y me alejé de él.

—Ha dicho que discutieron aquel día —la recondujo el inspector—. ¿A qué día se refiere?

—Después del funeral vinimos aquí. Tenía que cerrar las ventanas que había dejado abiertas desde el día que la encontré muerta, ya sabe, para airear aquel olor tan desagradable y adecentar la casa un poco. Me tocó hacerlo a mí por ser mujer. Mi hermano dijo que pasaba y se puso a fisgonear a ver qué se podía llevar. Le expliqué que no era el momento y que ya repartiríamos las cosas de mamá. Yo no me encontraba con fuerzas ni con ánimo para empezar a adjudicarnos las pocas pertenencias que había acumulado en su vida. Se puso como un loco. Me gritó que era tan madre mía como suya. Pensé que se le iba a escapar la mano, pero mi marido se puso por medio y no se atrevió. Dijo que ya vendría él solo algún día y se llevaría lo que le diese la gana. Se fue dando un portazo. Pensé en cambiar la cerradura, pero me dio miedo que me denunciase, así que hice fotos con el móvil de todo para poder comprobar luego si se había llevado algo. No he vuelto desde entonces.

Germán no podía creerse la suerte que estaba teniendo. Fotos de un par de días después del que él creía que era un crimen.

—Esas fotos, ¿las conserva usted? —preguntó conteniendo la ansiedad.

—Sí, en casa.

—¿Echa algo de menos?

—Creo que no, pero tendría que mirarlo con más detenimiento.

—¿Le importa que hagamos una búsqueda sistemática? —preguntó Germán—. Le garantizo que es mucho más efectiva. Y así sabrá si ha desaparecido algo.

—¿Y cómo propone hacerlo?

—Empecemos desde la entrada.

Raquel asintió y el grupo se desplazó hasta allí.

En la primera habitación, las cuatro paredes desnudas, inmaculadamente blancas, enlataban una cama, una cómoda y un armario con cajones. Raquel abrió el armario. Cuatro perchas, que no casaban entre ellas, colgaban vacías. En los cajones tampoco había nada. Ausentes de contenido. Germán leyó estupor en el rostro de Raquel.

—¿Lo recuerda así?

—No. Me extraña mucho. El armario estaba lleno. Mi madre ponía aquí la ropa que no usaba. Quizá la donó a la beneficencia, porque no tiene sentido que mi hermano se la haya llevado. Era ropa vieja.

Raquel abrió los tres cajones superiores de la cómoda. Los tres, vacíos también. Su confusión iba en aumento. El cuarto se le resistió. Parecía atascado y por mucho que tiraba no se desplazaba.

—Déjame a mí —pidió Juan—. Muchas veces es más una cuestión de maña que de fuerza. Movió el cajón de un lado a otro, buscando el punto exacto. Tiró tan fuerte que el cajón, sin apenas resistencia, salió entero, lo que le desequilibró y acabó por los suelos—. Estoy bien —dijo, incorporándose con agilidad.

Ni la hija ni el policía le miraban. Tenían la vista fija en algo de color azul.

—¿Es una caja de condones? —preguntó incrédula Raquel.

—Lo es. Concretamente «Control Nature XL» —respondió Germán—. No la toquen —pidió mientras se enfundaba su inseparable par de guantes de recogida de pruebas.

Abrió la tapa y vació su contenido sobre la cómoda agitando la caja. Quedaba tan solo una de las doce unidades que debería contener. El agente miró la fecha de caducidad. Todavía podían usarse durante los próximos dos años.

—Esto no tiene sentido —balbuceó Juan—. ¡Tu madre tenía noventa años! Pero si yo soy más joven y hace tiempo que no…

No terminó la frase porque Raquel lo fulminó con la mirada.

Germán quitó la colcha que cubría la cama. Las sábanas estaban puestas y parecían usadas.

—¿Cree que su hermano podía traer a casa de su madre a una amante?

—No, eso es imposible. Mi madre no lo dejaría. ¿Y para qué iba hacerlo? Él vive en su propia casa y no está casado ni tampoco tiene pareja fija.

—Ese es de los míos —se le escapó a Juan.

—¿Se le ocurre por qué su madre tendría condones en el último cajón de la cómoda de una habitación que no es la suya? —insistió Germán, soslayando el comentario del presidente.

—No tiene lógica —admitió la mujer.

El descubrimiento había abrumado a la hija de la víctima, que parecía en estado de *shock*.

—No violaría un loco a mi madre, ¿no? —preguntó medio ida.

—De ninguna manera —la tranquilizó Germán—. Usted la encontró vestida y no ha mencionado señales de lucha. Por otro lado, una agresión sexual se detecta en la autopsia. —Raquel asintió y se llevó la palma de la mano al pecho en señal de alivio —. Debe haber una explicación, aunque no seamos capaces de verla ahora mismo.

Pasaron al baño de al lado. En principio todo parecía en orden. Germán tomó las riendas del registro mientras Raquel se recomponía de su infundada sospecha. Abrió el mueble de espejo que había encima del lavabo. Una caja azul llamó su atención.

—¿¿¿Pero qué hace ahí una caja de Tampax??? —preguntó Raquel con los ojos muy abiertos. El inspector comprobó que solo faltaba uno de ellos.

—¿Puede ser que tu madre tuviese pérdidas de orina? —deslizó Juan, tratando de forzar una explicación para lo que se estaba convirtiendo en un auténtico misterio.

—¿Tú estás loco o qué? —respondió con nerviosismo la hija de la víctima—. Para eso se utilizan compresas especiales. Una mujer de noventa años no se pone tampones. ¡Si no sabes de mujeres, mejor cállate!

Mientras discutían, Germán cogió un poco de papel higiénico y se acercó al desagüe de la bañera. Hizo una pinza con los dedos y extrajo el contenido. Dos pelos largos y oscuros contrastaban con la blancura del papel.

—Son demasiado largos para pertenecer a mi madre. Y ella los tenía ya todos blancos porque se negaba a teñirse.

—¿Qué significa eso? —preguntó el presidente, embargado por el desconcierto.

—Pues que otra mujer se ha duchado aquí y, si tiene el pelo tan largo, no creo que sea una amiga de la edad de mi madre.

—¿Qué cree usted, agente? ¿Puede ser que Guadalupe se duchase la noche que yo la vi?

—Es una posibilidad, sí. Ya se me había ocurrido, pero, si no le importa, prefiero construir mi hipótesis cuando hayamos terminado el registro y con todas las evidencias en la mano. Condón y ducha me sugiere que hubo sexo y luego higiene, pero la noche del crimen, en principio, solo había dos mujeres en este piso. La víctima y Guadalupe. Ningún hombre. A lo mejor hay que plantearse que había alguien más, un desconocido, y que no salió por la puerta principal, o que los pelos y el condón no son de aquella noche sino de algún día anterior, lo que implicaría que, a lo mejor, nada tienen que ver con la muerte de su madre —dijo mirando a Raquel—. Y en cuanto al tampón, es obvio que tampoco es de Guadalupe porque ella estaba embarazada. Puedo construirle media docena más de hipótesis, así que es mejor que sigamos antes de aventurar nada. ¿Les parece?

—Por supuesto, agente. Usted aglutina la experiencia de toda una vida —replicó rimbombante el presidente.

—Eso —corroboró Raquel, desbordada por los descubrimientos.

Pasaron a la cocina, donde abrieron todas las puertas de los armarios y revisaron el contenido. Nada llamó su atención. Tampoco encontraron nada raro en el lavavajillas ni en la lavadora.

—¿Y esto de aquí? —preguntó, señalando una taza y un vaso que había en el escurreplatos. Era lo único que rompía con el orden del resto de las cosas.

—Mi madre se tomaba todas las noches un Orfidal con una taza de leche caliente. Estaba en el salón cuando la encontré muerta. Yo la recogí y la lavé. El vaso ya estaba aquí.

—¿Sabe por qué la nevera y el cubo de la basura están vacíos?

—Sí. Las cosas perecederas me las llevé a mi casa. Si las dejaba aquí, se iban a llenar de moho y acabarían apestando. Y la bolsa de basura la bajé yo misma al contenedor.

—Es lógico. Yo hubiera hecho lo mismo —la apoyó Juan.

Germán asintió.

Los tres pasaron al salón. Examinaron primero la zona del comedor, registrando cada armario y cada cajón. No encontraron nada fuera de contexto.

—Aquí falta algo —anunció Germán, centrándose en la zona del televisor.

—No me lo diga. Déjeme que lo averigüe —pidió Juan, que por momentos disfrutaba como un niño. Se había dado cuenta de que una inspección ocular tenía su ritmo y que había que armarse de paciencia, pero sin descentrarse un segundo para que no se escapara la anomalía que podía convertirse en pista.

Raquel, con las manos en las caderas, barrió con la mirada esa zona del salón, de izquierda a derecha y de arriba abajo.

—No veo nada. Ilumíneme —pidió la mujer.

—El mando de la televisión.

—Me lo ha quitado de la lengua —comentó afanoso Juan—. No está, salvo que se haya deslizado detrás de algún cojín del tresillo —apuntó, satisfecho de su ocurrencia.

—Está en el cajón de debajo de la pantalla. Cuando vi a mi madre muerta, el ruido de la tele me puso más nerviosa. Así que busqué el mando y la apagué. Luego lo guardé en el cajón para que no se perdiera.

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Germán.

—No sé si en la mesa —dudó.

—Hay más de un metro desde donde estaba sentada su madre a la mesa.

—Es verdad. Hay mucha distancia —corroboró Juan, que había cazado la idea a la primera.

—No entiendo —balbuceó Raquel.

—Sencillo. Cuando uno está viendo la tele, siempre tiene el mando a mano para poder cambiar de canal.

—Todas las noches mi madre ponía la Primera, echasen lo que echasen. Ella era fiel a esa cadena. Decía que era la única que no ponía miles de anuncios cada diez minutos. No necesitaba cambiar de canal.

—Hija, no te quedes con eso. También lo necesitaría para encender y apagar, para subir o bajar el volumen —le explicó el presidente, un poco hastiado porque no viese lo obvio.

—Lo lógico es que tuviese el mando a mano. ¿Está segura de que lo encontró en la mesa?

—Eso creo, pero ya no estoy segura de nada —se disculpó nerviosa—. ¡¡¡No entiendo nada!!! ¿Puede ser que esa Guadalupe asesinase a mi madre? —preguntó exaltada antes de romper a llorar presa de la angustia.

Germán la abrazó con fuerza y ella se dejó. Apoyó la cara en su pecho y se vació de lágrimas mientras le temblaba el cuerpo.

—Shhhh —trató de calmarla el inspector, balanceándose para consolarla.

Cuando hubo recuperado el control, Raquel se separó de él con cierta brusquedad. Jamás hubiese pensado que un policía pudiese abrazarla sin sentir miedo. Comprobó, no sin cierto desconcierto, que en realidad la había tranquilizado meciéndola como a un bebé. En las últimas horas las columnas del Partenón de sus convicciones parecían temblar y amenazar la estructura general de su pensamiento.

—No recuerdo dónde estaba el mando —recondujo la situación mientras se secaba los ojos.

—Cuando encontró a su madre, ¿la tele estaba encendida?

—Sí. Ya se lo he dicho. Yo la apagué.

Germán sacó el mando del cajón y se alejó hasta el lugar donde debería haber estado el sofá de la víctima. Le dio al botón de encendido y la pantalla reaccionó enseguida.

—¡Pero si ese es Jorge Javier Vázquez! —dijo Juan.

Esta vez el desconcertado fue Germán, que no entendió qué quería decir.

—¡Es verdad! —gritó Raquel.

—Jorge Javier trabaja en Telecinco —se explicó el presidente al ver confusión en

el rostro del agente.

—Algo está ocurriendo, Germán —lo tuteó la hija, nerviosa—. Para ella Televisión Española era como una religión. Solo veía esa cadena. Discutimos muchas veces porque, cuando venía a verla, se negaba a dejarme ver el *Sálvame* y me tenía que comer los culebrones de la Primera. ¡Te lo juro!

—¿Le importa que me lo lleve? Puede que quien cambiase el canal dejase sus huellas en el mando.

—Con una condición.

—Diga.

—Si averigua quién tocó el mando —recuperó ya con más calma la distancia del tratamiento—, me dirá de quién se trata.

Germán extendió la mano y Raquel se la estrechó para sellar el pacto.

—También me llevo los pelos, la caja de tampones y la de preservativos.

—Como quiera.

Todavía invirtieron diez minutos más en el salón, pero no hubo nada que llamase la atención del trío investigador.

Ya solo les quedaba la habitación de la víctima.

—¿No es raro que en una casa tan vieja la habitación principal tenga el baño incorporado? —preguntó Germán.

—Buena apreciación, inspector —elogió Juan—. La madre de Raquel hizo reforma aprovechando que cambió bañera por plato de ducha. Ya sabe que para la gente mayor es preferible. Nos ahorramos levantar las piernas para entrar y se elimina el riesgo de un tropiezo y una lesión que a nuestra edad ya puede ser demoledora —explicó sin casi respirar al hablar—. Pues eso, que aprovechó y tiró el muro, que no es de carga, y puso una puerta para unir dormitorio y baño. Un día que me lo estuvo enseñando, me lo explicó. Pensé en copiar su idea, pero me dan pereza las obras. Se llena todo de polvo y escombros, y es una lata.

Germán cogió el único almohadón que había en la cama.

—Este es igual que el que hay en el salón, ¿no?

—Sí, son idénticos —explicó Raquel—. Los dos los tenía mi madre siempre en la cama. No sé qué hace uno en el salón, la verdad, pero, como en esta casa aparecen cosas inexplicables y otras están descolocadas, ya no sé qué pensar.

Germán no comentó nada y fue abriendo y cerrando cajones. Los armarios estaban atestados de ropa, tanta que era difícil manejarse.

—No la donó ni nada. Creo que mucho de lo que había en la habitación de la entrada está aquí ahora. No entiendo por qué lo cambió de sitio, pero es lo que hay —comentó Raquel sin darle importancia, saturada de sorpresas.

Germán, sentado en la cama, no había dejado pasar el comentario y lo había anotado, pero su atención estaba centrada en un calendario tipo taco del Corazón de Jesús colocado sobre el mármol de la cómoda. Correspondía al 2013 y se había quedado abierto en el 27 de marzo, la fecha de la desaparición de Guadalupe y quizá la de la muerte de la dueña de la casa. Pasó hojas retrocediendo en el tiempo. Había multitud de anotaciones: peluquería, hacer la compra, algunos cumpleaños, pero hubo algo que encendió su curiosidad policial. El 5 de cada mes aparecía anotado en rojo y dentro de un círculo la cantidad de cuatrocientos cincuenta euros con un «+» delante.

—¿Sabe si su madre guardaba estos calendarios o los tiraba al acabar el año? —le preguntó a Raquel, enseñándole el taco.

La mujer abrió el cajón de la mesilla contraria a la que dormía su madre y le arrojó uno.

—Ese es del 2012 —tiró otro junto a él en la cama y después otro más—, ese del 2011 y el último del 2010. Seguro que guarda los de los años anteriores en algún sitio, pero habría que mirar bien. Quizá en alguna caja del trastero.

Germán fue revisando el del 2012 y encontró que la cantidad de doscientos euros estaba registrada cada día 5 del mes desde agosto, antes no había nada, y que el inicio de las anotaciones con el importe de cuatrocientos cincuenta euros comenzaba en noviembre.

—¿Puede ser que en agosto de 2012 fuera cuando usted vio el Ibiza aparcado por primera vez?

—Puf —resopló Juan—. No soy capaz de ponerle en pie una fecha. Trataré de pensarlo estos días, pero a bote pronto no me viene nada a la cabeza.

—¿Ha encontrado algo que demuestre que había alquilado la plaza?

—No, pero en estos calendarios hay unas anotaciones de dinero, doscientos euros, que me hacen sospechar que pudo ser así.

—Empiezo a pensar que no conozco a mi madre y que tenía una vida paralela que me ocultaba. Al final, acabará siendo una espía de la CIA escondida en nuestro país bajo identidad falsa —exageró.

—A mí doscientos euros me parecen mucho para una plaza de garaje, la verdad, aunque esto es la ley de la oferta y la demanda. Pero ya cuatrocientos cincuenta euros es un disparate. Quizá si el coche era de Guadalupe quiso pagarle por su silencio. O a lo mejor le dejó que guardara cosas en el armario y por eso le subió el precio.

—Sí, puede ser —murmuró Germán.

Hizo varias fotos del calendario y de las anotaciones y se guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Hemos terminado? —preguntó Raquel—. Se me está haciendo tarde y tengo que prepararle la cena a mi marido.

—Sí, concluimos —anunció Germán.

—¿Quiere usted un vino, inspector, y comentamos los indicios y sacamos hipótesis? —preguntó el presidente, que estaba encantado con el jolgorio detectivesco.

—Se lo agradezco, pero tengo que dejar reposar los datos. Espero que no le moleste —se disculpó—, pero necesito silencio.

—No, por Dios, pero prometa venir a comentarme sus avances.

—Prometido.

Germán y Raquel se despidieron en la calle con un fuerte apretón de manos.

—Gracias por dejarme registrar la casa —le dijo sincero el policía.

—A usted. Si necesita cualquier cosa, coméntemelo. Quiero saber si mi madre fue asesinada y qué hacen todos esos objetos en su casa. Necesito conocer las respuestas. Se me ha hecho un agujero aquí —y se señaló el estómago—, que necesito cerrar y solo usted me puede echar una mano.

—Cuente con ello.

—Ah, agente —gritó a la distancia—. Venga a comer tortilla cuando quiera. Le

invito. Y, si quiere, traiga a alguno de sus amigos policías.

10

Germán encontró un hueco para aparcar el coche cerca del Instituto Anatómico Forense, situado detrás de la facultad de medicina de la Universidad Complutense.

Se acercó caminando deprisa, con las gafas de sol puestas y la cara baja para evitar establecer contacto visual y que los empleados de las funerarias lo interceptaran. Logró esquivar a varios de ellos murmurando un lacónico «Policía» cuando le preguntaban a qué familiar tenía en el depósito. Había sido testigo en el pasado de cómo algunas personas, con los ojos enrojecidos por el llanto y desconcertados por completo por la noticia que aún intentaban digerir, eran abordados por esos empleados, perfectamente trajeados, con un maletín o una carpeta en las manos. A todos les formulaban la misma pregunta que le habían hecho a él y, en cuanto los apenados deudos contestaban cuál era su grado de parentesco, falsamente apesadumbrados ofrecían una serie de servicios que les facilitarían todos los trámites hasta el entierro del fallecido, incluidos tanatorio, flores, traslados, etc. A Germán le recordaron a los buitres al acecho de una presa, debilitada e incapaz de pensar, sobre la que lanzarse. Cierto que les facilitaban las gestiones, pero la escena, por comercial y deshumanizada, no les diferenciaba mucho de las aves carroñeras.

Bajó las escaleras para entrar en el Anatómico y todavía allí se encontró a un funerario rellenando los datos que le facilitaba una mujer con el rostro demudado y vestida de negro. No contento con haber conseguido ya un cliente, miró interrogante a Germán, que, cruzando la sala con rapidez, hizo un gesto negativo con la mano mientras enfilaba las escaleras de subida. Llegó a la primera planta. Cuántas veces no habría estado allí. Ya ni le impresionaba el fuerte olor a desinfectante que flotaba en el aire. Caminó resuelto hacia la secretaría situada al fondo del *hall*, a la derecha. Como siempre, la puerta estaba abierta. Entró saludando con un alegre «buenos días», que fue respondido con entusiasmo por una de las funcionarias que le reconoció.

—Buenos días, cuánto tiempo sin verle. —Y se acercó a estrecharle la mano.

—¡Qué observadora! Llevaré sin venir un par de años. Ahora mando a mis muchachos —contestó sonriendo sin entrar en explicaciones que no venían a cuento. ¿Cómo se llamaba aquella mujer? Un nombre de flor, creía, pero no conseguía centrarlo. Y era importante, porque con ella había mantenido siempre buena relación y le ayudaría en sus pesquisas. Tenía que tomar una decisión y optó por una fórmula infalible, quizá machista, quizá chulesca, quizá halagadora, pero así fue como brotó de sus labios.

—A ver, preciosa, necesito ver una autopsia. Tengo los datos de la muerta y el juzgado que estaba de guardia. ¿Me lo buscas? Me harías el hombre más feliz del mundo. —Y sonrió, guiñándole un ojo.

—Sigue igual de zalamero —pestañeó varias veces seguidas la funcionaria—. Venga, deme los datos y espere aquí un ratito, que miro en el archivo.

Germán le entregó un papel con toda la información que tenía y aguardó impaciente en la secretaría. Oyó a una compañera preguntar por Azucena y recordó que ese era el nombre de la mujer.

Cuando le entregó los documentos, guardados en una carpeta blanca con el

anagrama del Anatómico, Germán se apresuró a ojearlos.

—¿No prefiere mirarlos ahí fuera? Aquí siempre hay mucho ruido —le sugirió y señaló los sillones del *hall*.

—Lo prefiero, gracias, Azucena —aprovechó para demostrar que recordaba su nombre—. Ahora mismo te los devuelvo. ¿Me aceptas luego un café en la facultad?

Ella le guiñó un ojo.

Había examinado muchos informes a lo largo de su carrera y siempre se iba al final, a las conclusiones, el resto de datos los obviaba. En este caso hizo lo mismo. La causa establecida era «muerte natural», pero esa aseveración distorsionaba el resto de sus pesquisas, una anomalía que en su día impidió a la policía comenzar una investigación. Algo debía de haber pasado por alto el forense. Leyó detenidamente el informe desde la primera línea. Describía cómo estaba el cadáver cuando le realizaron la autopsia, qué muestras tomaron y cuáles fueron los resultados de los análisis. No entendía muy bien la jerga médica y cada vez que dudaba sacaba el móvil y consultaba los términos en internet. Cuando se hubo hecho una idea global, fotografió todas las páginas, una por una, y entró en la secretaría de nuevo.

—Azucena, perdóname, no entiendo la mayoría de las cosas que dice este informe y necesito que me ayude el forense que lo hizo, ¿está por aquí? ¿Crees que me echaría una mano?

—Dame un segundo —pidió, y presionó una tecla en el teléfono—. ¿Quién eres? ¿Miguelito? —La respuesta debió de ser afirmativa porque continuó—: ¿Está el doctor Montes haciendo alguna autopsia? —Escuchó atentamente—. ¿Cuánto le queda? ¿Diez minutos? —repitió—. Tengo aquí a un policía que quiere hablar con él de una mujer. Es de un caso de hace dos años. ¿Le digo que espere junto a la puerta de la sala de autopsias y así cuando salga habla directamente con él? Gracias. Avísaselo tú a Montes para que no se me despiste, por favor.

—Gracias —dijo Germán al verla colgar.

—¿Recuerda por dónde es? —Y sin esperar respuesta le explicó—: La puerta del fondo a la izquierda. Luego siga el pasillo hasta que llegue a la sala que está ocupada. Es la única en la que hay luces. No tiene pérdida. Espere allí a que Montes salga. Le quedan unos minutos para terminar. ¡Y póngase calzas y bata desechable para entrar, que luego si no apesta! —le recomendó antes de romper a reír con ganas.

Germán empujó la puerta batiente por la que había entrado en tantas ocasiones anteriores. El impacto olfativo fue inmediato. Esa mezcla de formol, descomposición y carne fresca penetró por sus orificios nasales y se desparramó en su cerebro, como cuando se abren las compuertas de una presa repleta de agua. Sabía por experiencia que tardaría días en que desapareciera la sensación y siguió las viejas costumbres que a él le dieron tan buenos resultados en el pasado. Inspiró profundamente para anestesiar ese sentido y comenzó a respirar por la boca. Muchos de sus compañeros, cuando acudían las primeras veces a una autopsia, se ponían un poco de Vicks VapoRub debajo de los orificios nasales y respiraban. En un principio el remedio funcionaba, pero, a medida que transcurrían los minutos, los olores se mezclaban y el de la muerte se imponía sobre la treta. Se puso las calzas y la bata desechable y se encaminó al interior de la zona de trabajo. Nada había cambiado, el ancho pasillo débilmente iluminado, algún fluorescente parpadeando, las camillas con cadáveres

guardados en largos sudarios blancos ocupando un lateral. Se preguntó qué historia habría dentro de cada bolsa. Las miraba pero le resultó difícil adivinar formas humanas. No sabía si esperaban para ser examinados y que algún experto desentrañase la causa de la muerte o ya habían acabado y aguardaban allí, abandonados, a que los entregaran a sus familiares. ¡Cuánta vida consumida, cuántas risas para siempre apagadas, cuántos besos no habrían besado todos aquellos labios!

Apretó la mandíbula y se forzó a quitarse el peso de la tristeza. Tenía un objetivo y no había lugar para la melancolía. Avanzó varios metros hasta las puertas de la sala de autopsias, que, como siempre, permanecían abiertas arrojando un haz de luz, potente como un *flash* sobre la oscuridad del pasillo. Se asomó ligeramente. Tal y como recordaba, allí seguían los fríos azulejos blancos de las paredes. Contó hasta siete mesas ocupadas. En cuatro de ellas los cuerpos desnudos mostraban todavía las incisiones abiertas a lo largo del tronco y los músculos rojizos estaban expuestos como en un escaparate. Los mozos se afanaban en coser los cortes con pulcritud, para devolverles una apariencia próxima a la que tenían cuando fallecieron. Era tan imposible que, gracias a la compasiva colocación de los sudarios alrededor de la cara, se evitaba que los familiares se percataran de la cruel carnicería a la que habían sido sometidos los cuerpos de sus seres queridos. En la quinta mesa dos auxiliares estaban manipulando un cadáver de enorme corpulencia. Un tercer individuo, Germán supuso que se trataba del forense, realizó unas incisiones precisas en ambos lados de las clavículas y por su trazado adivinó que convergían en el centro, justo sobre el esternón. Después descendió por la zona media del cuerpo, dibujando con el bisturí una línea profunda que descubría el color rojo intenso de los músculos. Lo acababa de abrir por la mitad. Al policía no le impactó. Había contemplado la escena cientos de veces. Tampoco se asustó cuando los mozos comenzaron a cortar las costillas con un costotomos. Se acordó de sus alicates para cortar uñas. El sonido cadencioso era el mismo pero ampliado en su intensidad. ¡Clac, clac, clac! Uno de los mozos señaló algo al médico, que comenzó a anotarlo en una hoja prendida sobre una tablilla.

—Coge la Stryker y empieza con la cabeza. —Escuchó que el forense le decía a uno de los ayudantes.

El joven se acercó al mostrador de la pared y tomó una máquina alargada, blanca, con una sierra redonda en un extremo. Germán no pudo evitar un escalofrío al oír el sonido metálico en contacto con el hueso. Le costaba acostumbrarse a algunas cosas y esa siempre se le había resistido. Hizo un movimiento para alejarse y eso llamó la atención del médico.

—¿Es usted el policía que quería hablar conmigo? —preguntó a la distancia.

—Sí. Inspector jefe Germán Carrasco —se presentó.

—Espere un momento, ahora le atiendo. Porque si no, con todo el trabajo que tengo, usted no sale de aquí ni a la hora de la comida.

Le vio acercarse. Era alto, de andar un poco chulesco, con las entradas muy marcadas y una prominente nariz aguileña. Del cuello colgaban unas gafas de esas que se unen con un imán en la nariz, de presbicia posiblemente. Sobre el pijama verde llevaba un grueso delantal de plástico blanco a juego con unas botas de agua también blancas. Se quitó los guantes al tiempo que se aproximaba a Germán y le estrechó la mano. Al verlo más de cerca apreció múltiples arañas vasculares que recorrían su

rostro. Dedujo que a aquel hombre le gustaba el alcohol en demasía desde hacía mucho tiempo.

—Venga conmigo —le dijo, buscando en el interior del pantalón un paquete de cigarrillos—. Voy a echarme un pitillo, que tengo mono de nicotina. ¿Usted fuma? —le ofreció. Germán negó con la cabeza. Montes se colgó uno de los labios, lo prendió y guardó la cajetilla—. Sígame —le ordenó, y echó a andar hacia los servicios.

Abrió la ventana y exhaló con ansia la primera bocanada de humo. Dio un par de caladas más mientras que Germán aguardaba con paciencia. El forense se fijó en los papeles que sujetaba en la mano.

—¿Esa es la autopsia de la que quiere preguntarme? Déjeme ver —le pidió, alargando el brazo.

Sujetó el pitillo con la boca, se colocó las gafas sobre la nariz, que se unieron con un sonoro clic al juntarse los imanes, y con las dos manos fue pasando hojas hasta llegar al final. El humo irritó sus ojos. Lo agarró con las yemas de los dedos, haciendo una pinza y tiró la colilla por la ventana. Leyó de un vistazo la última hoja del informe y miró aburrido al policía por encima de la montura de los lentes.

—¿Qué quiere saber? Esta mujer falleció de muerte natural. No entiendo qué le tengo que explicar de esta autopsia ni el porqué de su interés en un caso tan antiguo.

Germán contuvo las ganas de abofetearlo e hizo el firme propósito de mostrarse conciliador y sosegado.

—Verá, doctor, solo quiero que me explique qué significan algunos términos que figuran en su informe. Para un lego en medicina como yo, todo suena incomprensible. A ver si me lo puede traducir a un lenguaje para andar por casa —pidió, fingiendo desesperación.

Montes se volvió a colocar las gafas.

—Bien, ¿qué desea que le explique? —preguntó en tono abúlico.

—Verá, aquí dice —y señaló con un dedo una zona del texto— que a nivel abdominal «se evidencia una pequeña zona equimótica de 0,5 x 0,5 cm en fosa ilíaca derecha. Mancha verde abdominal muy marcada. Resto sin interés. En cara interna del antebrazo derecho, tercio distal equimosis de 1 x 0,5 cm. Resto del cuerpo sin alteraciones». ¿Qué significa?

—Quiere decir que aquí —y señaló la zona de la tripa— tenía un pequeño cardenal y otro en la muñeca derecha —confirmó, enseñando la suya—. Son dos golpecitos de nada, sin ninguna relevancia.

—¿Hay fotografías de esos golpecitos?

—Supongo que sí —respondió, y se encogió de hombros—. Siempre se documenta todo por si acaso. ¿Algo más? —preguntó aburrido.

—Sí, verá, en el informe del Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses dice: «Presenta niveles elevados de insulina en sangre, superiores a 680 pmol/l. Glucemia en sangre, niveles inferiores a 40 mg/dl. Probable *shock* hipoglucémico». ¿Esto qué significa exactamente, doctor?

—Que tuvo una bajada de azúcar. Ocurre con mucha frecuencia a las personas mayores. Tampoco tiene mayor importancia.

—Tengo curiosidad. ¿Sabe por qué se produjo esa bajada? —preguntó con ignorancia el policía.

—Mujer de ochenta años —dijo, revisando la primera página del informe—. Tendría algún problema en las suprarrenales. —Y ante la cara de estupefacción de Germán, condescendió a explicarle—: Ya sabe, son esa especie de capuchas que están encima de los riñones. Se encargan de fabricar insulina cuando comemos y así equilibra los niveles de azúcar en sangre para que no suban en exceso. Dañarían el cuerpo. Cuando las glándulas suprarrenales no fabrican insulina, se produce la diabetes.

—Pero esta mujer no tenía diabetes. Me lo dijo su hija.

—Mire, agente —dijo Montes, empezando a impacientarse con tanto comentario puntilloso y *pejiguero*—, tengo muchas cosas que hacer y ya le he dedicado bastante tiempo. No sé adónde quiere ir a parar con sus preguntas, pero esta mujer murió de forma natural. Y ahora, si me disculpa, me está esperando una autopsia. —Y comenzó a caminar hacia la puerta de salida del baño.

Germán le cerró el paso. La expresión de su rostro había cambiado. Ya no era el policía palurdo que no parecía enterarse de nada.

—Se lo voy a decir muy clarito —le avisó con una furia que le nacía de las entrañas—. Lo que pretendo es que me explique por qué una mujer, aparentemente sana, con ochenta años, y que gozaba de buena salud, tiene dos cardenales: uno en la tripa y otro en la muñeca. Quiero que me aclare por qué sus niveles de azúcar en sangre están por los suelos, por qué tiene la insulina por las nubes, por qué puede haber muerto de un *shock* hipoglucémico y por qué usted insiste en que la muerte se produjo por causas naturales. Eso pretendo. Que me diga cómo, teniendo las suprarrenales bien, porque eran normales, ¿no, doctor? —y le señaló el texto donde se describían, lo que obligó a Montes a leerlo de nuevo y a asentir—, puede fallecer por una subida tan brusca de insulina.

Montes se encogió de hombros.

—La medicina no son dos y dos —se defendió el forense.

—Llevo años investigando homicidios y ¿sabe lo que me dicen las lesiones que usted describe y los valores de los análisis? —preguntó de forma retórica y con espuma en los labios—. Que le pudieron inyectar insulina para matarla. Los dos moretones en su cuerpo me indican que pudieron pincharla en la tripa. El pinchazo debió de despertarla. Me lo dicen las marcas de la muñeca. Seguramente la sujetaron para evitar que se resistiera. ¡Y usted lo pasó por alto! —le acusó.

El forense reaccionó.

—¿Qué película se está montando usted? —Montes tiró de chulería e indignación para igualar el tono del inspector y defenderse, aunque internamente sabía que la hipótesis del policía tenía sentido—. ¡Aquí no hay ninguna muerte rara! Hablamos de una mujer de más de ochenta años que se toma un vaso de leche, se queda dormida y fallece de causas naturales. ¿Que sufrió una subida de insulina y le bajó el azúcar? Sí, ¿y? Eso no altera en nada el diagnóstico de causa de muerte. Natural. ¡Por vieja! —Montes dio por concluida la refriega verbal e hizo un intento de abandonar el cuarto de baño. Germán lo sujetó del brazo.

—¡Y una mierda! De aquí no se mueve —le advirtió Germán—. Usted no les dio importancia a los dos cardenales. Y luego, cuando recibió los datos de Toxicología, olvidó poner en su informe final que la fallecida tenía altos los niveles de insulina. Lo

que hubiera cambiado radicalmente las conclusiones. Cometió una grave negligencia. El día que hizo la autopsia, ¿tenía sed? ¿Tenía prisa por irse a beber un trago? ¿Necesitaba su dosis de alcohol? A esta mujer la mataron y usted seguro que estaba impaciente por emborracharse. ¿Fue eso lo que ocurrió, doctor?

Montes lo negó con la cabeza, pero fue incapaz de articular palabra.

—Ahora mismo voy a pedir una revisión de la autopsia. Y a hablar con el director del Anatómico. Además de su incompetencia, le acusaré de no querer colaborar con la policía en el esclarecimiento de una posible muerte violenta. ¡Y rece para que sea la única! No es el primer caso de asesinos en serie que matan durante años sin que siquiera sospechemos que existen por inútiles y cegatos como usted.

La cara del policía, enrojecida por la ira, parecía a punto de estallar.

Un ayudante, alarmado por las voces, abrió la puerta del servicio y observó la escena preocupado.

—¿Ocurre algo, doctor Montes? ¿Quiere que llame a seguridad?

—Nada, nada, Miguel. Es de la policía. Tranquilo —se justificó. Estaba asustado por las amenazas del agente y cómo podía afectar a su carrera—. Íbamos a mi despacho para hablar más tranquilamente. ¿No es cierto, inspector?

—Sí —respondió conciso.

Germán no supo ni qué camino recorrieron. Estaba tratando de determinar cómo enfocar aquella historia. Intuía que podía convertirse en una bomba y estallarle en la cara.

Entraron en un pequeño cuarto atestado de revistas científicas, libros y carpetas. Montes se derrumbó sobre la silla del escritorio. Si no fuera por lo apremiante de la situación, Germán hubiera sentido pena. Habló con voz más tranquila, pero con una firmeza que hizo que el médico clavara en él su mirada de angustia.

—Doctor, estos hechos ocurrieron hace dos años. A esta mujer se la incineró con el diagnóstico de muerte por causas naturales, pero hay muchos datos que apestan a que no fue así. Quiero que los examinemos con calma. Busque, por favor, las imágenes que se tomaron durante la autopsia. Vamos a ver esos dos cardenales qué le parecen.

Montes encendió el ordenador, miró el número de autopsia y buscó en el disco duro. Había comprendido que la situación era apurada para él y que, o colaboraba con el policía e intentaba minimizar el error, o aquel hombre por las bravas parecía dispuesto a tirar de la manta. No quería un borrón en su expediente. Bastantes favores debía ya a sus colegas que escondían sus faltas de puntualidad, la inasistencia a escenarios de fallecidos y otros problemas que su afición a la bebida provocaba, como para encontrarse ahora con una acusación de negligencia y una revisión de esta autopsia.

—Mire, estas son las imágenes de la necropsia —le invitó a mirar la pantalla y fue pasando una a una las fotografías con un toque de ratón. En la cuarta se veían con nitidez los dos cardenales. Germán los fotografió con su móvil.

—Doctor, objetivamente, estos dos moretones ¿podrían haberse producido como yo le he comentado? ¿Por una inyección subcutánea en el abdomen y el de la muñeca porque la sujetaran?

Montes observó las imágenes con detenimiento. El policía aguardó expectante.

—Sí, sería compatible con el mecanismo que usted propone.

—¿No hay signos de un pinchazo?

—No, eso no puede verse. Por mucho que amplíe la imagen, la putrefacción no me permite apreciar ese detalle.

—¿Y esos niveles de insulina? Objetivamente, doctor, ¿alguna vez los ha visto en un cadáver?

—Pues —dudó un momento en contestar.

—Vamos, doctor, déjese ya de pamplinas. ¿Los ha visto o no? ¿Con ese azúcar tan bajo en sangre?

—No, es la primera vez en una persona sana.

—¿Cómo no se dio cuenta? —le preguntó en tono de reproche—. ¡Joder! Es que hasta un lego como yo lo hubiera visto —explotó Germán.

—¿Sabe cuántas autopsias he hecho hoy? —se defendió—. Llevo siete. Y todavía me quedan varias horas más de trabajo. No le di importancia a esas pequeñas contusiones. ¿Usted no comete errores?

—Pero los resultados de los análisis, ¿no los miró? —insistió más humilde.

—Tardan semanas en llegar. Los miré por encima —mintió, porque en su fuero interno sabía que no los había visto, si no aquellos valores tan escandalosos le hubieran llamado la atención—, y los archivé.

Germán se calmó. Aquel reconocimiento tácito del error del galeno lo llevó a buscar una solución práctica.

—Doctor, a la vista de estos datos, tiene que cambiar la causa de la muerte. Ya no es natural, sino de naturaleza violenta homicida.

—Bueno, en realidad…

—No juegue con mi paciencia, Montes —bramó el policía—. No murió apaciblemente mientras dormía. ¿Qué más pruebas necesita?

—Tendría que informar al juzgado de que se ha cambiado la etiología de la muerte, pero se va a montar un lío importante.

Germán se dio cuenta de que incluso él podría resultar salpicado. Un inspector investigando por su cuenta un caso cerrado sin competencia para hacerlo y sin haber encontrado todavía a Guadalupe. Si se filtraba, ella se escondería más, estaría alerta y a él lo podrían cesar. Tenía que improvisar algo sobre la marcha y se le ocurrió una idea.

—De profesional a profesional, un error lo puede cometer cualquiera —comenzó diciendo el policía en un tono cargado de confidencialidad—. Yo no quiero perjudicarle ni causarle ningún mal a usted. Entiendo que son demasiadas autopsias.

—¿Y qué hacemos? —le interrumpió desesperado Montes.

—Solo veo una solución para evitar sanciones severas —aventuró, haciéndose el interesante.

—Haré lo que sea necesario.

—Escriba al juzgado. Explíqueles que usted envió un informe definitivo de este caso al juzgado con un error de transcripción. Lo detectó una semana después e hizo una modificación en sus conclusiones, cambió de muerte natural a homicida y ordenó que se enviase el documento bueno a su señoría. Ahora, casualmente, bajo un montón de papeles, se ha encontrado el informe traspapelado. Alarmado, se da cuenta de que

nunca se envió y lo hace ahora. Mejor eso que asumir una negligencia manifiesta en su trabajo.

—Me gusta —reconoció el forense—. Además, le puedo echar la culpa a una secretaria que murió hace poco. Diré que se lo encargué a ella.

Montes se puso de pie y le extendió la mano para cerrar el acuerdo.

—Mándeme a mi correo una copia del informe que envíe al juzgado —exigió Germán.

—Así lo haré —prometió.

Germán le estrechó la mano.

Salió del Anatómico y se colocó las gafas para adaptar su vista a la cegadora luz del medio día. Recorrió el camino hasta el coche tratando de digerir toda la información que había obtenido. Antes de sentarse, se sacó el teléfono del bolsillo de la camisa. Paró la grabadora, quitó el modo avión del móvil y marcó el número de Vázquez. Contestó al segundo tono.

—Vázquez, tenemos que vernos. ¿Tienes lo que te pedí?

Escuchó la respuesta y esbozó una sonrisa.

11

La comida no fue ninguna exquisitez, macarrones apelmazados con tomate y queso rallado servido directamente de la bolsa de plástico del supermercado. Suficiente para aplacar los rugidos del estómago pero sin deleitar ni el ojo ni el paladar.

—Ayudadme a recoger —pidió Vázquez a Vila y a Germán—. Traédmelo todo a la cocina y lo voy metiendo en el lavaplatos. Entre los tres acabamos en dos minutos.

El policía odiaba llevar gente a su casa. En los pocos años que vivió con sus padres jamás hubo invitados. Quizá así su padre ocultaba su segunda cara, la que se colgaba cuando no había testigos. Vázquez agitó la cabeza para desprenderse de esos pensamientos. De aquella época había heredado la costumbre de no convidar a nadie a su hogar. En su caso, no porque tuviese que esconder nada, sino porque le costaba compartir su intimidad y, si se mira con detenimiento, cualquier domicilio retrata la personalidad de su dueño.

Se decidió a romper la norma por miedo. Había robado un expediente policialmente cerrado de los archivos de su comisaría para entregárselo a Germán. Una ilegalidad como un piano. Si le pillaban, tendría serios problemas. Si alguien le veía dándoselo en un lugar público, ¿cómo lo explicaría? ¿Que colaboraba a escondidas con el apestado del inspector Carrasco en unas pesquisas particulares? ¿Al margen del conocimiento de sus jefes y de la autoridad judicial? Después de sopesarlo mucho, decidió que solo en la intimidad del hogar estarían a resguardo de las imprevisibles miradas ajenas.

—Esta es la carpeta —dijo Vázquez, y se la tendió a Germán—. No hay gran cosa. Cuatro fotografías y unas breves diligencias donde cuentan que se ha recibido aviso de una mujer muerta sin aparentes signos de violencia y en avanzado estado de descomposición. Hacen constar que el protocolo les obliga a hacer una inspección ocular técnico policial y que el forense de guardia se personó para ordenar el levantamiento del cadáver, aunque sin examinarlo. También podrás leer que los dos hijos de la víctima, un varón y una mujer, creo recordar que son, más allá del lógico pesar, no manifiestan extrañeza por el fallecimiento de su madre.

Germán colocó las cuatro fotografías sobre la mesa y las estudió, una a una, en silencio. Vila y Vázquez le flanquearon sin atreverse a decir nada. Miraban sin saber qué buscar. A sus ojos nada delataba que se hubiera producido una muerte violenta. En el salón no se evidenciaba ni desorden, ni arma del crimen…

—La asesinaron —murmuró Germán al cabo de un buen rato, y la contundencia de la aseveración rajó el silencio de parte a parte—. No me cabe ninguna duda. ¿Lo veis? —preguntó a sus compañeros con una leve sonrisa de satisfacción en la boca.

Ninguno respondió. En sus oídos palpitaba todavía el sonido de la sorprendente revelación que en absoluto cuadraba con la información que registraban sus ojos. Los dos contemplaron con más ahínco las imágenes, como si de un reto se tratara, intentando encontrar la clave que había llevado a Germán a concluir con tanta contundencia que se encontraban ante un homicidio. Al cabo de unos minutos los dos se rindieron.

—Alúmbranos, porque nada de lo que veo ahí —dijo Vila, señalando las fotos—

me indica que a la mujer le quitaran la vida.

—El mando de la televisión —respondió en forma de telegrama.

Vázquez y Vila volvieron a fijarse en las imágenes. El mando estaba sobre la mesa baja del salón, pegada al tresillo.

—¿Y? —inquirió Vila—. ¿Las teclas tenían algún tipo de veneno fulminante que absorbió a través de la piel al cambiar de canal? —preguntó, tirando de imaginación.

—Tú has visto demasiado *CSI* —le reprochó Vázquez.

—No creas, no va mal tirado —le corrigió Germán—. Supongamos que el mando está impregnado con veneno de efecto inmediato. Cualquier persona que lo toque muere fulminantemente. ¿Qué problema presentaría tu teoría?

Las miradas se volvieron a girar sobre las imágenes. Vila registraba en su cerebro cada dato de la fotografía, pero no lograba dar con la clave.

—La distancia —apuntó por fin Vázquez—. La víctima está a más de un metro del mando de la televisión. Si el veneno es fulminante, no pudo fallecer tocándolo.

—Eso es —corroboró Germán—. Fijaos que justo al lado del sillón orejero, en donde está el cadáver, hay una mesa auxiliar. El mando debería estar ahí.

—Visto así —concedió Vila, aunque unos segundos después dio un último coletazo queriendo ganar la batalla de la razón—. Pero si no estaba viendo la televisión, da igual dónde estuviera el mando.

—La hija encontró a su madre muerta y la tele encendida —explicó Germán—. Me ofende que creas que no he pensado en esa opción.

—Yo no lo sabía, perdona —se excusó Vila.

—Si os fijáis bien —continuó Germán, sin dar signos de haberle escuchado—, también hay un almohadón en un extremo del tresillo. Según me dijo la hija de la víctima, su madre adornaba la cama con un par de ellos. Que era una maniática en eso. Dos era la cifra perfecta. Y, efectivamente, en su dormitorio había uno, con lo que no tiene sentido que el otro estuviera en el tresillo. La funda, que era de seda, tenía una mancha más oscura en el medio, como si hubieran apoyado en ella la cabeza y se hubiera impregnado de la grasa del cuero cabelludo.

—¿Dónde quieres ir a parar? —preguntó Vila humilde.

—Mi teoría es que después de matar a la anciana, alguien se tumbó a ver la televisión en ese tresillo y esperó a que llegase la madrugada para abandonar la casa y evitar cruzarse con ningún testigo incómodo.

—Perdóname, jefe, pero estoy flipando. ¿Todo eso te lo dice un mando de televisión y un almohadón? —preguntó, incrédulo, Vila—. Parece más una deducción de novela de Sherlock Holmes.

—Tiene razón —le apoyó esta vez Vázquez—. Puede haber mil explicaciones para esos dos detalles. ¿Qué dice la autopsia?

—De momento, muerte natural.

—¿De momento? —preguntó, desconcertado, Vila—. ¿Va a cambiar?

—Eso es. Será rectificada. En unos días el forense, al que he visitado hoy en el Anatómico, enviará una modificación y establecerá que se trata de un homicidio. —Los dos abrieron los ojos desorbitados—. Hasta hoy —les explicó sin dar signos de haber percibido la reacción que había provocado sus palabras—, el muy lerdo no reparó en que el resultado de los análisis de sangre demuestra que María falleció por

una sobredosis de insulina. Y para más inri, en las imágenes del cadáver se aprecian dos hematomas característicos que evidencian que alguien pinchó a la mujer y, al reaccionar, la sujetaron por la muñeca. ¡Maldito cegato!

—Pero si lo que dices es cierto… —comenzó a balbucear Vila.

—Sí —le interrumpió—, una negligencia como un piano de grande. Y espérate que un juez no considere su descuido, o su vagancia, como una forma de encubrimiento.

—¡No me lo puedo creer! —negó con la cabeza Vila.

—¿Y sabéis a quiénes les va a tocar investigar el caso en cuanto se reciba el nuevo informe en el juzgado? —preguntó, levantando mucho las cejas.

—¡No puede ser! —se lamentó Vázquez—. Estamos con el caso de Hortensia. No tengo gente para encargarme de los dos.

—Hay un detalle que no os he contado. ¿Veis la taza que hay en la mesilla auxiliar de mi víctima?

Los dos asintieron.

—También encontré un vaso en el escurreplatos de la cocina.

—¡No jodas! —exclamó Vila, y se tapó la boca con las dos manos.

—Eso no quiere decir nada —dijo Vázquez, tratando de alejar los negros nubarrones que empezaban a formarse sobre su caso.

—Lo sé, es un pálpito. Empiezo a creer —aventuró Germán— que el mío pudo ser el primer crimen de vuestro ángel de la muerte.

—¿Guadalupe? —susurró Vázquez.

Germán asintió.

—¿¿La asesina en serie es Guadalupe?? —preguntó Vila, estupefacto—. ¿Estamos locos o qué? ¿Me estáis diciendo que está viva y se dedica a matar ancianas? ¿Os dais cuenta de la salvajada que planteáis?

—Es la hostia —sentenció Vázquez, resumiendo en una palabra lo que se le venía encima.

—¡Hay un hombre en la cárcel condenado por asesinarla! ¡Ella está oficialmente muerta! ¡Lo dijo un jurado y lo estableció una sentencia! —recordó Vila.

—Eso es lo de menos —despreció con la mano Germán.

—Todos mintieron en el juicio —murmuró Vázquez, que seguía su propia línea de pensamiento—, y sus mentiras permitieron que una asesina siguiera en libertad y haya vuelto a matar.

—¿Sois conscientes de la que se va a montar? —exclamó Vila al darse cuenta de la cantidad de aristas que presentaba la inesperada revelación—. ¡Como se enteren los de la prensa van a rodar cabezas!

—Esos tampoco pueden sacar pecho, también condenaron a Valentín —apostilló Carrasco.

—¿Cabe alguna posibilidad de que te estés equivocando? —preguntó Vázquez sin demasiado convencimiento.

Germán abrió una mochila que había traído consigo.

—Creo que no, pero dímelo tú mismo —dijo, y le entregó cuatro bolsas de pruebas—. Son el mando de la tele, una caja de Tampax, otra de preservativos y unos pelos. Todo recogido en la casa de María. Su hija me dejó entrar —aclaró, al ver las

caras de sus compañeros—. Me juego el cuello a que los compañeros de Científica encontrarán una huella o algún resto de ADN de Guadalupe.

—Si tienes razón, las consecuencias pueden ser terribles, ¿te das cuenta? —le preguntó Vázquez.

—Sí, le he dado alguna vuelta —reconoció Germán—. Puede ser hasta peligroso. No exagero. Habrá personas que matarían porque esto no salga a la luz y que harán cualquier cosa para taparlo. Incluso tirar de su arma reglamentaria.

—¿Los de la UDEV Central? —preguntó incrédulo Vila.

Germán asintió.

—Mintieron y falsearon pruebas. Cuando esto se sepa, les expulsarán de la policía y pueden ir hasta a la cárcel.

—¡Joder! —exclamó Vázquez, contento de que la reunión se celebrase en su casa.

—Tenemos que amarrarlo bien para que sea imposible que lo oculten bajo toneladas de mierda. Hasta entonces, máxima discreción. Ni una palabra a nadie.

Los dos asintieron.

—¿Vosotros habéis avanzado en el caso de Hortensia? —preguntó, para zanjar el tema.

—Es que ahora adquiere una nueva dimensión —protestó Vázquez.

—Cuéntamelo como si no existiese Guadalupe. Solo lo que habéis hecho.

—Hemos desbrozado un poco la investigación —se lanzó Vila—. Descartamos a los hermanos. Tienen coartada. Incluso el de Guadalajara. Nos ha llegado un informe de los compañeros de allí. Hablaron con amigos y camareros y, salvo alguna visita al servicio, no se ausentó hasta bien entrada la noche. Por ahí todo pinta normal, más allá de los problemas familiares y los vicios de cada uno. También localicé a los consumidores de digoxina del barrio y hablé con ellos. Nada reseñable por ese lado tampoco.

—Vamos, que no tenéis nada —concluyó internamente satisfecho Germán.

—Estábamos a ciegas —reconoció Vázquez—, hasta ahora, si tienes razón.

—Bueno, puede haber una cosa —balbuceó Vila.

—¿A qué te refieres? —preguntó su compañero de comisaría.

—Te lo iba a contar, pero con todas las sorpresas de Germán se me ha olvidado. Hablando con unos y con otros, me enteré de que Hortensia acudía a un centro de mayores. El de San Francisco, en la calle del Jerte. Antes de venir a comer estuve hablando por teléfono con el director. Le pregunté por los amigos de la anciana porque pensaba tener una charla con ellos estos días. Rutina. Me dijo que me prepararía una lista, aunque no sabía cuántos de ellos estaban vivos, porque en los dos últimos años habían fallecido varios y le sonaba que algunos tenían amistad con la fallecida.

—¿Y? —preguntó Vázquez.

—No, nada más. Quedé en pasarme esta tarde para que me la diera con nombres y direcciones; pero si damos credibilidad a que Guadalupe matase a María y a Hortensia, ¿por qué no pensar que se esté cargando a más gente de la tercera edad?

Vázquez miró a Germán buscando su reacción.

—Puede ser —respondió pensativo el inspector—. Es algo que no me había

planteado. Hummm. ¿Tienes café? —preguntó, al cabo de unos segundos.

—¿Cómo lo quieres?

—Americano, por favor.

A Vázquez no le molestó la petición ni el silencio de su compañero. Sabía que Carrasco era como una Thermomix, ponías los elementos en la vasija y, al cabo del tiempo, salía el gazpacho preparado. Hizo el café, se lo puso delante y aguardó. Vila le levantó las cejas extrañado por el mutismo del jefe y él, disimuladamente, con las palmas abiertas le indicó que esperase.

Transcurridos unos minutos, Germán habló.

—Has dicho que el director del centro te iba a dar una lista de los amigos de Hortensia, ¿no?

—Sí.

—¿Esta tarde?

—Eso es.

—Pues tienes mucho más que pedirle.

12

Dejaron a Germán en su casa y enfilaron el coche hacia el centro de la tercera edad de la calle Jerte. Vázquez escondía a duras penas el ansia que le producía hablar con el director. Vibraba ante la perspectiva de una investigación caliente, de rastrillar y encontrar la hebra adecuada; aunque también tenía miedo. No se le escapaba la gravedad de la situación. Si Germán tenía razón, si Guadalupe estaba detrás de aquellas muertes… Prefería no pensarlo, porque asomarse a contemplar ese escenario le daba vértigo.

—Soy Vázquez, inspector de la comisaría de Arganzuela —se presentó el agente, tendiendo la mano al responsable del centro.

—Yo soy Vila, hablé con usted esta mañana.

—Encantado —respondió, y les estrechó la mano con fuerza—. Alfonso Ramos. El máximo responsable de este humilde lugar, al que les doy gustoso la bienvenida —explicó entre rimbombante y petulante.

Aquel personajillo sonrió, encantado de conocerse. Era bajito, pero de estatura difícil de determinar porque se apoyaba sobre las punteras de los zapatos. Vázquez comprobó que no parecía cansarse y, aunque de vez en cuando bajaba para coger fuerza, daba la impresión de apoyarse sobre unos tacones invisibles. Alfonso metió los pulgares bajo los tirantes y los estiró con satisfacción hacia delante. Iban a juego con la pajarita que le cerraba el cuello de la camisa. Era difícil apartar la vista de su rostro, dotado de una inmensa nariz que parecía la quilla de un crucero, plana y tan larga que se presentaba ella sola.

—¿Han acudido a mí por la lista de amigos de doña Hortensia? —preguntó, queriendo darse importancia. Su atuendo y su actitud describían a un personaje peculiar, que parecía complacerse escuchándose—. La atesoro aquí —anunció, y convirtió algo tan sencillo como sacar un papel doblado del bolsillo en una cuestión de vital trascendencia al acompañarlo de un gesto teatral, como si fuera un espía de la guerra fría.

Se lo entregó a Vila.

—¿Solo dos nombres? —preguntó el policía, extrañado, tras revisar el papel—. ¿No me dijo usted que era una mujer popular y tenía multitud de amigos?

—¡Válgame Dios! ¡No se lo conté todo! —se justificó, haciéndose el interesante —. Era muy divertida y dicharachera. Una mujer sin paragón. Poseía una miríada de virtudes. Tenía don de gentes, pero acuérdese de lo que le dije esta mañana cuando hablamos por teléfono. Han fallecido varios ancianos en los últimos meses. Sin querer rozar los límites de lo macabro, diría que a los de su grupo de amistades parece que los haya mirado un tuerto porque han ido cayendo como chinches, literal. Solo permanecen con vida esos dos de la lista, que ya siquiera vienen por aquí. Les recomiendo que se den prisa en hablar con ellos porque seguro que su tránsito hacia la paz celestial sucederá en un breve espacio de tiempo, vista la trayectoria que han llevado los otros —les advirtió con una risilla.

Vázquez, al que la ocurrencia no le hizo ninguna gracia, pensó en darle un par de guantazos a aquel redicho, a lo mejor así lograba desprenderle de la retórica

innecesaria y que hablase como una persona normal.

—En resumen —dijo Vázquez, que no pudo contenerse—, que de su panda de amigos quedan dos con vida porque el resto han ido falleciendo, ¿no?

—Veo que ha captado usted bien la esencia de lo que les he transmitido —afirmó, y lo confirmó guiñándoles un ojo.

—¿Por qué no vienen ya? —preguntó Vila, sorprendido.

—Ellos creen que las muertes se han producido por el contagio de alguna bacteria de este centro, por eso, para evitar morirse, no nos visitan, pero les garantizo que cumplimos con los máximos estándares de calidad y limpieza. Muchos ancianos a estas alturas aprenden a vivir deliberadamente y no comprenden que la senectud es el pasaporte que les arrancará de esta vida.

—¿El grupo era grande? ¿Cuántos lo componían? —intervino Vázquez para evitar que siguiese diciendo sandeces. Le estaban entrando ganas de reventarle a puñetazos esa enorme nariz que le colgaba entre los ojos.

—Sí, grande, no le quepa la más mínima duda. No sabría decirle cuántos lo formaban, pero mi apreciación, a bote pronto, es de más de una decena.

—¿Han ido muriendo paulatinamente o todos de golpe?

—Si no me falla la retentiva, entre el año pasado, que fue 2014, y el actual, que como ustedes sabrán es 2015, el barquero ha transportado al más allá en su bote al grueso de ellos, aunque no descartaría que también en 2013 alguno se nos fuera. No recuerdo que muriesen dos en el mismo día, quizá sí lo hicieran en la misma semana o en el mismo mes, pero mi memoria tiene dimensiones limitadas.

—¿Nos podría facilitar una lista de los fallecidos?

—¿Y esa para qué la quieren si ya no pueden responder a sus preguntas? —Y rompió a reír estrepitosamente.

—Simple rutina —respondió Vila serio, usando la fórmula habitual.

—Vamos, que quieren que les ayude pero que no meta las narices. Es eso, ¿no? —preguntó, poniéndose serio de pronto. Parecía hasta molesto, aunque Vázquez no supo si realmente se sentía así o fingía con teatralidad.

A Vila el comentario de la nariz le hizo gracia. No podía evitar hacer comparaciones. Alfonso Ramos lucía una pituitaria en la que se podía jugar al frontón. Con dos como las suyas un arquitecto montaba los fondos de una pista de pádel.

—Le ruego que no comente esto con nadie —atajó Vázquez en un tono de confidencia—, pero estamos investigando a una banda de ladrones que se dedica a robar las casas de los recién fallecidos. No puedo contarle nada más por el momento y si su señoría se entera de la confidencia que le acabo de hacer me podría meter un paquete. Le prometo que en cuanto tenga autorización vendré personalmente a contarle todo —mintió Vázquez.

Alfonso Ramos sería un redicho y un napias, pero de tonto no tenía un pelo. El policía prefirió hacerle partícipe de una falsa investigación, antes que dejar que su imaginación dibujase sus propias teorías y las fuese distribuyendo a diestro y siniestro.

—Le prometo ser más discreto que la propia Hortensia. —Volvió a reír sonoramente—. Mi despacho está aquí al lado —dijo, señalando una puerta a cinco metros de distancia—, si me acompañan reviso la base de datos y les facilito la

información que precisen.

—Perfecto —aceptó Vázquez.

El director les franqueó la puerta y les invitó a sentarse.

—Estoy elucubrando y permítanme que lo verbalice. Si puede usted responderme bien y si no, lo entenderé. Si todos los muertos son de este centro, ¿sospecharán ustedes de alguien que trabaje aquí? ¿Algún nombre en mente?

—Todavía no tenemos ningún sospechoso —se defendió Vázquez.

—Sería divertido que fuese una banda de la tercera edad —volvió a reír Ramos ante su propia ocurrencia.

Minutos después les dio una lista con nombres, fechas de fallecimiento y direcciones.

—Señor director, ¿desde cuándo acudía Hortensia a sus instalaciones? ¿Estaba apuntada a algún tipo de actividad?

—Permítame que lo consulte en el ordenador.

Tecleó unos segundos y enseguida tuvo la respuesta.

—Comenzó a visitarnos en julio de 2009. Desde entonces ha participado en multitud de cursos de forma ininterrumpida hasta su fallecimiento. Macramé, miga de pan, pintura, punto de cruz, todo tipo de talleres de cocina…

—¿Tendría inconveniente en facilitarnos también los listados de las actividades a las que asistió, las fechas y el nombre de sus compañeros?

—Eso me llevará un tiempo, pero me tienen a su entera disposición. Si se pasan mañana antes de la hora de comer, la tendrán ya.

—Perfecto. Así lo haremos.

Nada más llegar, Germán se dejó caer vestido sobre la cama. Empujó un zapato con el otro para descalzarse de un pie y repitió el proceso con el otro. Los dos salieron disparados contra la pared dejando una marca negra. Su mujer le habría matado, pero ya no se encontraba allí. Las bondades de vivir solo, pensó, que permitían animalizarse. La casa sonaba al vacío de las ausencias. Sin distracciones, se concentró en el caso. Germán estaba convencido de que Guadalupe había desparecido deliberadamente, no le cabía ninguna duda, quitándose del medio a María para evitar que declarase que seguía viva. La única forma de demostrar que Guadalupe no había muerto a manos de Valentín era encontrarla con vida, no había otro camino, pero ¿cómo localizarla? ¿Cómo dar con su paradero? Durante la investigación de su desaparición los de la UDEV ya comprobaron la ausencia de movimientos en tarjetas y en cuentas bancarias y de actividad en el teléfono móvil. Lo usaron como un indicio más para demostrar la culpabilidad de Valentín. No tenía sentido volver a rastrear ese camino.

Después de analizarlo con frialdad, se dio cuenta de que Guadalupe Romero podía haberse escondido en cualquier lugar del mundo y él no contaba con la maquinaria de un grupo potente de investigadores apoyados por un juez instructor ni tampoco con los recursos y herramientas habituales. Nadie de la estructura policial, salvo sus amigos Vila y Vázquez, sabía de las pesquisas que había retomado. Y así debía continuar. Solo usando la imaginación y siendo sistemático podría, si la suerte le acompañaba, tener éxito.

¿Qué es lo único que él sabía que Guadalupe se llevó en su huida? El coche. El

vehículo dejaba un rastro que husmear. Esa era la hebra de la que tirar. Por un momento pensó que él se habría deshecho del coche sin dejar rastro y le dieron ganas de abrazarse a la almohada y echarse a llorar, pero venció la tentación. Se levantó de la cama y luchó contra el sentimiento de derrota. Se sirvió una copa de Albariño y se dejó inundar por el sabor y por la idea de que siempre, hasta el más listo, deja algún fleco suelto. Se prometió no desfallecer y rastrear cada posibilidad hasta el final. Se imaginó jugando un partido de tenis contra sí mismo y se juró que devolvería cada pelota pesimista, cada trallazo cargado de renuncia.

Ocupó su lugar frente al ordenador y revisó por enésima vez las imágenes. La idea le llegó como un fogonazo. Si capturaba algún fotograma, introducía la imagen en Photoshop, y combinaba mejorar la iluminación, aumentar la definición, eliminar sombras y alguna otra herramienta, quizá así podría leer la matrícula del vehículo. Con ese dato se abría un mundo de posibilidades para investigar y con suerte encontrar a Guadalupe.

Ya hacía varias horas que el sol se había puesto cuando Germán se levantó de la silla. Estaba tan contento que ni siquiera notó el culo acartonado, la frialdad de las piernas por la ausencia de riego sanguíneo, ni el picor de los ojos enrojecidos, ¡tenía cuatro números y tres letras! Llamó a su contacto en la Policía Municipal de Madrid para que le dijese a quién pertenecía el coche. Esperó a que se agotaran los tonos, pero al otro lado nadie le atendió. Fue entonces cuando se dio cuenta de la hora y el peso del cansancio le venció. Se desnudó, dobló la ropa como cuando vivía con su esposa y se echó a dormir feliz, como hacía tiempo. Una nueva ilusión le esperaba al día siguiente.

13

Despertó obligado por un zumbido incómodo. Combó el cuerpo y estiró los brazos antes de buscar con la mirada el origen del molesto ruido. En cuanto el móvil entró en su campo de visión, asoció objeto y sonido y supo inmediatamente que le estaban llamando. No miró la pantalla. Aún aturdido por el brusco despertar, no estaba preparado para hablar y menos para pensar. Necesitaba primero regar sus marchitas neuronas con un café solo y bien cargado.

Con el segundo se animó a comprobar quién se había tratado de poner en contacto con él. Se alegró de ver el nombre y le devolvió la llamada.

—Barrios, ¿cómo andas? ¿Qué haces? —le saludó y escuchó sus habituales quejas sobre lo mal que estaba el trabajo—. Necesito un favor —pidió, cuando hubo acabado de arreglar el mundo—. ¿Me puedes mirar esta matrícula?

Le dio una combinación de números y letras y esperó en silencio mientras su interlocutor los introducía en el sistema. Reparó en que nunca le preguntaba para qué lo necesitaba. Se suponía que era un asunto oficial y unos se ayudaban a los otros por simple compañerismo. Se resumía en una frase simple: «Hoy por mí, mañana por ti».

Minutos después tenía la información. Le dio las gracias, le dijo que le debía una, aunque sonó a frase hecha, y colgó.

—Isaura Zubiría Torrado —leyó en voz alta—. ¿Quién eres? ¿Por qué conduce tu Seat Ibiza Guadalupe? Te voy a hacer una visita y vas a tener que responder a muchas preguntas. Bueno, si todavía vives —dijo mirando la fecha de nacimiento y haciendo un cálculo mental—. Tienes noventa y cinco años. Con que estés sana mentalmente me vale. Solo necesito que me cuentes lo que sabes.

El edificio impresionaba. Su arquitectura revelaba que era de los prohibitivos y su blancura impoluta como de recién pintado, a pesar de la contaminación de Madrid, que los inquilinos desembolsaban un buen dinero para costear los gastos de la comunidad. Aquellas casas se heredaban o solo podían comprarlas millonarios. El vestíbulo iba a juego con la riqueza y el conserje también. Un auténtico cancerbero, alto y fuerte, que con su uniforme impoluto todavía impresionaba más. Interceptó a Germán en cuanto se asomó a curiosear los buzones.

—¡Sal de aquí! —le ordenó en mal tono—. No aceptamos publicidad.

La impertinencia animó a Germán a tirar de placa para cerrarle la boca.

—Disculpe, señor comisario —exageró—, no sé cómo he podido confundirme.

Pelota y servil, como a él le gustaban los confidentes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Carrasco.

—Wilson Guijarro, para servirle a usted y a toda su descendencia.

—Tú eres ecuatoriano, ¿verdad? —dijo al fijarse en su rostro de color trigueño punteado por cicatrices de viruela, con una nariz ancha y chata y los labios carnosos enmarcando una boca de dientes tiznados por el tabaco.

—No, señor, soy colombiano, natural de El Doncello, aunque mi mamá era de un pueblito de Cantabria, de Cóbreces, pero tengo todos mis papeles en regla y permiso para trabajar. Llevo casi cuatro décadas viviendo en la madre patria y cotizando religiosamente a la Seguridad Social.

—Tranquilo. No pertenezco a la brigada de extranjería. ¿Fumas? —le ofreció tendiéndole un Marlboro.

Wilson miró en derredor. Cuando comprobó que no había nadie, lo aceptó.

—A los propietarios no les gusta, no me lo prohíben, pero si huelen el humo me dan la bronca —se explicó—. Si no le importa acompañarme a un sitio más discreto. Cinco minutos puedo desaparecer.

Germán asintió y siguió los pasos del conserje por un pasillo que fue oscureciéndose y perdiendo lustre a medida que se introducían en las entrañas del edificio. Giraron un par de veces hasta llegar a una puerta metálica que daba a un pequeño patio interior. El suelo estaba lleno de colillas.

Le dio fuego con el mechero y Wilson chupó con ansia la primera calada.

—Usted dirá —invitó, una vez satisfecha su necesidad de nicotina.

—Isaura Zubiría.

—¿Doña Isaura?

Germán asintió sujetando el cigarrillo entre los labios.

—¿Qué quiere de ella? —se interesó, divertido, el conserje.

—¿Está ahora en casa?

—¿Esto es una mamadera de gallo? —preguntó mosqueado.

—¿Mama quéééé? —repitió desconcertado Germán.

—Nada, que no está en casa.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—Creo que en el cementerio de la Almudena —le explicó Wilson, y no le pasó desapercibido el gesto de decepción del policía—. La doña murió hace ya diez años, más o menos. Que en paz descanse —deseó, y a continuación se santiguó.

—¡Joder! —protestó Germán repentinamente bloqueado.

—Yo le tenía mucho aprecio —comenzó a hablar Wilson, incómodo por el silencio—. A pesar de que los billetes no se le caían de los bolsillos, siempre tenía una palabra amable y una sonrisa en la boca. Estaba desposada con el doctor Cardeña, ya sabe, el dueño de la clínica La Esmeralda.

Germán conocía el hospital, y aunque no le sonaban los apellidos, los dio por famosos.

—¿Vive él? —preguntó recuperado de ese momento de desesperanza.

—No, ¡qué va! Ella enviudó primero.

A Germán se le volvió a abrir el suelo bajo los pies.

—¿Están todos muertos? —preguntó desesperado.

—El matrimonio sí. Queda un hijo, también médico. Ese, por desgracia, vive. Para usted y para mí, un maleducado de mucho cuidado. Siempre parece que desayunó alacrán. De los que te miran por encima del hombro y se creen más que nadie. Al principio puso el piso en venta, digo piso, pero ocupa toda la última planta, más de quinientos metros de casa. Ahí caben todos los de mi cuadra natal. Vinieron muchos a visitarlo, pero pedía demasiada plata y durante unos años quedó cerrado. Hasta que lo ocupó el nieto de doña Isaura, don Goyo, que es ginecólogo, con su mujer, una yanqui muy simpática, doña Betty, y sus cinco vástagos, que son hijos de Belcebú. Si me descuido, prenden fuego al portal.

—¿Sabes si doña Isaura tenía un Seat Ibiza?

—Nooooo —respondió con gracia el portero, alargando la vocal—, ¿cómo iba a tener ese pendejo de coche si podría empapelar todo el edificio con billetes de quinientos euros y seguir viviendo como si nada? Doña Isaura tenía un haiga bien grande, esos de la estrella, un Mercedes, con chófer y todo.

—¿Estás seguro? ¿Ningún Seat Ibiza?

—Si mi cabeza de termo no me falla, había uno —dijo con cara de concentración, revisando las imágenes de su memoria. Germán contuvo el humo en los pulmones hasta que Wilson volvió a hablar—, pero me suena que lo usaba el nieto, don Goyo, pero de eso hace muchos años —dijo, echando el brazo hacia atrás —, cuando todavía estudiaba en la facultad.

—¿Uno oscuro?

—Azul marino. Recuerdo que alguna vez venía agobiado a visitar a su abuela, supongo que para pedirle dinero, y se iba cinco minutos después con una sonrisa en la boca.

—¿Sabes qué fue del Ibiza?

—Ni idea, don Goyo conduce ahora un Porsche Cayenne y su mujer un Chrysler Grand Voyager para llevar a toda la tropa. Del Ibiza tendría que preguntarle a él.

—¿Está en casa?

—¿A esta hora? A esta hora lo encuentra en el hospital. Se va muy pronto, a las siete de la mañana, y hay días que regresa ya de noche o no vuelve porque tiene guardia. A veces hasta los fines de semana vuela escopetado a mitad de la tarde porque le surge un parto, vamos, que eso me lo chiva la criada, que yo no conozco su vida. Y ahora, señor comisario, si no precisa nada más, debo dejarle, que llevo mucho tiempo fuera de mi portería.

—Solo una cosa más —pidió al tiempo que sacaba el móvil.

Buscó una fotografía de Guadalupe Romero y se la enseñó.

—¿A esta mujer la has visto por aquí alguna vez?

—Puf, no sé. Su cara me suena, pero ya no sé de qué —dijo en un tono mucho más prudente y retiró la mirada de la pantalla—. Oiga, señor comisario, no le dirá a nadie que he hemos hablado, ¿no? No quiero problemas con don Goyo. No está la cosa como para perder el trabajo por ayudar a la policía.

—Fíjate bien en la foto y responde, que yo sabré ser prudente —le amenazó Germán, poniendo el móvil delante de sus ojos—. Tómate su tiempo. No hay prisa.

—Su cara me suena, pero no consigo recordar de qué. —Se quedó pensativo—. No me viene nada, señor comisario.

El conserje se gaseó la boca con un colutorio de espray para que ningún vecino detectase el humo, y caminaron juntos hasta el portal.

—Gracias por su ayuda —dijo el policía, y salió a la calle.

De pronto Wilson se golpeó la frente con la mano.

—¡Claro! ¡Cómo me pude olvidar! —exclamó, y corrió a alcanzar a Germán.

—Acabo de acordarme. Esa mujer fue la novia de don Goyo hace muchos años. Luego debieron de romper y él se fue a los Estados Unidos. Nunca más la vi por aquí. El doctor se casó allí y volvió con una ristra de muchachos, como le conté.

Germán sonrió satisfecho. La pequeña hebra se iba engrosando y alcanzaba ya la categoría de hilo, del que tirar para desenredar el ovillo de lana. Ahora le tocaba

sostener una pequeña charla con don Goyo, el exnovio de Guadalupe.
A esa misma hora un Vila nervioso movía arriba y abajo la pierna en un rítmico tic. Llevaba más de una hora sentado frente al despacho de Alfonso Ramos, esperando al director del centro de mayores. Se suponía que debería haber acudido a primera hora a trabajar, pero era casi mediodía y solo su ausencia estaba presente. Le había llamado varias veces al móvil, pero estaba apagado o fuera de cobertura y ninguno de los trabajadores del lugar sabía dónde localizarlo.

Mantenía la vista fija en la puerta, desesperado por verle aparecer, cuando de repente le pareció reconocer una cara del pasado que nada tenía que ver con aquel lugar y que jamás habría esperado encontrar allí. Levantó la mano de forma automática, sin pensar, para hacerse notar. El hombre le miró desde la distancia y por un momento Vila tuvo la sensación de que se mostraba extrañamente indeciso, como no sabiendo qué hacer. Quizá es que no lo reconocía, pensó.

—¡Soy Vila! —dijo en voz alta al tiempo que se levantó del banco.

Un hombre alto, con una barriga de enormes proporciones, barba blanca y una gorra calada hasta los ojos, le miró durante unos segundos hasta que se decidió a acercarse.

—Hombre, Vila, ¿cómo tú por aquí? No te había reconocido —se justificó, aunque al policía le sonó a excusa. Tenía la sensación de que su interlocutor hubiera preferido no cruzarse con él.

—Comisario Pazo Quintáns, no sabía que viviese usted en la zona ni que acudiese a centros de la tercera edad.

—Ya ves, mi querido Vila, aunque me jubilé, como quien dice, hace dos días, ya pertenezco a ese grupo de vejestorios que no saben cómo entretenerse. Mi esposa falleció el año pasado y desde entonces, de vez en cuando, me acerco a este lugar a leer el periódico y a intercambiar batallitas con los de mi edad.

—Lamento lo de su mujer —dijo sinceramente Vila.

—Te lo agradezco, Vila. La echo mucho de menos. También al cuerpo. Me gustaba estar en activo dándole a la materia gris y persiguiendo a los malos. Ahora todos mis retos son resolver crucigramas o ganar a alguno de estos ancianos al dominó.

—Ya trabajó usted bastante —respondió el policía sin saber qué más decir.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó con interés—. ¿No te habrás jubilado antes de tiempo? —dijo con sorna, tratando de quitar importancia a su pregunta.

—Sigo en activo. Ya me gustaría a mí disfrutar de los viajes del Imserso, levantarme a la hora que quiera y no tener jefes ni obligaciones. ¡Es usted un privilegiado!

—No es para tanto, pero dime —insistió cerril el comisario, que no se quiso dar cuenta de la finta verbal que Vila acababa de hacerle—. ¿Qué te trae por estos lares?

—Si se lo dijese, tendría que matarle —se excusó, forzándose a reír como si se tratase de una broma.

En ese momento, como salvado por la campana, apareció Alfonso Ramos.

—Agente, discúlpeme mil veces, una detrás de la otra. He tenido un percance inopinado que ha provocado mi retraso y me ha sido imposible alertar de mi terrible contratiempo. Quise hacerlo, se lo juro, pero la batería del móvil decidió acabarse y,

como han retirado las antiguas cabinas de las calles, me fue absoluta e irremediablemente inviable.

—No se preocupe, señor director —le excusó Vila. Durante el tiempo que había estado esperando había elaborado una queja que pensó verbalizar cuando llegara, pero la presencia de Pazo Quintáns le disuadió. Quería quitárselo de encima.

—¡Le agradezco su comprensión! Pase a mi despacho, que ya tengo sus papeles preparados.

Vila se giró para despedirse del comisario, pero había desaparecido. Extrañado, lo buscó con la mirada hasta que la voz de Ramos le insistió en que entrase a su despacho.

Se olvidó de Joaquín Pazo. Tenía una investigación en curso a la que atender.

—Solo porque ustedes, las fuerzas del orden, lo solicitaron —anunció, engolando la voz—, estuve trabajando hasta altas horas de la madrugada. Les he preparado un dosier de lo más completo.

—Le agradezco el esfuerzo.

Vila, que había dejado abierta la puerta del despacho, esperaba de pie. Había evitado sentarse tratando de agilizar la visita, recoger los papeles e irse sin tener que escuchar la perorata de Alfonso Ramos.

—He de confesarle que he llegado a mis propias conclusiones —dijo, triunfante, señalando una abultada carpeta marrón depositada sobre su mesa—. No ha sido muy complicado. ¿Quiere usted escucharlas? —preguntó con anhelo en su voz.

—Es que voy con algo de prisa —trató de hacerle desistir Vila.

Ramos no pudo evitar una mueca de fastidio.

—Hay algo que me inquieta, señor agente —anunció con tono serio. El director separó la silla, tomó asiento y posó las manos sobre la carpeta—. La dichosa ley de protección de datos. Realmente desconozco si estoy haciendo bien dándoles información de las personas que asisten a este centro sin que medie una orden judicial. ¿Cree usted que estoy incurriendo en algún tipo de responsabilidad ya sea penal, civil o administrativa?

—Perdóneme, señor Ramos —se disculpó Vila, mirando el reloj—, pensé que se había hecho tarde, pero estaba equivocado. Si no le importa, me siento. Estaré encantado de escuchar sus apreciaciones.

—¡Bien! —exclamó, y las comisuras de sus labios casi se rozaron con las orejas —. Tengo una teoría que quizá no hayan contemplado y que es fascinante —anunció abriendo la carpeta—. Pero primero los datos estadísticos, los óbitos que dirían ustedes. —Vila asintió para darle la razón, aunque no sabía a qué se refería—. En 2013 fallecieron cinco ancianos. No es un dato que deba causarnos preocupación porque, comparado con años precedentes, la cifra se sitúa, desde un punto de vista rigurosamente estadístico, dentro de la media. Muertes naturales. Los viejos se mueren de viejos, valga la redundancia, y menos mal, pensarán muchos políticos, porque esas pensiones que nos ahorramos. En 2014 la cosa varía de forma sustancial y el número que le voy a facilitar sí que debería alarmarnos —explicó levantando las cejas—. Catorce. Coincidirá usted conmigo en que el salto en la cifra de fallecimientos es, desde un prisma cuantitativo, como mínimo, altamente llamativa.

—Lo es —reconoció Vila de forma escueta para darle una lección. Le molestaba

que aquel hombre construyera frases interminables para trasladar ideas sencillas.

—¡Bien! —se felicitó, colocando los pulgares detrás de los tirantes pintados con la bandera de España y flexionándolos hacia delante y atrás—. Compruebo con satisfacción que sigue usted sin aparente dificultad mi línea de pensamiento.

—Sin parafernalia verbal —dijo molesto Vila, que no pudo contenerse ante el estúpido comentario del director—. En 2013 fallecieron cinco y en 2014, catorce. La diferencia es obvia.

—Es otra forma de expresarlo, simple, sin la riqueza de nuestra prosa, pero correcta —reconoció Alfonso Ramos, sin que aparentemente le hubiera molestado el comentario de Vila—. En los cuatro meses que llevamos de este 2015 han fallecido tres personas. Este último dato por sí solo no permite elaborar ninguna cábala, pero si lo extrapolamos, solo a efectos teóricos, indica que al final de año habrán muerto nueve viejos de este centro que me honro en dirigir. En la documentación que obra en mi poder constan los nombres de los fallecidos, la forma de ponerse en contacto con sus familiares, sus informes médicos, porque exigimos que nos los entreguen actualizados por si hay alguna urgencia mientras participan en las actividades del centro, los certificados de defunción —enumeró, poniendo la punta del índice derecho sobre la carpeta— y algunos datos más que quizá le parezcan interesantes. Me he permitido realizar un somero análisis y hay dos detalles que, está mal decirlo, pero mis neuronas han detectado sin esfuerzo. No me equivoco si digo que alcanzan la categoría de reveladores. El primero, curiosamente todos los muertos, hombres y mujeres, vivían solos en casa. El segundo, comprobará usted que las víctimas participaban de forma activa en la vida de este centro, pero solo hay una actividad, una sola —dijo enfatizando el dato—, a la que asistieron todos los muertos.

El director dejó respirar su conclusión durante unos segundos, otorgándole un misterio que provocaba que su interlocutor quisiera conocer el final. Él lo sabía y sonreía abiertamente, sin modestia, orgulloso de sí mismo.

—La clase de manualidades —reveló por fin—. Deduzco que su cabeza está siguiendo el mismo proceso que la mía —continuó sin desfallecer—. Si todos los fallecidos asistieron a esa clase…

Vila no entendió qué significaba aquel nuevo silencio en mitad de una frase ni por qué no concluía el argumento.

—Si todos asistieron a la misma clase… —repitió para que Ramos continuara y acabara con su más que segura estrafalaria teoría.

—Me congratula comprobar que mis clarividentes planteamientos han iluminado los recovecos de su cerebro —dijo satisfecho—. El nexo en común entre los fallecidos es el profesor. Y si le digo que no nació en España, sino en uno de los países del Este de Europa y que desde el primer día que entró a trabajar me da mala espina, quizá concluya lo mismo que yo. Me sigue, ¿no? —preguntó cómplice.

Vila abrió mucho los ojos.

—Sinceramente, no.

—El profesor… —sugirió con una mueca de complicidad—. Ya me entiende.

—Pues no, con franqueza, no le entiendo —reconoció un hastiado Vila.

—Que está asesinando a los ancianos de este centro. He pensado, aunque todavía no cuento con ninguna evidencia, que puede estar provocando su muerte con algún

producto químico no rastreable por los forenses. ¿Qué le parece? —preguntó, buscando ser reforzado.

—Muy, muy interesante —mintió Vila—. Me parece que ha abierto usted una vía que merece ser estudiada. Debo revisar esos papeles —dijo, extendiendo la mano para invitarle a entregárselos.

El director lo hizo.

—Siempre supe que dentro de mí había un sabueso capaz de enfrentarse a cualquier enigma. Tampoco es tan difícil, con saber agitar un poco las neuronas es suficiente —dijo, golpeándose el lateral de la frente con la yema del índice derecho.

Vila le estrechó la mano y se levantó.

—Gracias por todo, señor director. Solo hay una cosa que me preocupa —le confesó ya con la carpeta en su mano y sin poder contenerse ante aquel petulante pretencioso—. Hay otra persona de este centro que ha coincidido con todos los fallecidos.

—¿Quién? —preguntó, desconcertado y ansioso.

—Usted.

—¿Yo?

—Sí. Todos acuden al centro que usted dirige.

Sin decir una palabra más, Vila se dio la vuelta y se fue, dejando la sospecha flotando en el aire.

Germán entró por urgencias. Estaba herido de injusticia, una enfermedad que infecta la mente y desgana el cuerpo. Tenía prisa por curarse, por saber, por «desequivocar» la verdad oficial, esa verdad arbitraria y mentirosa.

Apoyó la placa contra el cristal de admisión y preguntó por el médico.

—Necesito hablar con él ya. —Y para aquilatar su petición, lució el rictus más serio del repertorio de sus expresiones faciales—. Es urgente.

La mujer al otro lado de la ventanilla le miró escéptica.

—Aquí las urgencias vienen en ambulancia y las persigue la muerte. Déjeme que mire —pidió sin hacer siquiera ademán de romper el contacto visual con Germán. Pasados unos segundos volvió a hablar—: No veo a ninguna de las dos.

—No me acecha a mí con su hoz sino a otros. Yo soy el que trata de impedirlo y tengo mucha prisa.

La administrativa sopesó el significado de la frase durante un instante y decidió descolgar el teléfono. Cuando colgó parecía más amistosa.

—Pase usted a cafetería y siéntese en la zona reservada para los médicos. Así don Gregorio le reconocerá enseguida. Me dicen que está asistiendo a una joven que cree que la han violado, y que no tardará mucho.

—¿Cómo que lo cree? ¿No lo sabe?

—No, solo lo supone —afirmó taxativa.

Miró al siguiente en la fila y le hizo una señal para que se acercase. Germán supo que había consumido su tiempo.

Acudió a cafetería como le habían ordenado. Pidió un americano.

—¿Sabe cómo lo toma el doctor Cardeña? El ginecólogo —le aclaró. La camarera asintió—. ¿Me pone otro para él? Así vamos adelantando, que va mal de tiempo —se justificó, aunque la joven no le prestó atención.

Mientras los preparaba, buscó la zona reservada a los trabajadores del hospital. Estaba bien diferenciada. Sus límites los señalaban unas peanas metálicas unidas por una cinta de tela negra. Un cartel avisaba de que la zona pertenecía solo al personal. Lo confirmó al ver el espacio lleno de batas blancas, azules y verdes. En la parte de fuera los parroquianos vestían de calle. Dedujo que eran acompañantes de los enfermos. Pensó, mirando a unos y otros, que no debía perder la fe en este mundo ni en sus congéneres, aunque en el pasado cayó en esta tentación. Unos porque curaban males y salvaban vidas (o lo intentaban) y otros porque no abandonaban al doliente en su soledad. Esa empatía, ese ponerse en el lugar del prójimo, implicaba que, como sociedad, todavía teníamos esperanza.

Cogió los cafés por el platillo y las tazas tintinearon.

Le miraron al colarse en una zona vedada. No le importó lo más mínimo. Se sentó, dejó el del doctor frente a él y removió el suyo. Fue tomándoselo a pequeños sorbos, fijándose en los que entraban en el bar y tratando de leer en sus rostros si buscaban a alguien con la mirada. El gesto se identificaba con facilidad.

El doctor no tardó en aparecer. Lo que más le llamó la atención a Germán fue su forma de caminar, con las rodillas giradas hacia dentro, como si se fuera a chocar una con otra y los pies muy separados. No le restaba agilidad, pero se movía de una forma extraña.

—¿Es usted el policía? —preguntó todavía de pie para confirmar la obvia sospecha. No había otro de paisano entre tantas batas.

—Germán Carrasco, inspector de policía.

Solo cuando se sentó delante pudo evaluar su rostro. Pelo moreno, corto y peinado hacia un lado, tez lisa sin apenas sensación de que allí creciese la barba, nariz extrañamente recta y ojos curiosos y francos detrás de unas gafas de pasta azul.

—Me he permitido la libertad de pedirle un café, que seguro que ni tiempo ha tenido para tomarse uno. ¿Le parece que nos tuteemos?

—Claro, hombre —aceptó con una sonrisa franca—. Te agradezco el café. Es lo que me mantiene en pie todo el día, pero hoy no he podido tomarme ninguno. Ya desfallecía.

Se lo bebió de un trago y se inclinó hacia Germán como queriendo crear un espacio de más intimidad para hablar.

—Pinta mal lo de la chica. —Y cambió de expresión. Una mezcla de tristeza y repulsión pasó a dominar sus gestos—. Se llama Carmen y tiene diecisiete años. Recuerda que salió de marcha con unas amigas. Entraron en una discoteca con el DNI falsificado. Allí unos chicos le invitaron a unas copas y ya no recuerda nada. Se ha despertado en el parque del Oeste con el vestido por la cintura y sin ropa interior. Le habían arrancado las bragas. Las encontró a su lado. No presenta síntomas de agresión física ni sexual, pero jura que ella no quería mantener relaciones sexuales con nadie y no consintió. Que tiene novio y le es fiel.

—¿La crees? —preguntó Germán.

No tenía ni idea de por qué Goyo le contaba aquella historia, pero estaba súbitamente interesado en saber cómo terminaba.

—La creo. Cada vez me llegan más casos de este tipo. Los picos de atención médica se producen de jueves por la noche a domingo, pero también nos llegan casos

entre semana. Los medios de comunicación no hablan de ello, pero para mí es una epidemia preocupante y de difícil erradicación. Se trata de la escopolamina —aunque ante su cara de extrañeza utilizó un nombre más común—. A lo mejor te suena más el nombre de burundanga. No quiero aburrirte con tecnicismos médicos, pero es un alcaloide que ni sabe ni huele a nada. Lo habitual es que el agresor lo eche en la bebida de alguna incauta o lo espolvoree dentro de algún cigarrillo tipo porro o similar. Las víctimas lo toman y en cuestión de minutos están a merced del cazador. A simple vista todo está bien porque las funciones motoras no se ven afectadas, pero en realidad la víctima se convierte en una especie de zombi que obedece cualquier orden sin ninguna cortapisa ni recelo. Si ordenan a la mujer que se desnude y se abra de piernas, lo hará sin problemas. La burundanga se está usando con fines delictivos. A mí me constan las agresiones sexuales. Hay depredadores nocturnos a los que no les hace falta ligar para llevarse a una chica a la cama. Un poco de burundanga y solucionado. Cuando me llegaron los primeros casos, intenté documentarme en internet. Es fácil de adquirir y relativamente barata. También se usa para robos y secuestros. No solo por la obediencia absoluta de la víctima, sino porque produce amnesia.

—¿No se acuerdan de nada?

—No. La mente de un afectado por burundanga deja de registrar la vida. Se produce un agujero negro en sus recuerdos. Esto imposibilita la identificación del agresor o agresores, con el problema añadido de que el rastro de la sustancia desaparece del cuerpo en cuestión de horas. Depende del peso de cada víctima, pero el tiempo medio de eliminación es de seis horas después de la ingesta. Los polis necesitáis indicios, y con esta droga hay ausencia de recuerdos y también de resultados en la analítica. Los violadores se sienten inmunes y cada fin de semana repiten.

—No tenía ni idea —reconoció Germán.

—Tengo cinco hijos, tres son niñas, y si lo pienso, vomito.

—No me extraña.

—He dedicado muchas horas a este asunto. ¿Sabes lo que pasa cuando por casualidad se consiguen pruebas contra el agresor? —Germán detectó una pregunta retórica y esperó a que la contestase el propio médico—. Les condenan por abuso sexual, no por violación, porque no hubo ni violencia ni intimidación. Es acojonante. ¡Pero cómo se van a resistir si están drogadas! —levantó la voz indignado—. ¡Si la química anula su voluntad! Tenemos una mierda de justicia, aunque usted la defenderá.

El agente sonrió. Él era tan descreído como su interlocutor, pero no pensaba contarle su vida. Si él supiese.

—¿Y la paciente de hoy? —preguntó Germán.

—La pobre no para de llorar. Que hayan usado su cuerpo sin su consentimiento no le preocupa tanto como ocultar lo que le ha pasado. No quiere que informemos a sus padres y ella no quiere decírselo. Tampoco a su novio. Está muerta de la vergüenza.

—Pobre.

—Perder así la virginidad. ¡Es terrible! —exclamó el médico. Se le había ido la

alegría de los ojos.

—¿Era virgen?

—Sí, lo era. ¿Quieres que te acompañe a su habitación? Supongo que querrás hacerle algunas preguntas.

—¿Yo? Yo no, ¿por qué?

—Eres policía, ¿no? —Germán asintió—. Llamé para que vinieran en cuanto ingresó la chica y me contaron los síntomas. Ya te he dicho que estoy muy concienciado con este asunto. —La cara de póker del policía le hizo concluir que se había equivocado—. ¿No vienes por la violación?

—No —reconoció Germán—. Te pido disculpas. Te he visto tan indignado que no he sabido cómo cortarte y no quería parecer maleducado.

—Ya. ¿Y qué se le antoja a usted? —preguntó de repente serio y distante.

A Germán no le pasó desapercibido el cambio de tratamiento.

—Estoy inmerso en una investigación por asesinato intentando atar los últimos flecos y necesito tu ayuda —enunció el agente. Le siguió tuteando en un intento de retener el ambiente de confidencias que había surgido entre ambos.

—Usted dirá —se alejó de nuevo el médico.

—Sigo el rastro a un Seat Ibiza de color oscuro. En tráfico consta que tu abuela, que en paz descanse, tenía uno. Varios testigos —exageró, porque solo contaba con el testimonio del portero— me dicen que conducías habitualmente ese vehículo. Me gustaría saber qué ha pasado con él y si todavía lo tienes.

Germán notó cierta descompostura y tensión en los músculos de su cara.

—¿Me puede explicar qué interés tiene en ese coche? —preguntó reticente y a la defensiva.

—El coche está implicado en un asesinato.

—¿Un asesinato? No me lo creo. ¡Eso es imposible! —rechazó tajante.

—¿Por qué es imposible?

Goyo se dio cuenta de que se había metido en un jardín del que habían brotado setos, convirtiéndose de repente en un laberinto de difícil salida.

—Ese coche seguro que ya es chatarra. Era de segunda mano cuando mi abuela me lo regaló y de eso han pasado más de doce años —improvisó.

—¿Chatarra? ¿Te consta?

—Lo supongo.

—¿Lo supones? ¿Qué respuesta es esa?

—El coche ya no es mío —reconoció taciturno.

—En Tráfico sigue dado de alta a nombre de tu abuela. Nadie lo ha dado de baja ni lo ha llevado a un desguace. Si ya no es suyo, ¿qué hiciste con él? ¿Lo vendiste?

—Se lo regalé a una persona cuando me fui a Estados Unidos a estudiar.

—Y esa persona se llama…

—No sé por qué debería decírselo. Además, he de dejarle, ya he perdido mucho tiempo y debo atender otras urgencias —trató de escabullirse mientras se incorporaba.

—Guadalupe Romero —le soltó Germán, obligándole a volver a sentarse.

—Si lo sabe, ¿para qué me lo pregunta? —cuestionó hastiado. Tenía la sensación de que el policía estaba jugando con él—. Sí, se lo regalé a ella, pero de eso hace mil años. No sé qué interés podría tener usted ahora en ese vehículo.

—Te lo he dicho. Está vinculado a un asesinato. ¿Guadalupe y tú fuisteis novios?

—¿Es eso delito? —respondió altanero—. Nos enamoramos. Me imaginaba casado con ella. Hasta pensé en pedirle matrimonio; pero, ya sabe, éramos jóvenes, los estudios, la presión de la familia. Al final, mi carrera nos distanció.

—Entiendo —concedió Germán. Parecía que volvían a respirar en una atmósfera de confianza y no pensaba llevarle la contraria.

—Le confieso que le he dado vueltas más de una vez y me arrepiento, no de la decisión sino de las formas. No supe hacerlo. Me porté como un cobarde.

—No te martirices —le recomendó Germán.

Goyo, que había desenfocado la mirada, no pareció escucharle. Estaba viajando entre las sombras de sus recuerdos.

El inspector aguardó en silencio a que regresase. Si se paraba a pensarlo, ¿quién no había sido cobarde alguna vez en la vida? ¿Quién para evitar una reprimenda/bronca no había mentido como mal menor? ¿Quién no ha edulcorado la verdad para escabullirse de un momento de tensión? ¿O es que las frases «Eres demasiado buena para mí», «Esto no es lo que parece» pertenecen tan solo a la ciencia ficción? Germán se dio cuenta de que él también era un cobarde, en su caso cobarde circunstancial.

—¿Usted es valiente siempre? —preguntó, mirando al pecho del policía donde los *sheriff* se colgaban antiguamente la placa.

—No, solo alguna vez. Ser valiente cansa.

—Cansa más vivir con el recuerdo de la culpa. Esa te persigue siempre, te atormenta sin desfallecer.

—Vivir es cansado en general.

—Debí decirle la verdad, pero cuando mi padre me anunció que, por su cuenta, había solicitado mi ingreso en la clínica Mayo dependiente de la facultad de medicina de Rochester, en el estado de Minnesota y, después de hacer unas pruebas, que me habían concedido una plaza, acepté inmediatamente. Era joven —se justificó—. Pensé en mí y en mi futuro. Supe que la distancia no aguantaría nuestra relación, pero para no enfrentarme a una ruptura amarga y triste le juré que la amaría eternamente. Me llevó al aeropuerto y, quizá para acallar mi conciencia porque yo sabía que lo nuestro se había acabado, le dije que se quedara el coche. Fue algo así como una compensación por su dolor. ¿Sabe lo peor? —Germán movió levemente la cabeza de un lado al otro—. Antes de besarla por última vez le hice prometer que vendría a buscarme con el coche cuando regresase. Obviamente, no lo hizo. Desde entonces no he vuelto a saber nada del Seat.

—Si me permites el consejo de la experiencia —Goyo asintió—. La única forma de ser feliz es aceptar y aprender a vivir con nuestros errores. Solo así dejarán de acecharte.

—¡Qué fácil es decirlo!

—También puedes ser siempre valiente.

—Ojalá pudiera.

—Ahora tienes una buena ocasión. Dime la verdad sin que te den miedo las consecuencias. ¿Has visto a Guadalupe recientemente?

—¿Esto es una broma macabra? —preguntó de repente, recuperado del momento

de melancolía y confidencias—. Hace dos años que la asesinó su marido. Creía que estaba usted mejor informado. Resulta difícil que haya podido verla recientemente.

—Me refería a desde que volviste de América.

Goyo, aunque tardó en responder unos segundos de más, fue tajante:

—No, no la vi nunca. Ya se lo he dicho. No vino a buscarme al aeropuerto. Me enteré de que se había casado, leí en las revistas que la felicidad reinaba en su matrimonio y me conmocionó luego saber de su desaparición y posterior asesinato por el cabrón de su marido.

—Los seres humanos tenemos el don de cometer los mismos errores una y otra vez.

—¿A qué se refiere?

—Ella sigue viva, yo lo sé y tú también —atacó Germán, convencido de que su interlocutor le estaba mintiendo—. Estás siendo un cobarde y tienes miedo a contarme la verdad.

—Miedo, ninguno. Lo que usted dice es un dislate. Explíquese, y de paso me ilustra de por qué yo tengo que saberlo.

—Tengo pruebas. Tú la ayudaste a escapar.

—Deténgame entonces. ¿A qué espera? —retó, poniendo sus muñecas unidas sobre la mesa, pero Germán no reaccionó—. Mire, agente, ella fue asesinada, pero si por arte de magia siguiese viva, me llevaría una gran alegría. Y sepa que si pudiera haberla ayudado a escapar de ese malnacido, lo habría hecho, no le quepa a usted la menor duda. Ojalá hubiera recurrido a mí cuando ese cabrón la maltrataba. Hubiera hecho cualquier cosa por ella. Lo que hubiese necesitado, se lo debía. Pero desgraciadamente el 20 de junio de 2002, en el aeropuerto, fue la última vez que la vi. Y ahora, si me disculpa, debo continuar con mi trabajo —dijo, levantándose y tendiéndole la mano—. Si me permite una recomendación, olvídese de perseguir fantasmas. Deje que los muertos descansen en paz y dedíquese usted a investigar lo de la burundanga.

La entrevista había terminado, pero Germán no se movió de la mesa. Comprobó que el doctor se había ido y, con una servilleta de papel, cogió el vaso del que había bebido Goyo y lo introdujo en una bolsa de pruebas que sacó del bolsillo del pantalón. Si a alguien le llamó la atención su gesto, no lo dijo.

Fue un impulso. Tenía la sensación de que Goyo ocultaba algo, que rehuía las preguntas y que buscaba desmotivarle. El doctor era la persona que más vinculación tenía, hasta el momento, con Guadalupe: su exnovio, el que le regaló el coche y, encima, ginecólogo. No estaba de más tener sus huellas y sus restos biológicos. Por si las moscas. Así funcionaban las corazonadas.

Siguió sentado en el sitio. Necesitaba pensar. Repasó mentalmente la conversación. Cuantas más vueltas le daba, más se convencía de que el doctor mentía, pero ¿por qué? Ayudarla a escapar de Valentín no era delito. ¿Colaboró con Guadalupe en la muerte de María? Había un pinchazo en el abdomen de la víctima. ¿Lo hizo él? Tenía los conocimientos. Negó con la cabeza. La idea le pareció descabellada. Un hombre que se dedica a salvar vidas no las quita, por muy en deuda que esté. Entonces, sin saber muy bien cómo, tomó cuerpo una nueva idea. Quizá, siendo ginecólogo, Goyo conociera al que atendió a Guadalupe durante su embarazo y

declaró en el juicio. Tenía que averiguarlo.

Es lo único que se le ocurría y tampoco le motivaba demasiado la idea. Se dio cuenta de que la conversación con Goyo le había conducido a un callejón sin salida. La pista del coche no llevaba a ningún sitio. Tenía que retroceder y encontrar otro camino. Buscaría directamente pistas del paradero, pero ¿cómo? de Guadalupe. Después de tanto tiempo, a lo mejor se había relajado y en un descuido había dejado algún rastro que seguir. Se frotó las sienes con energía en un intento de calentar su actividad neuronal, pero no sirvió de nada. Pensar también cansaba.

14

Durante los siguientes días, Germán se dedicó a pedir favores y cribar información. Rastreó a Guadalupe a través de todas las bases de datos que conocía y a las que tenía acceso directo e indirecto. Preguntó a sus amigos de las compañías telefónicas, de Hacienda, en la Seguridad Social, a conocidos de conocidos en Facebook, Twitter, Instagram y las decenas de redes sociales en las que compartimos una falsa vida con desconocidos, a los de los bancos por si tenía cuenta bancaria y algún movimiento de tarjeta de crédito cercano en el tiempo, a un amigo de la Guardia Civil por si aparecía registrada con permiso de armas en vigor, a otro de los Mossos d'Escuadra y a uno más de la Policía Foral de Navarra; consultó la ASNEF (Asociación Nacional de Establecimientos Financieros de Crédito), el fichero de morosos más grande de España… Revisó todo lo que se le ocurrió. Incluso, en un arrebato futurista, se interesó por los satélites que grababan imágenes de España desde el firmamento. Le sugirieron hablar con técnicos del catastro del Ayuntamiento. Podía ser que vigilaran desde el espacio si en Madrid algún vecino integra un balcón dentro de los metros de la casa, construye alturas ilegales o hace una piscina y no se paga el impuesto correspondiente. Se enteró así de que vigilaban para recaudar, pero solo grababan con luz diurna. Consultó en varias universidades. Algunas de astrofísica por si habían estudiado la luminosidad nocturna de Madrid y también a una ingeniería de Zaragoza por si les dio alguna vez por analizar el flujo de la circulación. Pensó que quizá se grababan imágenes de noche y que, a lo mejor, había quedado registrado el día de la huida de Guadalupe. Si era así, se imaginó siguiendo su coche a través de las carreteras.

Las gestiones, que le llevaron decenas de horas, visitas, invitaciones a cafés y explicaciones inverosímiles, fueron infructuosas. No encontró rastro de Guadalupe por ningún lado. Su actividad era la de una muerta. Cero.

¿Y si no estaba mirando en la dirección adecuada? La pregunta saltó en su cabeza como el fogonazo inesperado de un rayo en una tormenta. Guadalupe estaba embarazada, ¿por qué no buscar nacimientos en la fecha aproximada en la que debería dar a luz? Le pareció una idea brillante y casi se sintió orgulloso de ella, pero al madurarla se percató de su complejidad. Tendría que analizar miles de datos con el único parámetro que conocía, el sexo femenino del bebé. Descartó el trabajo por inabarcable. Además, en su huida, Guadalupe podía haber salido de España, y recabar datos internacionales se le antojó imposible. Nadie le iba a dar información sin el respaldo de una estructura judicial y policial que lo sostuviese. A su investigación le faltaba ese andamiaje y le sobraba la ilusión.

Hasta ahora, todas sus iniciativas habían concluido en fracaso. ¿Dónde podría buscar y, sobre todo, en qué dirección para encontrar alguna pista? Miró por la ventana del despacho dejando vagar su mente, le ardía la cabeza. Las horas dedicadas a rastrear datos, unidas a las que consumía en comisaría le estaban pasando factura. Apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos para que el frescor le aliviara. Sin esperarlo surgió una idea que le hizo palmearse la frente con la mano y reprocharse en voz alta por no haber caído antes en lo obvio: «¡Seré gilipollas, el coche, el puto

coche!».

No se trataba de rastrear al dueño del coche o cómo había llegado a manos de Guadalupe, sino el propio vehículo.

Sabía a quién tenía que llamar. Tenía un buen contacto en Tráfico, una persona de confianza, que podía resolver sus dudas en cuestión de segundos. En el pasado, aunque con reticencias, le ayudó con información que le permitió solucionar algún asunto, pero esta vez tenía la sensación de que no iba a prestarse amigablemente.

Solo pensar en levantar el teléfono y se le revolvía el estómago.

Eligió una vía alternativa. Preguntó a Barrios, su amigo de la Policía Local. El agente, después de quejarse una vez más del ambiente político y de su trabajo, le pidió que le dictase la matrícula. Germán lo hizo.

—El coche está a nombre de Isaura Zubiría Torrado. ¿Esta no es la que ya te miré hace unos cuantos días? —preguntó mosqueado el agente.

—Sí, la misma. Es por si te aparece alguna multa, una dirección diferente a la que me diste o algo que te llame la atención. No encuentro el coche y estoy desesperado —se justificó.

Durante un buen rato ambos permanecieron en silencio. Germán aguardando ansioso y Barrios cribando los datos que había en su pantalla.

—No sé si te servirá —dijo por fin—, pero aquí me consta que lleva años sin pasar la ITV. Si lo cazan los de verde circulando por carretera, el paquete que le va a caer a la dueña va a ser fino —silbó entre dientes—. También te digo, es muy raro. Son muchos años sin someterse a la revisión oficial. O a alguien se le ha olvidado notificar que el vehículo se desguazó, o está guardado en un garaje. No veo otra opción.

—¿Tu base está conectada con el del resto de las Policías Locales de toda España?

—¡Qué va! No compartimos nada. Solo Hacienda tiene todo interconectado. Si lo que buscas es un ámbito nacional, o la DGT, o tus amigos los verdes. No hay más.

Germán no tuvo ni que pensarlo, llamó a Abel, un amigo picoleto con el que había compartido información en el pasado ocultándoselo ambos a sus jefes, que seguro lo habrían prohibido.

Tras el tanteo inicial que marca la buena educación, el inspector jefe fue al grano:

—Necesito que me mires una matrícula.

—¿En qué andas metido? —preguntó curioso.

—Si te lo digo tendría que matarte y habría un picoleto menos —bromeó—. El mundo no perdería mucho, pero yo me quedaría sin un amigo.

El guardia civil se rio con ganas.

—Todos los maderos sois unos fanfarrones —le siguió el juego—, y luego os cagáis al ver a los de la Benemérita en carretera.

—En eso tienes razón —concedió Carrasco.

Siguieron picándose mientras Abel revisaba las bases de datos. Era uno de esos pocos hombres capaz de hacer dos cosas a la vez.

—No hay nada relevante. No tiene multas por velocidad, ni ha estado involucrado en ningún accidente, ni hay embargos, nada de nada. El titular del vehículo es una mujer, ¿quieres el nombre?

—Lo tengo, gracias.

—Ok. Lo único, la ITV. No la tiene pasada desde hace años.

—Si un policía local, pongamos que de Santiago de Compostela, hubiese multado al coche por no tener la ITV en regla, ¿te aparecería a ti?

—No. Constaría en los ordenadores de los pitufos de Santiago y en los de la DGT, a ellos sí les tienen que dar parte de esa sanción. Lo fácil es que te cameles a alguien en Tráfico o… —y alargó mucho la vocal para imprimir misterio y tensión a lo que iba a decir— llamas a todas las Policías Locales de España, y eso no lo veo mucho.

Germán tragó saliva.

—¿No hay otro lugar al que recurrir?

—Me temo que no, amigo mío.

Germán se encontró de repente en una encrucijada. Necesitaba los datos para seguir avanzando en su investigación, había explorado ya el resto de los caminos, pero la sola idea de marcar el número de la persona que le tenía que dar la información le producía urticaria.

Cogía el teléfono y lo volvía a soltar sin atreverse a apretar el botón de llamada.

La angustia fue creciendo y acumulándose.

Tenía tal nivel de desasosiego que pensó en encontrar el valor en una copa de vino blanco.

Rechazó la idea.

Miró el reloj. Sabía que la jornada de su contacto terminaba a las tres de la tarde. Quedaban diez minutos para que llegara la hora.

Apretó el botón, contuvo el aliento y esperó.

Un tono.

Dos tonos.

Sus nervios crecían y le estaban atenazando.

Tres tonos.

Se acordó de cuando encontró el valor para montarse por primera vez en una montaña rusa en el parque de atracciones de Madrid. Cuando las fijaciones se cerraron y el trenecillo comenzó a escalar lento hacia el cielo, empezó a gritar, primero tímidamente y luego como un loco, que se quería bajar. Solo cuando la atracción llegó a su final se calló.

Cuatro tonos.

Se arrepintió y quiso colgar.

—Germán, ya no esperaba que me devolvieses las llamadas —dijo una voz antes de que le diera tiempo a tocar la tecla roja.

—Hola, bueno, es que he estado muy liado con el trabajo. ¿Todo bien? —preguntó por cortesía.

—No, ya sabes que no. Mi hermana, tu mujer, porque te recuerdo que tienes una, no para de llorar —hablaba con ira contenida—. Desde que se fue de tu casa no has dado señales de vida. Como si te importara una mierda.

—Ella me dejó —se defendió Germán.

—Una puta mierda. Ella se fue de casa, pero tú fuiste el que la echó —le interrumpió—. Así es como ella se siente. No te has preocupado de saber cómo está ni

siquiera de dónde se ha ido a vivir. Dice que no la quieres y que no te importa su suerte. ¿Es eso verdad?

—No, no lo es, claro que la quiero, pero…

—Pues díselo —volvió a interrumpirle—. Díselo hoy mismo. Germán, tengo miedo porque apenas come y ha adelgazado mucho. No te entiendo. No comprendo qué os ha pasado. ¿Hay otra?

—No, por favor. No hay ninguna mujer. Solo ella.

—Pues lo entiendo menos aún. ¿Te has desenamorado? ¿Has dejado de quererla?

—Ya te he dicho que no. Es la mujer de mi vida.

—Pues cojones, ve a buscarla. Dile a la cara lo que me acabas de confesar. Ella necesita saberlo. Si quieres que regrese a casa, tienes que empezar por ahí.

—Es que ahora no puedo…

—¿No puedes? ¿Por qué no puedes?

—Antes necesito resolver un caso —dijo Germán muy bajito, como avergonzado.

—¡Cómo no! Un caso. ¿Es eso? La vida de otros te ha llevado a descuidar a mi hermana, a tu esposa, a la madre de tus hijos. ¿Crees que merece la pena que priorices la vida de los demás por delante de tu matrimonio?

—Tú no lo entiendes. Se trata de mi vida. Necesito recuperar lo que tenía antes del caso del hijo del torero.

—¡Acabáramos! El Valentín ese. Ese hijo de puta ya está en la cárcel. Si por mí fuera, no saldría nunca. Te atormenta que le diste una patada en los huevos. ¡Bien por ti! Media España habría hecho lo mismo. Yo le habría reventado los dientes. Deja de flagelarte y de hundir tu matrimonio.

—Ya. Puede que tengas razón, pero en mi cabeza no está el resto de España.

—Como quieras. Hasta que no elimines tus fantasmas no podrás solucionar otras cosas. No tardes, porque mi hermana no va a estar para ti siempre. Quizá para cuando lo logres, tu matrimonio ha dejado de existir. ¿Eres consciente de lo que arriesgas?

—Sí, tengo que darme prisa y para eso necesito tu ayuda —consiguió decir.

Al otro lado del teléfono se produjo un silencio.

—Estoy rastreando un coche —desveló Germán—. Necesito encontrarlo.

—Lo que me pides es ilegal y lo sabes.

—Solo échale un ojo, por favor.

Se produjo otro silencio. El inspector jefe asumió que significa aceptación. Deletreó la matrícula y esperó paciente. La llamada no se había cortado porque escuchó los dedos de su cuñado aporreando el teclado.

—Apunta —le avisó—. El coche consta como denunciado hace un mes en Orihuela, Alicante, por no haber pasado la ITV. La denuncia la realizó la Policía Local. Eso es todo lo que hay.

—Gracias —dijo Germán, pero su cuñado no lo escuchó. Ya había colgado.

Media hora después, salió de casa con una pequeña maleta. Con las prisas no recordó que había cambiado el horario y le tocaba trabajar esa tarde. Desde el coche llamó a comisaría para anunciar que se cogía un mes de vacaciones. Nadie le puso problemas. Podían prescindir de él. También cerró una entrevista con Alberto Riquelme, el jefe de la Policía Local de Orihuela, que le dijo que estaba encantado de recibirlo y que

cuando llegase se pasase por el Ayuntamiento. Allí le esperaba.

Cuatro horas después se plantó en las dependencias de la Policía Local de Orihuela.

—En el centro del pueblo instalamos hace años unas cámaras cuya única función consiste en leer matrículas —le explicó Alberto después de que Germán le contase que buscaba un Seat Ibiza al que ellos habían denunciado un mes antes por no pasar la ITV. El policía local había consultado la matrícula un momento en un ordenador y desde entonces no había parado de hablar—. Envían el dato aquí, a la base de Policía Local, y los ordenadores, que están programados para detectar coches robados, reclamados por un juzgado o por impagos a Hacienda o a la Seguridad Social, comprueban cada matrícula. En cuanto un vehículo de los malos pasa, ¡chas! ¡Lo tenemos! —Y acompañó la exclamación con una sonora palmada—. Nos salta una alarma aquí —explicó, señalando uno de los terminales—. Inmediatamente activamos el seguimiento del vehículo sospechoso a través de las cámaras de circulación que tenemos por todo el municipio y mandamos las patrullas a interceptarlo.

—¿En tiempo real? —preguntó sorprendido. Germán desconocía aquellos avances tecnológicos—. ¿Como en las películas de investigadores del FBI en Estados Unidos?

—Más o menos. Esto es España. A nosotros nos llega la imagen en movimiento con un poco de retardo respecto de la realidad.

—¿Mucho? ¿Se os escapa alguno?

—No, unos segundos solo. Detenemos a la mayoría, pero alguno sí nos da esquinazo.

—¡Qué bien! —elogió Germán antes de centrarse en lo que verdaderamente le interesaba—. Con mi coche, ¿qué pasó?

—Dame un segundo que te termino de explicar. Aparte de lo que te he contado, el ordenador permite introducir matrículas concretas: las de los vendedores ambulantes, las de personas con una orden de alejamiento por violencia de género o las de vehículos sospechosos de estar vinculados al yihadismo. Hoy, por ejemplo, la Guardia Civil nos ha avisado de una madre con doble personalidad que ha secuestrado a sus dos hijos menores en Cuenca y se los ha llevado en una furgoneta. Temen que les haga algo a los pequeños y, como tiene familia en esta zona, nos han solicitado ayuda con las cámaras.

—Entiendo.

—Ahora viene lo tuyo —anunció el policía local—. Tráfico nos está usando de conejillos de indias con una base de datos que pretenden implantar a nivel nacional. A mí me da que nos han elegido a nosotros porque en esta localidad es donde más extranjeros hay censados. Los guiris se quejan menos y hacen menos ruido cuando la DGT les ataca al bolsillo. Han introducido parámetros para que las cámaras también detecten coches a los que les falte el seguro obligatorio o que no hayan pasado la ITV. Así fue como nos saltó el que te interesa a ti.

—¡Nunca pensé que me alegraría de las multas de los demás! —exclamó Germán.

—Atento a la historia —continuó Alberto sin hacer caso al comentario—. Seguimos tu Seat como al resto. En un momento dado desapareció en una zona de

sombra en la que nos faltan cámaras y no apareció en la siguiente lógica donde sí hay. Dedujimos que había aparcado. Una patrulla rastreó la zona y lo encontró correctamente estacionado y vacío. No había nadie. Esperaron un rato para notificar la multa al conductor, pero no regresaba y no podíamos tener una patrulla bloqueada por un solo coche. Se le colocaron unos cepos a las ruedas delanteras del coche y el boletín de denuncia sujeto en el limpiaparabrisas. Una semana después nos percatamos de que nadie había venido a pagar la sanción ni a pedir la retirada de la inmovilización. Nos extrañó, aunque no es la primera vez que algún caco abandona en nuestro pueblo un vehículo robado. Y necesitábamos los cepos. Fui personalmente a recoger el coche con una grúa y trasladarlo a nuestro *parking* en la base, y ¿sabes qué? —preguntó creando misterio.

—No.

—Que no estaba.

—¿Cómo que no estaba?

—Lo que oyes. Desaparecido, volatilizado.

—¿¿No me has dicho que lo habíais inmovilizado??

—Desapareció con cepos incluidos.

—¿¿¿También???

—Sí, yo tampoco daba crédito.

—¿Esos artilugios se pueden reventar fácilmente?

—Ni idea. Nunca he probado a forzar uno. Parecen consistentes, pero, ya sabes, no hay cerradura que un buen choro no sea capaz de abrir. Lo que no me explico es qué interés puede tener un ladrón en un coche tan antiguo y sin ningún valor —comentó intrigado.

A Germán no le pasó desapercibido el repentino interés de Alberto. No se había atrevido a preguntarle directamente, pero le había sugerido que equilibrase la balanza de las confidencias y no estaba él para granjearse enemigos.

—Es confidencial, ¿vale? —le advirtió con el rigor que implicaba la frase.

—¡Claro! ¡Puedes confiar en mí!

—Hace unas semanas se produjo un robo de película en el Banco de España, en Madrid —comenzó a contarle, bajando ostensiblemente la voz—. Los tipos hicieron un trabajo tan fino que la operación la hemos denominado «Fantasma». No dejaron ni una huella, ni una molécula de ADN, nada. Desconocemos cómo violentaron todos los sistemas de seguridad, pero lo hicieron sin que ninguno saltase. Y tampoco quedó nada grabado en las cámaras de vigilancia. Sospechamos que de alguna forma las piratearon desde fuera, pero no tenemos ninguna prueba.

Alberto emitió un silbido prolongado y profundo.

—No he oído nada en las noticias.

—Porque no ha trascendido a la opinión pública. Es muy grave.

—Claro, entiendo.

—Como te puedes imaginar, nos tocó una investigación a la vieja usanza. Empezamos a apretar a los confites, hasta que uno se derrumbó. Dijo que el robo era obra de los Pink Panther.

—Esa banda es la leche.

Germán sonrió feliz porque el policía se estaba tragando el engaño sin ningún

resquemor.

—Nos dio un modelo de coche y la matrícula. Dijo que si encontrábamos ese vehículo daríamos con uno de los peces gordos de la banda. No te puedo contar más porque el juez ha decretado el secreto de sumario —mintió con absoluto desparpajo.

—¿Mucho dinero? —insistió sin poder contenerse.

—No te puedo dar la cifra, pero ¿sabes los botes de la Primitiva?

—Sí.

—Más.

—¡Joder! —Y se le escapó otro silbido entre los dientes—. Por eso se lo llevaron con cepo y todo. Tiene sentido. Esa gente hace todo a lo grande.

—¿Dónde inmovilizasteis el coche?

—En el *parking* del centro comercial Ociopia.

—¿Tenéis las imágenes?

—Es que no fue propiamente en el *parking*, sino en uno aledaño. Lo dejó en una zona en la que no tenemos cámaras del ayuntamiento. Te lo he dicho antes.

—¿Pedisteis las imágenes del centro comercial o de algún negocio cercano para tratar de identificar al conductor?

—No. ¡Cómo íbamos a hacer eso por una simple ITV! Si se tratase de un asesinato o algo así, sí que lo habríamos solicitado, pero por una multa, no hicimos nada.

—¿Cuándo dices que ocurrió?

—Hace un mes, pero si lo preguntas por pedir las imágenes, pierdes el tiempo. Se borran a la semana. Lo sé porque en alguna ocasión el juez nos ha mandado a por ellas y, o te das prisa, o graban encima.

—¡Me caguen la mar!

—De haberlo sabido —se lamentó el policía local.

—Ya.

—Siento no poder ayudarte más. Si quieres déjame tú teléfono y si detectamos el vehículo otra vez te aviso. No puedo hacer otra cosa.

—Está bien.

Germán grabó en su móvil los números que Alberto le fue dictando.

—Te hago una perdida y así tienes el mío —dijo Germán, pulsando la tecla de llamar.

—Lo tengo, cuelga —le avisó al ver el número en pantalla.

—Se me ocurre que quizá podrías meter la matrícula del Seat que busco en el ordenador con una nota de que me avisen si salta. Lo digo por si no estás tú de turno.

—Dalo por hecho.

—Y podrías también hablar con el responsable de seguridad del centro comercial y de las gasolineras de tu entorno para que tengan los ojos muy abiertos por si detectan el coche.

—Pides mucho, inspector jefe, pero mañana me haré una ronda. ¿Algo más?

—De momento, no se me ocurre. Bueno, sí, ¿sabes de algún hostal barato y limpio? —pidió Germán.

—Eso es fácil, el Rey Teodomiro. Está aquí al lado. Pregunta por Juanlu. Es del pueblo de toda la vida y dile que vas de mi parte, te tratará bien.

—Gracias.

—¡No hay de qué! Al revés, el hostal se llena de guiris y el Juanlu, que habla como las cotorras, te aviso, se cansa de paparruchear las cuatro frases que sabe en inglés. Cuando te vea no te va a soltar. Se dará contigo una buena sesión de castellano, como las llama él —le advirtió entre risas.

Juanlu resultó ser el dueño. Un hombre bajito, medio calvo, de cara redonda, sonrisa espontánea y verbo ágil. Le quedaba una habitación, según dijo, de casualidad. A Germán no le importaron los muebles de pino barato, la desteñida colcha azul con motivos florales en un amarillo chillón, los cuadros de láminas con macetas, las toallas ásperas mil veces lavadas, el monacal baño y las manchas de óxido en la cortina de la bañera. Estaba limpio y tampoco él necesitaba grandes alardes para vivir. La habitación costaba veinticinco euros la noche, pero Juanlu le rebajó cinco euros del precio por venir de parte de Alberto.

—Como a las cuatro de la tarde y ceno a las diez, cuando he servido al resto de clientes —le informó sin que en un principio Germán entendiese por qué—. Si le apetece, y tiene tiempo, en mi mesa siempre hay un sitio para un policía español. Como frugal y fresquito, que en verano no apetece otra cosa, pero todo casero y de buena calidad.

—¡Gracias! Lo haré.

Durante los siguientes días Germán salió a patrullar por Orihuela. Compró un mapa de la localidad, incluida la zona de costa, y lo dividió en cuadrículas. Sabía que apostaba a una casualidad. ¿Y si Guadalupe no vivía en Orihuela? ¿Y si estaba de paso cuando la policía bloqueó su coche? ¿Se habría asustado al ver su vehículo con los cepos? ¿Se habría escondido en el más profundo de los agujeros? Temía todas y cada una de esas posibilidades. De cumplirse alguna no se imaginaba cómo podría dar con su paradero.

Las jornadas de rastreo se prolongaban desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Los primeros días los aguantó del tirón, convencido de que en algún momento se toparía con ella o con su coche, pero al final de la semana, las ilusiones y la seguridad comenzaron a tambalearse. Germán detectó que las ideas desastrosas le carcomían según avanzaba el día, y se convertían en insoportables con la llegada del crepúsculo. Si lo pensaba, le parecía hasta poético que su desesperanza estuviese asociada a la noche, a la oscuridad de la que su miedo y sus malos presagios se alimentaban.

Para combatir esa decepción valoró aliviarse con algo de alcohol. Sabía que inducía una breve alegría —nadie negaba que maravillosamente placentera—, infundía ánimo y la risa brotaba sin razón aparente como el canto de un jilguero, pero tampoco se le escapaba que a esas carcajadas le seguía un irremediable descenso a los infiernos. Las consecuencias, y a su edad, podían durar un par de días, boca pastosa, un enjambre de abejas enfurecidas zumbando dentro de su cabeza y un estado de mal humor permanente.

Germán también sabía que su tendencia a la soledad y su aversión a socializarse no ayudaban a vencer la tentación, así que para huir de ambas, aunque con desgana, recortó su horario y aceptó al final de la primera semana la invitación de Juanlu a cenar. La verborrea de aquel hombre y su lógica de andar por casa le cautivaron. Y,

como sospechaba, en su compañía lograba distraer los malos augurios que le acechaban.

Ya por la mañana, con varias horas de descanso en su cuerpo, el sol enseñando músculo, recién duchado y su capacidad de raciocinio engrasada, Germán se convencía de que estaba haciendo lo correcto. ¿Dónde podría pasar desapercibida una famosa española dentro de su propio país? En una localidad plagada de extranjeros y Orihuela era un pequeño Reino Unido. En los últimos años se había convertido en el pueblo que más residentes de la isla acogía. Le seguían Mijas y Torrevieja. Sin duda, un rostro conocido que se quiera ocultar debería elegir una de esas tres localidades.

Germán intuía que Guadalupe se ocultaba en Orihuela, por las mañanas hasta creía oler su presencia. Terco, se negó a desistir y se convenció de que detrás de cada esquina la encontraría. Tenía un mes de vacaciones y usaría hasta el último segundo si era preciso hasta detenerla. Los días sin éxito se acumulaban, pero él se decía una y otra vez que nunca había estado tan cerca de encontrarla y que debía persistir.

La rutina se repetía cada mañana. Ducha, café, la mochila con un bocadillo que le preparaba Juanlu, una botella de agua y al coche a recorrer las calles. Al concluir la tercera semana ya no sabía si seguía buscando a Guadalupe por intuición, por cabezonería o por miedo al fracaso. Cuando estaba a punto de concluir el mes hubo de asumir la derrota: solo el azar pondría a Guadalupe los grilletes alrededor de las muñecas. Había consumido sus vacaciones tratando de capturar sin éxito una sombra. Debía regresar a Madrid y presentarse en la comisaría en la que su trabajo era fichar cada mañana. Se llevó su frustración a la habitación, donde, furioso y sin testigos, liberó sus demonios. Blasfemó a gritos, arrojó objetos contra el suelo y dio un puñetazo contra la pared, mientras como un soniquete repetía: «Sé que estás viva», «Sé que estás viva». «Maldita zorra, sé que estás viva». Acabó derrumbándose en el suelo sin fuerza para colocar la poca ropa que tenía en la maleta.

De Alberto se despidió por teléfono, para que no leyera el fracaso en su rostro. El policía le prometió que si se producía cualquier novedad le llamaría. Lo de Juanlu se le antojó más difícil. Los dos habían hecho buenas migas. Se había convertido en costumbre ineludible que cada noche se sentaran juntos a cenar y hablaran de cualquier cosa: política, fútbol, de los impuestos, de las noticias que veía el dueño del hostal en el telediario. A Germán le gustaba escucharle porque le hacía un resumen de lo que acontecía en España y en el mundo. Aquellas charlas, aparte de hacerle olvidar su misión, implicaban una especie de enganche, de sujeción a la realidad, de la que se había olvidado durante la búsqueda de Guadalupe.

—Mañana dejo la habitación libre —le anunció al sentarse en la mesa.

—¿Y eso?

—Se me acaban las vacaciones.

—¿Has encontrado eso que buscas todos los días?

—La verdad es que no —reconoció apesadumbrado.

—Mira que lo siento —lamentó con sinceridad Juanlu.

Le notó tan abatido que Germán no supo si se refería a su inminente partida o al desastroso resultado de las pesquisas.

—Si vienes por Madrid, en mi casa hay un catre de sobra y un plato a la hora de la cena —le ofreció.

—Te lo agradezco, pero yo ya estoy viejo. Me gusta esta mierda de pueblo invadido por ingleses y alemanes.

—Como quieras.

Los dos metieron la cuchara a los tazones de gazpacho y comieron en silencio.

—Está bueno —elogió el inspector jefe. Juanlu, que no desperdiciaba la ocasión para hablar, no respondió—. ¿Qué ha pasado hoy en el mundo? —insistió Germán para romper el silencio—. ¿No tienes noticias que contarme?

—Na, lo de siempre. Políticos ladrones, guerras que nadie quiere parar y la maldita crisis económica que nunca acaba.

—Tenemos lo que nos merecemos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Juanlu dejó la cuchara apoyada a un lado, miró a Germán directamente a los ojos y cruzó los brazos en el regazo.

—Te has puesto muy serio. ¿Me vas a pedir matrimonio? —bromeó Germán.

—Nunca me has contado qué has venido a hacer a Orihuela.

—Tampoco importa ya. He fracasado. —Y al pronunciar esas palabras se dio cuenta de que el hambre, como Guadalupe, también había desaparecido.

Germán dejó a un lado la cuchara y retiró la servilleta de sus piernas.

—Aun así, me gustaría oírlo —pidió su amigo.

Germán comenzó a relatarle lo ocurrido desde que conoció a Valentín. Al principio lento, con dudas y silencios, pero poco a poco se introdujo en la historia y fue ganando seguridad, para acabar hablando rápido, como si su boca fuera un tobogán por el que se deslizaban las palabras.

Le contó todo, hasta sus errores.

Cuando acabó se sintió extrañamente liberado. Miró a Juanlu y esperó un comentario, una palabra, lo que fuera, pero el hombre permanecía en silencio. El inspector jefe pensó que a su amigo a lo mejor le había defraudado su comportamiento, la conducta que se espera de un policía. Se dijo que debía disculparse, pero, antes de que pudiera hacerlo, Juanlu recuperó el habla.

—¿Sabes que habría hecho yo si fuese Guadalupe?

—Dime.

—Habría untado a un chatarrero con pocos escrúpulos para que se llevase el coche en una grúa o algo así.

—Eso es ilegal.

—Y conducir a más de ciento veinte por las autovías y a mí me pasaban los coches como cohetes, ¡no te jode! Cáete del guindo, amigo mío. Conozco a un ruso que por un buen fajo te hace cualquier trabajito. Deberías hablar con él antes de irte.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó, e inmediatamente se dio cuenta de lo absurdo de su comentario. Él no se había sincerado hasta la última noche. Reformuló la pregunta—. ¿Cómo se llama y dónde le puedo encontrar?

—Dimitri. Es de los duros, de pocas palabras, no le gusta que lo amenacen. Me han contado que reacciona mal. La opción de la fuerza bruta tampoco te la recomiendo, es mal bicho. En las fiestas del pueblo le vi repartir hostias como hogazas porque unos ingleses le tocaron el culo a su mujer. Para sacarle algo tendrás que poner sobre la mesa un maletín de esos que tanto les gustan a nuestros políticos.

—No tengo dinero como para eso.

—Pues tienes un problema, porque no veo otra forma de que te ayude —dijo antes de coger la cuchara y dar cuenta del gazpacho.

Cuantas más vueltas le daba más le gustaba la idea de Juanlu, pero sus míseros ahorros no convencerían a Dimitri. Necesitaba ayuda y solo se le ocurría una persona a la que recurrir. Malditas las ganas porque solo pensar en hacerlo y se ponía de mala leche. Se decidió a marcar el número porque después de darle vueltas concluyó que no había otra vía para conseguir el dinero.

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer medio adormecida.

—Germán Carrasco al aparato. ¿Despierta?

Alejandra estaba tan concentrada en la lectura de un sumario que había descolgado sin mirar la pantalla del móvil. Al identificar la voz, brotó de nuevo esa frustración que experimentaba cada vez que recordaba la sentencia condenatoria de Valentín y las injusticias que se habían cometido en nombre de la verdad.

—Trabajando —respondió también parca en palabras.

Germán fue directo al grano:

—Necesito hablar con la madre de tu cliente.

—¿Con Lucía Pulgar? ¿Para qué? —Y su voz sonó plenamente despierta. En alerta.

—No es de tu incumbencia —contestó con excesiva rudeza.

—Perdona —le aclaró ella muy seria—, pero todo lo que se refiere a mi cliente sí es de mi incumbencia.

—Disculpa. No he querido ser maleducado —reculó Germán, aunque la abogada no detectó deje alguno de arrepentimiento—. Se trata de algo importante, pero no es legal.

—Como quieras, mañana le daré tu número y que decida ella si te quiere llamar.

—Tiene que ser ahora.

—¿Tú sabes qué hora es? —preguntó, mirando el reloj.

—Es urgente —insistió taciturno Germán.

—Como quieras —sentenció la abogada antes de colgar.

Germán no supo cómo interpretar esa contestación. ¿Significaba que le iba a dar el recado o que no? Caminó por la habitación como un león enjaulado. Tenía ganas de rugir y lanzar zarpazos a diestro y siniestro, pero no era un león.

Remarcó el número de la abogada, pero una llamada entrante de un número privado se solapó con la suya.

—¿Sí?

—Soy Lucía, la madre de Valentín. ¿Qué se le ofrece? —preguntó sin disimular un absoluto desprecio en la voz.

Germán le hizo un breve resumen de los últimos acontecimientos. Las pistas que tenía para encontrar con vida a Guadalupe y, para conseguir el dinero, no olvidó recordarle la inmediata consecuencia que tendría su hallazgo: la libertad de su hijo.

—¿Dónde dice que está usted? —preguntó, todavía seria, Lucía.

—No se lo he dicho aún. Estoy en Orihuela.

—Muy bien —aceptó la mujer—. ¿Cuánto necesita?

—No sé, una cantidad que no se pueda rechazar y fomente la verborrea.

—¿Tres mil euros, cinco mil, diez mil?

—Diez mil asegura más el resultado que tres mil, pero usted verá en qué valora la libertad de su hijo.

—Ahora le llamo.

Germán supuso que tardaría un rato en hacer gestiones y reunir el dinero, así que aprovechó para lavarse los dientes. No había terminado de enjuagarse cuando volvió a sonar su teléfono.

—¿Puede apuntar? —preguntó Lucía de forma abrupta.

—Sí —confirmó con pasta todavía ensuciando sus labios. Cogió el mapa de Orihuela y el rotulador con el que había dibujado las cuadrículas y se dispuso a tomar nota.

—En el restaurante Trocadero, en la avenida de España, mañana a las once habrá un hombre vestido de traje. El individuo no tiene nombre, solo dígale que es amigo de Valentín y él le entregará un paquete. Nada más.

—¡Fantástico! —exclamó el inspector.

—Si sale mal, quiero mi dinero de vuelta.

—Eso se da por hecho —respondió ofendido—. Soy policía.

—Y creerá usted que eso me genera alguna confianza —masculló con displicencia—. Encuentre a esa perra y deténgala —ordenó antes de colgar.

A Juanlu se le iluminó la cara cuando a la mañana siguiente Germán le pidió un café y que le siguiese alquilando de forma indefinida la habitación.

—Se me había olvidado que me quedan doce moscosos. Ya sabes, los privilegios de ser funcionario.

—Tuya es, pero esta noche te espero a cenar y quiero que me lo cuentes todo. Hasta el más mínimo detalle —le advirtió.

El inspector le vio dirigirse a un ruidoso grupo de escoceses con pinta de haber bebido como cosacos y alargado la juerga hasta el desayuno. El dueño del hostal tenía tablas y mano izquierda para tratar a los borrachos. En cuanto les hubo servido unas buenas tostadas untadas de tomate y con jamón ibérico, se obró el silencio.

Germán se adelantó a la cita. Cuando llegó al bar, estaba vacío. Miró el reloj y comprobó que faltaban diez minutos para las once. Pidió el segundo café de la mañana y se sentó a esperar. Trocadero se llamaba el lugar. Nada tenía que ver con aquel otro Trocadero, el Arena de Marbella, un restaurante a pie de playa que visitó antes de caer en desgracia y que le fascinó. Al ojo le resultó elegante y ecléctico y al paladar, suculento. Uno de esos lugares en los que al comensal le cuesta levantarse y al que siempre se desea regresar. No tenía punto de comparación con el sitio en el que ahora estaba a pesar de la coincidencia en el nombre.

La puerta se abrió y un hombre vestido en un traje negro entró. Germán tensó los músculos inconscientemente y su banal reflexión se esfumó. Se fijó en el rostro del individuo por deformación profesional. Tenía una cara vulgar en la que nada llamaba la atención. Para más inri escondía los ojos detrás de unas enormes gafas negras, que le tapaban hasta las ojeras, si es que tenía.

El individuo se acercó a la mesa del policía y se quedó de pie, quieto, mirando fijamente a Germán, pero sin pronunciar una palabra.

Pasados los primeros segundos de desconcierto, el inspector jefe se acordó de la

contraseña.

—Soy amigo de Valentín.

El hombre perdió su rigidez. En su mano apareció como por arte de magia un abultado sobre marrón y después otro del mismo tamaño. Los apoyó sobre la mesa, dio media vuelta y se fue.

Germán, con el mismo movimiento de la lengua de una serpiente, agarró los fajos y, nervioso, los escondió en la mochila en la que llevaba los bocatas que le preparaba Juanlu. Miró hacia los lados tratando de descubrir si alguien se había fijado en la maniobra, pero el camarero parecía estar a lo suyo. Ni pidió la cuenta. Dejó dos euros encima de la mesa y salió del bar. Regresó rápido al hotel y en la habitación contó el dinero. Había veinte mil euros en billetes de cincuenta. Jamás había tenido tanto dinero entre las manos y la madre de Valentín los había reunido en unas pocas horas. La vida y sus desequilibrios.

Hizo tres paquetes de cinco mil euros y uno de cuatro mil. Los mil que sobraban los guardó en un sobre debajo del colchón. Se dijo que los dedicaría a imprevistos. No quería tener que llamar a la bruja de Lucía otra vez a pedirle dinero.

Metió los billetes en la mochila y se montó en el coche dispuesto a conocer a Dimitri. Quizá aquel encuentro se convirtiese en el más importante de su carrera policial y, al reparar en sus ropas, se dio cuenta de que iba vestido con un sencillo polo azul oscuro, unos vaqueros y unas chanclas de imitación, de esas con la banderita de Brasil. Se rio pensando que su verdadero valor residía habitualmente en el interior de su cerebro y excepcionalmente en sus bolsillos.

Encontró la chatarrería en la carretera de Orihuela a Bigastro. No había pérdida. Un enorme cartel de letras negras lo anunciaba: «Grúas y desguace Dimitri». Por el tamaño del lugar se notaba que el ruso había prosperado. Acumulaba miles de coches apilados unos sobre otros como fichas del Tetris en una explanada de la que no se intuía el fin. Junto a la entrada se aglomeraban varios desarrapados en aparente estado ocioso.

Se bajó del coche y uno de ellos se le acercó.

—¿Qué pieza viene buscando? —le preguntó un hombre de color.

—No vengo por ninguna pieza.

—Si no sabe, yo se la puedo sacar. No se manche las manos —insistió—. Solo le costará unos pocos euros.

Germán le enseñó la placa a modo de repelente.

El policía entró en una especie de cabina prefabricada presidida por un cartel que ponía «Oficina» y preguntó por el ruso a una mujer a la que le sobraba carne y le faltaba tela con que taparla. Germán jamás entendería cómo una mujer se podía ver guapa así.

—Está en casa —le respondió sin mirarle.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó decepcionado.

—Nunca se sabe.

—Soy policía —anunció, mostrando su placa una vez más, y se dio cuenta de que aquel metal tenía múltiples poderes. En menos de un minuto había ahuyentado a un buscavidas y había logrado la atención de una desconocida—. Necesito hablar con él.

—Vive ahí —dijo, señalando a la espalda del inspector.

Germán volvió la vista y a través de la ventana pudo ver un enorme chalé pegado al desguace. Dimitri podía asomarse al balcón de la última planta y contemplar su reino.

Cuando salió de la cabina, varios de los ociosos habían desaparecido y el resto evitó acercarse a ofrecerle nada. Supo que se había corrido la voz de que la pasma rondaba la zona.

La noticia también llegó al chalé antes de que él recorriera los doscientos metros que le separaban del lugar. Un hombre rudo, supuso que de seguridad, salió a su encuentro y le hizo una seña para que le siguiese. Germán dedujo que la secretaria había dado el agua.

Los dos cruzaron el salón y salieron a la parte de atrás.

Una rusa, que le recordó a la Venus de Milo, tomaba el sol en una tumbona. Pensando en lo que le dijo Juanlu, retiró rápido la mirada para no cabrear a su anfitrión.

En la piscina tres niños y un adulto jugaban con una pelota.

El de seguridad le hizo una seña a Germán de que esperase.

Al cabo de unos minutos, quien supuso que era Dimitri decidió salir del agua y atenderle.

Tenía el cuerpo forrado de tatuajes, lo que, conjugado con su poderosa musculatura, le daba un aspecto temible. El bañador ajustado, como los de los nadadores de competición, permitía contemplar dos piernas de acero.

—Soy Dimitri —se presentó sin estrecharle la mano. Su voz era gutural como la de los rusos de las películas. Cogió una toalla, se secó la cara y una mano y se encendió un cigarro—. ¿Qué se le ofrece, señor agente? Lo tengo todo en regla y ya pago una buena cantidad a sus compañeros para que me dejen en paz.

—Solo busco información.

—Pierde el tiempo. Odio a los chivatos. El lema de los míos es: «No sé nada, no recuerdo nada».

—Estoy desesperado y necesito ayuda —se humilló Germán.

Los hijos de Dimitri contemplaban la escena interesados. Disfrutaban viendo cómo su padre ganaba el pulso a la autoridad.

—¿Y qué gano yo?

Germán le lanzó la mochila. El ruso la cogió al vuelo.

—¿Qué hay dentro?

—Diecinueve mil euros, todo lo que tengo.

—Debería darse usted un baño —dijo el ruso de repente, cambiando de tema y lanzando la mochila a su hombre de confianza.

—No, gracias, no he traído bañador.

—Insisto. —Y Dimitri hizo un gesto con la cabeza a su guardaespaldas, que obligó a Germán a quitarse el polo.

El inspector cazó la idea. El ruso quería garantizarse que no llevase escondidos ni micros ni cámaras ocultas y, de paso, humillarle ante su familia.

Se desnudó hasta quedarse en ropa interior, pero el ruso le hizo un gesto con las cejas de que no era suficiente. Germán se bajó los calzoncillos hasta los talones y giró

sobre sí mismo para que le pudiese contemplar entero.

Los niños rieron alborozados y la Venus se levantó las gafas para contemplar la escena.

—¿Contento?

—*Da* —dijo el ruso, asintiendo con la cabeza.

Germán se subió el calzoncillo con la mayor dignidad que pudo. Su cuerpo era la antítesis del de Dimitri, de los que jamás se enseñan.

—¿Puedo vestirme?

—Siéntese conmigo y charlemos —le indicó mientras señalaba una mesa. El de seguridad hizo un gurruño con la ropa y, junto con la mochila, la metió dentro de la casa—. ¿Quiere una cerveza? ¿Un refresco?

—No, gracias.

—Me ha caído usted bien. Veamos qué necesita y si puedo le ayudaré.

—Busco a una mujer.

—¿Su esposa? ¿Se ha fugado con otro? —se echó a reír—. Hay muchas rusas solteras que le puedo presentar. ¿Le gusta la mía? Si me trae unas mochilas más como esta, se la puede llevar. —Y volvió a reír con estrépito.

Germán sabía que responder a aquella invitación de la manera en que lo hiciese significaba problemas, así que cambió de asunto.

—Quiero localizar a una mujer que se deshizo de un Seat antiguo al que la policía le había puesto cepos en las ruedas.

—¿Por qué la busca?

—No quiero ofenderle, pero eso es asunto mío.

Dimitri sonrió.

—¿Está todo? —preguntó a su hombre de confianza, que se había colocado con sigilo a la espalda de Germán—. ¿Hay diecinueve mil? —El hombre asintió serio—. Si le respondo es porque me gusta colaborar con las autoridades —volvió a dirigirse al policía—. El dinero lo tomo como un presente a mi hospitalidad.

—¿Qué sabe de ella? —se lanzó ansioso Germán.

Dimitri apagó el cigarrillo en el cenicero antes de empezar a hablar. Lo espachurró como si se tratase de una cucaracha. Todo en él desprendía violencia.

—Hace un mes una mujer muy bella se presentó aquí con un fajo un poco más pequeño que el suyo. Estaba muy alterada. Angustiada. Me contó que huía de su marido violento que había prometido matarla. Me explicó que la policía había inmovilizado su coche y que necesitaba hacerlo desaparecer sin dejar rastro. Le contesté que no había dinero suficiente, pero tenía algo que sí me interesaba —recordó con una sonrisa pícara.

—¿La ayudó?

—Claro, fui yo mismo una noche con un camión con una caja abierta por arriba. Saqué la pluma, levanté el Seat y en un minuto, sin que nadie se percatara, lo metí dentro, alejado de miradas indiscretas. Me lo traje hasta aquí, lo trituré y lo empaqueté. Quedó como un adoquín grande.

—¿Lo tienes todavía aquí?

—No, al día siguiente lo mandé con más chatarra al puerto de Valencia y de allí salió para las fundiciones de Lituania. Debe de estar todavía en alta mar, por si quieres

acercarte a buscarlo —dijo, y se echó a reír por su ocurrencia.

—¿Y ella?

—Me acompañó hasta que acabé el trabajo. Le ofrecí llevarla a casa, pero rechazó mi ofrecimiento. Me hizo pedir un taxi.

—¿Apuntaste el número o algo?

—Aquí pagamos favores con favores. Llamé a un amigo mío para que le cobrase la carrera y luego me dijese dónde la había llevado. Me gusta tener información. La trasladó al centro del pueblo y ella se fue caminando.

—¿No tiene una dirección? —preguntó desesperado.

—No somos unos lilas, como dicen ustedes en España. La tipa tomó medidas de seguridad, pero mi hombre la siguió discretamente hasta que la vio montarse en otro coche. Luego solo tuvo que mantenerse a una distancia prudencial hasta que ella le condujo hasta su casa.

—¡Cojonudo! —exclamó sin poderse contener—. Necesito esa dirección.

—Vasili —se dirigió al de seguridad—. El policía se va. Acompáñale dentro para que se pueda vestir, que te deje su número de teléfono, ya sabe —dijo mirando a Germán—, por si necesito localizarle, y dale la dirección de la pija estirada del Seat Ibiza.

—Gracias.

—De nada. Y si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarme y de mi buena predisposición para colaborar con la autoridad —comentó antes de lanzarse a la piscina a jugar con sus hijos otra vez.

Germán se vistió rápido. Estaba tan contento que relativizó la humillación a la que le había sometido Dimitri. ¡Por fin tenía una dirección! Mientras conducía hacia el lugar rezó por que Guadalupe no hubiese puesto pies en polvorosa tras el incidente con el Seat.

Una llamada le sacó de sus pensamientos. Miró el *display* del coche y vio que se trataba de Vázquez.

—Dime, amigo mío —saludó al descolgar.

—¿Por dónde andas? ¿Podemos vernos? Me acaban de entrar unos datos que vas a querer conocer. Es importante.

—Estoy en Orihuela, Alicante.

—¿Y qué cojones haces ahí?

—Creo que he encontrado a Guadalupe.

—¿En serio? ¿Cómo lo has hecho? —preguntó curioso.

—Es una historia larga. Ya te la contaré. Ahora voy hacia su casa, pero dime tú, ¿qué es eso tan importante que me tenías que contar?

—Ten cuidado con Guadalupe. Es capaz de matar.

—Explícate —pidió Germán.

—Me han entrado los resultados del ADN de la casa de María. Los pelos que recogiste de la bañera son suyos y una huella que revelaron los de Científica en el mando de la tele también.

—¡Lo sabía! —gritó triunfante Germán.

—Hay algo más —le anunció críptico.

—Dime.

—¿Te acuerdas que me mandaste un vaso de café para que sacásemos huellas y ADN?

—Perfectamente.

—También encontramos una huella en el preservativo.

—¿Y? No te entiendo.

—Pues que la cotejamos con las de María y las de Guadalupe y dio negativo. Así que se me ocurrió compararla con la que me habías enviado. No me preguntes por qué. Una corazonada. ¡Y bingo! Son idénticas.

No hubo reacción. Un profundo silencio se apoderó de la conexión telefónica.

—Germán, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿A quién pertenece la huella del vaso?

—No me lo puedo creer. A Gregorio Cardeña. ¡El tema es la leche!

Germán oyó al otro teclear en el ordenador el nombre que acababa de decirle.

—Oye, este tío es un ginecólogo prestigioso que trabaja en la clínica La Esmeralda. ¿Era el médico de Guadalupe? ¿El que declaró en el juicio? ¿Y eran amantes?

Germán estalló en una sonora carcajada.

—En realidad, no vas desencaminado. Fue novio de Guadalupe hasta que él emigró a Estados Unidos a estudiar. Hablé con él hace unas semanas.

—¿Crees que la ayudó a escapar? ¿Mataron entre los dos a la anciana?

—No lo sé, la verdad, pero me mintió. ¡Menudo hijo de puta! ¡Me dijo que no la había visto desde que regresó a España!

—¿Quieres que lo traiga a comisaría para interrogarlo?

—No, quieto. Déjamelo a mí. Este cabrón seguro que está en contacto con Guadalupe y la habrá avisado que voy detrás de ella. Si lo interrogas se cerrará en banda y se lo chivará.

—Si pedimos una orden judicial para intervenir su teléfono, nos conducirá hasta ella —propuso Vázquez.

—¿Y a qué juez le explicamos que estoy en una investigación privada y que me he saltado todos los cauces y protocolos? —preguntó molesto Germán, que no esperó respuesta—. Me lleva un mes de ventaja. ¡Joder!

—Quizá Guadalupe no haya huido. Si el médico no te vio muy puesto, ella no tendrá sensación de aliento en el cogote.

—Puede, ¿y de Hortensia y el resto de los ancianos? —Germán hizo un ejercicio de generosidad con su compañero para interesarse por el caso que él intentaba resolver, aunque le costó un enorme esfuerzo trasladar su mente del asunto que absorbía todos sus pensamientos.

—Vamos un poco más lentos, pero me huele muy mal. Cuando nos entrevistamos con los hijos, todos coincidieron en una idea. Ninguno se esperaba el fallecimiento de sus padres, les pilló por sorpresa porque, aunque mayores, gozaban de buena salud. Mantenían una vida activa, se cuidaban y ninguno tenía en esos momentos ni un simple resfriado. Como si su muerte no estuviera justificada. —Se calló un momento, como reorganizando todas sus ideas, y prosiguió—: Hay un caso que me mosquea especialmente. El de una mujer que se llama Mercedes. Su hija la

encontró inconsciente en el sofá. El SUMMA consiguió reanimarla, pero falleció en el hospital. La analítica que le hicieron en urgencias determinó una sobredosis de digoxina, que le provocó una parada cardiaca. Curiosamente, con unos niveles similares a los que encontraron en la sangre de Hortensia. Salvo que esta mujer sí tomaba ese medicamento. Los médicos pensaron que se suicidó, aunque a la familia le dijeron que seguro que se equivocó en la dosis.

—¿Lo ves creíble?

—Ninguna de las dos. La hija me la describió como una persona vital, independiente, feliz, con amigos y con planes de futuro.

—¿Y lo de la equivocación?

—Tampoco. Se lo planteé a la hija y me contó que su madre controlaba perfectamente su medicación y que todas las semanas preparaban juntas una especie de pastillero. La anciana se cercioraba del día que era y de que se había tomado la cantidad correcta de píldoras. Pastillero que, por cierto, la hija no encontró en ninguna parte de la casa. Pero hay otra cosa importante, según me dijeron los médicos, tendría que haberse tomado dos frascos enteros de pastillas para tener esos niveles en sangre, por eso apoyaban la tesis del suicidio, pero se les olvidó lo más importante.

—¿Qué? —le invitó a seguir Germán.

—Mercedes solo tenía un frasco en su casa, que estaba por la mitad.

—¿Cómo lo sabes?

—Su hija me lo contó. Me explicó que acompañó a su madre a comprarlo porque le dijo que no le quedaban pastillas salvo para un par de días.

—¡Bien visto! —le felicitó, orgulloso—. Se nota que aprendiste a mis pechos.

—Esto es cosecha propia —se reivindicó.

—La que planté yo —insistió, divertido, Germán.

—Hablando en serio —zanjó Vázquez—, he descubierto que hay un patrón que se repite en todas las víctimas. Se trata de ancianos que vivían solos y que murieron igual, solos. Sin testigos. Los escenarios donde aparecieron son similares al de María u Hortensia. Fallecieron en el salón. O estaban viendo la tele o escuchando la radio, tomando algo. Muchos de los familiares nos comentaron que tenían la sensación de que los ancianos no estaban solos cuando murieron, que alguien los acompañaba. No supieron concretarlo salvo que, por cómo los encontraron, tuvieron esa percepción. Sé que es aventurado, pero cada vez me convenzo más de que Guadalupe está detrás de todos estos crímenes y que el de María es el primero de la serie.

—¿Tienes algo que demuestre la presencia de Guadalupe en los domicilios de las víctimas?

—Solo tus pruebas de ADN en el caso de María. En el resto de los casos me quedan por recibir más resultados, pero me han avisado que faltan reactivos y que las conclusiones se pueden dilatar meses.

—Procesa los escenarios de nuevo —le animó—. Busca específicamente la presencia de Guadalupe y de Gregorio en las casas. Y apáñatelas como puedas para averiguar si el médico tiene coartada para las fechas y horarios de las muertes. Pero, por Dios, que él no se entere.

—Está hecho.

—Vázquez, te voy a tener que dejar. Estoy llegando.

—Ve con cuidado, amigo mío. Esa mujer no tiene escrúpulos. Ha matado como mínimo una vez y podemos estar ante una de las mayores asesinas en serie de nuestro país.

—Tranquilo —dijo a modo de fórmula antes de colgar.

El navegador le había trasladado a la costa de Orihuela, a una lujosa urbanización construida sobre un acantilado al borde del mar. Los pocos chalés que había, cada uno con su propia parcela, a cada cual más frondosa, se distribuían sin orden aparente. Si acaso la delimitación de la calle les concedía cierta simetría, pero cada valla crecía diferente. Las había de metal negro, terminadas en cientos de puntas afiladas, de ladrillo rematadas en alambre de púas enroscado, también con trozos de vidrio verde roto…

Germán circuló despacio fijándose en cada detalle. Maldijo en voz alta al comprobar que la mansión de Guadalupe estaba al final, justo en la esquina de una calle cortada, de esas que se ensanchan y acaban en un pequeño círculo que permite a un coche dar la vuelta sin maniobrar. La cerca que delimitaba sus contornos escalaba hacia el cielo y era, sin duda, la más alta de todos. El inspector jefe detectó la presencia de más cámaras de seguridad de lo habitual que vigilaban el perímetro. Le dio mala espina que una apuntase sin remilgos hacia la calle por la que él iba con el coche.

Maldijo entre dientes por haberse expuesto de semejante manera. Se dio cuenta de que había ido hasta allí empujado por el ansia, sin un plan preconcebido. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Llamar a la puerta y Guadalupe de buena gana le confesaría cada uno de sus crímenes? ¿Podría reconocerle ella a través de las cámaras? Recordó que su cara había salido en periódicos y televisiones durante el juicio a Valentín y volvió a maldecir.

Deseó irse, desaparecer, esfumarse como en un truco de magia, pero logró controlar el impulso de hacer un giro brusco y apretar el acelerador. Se obligó a mantener la calma sin llamar la atención. Un turista que se había perdido.

Llegó hasta la casa de Guadalupe, dio la vuelta y regresó por donde había venido. En cuanto giró una esquina y dejó de estar sometido al escrutinio de las cámaras del chalé de Guadalupe, aceleró. Salió de la urbanización y paró en el arcén más discreto que encontró. Se bajó del coche. Su cuerpo se había descontrolado: temblaba de ansiedad y le faltaba el aire. Había estado a unos metros de distancia de Guadalupe. ¡A tan solo unos pocos centímetros! ¡Al borde de cumplir la promesa que le había hecho a Valentín! ¡Cerca de reconstruir su honor y recuperar el prestigio! Le abandonaron las fuerzas y se dejó caer como un fardo al suelo. Abrió mucho la boca intentando llenar sus pulmones. Lo repitió varias veces hasta que, transcurridos unos minutos, logró recuperar el control.

¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¿Avisar a los geos y que asaltaran el chalé? La idea no había terminado de construirse en su cerebro y ya la había descartado. Su investigación discurría en un difícil equilibrio, al margen de la burocracia policial, en teoría dentro de los límites de la legalidad, salvo por minucias como la ley de protección de datos. ¡A quién le importaban los malditos datos privados!

Si pedía ayuda a los geos, antes de que las fuerzas especiales tomaran posiciones,

él debería enfrentarse a sus jefes y dar innumerables explicaciones. Tendría que contar su historia desde el principio y al hacerlo descubriría que la verdad oficial se había construido sobre una enorme mentira. Sus revelaciones le granjearían peligrosos enemigos. No le importaba. Lo que le aterrorizaba es que alguno tuviese tanto poder como para ocultar otra vez la verdad. Quién sabe, hasta podían hacer desaparecer a Guadalupe. Temió que la asesinaran y ocultaran su cuerpo. Fue un miedo tangible, casi real.

Después de darle muchas vueltas llegó a la única conclusión posible. Había comenzado su investigación solo y tenía que acabarla de la misma manera, solucionando con imaginación sus propios problemas y si pedía algún favor, como hasta ahora, a gente de su confianza.

Se agenció una gorra en un chiringuito de playa y regresó caminando a la urbanización. Comenzó por el único lugar accesible que encontró, una zona de playa algo alejada. La arena se cortaba de repente por una enorme roca que ascendía de forma prolongada en una inclinación moderada. Saltó de roca en roca como las cabras durante bastantes minutos hasta que llegó a un repecho más escarpado. Lo escaló y al llegar arriba se dio cuenta de que no podía seguir avanzando. El peñasco que había coronado descendía en un corte vertical de cientos de metros hasta el mar. Se asomó y vio chocar las olas. Si resbalaba no sobreviviría. Se sentó a recuperar el aliento y desde la distancia pudo ver que la parte de atrás del chalé de Guadalupe se alzaba sobre el borde del siguiente acantilado. Afilando la vista le pareció comprobar que contaba con una pequeña puerta y unas escaleras que descendían sobre la roca hasta una pequeña cala privada, pero hasta para unos prismáticos o una cámara con teleobjetivo estaba demasiado lejos.

Durante el resto del día se dedicó a brujulear por el lado contrario. Examinó la zona sobre el terreno. Desechó vigilar la casa desde ese ángulo porque varias edificaciones impedían siquiera atisbar la casa de Guadalupe.

—Puedo aparcar el coche delante de su casa con una cámara oculta que se active con el movimiento, pero va a cantar mucho —le explicó a Juanlu aquella noche durante la cena—. En la urbanización no hay un solo coche en la calle. Están todos dentro de los chalés. Solemos poner un cartel que avisa de que está averiado para justificar que no se mueva en varios días. ¿Qué te parece? —le preguntó, aunque el plan no le gustaba nada.

—¿Te lo digo claro?

Germán asintió.

—Una auténtica mierda —lo calificó el dueño del hostal—. A Guadalupe se le encenderán todas las alarmas.

—Lo sé, pero no se me ocurre otra cosa.

—¿Has pensado en aparcar a la entrada de la urbanización y vigilar desde allí?

—Es inviable. También detectaría mi presencia. Por allí solo circulan los vehículos de los residentes.

—¿Y hablar con los vecinos?

—También lo he pensado, pero no me apetece tocar a nadie. Alguien se lo puede decir y huiría.

Juanlu no pareció haber escuchado esta reflexión porque insistió:

—Esa Guadalupe debe de tener un jardinero, una cocinera, una limpiadora. No creo que pueda llevar la casa ella sola y, si puede vivir en la mansión que me describes, los demás se ensuciarán las manos por ella.

—Sí, se me había ocurrido —reconoció Germán, pero los ojos seguían oscuros sin brillo y su sonrisa permanecía plegada—. También que come y que la comida debe entrar en su casa de alguna forma.

—Ahí tienes tu vía para comprobar si es Guadalupe la que vive en el chalé —aplaudió sonriente Juanlu.

—No quiero hablar con nadie, ni preguntar, ya te lo he dicho. Si hay una filtración y se esfuma, jamás volveré a encontrarla. Hasta me he planteado que su hija, que debió de nacer al poco de desaparecer, habrá enfermado alguna vez y necesita vacunas. Esa es la opción que más me gusta, pero también significa hacer preguntas para encontrar a su médico y no sé si habrá comprado discreción o alguno será su amigo. El plan tiene riesgos.

Germán no había probado bocado.

—¿Y el gas? ¿La electricidad? ¿La wifi?

—Si yo fuera Guadalupe, habría dado de alta esos servicios con un nombre falso. Y para intervenir la wifi necesito una orden judicial.

—¡Joder! Investigar por tu cuenta es una mierda. En las películas parece más fácil.

—Estoy tan cerca —dijo, levantando la mano. Estiró los dedos y los cerró en un puño—, pero soy incapaz de atraparla. Me he devanado los sesos pero no sé cómo confirmar que es ella y que vive allí. Y encima tampoco me quedan muchos días. Investigo contrarreloj de mi propio trabajo. ¡Qué paradoja! Hoy he avisado en comisaría de que alargaba mis vacaciones usando unos moscosos, pero no puedo prolongarlo de forma indefinida.

—Ya se nos ocurrirá algo —le animó Juanlu—. A mí me alegra que no te hayas ido.

El inspector jefe esbozó una leve sonrisa.

—Al menos a alguien le gusta que le acompañe.

—Anda, come algo. Que de tanto hablar no has probado bocado. Está fresquito, como a ti te gusta.

Germán obedeció. Metió la cuchara en el cuenco como un autómata y se la llevó a la boca. Normalmente disfrutaba del sabor apepinado que su compañero le daba al gazpacho, pero aquella noche ni se dio cuenta.

—¿Está bueno? —preguntó algo molesto el dueño del hostal.

—Muy bueno —dijo, saliendo de su abstracción el inspector jefe.

—Pues dilo.

—Es que lo estaba saboreando —se justificó.

—Excusas —le reprochó—. Te disculpo porque sé que no dejas de darle vueltas a lo de esa mujer desaparecida, y te voy a decir algo. No tiene solución, solo si te conviertes en pájaro podrás confirmar que Guadalupe está en su chalé.

Germán levantó los ojos del cuenco y le miró con una extraña intensidad. Juanlu nunca lo había visto así y se asustó.

—He dicho una tontería, discúlpame. Seguro que se te ocurre algo.

—Muy al contrario, amigo mío. ¡Eres un genio! —le elogió—. ¡Cómo no se me habrá ocurrido a mí!

Aunque Juanlu le preguntó en varias ocasiones a qué se refería, el policía no reveló cuál era su plan. Al dueño del hostal le picaba la curiosidad, pero solo logró que le prometiera que si daba resultado se lo contaría con todo lujo de detalles.

El cambio de actitud de Germán se evidenció en su cuenco de gazpacho vacío y en las chuletillas de lechal descarnadas hasta el hueso.

El dueño del hostal se alegró. Su amigo se merecía que la vida le sonriera.

Compró unos prismáticos, una colchoneta de playa que no llamara la atención y, durante los siguientes tres días, Germán se tumbó sobre la roca a vigilar la puerta de atrás del chalé de Guadalupe. No hubo de esperar mucho. Todas las mañanas una mujer, de la que no lograba distinguir el rostro pero que bien podría tratarse de Guadalupe por su complexión, descendía por la agreste escalera hasta su pequeña playa privada y se tiraba un par de horas tostándose al sol. A la hora de comer recogía la toalla y emprendía el camino de regreso.

El tercer día, el inspector decidió no perder más el tiempo y, en cuanto la vio desparecer por la puerta, se montó en el coche y salió disparado. La noche anterior a través del móvil había encontrado la web de una empresa de Alicante capital cuyos servicios quería contratar.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, el policía y Ramiro, el joven al que había contratado, se tumbaron sobre la roca a esperar. A los dos les costó un buen rato recuperar el resuello. Se las habían visto difíciles para subir el extraño artilugio con hélices que el chaval había traído consigo y que Germán esperaba que le salvase la vida.

—¿Ves aquella pequeña playa de allí? —le preguntó Germán al chaval que podría ser su hijo.

—Sí —le confirmó él.

—¿Podrás hacerlo?

Ramiro tardó en contestar. Estaba calculando la distancia con los ojos y midiendo la intensidad del viento a esa altura.

—Sin problema. Mi «Halcón» puede hacerlo —respondió acariciando el dron que tenía a su lado.

—¿Le has puesto nombre al aparato? —preguntó mosqueado Germán.

—Lo bauticé después del primer vuelo.

—¿Cuántos años dices que tienes?

—Cumplo dieciocho dentro de unos meses.

—¿Eres menor de edad? ¡Joder! —exclamó el policía—. ¿Seguro que sabrás usar ese artilugio y que se grabarán bien las imágenes?

—Señor, relájese —pidió riéndose—. Le noto muy tenso. Quedé sexto en el campeonato nacional de drones. Sé lo que me hago. Ah, y para que lo sepa, el que ganó tenía trece años.

Germán se puso boca arriba y se santiguó.

—¿Te habrás acordado de ponerle suficiente gasolina?

—Jajaja. ¿Gasolina dice usted? ¡Qué antiguo! Esto funciona con baterías de litio. Es mucho más sigiloso. Si no lo ves, no detectas su presencia.

—Dios te oiga. Ya te dije que no quiero que se entere. Le grabas la cara y lo traes de vuelta enseguida. ¿Vale?

—Está hecho.

Tuvieron que esperar un par de horas a que Guadalupe diese señales de vida.

—Ahí está —anunció Germán con los prismáticos pegados a los ojos al verla descender los primeros peldaños.

Ramiro encendió el aparato y, manipulando los botones de un mando, lo hizo levantarse del suelo.

—Vamos allá —murmuró entre dientes.

Sin apenas ruido, el dron se alejó como una flecha en dirección a Guadalupe.

Germán contuvo el aliento.

Los dedos de Ramiro se movían con destreza y seguridad. Colocó el aparato sin apenas esfuerzo unos metros sobre la cabeza de Guadalupe en un ángulo en el que ella no lo descubriera pero que le permitía grabarle la cara. La acompañó todo el trayecto hasta que extendió la toalla.

—Quítalo de ahí, que se va a tumbar —murmuró asustado Germán.

—Tranquilo, señor, sé lo que me hago —respondió el joven.

Con un par de toques, hizo aterrizar el aparato sobre la arena, a pocos metros de la nuca de Guadalupe, que se acababa de tumbar.

—Me ha parecido que se ha puesto unas gafas solares en los ojos, de esas de plástico negro, para que no se le quemen los párpados y no entre la luz —comentó el chaval—, pero aun así, esperaremos un poco. Seguro que le entra la modorra y se duerme.

Llevaría media hora sin moverse tomando el sol cuando Ramiro decidió levantar suavemente el dron.

—¿Lo traes ya de vuelta? —preguntó Germán.

—En serio, relájese y disfrute. Me ha pagado una buena cantidad porque le grabe bien el rostro de esa mujer y es lo que voy a hacer.

El policía tuvo que contener un grito cuando el aparato comenzó a sobrevolar a Guadalupe apenas a un metro de distancia. Hubiera asesinado a aquel loco, pero no quiso distraerle y que el objetivo acabase detectando su presencia.

Ramiro deslizó con delicadeza la yema del dedo sobre la palanca y el dron bajó hasta situarse a escasos centímetros del rostro de Guadalupe. Al inspector el tiempo se le hizo eterno mientras contemplaba la escena, sin embargo se notaba que Ramiro estaba disfrutando. El dron fue descendiendo poco a poco hasta los pies. Cuando hubo acabado elevó su altura y el joven lo trajo de regreso.

—Le he escaneado a la mujer de arriba abajo —le comunicó satisfecho.

—Joder, no hacía falta. Si llega a abrir los ojos, la cagamos —le reprendió.

—Pero no lo ha hecho —le respondió con la vista fija en el dron, que se dirigía hacia ellos—. No ha movido un músculo y ahora usted tiene un vídeo nítido de todo su cuerpo. Si la tipa lleva un pequeño tatuaje en la muñeca o en el tobillo, usted podrá verlo.

Lo posó sin ruido junto a él. A Germán le pareció que lo miraba hasta con cariño.

—Y ahora lo mejor —anunció el todavía adolescente con una gran sonrisa—.

¿Quiere ver las imágenes ya?

—¡Claro!

Ramiro manipuló su móvil unos segundos y se lo entregó al inspector jefe.

—He sincronizado vía *bluetooth* el teléfono con el dron. Solo tiene que darle al *play*.

Germán lo hizo y vio una imagen borrosa.

—Es por la velocidad —le explicó el chaval—. Ahora se verá más claro.

Tenía razón. De repente, en la imagen apareció la cara de la mujer. Le dio la sensación de que se trataba de Guadalupe, casi podría asegurarlo, pero estaba todavía demasiado lejos. Le pareció que iba completamente desnuda. Vio cómo se tumbaba y, en un determinado momento, solo arena, granos de arena.

—Es cuando me posé a esperar.

Germán le dio hacia delante hasta que vio que la imagen se separaba del suelo y se colocaba sobre la cara de la mujer.

Había cambiado su aspecto. Se había cortado su larga melena y ahora apenas le llegaba al cuello, y se había teñido el pelo de un color caoba. Su rostro también había sufrido cambios, con los pómulos más salientes y la cara más afilada. Era como si se hubiera hecho pequeños retoques estéticos que le habían redibujado la expresión facial. Pero era ella. Estaba casi seguro. Le fastidió no haberla grabado con los ojos abiertos. Eso hubiese disipado cualquier duda, pero entendió que era imposible sin ser detectado. El vídeo continuaba y la imagen recorrió su cuerpo. No reparó en su desnudez. Solo deseaba que el dron llegara al final de sus largas piernas, buscando una marca que le permitiría al cien por cien constatar su identidad. Contuvo el aliento cuando comprobó que la imagen estaba a punto de llegar a los pies. ¡Allí estaba! ¡En el empeine! El tatuaje de un ancla. Lo había ansiado tanto, había recorrido en solitario un camino tan abrupto que la certeza de haberla encontrado le hizo olvidar la prudencia y provocó una enorme explosión de entusiasmo.

—¡Te encontré! ¡Eres tú! —gritó, y al percatarse de su indiscreción, miró asustado hacia Guadalupe.

Era imposible que le hubiese oído, pero ella se movió. Levantó la cabeza y miró hacia los lados, como buscando algo.

El inspector maldijo su imprudencia.

Germán y Ramiro se aplastaron contra el suelo y contuvieron el aliento.

Guadalupe se levantó, cogió la toalla y registró con la mirada de nuevo a su alrededor.

Unos segundos después subió corriendo las escaleras y desapareció detrás de la puerta.

Germán obligó a Ramiro a no moverse durante la siguiente hora.

—No aguanto más —le avisó el joven—. Se me están entumeciendo los brazos.

—Vale, arrastrémonos despacio por si está vigilando.

Bajaron de la roca sin saber si habían sido detectados.

Ramiro entregó un *pen* al policía con las imágenes y le conminó a que, si se presentaban más misiones del estilo, contase con él.

—Ya ha visto de lo que soy capaz —alardeó con un guiño de ojo.

El inspector jefe le prometió que tomaba nota y, después de hacerle jurar que no

contaría nada, acudió a un cibercafé de Orihuela.

Al verlo entrar, el dueño fue directamente a por él.

—¿Qué cojones hiciste la última vez? —le preguntó colérico—. Me dejaste el ordenador lleno de virus. Inservible.

—¿Yo? Pero si solo miré las webs de los periódicos —mintió.

—Entraste en lo más profundo de internet y mira lo que pone en ese cartel bien clarito.

Germán leyó unas grandes letras rojas: «Terminantemente prohibido entrar en la Deep Web. Denunciamos a la policía».

Se acordó de una de sus primeras tardes patrullando por Orihuela, mucho antes de conocer a Dimitri. Tuvo una idea. No sabía si era buena o mala, y mientras la retorcía en su cerebro, analizando pros y contras, vio un cibercafé. Fue un impulso. Paró el coche, entró y eligió el PC más discreto. Necesitaba anonimato. Como buen policía, fue prudente. Al acabar limpió sus huellas del teclado y del ratón y borró el historial, pero parecía que no había escondido bien todos sus tejemanejes.

—Yo no hice eso —negó otra vez sin mucha convicción.

—Y encima los de la Unidad de Delitos Tecnológicos me hicieron una visita y se llevaron la máquina para analizarla. La policía está muy interesada en hacerte unas preguntas. Me pidieron que en cuanto te viese aparecer les avisase. Siéntate, que están de camino.

Germán salió de la tienda apresuradamente. El dueño le siguió.

—¿Dónde vas? ¡Te he dicho que te sientes! ¡Detente! ¡La policía quiere hablar contigo!

Sus gritos llamaron la atención de los viandantes, que contemplaron la escena con curiosidad.

—¡Tengo tu cara grabada! ¡Te detendrán!

Fue lo último que escuchó el inspector jefe, que bajó la cabeza y desapareció con paso firme tras una esquina.

Afortunadamente, había aparcado a unas calles de distancia.

El corazón le latía y las manos le sudaban.

Evitó cruzar la mirada con alguien para que no le reconocieran.

Se sentó en el coche y maldijo su suerte. Solo faltaba que sus compañeros le detuviesen justo cuando acababa de encontrar a Guadalupe. Sabía que lo acabarían identificando y que tendría que dar explicaciones.

Se encerró en la habitación del hostal durante el resto del día. No quería encontrarse con nadie.

Paseó los cuatro extremos de su cuarto como un león enjaulado, rumiando mil ideas que le angustiaban. Él se había comprometido con Valentín a encontrar a su mujer y lo había conseguido. ¿Su misión terminaba ahí? ¿Por qué no telefoneaba a Lucía, le decía la dirección de su nuera y que ella se encargara del resto? Sabía que por el interés que tenía en liberar a su hijo, iba a conseguir el mejor equipo de asalto para aprehenderla y ponerla a disposición de la justicia. Si ella lo hacía, él automáticamente sería rehabilitado en su puesto. No olvidaba las afrentas. Se encargaría de que sus colegas de la UDEV sufrieran en carne propia el suplicio que había padecido. Pero, por otro lado, había pagado un precio personal tan alto que no

podía renunciar a la satisfacción de enfrentarse a ella y detenerla. Pero ¿para qué complicarse la vida?, ¿orgullo personal?, ¿vanidad?, ¿ver su nombre en los titulares de los periódicos por ser quien la había encontrado?

Cuantas más vueltas le daba más angustia sentía. Al final, después de horas de soliloquio interior, se afianzó en él la certeza de su decisión. Como siempre había hecho, aunque fuese el camino más difícil, terminaría él mismo el trabajo que había empezado.

Solucionada esa duda, volvió a pensar en lo ocurrido en el cibercafé. Necesitaba hablar con alguien. Bajó a cenar y se confesó con Juanlu.

—Estás con el agua al cuello.

—Literalmente —respondió Germán—. Justo cuando más cerca estoy de Guadalupe.

—Ella, en su chalé. Tú, aquí. Podrías estar más cerca.

El pragmatismo de Juanlu le sorprendió. Un pensamiento tan sencillo y tan certero.

—Gracias —dijo, levantándose de la mesa.

—Mañana no te espero a cenar.

El inspector jefe lo recibió como lo que era, una petición para que recogiese sus cosas y se fuera. Juanlu tenía un negocio honrado y no quería la mala publicidad de una detención en su hostal. Germán entendió a su amigo.

—Gracias otra vez —repitió.

—Esto llegó hoy para ti —dijo, y apoyó un pequeño sobre marrón sobre la mesa —. Suerte.

Juanlu se concentró en separar las espinas de la carne de su rodaballo, como si no hubiera nadie más allí. Germán cogió su sobre y se fue.

Aparcó junto a la puerta del fabuloso chalé y tocó el timbre del vídeo-portero. Una luz se proyectó sobre la cara del policía iluminando sus facciones.

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer al cabo de unos interminables segundos.

—Hola. Soy el inspector jefe Carrasco. Vengo a hablar con Guadalupe Romero.

No hubo respuesta, pero un chasquido le anunció que se había desbloqueado el acceso. Empujó la puerta y entró en el jardín. Dos líneas de luces led marcaban los bordes de un camino de pizarra negra que le condujo hasta la entrada de la casa. Allí le esperaba Guadalupe. El contraluz le impedía ver sus facciones, aunque le pareció que sonreía.

—Buenas noches. ¿Qué desea usted? —dijo serena.

Segunda parte
GUADALUPE

1

Miró su imagen reflejada en el espejo. Le gustó lo que vio. ¡El vestido era precioso! Después de tomarle medidas con alfileres, su madre había pasado horas cosiendo con las gafas de ver de cerca para que le ajustara a la perfección. Aquellas pequeñas florecitas tenuemente estampadas sobre el fondo blanco de la tela tenían el mismo color verde que sus ojos. Mamá le había recogido el pelo negro con una trenza francesa y había puesto una corona de flores verdes y blancas que le hacían parecer una princesa de cuento. Dio una vuelta completa sobre las puntas de los zapatos. No estrenaba el vestido. Lo había heredado de su prima Ana, que, ya podría chincharse, a ella nunca le quedó tan bien.

Guadalupe, con la sonrisa dibujada en la cara, bajó a la calle, si es que a ese trozo de asfalto se le podía llamar así. Era un 15 de agosto, la fiesta grande del pueblo de su madre en el norte de la provincia de Salamanca. Allí acudían ritualmente todos los veranos para escaparse de los calores de Madrid y compartir unos días con sus tíos Juan y Ana y también con su prima, que se llamaba como la madre. Todos revueltos en la casa de sus abuelos. Al verla salir, su padre, Antonio, soltó un silbido de elogio y orgullo.

—Mi princesa, ¡estás guapísima! Pareces salida de un cuento de hadas.

Guadalupe, zalamera, corrió a darle un beso. Después se soltó y feliz giró sobre las puntas otra vez. Justo en ese momento aparecieron por la puerta su madre, Sofía, y su tía Ana con su prima de la mano. Aunque había un leve pique entre las cuñadas, Ana no pudo contenerse.

—¡Estás preciosa, Guadalupe! ¡Qué bien te queda el vestido!

Un tirón de la mano le recordó que tenía a su propia hija al lado. Ella la miraba taciturna.

—Lo mismo me acabas de decir a mí —protestó molesta—. ¿Ya no soy yo la más guapa?

Juan, su padre, que había presenciado la escena desde la ventana del piso superior, trató de desactivar la crisis de celos que se avecinaba.

—Las dos estáis tan hermosas que ahora mismo bajo y os llevo a cada una prendida de un brazo a la iglesia, para que todos se queden deslumbrados ante tanta belleza.

Su halago fue recibido por un coro de carcajadas que parecieron borrar la tensión y mitigar los celos. Ana se acercó a su prima Guadalupe sonriendo. Todos pensaron que el beso que le dio en la mejilla significaba que hacían las paces y aplaudieron.

—Tu vestido es viejo, lo llevé yo el año pasado y todos lo saben. El mío es nuevo, a la moda, pero no te preocupes, te lo daré para que tengas algo que ponerte el próximo año, porque mi padre tiene mucho dinero y el tuyo no —le soltó sin dejar de sonreír.

Sus palabras quedaron amortiguadas entre el ruido de los aplausos, pero Guadalupe las oyó y el trallazo acertó en pleno corazón. Cada sílaba se le quedó estampada y tardó días en bombearlas fuera.

Juan Liguria estaba entretenido ordenando el maletero del coche. Lo había lavado y abrillantado con el mimo de un propietario orgulloso de su nueva adquisición. Mientras lo hacía, canturreaba la alegre música que salía de la radio del coche. Por eso no escuchó a Guadalupe cruzar los portones abiertos del garaje y situarse a su espalda.

—Tío, ¡qué coche tan bonito! Me gusta mucho.

El hombre se giró sorprendido y sonrió al ver a su sobrina.

—¿Quieres montarte y conducirlo?

La jovencita asintió enérgicamente.

—Siéntate en el lugar del conductor. Espera, que apago la música y te acerco un poco el asiento al volante. Ahora, pon las manos aquí. Mira, ya vas conduciendo.

La niña movió a derecha e izquierda aquel círculo enorme que se le antojó similar al timón de un barco, tocó la palanca de cambios y simuló los gestos que cientos de veces había visto hacer a su padre.

—Oye, tío, ¿y para qué son esos pedales que hay ahí abajo? —preguntó curiosa.

—Aún eres muy pequeña. No te llegan las piernas. Ya te lo contaré cuando crezcas. Te prometo que yo mismo me encargaré de enseñarte a conducir.

—Pero falta aún mucho tiempo —se quejó mohína—. Anda, dime, ¿para qué sirven?

Juan cedió ante su insistencia. A esa hora ociosa de la tarde en que, tras la siesta, aún no tenían decidido el plan vespertino, se decidió a explicárselo.

—Este pedal, el de la derecha del todo, es el acelerador. Sirve para que el coche coja velocidad —le aclaró, señalándolo—. El del medio es el freno, que, como su propio nombre indica, sirve para frenar; y al de la izquierda se le llama embrague, para cambiar las marchas.

Pensó que así habría satisfecho la curiosidad de su sobrina, pero Guadalupe volvió a la carga.

—Tío, cuando vas conduciendo, ¿tienes que pisar siempre el acelerador?

—Claro, si no el coche se para. Salvo cuando quieres frenar. Pero casi todo el tiempo llevas el pie apoyado en el acelerador.

La explicación pareció convencerla y durante un buen rato siguió sentada frente al volante, charlando de temas intrascendentes con su tío.

Dos semanas después las vacaciones llegaron a su fin. Al día siguiente sus tíos partían y ellos tampoco tardarían en marcharse. El trabajo reclamaba a los adultos y el colegio a las niñas. Guadalupe escuchó a su tía Ana echarle la bronca a su tío. Por lo que pudo entender, se le había despegado la suela de un zapato, carísimo decía ella, y le reprochaba que los hubiera usado para todo. Su padre, para rebajar la tensión, medió en el asunto. Solidaridad masculina.

—Déjame el zapato, anda, que hay cola de contacto en el garaje y te lo arreglo. Mañana lo tienes como nuevo.

La niña siguió a su padre y, mientras charlaban del curso que iba a empezar, se fue fijando en cómo utilizaba el pegamento para arreglar el desaguisado del zapato de su tío. Prácticamente se había desprendido la suela de cuero. Su padre extendió una fina película de pegamento sobre ambas superficies y dejó que se secaran durante unos minutos.

—Una vez aplicado, es importante esperar un rato. —Y dejó transcurrir unos

minutos, al cabo de los cuales tocó ambas partes. Sonrió satisfecho cuando notó que el dedo se quedaba pegado—. ¿Ves? Ahora es el momento ideal para juntarlas —dijo uniendo las dos superficies—. Y, además, vamos a ponerle algo de peso encima para que se adhiera bien fuerte —le fue explicando su padre, encantado de compartir esos momentos con su hija.

—Si extiendes la cola solo en un lado, ¿no se pega? —preguntó Guadalupe.

—Sí, princesa, al cabo de un buen rato termina pegándose, pero si la aplicas en los dos se une más rápido y queda mucho mejor —le contestó Antonio.

Terminaron de cargar las maletas en el flamante coche nuevo de sus tíos y después todos se sentaron a la mesa para desayunar. Las mujeres preparaban tostadas y trituraban tomate mientras los hombres aguardaban hablando. Juan contaba a su cuñado que el viaje a Barcelona les llevaría horas, pero que no le importaba porque le encantaba conducir.

—En realidad, no tantas —le confesó en voz baja para que su mujer no le escuchara—. En cuanto le aprieto un poco, sale disparado. Es una sensación maravillosa.

Ana les escuchaba ensimismada.

—¿Y Guadalupe dónde está? —preguntó su madre en cuanto empezaron a salir las primeras tostadas.

Su prima Ana se encogió de hombros. Lo mismo le daba. Sofía se asomó por el hueco de la escalera y, mirando hacia arriba, gritó:

—¡Guadalupe! ¡Hija, baja ya, que vamos a desayunar!

No esperó respuesta y regresó a la cocina. Al cabo de unos minutos, se preocupó por que su hija no aparecía.

—¿Sabes dónde está la niña? —preguntó a su marido.

—Me ha parecido verla ir al garaje hace ya un rato —respondió Antonio despreocupado—. Estará jugando allí.

—¿Te importaría avisarla? —pidió—. Me gustaría que desayunáramos todos juntos.

—Claro, mujer.

El padre de la niña salió a la puerta de la calle y, colocando las dos manos a modo de megáfono, gritó varias veces el nombre de su hija.

A la quinta Guadalupe apareció.

—Perdón, estaba en el garaje, limpiando mi bicicleta —justificó con convicción —. No oí que me estuvierais llamando.

—Anda, siéntate, que se te van a enfriar las tostadas —ordenó su madre.

El olor a pan tostado y a café inundaba la cocina. Guadalupe, después de lavarse las manos en el fregadero, esperó a que le sirvieran su leche para añadirle el cacao. El ambiente era distendido y feliz. Recordaron los mejores momentos del verano e hicieron planes para verse en Navidad.

Antonio se levantó y salió muy rápido de la cocina.

—Y a este, ¿qué mosca le ha picado? —preguntó Ana, su cuñada, en voz alta.

La madre de Guadalupe levantó las cejas sin saber qué contestar. Unos segundos después obtuvieron la respuesta. Antonio apareció con una gran sonrisa y de detrás de la espalda sacó los zapatos de Juan, arreglados y lustrados.

—Tus zapatos favoritos, como nuevos —le anunció tendiéndoselos—. Y tú, cuñada, deja de refunfuñar. Que no era para tanto.

—Eso dices tú —contestó molesta—. Ahora tendremos que ir aguantando el olor a pegamento todo el viaje y ya teníamos bastante con el dichoso aroma a coche nuevo. No lo soporto.

—A mí me gusta —chinchó Guadalupe.

—Venga, vámonos —zanjó su tío la conversación, y dio unas palmadas para animar a su mujer y a su hija a emprender el viaje.

El timbre de la entrada sonó insistentemente. Antonio se despertó sobresaltado de la siesta y aún aturdido recorrió la casa medio en penumbra hasta la puerta. Cuando la abrió, el impacto de la luz cegadora de primera hora de la tarde le hizo entornar los ojos y poner la mano a modo de visera para comprobar que quienes llamaban eran dos agentes de la Guardia Civil.

—Buenas tardes, señor —saludó el guardia casi cuadrándose—. ¿Está doña Sofía Liguria?

Antonio, aún adormilado, respondió sin pesar:

—Es mi mujer.

—Perdone, señor, nos urge hablar con ella. ¿Podría avisarla?

—Está durmiendo la siesta, bueno, estábamos todos. Pero voy a avisarla ya mismo.

Antonio no fue muy consciente de lo extraño de la situación, mientras como un autómata, todavía abotonándose la camisa, se dirigió al dormitorio.

—Sofía, despierta. Hay un guardia en la puerta que necesita verte.

La mujer enfocó los ojos en el rostro de su marido y tardó unos instantes en comprender el mensaje. Se levantó y, atusándose los cabellos en un gesto típico de coquetería femenina, fue a su encuentro.

Sentados en la mesa del salón frente a Antonio y Sofía, los dos guardias civiles esperaron un momento hasta tener su atención.

—Doña Sofía, tengo que comunicarle que su hermano, don Juan Liguria, ha tenido un accidente de tráfico —anunció el mayor con tono serio.

—¡Dios mío! —fue el grito que se le escapó mientras, con las manos crispadas sobre el brazo del guardia, le miraba con la angustia dibujada en sus ojos—. ¿Ha sido grave? ¿Dónde está? ¿Y su mujer y la niña? ¿Están bien?

Antonio leyó en los ojos del agente de tráfico la tragedia.

—Déjale hablar —pidió con tono cariñoso a su esposa—, que seguro que nos lo explicará todo ahora.

El guardia prosiguió.

—Desgraciadamente, señora, las noticias son muy trágicas. Han fallecido su hermano y su mujer —dijo sin rodeos. Miró su libreta y le confirmó los nombres—. Don Juan Liguria y doña Ana García. Su hija, afortunadamente, está viva. Ha resultado herida. La encontramos inconsciente y ha quedado ingresada en el hospital, pero los médicos no temen por su vida.

Un silencio opresivo se instaló entre ellos. El tiempo se detuvo y todos los objetos se desdibujaron ante los ojos de Sofía. Se sintió caer en un abismo oscuro, mientras los latidos de su corazón golpeaban frenéticamente contra el pecho. Le

costaba respirar y un sudor frío recorrió su cuerpo, que pareció flotar en el aire. El zumbido de oídos no le dejaba entender lo que las voces de los que le rodeaban le decían y se dejó ir a una inconsciencia que la liberó momentáneamente del dolor. No supo cuánto tiempo estuvo así.

La torpe mano de su marido recorriendo su cara en una constante caricia fue lo que percibió cuando abrió los ojos.

Como una autómata bebió el agua que le acercó a los labios y poco a poco fue tomando consciencia de la realidad, evidenciada por un dolor sordo que le atravesaba el pecho de una manera tan intensa que solo los brazos cruzados fuertemente sobre él le producían un leve alivio. Su hermano y su cuñada muertos. Lloró desconsolada hasta que los ojos le escocieron.

Los guardias esperaron estoicamente en silencio. Hubiesen deseado evitar el trago de ver tanto sufrimiento, pero el marido les había rogado que se quedasen un poco más, para ayudarle con Sofía.

—¿Se sabe cómo ha ocurrido?—preguntó Antonio.

—Es probable que se quedara dormido.

—¿Dormido? —preguntó extrañado.

—Entró en una curva cerrada a mucha velocidad y no hay señales de frenada en la carretera. Hizo un recto y se estrelló contra unas rocas. La niña salió despedida y quedó tendida en la carretera. Suerte que ningún coche la atropelló. El vehículo cayó por un precipicio, se incendió y estalló. Para cuando los bomberos apagaron el fuego, el conductor y su acompañante habían fallecido.

Guadalupe escuchó la conversación desde el hueco de la escalera. No sintió ningún pesar. Sus tíos exhibían su privilegiada posición económica alardeando delante de sus padres y su prima no dejaba de presumir para chincharla. Las cosas les iban muy bien, mucho mejor que a su padre, que, aunque trabaja como una mula todo el día en el periódico, no podía comprar vestidos bonitos para ella.

Cuando oyó que su prima estaba viva, un placentero gusanillo de venganza recorrió su cuerpo: ahora iba a enterarse de qué era vivir sin tanto lujo. Ya jamás podría presumir de sus ropas nuevas. Pero cuando su madre le anunció a su padre: «La niña se quedará a vivir con nosotros, somos su única familia y no la voy a abandonar», la rabia le inundó por dentro mientras se frotaba frenéticamente los dedos para intentar arrancar los restos de pegamento que se le habían quedado adheridos a la piel.

2

Guadalupe condujo nerviosa hacia la localidad de Batres. Con una mano sujetaba el volante mientras que, con la mente totalmente ausente, se mordisqueaba las uñas de la otra. Semanas atrás había escrito varias cartas a Valentín Monaster, solicitándole una entrevista. Era la admirada figura del toreo de muchos españoles, incluido su padre, de las décadas de los setenta y ochenta.

Estaba pergeñando una novela ambientada en el mundo del toro y, para documentarse, aparte de hablar con ganaderos, empresarios, cuadrillas y gente del entorno, quería conocer de primera mano cuáles eran las sensaciones que experimentaba la figura principal de la corrida y así poder describirlo con acierto. No confiaba en que contestara, pero el día anterior recibió la llamada de Lucía Pulgar, la esposa del matador. Aunque con tono cortante y seco, le informó de que aceptaban su visita.

—Mi marido no está bien de salud, así que hay condiciones. —Y se las enumeró como si fueran la lista de la compra.

Guadalupe las admitió todas sin rechistar.

Sabía que Valentín Monaster vivía en una finca cercana a Batres, un pequeño pueblo del sur de la Comunidad de Madrid rayando ya con la provincia de Toledo, pero no se imaginó nunca qué tipo de propiedad era: hectáreas de terreno que se perdían en el horizonte, algunas ocupadas con hileras de olivos perfectamente trazadas. Se entraba pasando bajo un gran arco de hierro en cuyo ápice se leía en grandes letras mayúsculas: FINCA MONASTER. Lo cruzó y continuó por un camino de tierra limitado a ambos lados por unos elegantes y enormes cipreses, plantados y recortados con una simetría casi milimétrica. Al final desembocaba en un aparcamiento de grava, ocupado por varios coches de alta gama. Ella colocó su modesto utilitario, que sin duda desentonaba entre los otros, y descendió lentamente, para cotillear con disimulo a su alrededor. Un enorme jardín con un sendero de piedras marcaba el camino hacia la casa de ladrillo rojo intenso forrada, en parte, de verde hiedra y rodeada por un porche con arcos, en la que destacaban los enormes ventanales de cuarterones de la planta baja. Tuvo la sensación de encontrarse en una villa de la Toscana.

Llamó al timbre y, segundos después, una criada le condujo, sin darle tiempo ni a presentarse, al salón, donde el torero y su mujer la esperaban. Lucía se levantó del sofá para recibirla. El amago de beso de la periodista se quedó en el gesto, porque la esposa del diestro tomó distancia y extendió el brazo con la mano rígida para saludar con frialdad. Marcaba su territorio. Su lenguaje no verbal sugería que la aceptaba por imposición de su marido y que no iba a establecer ningún tipo de afectividad ni empatía con ella. Valentín empujó la silla de ruedas junto a Guadalupe.

—Perdone que no me levante —dijo a modo de saludo y le dio un cálido apretón de manos.

Lucía, con el ceño fruncido, se colocó justo detrás del torero. Apoyó las manos sobre los hombros de su marido para advertirle a la intrusa cuáles eran sus posesiones.

—Muchas gracias por recibirme —comenzó a decir Guadalupe, mirándoles.

—No quiero que le canse con sus preguntas —le interrumpió Lucía con gesto serio—. Mi marido está muy delicado.

—Prometo no fatigarle.

—No hace falta que lo prometa, estaré aquí para vigilarla. En cuanto perciba que mi esposo —y pronunció con algo de énfasis el posesivo— se cansa, daré por concluida la visita y usted se tendrá que ir —le advirtió taxativa.

No esperó la respuesta de Guadalupe y fue a sentarse de nuevo al sofá, donde continuó con un puzle que estaba componiendo.

Valentín, mucho más cálido, le hizo un gesto amable a Guadalupe para que aproximara una silla y se sentara a su lado. Ella obedeció y, mientras sacaba un bloc de notas y una pluma, observó con más detenimiento al torero. Aquella gallarda figura de antaño se había convertido en un anciano enjuto, encogido, derrotado por la vida, tan delgado que la camisa y la chaqueta de punto que vestía bailaban sobre su cuerpo. A pesar de que era el primer día de septiembre y el calor apretaba, una manta cubría sus piernas cuyas formas apenas se marcaban. Guardaba también bajo ella, en un intento de calentarla, la mano izquierda. La derecha, con los huesos tan deformados que remedaban a los sarmientos, cubierta por una piel de un blanco enfermizo que trasparentaba las sinuosas venas azules, reposaba sobre el mando de la silla.

—Guadalupe, ¿verdad? —preguntó con una voz apenas audible—. Me ha dicho mi mujer que quería hablar conmigo de toros con el fin de documentarse para un libro que quiere escribir.

—Así es —confirmó Guadalupe con una sonrisa amable.

—Me gustaría que me explicara de qué tipo de libro se trata y cómo espera que le ayude. No creo que tenga mucho que aportar, la verdad —dijo con humildad—, pero haré lo que buenamente pueda.

—Verá, maestro, mi libro es una novela que gira en torno al mundo de los toros. El protagonista es un diestro famoso, respetado, con familia y que ha decidido retirarse. Minutos antes de comenzar la faena en la que se cortará la coleta recibe un anónimo que le convierte en la víctima de un chantaje por un error de juventud que creía olvidado. Toda su concentración se evapora en ese instante. Una tiritera le invade, le sudan las manos y, aunque lo disimula ante su cuadrilla, le cuesta hasta respirar. Sabe que, si sale al coso en ese estado y completamente descentrado, el animal olerá su miedo y le empitonará. El público espera ansioso verle aparecer con su traje de luces mientras jalea su nombre. En ese momento tiene que tomar la decisión más importante de su vida. ¿Arriesgarse con el trapo o fingir una repentina enfermedad? ¿Sucumbir al chantaje o plantar cara? ¿Entrar a matar o que lo maten a él?

Guadalupe hizo una pausa y contempló el rostro de aquel hombre. La miraba con el vívido interés del niño que acaba de encontrar los regalos de los Reyes Magos.

—¿Y qué ocurre? —preguntó ansioso—. ¿Qué decisión toma?

Hasta Lucía había abandonado por un momento la construcción de su puzle para escuchar el relato de aquella joven.

—No le cuento más —negó traviesa—. Le prometo que en cuanto se publique le traeré el primer ejemplar.

—Bueno, vale —aceptó a regañadientes—. ¿Pero dónde entro yo ahí?

—Usted es el torero que se enfrenta al dilema.

—¡Por Dios! —exclamó y se echó a reír—. Yo no soy ni sombra de lo que fui. Y hace ya mucho que me alejé de ese mundo —se hizo rogar el diestro, feliz como hacía tiempo. ¡Iba a ser el protagonista de una novela! Del libro de esa bella y joven escritora.

Aquella mujer y la breve historia que acababa de contarle habían logrado que su alma de matador abandonase el estado de hibernación y latiese acelerada.

—Usted siempre será el gran Monaster —respondió zalamera Guadalupe—. Mi padre le admiraba mucho. No se perdía ni una de sus faenas. Yo misma vi con él muchas de las corridas que transmitían por televisión e, inconscientemente, mi protagonista me recuerda a usted en aquellos tiempos.

—Me ha convencido. No hay más que hablar, ¿por dónde quiere empezar? —preguntó divertido, y una juvenil risa acompañó sus palabras.

—Háble me de qué sentía antes de vestirse con el traje de luces, en qué pensaba mientras le ayudaban a colocárselo, si tenía algún ritual o superstición, cómo percibía la plaza mientras hacía el paseíllo, qué emociones le acompañaban al mirar al toro a los ojos por primera vez, qué pensaba cuando le pasaba rozando. Quiero su sentir de torero para poder reflejarlo en mi personaje.

Valentín asintió y poco a poco comenzó a desgranar sus recuerdos. Con voz apagada al principio, quizá por lo lejanos, pero, a medida que avanzaba en su relato, sus palabras tomaron cuerpo y pasión. Parecía que en aquel salón estuviera de nuevo el gran Monaster sacando pecho y con su capote en la mano. Guadalupe escribía sin parar, le preguntaba y hacía agudos comentarios, lo que provocaba que el hombre se fuera creciendo con sus recuerdos. De vez en cuando, con alguna anécdota, ambos se reían a carcajadas, risas como Lucía no le había oído desde que fueran novios.

—¿Cuál fue su mejor toro, ese que le gustaría volver a torear? —le preguntó intrigada Guadalupe.

—Un morlaco zaino, cortejano, serio, astifino llamado Morocho, que me tocó en suerte en la feria de Sevilla en abril de 1985, creo recordar.

—¿En serio? ¿No fue ese el que le empitonó en la ingle y casi le causó la muerte? —se extrañó la escritora.

—Sí, pero era el toro más noble que he toreado. Fue una lucha limpia, en la que él casi ganó por un descuido mío. Sin embargo, conseguí reponerme, pese a la sangre que había perdido y entrar a matar. Cuando me cuadré ante él, con el estoque en alto, nos miramos a los ojos y sentí que en aquella lucha él aceptaba con honor la derrota. Le atravesé limpiamente el corazón. Y créame si le digo que sentí que las lágrimas me empañaban la vista. —Al torero le tembló un poco la voz, afectado, como si hablase de un amigo muerto.

—¡Qué nobleza ni qué niño muerto! Aquel toro casi te mata, y a punto estuvo de dejar a esta familia sin su sustento —interrumpió con desdén Lucía.

—Ya lo sé, cariño. Nunca has entendido que al enemigo hay que admirarlo por su valor, por su entrega. Morocho lo tenía. Aunque casi se llevara mi vida por delante, por eso, cuando llegué a la enfermería, le pedí a mi mozo que fuera a buscar el estoque y me lo trajera. Nunca más lo volvería a usar para matar otro toro. Lo quise

conservar como homenaje a él, pero también para que me recordase lo importante que es aprovechar cada minuto de este regalo que se llama vida. Ese día mi mujer y yo no nos habíamos dirigido la palabra. Llevábamos días enfadados. Si me hubiera muerto, me habrían enterrado disgustado, y pensar en una vida eterna de tristeza me hizo reflexionar. Le regalé el acero a mi esposa y le pedí que lo colgara en el salón para que me recordara que hay que esforzarse en vivir con nobleza y alegría.

Guadalupe dirigió la mirada siguiendo la del torero. En una de las paredes lucían varios estoques dispuestos en forma de espiga con las puntas señalando uno central que parecía brillar más que los otros. La curiosidad hizo que se levantase a contemplarlos, especialmente al que se había referido el torero. Pensó en deslizar el dedo con suavidad por el filo, pero un bufido le hizo desistir:

—Esa espada no la toca nadie. Es mía —reivindicó Lucía.

—Ya se puede portar bien conmigo en el libro —trató de bromear el torero para relajar el ambiente—. Mi esposa no dudaría en ensartársela hasta el puño si siente que su familia está siendo agraviada.

—No te quepa la menor duda —rezongó su mujer.

—Y el resto de las espadas, ¿qué significan para usted? —preguntó Guadalupe tímidamente.

—Son las de toros que me han ido dejando cicatrices por el cuerpo. Un recordatorio más de lo efímero de nuestra existencia.

—Toda una filosofía de vida —apuntó con admiración la escritora.

—Un desagradable homenaje a la muerte —rebatió Lucía.

Se impuso un incómodo silencio que rompió Valentín.

—Ya hemos hablado mucho de mí. Vamos a dejar un poco para otro día. Ahora, cuéntame algo de ti —le pidió el torero amablemente, tratando de reconducir la conversación por los cauces de la distensión que había imperado toda la tarde y tuteándola por primera vez para demostrar cercanía.

—Señor Monaster, yo no soy importante. —Pero un gesto de Valentín dando a entender que para él sí lo era le hizo cambiar de opinión—. Estudié periodismo en la Universidad Complutense, pero desde siempre quise ser escritora. Hace tres años gané el premio de novela Pardo Bazán. Acababa de cumplir los veinticuatro. Antes del premio había publicado tres novelas. La primera con veinte años. No tuvieron la misma repercusión que la del premio, pero se vendieron tanto que la editorial me perseguía para que publicase. Ahora, ya lo ve, estoy preparando mi quinta novela. Ojalá venda más ejemplares que la anterior. No hay mucho más que contar —zanjó, abriendo los brazos con las palmas hacia arriba—. Le agradezco muchísimo el tiempo que hoy me ha dedicado. Encima del inmenso placer de conocerle, me ha aportado una información muy valiosa.

Lucía aprovechó esta última frase para levantarse y dar por terminada la entrevista. No le gustaba el tono de confidencias que tan rápidamente se había establecido entre su marido y esa mujer sin estilo ni elegancia que a sus ojos era más pelandusca que escritora. Valentín hizo como si no la hubiera visto y, apoyando la mano en el brazo de Guadalupe, la invitó a continuar la conversación.

—Espero que me traigas los libros que ya has publicado, porque, si no, la próxima vez no te dejaré pasar —le amenazó con una sonrisa—. Estoy seguro de que

lograrás vender más que con el anterior. En tu caso estaría orgulloso, el Pardo Bazán es uno de los galardones literarios más prestigiosos de nuestro país. Debes de ser la ganadora más joven de su historia, porque los autores que recuerdo que lo lograron antes que tú eran ya mayores. Además, ese premio lo han recibido muy pocas mujeres —dijo el torero con verdadera admiración, aunque también fascinado por su belleza.

—Cierto, se lo han concedido a muy pocas mujeres. Yo soy la primera en los últimos veinte años —confirmó con un guiño de ojo.

El torero iba a contestar, pero Lucía, visiblemente molesta, resquebrajó el clima de confianza y, colocándose detrás de su marido, movió la silla de ruedas alejándola de la escritora.

—Por hoy ya es suficiente —sentenció, dirigiéndose a Guadalupe—. Mi marido está cansado. Debe tumbarse un rato.

—Dame un segundo, mujer. No he terminado —le cortó el torero contrariado.

Se encontraba a gusto. Por primera vez en mucho tiempo se había sentido bien, casi alegre. Aquella muchacha, al demostrar tanto interés por las historias que le contaba, le había inyectado una dosis de moral que desde que le dieron el alta en la clínica Anderson no experimentaba. Por otro lado, él siempre había sido especialmente sensible a la belleza femenina, y la joven poseía un magnetismo brutal. Alta, todavía más con aquellos tacones de vértigo sobre los que se sostenía; los vaqueros azul claro muy ceñidos dibujaban unas caderas redondeadas y marcaban un trasero fabuloso. Completaba su atuendo con una sencilla blusa blanca que dejaba vislumbrar unos pechos que, sin ser demasiado grandes, abarcable cada uno con la mano, se unían en un canal profundo que atraían irremisiblemente los ojos hacia el escote. Había necesitado hacer un esfuerzo consciente para trasladar la mirada a la cara, enmarcada por una larga y ondulada melena negra, en la que destacaban unos grandes ojos de color verde ribeteados por largas pestañas y una boca de labios carnosos que invitaban a besarlos. El maestro se sonrió. Si su mujer hubiera leído sus pensamientos, primero se habría sorprendido, tanto como lo estaba él, y después hubiera ardido de rabia.

Regresó de sus reflexiones al escuchar a Lucía preguntarle, con insistencia, si se encontraba bien. Asintió y miró a Guadalupe, que prudentemente ya se había levantado.

—¿Continuamos otro día con nuestra charla? —le inquirió el torero sonriendo —. Salvo que me diga que ya haya tenido suficiente con la de hoy.

Guadalupe le miró con una mezcla de sorpresa y agradecimiento.

—Cuando usted quiera, maestro. Cada respuesta suya me plantea mil preguntas más. Si tiene la amabilidad de volver a recibirme, yo le estaré agradecida. ¿Podría ser el día 6 de septiembre? —preguntó después de mirar su agenda en el teléfono.

Valentín le confirmó la fecha con una amplia sonrisa.

—Entonces hasta dentro de cinco días —dijo la escritora y se inclinó para darle un beso en la mejilla. El torero aspiró el agradable olor de la muchacha, que se quedó registrado en su memoria.

Para cada individuo las percepciones sensoriales que vinculan los recuerdos son distintas. Para él, el olor desencadenaba evocaciones que asociaba a hechos, lugares o personas. Supo que el perfume que envolvía a la escritora le recordaría eternamente

aquel momento.

La vio alejarse y no apartó los ojos de su figura.

—Guadalupe, ¿cómo se va a titular el libro? —gritó de pronto, intentando retenerla un instante más.

—*Filigranas de muerte y oro* —respondió, volviendo su cuerpo hasta encontrar su mirada con la del torero—. ¿Qué le parece? —Y se quedó plantada, expectante, mientras Valentín lo valoraba. Pedirle su opinión demostraba respeto por su criterio.

—Me gusta.

Ella le sonrió y continuó caminando hasta desaparecer por la puerta.

—Valentín, deja de mirar de esa forma —le reprochó celosa Lucía—, se te van a salir los ojos de las órbitas.

El comentario le hizo sentirse como un viejo verde, aunque la sensación agradable del encuentro prevaleció sobre este pensamiento.

Guadalupe abrió la puerta del copiloto y dejó su bolso sobre el asiento. Rodeó el coche. A su lado aparcó un BMW X5. De él descendió un joven que, cerrando la puerta de golpe, se le acercó.

—¿Quién eres tú? —preguntó aquel individuo con mal disimulada arrogancia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Guadalupe le miró con desdén. Aborrecía la mala educación y aquel hombre parecía estar doctorado en ella. Levantó sus gafas de sol hasta colocarlas sobre el pelo y, fulminándole con la mirada, se presentó:

—Me llamo Guadalupe. He venido a ver al maestro Monaster, invitada por él. Y tú, ¿quién eres tú? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó al tiempo que se introducía en el coche.

—Soy Valentín Monaster, el primogénito —le dijo, sujetando la puerta con la mano izquierda para impedir que ella la cerrara.

—Ah, ese hijo. —Y hubo tal desprecio en su tono que Valentín enrojeció de ira —. Tengo prisa, así que suelta la puerta o tendrás que venir corriendo detrás de mi coche.

Encendió el motor y metió primera a la vez que soltaba suavemente el embrague. El coche comenzó a rodar despacio sobre la grava, lo que obligó a Valentín a retirar la mano. Ella cerró la puerta y, mientras se alejaba, bajó la ventanilla.

—Adiós —le gritó, sacando la mano por la ventanilla y estirando un dedo. Aceleró y Valentín quedó allí, rabioso, incapaz de articular palabra. No estaba acostumbrado a que lo trataran así, y menos una mujer. Si se la volvía a echar a la cara le iba a oír, pensó embrutecido. En ese mismo acto, la ira dejó paso a otros dos sentimientos contradictorios. El primero, de admiración: la tal Guadalupe rebosaba atractivo. El joven había tenido decenas de aventuras con mujeres más hermosas que esta, pero el magnetismo de aquella hembra le había trastocado. Y el segundo, de reto: domaría a la potrilla salvaje.

Entró en el salón en el momento en que su padre, acompañado de su madre, se retiraba a descansar. Valentín apenas cruzó la mirada con él, pero sonrió a su madre sin disimulo.

—Matuska, me tomo un café contigo antes de irme a Madrid.

Su madre asintió y le indicó que esperara mientras empujaba la silla de ruedas

del torero. Unos minutos después, mientras su hijo contemplaba el puzle que ella estaba tratando de resolver, Lucía entró en el salón y le abrazó con cariño.

—¿Quién era esa chica que he visto al salir? —le preguntó, cortando rápido el contacto físico.

—Una escritora —respondió lacónicamente.

—¿Y qué hacía aquí? —insistió, interesado, Valentín.

—Quiere documentarse para una novela sobre toreros. No había visto a tu padre tan parlanchín desde hacía tiempo. Casi me ha sentado hasta mal. La ha invitado a seguir con la conversación dentro de unos días. Pero déjame que te abrace otra vez —le pidió. Quería olvidarse de Guadalupe. Bastante había tenido ya viendo a su marido emocionado con la escritora.

Por la noche, la insistente curiosidad de su hijo tratando de averiguar de qué habían hablado la escritora y su padre, así como la fecha en que volvería a entrevistarlo, encendió en Lucía una alarma que la impulsó a tomar la decisión de que Guadalupe no volviera más a su casa. Sin embargo, tras tantos meses viendo languidecer a su marido, el entusiasmo que había notado en él aquella tarde la hizo desistir de esa idea. El interés de su primogénito acababa de rasgar levemente su córtex cerebral y la sombra de celos comenzó a deslizarse silenciosa en su interior. Más por su hijo que por su marido.

3

Guadalupe salió de la finca irritada. Aquel niñato mimado y maleducado de Valentín Monaster, pavoneándose con chulería ante ella, le había hecho perder un poco los nervios. Mientras recorría el camino de vuelta se fue relajando y, sin apenas darse cuenta, terminó relegándole a un rincón alejado de su cerebro. Estaba muy satisfecha de cómo había ido la entrevista. El diestro, a pesar de su aparente deterioro, había reaccionado de una forma a la que ella ya estaba acostumbrada. Les ocurría a muchos de los hombres a los que se aproximaba, daba lo mismo la edad. Les chisporroteaban los ojos, se les relajaba la expresión y sonreían como bebés. Entregaban el castillo sin lucha, solo que ella sabía seleccionar sus conquistas. El maestro se había mostrado educado, amable y muy interesado en ayudarla; quizá flirteo, quizá ego o quizá una mezcla de ambas cosas.

Lo que le desagradó fue la actitud de Lucía, habitual, por otro lado, en las mujeres con las que trataba, y más si estaban casadas. Siempre veían en ella a una depredadora ante la que había que estar en alerta. Lucía vigilaba y guardaba el castillo del que su marido había rendido, sin resistencia, el puente levadizo. Guadalupe entendía las precauciones, ella también hubiese sacado las garras, solo que en aquella ocasión simplemente pretendía bucear en los recuerdos y vivencias de su esposo, no tener una aventura con él. En cualquier caso, esas reticencias no habían impedido que el diestro, encantado tras el primer encuentro, la invitase de nuevo a su finca. Se entretuvo imaginando cómo discurriría la siguiente cita mientras se aproximaba a su casa.

Vivía en un pequeño apartamento cerca de plaza de Castilla. Lo había comprado con el dinero del premio de novela Pardo Bazán, uno de los mejor remunerados del panorama nacional. ¡¡Casi cuatrocientos mil euros!! Aquella casa supuso para ella escapar del agobiante ambiente de penuria familiar al que la muerte de su padre les había conducido, lastrado además injustamente, pensaba ella, por la presencia como un miembro más, con todos los gastos que ello suponía, de su prima Ana.

Cuando sus tíos fallecieron en un accidente de coche, la huérfana, sin más familia, se fue a vivir con ellos. Aunque había recibido una cuantiosa indemnización del seguro, los padres de Guadalupe se negaron a utilizar un duro para su mantenimiento. Crearon un depósito al que accedería cuando cumpliese los veintiún años. La vida familiar se acopló de golpe a un miembro más con el que repartir el escaso sueldo paterno. De ser hija única, Guadalupe pasó bruscamente a tener una *hermana* con quien compartirlo todo, con el agravante de que sus padres, en un intento absurdo de compensar el dolor que su sobrina sentía, volcaban en ella sus atenciones, alababan sus éxitos escolares y le otorgaban una prioridad emocional que a Guadalupe terminó causándole un hondo dolor y, ¿por qué no decirlo?, también odio y rabia.

Ella, con picardía, trató más de una vez de tornar la situación a su favor. Había noches en que oía a Ana llorar acurrucada en la cama, con las sábanas cubriéndole la cabeza para ahogar el sonido de su tristeza, hipando y llamando: «Papi, mami, ¿dónde estáis?». Guadalupe, ejerciendo de buena samaritana, en alguna ocasión se tumbó

junto a ella y la abrazó para consolarla. No había ningún sentimiento de compasión que le moviera, pero sabía que, cuando al día siguiente de forma discreta y con humildad se lo contara a sus padres, ellos sonreirían orgullosos, elogiarían su acción y la felicitarían. La balanza de los afectos cambiaría sus pesos durante unas horas, aunque nunca el tiempo suficiente como para compensar el desequilibrio emocional que se había instalado en su casa y que Ana, hábilmente, explotaba.

Con la escasa diferencia de edad que tenían, apenas tres meses, compartieron estudios y juegos. Ana destacaba de manera natural por su inteligencia y ahínco en el colegio. Sacaba siempre las mejores notas y figuraba entre las primeras alumnas, lo que permitía que todos sus estudios estuvieran subvencionados con becas, «para no costarle dinero a mis tíos. Bastante tienen contigo», le recordaba en cuanto podía a Guadalupe, cuyas notas bordeaban el desastre más absoluto. Malas notas, pero la más popular entre los chavales del instituto, y todos, chicos y chicas, se disputaban su atención. Ana, menos agraciada y por tanto menos aceptada, sucumbía al chantaje de Guadalupe: hacerle los trabajos y los deberes diarios a cambio de dejar que le acompañara y compartir, de refilón, parte de su espectacular popularidad, que extendía no solo en su colegio, sino también en los de alrededor. Lo aceptaba resignada; mejor la injusticia de trabajar para su «querida» prima que quedarse en casa siempre sola. Aunque lo disimulaba, fue interiorizando un enorme resquemor hacia Guadalupe, ya de por sí latente por su previa rivalidad de infancia.

Al llegar a la universidad, sus caminos, por primera vez, se bifurcaron. Guadalupe se matriculó en periodismo. Ana prefirió estudiar ciencias químicas, más acorde con sus inquietudes intelectuales y que, pensó, le permitirían alejarse de la figura de su prima que tanto le eclipsaba. Tarea imposible, como constató al poco tiempo. A Guadalupe la invitaban continuamente a fiestas y su popularidad entre los estudiantes se esparció por todo el campus, incluida la facultad de químicas. Si algún chaval interesante se acercaba a Ana, acababa descubriendo, no sin gran frustración, que su único propósito era conocer a Guadalupe a través de su intermediación. Tanta jarana tuvo también sus consecuencias. Ana obtuvo matrículas en todas las asignaturas, mientras que la bella juerguista a duras penas consiguió aprobar raspando sus materias.

El segundo curso supuso para la familia un duro revés. Una mañana, Guadalupe se despertó sobresaltada al escuchar los gritos de su madre llamando a su esposo, Antonio. Algo en el tono de la voz le hizo saltar de la cama y correr al dormitorio del matrimonio. Al entrar encontró a su madre inclinada sobre el cuerpo de su padre, zarandeándolo para que respondiera. La postura rígida de este y la expresión de la cara con los ojos abiertos, sin parpadear, le hizo comprender que había fallecido.

Aparte del dolor por la muerte de su padre, la vida familiar se trastocó. Tuvieron que apretarse el cinturón a la escasa pensión de viudedad que percibía su madre. Y aunque ella seguía siendo popular e invitada perpetua a todas las fiestas, tuvo que buscar trabajos esporádicos para poder atender a sus necesidades básicas: vestuario diferente en cada evento, cuidados corporales, zapatos y complementos. No bastaba con ser bella, tenía que deslumbrar. Era la única manera de seguir siendo la más deseada de la universidad.

Fue en esa época cuando comenzó a escribir. Tenía una gran imaginación y,

cuando se apagaba el eco de las fiestas, se evadía de la vulgar realidad en la que vivía construyendo vidas imaginarias. Esa era la finalidad, una especie de terapia personal en la que tomaba distancia de su día a día de pobreza que le espantaba. Jamás se planteó que el mundo de las letras pudiera ser un modo de vida. Lo que ella pretendía era que alguno de sus enamorados, selectivamente elegidos por su nivel económico, le propusiera una vida en común, anillo matrimonial de por medio, que le diera el estatus social que ambicionaba. Se quedaría pronto embarazada y tendría un hijo o un par de ellos, para encadenarlo de por vida. Lo había visto en las revistas. Muchas mujeres guapas que cazaban a sus esposos y les daban descendencia rápida para asegurarse la casa y su futuro si las dejaban. Ella no había tenido suerte todavía, ninguno había dado aún el paso. Le prometían amor eterno una y otra vez, más con la intención de disfrutar de su cuerpo que de proporcionarle la seguridad vital que tanto anhelaba.

Un día, aburrida, le enseñó un relato corto a uno de sus compañeros, que estaba enamorado platónicamente de ella, pero sin ninguna posibilidad porque era más pobre que las ratas. El muchacho no le dijo nada y presentó la historia a un concurso de la facultad. La sorpresa, por partida doble, fue que lo ganó. La cuantía económica del premio apenas alcanzaba los doscientos euros, pero la fiesta de entrega le permitió conocer a un editor que, deslumbrado por su magnetismo, le prometió ayudarla si escribía una obra más amplia.

Guadalupe supo jugar aquella baza. Terminó una novela que estaba pergeñando, *Los diablos de tu alma*, basada en la historia de un periodista sin escrúpulos que no duda en destruir a quien sea con tal de conseguir un gran titular. Mientras la escribía, supo encender la pasión del editor y encelarlo hasta la irracionalidad, aplacando ligeramente sus deseos en citas de hotel, que, más que saciarle, lo atrapaban con más intensidad. Cuando la aprendiz de novelista lo tuvo a su merced, consiguió de él todas las facilidades para publicar el libro, incluido un adelanto generoso en concepto de derechos de autor. La historia, además de bien construida, sorprendía y cosechó un notable éxito de crítica pero tímido en ventas.

Guadalupe tenía veinte años y pronto descubrió que aquel editor era un peldaño muy bajo en la escalera editorial que le haría subir hacia una brillante carrera como escritora.

Siguió en la universidad, compaginando sus juergas con los escasos momentos para el estudio. Pero donde mantenía una estricta disciplina era en escribir. Todos los días, saltándose muchas veces las clases que no le interesaban, dedicaba al menos tres horas a su siguiente novela. Trataba de las trampas y engaños de un escritor fracasado que había perdido la inspiración. Lo tituló *Las letras sin libros*.

Su enamorado editor la invitaba a reuniones, presentaciones literarias, y alguna que otra fiesta, según él decía, para promocionarla, aunque más bien era una excusa para acabar entre sábanas revueltas y cuerpos entregados. Guadalupe comenzaba a impacientarse, o sea, a aburrirse de esta aventura. En una de las fiestas a la que acudió, conoció a Gerardo Montesinos, el dueño de una conocida editorial. El hombre entrado en años y en carnes, quedó fascinado por la inteligencia de la joven, al igual que por el magnetismo de sus ojos. Era consciente de que, aunque el dinero convierte en atractivo al más feo de los mortales, a él, ni cargado de millones, le vería jamás

aquella mujer como un adonis, ni siquiera a alguien con quien compartir un escarceo fugaz. En aquel primer encuentro, Guadalupe intuyó cuál podía ser la estrategia a seguir. Durante buena parte de la velada estuvo hablando con Gerardo de todos los temas que salieron sin el menor atisbo de coqueteo por su parte y sin dar pie a que él hiciera la más leve insinuación. Al final de la noche, posó levemente su mano en el antebrazo del hombre y le hizo una confesión:

—Ha sido un verdadero placer hablar con alguien tan inteligente y tan culto. He disfrutado muchísimo de nuestra conversación, solo que se hace tarde y debo irme. Lo lamento de veras, pero me levanto pronto para seguir escribiendo.

—Es tarde y todos hemos de retirarnos para descansar —reconoció Gerardo, que pilló al vuelo la oportunidad—, pero nada impide que mañana hagas una pausa al mediodía y podamos comer juntos. Una charla inacabada es un mal presagio y, quién sabe, si aceptas tendría la oportunidad de que me hablaras de tu nuevo libro, que quizá mi editorial pudiera estar interesada en publicar. ¿Qué te parece? ¿Tienes libre tu agenda mañana?

Ella asintió y contrajo los labios en una tímida sonrisa:

—Me encantará.

—Buscaré un restaurante donde se coma bien —dijo, palmeándose su oronda tripa— y no haya demasiado ruido. Es horrible mantener una conversación con decibelios ensordecedores alrededor.

A las dos y media del día siguiente, con una puntualidad británica, Guadalupe entró en el restaurante El Caldero. Le gustó aquel sitio, la iluminación tenue, el color albero de sus paredes, los cuadros de temas marineros realizados sobre metacrilato transparente que parecía que estaban pintados directamente en la pared, las ánforas colocadas sobre vitrinas encima de las ventanas y el enorme caldero que presidía el centro de la sala le hicieron sentirse como en una isla en medio de la ciudad. Al fondo, en una mesa al lado de un ventanal que asomaba a la calle del Príncipe, vio a Gerardo, el dueño de la editorial, que la recibió con una enorme sonrisa. Le costó desplazar su voluminosa humanidad para incorporarse de la silla, pero cuando la mujer llegó a su lado la besó en la cara y galantemente retiró la silla, esperando a que ella se sentara para aproximarla de nuevo a la mesa.

—Espero que te guste el lugar, en pleno barrio de las Letras. ¿Qué te apetece beber?

—Es precioso —dijo, girando la cabeza hacia los dos lados para contemplarlo—. Vino blanco, por favor.

—¿Tienes alguna predilección?

—Si no te importa, Godello. Muy frío.

—No es un vino que conozca, pero me pliego a tus deseos. Lo probaremos y veré si me convence.

Pronto se enfrascaron en una conversación que fue saltando de un asunto a otro sin que hubiera lapsos de silencio. El empresario estaba encantado. Tanto que, por primera vez en años, su apetito menguó. Quizá porque internamente devoraba con los ojos a su invitada o porque, más que al plato, estaba atento a las miradas furtivas que otros hombres lanzaban a Guadalupe. Se sintió feliz y orgulloso de ser el hombre más envidiado del restaurante, a pesar de sus orondeces. Por otra parte, estaba disfrutando

de la alegre conversación de la joven, y aunque a veces alguno de sus comentarios denotaba falta de madurez, el deseo de besarla lo compensaba todo.

Guadalupe sintió que daba lo mejor de sí misma. Usó su inteligencia conduciendo las conversaciones a temas que ella dominaba. Gerardo simbolizaba la antítesis de hombre en el que ella se habría fijado y su aspecto de batracio con corbata incluso le producía cierta repulsión, pero las posibilidades de futuro que le podría brindar y que ella ansiaba le convertían en un candidato, si no apetecible, sí interesante.

Cuando acabaron el postre, Guadalupe anunció que se iba.

—Pero si apenas hemos hablado —protestó Gerardo, al que le parecía que la cita se había consumido en un suspiro.

—Debo estudiar para los exámenes y también tengo que cumplir los plazos que me ha marcado mi nuevo editor, ¿no?

—Si es por eso, puedo ahora mismo concederte una pequeña demora —argumentó entre risas, pero deseando que aceptase.

—Te lo agradezco, pero desde esta mañana tengo varias ideas y si tardo en escribirlas me olvido de ellas o pierden matices que las hacen inservibles —le explicó.

Era mentira. Solo quería evitar que la cita se prolongase y que él se envalentonase e intentase besarla o algo similar. Sabía jugar con el tiempo muy astutamente para que él fuese acumulando deseo.

Se vieron en más ocasiones. Era, como ella le explicaba, el placer de conversar con alguien del que aprendía mucho y con quien se sentía algo más que una mujer atractiva a la que desear llevarse a la cama. Gerardo, que había ido tragándose el anzuelo hasta que quedó bien anclado en las agallas, le daba la razón externamente y negaba que hubiera más connotación en sus encuentros que el placer intelectual de su compañía, pero hacía semanas ardía internamente como si llevase dentro los altos hornos de Vizcaya.

En una de las comidas —Guadalupe jamás quedaba para cenar porque quería marcar con claridad los límites—, Gerardo le explicó los planes que la editorial tenía para ella. Publicar su segundo libro en noviembre y volcarse en una intensa campaña de promoción. Ese día ella le entregó una copia del manuscrito casi finalizado. Le pidió que lo leyera y le diera su opinión y, aunque él ya había ido conociendo sus avances, la sonrisa seductora de Guadalupe mientras le acariciaba la mano y la propuesta de que lo discutieran en una cena dos días después le arrancaron la promesa firme de que lo leería antes de la próxima cita. En la despedida, Guadalupe coqueteó con él y se marchó dándole un beso que apenas rozó la comisura de sus labios.

Gerardo quiso pasar a recogerla por su casa la noche de la cena. Toda una demostración de galantería que, sin embargo, supuso un problema inesperado para la escritora. Le tuvo que dar la dirección del domicilio de una amiga que aceptó sin muchas preguntas la historia que le contó Guadalupe. No quería desinflar la pasión del editor con una visita al humilde barrio de Lavapiés, donde residía con su madre y su prima.

Salió de un portal del paseo de la Castellana engalanada para conquistar. Un ceñido vestido negro que contorneaba su cuerpo, con un escote discretamente cubierto con el organdí que ribeteaba la parte superior de la prenda, dejaba a la

imaginación más que mostraba. A Gerardo casi se le cae la mandíbula al suelo. Cuando se subió al coche, cuya puerta trasera sujetaba el conductor del editor, se cuidó mucho de que quedaran al descubierto parte de las piernas enfundadas en medias negras con una raya, perfectamente delimitada, en la parte posterior. Los ojos de Gerardo estaban a punto de salirse de sus órbitas. Su amor a la comida había aniquilado su vida sexual, pero la imagen de aquella mujer hizo que sus glándulas segregasen la testosterona suficiente para volver a sentir deseo y comportarse como un adolescente en su primera cita.

Cenaron en Filandón, un agradable restaurante en la zona norte de la capital. Les sentaron en un lugar discreto, alejado del ajetreo que habitualmente bullía en el lugar, y allí el empresario comenzó a explicarle qué opinaba del libro que acababa de leer. Era objetivo, le dijo, aunque esa ecuanimidad se viera, como en muchos casos, claramente influenciada por las gónadas más que por el cerebro.

—Mis ojos comenzaron cabalgando al paso de frase en frase, pero no había terminado el primer capítulo y entré en un ritmo frenético de lectura que era como si galopase sobre el texto —explicó Gerardo. La metáfora no fue casual. Quería lanzarle señales obvias y ver cómo respondía—. Lo has escrito de fábula, con un estilo y un lenguaje tímido en general, pero a veces furioso y lleno de lujuria gramatical, que te engancha, te estruja y te vacía hasta dejarte sin aliento. Un auténtico placer. Y la trama… ¡Ay, la trama! ¡Formidable! No podía parar. Me lo tragué de una sola sentada. Bueno, en realidad, leo tumbado en la cama —le confesó picarón—. Ha sido un verdadero placer bucear entre tus palabras —dijo, y no pudo evitar que se le escapase una mirada furtiva hacia el escote de Guadalupe que ella no pareció percibir—. Lo que te dije, va a ser un éxito; seguro. Pienso dejarme la piel en la promoción.

—¡No sabes la ilusión que me hace que te haya gustado! —exclamó con una inmensa sonrisa—. Que un editor de tu prestigio y talla literaria, con todos los manuscritos que han pasado por tus manos, me haga una crítica tan generosa me hace tener más fe en lo que escribo. Me has hecho muy feliz —susurró zalamera y le dedicó una de las sonrisas más dulces que Gerardo había visto en su vida.

—Tienes que tener fe en ti. Eres una escritora de enorme talento. Este es tu segundo libro. Todavía estás comenzando. Tienes un futuro prometedor y yo te juro que te voy a ayudar todo lo que pueda.

—Me vas a hacer sonrojar —dijo, bajando tímidamente los ojos—. Pero espero que ese futuro se materialice pronto, porque…

—¿Qué te preocupa? —intervino él inmediatamente, como lo hubiera hecho un caballero andante al descubrir a una doncella en apuros—. Noto que algo te está perturbando y no voy a tolerar que eso suceda.

—Me da un poco de pudor —balbuceó en voz baja.

—Puedes confiar en mí. Dime, ¿qué te atormenta? Seguro que tiene solución.

—Veras, el dinero que conseguí con el primer libro, del que todavía me deben una parte, solo me permite vivir como una harapienta en esta ciudad. Si crees que este libro es tan bueno venderás mucho, ¿no? —Él asintió con rapidez—. Entonces, ¿podríais aumentar un poco mis emolumentos? —preguntó, y clavó toda la intensidad de sus ojos en él. Su mirada era tan triste y desesperada que el empresario se la imaginó con jirones en la ropa y famélica.

—¿Ese es todo el problema? —rio con jolgorio—. Esa menudencia la resuelvo yo en un periquete. No quiero verte ni triste ni preocupada. Eres una flor llena de vida. Tranquila, mañana hablaré, no, mejor ahora, voy a llamar a Peláez, que es el jefe de administración, para que redacte un contrato mejorando las condiciones.

Guadalupe le miró con ternura y posó su mano sobre la del empresario, transmitiéndole la calidez del agradecimiento, mayor a medida que oía cómo el jefe ordenaba a su subalterno unas mejoras que la situaban en la órbita de los escritores más afamados y con los que vendían varias ediciones por libro.

Al terminar la cena, dieron un pequeño paseo por los alrededores del restaurante hasta llegar al coche. Si él hubiera hecho una breve llamada, el conductor los habría esperado con la puerta abierta a la salida del establecimiento, pero Gerardo prefirió ese momento de intimidad para iniciar un acercamiento.

No le hizo falta.

Ella se colgó de su brazo y, acompasando sus pasos, se inclinó sobre su hombro, al tiempo que le susurraba lo agradable que había sido la velada.

—Esta noche no debería acabar nunca —susurró, estirando el cuello para fijarse en la luna llena que bañaba de penumbra blanquecina la oscuridad.

Ni que decir tiene que Gerardo no perdió un segundo en mirar hacia el cielo, sino que aprovechó para recorrer con los ojos llenos de deseo el cuerpo de Guadalupe mientras ella estratégicamente se hacía la despistada. Cuando se giró, él con torpeza, buscó su boca salivando de deseo. Ella notó una lengua ardiente que sin orden ni concierto buscaba abrir sus labios y enlazarse con la suya. Cerró los ojos y se imaginó que Ryan Gosling la besaba.

Unas manos tan ávidas como torpes trataron de introducirse dentro de su vestido. Guadalupe lo frenó y, aunque con cierto esfuerzo, logró separarse del hombre ventosa.

—Quiero hacerte el amor, lo deseo desde el día en que te conocí. No puedo esperar más —le confesó nervioso—. Recuerdo que cuando nos conocimos me dijiste que te recordaba un luchador de sumo, enorme y muy masculino —dijo ilusamente halagado—, y tengo una sorpresa para ti.

Ella se negó, pero consentía que él la besara una y otra vez. La contradicción excitaba a Gerardo. Al final, la escritora cedió. Se abriría a él para que a ella se le abriese algo más importante, el futuro.

Llevó a Guadalupe hasta el hotel Puerta de América. Cada planta había sido proyectada por un diseñador distinto y con una temática diferente.

—Desde que me dijiste aquello tan bonito, cada vez que he quedado contigo he reservado una habitación estilo japonés, con la esperanza de que ocurriera un milagro y tú me deseases tanto como yo a ti.

Hasta ahora, Guadalupe había utilizado las dotes que la madre naturaleza le había regalado y había resultado ridículamente fácil. Pero encontrarse en aquella habitación, claustrofóbicamente decorada en negro, con el empresario liberado de la ropa, le hizo sentir una intensa repugnancia ante el aspecto de sapo orondo que él exhibía. El beso apasionado con que él empezó el cortejo le recordó a los sabores de la ensalada, bien surtida de cebolla, y tuvo que hacer un esfuerzo por no indisponerse. Ni pensar en Ryan salvó la situación.

Gerardo, sin embargo, estaba en la gloria, inflamado de ardor viril, eso sí, ayudado por una pastilla azul que hacía un rato había ingerido. Reanudó los requiebros amorosos con tal impetuosidad que casi destroza la cama al desparramar su seboso cuerpo sobre el colchón. El Viagra hacía lo que podía, pero setenta años y obesidad mórbida no daban para muchos milagros. Guadalupe colaboró a una rápida conclusión del encuentro fingiendo un orgasmo escandaloso que produjo en el empresario la inmensa satisfacción de haber dejado el pabellón bien alto, y él a reglón seguido se vació.

Si él supiera, pensó la escritora.

Lo importante era que su editor se sintiera un amante sublime, aunque la realidad no pudiese evitar llevarle la contraria.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, buscando reforzar su ego.

—Sí —gimió ella casi sin voz—. Hace años que nadie me hacía sentir lo que tú esta noche. Soy una privilegiada.

Minutos después, él dormía profundamente entre ronquidos e inmensamente feliz.

Al despertar por la mañana, Guadalupe se acurrucó cariñosa entre los brazos de Gerardo. Había pasado la noche en vela temiendo ser aplastada en cualquier momento por aquella masa, pero, zalamera, le reconoció haber descansado maravillosamente bien después de la noche de pasión. El ego masculino había que cultivarlo y, por su parte, iba a poner el ímpetu de una jardinera profesional para que creciera bien frondoso.

Para Gerardo el amanecer fue una continuación del estado de felicidad que había ido creciendo desde que vio a Guadalupe salir de su casa. Tener a aquella joven entre sus brazos le hizo recobrar la ilusión que su vida entregada al trabajo y a la comida le habían ido robando. Se conformaba con sentirla a su lado, que ella le hablara, le acariciara y compartiera unos instantes de su tiempo. Porque, tras la primera batalla, los efectos secundarios de la píldora azul no fueron los deseados, erecciones múltiples, sino los incómodos, sobre todo un intenso dolor de cabeza y una opresión asfixiante en el pecho que le había hecho despertarse angustiado varias veces durante la noche. Por fortuna, se le pasaron con las primeras luces del alba. La joven Guadalupe tendría que conformarse solo con sus caricias y esporádicamente volver a tener al amante que la noche anterior le hizo proferir gritos de placer.

Tras el primer encuentro, y ya procurando verse en lugares más discretos, continuaron con su aventura. Gerardo anulaba citas y se inventaba viajes para justificar ante su gruñona esposa las ausencias del hogar. Llevaban tantos años casados que ya ni recordaba de qué metal sería el siguiente aniversario de boda. Hacía lustros que el amor había desaparecido, tristemente, sin dar paso a la complicidad de dos compañeros que comparten un mismo viaje. Cada uno iba a su aire, eso sí, manteniendo las apariencias de un matrimonio modélico, que para ser exactos era una sociedad mercantil, de la que ella poseía moralmente la mitad de las acciones. No le aguantaba, pero no figuraba en su orden del día el divorciarse del empresario y renunciar a la fastuosa vida a la que estaba acostumbrada. La edad de él y su quintal y medio de peso la habían tranquilizado de que nadie le arrebataría lo que le pertenecía por derecho, pero, aun así, tenía siempre medio párpado abierto y vigilaba con discreción cualquier cambio en los hábitos de su marido, no fuera a merodear alguna zorrita por el gallinero. Debía proteger el negocio familiar, no solo suyo, sino también de los cuatro hijos del matrimonio, el primogénito y tres chicas. Los cuatro trabajaban en la editorial, aprendiendo los entresijos de una empresa que algún día heredarían y de la que el varón sería el presidente, algo que anhelaba con ansia. Todavía debería esperar. A su padre solo le jubilaría la muerte. Hasta entonces controlaría con mano férrea las riendas de la editorial.

Gerardo estaba tan obsesionado con la joven Guadalupe, la deseaba tanto, que quería deslumbrarla a cada minuto que pasaba a su lado. Viajes en clase *business*, *suites* presidenciales en hoteles de cinco estrellas, desayunos fastuosos, los mejores restaurantes; todo lo que se podía comprar con dinero. Sin embargo, había algo muy masculino que no se solucionaba con un golpe de muñeca y una banda magnética. El sexo. A falta de un cuerpo hercúleo con el que ejercitar posturas variadas e imposibles, quería demostrar a Guadalupe que era un amante tan experimentado que cada roce de una de las yemas de sus dedos la haría vibrar hasta el paroxismo y que cada vez que sus cuerpos se fusionaran en uno provocaría que ella alcanzase el clímax, al menos un par de veces, antes de verterse ruidosamente en su interior. No había nada más humillante para un hombre que presentar batalla amorosa y caer de la montura al primer envite. Para lograr mantenerse en la silla y hacer feliz a su dama olvidaba los nefastos efectos secundarios que podía implicar tomarse la pastilla azul. Aquella mujer le hacía desterrar prudencia y razón.

Los encuentros se intensificaron y se fue estableciendo una pequeña complicidad fruto de las muchas confidencias que Gerardo acabó compartiendo. La escritora aprendió mucho del empresario. La experiencia de toda una vida y la amplia cultura que poseía fueron una escuela muy instructiva. Él, a cambio, gozaba de su cuerpo, disfrutaba de su compañía y se contagiaba de su juvenil forma de vivir. Había pasado de arrastrarse por la vida a deslizarse feliz, de tener gesto serio a no parar de sonreír, de dejar explotar su ira por naderías a desdramatizar los conflictos. Era feliz, feliz con mayúsculas, feliz en un letrero de neón que podía verse desde el espacio.

En noviembre se publicó el segundo libro. Y, tal y como le había prometido

Gerardo, la editorial se volcó en la promoción. Guadalupe estaba radiante. Iba camino de conseguir sus sueños. Seguía en la facultad, ya matriculada en cuarto curso, intentando compaginar estudios, escritura y las demandas de encuentros que su mecenas le requería. Un día, en el bar de la facultad, un amigo le contó que sus padres se habían decidido a comprar una casa hartos de la sensación de provisionalidad del alquiler. La idea se ancló en su cerebro y a lo largo de aquella tarde estableció un paralelismo con su propia vida y le embargó una extraña inquietud. Había construido un castillo de frágiles naipes y cualquier avatar podría desmoronarlo. Nada ataba a Gerardo a su lado. Podía cansarse de ella y encontrar a otra. Sintió tal vértigo por la transitoriedad de su estatus, después de tanto esfuerzo y sacrificio, que decidió manipularlo para obtener una recompensa mayor.

Pocos días antes de terminar el año, mientras cenaban en la terraza privada de la habitación del hotel Meliá Madrid Reina Victoria, consiguió su propósito. Gerardo dio el paso.

—Faltan pocos días para que finalice, no solo el año, sino el siglo y el milenio. Se va a producir un cambio brutal. Algunos derrotistas auguran el principio de múltiples desastres, pero yo creo que se equivocan, que significa el inicio de un brillante futuro y he decidido que el mío quiero compartirlo contigo. Sé que la diferencia de edad es grande, cincuenta años, que parecemos, tú, la Bella y yo, la Bestia, pero estoy loco por ti y quiero que seas mi esposa. ¿Querrás concederme tu mano? —preguntó meloso, empujando hacia ella una caja de terciopelo azul en cuyo interior relucía un brillante enorme.

Guadalupe fingió una enorme sorpresa. Claro que iba a aceptar, ese matrimonio le supondría la estabilidad y el estatus que ansiaba. ¿Que él era poco agraciado? Sin duda, aunque se consolaba pensando que a todo se acostumbra uno con el tiempo. Lo que poseía auténtica belleza era su cuenta corriente, tantos ceros convertían a Gerardo en irresistible. Hasta que llegase la boda seguiría sometiéndose a todos sus deseos. Dejaría que la lujuria corriese por su torrente sanguíneo.

—Gerardo, sería inmensamente feliz de poder compartir mi vida contigo. Pero…

Quedó en silencio, sin concluir la frase ni el pensamiento. Frunció los labios en un gesto de tristeza.

—¿Pero qué? —preguntó inquieto él, que de repente sintió verdadero pánico a perderla—. ¿Cuál es el problema? —inquirió desesperado.

—No quiero que te enfrentes con tu familia por mí. No entenderán que queramos vivir nuestro amor, nos juzgarán llenos de prejuicios. Te odiarán y te darán la espalda. Serán tan ciegos que no serán capaces de ver que, como en el cuento de Disney, la belleza está en el corazón.

—No es esa la pregunta que tienes que contestar, ni el problema que debes de plantearte. Me emociona tu generosidad pensando solo en mí. Pero lo que quiero que me digas es si te quieres casar conmigo. Nada más. De lo otro ya me ocuparé yo.

—Gerardo, sí, la respuesta es sí. Me casaría contigo ahora mismo. —Y lo besó apasionadamente en la boca.

Gerardo irradiaba felicidad. Tanta que se sintió incluso que, si se lo proponía, podría hacer el pino allí mismo. Aquella mujer le hacía sentirse invencible. Capaz de conquistar el mundo si quisiera.

—¡Es todo lo que yo quería saber! —exclamó—. Vamos a ver si entra este anillo en tu precioso dedo.

Esa noche Guadalupe hizo gozar al empresario como ya no recordaba. La pasión y el ardor de la escritora se dispararon hacia la estratosfera. El futuro que se abría ante ella bien valía un agradecimiento muy sexual, tanto que a medianoche Gerardo, a escondidas, repitió dosis de pastilla azul para poder hacer frente con masculinidad a los requerimientos de la escritora, que se mostraba dispuesta a continuar hasta dejarlo seco. ¡Al diablo con los efectos secundarios!, pensó. Aquellos momentos de intenso placer bien merecían la pena a pesar de las molestias desagradables en el pecho.

La curva de la felicidad de Guadalupe descendió días después cuando comenzaron a hablar de la fecha de la boda.

—Amor mío, tendremos que esperar a mitad de año.

—¿Por qué tanto tiempo? —preguntó molesta la escritora.

—Mi hija pequeña se casa en junio. Yo la llevo al altar y no quiero estropearle ese día tan especial. Pero te prometo que después me divorciaré y me casaré contigo.

Guadalupe tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el brote de una protesta y decidió mostrarse aparentemente comprensiva pero también triste. Tensando la cuerda pero sin romperla. Tenía que seguir jugando bien sus cartas.

—Si no hay más remedio —concedió.

—Mi pequeña, te juro que te compensaré por tu generosidad y comprensión.

Guadalupe imaginó una pulsera de diamantes, y el trago se le hizo menos duro.

La rutina de la universidad, comenzar a escribir un nuevo libro y los encuentros con Gerardo hicieron que mediados de junio se presentase en su vida casi sin darse cuenta.

El día anterior a la boda de Mariola, la hija pequeña del escritor, Guadalupe se despertó feliz. El plazo que le había dado su amante estaba a punto de concluir y la pulsera de oro macizo que le regaló bien había valido la espera. A la vuelta de la esquina le esperaba un futuro económicamente estable en el que se iba a afianzar. La noche anterior al enlace, un viernes, Gerardo quiso cenar con ella, como hacían siempre, en su discreta habitación del Reina Victoria, con la plaza de Santa Ana a sus pies. Esta vez no podía quedarse a dormir. No había encontrado ninguna excusa que dar a su mujer y la prudencia le impuso que amaneciera en su cama. Pero quería celebrar por todo lo alto con la escritora que al día siguiente anunciaría a su mujer que su matrimonio había concluido. Tras la cena, y ya acostumbrado a unos placeres que antes tenía olvidados, se metió para el cuerpo dos Viagras e hizo el amor con Guadalupe con una intensidad que incluso sorprendió a la escritora. El polvo que antecedía a la libertad, lo llamó. Ella rio la gracia pero para sus adentros pensó que cuando se casaran ya se encargaría ella de que se cuidara y no cometiera excesos con las píldoras pitufas. Muy equivocado estaba si pensaba que iba a seguir aguantando su desagradable y sudoroso cuerpo con la misma intensidad que hasta ahora. Ya dosificaría ella esos momentos.

—Adiós, preciosa. —Y la besó suavemente en los labios—. Descansa bien. Yo me voy al tormento de mi casa con la raspa de mi mujer. Mañana te llamaré en cuanto pueda quedarme un ratito a solas. ¡Qué ganas tengo de que pase esta boda!

Guadalupe disfrutó de las comodidades de la habitación. Descansó muy bien en

la gigantesca cama, esta vez totalmente suya. Amaneció feliz y rezongó durante un buen rato entre las sábanas haciendo planes para su inminente futuro de mujer millonaria.

Llegó a su casa a mediodía. ¡Qué deprimente resultaba aquel lugar! Desde el portal ya se aspiraba el olor rancio, a comida y falta de ventilación. Al abrir la puerta del piso el aspecto viejo y desgastado del mobiliario se le hizo más evidente, en contraste con el lugar que acababa de abandonar, todo renovado y lujoso. Entró en su habitación, cerró la puerta y se sentó a escribir. Minutos después, Ana asomó sin llamar.

—¿Se puede saber dónde te pierdes? No sabíamos ni si ibas a venir a comer —le reprochó su prima.

Guadalupe contempló su cara de amargada, le hizo un gesto con la mano despidiéndola y se volvió a concentrar en su ordenador, un portátil que Gerardo le había regalado para que pudiera escribir mientras le esperaba en la habitación del hotel.

Maldijo a su prima. Menuda desagradecida. Sus padres la habían acogido como una hija en su casa, obligando a Guadalupe a compartir con ella todas las estrecheces que su presencia producía, y ahora, que tenía acceso a los millones por la indemnización del accidente de sus padres, la muy rácana no había hecho el más mínimo gesto de ayudar a su madre y a ella para hacer un poco más llevadera la escasez en que vivían. ¡Que se lo guardara todo para ella! En poco tiempo, estaría nadando en la abundancia, y ella seguiría amargada, fea y sola en aquella lúgubre casa.

En casa de su madre comer viendo el telediario se había convertido en una costumbre. Antes de aquello, cuando no había televisión, había sido escuchar el parte, que decía su padre, mientras compartían la comida. Las señales horarias de Radio Nacional eran como el imán que les atraía poderosamente hacia la mesa. Pero cuando entró la tele en su casa y pasó a presidir el salón, fue el telediario de la única cadena que existía, Televisión Española, el que llenaba de sonido la estancia y evitaba el diálogo entre las tres mujeres, algo que Guadalupe agradecía.

Ana había puesto ya la mesa y el primer plato. Ese día tocaba ensaladilla rusa.

—Guadalupe, enciende la tele, que va a empezar el parte —pidió Sofía, mientras acercaba la jarra de agua desde la cocina.

—Ay, mamá, pero qué atrasada estás. El parte, el parte —repitió, poniendo voz de vieja cascarrabias—. Eso es de la época de la oprobiosa. Ahora se llama telediario —la corrigió su hija.

—Vale, vale. Hay cosas tan arraigadas que no hay forma de que cambien. Para mí, las noticias de mediodía siempre serán el parte. —Y rio quedamente.

La sintonía del telediario inundó la sala y la voz de la locutora comenzó a relatar en titulares las noticias más destacadas que iban a desarrollar a lo largo de los siguientes treinta minutos. De pronto, a Guadalupe se le atragantó la comida.

—El famoso editor Gerardo Montesinos ha fallecido repentinamente en su domicilio. Se da la fatídica coincidencia de que hoy se celebraba la boda de su hija menor, Mariola Montesinos, en la que él era el padrino. A primera hora de la mañana, su esposa le encontró sin pulso en la cama. Los intentos de reanimación de los

servicios sanitarios resultaron infructuosos. Al parecer, Montesinos falleció por causas naturales mientras dormía —anunció Ana Blanco, la presentadora que salía en la pantalla.

—¿Estás bien, hija? —preguntó su madre al ver la palidez de su rostro y su quietud. Guadalupe no respondió. Tenía los ojos clavados de la pantalla.

—¿El muerto no es el dueño de la editorial que publica tus libros? —preguntó Ana inquisitiva—. Que se muera no afectará en nada a tu carrera como escritora, ¿no? Supongo que tendrás un contrato bien amarrado.

Guadalupe fue incapaz de contestar. A duras penas pudo terminar la comida. Necesitaba urgentemente obtener información. Se ausentó antes de que terminaran su madre y su prima con el pretexto de sentirse indispuesta. Ya en su habitación buscó frenéticamente novedades sobre el fallecimiento en los informativos de las distintas emisoras. No ampliaban mucho más lo que habían contado en televisión. Solo en la COPE explicaron que la causa de la muerte se había debido a un infarto de miocardio, derivado de los problemas cardiacos que arrastraba el empresario.

Guadalupe golpeó con furia un cojín una y otra vez.

—¡Hijo de puta, maldito hijo de puta, cabrón, desgraciado! —gritó—. ¿Quién te mandó morirte ahora? ¡Hijo de puta! ¡Mierda de Viagra!

Cuando se hubo agotado rompió a llorar tirada sobre la cama.

—Tenías que follar, el polvo antes de la libertad, dijiste, sin importarte en qué situación me dejabas a mí —balbuceó entre lágrimas—. Solo pensabas en ti, maldito egoísta. Meses aguantando tu baboseante boca, tragándome la repugnancia que me producía tu cuerpo, ganándome a pulso que me ofrecieras un futuro seguro, y vas tú y te mueres. ¿Qué voy a hacer yo ahora? —gimió desesperada y derrotada.

5

Guadalupe intentó encajar el duro revés sufrido. Había volcado tantas ilusiones en el asegurado futuro que le ofrecía su matrimonio con Gerardo que jamás se planteó que algo pudiera fallar antes de la boda. Después, ya era otro cantar. Incluso había fantaseado con la posibilidad de enviudar rápido. Le fascinaba tanto la idea que recurrentemente jugaba con ella en la cabeza, como el que se ilusiona con que le va a tocar la lotería y sueña en qué se va a gastar el premio.

Al desconcierto inicial, le siguió un odio visceral y palpitante. Aquel viejo repugnante había disfrutado de su cuerpo con muy poca recompensa. Una ridícula pulsera de oro macizo, un ordenador portátil y un anillo con un brillante. La rabia consumió sus energías, hasta el punto de que no tenía fuerzas ni para comer. Encamó, incapaz de sostenerse en pie. A veces su madre escuchaba alaridos que salían de su habitación. Eran aullidos agudos de pocos segundos que le helaban la sangre. La primera vez acudió rauda a socorrer a su hija. Al abrir la puerta observó a una mujer poseída, con la garganta tensa, los ojos desorbitados, con espuma cayéndole de la boca, que le chilló que se largara a la vez que le lanzó la obra poética completa de Miguel Hernández que Gerardo le había regalado. Afortunadamente, con mala puntería.

A Sofía se le erizaba el vello al escucharla, pero desde aquel primer episodio solo se atrevía a arrimarse a la puerta y a preguntar desde fuera si estaba bien. Nunca obtuvo respuesta. Una semana después los aullidos desaparecieron y Guadalupe permitió que su madre le llevase alguna sopa caliente. Recuperó algunas fuerzas, aunque se había quedado tan escurrida que la piel le colgaba mustia, como las hojas de las plantas secas. Un buen día se levantó y comenzó a escribir, quizá el instinto, quizá como forma de terapia. Aporreaba las teclas de forma frenética. A su madre le daba lo mismo el ruido. Lo que le importaba es que por fin comenzaba a recuperarse y a comer más.

Para Guadalupe era una forma de no pensar, de avanzar solo con la imaginación en un terreno en el que ella, y solo ella, decidía el futuro. Nada ocurría sin su consentimiento. Lo había empezado a escribir hacía pocos meses, su tercer libro. Gerardo deseaba publicarlo, justo un año después del anterior, en el mes de noviembre, listo para la campaña de Navidad. Por eso la espoleaba continuamente. Lo había titulado provisionalmente *La avaricia de la felicidad*. ¡Qué sarcástico sonaba en esos momentos de su vida! Aunque no era biográfico, mucha de su rabia y de su frustración la plasmó en el protagonista, un muchacho de buena familia, que, incapaz de soportar los reveses de la vida, se refugiaba en la droga buscando la felicidad.

Sofía llamó con suavidad a la puerta de su habitación antes de abrirla. Desde el principio de la crisis de su hija, procuraba andar casi de puntillas para no molestarla y por miedo a sus ataques de ira. Sospechaba que la muerte del editor la había sumido en el estado de malhumor permanente en que se encontraba y hacía cábalas sobre la relación que había entre ellos, pero sin atreverse ni por asomo a insinuar nada ni a formular una pregunta.

—Cielo, te llama por teléfono la secretaria de don Ricardo Montesinos —le

anunció una mañana con cierto resquemor porque no sabía cómo iba a reaccionar—. Insiste en hablar contigo.

El nombre devolvió a Guadalupe de golpe a la realidad.

—Dile que ahora me pongo —contestó con tono seguro, tras unos segundos de reflexión.

Necesitaba unos instantes para reponerse de la sorpresa. Aquella llamada la inquietaba, aunque no sabía muy bien cuál era la razón. Una mujer, con extraordinaria amabilidad, la citó esa misma tarde a las seis, para una entrevista con el nuevo director. ¿Qué querría el hijo de Gerardo, bueno, a decir verdad el nuevo jefe?

Guadalupe se vio reflejada en las puertas de cristal que daban acceso a las oficinas de la editorial. Había meditado mucho qué indumentaria ponerse y al final se decidió por un vestido negro, sin mangas, con recatado cuello barco y unas sandalias también negras con plataforma y vertiginoso tacón. Todo regalo de Gerardo durante el viaje que hicieron a Roma unos meses antes. Al mirarse al espejo se dio cuenta de que el vestido le quedaba un poco holgado. Aun así su imagen transmitía elegancia y discreción. Sin llegar a ser virginal ni tampoco provocativa.

La secretaria la atendió en cuanto salió del ascensor.

—Buenas tardes, doña Guadalupe. Es un placer conocerla. El señor Montesinos la recibirá ahora mismo —le explicó mientras la acompañaba hasta la puerta. Llamó con los nudillos y, tras anunciar su presencia, la sostuvo para que la escritora entrara.

Nunca había visitado el despacho de Gerardo y el impacto visual fue un trallazo. Un inmenso retrato, casi proporcional a la enorme corporalidad de su amante fallecido, presidía la estancia. Su visión la dejó por segundos paralizada de la sorpresa. Debajo del cuadro, sentado tras una gran mesa llena de papeles, el nuevo propietario la observaba con curiosidad. Aquel hombre era, sin duda, hijo de su padre, aunque a una escala más reducida.

—Buenas tardes, Guadalupe —saludó con una gran sonrisa dibujada en su cara. Se levantó del asiento y se acercó a ella con la mano tendida como buscando el encuentro—. Permítame que me presente, soy Ricardo Montesinos. —Y girándose hacia el gran cuadro, le aclaró—: Su hijo, como puede imaginarse.

—Encantada de conocerle —respondió Guadalupe sin concederle la sonrisa. Prudente. Todavía no sabía por qué derroteros discurriría la reunión—. Lamento mucho la muerte de su padre. Es una gran pérdida.

—Gracias. Tiene razón, es enorme el vacío que deja entre nosotros. ¿Nos sentamos? —preguntó al tiempo que rozaba con delicadeza su codo para conducirla hacia un largo sofá Chesterfield de color marrón oscuro. Obviamente, por su maniobra, le importaba un bledo cuál fuera su respuesta. Guadalupe supo que a aquel hombre, aunque envuelto en educación y normas sociales, le gustaba mandar y que se cumplieran sus deseos. La invitó a sentarse, mientras él se acoplaba en uno de los dos sillones Chester situados a los lados. A pesar de que este espacio estaba situado en un extremo del despacho, el cuadro del editor fallecido parecía vigilarles desde lejos.

—¿Quiere tomar algo? ¿Vino, agua, Coca-Cola, un güisqui? ¿Qué le apetece?

«Salir corriendo de este lugar tan oscuro y lúgubre, que me da mala espina», pensó.

—Una Coca-Cola *light* estaría bien, gracias —pidió sin que realmente le

apeteciera. Tan solo supuso que de esa forma la secretaria volvería a hacer acto de presencia. Una alarma interior le había hecho responder instintivamente así.

Contrariada, observó cómo Ricardo se levantó y se acercó a un pequeño bar. Fue como arrojar un leño al fuego de su intranquilidad. Trató de calmarse estudiándole. Su parecido con el padre se limitaba a los rasgos faciales. Creyó recordar que Gerardo le había dicho que tenía cuarenta y cinco años. Guadalupe reconoció que conservados en un espléndido cuerpo musculado y atlético, al que el traje se le ajustaba como si fuera su segunda piel. Resultaba increíble que el viejo editor hubiera engendrado un ser tan atractivo.

—Si no le importa, después de una larga jornada, yo me voy a tomar un güisqui con hielo. ¿No se anima a acompañarme?

Guadalupe ensordeció las alarmas que chillaban en su interior y aceptó. Rechazar la invitación le pareció una descortesía.

—De acuerdo, pero con mucho hielo y poco líquido. No estoy acostumbrada a beber alcohol.

Él le acercó el vaso, tallado con figuras geométricas.

—Es un vaso precioso —dijo con admiración.

—Sí, muy cierto. El juego con la licorera es una hermosa obra de cristal checo que compré en Praga hace muchos años para regalárselo a mi padre. No le gustó. Lo guardé pensando que algún día lo utilizaría aquí. —E hizo una señal con el brazo que abarcó el espacio del despacho—. Es lo primero que traje cuando asumí la presidencia de la editorial. De hecho, los vamos a estrenar. —Y entrechocó el suyo con el de una Guadalupe que sonrió desconcertada por las intimidades que sin motivo aparente le acababa de revelar.

Ricardo volvió a sentarse en el sillón. Jugueteó con el vaso haciéndolo rodar entre las dos palmas, se aclaró la garganta y empezó su exposición. Habló con un tono de voz bajo y de manera pausada.

—Han pasado muy pocos días desde la muerte de mi padre, pero la empresa no admite demasiada demora para el duelo —comenzó a decirle—. Los negocios son los negocios. Así que no me ha quedado más remedio que ponerme rápidamente al día de los asuntos más urgentes. Le puedo asegurar que llevo muchas horas encerrado aquí, hablando con empleados y consultando documentos hasta hacerme una idea de cómo están, a fecha de hoy, las cuestiones de la editorial. Gerardo lo llevaba todo de manera personal, sin delegar casi nada y hemos tenido que realizar un esfuerzo titánico para analizar la información. Es curioso, porque, aunque llevo más de veinte años trabajando aquí, nunca compartió conmigo o con mis hermanas nada de la organización, de las decisiones adoptadas o de los planes de futuro. Debía de considerarse inmortal.

Calló durante unos momentos, dejó el vaso en una mesita y, dándose una palmada en la pierna, como si acabara de tomar una decisión, se levantó y se acercó hasta la mesa de trabajo. Cogió varias carpetas y retornó a sentarse en el sillón. Guadalupe, intrigada, le siguió con la mirada. El hombre alejó el vaso que ya había vaciado y colocó las carpetas, revisándolas mientras seguía hablando.

—Son muchos los escritores cuya obra hemos editado. Uno de mis primeros pasos está siendo entrevistarme con cada uno de ellos, me refiero a los españoles,

claro. Quiero conoceros a todos —dijo, señalándola, y Guadalupe respondió al leve gesto con una sonrisa de agradecimiento—, y también examinar los contratos y aseguraros que, aunque tengo intención de darle un nuevo aire a esta empresa, seguiremos editando vuestros libros y, desde luego, se respetarán escrupulosamente los acuerdos que teníais con mi padre.

Guadalupe se relajó. Ahora entendía el porqué de la reunión. Ricardo parecía dispuesto a referirse a ella en concreto. Más confiada, se terminó la copa. Se apoyó en el respaldo de aquel carísimo e incomodísimo sillón. Le habría ido muy bien a Gerardo, que lo llenaría con su humanidad, pero a ella le resultaba muy difícil encontrar una postura y, tras varios movimientos, terminó hallando mejor acomodo colocando un cojín en su espalda. El hombre la miró divertido.

—Son incómodos de cojones, perdone mi vulgaridad. Tienen sus días contados. Mi idea es cambiar la decoración de este sitio. Esto parece que está hecho más para que la gente se vaya enseguida que para que se sientan cómodos hablando con su editor. —A Guadalupe le pareció un comentario inteligente y una gran idea, pero no dijo nada—. Señorita Romero —continuó Ricardo—, he estado estudiando detenidamente su expediente. Hasta ahora hemos publicado dos libros suyos. Si me equivoco, me corrige. Uno en noviembre del noventa y ocho, *Los diablos de tu alma*, y otro, también en noviembre, del año siguiente, *Las letras sin libros*. El primero tuvo una excelente acogida de crítica, pero escasa de ventas; el segundo lleva ya tres ediciones y parece que sigue gustando mucho, aunque tampoco llega al nivel de un *best seller*. —Guadalupe asintió. Ricardo comenzó a pasar hojas de la gruesa carpeta en la que había leído esos datos. Al cabo de unos minutos de silencio, prosiguió hablando—: Y por lo que veo, está trabajando en una tercera novela, cuyo lanzamiento se suponía que sería a finales de este año. ¿Cómo la lleva?

—Efectivamente, estoy preparando otra novela. Va muy avanzada. Yo creo que a mediados de septiembre la tendré terminada y lista para entregar.

—¿Alguien ha leído sus avances? Me refiero a alguien de la editorial —preguntó interesado Ricardo. Parecía necesitar que le proporcionaran más información de la que tenía.

—El único que leyó parte de lo que había escrito fue don Gerardo. —La cara interrogante del hombre, intentando conocer cuál había sido su parecer, animó a la escritora a continuar—: Está mal que yo lo diga, pero le gustó mucho. Pensaba que sería un superventas. Estaba ansioso por que la terminara.

—¡Ah! ¡Qué extraño! No he encontrado ninguna anotación en su expediente y con el resto de los escritores sí las hacía. Bueno, supongo que las tendría en la cabeza. —Durante unos segundos se mantuvo en silencio. Fue un vaticinio de que iba a cambiar de asunto—. Hay un dato que me llama mucho la atención en estos papeles. Después de publicar su primer libro, sorprendentemente se varió su contrato. Mi padre le aumentó los honorarios y porcentajes de *royalties* a niveles similares a los de nuestros escritores más populares y exitosos. Además, el precontrato, que aún no había firmado, pero que ya estaba redactado para esta tercera novela, también es sorprendentemente beneficioso para una escritora, y perdone mi atrevimiento, novel como usted, aunque he de reconocer que bastante buena.

—¿Qué insinúa? —preguntó Guadalupe, molesta.

La miró fijamente a la cara y percibió desconcierto en la mujer.

—Se me ocurrió que quizá usted tenía una aventura con mi padre. ¡Qué idea más estúpida, ¿no?!

—Sí, muy tonta —respondió sin seguridad en la voz Guadalupe, pero se recompuso enseguida—. Hasta ofensiva. Su padre y yo manteníamos una relación estrictamente profesional.

—Eso pensé yo. Que una mujer tan atractiva y joven que podría tener a cualquier hombre, cualquier millonario a sus pies, no necesitaba humillarse como una prostituta y acostarse con un vejestorio, gordo y repugnante.

—Su padre disponía de una inteligencia que lo hacía muy atractivo.

—Ya —concedió Ricardo—. Le voy a reconocer que hice gestiones. Contraté a un detective que revisó todos los papeles. ¿Sabe lo más sorprendente?

—No —respondió nerviosa. ¿Habría encontrado algo que probase su relación?

—No hay rastro de mi padre desde hace meses. Ni una factura de restaurante, ni un hotel, ni movimientos extraños en la Visa. Como si estuviese ocultando algo. Debió de pagar en efectivo para que nadie pudiera rastrearle.

—Su padre era una persona muy discreta —dijo, y enseguida supo que se había metido en un berenjenal—. Bueno, al menos esa fue la impresión que me dio. No es que fuéramos amigos, ni mucho menos.

—Le he dado muchas vueltas. Muchas. Desde que Gerardo dejó de usar la tarjeta hasta su muerte solo hay una anomalía destacable, el cambio en sus condiciones de su contrato.

Guadalupe quiso esbozar una protesta, pero Ricardo extendió las dos palmas de su mano pidiéndole que esperara.

—Si a eso le unimos que, cuando revisé la ropa que se quitó antes de acostarse, encontré en su cartera dos pastillas de Viagra, para mí la cosa está muy clara. La única explicación es que se había encaprichado de usted. Conozco muy bien a mi padre, cuando quería algo lo conseguía, aunque tuviese que pagar un alto precio. Siempre fue así. Deseó tener la mejor editorial del país y no le importó sacrificar a su familia hasta conseguirlo. No había Navidades, cumpleaños, Reyes o demás fechas importantes para sus hijos en los que él estuviera en casa. Solo vivía para la editorial. —Había elevado el tono de voz y rezumaba rencor y desprecio en sus palabras—. Y si a usted la quería para él, debió de insistir mucho hasta conseguirla.

Súbitamente se levantó y se acercó a una Guadalupe sorprendida, no solo por la agresividad de su mirada sino por el enorme bulto que se marcaba en su entrepierna. Como en una pesadilla, sintió el cuerpo de él aplastándola contra el sofá y su mano subiendo entre sus piernas.

—Lo que no consigo comprender es cómo accediste tú a tirarte a ese monstruo —oyó que le gritaba con voz muy ronca.

Guadalupe estaba en *shock*, paralizada, sin capacidad para resistirse. Ricardo le arrancó las bragas y embistió con furia.

La escritora vivió los siguientes minutos como algo irreal. Algún mecanismo de defensa le permitió aislarse en un rincón de su cerebro y observar la terrible escena desde fuera, sin sentir su propio cuerpo. Era como una espectadora que contemplaba una película en la que la protagonista sentía el deseo violento de Ricardo poseyéndola,

como si quisiera dejar claro que aquella tierra le pertenecía, clavando su bandera una y otra vez.

De repente, el agresor tiró con fuerza del pelo de Guadalupe y colocó su cuello en una postura casi imposible.

—Mira bien su retrato —le susurró al oído, sin dejar de moverse—. ¿Ese hombre mereció la pena? Era un saco de grasa asqueroso.

Ricardo también clavó los ojos en el cuadro y se dirigió a él como si pudiera oírle.

—So cabrón, mírame —le impelió con rencor—. Ahora todo lo tuyo es mío, de ese hijo al que siempre despreciaste. ¡Todo mío! Hasta ella. Me la estoy follando delante de ti, para que veas que pienso arrebatarte todo lo que te pertenecía. ¡Ojalá te pudras en el infierno!

Y con ese grito vació su ira dentro de la escritora.

Cuando se retiró, Guadalupe, conmocionada, sin decir palabra, se colocó la ropa como pudo. Recogió sus bragas rotas y las apretó con fuerza dentro de su mano intentando concentrar en ese gesto todo el asco que le producía la situación. No sabía qué hacer, solo deseaba salir corriendo de allí, pero estaba paralizada, sentada en el borde del sofá, sin tomar una decisión. Ricardo, agitado, se sirvió otra copa y la vació de un trago. Luego se sentó en el sillón a observarla.

—Tu contrato para la nueva novela se redactará en unos días. Ya te avisarán para que vengas a firmarlo. Desde luego, será más acorde con tu experiencia como escritora. Ahora, lárgate. Y cierra la puerta al salir.

Guadalupe obedeció sin ser capaz de emitir un sonido. Solo quería llegar a su casa y ducharse. Durante más de una hora se restregó con fuerza, hasta sentir dolor, para arrancarse el asco que el recuerdo de Ricardo tocando su cuerpo le producía. Pero, por mucho que el agua corriera, su piel había quedado impregnada del olor a la humillación que había sufrido.

6

Guadalupe se estiró el vestido blanco mientras el ascensor subía a toda velocidad hacia el despacho de Ricardo Montesinos. Lo había elegido a propósito, justo el color contrario del que llevaba el día de la agresión, y este lo había pagado ella. Observó su escote. Ofrecía una imagen generosa de la profundidad del seno comprimido por el volumen, ahora mayor, de sus pechos. Imposible que un hombre no centrara su mirada en aquel canal y se perdiera en él. Esta vez sí quería provocar deseo. Antes de salir del ascensor le vino a la memoria la terrible escena vivida dos meses atrás; la humillación, la repugnancia del olor a violencia adherido a su piel, la huida precipitada y el pequeño alivio que sintió cuando a su espalda se cerraron las puertas y apretó el botón de bajada. Tirada en una de las esquinas del elevador, las lágrimas nublaron sus ojos y lloró amargamente.

Hoy regresaba pisando fuerte. Tenía un as en la manga que le permitía dibujar su destino y, lo más importante, someter a su violador a ese futuro. Tras la funesta experiencia había tenido tiempo para pensar y había aprendido que ningún hombre hollaría su cuerpo salvo que ella lo deseara. Lo utilizaría como moneda de cambio si le merecía la pena, pero, desde luego, ya no dejaría nada al azar como le ocurrió con Gerardo: la compensación tenía que haberse materializado antes de que nadie siquiera le rozase un pelo.

Al salir del ascensor se encontró con la misma secretaria de la otra vez, que se tragó la mentira de que Ricardo le había llamado de urgencia y le estaba esperando. Como ocurrió dos meses atrás, la acompañó al despacho del jefe de la editorial. Hasta ahí las semejanzas, porque en esta ocasión Guadalupe se le adelantó y abrió la puerta con decisión. La secretaria se quedó tan estupefacta que a la escritora le dio tiempo a cerrarla de un portazo sin que la joven siquiera pudiera abrir la boca. El estruendo captó la atención de Ricardo Montesinos. La escritora dejó que la contemplara. Adivinó sorpresa en sus ojos y luego lascivia. Guadalupe se acercó despacio, sin romper la conexión visual, con un movimiento cadencioso que imprimía un vaivén sensual a sus caderas y hacía que sus pechos se balancearan suavemente. Lo hizo adrede. Le estaba provocando.

Sin dar tiempo a que abriera la boca, se sentó en una silla, delante de su mesa y cruzó con parsimonia las piernas.

—¡Qué bueno que hayas venido a visitarme por sorpresa! He pensado mucho en nuestro último encuentro —rompió el hielo Ricardo, que se apoyó en el respaldo de la silla y entrelazó sus dedos tras la nunca para dar la sensación de relajo.

Como toda respuesta, Guadalupe miró en rededor.

—Veo que has cambiado totalmente la decoración del despacho. He de reconocerte que así es mucho más acogedor. Te felicito por el buen gusto.

—Gracias —respondió orgulloso el editor.

—Has quitado el cuadro de tu padre —comentó, mirando el espacio vacío que había sobre su cabeza—. Supongo que vivir a la sombra del gran ser humano que era no te resultaría fácil.

Ricardo sintió cómo el comentario laceraba su orgullo y la sangre le invadía el

rostro. Como a un troglodita, por toda respuesta le salió ira.

—La opinión de una buscona me importa un bledo. Y te recuerdo que soy tu editor y que tu contrato todavía no está redactado.

—No es del contrato de lo que pretendo hablarte. Ese tema puede esperar. Vengo a contarte algo mucho más importante.

—Tú dirás —invitó con rictus serio.

Guadalupe sacó un sobre de su bolso y se lo enseñó. Lo sostuvo como si fuera un capote, llamando la atención de un toro para que entrara al quite.

—¿Qué hay dentro? —preguntó inquieto.

—Léelo tú mismo. —Y se lo arrojó por encima de la mesa con desdén.

Ricardo buscó un abrecartas en el cajón, tratando de aparentar indiferencia, una sensación que no tenía. La seguridad de Guadalupe, su displicencia y la arrogancia con la que le estaba tratando vaticinaban malas noticias. Temía lo que pudiese contener aquel sobre, pero controló sus nervios y no rasgó el envoltorio, sino que lo cortó con el filo del abrecartas.

Guadalupe le observó mientras leía el contenido. La mirada que él le devolvió fue primero de incertidumbre, pero después de repasar un par de veces el contenido se volvió con extrema fiereza, como la de un animal que se sabía acorralado.

—¿Esto qué es? —preguntó con desprecio—. Nada tiene que ver conmigo.

—Tu padre tenía muchas más luces que tú. Salta a la vista. Él construyó el negocio y lo hizo prosperar. Tú solo lo has heredado —volvió a lacerarle—. El papel que tienes entre tus manos es la confirmación de mi embarazo y sí tiene que ver contigo —dijo, enfatizando la afirmación—. Tanto como que eres el padre de la criatura que llevo en mi seno. Por si te has olvidado, en nuestra última entrevista no te acordaste de ponerte un preservativo. Fue tal tu apremio sexual que no perdiste ni un segundo. Comprensible, por otro lado, en un eyaculador precoz —se mofó de él.

Ricardo sintió como si le hubiera aguijoneado un enjambre de avispas furiosas y, colérico, se preparó para aplastarlas con la mano.

—A ti nadie te ha follado en la puta vida como yo lo hice. En vez de agradecérmelo, me acusas de haberte dejado preñada. Las de tu calaña se abren de piernas ante el primero que le abulta un poco la cartera. Ese hijo que llevas dentro puede ser de cualquiera, ¿por qué he de creer que es mío? ¿Qué pruebas tienes? —respondió arrogante.

—Tranquilízate y no pierdas los nervios, que te lo voy a explicar de un modo bien sencillo para que seas capaz de entenderlo —le provocó en tono sosegado—. Hay una prueba, llamada ADN, que nos aclarará quién es el padre.

Ricardo aplastó la colilla del cigarrillo dentro del cenicero. Guadalupe, sintiéndose dueña de la situación, lo agarró y lo llevó al otro extremo del despacho sin pedir permiso.

—Me da un asco horrible el tufo a tabaco —se justificó iracunda—. Lo dejo en tu bar. Desde aquí no me llegará el olor. —Después de apoyarlo en el mueble, regresó a su asiento—. Puede que tengas razón y no sea hijo tuyo —dijo, reflexionando en voz alta. Después de una meditada pausa le miró fijamente y volvió a hablar—, sino de tu padre. La última vez que estuve con él fue un encuentro tan apasionado que los dos olvidamos tomar precauciones. —Se levantó de la silla, apoyó ambas palmas

sobre la mesa y acercó su cara a la de Ricardo—. Eso te plantearía un problema mayor. Un hijo póstumo de tu padre significaría repartir con otro heredero más. Y al ser menor de edad, tendrías que tratar conmigo directamente. No sé qué es mejor para ti, si tener un nuevo hermano o un nuevo hijo. Yo, por mi parte, preferiría mil veces que fuese de tu padre, un caballero y un amante delicioso. Tú debes de haber salido a tu madre.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó furioso, para saber exactamente a qué se enfrentaba.

Guadalupe, sintiendo que sujetaba la sartén por el mango, volvió a sentarse dispuesta a asestarle un golpe definitivo en la cabeza.

Decidió disfrutar del momento. En un gesto muy peliculero, entrelazó los dedos de las manos a la altura de su boca y sin prisas empezó a enunciar sus condiciones:

—Ve tomando nota —le sugirió—. En primer lugar, quiero un contrato con las mismas condiciones que figuraban en el precontrato que pacté con Gerardo. La palabra es la palabra y has de respetarla —Ricardo hizo un gesto de aceptación—, aunque, como penalización por tu comportamiento, vamos a ampliar el plazo. Englobará los libros que escriba durante los próximos diez años. También quiero una casa, que yo elegiré, a mi nombre, en el barrio de Salamanca y, cuando nazca el niño, una pensión mensual que cubra sus gastos y necesidades y que se irá incrementando anualmente hasta que empiece a trabajar.

A Ricardo se le había ido agriando el rostro a medida que se acumulaban las peticiones de Guadalupe.

—Vas muy de prisa. Antes de nada debo comprobar que no se trate de una estafa. Tú dices que estás embarazada, pero hasta que no te examine un médico de mi confianza, para mí es como si tu bombo no existiese. En el caso de que sea cierto, pienso hacer un seguimiento de tu gestación, pero si me has engañado, prepárate, porque me encargaré personalmente de que no vuelvas a publicar un libro en este país.

—No me gustan tus humos ni que pienses que mandas en mí. No es únicamente el embarazo. Me violaste. Y tengo pruebas que lo demuestran. Así que sosiégate. Quien establece las normas soy yo, no tú.

—¿Que yo te violé? ¡Tú has perdido el juicio! —gritó indignado—. Entraste por esa puerta pidiendo guerra y yo hice realidad tus deseos. Fue sexo consentido. Según mis recuerdos, no te resististe y no podrás demostrar lo contrario.

Guadalupe abrió el bolso y sacó una fotografía. Se la puso delante de la cara

—¿Te suenan de algo? ¿Recuerdas cómo me arrancaste las bragas? ¿No te parece curioso que tengan restos de tu semen? ¿Crees que la policía no me creería? Y no solo la policía. ¿Cómo quedarías si esta historia trascendiese a la prensa?

—¿Con esa burda amenaza piensas amedrentarme? —preguntó, y se echó a reír por primera vez tranquilo—. Diré que fue sexo muy apasionado, pero consentido. Diré que me pediste que te arrancara las bragas. Explicaré que eres una viciosa. Una guarra.

Guadalupe sacó una pequeña grabadora de su bolso, la dejó sobre la mesa y pulsó un botón. La cinta se puso en marcha y la voz de Ricardo gritándole al retrato de su padre inundó toda la estancia.

—¡Hija de puta! —chilló al borde del colapso, y se levantó como una fiera para arrebatarle la grabadora. La cogió triunfal.

—Te la puedes quedar —concedió Guadalupe—. ¿Crees que es la única copia que tengo? ¡Qué poco me valoras!

Ricardo levantó la mano para cruzarle la cara lleno de rabia, pero la escritora lo vio venir y se puso en pie.

—Si me tocas un pelo, gritaré hasta que todos tus empleados entren en este despacho. Luego me iré a comisaría a denunciarte. Pasarás la noche en calabozos y me encargaré de filtrar la noticia convenientemente para arruinar tu matrimonio y tu vida profesional. Así que piénsate si quieres ponerme un dedo encima. —Y con toda su chulería se acercó a la mesa y le ofreció su cara como diana—. Dame si tienes valor. Dame, so machote —le retó, convencida de que no se atrevería.

Ricardo mantuvo el brazo en alto unos segundos sin tomar una decisión. Aunque a duras penas, finalmente lo bajó. Retrocedió a su asiento y se dejó caer vencido. Su furia le había jugado una mala pasada. Sabía que tenía que recuperar la calma y volver a negociar. Estaba claro que aquella mujer había planeado muy bien su estrategia.

—Está bien, vamos a intentar llegar a un acuerdo. Firmaremos el contrato que te vincule a la editorial una vez que un médico de mi confianza te examine y me asegure que estás embarazada, si no, ya te puedes ir de aquí con viento fresco.

—¿Y qué hay de las otras peticiones? —Guadalupe empezaba ya a impacientarse y quería terminar aquella visita.

—Firmaremos un segundo acuerdo privado con todas tus peticiones y una cláusula para mi seguridad. Tú te comprometes a que, cuando nazca el niño, se someterá a una prueba de ADN. Solo si se demuestra que es mi hijo, el contrato entrará en vigor.

—No olvides que puede ser también tu hermano —le interrumpió la escritora.

—Lo que sea, una vez que se aclare su vínculo conmigo o con mi padre, cumpliré con el resto de las exigencias —aceptó a regañadientes—. Ahora que hemos llegado a un acuerdo, creo que el examen médico lo puedo arreglar para que te lo hagan en estos días. Tengo que hablar con un amigo —le comunicó, sintiendo que volvía a tomar las riendas, aunque fuese una minucia.

—Mira, Ricardo, entiendo que quieras comprobar que estoy encinta. De verdad que lo comprendo, pero no pienso consentir que un desconocido me examine. Buscaré un ginecólogo de reputación y acudiré a su consulta. Si quieres, puedes acompañarme. Te conformarás con su diagnóstico. Eso, o también puedo llamar a tu mujer y contarle nuestra bonita historia.

La amenaza provocó que Ricardo reculara. Aunque no lo aparentase, sintió pánico a que aquella mujer derrumbase los pilares de su matrimonio. Su esposa no debía saber nada, ella quedaba fuera de la ecuación. Ya pensaría en alguien de confianza que acompañara a Guadalupe al médico, porque él no pensaba exponerse a que les hiciesen una foto juntos.

Diez días después, Guadalupe firmó un contrato con la editorial. Los abogados que lo redactaron siguiendo las indicaciones de Ricardo pusieron mil objeciones, pero las amenazas del jefe de despedirlos allanaron el camino que concluyó con la rúbrica del documento. Para la escritora fue un pequeño triunfo. Después de que un inadecuado

infarto le arrebatase la posibilidad de tener el mundo en sus manos, se había de conformar con esas pequeñas migajas.

El embarazo la transformó. Redondeó su cuerpo y lo hizo más voluptuoso y seductor. El incremento hormonal embelleció su rostro, dándole una luminosidad y un brillo a su mirada que hacía que los hombres se derritiesen y tartamudeasen cuando les prestaba algo de atención. Sin embargo, Guadalupe se sentía revuelta por dentro. Amanecía con náuseas que no se quitaban hasta bien avanzada la mañana, le asqueaban alimentos que antes le cautivaban y se volvía loca por otros que nunca había probado. No eran las únicas consecuencias del embarazo, también se notaba cansada y somnolienta. Cuando firmó el acuerdo privado con Ricardo, respiró aliviada porque había conseguido su propósito y porque ya podía irse a casa a tumbarse en el sofá un rato. Recostada, sonrió por primera vez en muchos meses. No sería millonaria, de momento, pero por fin había logrado consolidar un futuro decente.

7

Desde hacía semanas Guadalupe se despertaba con el estómago revuelto y unas terribles náuseas que le acompañaban durante buena parte del día. Dos malestares que dilapidaban sus ganas de ingerir cualquier alimento. Esa mañana el olor a café que preparaba su madre se deslizó por las rendijas de la puerta y se le incrustó en la nariz. Su sentido del olfato, disparado desde la segunda semana de embarazo, no sintió rechazo. Todo lo contrario, su apetito se desbocó y por primera vez desde hacía tiempo se percató del hambre acumulada. La tostada, embadurnada en mermelada de fresa, y el café, bien cargado, le supieron a gloria. Estaba de un humor excelente, tanto que le pidió a su madre que se sentara un rato a charlar con ella. Tenía tiempo antes de salir hacia la universidad.

Se duchó tarareando una canción. El agua resbalaba por su cuerpo y, mezclada con el jabón, formó un pequeño remolino en el desagüe. Aunque lo había visto mil veces, le pareció curioso comprobar cómo el agua giraba en círculos sobre sí misma hasta decidirse a salir por el agujero. Cerró el grifo y, cuando ya casi se había vaciado la bañera, ocurrió. Una gruesa gota de color rojo se estrelló contra el suelo y lo tiñó todo de ese color. A su mente le costó reaccionar. No entendía de dónde venía. Se tocó la nariz, creyendo que quizá le había empezado a sangrar, pero retiró la mano limpia. Se miró las piernas y palideció del susto. Un reguero de sangre las recorría. Cogió una toalla y la apretó entre ellas. Presionó muy fuerte, intentando parar la hemorragia. Se meció sobre sí misma tratando de tranquilizarse. Cuando tuvo la sensación de que había atajado el sangrado, quitó la toalla, pero al hacerlo volvió a notar cómo varias gotas se deslizaban por sus piernas.

Aterrada, consiguió llegar hasta el cuarto y tumbarse en la cama. Se quedó quieta y, para convencerse de que no era importante, se repitió mil veces que todo volvería a la normalidad en unos minutos, que el incidente quedaría en un susto. Se acarició la tripa con cuidado buscando algún indicio que le aclarase que algo iba mal, pero no percibió ninguna molestia. Se acurrucó bajo las sábanas e intentó relajarse. Lo estaba consiguiendo cuando su madre, preocupada por su silencio, entró en la habitación y la encontró hecha un ovillo.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó. Sin esperar respuesta, se acercó a la cama y, resuelta, le tocó la frente con la mano, en ese gesto tan lleno de ternura de todas las madres que se creen capaces de detectar los males de sus hijos con solo dejar un rato su palma en contacto con la piel.

—Es el estómago. Me duele un poco. A ver si acostada se me pasa.

—Iba a salir a comprar, pero me quedo por si te encuentras peor —le dijo con dulzura Sofía.

—No, mamá, vete. No te preocupes. Seguro que se me pasará. He debido de comer muy deprisa. En un rato estaré bien —le garantizó Guadalupe, intentando convencerse a sí misma de que enseguida volvería a la normalidad.

En cuanto la casa quedó en silencio, Guadalupe se incorporó muy lentamente. Primero colocó la cabeza sobre la almohada y luego estiró despacito las piernas. La maniobra le trajo recuerdos de cuando era pequeña, cuando, cansada de estar

encogida por miedo a la oscuridad, iba ganando terreno en la cama siempre con la angustia de que una sombra le tirara de los pies y se la llevara al infierno.

Intentó percibir si continuaba la hemorragia. Le pareció que no. Se puso en pie despacio y comenzó a vestirse. Aun así, asustada, decidió acudir a urgencias para cerciorarse de que el bebé estaba bien.

Los minutos en la sala de espera se hicieron interminables. Para ella era prioritario que la vieran, pero supuso que a los demás pacientes que también aguardaban su hemorragia matinal les produciría indiferencia. Al fin oyó su nombre y saltó como un resorte, la prisa de la angustia. Entró en la consulta del médico, que la sometió a una especie de interrogatorio interminable. A ella las preguntas le parecían la mayoría absurdas. Solo servían para dilatar el tiempo, y lo que necesitaba con urgencia era que la exploraran y le confirmasen que todo estaba bien. Sin embargo, contestó obedientemente. Cuando el doctor le mandó tumbarse y la examinó, se relajó pensando que por fin la tranquilizarían. Pero la parquedad de palabras del médico la angustiaron todavía más.

—Guadalupe, acompañe a la enfermera a la segunda planta. Le he pedido una ecografía urgente —dijo antes de salir de la consulta.

No hubo más. A la escritora no le dio tiempo siquiera a preguntarle qué había visto y si había algún problema.

La enfermera esperó a que se vistiera.

—Sígame —le ordenó sin mirarla.

Guadalupe esbozó una tímida pregunta de si todo iba bien, pero se perdió entre el ruido de los zuecos de la ATS, que no se percató ni de que le había hablado. Entraron en un pequeño vestidor.

—Póngase esta bata y dígame cuando esté lista.

La escritora se desvistió despacio. Revisó sus piernas y comprobó con alegría que no había restos de sangre que motivaran más inquietud. La bata era ridículamente pequeña y difícil de atar.

Cuando terminó, la enfermera la acompañó al interior de una sala y le ordenó tumbarse en la camilla. El miedo le volvió a atenazar el estómago. Permaneció allí quieta, esperando un tiempo que se le antojó eterno.

De repente, apareció como surgido de la nada. Era un hombre mayor, cerca de la jubilación más bien, de pelo blanco y perfil aguileño. Le dirigió una mirada tranquilizadora que hizo que se sintiera segura. Desde que entró en el hospital, era el primero que la trataba como una persona, no como a un objeto averiado, y eso que todavía no había abierto la boca.

—Tranquila, Guadalupe —dijo tras mirar el historial médico—. ¿Le llaman Guadalupe, Lupe, Lupita, Guada? —le preguntó para distraerla.

—Guadalupe —consiguió articular.

Mientras él preguntaba y Guadalupe respondía, el doctor le levantó la bata y extendió un gel sobre su piel.

—Lo notará un poco frío —le explicó.

—No pasa nada —respondió, aunque pensó que estaba helado, no frío.

El silencio se instaló entre ellos. Él comenzó a recorrer su abdomen con la superficie de aquel aparato en forma de cono. Se concentró en su trabajo y se olvidó

de que a su lado había una paciente.

El cuarto en penumbra solo estaba iluminado por un monitor donde una imagen con muchas rayas registraba lo que el sensor captaba de su interior. Guadalupe, indefensa, solo notaba cómo el doctor, sentado a su lado, insistía una y otra vez en extender el gel por su piel al desplazar aquel artefacto. No se oía más sonido que el ruido apagado que llegaba del exterior de la consulta y el zumbido monótono del aparato, pero en ese silencio, ella percibía el galopar asustado de su corazón, tanto que creyó que el médico también lo oiría.

Él no pareció darse cuenta. Con la vista muy fija en los dibujos que aparecían en la pantalla, concentraba todo su interés en captar una información que buscaba moviendo en círculos aquel cono. Guadalupe miró la pantalla tratando de averiguar el significado de aquellas imágenes. Tenía tanto miedo que no pudo contenerse más.

—¿Está mi bebé bien? —preguntó, sin esconder el ansia que encerraba la pregunta.

Él no contestó.

Siguió insistiendo en su búsqueda. Ella sintió que el miedo y la angustia crecían hasta hacer que su cuerpo temblara de miedo.

—Guadalupe —empezó a decirle en voz baja el médico. Parecía que la oscuridad del cuarto inducía a hablar en susurros—, ¿tiene veintidós años? ¿Y está embarazada de nueve semanas?

—Sí, veintidós años. Y estoy casi de diez semanas.

Hablar de su embarazo alejaba el fantasma de la fatalidad, como si todo fuera bien.

—¿Ha venido usted sola? ¿No la acompaña algún familiar?

—He venido sola. ¿Pasa algo? ¿Va todo bien? —preguntó de nuevo inquieta.

—Verá, Guadalupe —dijo el médico, y le acercó un papel para que se limpiara el gel que le quedaba en la tripa. La miró a los ojos con tristeza—. No hay latido fetal. He insistido tanto para tener la absoluta certeza. Desgraciadamente, no se oye el corazón de su bebé. Por otra parte, hay un retraso en el crecimiento en relación con la semana de embarazo en la que dice encontrarse. Por su tamaño, es un feto de ocho semanas y no de casi diez como le correspondería. Hija, lo siento mucho —lamentó el doctor y le acarició la cabeza con tanto cariño que Guadalupe se inundó en lágrimas—. Vístase y ahora le explico qué vamos a hacer y contesto a todas sus preguntas.

Los efectos de la anestesia fueron disipándose y sintió cómo un dolor incipiente comenzó a brotar en su tripa. Durante un instante se percató de dónde estaba, pero una nebulosa la arrastró de nuevo a la inconsciencia del sueño. Oyó lejana la voz del médico que intentaba despertarla.

—Guadalupe, ya he terminado. Todo ha ido bien. He seguido sus indicaciones. Ahora tiene que intentar mantenerse despierta.

La escritora abrió mucho los ojos y trató de sujetar los párpados, pero, por más que luchaba contra el sueño, el sopor la envolvía alejándola de la dolorosa realidad.

Una enfermera la animó a que bebiera un poco de agua y la ayudó a incorporarse. Como en un sueño, tragó mecánicamente y volvió a amodorrarse. Su parte consciente, aletargada por la anestesia, escuchó cómo a lo lejos le preguntaban si quería que avisaran a algún familiar. Perezosa, no dio la orden a su cerebro de

responder y se dejó vencer por el sopor de nuevo.

El llanto de una mujer, sincero, hiriente, cargado de dolor, se fue introduciendo en su cerebro, primero como un ruido que incomodaba su descanso, pero, a medida que se fue prolongando, Guadalupe lo identificó y comprendió su significado. Nunca antes había escuchado tanta tristeza, tal desgarro, o a lo mejor sí lo había hecho, pero no prestó la atención suficiente o no le importó. Necesitaba ver el rostro de la persona cuya alma se diluía entre llantos. Abrió los ojos sin apenas dificultad y giró la cabeza a la derecha siguiendo el sonido de la pena. Era una mujer. Estaba en la cama de al lado. Intentó enfocar la vista para escrutar su rostro, pero la espalda de un hombre inclinado sobre el lecho se lo impidió. Hablaba quedo, intentando consolar la tristeza con palabras tiernas. Guadalupe despreció el ruido principal que tanto la había acongojado y se concentró en la voz de él: «Tendremos muchos hijos, te lo prometo. Los que tú quieras. El doctor ha dicho que te volverás a quedar embarazada. Te quiero tanto que se me parte el corazón al verte así. Por favor, amor mío, no llores. Yo te amo». Guadalupe sintió envidia de su compañera de cuarto. A ella le habían hablado con lujuria, con pasión, o incluso con amor, pero jamás con aquella ternura infinita. La voz del hombre que la consolaba tenía el extraño poder de filtrarse por cada poro de la piel y empapar de consuelo el alma herida.

Mezclada con esta voz escuchó las palabras cariñosas de una mujer a, supuso ella, su bebé, que no paraba de berrear. Una falta de previsión cruel por parte del hospital, mezclar la tristeza de personas que han perdido a sus hijos, y que no saben si volverán a tener la oportunidad de quedarse embarazadas, con la felicidad de quien abraza contra su pecho a su hijo recién nacido.

Entonces lloró Guadalupe y su llanto le hizo ser consciente de su terrible realidad. Había perdido un hijo y no había nadie para consolarla. Las lágrimas le anegaron los ojos y su dolor compitió con el de su vecina. Se había quedado embarazada sin desearlo y, aunque al principio solo vio en ello una solución práctica a su vida, terminó ilusionada con la idea de convertirse en madre. Hasta se había encariñado con aquel bebé que crecía en su interior, pero otra vez el destino le había jugado una mala pasada. No solo había perdido a su futuro hijo, sino que las garantías y prebendas que le proporcionarían su nacimiento también se habían evaporado.

Guadalupe se plantó en el mes de noviembre arrastrando la misma abulia con la que abandonó el hospital. A su madre le mintió. Le dijo que sus desarreglos menstruales le habían provocado una intensa anemia. Así podía justificar su permanente apatía. A su prima Ana le dio la misma explicación, aunque ella, siempre tan curiosa e inquisitiva con sus preguntas, puso cara de no creerla.

Guadalupe no tenía ganas ni energías para pensar en nada. Se dejó llevar por la rutina. Iba a clase, aunque prestaba poca atención, y pasaba muchas horas acostada, sin dormir, dejando que la tristeza vagara libremente por su mente.

Un día, al regresar de clase, su madre la llamó desde la cocina.

—Guadalupe, ¿eres tú? Ven, tengo que decirte algo.

—Dime, que estoy muy cansada y me voy a la cama.

—¿Sin comer?

—No tengo hambre.

—Cariño, eso no puede ser. Algo debes comer. He preparado un cocido

buenísimo. La sopa seguro que te viene bien.

—Mamá, ¿qué me querías decir? —cambió de asunto Guadalupe.

—¡Ah, sí! Esta mañana te ha llamado la secretaria de… A ver dónde lo apunté yo —se preguntó pensativa. Sofía se secó las manos con el delantal y rebuscó en los bolsillos hasta que encontró un pequeño papel en el que había un nombre escrito—. La secretaria de don Ricardo Montesinos. Me pidió que la llamases de vuelta en cuanto llegaras, que era importante. Algo relacionado con una reunión por tu nuevo libro.

Cuando oyó el nombre de Ricardo, notó cómo el corazón se detenía. Se quedó paralizado durante unos instantes. Luego se recuperó y empezó a bombear alocadamente.

—Ya llamaré más tarde. Ahora me voy a tumbar un rato y luego probaré tu sopa —le prometió, forzando una sonrisa. Guadalupe intentó aparentar una tranquilidad que no sentía, pero no quería que su madre lo percibiera. Había llegado el momento de sacudirse el desánimo, pensar para qué podían haberla convocado, ponerse en el peor escenario y planear cuidadosamente qué iba a hacer durante la entrevista.

Otra vez las mismas puertas de cristal se abrieron a su paso y de nuevo el mismo ascensor la transportó a la planta de la editorial. Desde su primera visita, hacía ya cuatro meses, su futuro había pasado de estar en lo más bajo tras el repentino fallecimiento de su amante, hasta remontar a la cumbre, al quedarse embarazada de su hijo, por la violación, para volver a desplomarse tras el inesperado aborto. Y ahora, ¿dónde estaba? Ella sabía que arrastrándose en el fango, pero él no, o sí y por eso la había llamado. Los nervios la atenazaban.

La secretaria la saludó seria. No se había olvidado de que en su última visita quedó como una incompetente cuando Guadalupe se coló en el despacho de su jefe. Esta vez, ella iba delante, mirando de reojo a la escritora, dispuesta a saltar sobre la visita si tomaba la iniciativa. Llamó a la puerta y le franqueó la entrada. Todo había vuelto a la normalidad.

—Puedes irte —le comunicó Ricardo—, y cierra al salir por favor.

Cuando escuchó los pasos de la secretaria alejándose, Guadalupe avanzó hacia Ricardo.

—Buenas tardes. Parece que tenías mucha urgencia por verme. Aquí me tienes —anunció y extendió los brazos hacia los lados. El abrigo que llevaba sobre los hombros se deslizó hasta el suelo y el impresionante cuerpo de la mujer, cubierto con un ceñido vestido de color azul zafiro, se mostró en todo su esplendor. Se aproximó lentamente y se sentó en la misma silla que la vez anterior—. ¿De qué te resultaba tan apremiante hablarme?

Ricardo, aunque quiso evitarlo, devoró sus curvas con los ojos. Aquel cuerpo le llamaba a gritos, le atraía como la luz de las farolas a las polillas en las noches de verano, aun sabiendo que podrían morir quemadas.

—¿No tienes nada que decirme? —le espetó el hombre—. Tanta prisa que tuviste para contarme que estabas embarazada y cuando abortas te olvidas de comunicármelo. ¿Creías que no me iba a enterar? ¡Qué ilusa eres!

—Vaya, veo que te ha afectado mucho que haya perdido a tu hijo. ¡Cuánto dolor y tristeza percibo en tus palabras!

—Jajaja —rio sin ganas—. La vida es justa. Te quisiste aprovechar de mí, pensabas que me tenías agarrado por los huevos. Reconozco que así era y que me los estrujaste, bien estrujados, la última vez que estuviste aquí. ¿Te sorprende que me alegre de tu aborto? ¡Estoy feliz!

—Era sangre de tu sangre, pero veo que te da lo mismo. —Ricardo asintió en señal de confirmación—. No sé cómo te habrás enterado, pero también te deberían haber contado que lo he pasado fatal. Podías haber tenido el detalle de preguntarme cómo me encuentro o de venir a verme. Claro, que es demasiado esperar de alguien que tiene el corazón y el cerebro guardados en su bolsa escrotal.

—¡Pobrecita! ¿Has sufrido mucho de verdad? —se mofó—. ¿No será que lo que te ha dolido es quedarte sin casa pagada con mi dinero, sin pensión y sin forma de chantajearme y vivir del cuento? Mucho dolor, dices, pero más vas a sentir a partir de ahora, cuando también cambien las condiciones de tu contrato.

—No puedes —contestó Guadalupe sin demasiada convicción al ver la tranquilidad con la que le miraba y su sonrisa soberbia—. El contrato se firmó ante notario.

—Es cierto, pero con una cláusula que me permite rescindirlo, cambiarlo y pisotearlo cuando me plazca. Destruirte, en una palabra.

—No había ninguna cláusula en ese sentido. Vas de farol.

Ricardo se levantó y se aproximó a un archivador de donde extrajo un documento.

—Tú sabrás escribir, pero ni idea de leer —le reprochó, divertido, al tiempo que le acercaba el contrato—. Fíjate en este punto —le señaló con el dedo—. Lee con detenimiento. No hay prisa. Que te quede claro que puedo hacer contigo lo que quiera. Siempre puedes acudir a los tribunales si te place, pero, encima de gastarte un dineral, te juro que mientras llegue la sentencia no publicarás ningún libro ni conmigo ni con ninguna otra editorial.

Guadalupe ni siquiera posó sus ojos sobre el contrato. Lo arrojó con desprecio sobre la mesa. Lo hizo con tanto odio y fuerza que se escurrió por el otro lado y cayó, quizá premonitoriamente, dentro de la papelera.

—Ricardo, estoy cansada de tu actitud y de tus amenazas. Supuse que te faltaría elegancia y que no tendrías palabra. Justo lo contrario de tu padre. Él sí era un señor. Por eso te he traído esto —le anunció mientras del bolso sacaba un sobre, lo abría con parsimonia y extraía un folio.

Él había vuelto a sentarse. Ella le aproximó el papel y marcó una línea con la uña pintada de rojo.

—Lee tú esto, que te resultará mucho más aclaratorio.

Ricardo recorrió rápidamente con los ojos lo que le había señalado. Aparentaba una calma que no tenía y que se evidenciaba en el movimiento repetido de su nuez, tragando quina.

—¿Qué es? —preguntó el editor.

—Es un análisis de ADN. ¿Te queda claro lo que explica? —preguntó Guadalupe en voz baja. No esperó su respuesta—. Encargué un cotejo entre el ADN del feto y el de unas colillas que me llevé de tu cenicero la última vez que estuve aquí. ¿Te acuerdas? —preguntó Guadalupe. A Ricardo le vino a la cabeza la imagen de la

escritora llevándose el cenicero al otro extremo del despacho con la excusa de que el humo le molestaba, y asintió sin querer—. Lo pone muy claro. Tú eres el padre del hijo que perdí. A lo mejor quieres que esa santa que tienes por esposa se entere de que tú, su marido, no solo eres un violador y la has obsequiado con una cornamenta digna de un siete puntas, sino que para colmo follas a las bravas, sin condón. Probablemente le gustará saber que me dejaste embarazada. Seguro que le fascina la posibilidad de que sus hijos hubieran podido tener un hermanastro. Ya sabes cómo somos las mujeres, una vez contadas las verdades le puedo inocular el veneno de la duda y sugerirle que no soy la única. En mi caso, una mujer sana y limpia, pero puede que haya otras con enfermedades venéreas y, dada tu tendencia a la desprotección, le aconsejaría que fuese al médico a comprobar que está bien. Porque seguro que después de violarme a mí sin condón se la metiste a ella, ¿no, machote?

—Hija de puta. Si le dices algo a mi mujer, juro que te… —No terminó la frase. Se contuvo al recordar la grabadora que ella había utilizado la primera vez.

—¿Qué ibas a decir? ¿Con qué me ibas a amenazar? —le retó con chulería.

—Con nada —respondió, mordiéndose la lengua—. Discúlpame.

—Me gusta cuando eres prudente. Entiendo que mi contrato con la editorial se mantiene con las mismas condiciones, ¿no? Sería una pena que después de haber esperado tanto para heredar el negocio que construyó tu padre, todo a tu alrededor se desmoronase, tu maravillosa familia, este negocio, porque seguro que ella te sangraría en el divorcio —le recordó con maldad. —Aguardó unos segundos, pero él se mantuvo en silencio. No quería decir nada porque temía cometer algún error—. Entiendo que tenemos un pacto —concluyó.

Sin esperar respuesta, se levantó, recogió el abrigo del suelo y salió, dejando la puerta abierta adrede. Quería que viese su figura alejarse por el pasillo camino del ascensor.

8

Llegó junio con un estallido de calor y de polen que invadió el campus universitario. Una plaga de nubes diminutas se movía sin orden ni concierto de un lado a otro. A Guadalupe le recordaron los dientes de león que su prima y ella aprendieron a soplar en el pueblo el verano en que fallecieron sus tíos. Notó las manos pegajosas y se frotó una contra otra tratando de despegar esa sensación.

Los rayos del sol evaporaban las energías de los estudiantes, ya de por sí secas después de un intenso curso de codos y exámenes. La desidia se constataba en el nivel de ocupación del césped que rodea la facultad de Ciencias de la Información. Solo había que asomarse desde la ventana de cualquier aula para comprobar la de grupos de jóvenes que allí se congregaban. De uno de ellos participaba Guadalupe. El centro lo presidían un par de litronas que los estudiantes habían desaguado con rapidez mientras se entretenían hablando de la vida. La conversación versaba sobre los planes de verano. A Guadalupe, que a lo largo de su corta existencia había aprendido a hablar poco y escuchar mucho, le hizo gracia que la máxima ilusión de todos ellos fuera pasarse los tres meses más calurosos del año regalando su sudor en la redacción de cualquier medio de comunicación. Lo denominaba el virus de los becarios. Ella, que tenía otras inquietudes, prefería que no le preguntaran cuáles eran sus proyectos.

—¿Y tú, Guadalupe? —se dirigió a ella uno que la miraba insistente, aunque la conversación estaba en el lado opuesto al que estaba sentada.

—Me ha invitado una amiga a pasar unos días en El Rompido, en Huelva. Playa, sol y *pescaíto* —confesó de mala gana.

Nadie se atrevió a criticar su opción, pero más de uno pensó que se equivocaba, que si no metía la cabeza en un medio a través de las prácticas difícilmente lograría un contrato. Guadalupe leyó la censura en sus rostros, pero le dio lo mismo. Ella ya había regalado demasiado de sí misma, pero, claro, ninguno de sus compañeros jamás lo hubiera imaginado. Desde un punto de vista biológico, tenían su misma edad, pero su experiencia vital sumaba más que la de todos ellos juntos. Además, a Guadalupe se le escurrían las letras de los dedos. Necesitaba escribir, pero si trabajaba no le quedaría tiempo. Salvo el breve descanso, ese era su plan para el resto del verano.

El comentario de la joven escritora acartonó la conversación que perdió en fluidez y frescura. Uno a uno, los estudiantes se fueron levantando con cualquier excusa y dejaron sola a la rara de Guadalupe. Tampoco le importó. Se recostó sobre el verde y cerró los ojos. Dejó vagar sus pensamientos como el polen, a su libre albedrío. Se sorprendió pensando en el invierno pasado. En enero publicó su última novela. La promoción, las entrevistas y las firmas colmaron tanto sus horas que sentía que su vida había transcurrido por raíles de alta velocidad. Fue llevadero porque no mantenía ningún contacto con Ricardo y todo lo hacía a través de su secretaria y el gabinete de prensa de la editorial.

En febrero, cuando la intensidad de la promoción bajó un poco, pudo regresar a las clases de la facultad. Tuvo la sensación de no haber faltado, tal fue su recibimiento, sobre todo en los varones. Sonrió al pensarlo. Algunos compañeros no sabían relacionarse con ella salvo entre balbuceos. Aceptaba los elogios y los flirteos

inteligentes o con gracia, pero rechazaba de plano la posibilidad de emparejarse con ninguno, aunque fuese para un simple escarceo amoroso.

Hasta que conoció a Gregorio, Goyo Cardeña, un estudiante de medicina. Goyo y Guadalupe habían coincidido en diciembre en una fiesta que los de periodismo organizaron para recaudar fondos destinados al viaje de fin de carrera. A él le llamó la atención, no solo su magnético atractivo, sino también la tristeza de su mirada.

Cuando se acercó a la joven, no le hizo mucho caso, por no decir ninguno. Intercambiaron unas pocas frases amables y luego se marchó. Pura cortesía. Estaba tan cansada que ni siquiera sonrió, huía de cualquier joven al que le brillasen los ojos al hablar con ella, y a este le lucían como dos supernovas.

En febrero se lo volvió a encontrar por casualidad (eso creyó por entonces) en las escaleras de entrada a la facultad. Se acordaba vagamente de él. La invitó a tomar una Coca-Cola y ella, que, cosa extraña, había llegado con tiempo de sobra, aceptó la compañía. No lo sabía, porque si se hubiera dado cuenta habría huido como perseguida por el mismísimo diablo. Goyo estaba enamorado. Enloqueció de amor el primer día que la vio. Había conocido a chicas guapas, algunas más bellas que Guadalupe, pero ella poseía un atractivo hipnótico. Fue bucear en sus pupilas y saber que no podría olvidarla aunque se esforzara.

Las Navidades de aquel año se convirtieron en un suplicio. A medida que pasaban los días la obsesión por refrescar su recuerdo aumentaba. Tal era la necesidad de verla que se dio la paradoja de que suplicó que los días de vacaciones se consumieran rápido y comenzaran de nuevo las clases. El primer día lectivo, lleno de ilusión, se colocó en la entrada de la facultad de periodismo de la Complutense. Con el paso de las horas su anhelo fue virando en ansiedad y acabó convirtiéndose en decepción. Patrulló pasillos, miró en los tablones de anuncios buscando su nombre, registró la biblioteca y el bar, sin éxito. Enero fue un mes frustrante. Se aprendió cada recodo del edificio de periodismo mejor que su propia facultad. Sabía cuántas puertas de acceso tenía, cómo se llamaban los bedeles y hasta los nombres de las trabajadoras de la secretaría de alumnos a las que había tratado de sobornar a base de invitarlas a café a cambio de un teléfono y una dirección. No le sirvió de nada.

El recuerdo de su rostro se iba difuminando al tiempo que crecía su dependencia emocional de ella.

Hubo de esperar a febrero para tornar la ansiedad en felicidad.

Tras la primera invitación a Coca-Cola se fue presentando en la facultad de forma gradual. Se hacía el encontradizo para no ahuyentarla.

—Me gusta mucho más estudiar en vuestra biblioteca que en la de medicina —se justificó un día.

Guadalupe le creyó.

Cuando la relación comenzó a fluir con normalidad y advirtió que la joven escritora lo recibía con agrado, no hubo semana que no la esperara al salir de clase o que no la invitara a comer o no le regalara flores. Así, poco a poco, trató de irse abriendo un pequeño caminito hacia su corazón.

Guadalupe se dejó querer, pero, curtida en desamores, le hizo una advertencia.

—No quiero malentendidos ni engaños. Me han vapuleado el corazón

recientemente. No quiero involucrarme con nadie. Estoy muy bien así, dedicándome tiempo a mí, que me lo merezco, sin preocuparme de nada más que de mi vida. Suena egoísta, pero es lo que hay.

—Yo jamás te vapulearía —le respondió ofendido. A oídos de Guadalupe nunca una frase sonó tan sincera como aquella, pero no dijo nada.

A la joven le agradaba la compañía de Goyo. En la facultad de periodismo, guiados por las apariencias, se había corrido la voz de que eran novios. A Guadalupe le hizo gracia pensar en la calidad del periodismo de investigación que estaba a punto de salir de aquellas aulas. Se aprovechó de la falacia para alejar a la multitud de moscones que solían revolotear a su alrededor. No eran pareja, pero le gustaba que Goyo la cuidara sin tener que esforzarse en entregarle nada a cambio. Por fin alguien le daba algo sin exigir una compensación.

Tirada en el césped, se dio cuenta de que se había acostumbrado a la presencia del futuro doctor y que los días en que no podía ir a buscarla a la facultad una transitoria decepción la embargaba.

Una pequeña nube tapó el sol.

Fue como una revelación. No le amaba, pero tampoco quería perderle. Debía tomar las riendas. Hasta ahora no había hecho nada para retenerle y quizá había llegado el momento de inocularle un poco de su virus.

Le extrañó que los rayos no regresaran a calentar su piel.

Abrió los ojos para comprobar si una nube había envuelto al sol y allí estaba él, Goyo, cubriéndola con su sombra. Guadalupe rio alegre como hacía tiempo. El muchacho se tumbó a su lado. Cuando se sosegó, se miraron a los ojos durante segundos, sin hablar, con tanta intensidad que un impulso irrefrenable empujó la nuca de Goyo hacia la boca de su amada. Trató de resistirse pero, en cuanto sus labios entraron en el radio de acción de los de Guadalupe, estos los atrajeron con la fuerza de un millón de imanes.

Ella le recibió con la boca entreabierta.

Goyo sintió que levitaba.

La besó con ansia. Buscó su lengua y se enroscó en ella lleno de anhelo. A la joven escritora le divirtió el ímpetu descontrolado del estudiante de medicina, que, colmado de deseo, se había encaramado sobre ella sin darse cuenta. Notó su masculinidad aullando por ser liberada.

Con las dos palmas abiertas sobre el pecho, lo empujó con suavidad para retirarlo. Goyo entendió la señal a la primera y, aunque le costó, se apartó de inmediato.

—¿No te gusta cómo beso? —preguntó humilde y lleno de inocencia.

A Guadalupe le divirtió que verbalizara con naturalidad su preocupación y rio divertida.

—Besas muy requetebién… —le reforzó.

Goyo se hinchó y se sintió como el maratoniano que entra el primero en el estadio durante los Juegos Olímpicos y observa al público en pie aplaudiendo a rabiar. Tuvo ganas de levantar los brazos y aullar de felicidad.

—Pero…

—¿Pero…? —repitió, preocupado.

El poder de una sola palabra le hizo pasar del cajón del triunfo a sentirse al borde de la descalificación.

—Que besas muy bien; pero, tranquilo —dijo, enfatizando el último mensaje—. Tenemos tiempo. No hay prisa —le susurró ella melosa.

Goyo entonces volvió a mezclarse con sus labios. Esta vez con la suavidad de la ternura.

A Guadalupe le gustaba cotillear en la vida de otros. Por eso, cuando iba a la peluquería se abalanzaba sobre las revistas del corazón. Anhelaba las vidas de sus protagonistas, la felicidad que irradiaban, siempre sonrientes, como si los problemas fueran inherentes tan solo al vulgo, delgados y guapos, muchos sin parar de viajar alrededor del mundo, invitados a las fiestas más chic, admirados por el público, ricos y famosos. Ella ansiaba ver su rostro dentro de una de aquellas revistas, estar incluida en el selecto grupo de los admirados.

Aquel viernes, mientras su peluquera le daba unos leves reflejos en el pelo, acumuló un buen fajo de revistas sobre las rodillas y fue relajadamente pasando páginas. De repente una foto llamó su atención. Ricardo, su editor, y su mujer posaban sonrientes en una fiesta. La imagen no guardaba concordancia con el titular: «El empresario Ricardo Montesinos se divorcia».

Se puso tan nerviosa que las revistas se le cayeron al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó la peluquera, a la que le pareció que su clienta estaba repentinamente alterada.

—Ha sido un descuido. No es nada —disimuló.

Buscó la página en la que hablaban de Ricardo con premura. Cuando la encontró devoró el texto reteniendo la respiración. No se fijó en el pobre estilo de redacción. Solo en el contenido. Contaba que Montesinos y su esposa habían decidido separarse después de quince felices años juntos y tres hijos en común. La información, muy edulcorada, no aclaraba nada más, salvo que la ruptura había sido de mutuo acuerdo y que él se había ido a vivir a un piso cercano al domicilio conyugal para estar pendiente de sus hijos.

Revisó el resto de las revistas, pero en ninguna otra hablaban del editor.

—¿Tienes alguna más?

—No queda ninguna. Todas las que hay las tienes tú.

Cuando terminaron de peinarla, salió disparada hacia el Vips de Ribera de Curtidores. Allí se podían ojear las revistas y periódicos sin necesidad de comprarlos. Rebuscó entre todas las publicaciones, pero solo el *Diez Minutos* aportaba algún dato nuevo. Una amiga de la familia, que prefería no dar su nombre, sugería que la separación, lejos de ser amistosa, había sido abrupta. Nada más. Guadalupe no supo ponderar las consecuencias de aquella noticia ni cómo el divorcio le afectaría a ella, pero intuía que mal, que la separación dejaba en una nadería su amenaza de destruir el matrimonio de su jefe.

Salió de Vips y, envuelta en cábalas, caminó sin dirección. Subió toda la cuesta del Rastro y se adentró en La Latina por la calle de la plaza de la Cebada. Iba tan concentrada en sus propios pensamientos que no se percató de que había salido de su degradado barrio y se había adentrado en uno más castizo. Habitualmente le fascinaban aquellas calles. Sentía predilección por las que se escondían a las espaldas

del mercado. Las había paseado una y mil veces huyendo de Lavapiés. Las conocía como la palma de su mano. Le gustaba gozar del bullicio de los domingos en primavera, de los chiringuitos al aire libre en las fiestas de la Paloma, pero sobre todo allí sentía que huía de la opresión de su vecindario habitual.

Esta vez su ceguera emocional le impidió disfrutar del paseo. En su cabeza solo había hueco para su contrato con la editorial. Recordó a Gerardo y cómo se había entregado a él para lograr las mejores condiciones, muy superiores a lo que valían sus líneas. Tras su repentino fallecimiento, tuvo que blandir sus garras con fiereza cuando el nuevo director pretendió modificar sus emolumentos a la baja. Para mantenerlos tuvo que recurrir a la amenaza de contarle a su mujer que la había violado. Su cara de terror le hizo sentir que asía con tanto poder el mango de la sartén que incluso se permitió la chulería de mejorar las condiciones.

El único inconveniente fue que se ganó un enemigo acerbo. No había que rebosar inteligencia para saber que se vengaría en cuanto pudiese y eso le llevaba de nuevo a la noticia del divorcio. ¡Qué hijo de puta! ¡Mira que separarse! Seguro que su mujer le habría cazado en alguna infidelidad y le había dado la patada. O a lo mejor, él se había enamorado de alguna jovencita. ¡Asco de hombres! ¡Todos, unos estúpidos! La tentación de un cuerpo joven y bonito les hacía olvidar que la complicidad, el cariño y sacar lo mejor del otro son valores perennes que trascienden el físico.

La mente de Guadalupe daba bandazos. Los pensamientos se pisaban unos a otros sin terminar de desarrollarse. Por mucho que Ricardo la odiara, no podría derribar un contrato ni rescindirlo unilateralmente. Cualquier juez le daría la razón a ella. Solo tenía que seguir escribiendo, cumplir sus condiciones y entregar su nueva novela en el plazo establecido, octubre. Trató de tranquilizarse amasando ese concepto. Se meció en esa reconfortante idea, pero ni aun así consiguió disolver un remanente de inquietud del fondo de su alma.

La familia paterna de Goyo Cardeña era la dueña de la clínica La Esmeralda. La fundó su bisabuelo como un pequeño consultorio médico. Invirtió tantas horas que antes de la inauguración decidió bautizarla con el nombre de la persona a la que más amaba, su mujer. Con el paso de los años y de los esfuerzos de las siguientes generaciones de doctores de la familia, se convirtió en un centro más grande y actualmente figuraba como uno de los hospitales privados más renombrados de la capital.

Goyo jamás se planteó ser otra cosa que médico. Durante la infancia jugaba con jeringas de plástico y auscultaba los muñecos con un estetoscopio viejo de su abuelo. Con los clicks montaba hospitales de campaña donde atender a los heridos de guerras imaginarias a las que no dedicaba un minuto. Toda su pasión se centraba en curar a los lesionados y salvar vidas. Hasta le robó un talonario de recetas a su padre y las rellenó con nombres inventados para dispensárselas a los muñecos. Era tal su obsesión que, desde el primer curso en la facultad, las horas libres que le dejaba el estudio las pasaba en la clínica familiar. Había un lugar donde se le disparaban las endorfinas y las horas parecían minutos: urgencias. Con la protección que le daba ser el hijo del jefe, se enfundaba una bata blanca y observaba cada detalle de lo que ocurría en aquella zona del hospital que le volvía loco. Su padre, estricto y con escaso sentido del humor, se lo permitía siempre que sacara buenas notas en los estudios, y él lo hacía. Pocas veces le felicitó por las muchas matrículas de honor que obtuvo.

Consideraba que cumplía con su obligación. Las prácticas en la clínica, que su progenitor autorizaba nada más tras repasar su boletín de notas, en realidad también se englobaban dentro de los estudios. Su posición era privilegiada con respecto a la de sus compañeros, que solo podían beneficiarse de los hospitales adscritos a la facultad y que contaban con un horario de prácticas limitado.

Desde primer curso Goyo tuvo que sacrificar los veranos. No sabía lo que era irse con sus amigos a Ibiza una semana, dormir durante el día y vivir de noche hasta el alba, tomar el sol o ligar con extranjeras. Tampoco lo echaba de menos. Quizá porque tenía a Guadalupe y ella llenaba todos sus vacíos. En esa situación, no le importó que al terminar su quinto curso de medicina su padre le anunciara que aquel verano comenzaría rotando esta vez por una de las especialidades que más le apasionaban, la ginecología. Por otro lado, Guadalupe también iba a quedarse en la capital. No concebía la vida sin verla a diario, y ni por asomo estaba dispuesto a pasar julio y agosto alejado de ella. El virus del amor le había contagiado y no había medicamento que pudiera curarlo.

Se organizaron sin tener que hablarlo. Durante el día Guadalupe escribía y Goyo hacía prácticas en el hospital. Cuando caía el sol se encontraban en un pequeño bar próximo al centro médico.

A Goyo le gustaba sorprenderla. Conquistarla a cada minuto. A pesar de que su familia tenía una posición social elevada, él no manejaba mucho presupuesto y le resultaba imposible invitarla a cenar a los restaurantes de moda, pero se esforzaba en buscar lugares asequibles y románticos. También la llevaba a ver películas en versión original a los cines Renoir de plaza de España. Fue allí donde, señalando las estrellas encastradas en el suelo, le dijo: «Si fueras actriz de cine, tu nombre luciría aquí y yo vendría cada mañana a abrillantarlo». Ella le premió con un beso. No le sonó a zalamería. A Goyo no le había resabiado la vida y atesoraba una inocencia inexistente en el mundo editorial.

El futuro médico siempre era puntual. Ella, por el contrario, siempre llegaba diez minutos tarde de forma deliberada, para hacerle desear su presencia. Aquella noche del primero de agosto cumplió con su rutina, pero no lo encontró. Tuvo un extraño miedo de que le hubiera ocurrido algo. Nunca se había retrasado. Mientras discernía qué hacer, por el rabillo del ojo percibió una sombra aproximarse. Una rosa roja apareció frente a su cara y, cómo no, la mano que la sujetaba era de Goyo.

—Perdona por el retraso —y la saludó con un beso mecánico en la boca, de los que se dan sin pensar.

Guadalupe, mohína, no hizo siquiera ademán de responderle con los labios.

—Lo siento de verdad —se volvió a disculpar—. He tenido un día que ojalá no se repita en el resto de mi vida. Si te lo cuento, no me creerías —murmuró al tiempo que estiraba la mano y le colocaba una rosa entre la oreja y el pelo—. Así estás perfecta.

Goyo tenía la piel blanquecina y los ojos como asustados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

—No me vas a creer.

—Confía en mí.

—Vale, pero júrame por que me muera ahora mismo que guardarás el secreto.

—Te lo juro —respondió expectante, sin pensárselo dos veces.

—Hace años tuvimos un médico en anatomía patológica que pensó hacer un estudio de los tejidos musculares. No sé exactamente qué era lo que pretendía buscar, porque yo todavía estaba en el colegio y esto me lo ha contado mi padre atropelladamente hoy, pero se dedicó a guardar en neveras restos de abortos y fetos. Los estudios, o no los concluyó o no obtuvo los resultados que quería; la cuestión es que los dejó a la mitad y poco después se jubiló. Los restos se quedaron en un congelador del departamento. Con el tiempo, y como ocupaba espacio, lo trasladaron a la zona donde se almacena el material y todos se olvidaron de su existencia y de su contenido. Ayer, de repente, Sanidad nos comunicó una inspección en todo el hospital. Desde el gerente hasta el último jefe de servicio estaban de los nervios, comprobando que todo estuviera en orden y fue cuando, en una reunión de urgencia con los responsables de área, alguien le habló por primera vez a mi padre del dichoso congelador con los restos.

—No entiendo. ¿Es ilegal tener fetos muertos en un hospital?

—¡Claro! Estamos obligados a quemarlos. Para eso tenemos una incineradora.

—Problema resuelto entonces. Los habréis quemado.

—Lo mismo dijo mi padre…

—¿Pero?

—Pues que el técnico encargado de la incineradora comunicó en ese momento, porque tampoco se lo había dicho a nadie antes —dijo levantando la voz enfadado—, que no funcionaba. Que se había roto una pieza y que estaban esperando el repuesto.

—¿Y qué habéis hecho? —preguntó Guadalupe totalmente metida en la historia.

—Ahí mi padre ya se puso histérico. Y mira que suele ser muy frío y controla muy bien las situaciones difíciles. Los echó a voces de su despacho y a continuación me llamó a mí para contármelo todo y para decirme que confiaba en que yo encontrara la solución. Que hiciese lo que fuese necesario o el prestigio de su hospital se vería arrastrado por el barro. «Imagínate los titulares», repetía una y otra vez. «Tendremos que cerrar». Le vi tan agobiado que le prometí que lo solucionaría.

—¿Y por qué no se encargó él de arreglar el problema? Para eso es el jefe, ¿no?

—Hombre, yo soy su hijo. Algún día el negocio será mío. Es lógico que me implique y también me gusta que confíe en mí para que le ayude —contestó Goyo muy ufano por el que, supuso, era un voto de confianza de su padre.

Podía explicarle que su padre era un egoísta, que le estaba utilizando, que no había demostrado ningún amor trasladándole el problema, todo lo contrario; pero arrinconó sus críticas porque no quería entrar en una discusión y tenía miedo a lo que pudiera haber hecho Goyo para deshacerse de los fetos.

—Dime que no te has metido en ningún lío y que no has dejado rastro.

—¿Si me detienen vendrás a visitarme a la cárcel? —preguntó riéndose por primera vez aquella noche, aunque fuese una risa nerviosa.

—No quiero pensar en ello. Se me pone la piel de gallina solo de pensar en una celda y unos barrotes. Debe de ser horrible estar allí metido.

—¿Quieres que te termine de contar la historia? Ahora viene lo bueno —anunció y dio por hecho que le interesaba—. Me acordé de que hay un hospital en Navacerrada que lleva un tiempo cerrado y que tenía un horno incinerador. Hace

mucho tiempo fue un sanatorio para los tuberculosos. Ya mi abuelo y también mi padre remitían allí a los pacientes a los que se les detectaba la enfermedad en nuestra clínica.

—¿Por qué lo cerraron?

—La tuberculosis empezó a curarse bien con antibióticos y cada vez tenían menos. Pensaron en utilizarlo como psiquiátrico, pero no debió de funcionar. La cuestión es que lo cerraron, no me preguntes por qué, porque no tengo ni idea. Guardé todas las muestras en cajas y las cargué en una furgoneta de la clínica. Me fui directo al hospital ese, que, por cierto, se llama La Barranca.

—¿Cómo entraste? ¿Rompiste una ventana o algo? ¿Eso no es allanamiento de morada?

—Pero si estaba destrozado. No tuve que forzar nada. Le habían arrancado las puertas y las ventanas. Hasta las tuberías y los radiadores se habían llevado. Busqué el horno, pero solo encontré mierdas, botellas rotas y pintadas. Me desesperé pensando qué hacer y recorrí el hospital entero buscando un lugar donde esconder los fetos, y sin darme cuenta se me hizo de noche. ¡No te puedes imaginar el miedo que pasé!

—¡Hala! ¡Qué exagerado! ¡Gallina! —se rio Guadalupe.

—Te lo digo en serio —insistió muy digno—. Pasan cosas muy raras. De repente escuché un ruido como de una puerta chirriante cerrándose. Miré, pero allí no queda una puerta. Ahí me empecé a asustar.

—Alguna se te pasaría, hombre, no seas blando. La movería el viento.

—Tú no estabas. Te juro que no había puertas —dijo sombrío—. Decidí irme, me daba mala espina. Mientras bajaba las escaleras empecé a escuchar voces —vio incredulidad en los ojos de Guadalupe—. Te lo juro. ¿No me crees? —preguntó molesto—, porque si dudas de mí se acaba aquí la historia.

—Sí, te creo. Te prometo que sí —mintió sin mucho convencimiento, pero estaba deseando escuchar el final de la historia.

—Te reirás de mí, pero empecé a gritar: «¡¡Juan, Pedro, Antonio, chicos!! ¡¡Vámonos, que se ha hecho tarde!!». Como para dar la impresión de que éramos muchos. No sirvió de nada. De repente, oí como un gruñido furioso. A quien fuese no les gustaba que estuviese allí, que hubiese entrado sin permiso. Bajé corriendo como pude, porque faltan trozos de escalera y me podía matar. Cuando llegué al rellano del primer piso noté un movimiento de algo. Giré la cabeza y vi una sombra corriendo hacia mí desde el otro extremo del edificio. Y un alarido que me heló la sangre. Corrí como un descosido, sin preocuparme de agujeros ni nada. Salí del edificio y me monté en la furgoneta dispuesto a huir.

—¿Y los fetos? ¿Qué has hecho con ellos?

—Espera. No tengas prisa. Había aparcado justo enfrente de la escalera de la entrada. Al arrancar se encendieron los faros y vi un agujero delante. Justo en un lateral de la escalera. Cerré los pestillos y esperé a ver si la sombra se acercaba u ocurría algo. Estaba muerto de miedo, pero tampoco podía defraudar a mi padre. Así que le eché un par de huevos, me bajé y metí todo por el agujero. En el suelo estaba la piedra que se había desprendido y la volví a colocar para taparlo y evitar que nadie lo encuentre.

—¿Y saliste por patas?

—No lo sabes tú bien. Me subí a la furgoneta y no paré hasta llegar aquí. Aún no se me ha quitado el miedo del cuerpo.

—Creo —dijo cariñosa Guadalupe— que tengo el remedio ideal para que te relajes —y le dio un beso tan apasionado que Goyo olvidó las últimas horas vividas.

La flor se escurrió de su pelo y se cayó al suelo. Al recogerla le preguntó:

—¿Y esta flor de dónde la has sacado?

—Pasé por la clínica para contarle a mi padre que lo había resuelto todo, pero se había ido. Cuando venía para acá crucé por delante de la habitación de la señora Navarro y le pedí que me dejara coger una de los muchos ramos que tenía en la habitación para regalársela a la mujer más paciente y más bella. —Y como Guadalupe no protestó ante el término y el sentido de posesión, el joven médico siguió feliz con su explicación—: Si por ella fuera te hubiera traído varias docenas. Le he quitado los pinchos al tallo —le advirtió, antes de colocarle la flor en la oreja y volverla a besar, esta vez sujetando sus carrillos entre las palmas de las manos.

—¿Quién es esa señora? —preguntó ella al despegarse—. ¿Por qué tiene tantos ramos?

—Una ricachona, hija de ricachones y esposa de ricachón. Acaba de tener su primer hijo y los conocidos compiten por quedar bien con ella y con su familia, y envían a la clínica ramos de lo más ostentosos. La habitación se llenó enseguida, pero, como los centros siguen llegando, las enfermeras han empezado a colocarlos en el pasillo. ¡La planta entera parece el jardín botánico! —rio mientras acariciaba su pelo.

—Debe molar ser rica —se le escapó a Guadalupe.

—Estoy agotado —siguió hablando Goyo sin prestar atención a la profundidad del comentario—. Después de la tarde noche que he tenido, no puedo con mi alma. Mi padre me explota vilmente. —Y acompañó la frase con una sonora carcajada, apoyando su cabeza en el hombro de la chica—. Y esta noche, otra vez guardia; pero si te apetece podemos pasear un rato. Eso sí, mañana por la noche, estoy libre y tengo un plan que creo que te va a encantar.

Guadalupe le miró y sonrió. Era alto, de andar desgarbado y cuando se sentaba, como ahora, parecía que le sobraban brazos y piernas por todas partes. Tenía los rasgos faciales aún sin definir, demasiado juveniles, un flequillo largo y rebelde, eternamente retirado de la frente con un rápido movimiento de cabeza y una sonrisa que contagiaba entusiasmo y felicidad. Todos sus gestos emanaban una ternura que muchas veces la emocionaban. Hasta que lo conoció no supo que un hombre pudiera tratarla de esa manera. Creía que en los varones predominaba el deseo lujurioso por encima de cualquier otro sentimiento. Con Goyo era distinto. Se preocupaba por saber cómo se sentía, se desvivía por que estuviera contenta, cómoda, le gustaba sorprenderla, convertía muchos de sus deseos en realidad, pero sobre todo le hacía sentirse alguien especial.

—¿Qué plan es ese? —preguntó curiosa.

—No pienso decírtelo —se negó él, divertido.

—Pues te torturo a besos —lo amenazó.

—Ni así podrás sacármelo —mintió. Deseaba que cumpliera su palabra.

Ella se sentó en sus rodillas y comenzó a besarle en la boca y en el cuello con lujuria.

—Para, para —la detuvo, alarmado por el efecto descontrolado que en unos segundos había producido en su cuerpo—, que no hay tiempo ni lugar apropiado para acabar la tortura.

—¡O confiesas el plan o sigo!

—Había pensado llevarte al cine de verano en la Bombilla. Ponen *Casablanca*. Me encanta el cine clásico y esa película es una obra de arte. ¿Te apetece?

—¡Qué gran idea!

—Pero como eso será mañana, hoy te he traído otro regalo.

—¿Además de la rosa?

—Sí. Toma, ábrelo. —Y le tendió un pequeño paquete que sacó del bolsillo.

Estaba torpemente envuelto en una bolsa de guantes estériles, donde había dibujado margaritas, corazones, pájaros y mariposas con un rotulador rojo. Ella, impaciente, arrancó el celo y sacó un cuaderno pequeño de tapas negras, con un índice alfabético en el lateral. Le miró sorprendida.

—Es idéntico al que yo utilizo. Un cuaderno para que vayas apuntando lo que significan los nombres médicos que a veces utilizo. Bueno, no solo médicos, sino cualquier palabra que te interese. Al final se convertirá en un pequeño diccionario portátil de términos. Todos los estudiantes de medicina tenemos uno. Viene genial, porque así encuentras rápidamente lo que buscas. Por ejemplo, histerectomía, ¿sabes lo que significa?

—La verdad es que no.

—Es la extirpación parcial o total del útero. Te acabo de explicar qué significa, pero la próxima vez que hablemos no te acordarás de su significado y te quedarás sin saber de qué te hablo. Si lo apuntas ahora en el cuaderno puedes buscarlo por la letra y así nunca tendrás dudas.

—Ah, ¡qué interesante! —exclamó Guadalupe, sopesando las posibilidades que le ofrecía aquel regalo—. Muchas gracias.

—Además —y con la yema de su dedo índice comenzó a recorrer su mano dibujando las líneas de sus huesos—, la esposa de un médico siempre tiene que saber de qué está hablando su marido para no perderse en sus conversaciones.

Al concluir la frase agarró su mano y depositó un prolongado beso en la palma, temeroso de encontrar una reacción de rechazo en los ojos de su amada. Dudó de si quizá había ido muy rápido. Hasta ahora se comportaban como una pareja, pero evitaban decirlo. Durante la conversación le había colado el término novio sin que ella se quejase y eso le animó a deslizar otra idea más atrevida. Una que le venía rondando desde hacía tiempo: en cuanto acabase la carrera y las prácticas y ganase un sueldo fijo, se casaría con ella.

Guadalupe enmudeció.

Le pareció que Goyo le había pedido matrimonio de refilón, sin darle importancia, como algo natural que tenía que ocurrir. Acababa de incluirla en su vida, en su futuro, como su esposa. Se le aceleró el pulso y los ojos se le humedecieron. No sabía qué decir ni qué hacer. Goyo la abrazó y ella se apretó muy fuerte contra él para sentir el amor que le transmitía.

—¿Te parece un buen plan?

Ella le besó el cuello y rompió a llorar.

Goyo creyó estallar de felicidad.

Desde que le regaló el cuaderno, lo llevaba con ella en el bolso. Fue un hábito que mantuvo durante toda su vida. Goyo estaba encantado con el uso que daba a su obsequio. Acostumbraba a contarle qué había hecho durante el día, sus casos clínicos, cómo evolucionaban y ella se mostraba interesada en todos los temas médicos y apuntaba cada palabra que no entendía.

Al principio las conversaciones se interrumpían muchas veces hasta que ella comprendía todos los conceptos, pero, a medida que fue transcurriendo el tiempo, el lenguaje del cuasi galeno se le hizo usual. Participaba de los temas haciendo preguntas y pidiendo aclaraciones que luego, diligentemente, anotaba en su letra correspondiente. Empezó por cuestiones de ginecología, pero, como el tema le apasionaba, se fue extendiendo a aspectos de la medicina en general.

—Una cosa es que entiendas todo lo que dice tu futuro marido y otra los interrogatorios a los que me sometes. ¿Por qué tanto interés? —le preguntó, divertido, un día.

—Estoy pergeñando una trama para mi próximo libro. Se desarrollará en un hospital y la protagonista va a sufrir algún tipo de enfermedad incurable. Todavía tengo que centrarlo bien, pero me interesan todos los asuntos médicos —se explicó Guadalupe.

—Eres increíble. Aún no has terminado de escribir el libro actual y ya estás construyendo otro en la cabeza. ¡Me encanta lo organizada y previsora que eres! Nos vendrá bien, así compensarás lo desastre que soy yo. Mezclaremos mi improvisación y tu planificación.

Goyo se echó a reír, encantado con la idea que había tenido. Había escondido el desorden que traía de cabeza a su madre dentro de un término más amable como era la «improvisación». Su futura esposa no podría decir que no la había avisado.

Guadalupe ni siquiera reparó en ese detalle, sorprendida de la naturalidad con la que él la integraba en su vida. Sabía que Goyo era un buen partido, no solo por la forma en que la trataba, que era un valor añadido, sino, y mucho más importante, porque su futuro profesional se prometía brillante. Se regocijaba pensando en el fallecimiento de sus suegros y disfrutaba de la idea de heredar el millonario negocio familiar. Ya no tendría que preocuparse de la estabilidad económica que tanto le perturbaba. Habría conseguido su propósito en la vida. Sonrió. Si había sido capaz de acostumbrarse al batracio de Gerardo, a Goyo le acabaría encontrando el atractivo.

—Se nos ha hecho tarde —anunció mirando el reloj—. Dejamos el paseo para mañana, ¿vale?

—Después del cine —le recordó ella.

—Perfecto. Es tarde, me quedo más tranquilo si te llevo a tu casa.

Se fueron caminando hasta el coche, un Seat Ibiza que la abuela paterna de Goyo le había regalado hacía unos meses cansada de verle ir de la facultad al hospital en un viejo Vespino que le había prestado un primo.

El joven y su novia habían ampliado el uso de vehículo. Le sacaban todo el provecho que podían, habida cuenta de los escasos dineros con que contaban ambos y las dificultades para que sus respectivas casas se quedaran vacías en algún momento.

Al terminar el verano, a primeros de septiembre, Guadalupe recibió una carta

certificada en su casa. Tenía el membrete de la editorial y, antes de abrirla, supo que las malas noticias se avecinaban. Rasgó el sobre y su vaticinio se confirmó: los abogados de la empresa le comunicaban la rescisión unilateral del contrato por incumplimiento de plazos. Guadalupe no se lo podía creer. De repente se acordó de un episodio que había vivido con Ricardo meses antes. El editor, con espuma en la boca producto de la rabia, le puso el contrato sobre la mesa y le señaló un párrafo diciéndole, «Sabrás escribir, pero de leer no tienes ni idea». La tensión del momento le hizo pasar por alto aquel comentario y, como sus amenazas posteriores de contarle a su esposa la violación habían dado resultado, lo olvidó. ¡Idiota! Tenía que haberse preocupado de revisar detenidamente el contrato. Corrió a sacarlo de la cajonera y lo leyó íntegro. Escondido entre párrafos de enrevesado lenguaje legal, descubrió la trampa. Se había comprometido a entregar cada 1 de enero un nuevo libro, aunque quedaba a decisión de la empresa cuándo publicarlo. Es decir, que el libro que pensaba terminar en octubre debía haberlo entregado diez meses antes. ¡Ni siquiera el anterior lo había presentado en tiempo! ¡Qué desastre!

Llamó a un amigo que había empezado a trabajar en un bufete de abogados y le pidió consejo.

—Guadalupe, ¿cómo pudiste firmar esto sin darte cuenta de que antes de hacerlo ya estabas incumpliendo el acuerdo? —le preguntó después de leer detenidamente el contrato que tras una primera conversación le había mandado por mail—. Es obvio que querían darte la patada. Sinceramente, no creo que puedas hacer nada.

Guadalupe aguantó el tipo hasta que se despidió, pero en cuanto colgó el teléfono rompió a llorar de forma incontrolada.

Goyo notó que ocurría algo cuando la vio aquella noche. Era como si le hubiesen exprimido la felicidad y solo quedase la pulpa de la tristeza. Ella, sin poder contener las lágrimas, le enseñó la carta. La cara de él iba cambiando de color a medida que la leía.

—¡Qué hijo de puta! ¡Cómo te tomó el pelo! Iremos a los tribunales y le arruinaremos. Mi padre es amigo de uno de los mejores abogados de Madrid.

—No hay nada que hacer, Goyo, ya lo he consultado con un letrado que conozco. Podría demandarle, pero sería meterme en una espiral de declaraciones, denuncias cruzadas y abogados que tardarían mucho tiempo en resolverse. Mi amigo dice que probablemente perdería. Y mientras tanto, ¿crees que la editorial mantendrá mi última novela en las librerías o que la promocionará o que alguna otra editorial publicará mis libros? No, ni una cosa ni la otra. Ricardo Montesinos lleva las de ganar. Primero se murió su padre y luego se separó de su mujer de toda la vida, Yolanda Celada. Desde entonces ha llevado la editorial como ha querido, renegociando contratos con los escritores, sin respetar acuerdos previos, echando a los que no se mostraban de acuerdo con sus ideas, vamos, como un auténtico dictador. Y esta es una más de sus arbitrariedades. —Guadalupe, había improvisado el argumento sobre la marcha, hablaba sin pasión. No quería transmitirle la idea de que se trataba de un asunto personal. Simplemente era una más—. Te agradezco tu apoyo, pero tendré que enfocar mi futuro en otra dirección. Solo necesito un poco de tiempo para pensar.

—¿Cómo has dicho que se llama la exesposa?

—Yolanda Celada.

—Él es un cabrón, pero su mujer, de la que está divorciándose, es un encanto.

—¿Cómo lo sabes? ¿La conoces? —preguntó, y a Goyo le pareció que los ojos refulgían de nuevo.

—¿A Yolanda? Claro, es paciente nuestra. Precisamente hoy la he visto. Venía a hacerse una revisión. Está muy desmejorada. Oí que le decía a una enfermera de confianza que el divorcio se ha convertido en un auténtico martirio. No llegan a un acuerdo y él no para de poner trabas a la negociación.

—¿Sabes por qué se han divorciado?

—Ni idea, no presté atención a lo que le decía a la enfermera. Si quieres, cuando vuelva a recoger los resultados de las pruebas que le hemos hecho hoy, se lo dejo caer a ver qué dice.

—No seas bobo. Pobre mujer, o a lo mejor habría que decir 'afortunada', aunque ella no lo sepa ver ahora, porque se ha quitado a un mal bicho de en medio.

—¡Bien visto!

—Si quieres, luego te acompaño a la planta, a ver si hay suerte esta noche, no tienes que quedarte en el hospital y podemos pasarla juntos en una habitación que esté vacía. Necesito mimos —mintió, aunque sus intenciones iban por otro camino.

Desde hacía algunas semanas, para poder estar más tiempo juntos, ella le acompañaba de vuelta al hospital, le esperaba charlando con las enfermeras y las auxiliares, mientras él comprobaba si todas las enfermas estaban bien y a veces hacían el amor en alguna habitación que no estuviera ocupada. Después de disfrutar de esos momentos de intimidad, Goyo la llevaba de regreso a casa y él, o volvía al hospital, o se iba a la de sus padres.

Así fue como Guadalupe descubrió que la causa del divorcio era una despampanante presentadora de televisión de la que el editor se había encaprichado. Jules, se llamaba la susodicha, diminutivo de Juliana, que parecía ser un nombre menos artístico que el elegido. Era impactante, reconoció Guadalupe cuando en el control de enfermería le enseñaron la revista en cuyas páginas centrales lucía el esplendor de su anatomía. Decían las lenguas viperinas de las ATS que estaba toda reconstruida con ayuda de un cirujano del hospital, que, en un alarde de ingeniería anatómica, había conseguido vencer las leyes de la gravedad en los pechos, que se proyectaban al frente enhiestos y desafiantes.

—Parece ser —explicó la más veterana—, que él se encaprichó de ella, pero siguió con su mujer. Un fotógrafo le pilló una noche cuando salía de un hotel con la presentadora y las fotos terminaron llegándole a la esposa. Yo creo que, como me decía Yolanda, su mujer, la lagartona esa lo organizó todo para que él se divorciase, obligarle a casarse y trincar un buen dinero. ¡Menuda mala bicha! —exclamó, solidaria con la paciente de la clínica—. Yolanda le puso las maletas en la puerta y la otra le recibió encantada en la suya. ¡Hombres! Solo piensan con la entrepierna. Pero ahora, para llegar a un acuerdo en el divorcio, sí que utiliza la cabeza y no deja de ponerle trabas a la pobre mujer, que es un encanto.

La llegada de Goyo, que volvía de hacer la ronda, disolvió la asamblea femenina. Una semana después Guadalupe se presentó en las oficinas de Ricardo. Sabía que no tenía nada que hacer, pero iba a dejarle un regalo para que tardara unos días más en olvidarse de ella. Al salir del ascensor sorteó a la secretaria. A este paso su jefe

terminaría echándola o contratando a un guardaespaldas privado que impidiese el paso a amantes enfurecidas. Sonrió con la ocurrencia. Abrió la puerta del despacho con la secretaria pisándole los talones.

—Perdone, señor Montesinos, no he podido impedirle el paso. ¿Llamo a seguridad? —preguntó asustada la mujer.

—Para cuando lleguen los de seguridad, ya le habré metido dos balas en el cuerpo a tu jefe o le habré cortado los huevos con las tijeras —le respondió Guadalupe, antes de que Ricardo se hubiera repuesto de la sorpresa—. Y a ti. —Y le hizo un gesto gráfico de degüello pasando en horizontal el dedo índice por el cuello.

La mujer, asustada, miró a su jefe, que la tranquilizó con la mano. Guadalupe cerró la puerta y se acercó a la mesa.

—Buenas tardes, Ricardo. Veo que al final has cumplido tu amenaza y has rescindido mi contrato. Lástima, porque mi próximo libro hubiera sido un auténtico *best seller*. Pero no te asustes, no es por eso por lo que vengo a verte. Solo quiero darte una información que te puede interesar. A ti, a tu mujer y a tu nueva pareja —se calló dramáticamente para obtener toda su atención—. Tengo sífilis. Me enteré hace unos días. He preferido decírtelo en persona, sin acritud, para que si lo consideras tomes las medidas oportunas. Deberías advertir a tus parejas para que se sometan a tratamiento. No te preocupes. Con penicilina se cura. ¿A quién te costará más decírselo? ¿A tu exmujer o a tu nueva novia? ¿Jules se llama? Dicen que tiene un carácter de mil demonios. A ver qué mentira le cuentas. —Y le entregó un análisis—. Para que veas que no te engaño, esta es mi analítica.

Ricardo no supo qué decir. Miró las hojas que le había entregado la escritora y vio bien grande su nombre y la enfermedad diagnosticada.

Yolanda, la esposa de Ricardo Montesinos, se presentó en el despacho de su marido hecha una furia. Tiró sobre su mesa unos papeles que extrajo de un sobre y le mostró las líneas que había señalado.

—Maldito hijo de puta. No solo te tiras a todas las tías que has querido, sino que lo haces sin protección. Y yo sufro las consecuencias. A mí terminas contagiándome esta mierda. Que a ti se te caiga a cachos me trae sin cuidado, pero yo no tengo por qué pagar las consecuencias de que seas un salido. Me voy a tomar el tratamiento, pero también te advierto, si en esta semana no has firmado el acuerdo de divorcio, presento una demanda y pienso sacar a relucir todos tus trapos sucios en las revistas del corazón, incluido que tienes sífilis y que se la has contagiado a tu novia la famosa. Tú verás.

Salió del despacho sin esperar respuesta.

Entendía el cabreo de su mujer. Él mismo, en cuanto Guadalupe le comunicó que tenía la enfermedad, fue a hacerse las pruebas al hospital de La Esmeralda. Si daba negativo se quitaba el enorme peso de encima de tener que decírselo a Jules y a su ex, pero el resultado había sido positivo. Ahora se le planteaba el problema de cómo contárselo a su nueva novia. Con lo hipocondríaca que era, los celos que tenía hasta del aire y la mala uva que se gastaba, seguro que le montaba una escena y le acusaba de estar engañándola. La tormenta estalló antes de que lo imaginara.

—Hola, cariño —dijo él tras ver el número de Jules en la pantalla de su móvil—. Estaba pensando en ti ahora mismo.

—Me cago en tus muertos. Me vas a explicar ahora mismo qué significa una llamada que acabo de recibir. Preguntaban por ti. Era de la farmacia. Que ya puedes pasar a recoger la penicilina que habías encargado. Me han pedido que te recuerde que debes ponértela de inmediato y evitar las relaciones sexuales. ¿Qué mierda has pillado y me estás ocultando? Me voy al médico. Ya te aviso que, como me hayas pegado algo de alguna guarra con la que te hayas acostado, esto se ha terminado.

Ricardo intentó explicarse, pero había colgado.

Guadalupe sonrió escuchando los comentarios de las enfermeras.

—Al final el muy cerdo le infectó a ella una sífilis. Menos mal que tiene cura y que ya le hemos puesto la dosis de antibiótico. Y su novia, la presentadora esa, le ha dejado plantado. Que se joda. Pero lo que se merecía es que se le cayera a pedazos. Por salido. Y tú —miró una enfermera con cariño a la escritora—, ¿otra vez esperando a tu novio? A este paso voy a tener que darte la mitad de mi sueldo por ayudarme con todos esos papeles. Si no fuera por ti, estos días no sé qué habría hecho para ordenar todos los resultados del laboratorio y colocarlos en sus historias. Eres un cielo.

—No es nada.

Goyo apareció justo a tiempo de rescatar a su novia de tantos halagos.

Él, preocupado por la pequeña depresión que parecía padecer después de la anulación de su contrato con la editorial, dejaba que aguardara al final de su turno en el puesto de las enfermeras. Para hacer más llevadera la espera, hacía ya días que había empezado a ayudarlas archivando los informes. Les explicó que estaba escribiendo un libro sobre médicos y que no le importaba hacerlo porque así se familiarizaba con el trabajo de un hospital. Ellas, encantadas de aliviarse de trabajo, le enseñaron todo lo que hacían.

—Vamos a comer. Siento haberte hecho esperar tanto, pero se ha complicado la operación y no podía irme en medio de todo el jaleo.

Mientras les servían el menú comentaron los temas del día.

—¿Ya has terminado de documentarte para el libro? ¿Ya no tenemos que pedir más pruebas analíticas con enfermedades raras? Porque empiezo a preocuparme. Te hemos pedido todos los anticuerpos del mundo, todas las infecciones posibles, hasta las de transmisión sexual —y la miró frunciendo el ceño como intrigado—, las pruebas de alergia a todo lo conocido, ¿qué nos queda?

—Yo creo que ya me he hecho una idea de qué siente una persona cuando sospecha de una enfermedad y tiene que esperar unos días a saber los resultados. En realidad, hace poco que me hice una analítica y no tenía ninguna patología. Pero quería recrearme en las sensaciones que se sufren pensando que podría tener algo mal. Además —y le miró zalamera, guiñándole un ojo—, así estás seguro de que no padezco ninguna de esas enfermedades, ni sífilis ni gonorrea ni otras más.

—Qué tonta eres. Claro que lo sabía. Me fío totalmente de ti y sé que si estuvieses enferma me lo habrías dicho.

Guadalupe sonrió. Claro que no tenía sífilis. Lo sabía muy bien. Cuando se quedó embarazada, le habían hecho un chequeo completo. Y en sus ojos apareció un brillo extraño, el que produce el placer de la venganza.

9

Pocos días después de que Guadalupe recibiera la carta de la editorial, Goyo comenzó su último curso. La rotación en el hospital, las clases, las guardias que su padre le añadía y el estudio apenas le dejaban tiempo libre para disfrutarlo con su novia. Hacía juegos malabares para verla cada día.

Guadalupe, por su parte, había terminado la carrera, y por primera vez en su vida le sobraba tanto tiempo que le inquietaba no saber qué hacer con él. Su sensación de confusión la aumentaba la ausencia de respaldo a la hora de publicar el libro que estaba escribiendo. Se obligaba a avanzar a diario en el relato, pero la angustia de no saber si al terminar acabaría en las librerías impedía que se centrase y apenas producía unas pocas líneas de calidad.

—¿Por qué no trabajas de periodista? —le planteó una noche Goyo, preocupado por que su habitual vitalidad se había trasformado en persistentes ausencias—. Al fin y al cabo, has estudiado para eso.

—Puede que lo haga —respondió como una autómata mientras pensaba en sus cosas.

—Guadalupe —le dijo, agarrándola de los hombros y obligándola a mirarle—, me encantaría poseer una editorial para publicar tus novelas. Solo te contrataría a ti como autora, te lo juro. Pero soy médico. —A la escritora le pareció que a Goyo incluso le daba pena hasta haber elegido esa carrera. Fue algo tan enternecedor que emergió de su mundo de desolación y tristeza y le prestó atención—. Te cuidaré en una gripe, puedo diagnosticar si tienes alguna dolencia, hacerte recetas, ayudarte a dar a luz, pero no puedo publicar tus novelas. No está en mi mano. Te amo. Como tu doctor de cabecera y futuro marido, me preocupa tu falta de alegría y me aterroriza que entres en depresión. Créeme, es una patología muy grave. Deberías concienciarte y tomar las riendas. Hazme caso, necesitas llenar tu tiempo. Busca un trabajo.

—Lo haré —se comprometió Guadalupe, aunque más que por ganas aceptó el consejo porque se había acobardado.

Durante días llamó por teléfono a todos los medios de comunicación. Le costó que la atendieran y en los pocos lugares donde tenían la educación de responderle, siempre se encontraba una contestación negativa. Parecía que el mundo periodístico estaba en permanente crisis y que el trabajo escaseaba. Después de mucho insistir, logró algunas entrevistas personales. En una consiguió un contrato de seis meses. Se trataba de una revista casi desconocida dedicada a temas farmacéuticos. Trabajaba más de ocho horas diarias y el sueldo era paupérrimo.

La noticia del nuevo contrato no pareció rescatar a Guadalupe de su pesadumbre, al contrario, la hundió más aún. Goyo no entendía muy bien por qué. Nada parecía hacerle ilusión. Se arrastraba por la vida, como si la patada que le había dado la editorial le hubiera dejado KO sobre la lona, sin capacidad de reacción. Goyo no podía tolerar que la mujer a la que amaba siguiese sufriendo. Le propuso que visitase a un psiquiatra en su hospital, pero ella lo rechazó con vehemencia: «No estoy loca». Se devanó los sesos pensando en cómo ayudarla de otra forma y tuvo una idea. Su familia poseía una finca en un pueblo de Madrid, Villamanta, y muchos fines de

semana del inverno solían pasarlos allí todos juntos. Un sábado la sorprendió llevándola a comer. No fue la invitación lo que cambió su estado de ánimo, ni el hecho de que Goyo la introdujera en su familia, ni siquiera la forma en cómo la presentó.

—Esta es Guadalupe, mi novia —anunció a sus padres, a sus tres hermanas y a su abuela—, y mi futura esposa, si ella me acepta.

A Guadalupe se le iluminó levemente la cara. Hasta ahora los hombres se habían comportado como unos cobardes con ella, ocultándola. Goyo, quizá por inconsciencia, demostró valentía, aunque tampoco se le escapó cómo miraba de reojo a su padre y cómo este fruncía el ceño en señal de desaprobación. Pero más que su arrojo, lo que definitivamente le hizo desprenderse de la capa de pesar que la envolvía fue la visión de un futuro millonario y desahogado. Tuvo que contenerse y aparentar naturalidad cuando una de las hermanas le hizo una visita guiada por el enorme edificio. Ahogó un grito en la garganta cuando en el salón principal le enseñaron un Picasso, un Monet, un Van Gogh y un Kandinsky.

—¿Son originales? —preguntó la joven escritora.

—Claro —respondió despreocupada la hermana—. Mi padre los heredó de mi abuelo. En el futuro uno será para cada nieto. Entre los hermanos no nos hemos puesto de acuerdo en cuál se quedará cada uno —confesó riéndose despreocupada—. Tu novio dice que le da igual.

—Son todos preciosos —asintió Guadalupe, aunque internamente pensaba averiguar cuál de ellos valdría más en una subasta. Ese es el que se quedaría Goyo.

Guadalupe se mostró encantadora y al mismo tiempo prudentemente cohibida. En general, pareció pasar la prueba con nota porque, salvo las reticencias del padre, el resto se mostró feliz de conocerla. Desde aquel día se convirtió en una costumbre que los fines de semana que Goyo no tenía guardia los pasaran en la finca. Las conversaciones durante las comidas eran divertidas y ágiles. Hablaban de política, de cotilleos de famosos, de fútbol o de cualquier otro tema de actualidad. A Guadalupe se le quedó clavada una en particular. Hablaban de las profesiones respetadas, y el padre comentó que ser escritor no era un oficio que aportara nada a la sociedad:

—Es perfectamente prescindible. Si uno quiere entretenerse, ya tiene la televisión, el cine o los cómics, y si hablamos de arte, nada mejor que la pintura.

La novia de su hijo no entró al trapo. No supo interpretar si fue un simple desliz o una provocación, pero interiorizó una verdad que le preocupó: el patriarca pondría todas las zancadillas posibles para que su matrimonio no se celebrase y llegaría el día en que Goyo se enfrentaría a la disyuntiva de elegir entre ella y el cabeza de familia. La idea se instaló en su cerebro y le generó una inquietud intermitente. Mientras que estaba con su novio a solas, se olvidaba de ello, pero cuando el padre compartía espacio físico con ellos notaba cómo los muros del amor del joven médico perdían parte de su firmeza.

Una tarde Goyo la llamó apurado.

—Cariño, le había prometido a mi abuela que la acompañaría a la ópera, pero me tengo que ir urgentemente al hospital. Mis hermanas y mi madre no están, y no quiero que vaya sola. ¿Me podrías hacer el favor de llevarla tú? Te prometo compensártelo.

A Guadalupe le apetecía el plan. Jamás había ido a una ópera y tenía curiosidad.

Se llevaba bien con la abuela, aunque le asustaba meter la pata y crearse un segundo enemigo para la boda. Pero también la podía convertir en una magnífica aliada.

—Te lo ruego —insistió suplicante Goyo.

—Vale. Lo haré —cedió la joven escritora.

—Gracias, cielo. ¡Eres maravillosa! Dentro de una hora mi abuela pasa a recogerte, bueno, con el conductor. Y no te preocupes por nada, a ella le caes fenomenal.

Doña Isaura, la abuela, tenía un palco en el Teatro Real. Desde que murió su marido, su hijo y los nietos mayores se alternaban para acompañarla en su gran afición. Guadalupe se vistió elegante y propia. Los meses de relación con Goyo y el roce con su familia habían mejorado su vestuario. Más allá del espectáculo y de las fabulosas voces de los protagonistas, de lo que realmente disfrutó fue de la sensación de pertenecer a una familia poderosa y adinerada. Le encantó la pleitesía con que las trataron los bedeles y las miradas de curiosidad y envidia de los que estaban en el patio de butacas. Fue feliz y plena.

Después de la ópera, la abuela la invitó a cenar. Charlaron, sobre todo, de su novio.

—Goyo tiene un gran futuro por delante. Y una gran responsabilidad. Habrá de ayudar a llevar las riendas del hospital. Por eso tiene que prepararse muy bien. No puede ser un buen médico, está obligado a ser el mejor en su especialidad —explicó, extrañamente seria, su abuela.

El comentario inquietó a Guadalupe. Objetivamente ella era una simple periodista, con un trabajo mal pagado en una revista que nadie conocía y que había escrito tres libros que no habían llegado a la categoría de *best sellers*. Ninguna otra cosa que exhibir orgullosa frente al brillante futuro médico. Pasó la noche dando vueltas al tema. Miró las descascarilladas paredes de gotelé de su habitación y la humildad de su hogar le provocó todavía más deseos de huir de ese mundo y entrar en el de Goyo, pero, salvo su belleza y el amor de su novio, no existía nada tangible que pudiera ofrecer como candidata a esposa.

Durante varios días la idea le atormentó. Tenía que provocar el matrimonio. Justo cuando Goyo acabase la carrera debía convencerle para pasar por el altar y que pareciese que la idea había sido suya. Si encontraban demasiados impedimentos, se casarían a escondidas. Lo importante era casarse y el papel. Nada más.

Seguía dándole vueltas a su porvenir cuando entró en el Vips de la glorieta de Quevedo, en el que había quedado a comer con su amado. Últimamente, cada vez con más frecuencia, se retrasaba. Una urgencia imprevista o algún punto que dar en una cirugía le habrían retenido. Se paseó por la librería, haciendo tiempo, enfrascada en sus pensamientos, mientras ojeaba sin interés las novedades literarias. Se detuvo ante un mostrador que le llamó la atención. En un gran cartel con fondo blanco y letras negras anunciaban las obras del último autor galardonado con el premio Miguel de Cervantes y le vino a la cabeza un comentario que Gerardo Montesinos le hizo respecto de los premios literarios: «Solo hay dos con renombre y una dotación económica que merezca realmente la pena. El Planeta y el Pardo Bazán».

Cada individuo es producto de sus circunstancias y, quizá en otras, Guadalupe no habría prestado ninguna atención, pero tal vez la boda recibiese la absoluta aprobación

de la familia de su novio si ofrecía algo que le permitiese ser respetada. La idea de conseguir uno de los dos premios se instaló en su cerebro y, sin darse cuenta, empezó a esbozar el plan que le podría permitir conseguirlo. Tan concentrada estaba que transcurrieron unos segundos hasta comprender que era Goyo quien la abrazaba con fuerza por la espalda mientras susurraba una de las muchas excusas que ella ya conocía.

Durante el almuerzo él le comentó los casos que había visto aquella misma mañana. Ella parecía interesada, aunque su mente navegaba por otros mares. Su cabeza estaba inmersa en un bucle de pensamientos que comenzaba con la presentación de la obra que estaba escribiendo a uno de los dos premios más importantes y terminaba cuando obtenía el galardón en una gala pública rodeada de políticos y rostros famosos.

Una vez elaborada la idea, comió a toda velocidad. Necesitaba urgentemente encontrar las bases de ambos concursos. Se despidieron y ella corrió hasta su domicilio para poder navegar en internet en la intimidad, sin que nadie le molestase. Reunió la información de ambos premios y, después de leer las bases y ponderar sus verdaderas posibilidades, se decantó por el Pardo Bazán. Le daba tiempo de sobra a terminar su novela antes de que se abriera la fase de recepción de manuscritos. Se jugaba el futuro y estaba dispuesta a hacer lo que fuera por lograr el galardón. Investigó y averiguó quiénes formaban el jurado que escogería la futura novela ganadora. Apuntó sus nombres y decidió no dejar nada al azar literario. El premio debía reposar en su vitrina y el dinero en su cuenta bancaria, costase lo que costase.

El tribunal de esa edición estaba integrado por siete miembros, cinco hombres y dos mujeres, de los que uno de ellos, un escritor de novela histórica relativamente conocido, Armando Castroviejo, ejercía de presidente.

Guadalupe buceó en su vida. Tenía setenta y dos años y había ganado el premio diez años antes. Vivía en Madrid, con su mujer y su suegra. Ya jubilado, se dedicaba a impartir conferencias, mientras se documentaba para su próxima obra. Guadalupe asistió a una de ellas en el Ateneo. Quiso acercarse a él al terminar, pero se le adelantaron varias personas que acapararon su atención charlando sin parar. Se dio cuenta de que era imposible abordarlo a solas. Salió a la calle y esperó mirando el escaparate de una tienda de moda situada a pocos metros de la entrada. En realidad, estaba pendiente de que la figura del hombre se reflejara en el cristal. Lo vio salir solo al cabo de un rato y enfilar la calle en dirección a la plaza de las Cortes. Se unió a un numeroso grupo de turistas que hacían fotos del carrillón del edificio de Plus Ultra y se quedó escuchando el tintineo. Guadalupe aprovechó el momento para cruzar la calle y apostarse en la otra acera, cerca de la entrada del hotel Palace. Al apagarse el sonido de las campanas, Castroviejo levantó la mano para detener un taxi que se acercaba lentamente por la calle Jesús y, cuando se detuvo, se subió por el lado izquierdo. Se quedó asombrado cuando vio que la puerta contraria la abría una hermosa mujer y se sentaba en el asiento. La expresión de azoramiento de su rostro al comprobar que el coche ya estaba ocupado por un hombre trastocó la estupefacción de Armando en una exquisita amabilidad y se ofreció caballerosamente a compartir el viaje.

—¿Adónde va usted? —preguntó, acallando con un gesto las excusas de la

muchacha.

—A la plaza de Colón. ¿Y usted? Porque no quisiera apartarle de su ruta.

—No hay ningún problema. Iba precisamente en esa dirección. —Mentira de las gordas. Él vivía en la calle Menéndez Pelayo, justo en el sentido contrario, pero la sonrisa de agradecimiento fue tan impactante que el hombre ni siquiera inició en su mente una protesta.

—¿Sabe que he estado en su conferencia hace unos minutos? —le confesó ella en apariencia turbada, intentando rasgar el silencio momentáneo que se instaló entre ambos.

—¿No me diga? —respondió él, realmente sorprendido—. ¿Y cómo es posible que no me haya fijado en su cara? —preguntó adulador.

—También soy escritora, aunque no le llego a usted a la suela de los zapatos.

—¡No me diga! Y trátame de tú, por favor.

Durante el trayecto conversaron sobre literatura. Con fastidio comprobaron que habían llegado al destino, asombrados de la brevedad del recorrido.

—Hemos llegado —anunció el taxista.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Guadalupe.

—Déjalo estar —ordenó Armando—. No te preocupes. Para mí ha sido un auténtico placer conocerte. Espero que te vaya muy bien. Te prometo que seguiré tu trayectoria.

—No puedo aceptarlo, salvo que ahora me dejes invitarte a un café para agradecerte tu amabilidad.

—No quisiera hacerte perder tiempo.

—Insisto —sonrió coquetamente Guadalupe—. Vamos a Mamá Framboise.

—Cómo quieras —aceptó él, feliz, olvidando continuar con su apática vida ante la emoción que le producía aquella mujer.

Frente a dos tazas de café y unos apetitosos dulces, sentados en un rincón apartado de la cafetería, conversaron de múltiples asuntos. Ella se mostró una magnífica oyente ante los razonamientos esgrimidos por él, en especial cuando tocaron un tema en el que era especialista, los escritores del Siglo de Oro. Las ideas que Guadalupe tenía sobre algunos autores, y en especial su defensa numantina de la genialidad de Lope de Vega, la llevaron a rebatir con apasionamiento los argumentos más conservadores de él, firme defensor de Cervantes, enzarzándose en un debate dialéctico que los mantuvo tan enfrascados que el tiempo voló y, cuando se percataron, habían consumido más de tres horas juntos. Ambos tenían compromisos que los obligaron a despedirse, pero el leve gesto de fastidio que ella esbozó dio pie a que el escritor propusiera una nueva cita para el día siguiente. A comer por el barrio de las Letras, un lugar muy acorde con la conversación que casi había monopolizado el encuentro.

Guadalupe sonrió. Había picado el anzuelo.

—Estaré encantada —aceptó.

La tenue luz que iluminaba el local que escogió, La Vega del Arte, propiciaba un ambiente íntimo. Tan anonadado estaba con la joven que las exquisiteces culinarias le importaron más bien poco. Armando Castroviejo devoró con disimulo las piernas de Guadalupe, sobre todo cuando, para cruzarlas, hubo de rozar las de él. Ella se excusó

y acompañó sus palabras de un gesto de confianza, apoyando la mano sobre la rodilla solo una fracción de segundo. Después, azorada, estiró la falda que se había encogido en demasía con el movimiento y había dejado al descubierto su ropa interior.

El gesto era calculado y logró su propósito: la sangre recorrió con ardor las partes masculinas del escritor, tanto que hasta le escocieron. Comenzó entonces un cortejo que, de no estar movido por ese estado acrítico en que zambulle el apasionamiento tardío, le hubiera hecho comprender lo patético de sus pretensiones.

Guadalupe siguió la misma estrategia que con Gerardo, llevarlo a un punto de anhelo que nublara su razón y moviera solo su instinto más primario de hombre. La inoportuna cita inexcusable que a ella le obligaba a marcharse sirvió de motivo para un nuevo encuentro al día siguiente, esta vez para cenar.

—¿En el restaurante del Palace, te parece? —preguntó él con ridícula voz de adolescente anhelante de un beso.

—Nunca he estado —contestó.

—Te gustará —prometió, aunque no estaba pensando en la comida.

Armando Castroviejo llevaba una vida monótona y tranquila. Pasaba muchas horas en la Biblioteca Nacional, consultando textos de los clásicos españoles, preparando charlas y conferencias y centrado sobre todo en la escritura de su nuevo libro. El resto de su tiempo lo dedicaba a su mujer, con la que llevaba toda la vida, y a aguantar a su suegra, que, rozando casi los cien años, precisaba de cuidados de manera constante. El encuentro fortuito con Guadalupe alteró gravemente su equilibrio vital. La perspectiva de la cena concertada hizo que se planteara por primera vez en muchos años qué indumentaria llevar y, aunque quiméricamente, la posibilidad de despertar el suficiente interés en ella como para llevársela a la cama. Negó con la cabeza desechando esa posibilidad, aunque en su fuero interno ansiaba que se convirtiera en realidad. ¿Y cómo iba a responder? Le entró pánico. Su vida sexual, como los dinosaurios, se había extinguido hacía ya años, si es que alguna vez la tuvo. Educado por los curas en el pecado eternamente sermoneado por la Iglesia, se conformó con las escasas concesiones de su mujer, más puritana y casta que una novicia, después de algún escarceo adolescente. Ahora, de pronto, en su mente se forjaba una ilusión que no hubiera imaginado. Se sorprendió a sí mismo por esas elucubraciones. Buscó ayuda en un amigo de toda la vida, el ligón de la pandilla que se había quedado soltero. Sin darle muchos detalles y con la excusa de estar creando un personaje para una futura novela, le explicó la situación a la que se enfrentaba. Su colega le hizo una serie de recomendaciones al tiempo que le entregaba unas pastillas de color azul.

Una tremenda inseguridad y el miedo al ridículo le acompañaron durante toda la cena. Guadalupe estaba guapísima, reía sus ocurrencias constantemente, alababa la genialidad de sus ideas y compartía, a momentos, confidencias sobre las personas que cenaban en aquel local, aproximando su cuerpo, rozando la melena contra su cara y apretándole la mano cuando buscaba más intimidad en sus palabras. Armando estaba descontrolado. Sintió que el deseo más animal se adueñaba de su voluntad. El vino que pidieron terminó de desinhibirle y al final de la velada, sin saber muy bien cómo sucedió, su mano se encontró recorriendo la pierna de Guadalupe sin que la escritora mostrase ningún rechazo. Cuando, atropelladamente, le preguntó si cogía una habitación para gozar de más intimidad.

—Me encantará —respondió seductora.

Armando creyó estar soñando, no obstante la sonrisa cómplice de ella le aclaró que vivía una realidad increíble pero realidad. Quizá algo distorsionada, porque se sintió como si la juventud hubiera vuelto a su vida.

Su actuación fue ridícula, nunca había sido un gran amante, pero no se dio ni cuenta. Llegó a la conclusión contraria engañado por los fogosos gemidos de Guadalupe y el efecto de la pastilla azul. En cuanto pudo acometió una segunda embestida, con la que jamás habría soñado, y terminó creyendo que, de verdad, había transportado a la muchacha a las más altas cotas del placer. Él, desde luego, sí que las había alcanzado.

Después de este primer encuentro, descubrió que vivía obsesionado con la próxima cita y hasta que llegaba no podía dejar de recordar cada segundo de lo vivido. Su ofuscación le llevó a abandonar su trabajo. Seguía yendo a la Biblioteca Nacional, pero no para escribir ni consultar textos antiguos, sino para leer sin interrupciones ni miradas curiosas los libros que Guadalupe había escrito. Los escondía, como un colegial, debajo de alguna obra de los clásicos. Le gustó cómo escribía, o quizá fue la testosterona circulante la que predispuso a sus neuronas a una opinión tan favorable. Tardaron unos días en volverse a ver. Esta vez quedaron para comer, solo para comer, le había dicho con voz triste Guadalupe, con su tiempo ocupado por el trabajo. Como los adolescentes, aceptó cualquier cosa con tal de verla, pero al despedirse comprendió que ya no era suficiente, que quería disfrutar de nuevo la pasión que el cuerpo de aquella belleza le había proporcionado en su cita del hotel. Lo consiguió tras unas cuantas citas más.

Armando, con la euforia poscoital, empezó a hablar de los sentimientos que había despertado en él. Ella sonreía a sus palabras.

—El otro día compré tus libros. En realidad el primero, que devoré mientras se suponía que estaba leyendo a Calderón —le confesó, y se rio con picardía—. Me gustó tanto, que cuando acabé tuve que leer inmediatamente los otros dos.

—¿Lo dices en serio? Para mí, tu opinión es importantísima.

Guadalupe se sentó en la cama apoyando la cabeza entre sus manos, como para absorber todo lo que él fuera a decirle.

—Te agradezco el cumplido, pero soy un escritor sin grandes ventas, reconocido en el mundillo pero no entre la opinión pública.

—Para mí, eres fabuloso.

—Gracias. Eres muy amable. Me gustaron mucho. Sabes contar historias, con unos argumentos muy originales, que captan la atención del lector y mantienen el interés hasta el final. Después del primero, estaba ansioso por seguir leyendo el segundo. Ahora que he terminado el tercero, quiero seguir leyéndote. ¿Has escrito algo nuevo?

—Estoy terminando uno. Me quedan, ya sabes, varias relecturas para dejarlo a mi gusto. Solo que la editorial que publicó los otros cambió de dueño, en realidad se murió el propietario y lo heredó su hijo, y rescindió mi contrato alegando una cláusula que yo no había leído.

—O sea, que casi tienes un libro y no sabes dónde publicarlo.

—Eso es —confirmó Guadalupe.

—¿Has tanteado a otras editoriales? Si quieres, puedo presentarte a gente que conozco —le ofreció.

—No sé. No quiero que te comprometas. Y si luego no les gusta, quedarás mal tú.

—Eso se resuelve rápido, déjame leerlo.

—¿Harías eso por mí? ¿Lo leerías y me darías tu opinión? —Y le miró con tal intensidad, mientras sujetaba su mano, que Armando respondió rápidamente.

—¡Por supuesto! ¿Lo tienes impreso? ¿O me lo puedes grabar en un cd?

—Lo tengo en el coche. Hace unos días hice una copia para ir corrigiéndolo.

Le vinieron a la mente los ratos en que, mientras esperaba a Goyo, se aprovechaba de la impresora del hospital para hacer copias gratis.

—Si quieres, luego te acompaño al coche y me lo llevo a casa. Pero no tienes prisa, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza—. Pues todavía tenemos tiempo para seguir conociéndonos. —Y comenzó a acariciar su pecho.

Guadalupe esperó impaciente el próximo encuentro. Hasta entonces había guiado a Armando con orejeras por el camino que ella deseaba, pero todavía tenía que seguir desarrollando su plan hasta conseguir el pretendido trofeo. Quería saber su opinión y, de forma paralela, seguir jugando sus cartas, sexuales, claro. Nunca pensó que iba a ser tan fácil seducirle. Incluso le hizo gracia ver cómo había intentado mejorar su aspecto cambiando el jersey sobre la camisa y la corbata, muy de abuelo, por un traje, algo pasado de moda, con el que se presentó a la primera cena. Tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un salto y apartarse cuando sintió la torpe mano recorriendo su pierna. ¿Y la noche con él? Había resultado patética. En la cama, malo con avaricia. Ya no es que estuviera un poco nervioso, que lo estaba, sino que se limitó a entrar a matar y nada más. Ni prolegómenos ni juegos ni caricias, nada de nada. Claro, cuando ella, en las siguientes ocasiones, le echó un poco de imaginación, él descubrió otra dimensión.

Días después de haberle entregado el manuscrito, Armando la invitó de nuevo a cenar, con la pretensión de otra noche de pasión. Guadalupe aceptó. Aguantó como pudo los piropos que torpemente le dedicó, disimulando su impaciencia por hablar del manuscrito.

—¿Qué te ha parecido el libro? —preguntó sin poder contenerse más.

—Lo he devorado. Me atrapó desde las primeras páginas. Me parece una gran novela.

—¿Lo dices de verdad? ¿Te parece buena? —preguntó, frunciendo los labios en un mohín de incredulidad.

—Lo digo muy en serio. ¡Me ha encantado! Creo que te vas haciendo como escritora y has mejorado muchísimo con respecto a las anteriores novelas. Pronostico que va a ser un gran éxito. Vamos, que si fuese editor te obligaba a firmar esta misma noche un contrato.

—Ya —respondió con un deje de tristeza en la voz—, el problema es que sigo sin editorial.

—Todos querrían publicarla. ¿Por qué no iban a querer?

Guadalupe bajó la mirada, y un rictus de pena enturbió su sonrisa. A Armando se le paralizó el corazón al verla tan triste.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—Prefiero no recordarlo. Es una historia muy desagradable.

—Cuéntamelo. Si conozco la verdad, a lo mejor puedo buscar la manera de ayudarte.

—No lo creo. Hay personas tan poderosas que es tontería luchar —rechazó la escritora con la cara compungida, ocultando parcialmente los ojos llorosos entre sus manos.

—Empiezas a preocuparme de verdad. Por favor, cuéntame qué pasó. Te lo ruego. Me produce angustia ver tu tristeza y necesito hacer algo por ayudarte.

Guadalupe tardó unos instantes en comenzar a hablar, como si necesitara darse valor para hacerlo.

—Sabes que yo tenía un contrato con la editorial de Gerardo Montesinos. Publicaron mis dos primeros libros antes de que falleciera. Al tercero, su hijo y heredero, Ricardo, le puso muchísimas trabas. Un día me convocó a su despacho para tratar el tema del contrato e intentó acostarse conmigo. Yo me negué. Él me amenazó con no publicar ningún libro mío y me advirtió que o cedía o nadie lo haría. Volví a rechazarle y rescindió el contrato. He intentado ir a alguna otra editorial, pero a nadie le interesó. Tengo la sensación de que ha cumplido su amenaza.

La cara de Armando se contrajo por la ira. Deseó aniquilar a Ricardo.

Le dejó su pañuelo (era de los pocos hombres que todavía llevaban uno en el bolsillo) para que enjugara las lágrimas y le dedicó palabras tiernas de consuelo.

—Dame unos días. Ese libro tan estupendo tiene que publicarse. Haré algunas llamadas.

Guadalupe acarició su mano y depositó un beso en sus labios. Fue el acicate para que él perseverara en su promesa.

Armando, a pesar de la cantidad de amigos que tenía después de tantos años, no encontró demasiado interés en ninguna editorial. Estaba hundido. Deseaba verse con su amante, pero no tenía ninguna buena noticia que ofrecerle…

Hasta que se le ocurrió la solución.

—¡Ya sé qué debemos hacer! —le dijo entusiasmado al verla.

—¡Cuéntame! —pidió ella ilusionada.

—¿Cómo he podido tardar tanto en darme cuenta?

Guadalupe le miraba desconcertada.

—Ya sé cómo van a publicar tu libro. Yo te voy a ayudar.

—Armando, cálmate. No entiendo nada de lo que me dices.

—La solución es sencilla: vas a presentar tu manuscrito al premio Pardo Bazán. Se convocará en marzo, o sea que tienes tiempo suficiente para hacer las correcciones oportunas, releerlo varias veces y mandarlo. El premio está muy bien remunerado, casi cuatrocientos mil euros, pero, además, la editorial que lo patrocina se compromete a publicarlo y a apoyarlo con una gran campaña de promoción. Si consigues vender más de una cantidad, creo que diez mil ejemplares, publican también la siguiente obra. Y ahí, el hijo de puta de Ricardo Montesinos no tiene nada que hacer.

—¿Tú estás loco? ¿Con la de escritores que se presentarán a ese concurso, crees que van a premiar mi novela? Armando, no estás en tus cabales. ¿Ganar yo ese

premio? ¡Vamos, ni en sueños!

—Guadalupe, préstame atención, por favor. Si yo te digo que te presentes a ese concurso y que lo ganarás, quiero que me creas —le prometió, sujetando su cara con las manos para que le mirara a los ojos.

—Vale, te presto atención. Quiero creerte, pero no sé cómo estás tan seguro.

—Tú no lo sabes, ni yo debería de decírtelo, pero el presidente del jurado que decide quién es el ganador del premio soy yo. Armando Castroviejo. Y si yo te digo que tu novela va a ser la ganadora es porque tengo poder para conseguirlo.

La expresión de la cara de Guadalupe no dejaba lugar a la duda. Con la boca abierta, aturdida por la revelación, le costó reaccionar. Armando, henchido de orgullo por poder demostrar que en sus manos estaba la solución a los problemas de Guadalupe, se pavoneó delante de ella.

—Vas a ser la próxima ganadora, porque yo lo quiero y mi palabra es casi ley en este jurado. Pero, a cambio —y tornó a una voz melosa, infantilmente ridícula—, ¿serás bueno conmigo ahora?

El Kamasutra entero le hubiera prometido, aunque prudentemente siguió dando muestras de no creerle demasiado.

—Seré buena contigo ahora, porque eres un cielo, no por tu promesa. No estoy en venta.

—Nadie ha dicho eso. Era una broma.

—Vale, demuéstramelo. Yo presento la novela en marzo, y ¿cuándo se falla?

—En el mes de mayo —contestó él.

—Bien, esperaré a mayo para que me demuestres que tienes potestad para que mi novela sea la ganadora. Si cumples, puedes pedirme lo que quieras, mientras tanto tendremos que hacer voto de castidad —amenazó y, ante la cara de suplicio de él, rio abiertamente.

Mientras se suponía que dormían, agotados de dar rienda suelta a tanta pasión, Guadalupe sonreía pensando en que, aun habiéndolo planeado al milímetro, jamás imaginó que la jugada le saldría tan perfecta. No había tenido que pedir nada. Él había llevado la voz cantante.

No sintió lástima, incluso sabiendo que él se estaba embarcando en una aventura emocional que, cuando finalizara, y tenía fecha, el día después de anunciarse el premio, quedaría moralmente destrozado al comprobar que la relación ya no llegaría ni a la vuelta de la esquina.

Aunque confiaba plenamente en Armando, decidió reclutar más afinidades para su candidatura. Los cuatro miembros masculinos restantes del jurado también vivían en Madrid. ¡Qué grande es la ciudad y qué fácil resultó encontrarse casualmente con todos ellos! Unas pocas citas amorosas pueden conseguir fidelidades a la hora de elegir una novela determinada.

10

Las votaciones fueron secretas. Al contrario que en otros galardones, la decisión no se filtró a través de los medios de comunicación y eso se notaba en las voces altas y las risas nerviosas de los candidatos, que asistieron a la cena en la que con gran parafernalia se iba a anunciar el fallo. Guadalupe acudió sola. Hubiera deseado que aquel 17 de mayo Goyo la hubiera acompañado, pero él se excusó con que le era imposible porque le coincidía con los exámenes finales y no podía perder un minuto. Le presionó. Quería que estuviese presente en su noche de éxito para que pudiese relatar todos los detalles a su familia. Se lo había imaginado una y mil veces. Durante una comida en la finca de Villamanta, él contaría cómo subió al estrado a recibir el premio, cómo las altas personalidades, políticos y famosos la aplaudían y felicitaban, y su breve discurso de agradecimiento. Ella le pediría que callase, le diría con falsa modestia que no hacía falta que abrumase a su familia con detalles nimios, lo que probablemente potenciaría sus comentarios elogiosos, pero no hubo forma de convencerlo. Se mantuvo terco en su negativa. La decepción fue enorme. Guadalupe constató que en la balanza del amor el peso del platillo de su carrera de medicina empezaba a pesar más que el de su futuro matrimonio. Si su padre estuviera vivo, le habría pedido que fuese su pareja, pero desgraciadamente era imposible y, por más que repasó su agenda, no encontró a ningún candidato adecuado. Ana, su prima, y Sofía, su madre, se habían ofrecido a acompañarla, pero las rechazó con un gesto de suficiencia. Se avergonzaba de ellas.

Llegó sola.

En el salón del Gran Hotel de La Toja, donde tendría lugar la velada, las mesas redondas estaban distribuidas en torno a la principal, donde las autoridades gallegas y los miembros del jurado presidirían el acto. A Guadalupe la colocaron con otro finalista del premio, en total eran diez, en una muy próxima, junto a empresarios y, casualmente, el presidente de la editorial que publicaría la obra del ganador, Jorge Amberes. Supuso que la mano de Armando había promovido aquella colocación. El hombre había enviudado hacía años y, como también había acudido solo, se apoyaron el uno al otro y pasaron buena parte de la velada hablando.

En cuanto los camareros hubieron servido el café, llegó el momento de la verdad. El presidente del jurado, Armando Castroviejo, se levantó y, tras unas ceremoniosas palabras, agradeciendo la presencia en el acto del *conselleiro* de Cultura de la Xunta de Galicia, que entregaría el galardón, y de los distintos patrocinadores y editores, pasó a desvelar el resultado de las votaciones. Con voz grave, leyó una tarjeta que extrajo de un sobre, todo muy peliculero:

—Entiendo que estáis todos nerviosos y que queréis saber el resultado ya —preguntó, creando algo de tensión entre el público, que recibió el comentario con una sonora carcajada, de esas que alivian tensiones—. Bueno, vamos allá —y se hizo el silencio—. Estoy encantado de anunciar por fin que el premio Pardo Bazán 2002 se concede a la novela titulada —hizo una pausa dramática—… *Nunca regresaré*, de la escritora Guadalupe Romero Liguria.

Todas las miradas se volvieron hacia la mujer que, con cara de sorpresa y las

manos en el pecho una sobre otra, no dejaba de repetir: «No me lo puedo creer». Rápidamente, Jorge Amberes, el editor que estaba a su lado, se levantó, la felicitó y le indicó que tenía que acercarse a la presidencia para que el *conselleiro* le hiciera entrega del galardón. Guadalupe se mostró en apariencia tan emocionada que parecía tiernamente torpe. Cuando la autoridad gallega le entregó la escultura que acompañaba al premio, un plumín dorado sobre un fragmento de granito negro, y le estrechó la mano, se deslizaron por su cara unas oportunas lágrimas. Después de sus palabras agradeciendo el galardón, posó con todas las autoridades y miembros del jurado.

Armando Castroviejo, en calidad de presidente, le fue presentando a todos sus compañeros, que, al igual que él, simularon no conocerla. Charló con ellos sobre la novela, se mostró agradecida por otorgarle su voto, y fue desplazándose por los distintos grupos que se formaron, requerida constantemente por personas a las que no conocía pero que deseaban compartir con ella unos momentos. Armando estaba contento al ver que su amante irradiaba felicidad. En un discreto segundo plano, fue testigo de cómo se desenvolvía entre todos los aduladores que la rodeaban. Este era su momento de gloria y él, el verdadero artífice, se conformaba con observarla a distancia. Cuando el salón se fue vaciando de gente, se acercó a ella para volver a felicitarla. Esperaba, ahora que gozaban de un momento sin gente alrededor, un gesto de ella, un detalle cariñoso de agradecimiento, un simple apretón más intenso de la mano, no sabía exactamente qué, pero percibió que para ella, en esos momentos, él se había vuelto traslúcido, como si no hubieran compartido varios meses de pasión y amor, creía el presidente. Solo estaba pendiente de seguir siendo el centro de atención, posar en las fotografías y ser entrevistada por la prensa. Comprendió, como si de una relevación se tratase, que la relación entre ambos había terminado. Sintió un dolor profundo por sentirse utilizado, un simple peldaño en la escalera de la escritora hacia el éxito. Con el tiempo la acabó perdonando y reconociendo que, gracias a la ilusión que Guadalupe había hecho renacer en él, como el viejo olmo de Machado, volvía a sentirse vivo y con ganas de escribir.

Regresó a Madrid orgullosa y contenta de haber ganado el premio. Ahora sí que podía exhibir un mérito ante la familia de Goyo, donde todos la felicitaron efusivamente. Su novio estaba orgulloso de ella, aunque, llámese intuición femenina o transparencia masculina, detectó que algo había ensombrecido su relación. Prefirió no preguntar y dar tiempo a que se asentaran las cosas. Podrían ser celos transitorios ante su reciente fama o miedo a perderla ahora que empezaba a ser reclamada para muchos eventos.

Los compromisos que implicó ganar el premio le supusieron que, durante unas semanas, el tiempo que pasaba con Goyo era cada vez más escaso, casi anecdótico. Ella le pidió que tuviera paciencia, que en poco tiempo todo retornaría a la normalidad. Estaba disfrutando del éxito, que tenía un sabor embriagador, y no quería dejar de beber una gota.

Una tarde Goyo le pidió que quedaran a cenar. Ella tenía una invitación a una fiesta, pero aceptó, pensando que después podrían ir los dos juntos. Como ya se había convertido en costumbre, ella pasó a recogerlo con su coche. Aquel Ibiza que conducía ya más la escritora que Goyo. Lo notó triste cuando se subió, pero lo achacó al cansancio. Llevaba varios días preparando un trabajo y en la clínica su padre no le daba un respiro.

Se acomodaron en una mesa alejada de la gente para buscar intimidad, aunque con motivos diferentes, como pudo comprobar Guadalupe al cabo de un rato. Goyo carraspeó varias veces, bebió varios sorbos de la cerveza que había pedido y, con una voz apenas audible, comenzó a hablar.

—Guadalupe, tengo que decirte algo muy importante. Ante todo quiero que sepas que te amo con locura y que estos meses a tu lado han sido los más felices de mi vida. —Se detuvo para darse valor y seguir hablando. Tragaba saliva con dificultad, se humedecía los labios constantemente y, aun así, parecía que las palabras se negaban a salir de su boca—. Mañana me voy de España, a Rochester —lo dijo bajito, con la mirada fija en sus manos y los ojos húmedos.

—¿A Rochester? ¿Inglaterra? —preguntó, y ya comenzó a calcular los aviones que podría coger al mes.

—Estados Unidos —la corrigió.

—¿En Estados Unidos? ¿A qué te vas allí? ¿Cuándo lo has decidido? ¿Por qué no me lo contaste antes? ¡No entiendo nada! —lo apremió Guadalupe, con la angustia, ahora sí, dibujada en el rostro. Lo que acababa de oír y el dramatismo de Goyo al decirlo le hicieron comprender que la noticia que se cernía sobre ella era mucho peor de lo que pensó al principio.

—Me han concedido una plaza en la clínica Mayo en la especialidad de ginecología. Es la mejor del mundo. Mi padre presentó la solicitud sin decirme nada y me comunicaron la admisión hace unos días. Pensaba decírtelo antes, pero ganaste el premio, estabas tan emocionada que no quise aguarte ese gran momento y lo fui retrasando. La verdad es que pensé que me darían más tiempo, pero ayer me anunciaron que tengo que presentarme antes de que acabe la semana y he tenido que preparar el viaje a toda prisa —contestó Goyo de manera entrecortada.

—¿Y nosotros? ¿Qué pasa con nosotros? —Había apremio y angustia en la voz de Guadalupe, que se tradujo en la forma en que agarró la muñeca de su novio con las dos manos.

—Tú sabes que mi máxima ilusión es ser un gran ginecólogo y esta es una oportunidad única. Deberías estar feliz por mí —fue la respuesta evasiva de Goyo, que seguía sin atreverse a mirarle a la cara.

—Y me alegro mucho por ti. Claro que sí. Pero eso no responde a mi pregunta: ¿qué pasa con nosotros? ¿Dónde quedo yo en ese magnífico futuro que te vas a construir en la clínica Mayo de Rochester? —preguntó Guadalupe con enojo, remarcando los nombres con saña.

—Entiéndeme, Guadalupe, he conseguido que me admitan en el mejor hospital. Era un sueño tan deseado que no fui capaz de verbalizarlo nunca, pero que se ha hecho realidad. No volveré a tener una oportunidad así. Allí voy a prepararme. No tendré tiempo libre. Me dedicaré las veinticuatro horas del día a la especialidad.

La miró por primera vez a la cara, pero ella ya no vio al muchacho enamorado que la incluía en sus planes de futuro sino al hombre egoísta que pensaba solo en él. El trallazo que la frase le produjo en el corazón le hizo perder la compostura.

—¡Ya! Y yo te descentraría. Aquí, para entretenerte te venía muy bien, pero allí sería un estorbo. ¿Esto es idea tuya o de tu padre? Tú sabes que siempre nos ha querido alejar. No soy la mujer indicada para su maravilloso hijo. Una simple

escritora. Una mierda de juntaletras.

—No eres justa, Guadalupe. Mi padre no ha tenido nada que ver. —La afirmación no sonó convincente—. He pensado en la posibilidad de que te vinieras conmigo. Incluso lo hablé con él, pero al final me dijo algo en lo que tiene razón. Primero tengo que adaptarme a mi nueva vida y luego ya veremos si es posible que te vengas conmigo. ¿Tú querrías abandonarlo todo para seguirme al otro lado del mundo, sin amigos, sin familia, sin trabajo, sin tiempo para estar juntos?

—Te vas a quedar sin saberlo —respondió con ira.

Pidieron la cuenta sin haber probado casi bocado. El uno, preocupado por cómo afrontar la situación sin escenas y la otra, estupefacta ante, una vez más, la cruel jugada del destino.

Se fueron paseando hasta el coche. Cada uno enfrascado en sus pensamientos y recomponiendo sus sentimientos. Un incómodo y pesado silencio que, de pronto, ambos rompieron al mismo tiempo.

—Estoy…

—Goyo…

—Perdona, Guadalupe, habla tú, te escucho. Lo que iba a decirte puede esperar.

—Qué curioso, ambos callados todo el tiempo y ambos encontramos qué decirnos en el mismo momento. —El tono de tristeza de ella hizo que de nuevo se impusiera el silencio y solo resonaran sus tacones en la quietud de la calle. Al fin ella se aclaró la garganta y rompió a hablar—: ¿Sabes, Goyo? Me presenté al premio con la esperanza de ganarlo y de que te sintieras orgulloso de mí ante tu familia. Llegarás a ser alguien importante y no quería que tuvieras a tu lado a alguien insignificante. Cuando subí a recoger el diploma y la estatuilla, que ni has llegado a ver, pensé en ti. Mis palabras fueron de agradecimiento a las personas que me habían apoyado mientras escribía el libro, pero especialmente a una que había confiado en mí. Tú. Estaba compartiendo contigo mi futuro. ¡Y tú ya sabías que te ibas y que no había nada que compartir!

Goyo siguió caminando en silencio, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza hundida en los hombros, incapaz de mirar de frente.

—Ya he terminado. ¿Qué querías decir tú cuando te interrumpí? —preguntó Guadalupe sabiendo que, aunque ella estaba herida, le había clavado un estilete de culpabilidad hasta lo más profundo de su ser y estaba retorciéndolo por el placer de hacerlo sufrir y que supiera cómo se sentía ella.

—Bueno, yo —y tartamudeó intentando encontrar las palabras adecuadas—, yo… me sentí muy orgulloso de ti cuando ganaste el premio y me alegré porque ahora se abre ante ti un futuro maravilloso y sé que vas a conseguir tu sueño de convertirte en una gran escritora.

«¿Qué sabrás tú de mis sueños? —pensó Guadalupe—, yo solo quería huir de esa lúgubre casa en la que vivo y entrar en tu mundo de niño rico. Y, durante un tiempo, me hiciste creer que podría conseguirlo».

Llegaron al coche. La escritora le dio las llaves para que lo condujera él y le acercara a su casa, pero Goyo cerró con sus dos manos la llave dentro de la de Guadalupe y durante un instante volvió a ser el muchacho que conoció un año antes, tierno, cariñoso y desgarbado.

—Conduce tú. Me haría mucha ilusión que mañana me acercaras al aeropuerto.

Ella asintió levemente.

Cuando llegaron a la casa de Goyo, ella apagó el coche. Se quedaron los dos en silencio un instante, hasta que él abrió la puerta.

—Mañana va a ser un día muy duro. Es mejor que duerma un poco —anunció antes de bajarse y cerrando la puerta suavemente—. Que descanses.

Guadalupe ni esperó a que entrara en el portal. Arrancó rápido y condujo hasta su casa sin creerse todavía que su historia con Goyo fuera a terminarse.

La despedida en el aeropuerto fue dolorosa. Goyo facturó el equipaje y cogió la mano de Guadalupe para acercarse a la cafetería. Sería su último café juntos en mucho tiempo.

—Quiero que te quedes el coche. Ya está hablado con mi abuela. Me hace ilusión que lo conduzcas. Y que me vengas a buscar con él cuando vuelva a Madrid.

Las palabras se deslizaron con dificultad por la boca de Goyo. A Guadalupe simplemente no le salían. Pestañeó fuerte en señal de aceptación y trató de contenerse para evitar que las lágrimas comenzasen a derramarse por sus mejillas. Cuando iniciaron el camino hacia el control de acceso, la impaciencia de él, que parecía querer desprenderse de su pasado, contrastaba con la lentitud de ella, que quería alargar al máximo los últimos momentos juntos, en un inútil deseo de que él pronunciara alguna frase que diera esperanza a su relación.

Se plantaron en la entrada, señalizada por una zigzagueante cinta grisácea. Goyo apretó con ternura su cara entre las manos al tiempo que sellaba su boca con un beso.

—Te quiero. Este año contigo ha sido maravilloso. Volveremos a estar juntos muy pronto.

No eran esas las palabras que necesitaba oír, pero Guadalupe se dejó querer. Un beso más y Goyo se despegó con rapidez, dejando flotar en el aire un último «Te quiero», y emprendió con paso rápido el camino hacia los guardias civiles. Atravesó el control y se volvió un momento. La vio allí parada y todavía le gritó: «Me vienes a buscar al aeropuerto cuando vuelva».

Los días siguientes fueron desconcertantes pero no dolorosos. Se dio cuenta de que jamás había estado enamorada de Goyo. Llegó a ella en un momento en que necesitaba que alguien la cuidase y se dejó querer, luego fue todo costumbre. Durante un año se había habituado a la placidez que la relación con él le proporcionaba y continuó a su lado porque era un buen partido.

Ni siquiera estaba enfadada. Solo un poco perdida.

11

El premio le permitió huir de la atmósfera de pobreza opresiva de su casa a un pequeño apartamento cercano a la Castellana, sin ostentaciones, pero de su propiedad y que olía a nuevo. El día que trasladó sus pertenencias, se separó con sequedad del abrazo de su madre, entristecida por su mudanza. Le resultaron fastidiosas las lágrimas que derramó, pero especialmente lo último que le oyó decir: «Ven pronto a vernos». No pensaba aparecer por allí en mucho tiempo, se prometió mientras arrancaba su coche y enfilaba hacia su nueva vida, esa de fama y dinero con la que soñaba y tanto anhelaba, y cuyo primer peldaño subió con el premio Pardo Bazán. Sonrió con malicia cuando atisbó la figura de su prima tras los visillos, espiando su marcha. Al llegar a su casa abrió una botella de champán, regalo de un admirador, y brindó chocando su copa al aire. «Púdrete ahí, solterona amargada, disfruta del dinero de tus padres sin que nadie quiera estar contigo. Y quédate con mi madre, toda para ti. Jódete, que es tu única familia», murmuró irónicamente entre dientes. Hizo falta que se bebiera dos copas más para que la felicidad la embotase y empezar a sonreír, olvidando que ella también estaba sola y construyendo en la mente su brillante futuro.

El libro premiado fue publicado por la editorial de Jorge Amberes, enemigo declarado de Ricardo Montesinos. Las entrevistas, fiestas y viajes para promocionarlo le sumergieron en un torbellino de adulaciones y falsas sonrisas que la apartaron de la realidad. Fue tal el éxito de la novela que rompió el ámbito estrictamente literario y se ramificó hacia terrenos que nada tenían que ver con las letras. El origen de ese *boom* nació de un reportaje en un dominical titulado «La novelista más sexy», ilustrado por una foto de Guadalupe desnuda por completo. Aparecía de espaldas y girada a la cámara de cintura para arriba. España entera pudo disfrutar de unas posaderas firmes en forma de corazón y odiar la portada de su libro, que tapaba estratégicamente el perfil de su pecho. Eso sí, el título lo conoció todo el mundo.

La explosiva mezcla desató la enésima polémica sobre el machismo en nuestra sociedad. Algunos colectivos feministas saltaron a la palestra a criticar con dureza la publicación y a Guadalupe por prestarse a denigrar la imagen de la mujer. La controversia copó horas de televisión y editoriales de periódico. Durante unos días encogió el estómago de la autora, pero las ventas se dispararon y, lo más importante, comenzó a aparecer en reportajes de moda, cocina, la invitaron a tertulias… Descubrió que su cuenta bancaria engrosaba a una celeridad pasmosa sin casi esforzarse, disfrutando de ser una estrella. La única pega era que los críticos de todo tipo y pelaje pusieron sus ojos en ella y recibió críticas despiadadas.

—Viven del trabajo de los demás. Un crítico no tiene el valor de escribir y enfrentarse a la opinión del público que le lee semanalmente. Pero lo más importante, les falta el arte. —Se defendía ella cuando alguien sacaba a relucir lo que decían en los medios de su novela.

Ya fuera por las malas críticas o porque el boca a boca no funcionó, las ventas se ralentizaron. No le importó, porque los euros le llegaban a puñados de formas alternativas, hasta le pagaban por asistir a las fiestas.

Tanta noche y tanto acto social provocó que la brújula de su vida acabara

desimantándose por los halagos.

Escuchó las lisonjas de unos y otros y creyó que su éxito trascendía las letras y que ingresaría dinero solo por vivir, por compartir su físico en las revistas y algo de su vida privada. En ese tiempo muchos hombres trataron de conquistarla, aunque sus intenciones se terminaban en la cama. La pena para Guadalupe es que aquellos que pretendían una relación más seria no reunían las condiciones que exigía. Hubo aventuras, escarceos, viajes pagados y regalos, muchos regalos, pero al cabo de dos largos años de vivir del cuento descubrió que su teléfono comenzó a dejar de sonar, que la cuenta bancaria decrecía mes tras mes y que en las fiestas los *flashes* habían dejado de alumbrarla.

Un día la invitaron a participar en un *reality* de televisión. Sobre la mesa le pusieron un saco lleno de monedas. Le explicaron que su trabajo era simplemente ser ella y que cada día que aguantase en el programa recibiría otro saco igual. Dinero sin esfuerzo y fama, la fama perdida que tanto anhelaba. Se imaginó los *flashes* otra vez, sus fotos en las revistas de moda y las llamadas a todas horas.

Deseó decir que sí, pero sabía que esa clase de éxito, aparte de caduco, quemaba. La fama es un diablo sonriente que te envenena y se apodera de tu alma. Guadalupe entendía que la televisión ofrecía una proyección que cualquier otra forma de arte no entrega. Hay escritores deliciosos, pintores que te hacen llorar con sus trazos, siempre fruto del esfuerzo y del estudio, y que no ganan en toda su carrera lo que un famoso de *reality*. A Guadalupe le costó rechazar la oferta, pero lo hizo, más por sentido práctico que por convicción. Allí no encontraría a un marido rico y elegante.

Coincidió con que la editorial de Jorge le dio un ultimátum. Llevaba demasiado tiempo vagueando. O entregaba una nueva novela en el plazo de unos pocos meses, o rescindirían el contrato.

Guadalupe había pensado escribir una historia de médicos, pero no terminaba de dar forma a la idea. Cuando le daba vueltas, acababa pensando en Goyo y preguntándose qué habría sido de él. Eso la irritaba. La abandonó y le molestaba recordar que alguien se pudiera desprender de su presencia. Si dejaba, dejaba ella. Lo demás suponía una afrenta, y Goyo lo pagaría.

Una tarde, mientras se preparaba un café, encendió la tele de fondo. Así su soledad era menor. De reojo vio la imagen de la plaza de toros de Las Ventas, en Madrid, y volvieron a su memoria los recuerdos de las tardes pasadas con su padre mientras veían las corridas televisadas. Se quedó sentada durante toda la transmisión, emocionándose con las faenas de los toreros. Como si de un fogonazo se tratara, en su cerebro surgió la idea para su nuevo libro. Trabajó durante horas en ella y en pocos días había estructurado el argumento. Le quedaba la tarea más lenta pero más apasionante, documentarse para que los personajes tuvieran credibilidad.

12

Guadalupe vio por el retrovisor la magnífica estampa de un precioso caballo blanco galopando en paralelo a su coche. Reconoció rápidamente la figura de Valentín hijo e hizo un gesto de fastidio. Cada vez aguantaba menos a los presuntuosos y fatuos, y este se llevaba todos los premios. Fue correcta con él, pero no le prestó la mínima atención. Lo único importante era continuar la charla con su padre. Durante los días transcurridos desde la primera entrevista había avanzado bastante en su novela. Aquel hombre, compartiendo con ella sus vivencias, le había facilitado muchísimo el trabajo.

No fue el último encuentro. Los repitieron en más ocasiones, ya no tanto por la información que ella necesitaba como por el placer mutuo de la conversación, que no siempre seguía los derroteros taurinos. A veces comenzaban con los toros y terminaban hablando de comida, política, vinos, religión o cualquier otro vericueto en el que se ramificaban sus charlas.

Guadalupe sabía que a Lucía no le gustaba su presencia, pero era el torero quien marcaba los tiempos. A veces, cuando su mujer no los oía, él le proponía, con complicidad, dejar algún tema pendiente como excusa para una nueva visita. La joven aceptaba encantada. Se comportaban como los niños que, conchabados después de una trastada, intentan que los adultos no los pillen.

La asiduidad de las visitas benefició también a Valentín hijo. Los casuales encuentros con la escritora los aprovechaba para ganarse simpatías en su cuenta de afectos. La tirantez inicial fue dando paso a una leve tregua y el transcurrir del tiempo fue suavizando los choques entre ambos. Con el paso de los días, se mitigaron las hostilidades femeninas y, hasta por momentos, se instauró una corriente de simpatía hacia él. Incluso aceptó alguna de sus invitaciones, aunque manteniéndose recelosa de su personalidad.

Desde entonces el cortejo a que la sometió la sorprendió gratamente y la desarmó. Había deseo en él, deseo carnal muy intenso, como se manifestaba protuberante cada vez que estaban a pocos centímetros de distancia. Pero las palabras amor, pareja, matrimonio brotaron de su boca con celeridad, después de los primeros desbordamientos pasionales. En muy pocos días, abrazándola de la cintura con orgullo, la paseaba por todos los lugares adonde acudían. Casi sin percatarse ella, la expresión «mi novia», seguida de una sonrisa de felicidad, fue su presentación entre todos sus conocidos.

Guadalupe se vio arrastrada por la arrolladora pasión de Valentín. Le veía enamorado, mirándola arrebolado cada vez que se encontraban, recorriendo el camino desde la finca a Madrid varias veces al día con tal de poder compartir con ella los escasos momentos que le dejaba libre su trabajo. Y, como de puntillas, descubrió también que un sentimiento hasta ahora desconocido se había instalado en su corazón. Anhelaba el momento de verlo, le producían angustia las despedidas, aun sabiendo que eran por pocas horas, y se sorprendió pensando constantemente en él. Se había enamorado por primera vez en su vida. Y como una colegiala.

Los siguientes meses fueron de cuento de hadas. Se sentía amada. No con el sentimiento de Goyo, que fue más inocente, más inmaduro y quizás más tierno. Sino

de una manera diferente. Valentín la quería de una forma más posesiva, más primitiva, de macho que marca quien es su mujer y nadie más tiene derecho ni a mirarla. Podía haberse sentido incómoda, pero la personalidad chulesca de su novio y esa sensación de pertenencia le agradaban. Las mujeres siempre se enamoran de los canallas. Ya no era un simple objeto que los hombres utilizaban para satisfacer sus deseos, era la pareja de un hombre que se sentía orgulloso de quererla y lo gritaba a todos los vientos. Y que la quería en exclusiva para él y para siempre. Cuando, tres meses después del primer encuentro, le propuso matrimonio en Cayo Levantado y ella aceptó de inmediato y se sintió la mujer más feliz del mundo.

No solo era el amor lo que contribuía a esa dicha. Todo lo que había anhelado para su futuro se estaba materializando en el presente. Valentín no reparaba en gastos para complacerla. Las tiendas más exclusivas, los restaurantes más lujosos, cualquier capricho que deseara estaban a su alcance. Pero lo que más le fascinaba era que, desde el momento en que oficialmente pasó a ser su prometida, entró también en aquel fascinante mundo que ella miraba con envidia en las revistas del corazón cuando esperaba en la peluquería a que le arreglaran el cabello. Acudían a fiestas en las que, en parte por la novedad, se convirtió de nuevo en el centro de atención. Conoció y se deslumbró con personajes con los que jamás pensó que podría charlar y que, ahora, afectuosamente la saludaban con expresiones como «querida amiga» y los invitaban a sus casas. Valentín se mostraba acostumbrado a esas situaciones y, a veces divertido, le contaba entre susurros cotilleos y secretos de tal o cual famoso.

Guadalupe aparcó su utilitario en el patio de la finca. Qué diferencia con la primera vez que lo había hecho. Ahora era algo natural y, aunque faltaban dos meses para la boda, Valentín había convertido en habitual su presencia en el domicilio, aun en contra de la opinión de su madre. Llamó al timbre y Petra, la criada, abrió enseguida.

—Buenas tardes, señorita.

—Hola, Petra. ¿Has ido poniendo a tu hija al corriente de cómo llevar mi futura casa? ¿Eulogia se llama, verdad?

—Sí, señorita. Me ayuda aquí desde que ustedes decidieron que ella les sirviera. Yo se lo agradezco enormemente. ¿Espera al señorito Valentín?

—Sí, pero quería ver antes a los señores. ¿Me puedes anunciar?

Guadalupe todavía tenía que pasar por aquel trámite, aunque su novio insistía en que entrara directamente al salón. Ella, por prudencia, prefería esperar a después de la boda.

La escritora accedió a la estancia cuando la criada se lo indicó y barrió con la mirada el panorama. Lucía estaba haciendo uno de sus interminables puzles y el torero, arrimado a la chimenea encendida, tenía en sus manos un libro de fotografías taurinas y esperaba impaciente su llegada.

—Buenas tardes. He venido a recoger a Valentín, pero antes quería saludarles.

Se acercó a Lucía, que solo levantó los ojos un momento y le ofreció la cara para que la besara. Había frialdad en su actitud, pero la escritora decidió pasarlo por alto. Nadie le iba a estropear sus momentos felices. Se volvió y se acercó al torero, que le tendió ambas manos para que se aproximara.

—Hola, hija, me alegro de verte, ¿qué te trae por aquí? —preguntó, y acercó la mano de la muchacha a su boca en un gesto galante de saludo.

—Vengo a recoger a su hijo. Hoy he prometido que le invitaré a cenar y, como es una sorpresa, seré yo quien le lleve. Aprovecho, porque el otro día estuve de compras y haciendo gestiones y quería traerles un pequeño detalle.

Volvió a acercarse a la mesa de Lucía y le entregó un paquete envuelto en un delicado papel cubierto con dibujos de plumas.

—Lucía, esto es para usted.

La mujer lo cogió y lo dejó a un lado.

—Luego lo abriré, muchas gracias —replicó, demostrando que no tenía interés en conocer su contenido.

Guadalupe se dirigió entonces al torero y puso sobre su regazo otro paquete. Este envuelto en un papel de color granate con dibujos de capotes y anudado con una cinta dorada.

—Maestro, y este es para usted.

El torero lo abrió cuidadosamente con sus artríticas manos y se demoró un buen rato mientras disfrutaba del placer de descubrir qué se escondía tras el envoltorio. Una sonrisa enorme iluminó su cara cuando vio la cubierta del libro.

—*Filigranas de muerte y oro* —leyó con orgullosa voz alta—. Muchas gracias, hija, me hace mucha ilusión. Ahora mismo empiezo a leerlo. Pero antes, por favor, quiero que me lo dediques.

La escritora sacó una pluma plateada de su bolso. Se la regaló Armando Castroviejo el día antes de ganar el premio Pardo Bazán para que firmara los ejemplares de su libro.

—Maestro, para mí será un honor. Este es el primer libro que me ha dado la editorial y quería que fuera para usted, la persona en quien me he inspirado para perfilar al protagonista.

Empezó a escribir con letra pequeña y curvada una dedicatoria larga. Valentín la miraba ansioso por que acabara y saber qué le había escrito. Guadalupe lo firmó y cerró la tapa.

—Muchas gracias —dijo desenado tenerlo en las manos.

Ella le dio un beso en la cara y le entregó el libro. Se estableció entre ellos un instante de intimidad que rompió la repentina presencia de Valentín.

—Cariño, ¿cómo no me has avisado de que ya habías llegado? —preguntó, y sin esperar respuesta la cogió por la cintura y le plantó un intenso beso en los labios. Al separarse de ella, y sin que lo notara, miró a su padre con desprecio.

Guadalupe no fue consciente del significado de la escena. Se apretó a Valentín y ya solo tuvo ojos para él.

—Cielo, ya me han dado los primeros libros. Y tu padre me ha ayudado mucho con sus comentarios. Por eso he querido regalárselo antes de que salga a la venta, y a tu madre también. El tuyo lo tengo en el coche. Te lo doy ahora.

Sonrió zalamera hasta conseguir que la arruga de su ceño desapareciera.

Valentín se despidió de sus padres. Besó a su madre, que ardía de ira ante el desparpajo de su futura nuera, aunque su hijo no le hizo ningún caso, y besó también a su padre mientras le murmuraba: «Déjala en paz. Es mía. Las dos son mías, mi madre y mi novia. Tú no tienes más que la muerte esperándote».

Le había puesto furioso el gesto de intimidad que había observado cuando entró

en el salón. No era culpa de su novia sino de su padre. Y no le iba a permitir ninguna confianza con su prometida.

Guadalupe, feliz y enamorada, no se percató de que en aquella habitación se habían quedado dos personas cargando con una inmensa amargura. La una, porque sentía que estaba perdiendo a su hijo por culpa de la escritora; el otro, porque percibió que el único sentimiento que despertaba en su vástago era el odio y que se habían terminado los momentos alegres que compartir con su futura nuera.

Las ventas del libro superaron todas las previsiones. A las puertas de su enlace, la escritora no disponía de tiempo que dedicarle a la promoción, aunque no hizo falta. Se vendían solos, sin esfuerzo. Como si una locura colectiva se hubiera desatado, sus apariciones en las revistas del corazón con motivo del enlace dispararon, a su vez, el interés por la novela. Los últimos preparativos, el vestido, el reportaje de la boda, el viaje de novios con múltiples destinos, su nueva casa, etc., ocuparon portadas y numerosas páginas en las publicaciones semanales, aparte de llenar horas y horas en los programas de cotilleos. La editorial hubo de imprimir más ejemplares, que a las pocas horas de su distribución se agotaron. Jorge Amberes, el dueño, estaba encantado. Había pensado que, con la noticia de la boda, se podrían incrementar las ventas, pero jamás imaginó que lo harían hasta ese punto. Sus muchos años dedicado al negocio de los libros le demostraron que los caprichos del público podían destrozar los estudios de mercado más concienzudos. Pero no solo la última novela alcanzó ese éxito de ventas. Las anteriores sufrieron una demanda similar. Si Guadalupe no hubiera permanecido tan inmersa en ese estado tan irracional de felicidad que provoca el enamoramiento, se hubiera enfurecido sabiendo que también Ricardo Montesinos seguía consiguiendo beneficios a su costa.

El éxito literario tantas veces soñado y anhelado como respaldo a un futuro más estable llegaba ahora, de carambola, pero ahí estaba. Aunque la escritora, totalmente absorta en otros mundos, no lo valoró en absoluto.

Asentados ya en su nueva vida, tras meses de torbellino existencial, pudieron empezar a digerir todos los acontecimientos y también valorar los resultados de su última novela. Valentín le restó importancia, incluso evitaba hablar en demasía del tema si alguien lo mencionaba y preguntaba a su mujer por cuándo publicaría una nueva obra. Por el momento ella ni lo consideraba. Tenía tantas sorpresas de las que disfrutar que escribir quedó aparcado lejos de su vida. Y si había algún comentario, era Valentín el que dejaba claro que su etapa de escritora había finalizado el día en que la desposó. Ella se reía divertida por su actitud. Incluso agradecida cuando su marido puntualizaba que ya no lo necesitaba para vivir porque él se encargaría de proporcionarle todo lo necesario. Para eso era su mujer.

—Pero, cariño —le contestó divertida, meses después de casarse, un día que surgió la conversación—, no sabes la de historias que podría escribir. De enfermedades, hospitales, caracterizaciones, interpretación, delincuencia, armas, viajes, qué se yo, cuántos más. Y ganaría mucho dinero. Además, no es justo que deje abandonados a mis lectores. Algún libro tendré que escribir.

La furia que asomó en la cara de su marido le resultó del todo desconocida. También el tono con el que le respondió:

—No escribirás más libros. No quiero volverte a oír hablar de ello. ¿Lo

entiendes? Se acabó tu carrera literaria. Ahora eres mi mujer —sentenció, antes de salir dando un portazo.

Guadalupe, sobresaltada, no entendió la reacción, pero prudentemente aparcó el tema en el fondo de su cerebro, cerrándolo con un candado para evitar que volviera a repetirse aquella situación. Buscó a su marido para, con zalamerías y caricias, volver a recobrar la felicidad que reinaba en su casa como antes de la boda. «Tampoco lo necesito», pensó mientras iba a por él. Y se convenció de inmediato de que era ella quien no quería escribir.

13

Guadalupe se estiró en su asiento, cubriéndose los brazos con la manta. En ese duermevela que el sonido del avión arrullaba recordó cómo había llegado allí. No sabía adónde iban, solo que Valentín la noche anterior mientras celebraban su segundo aniversario de boda con una íntima cena, le había entregado un sobre. Al abrirlo encontró el dibujo de un avión con Madrid de origen y una gran interrogación en el destino.

—¡Un viaje! ¿Adónde vamos?

Su marido se encogió de hombros y solo pronunció una palabra:

—¡Sorpresa!

—Tienes que decirme adónde vamos. ¿Qué voy a meter en la maleta si no sé en qué lugar voy a estar? Venga, no seas malo —pidió, y como él siguió sin hablar, rogó zalamera—: Al menos dame una pista.

—Mete tu cepillo de dientes, tus cremas y nada más. Lo que necesites lo compras cuando lleguemos.

No hubo manera de arrancarle más información. Tampoco a la tripulación del avión privado en el que viajaron.

¡Qué romántico!

Miró con ternura a su marido, que todavía dormía profundamente a su lado, y sonrió. Cuando el avión aterrizó, él señaló con el dedo por la ventanilla.

—Bienvenida a Barbuda, la isla con una playa para cada día del año.

Guadalupe se sorprendió. Le sonaba haber leído algo del lugar en las revistas. Creía recordar que era uno de los destinos preferidos de los famosos, incluso Lady Di había pasado allí algunas de sus vacaciones, pero jamás se imaginó que ella también las disfrutaría.

El hotel Barbuda Belle era un lugar de ensueño. Desde su cama podían ver el mar, de un color verde turquesa tan intenso que costaba creer que esa tonalidad cromática pudiera existir. Las horas transcurrían con calma; se tostaban al sol, nadaban y paseaban por una inmensa playa de arena rosada. A veces se permitían dar rienda suelta a la pasión en medio de una naturaleza tan idílica. Nadie les molestaba. Tenían la impresión de estar solos en el paraíso. Únicamente aparecía otro ser humano si sentían sed o hambre. Con una simple llamada, un empleado acudía raudo a satisfacer sus peticiones. Guadalupe estaba feliz y relajada. Solo le inquietaba que su marido no pudiese dejar de estar pendiente del móvil y de los mensajes que recibía.

Extendió el brazo para acariciar el cuerpo de su esposo, pero solo encontró las sábanas arrugadas y la frialdad del lecho. Se levantó sobresaltada. Valentín no estaba en la habitación, ni le vio al asomarse a la playa. No entendía nada. Empezó a asustarse. Se sentó en el borde de la cama y cogió el teléfono para llamar a recepción, pero el gesto de levantar el auricular se le congeló al ver un sobre con su nombre. Lo abrió con ansiedad: «Cariño, ha surgido un tema de negocios que me obliga a acercarme a Saint John, en la isla de al lado. Volveré esta tarde. En recepción te espera a las once un guía, Lionel, que he contratado para que te acerque a la laguna de Codrington en un pequeño barquito y puedas disfrutar del espectáculo de la colonia

de aves que la habita, especialmente una que tiene un curioso pecho rojo. Disfruta del día. Esta noche te compensaré con una cena especial. Un beso. Valentín».

Guadalupe no entendía nada. ¿Qué negocios? Si había ido de vacaciones, ¿cómo era posible que, de repente, hubiera surgido un negocio allí? No podía dejar de darle vueltas al tema. ¿No sería que tenía una amante?, se preguntó. Volcó sobre la cama los cajones donde su marido guardaba sus cosas, pero no encontró nada que le llamase la atención. Empezó entonces a palpar su ropa. En el pantalón más escondido, el que se puso en el viaje, dentro de un bolsillo encontró un pequeño papel con los bordes irregulares. Se notaba que lo había recortado a mano: «Mr. Roabson 7-4, 12.00», leyó. Le dio varias vueltas en la mano hasta que comprendió a qué se refería. Tenía una cita con un tal Roabson a las doce de la mañana de ese día.

—¡Joder! —exclamó—. ¡El viaje no era solo un regalo de aniversario!

Devolvió el papel al bolsillo, pero antes apuntó en su cuaderno negro, aquel que Goyo le había regalado, los datos. Pensó ponerlo en la letra B con el nombre de la isla, pero decidió que lo escribiría en la D con el epígrafe de «desilusión». Se sintió dolida.

¿Qué debía hacer? ¿Montarle un número a su marido? Se lo merecía, pero ¿por qué razón?, ¿por dejarla sola?, ¿por no advertírselo la noche anterior? ¿por haberle ocultado que el viaje tenía otro motivo?, ¿por no confiar en ella? Tenía tiempo para tomar una decisión, ya que tardaría en volver. Desayunó tranquilamente y acudió a la cita para encontrarse con su guía.

Un hombre con la gorra en la mano esperaba pacientemente a un lado del mostrador. Era muy mayor, la cara surcada de profundas y múltiples arrugas, con la piel tan curtida que costaba discernir si era mulato o blanco. Le recordó a Spencer Tracy en la película *El viejo y el mar*.

Cuando Guadalupe se acercó, el hombre se presentó:

—Señora Monaster, soy Lionel. Si me acompaña, le enseñaré la laguna.

Curiosamente, el hombre hablaba un español bastante comprensible, aunque mezclaba palabras en inglés, francés y portugués. La excursión en la pequeña embarcación le hizo olvidar su soledad y disfrutar de la visita. Lionel, extremadamente educado, le contó curiosidades de la isla, de la vida de los nativos e incluso de la suya. Era tan ameno que Guadalupe hasta se lo imaginó como un personaje para un libro. Había trabajado durante años en los pozos de petróleo de Maracaibo y cuando retornó a la isla, hastiado del olor que durante años había masticado a diario, compró un pequeño barquito con el que recorría la isla mostrándoles a los turistas las bellezas del lugar.

—Cuando te acercas al final de tu vida —le dijo filosófico mientras le hablaba de su vuelta a la isla—, te das cuenta de que lo verdaderamente importante no es el dinero ni el poder, sino tener a tu alrededor a gente que te quiera por cómo eres, no por lo que tienes.

Ahí dejó flotando el comentario, al tiempo que una columna de humo ascendía por la comisura de su labio, donde un pequeño trozo de cigarrillo parecía haberse fusionado con su piel.

Guadalupe se rio con fuerza. No estaba de acuerdo en absoluto con esa filosofía de Lionel. Poder y dinero proporcionaban estabilidad y felicidad. De eso estaba completamente segura.

Guadalupe salió del baño envuelta en un albornoz negro y con una toalla del mismo color cubriéndole la cabeza. Después de un rato sumergida en el agua perfumada con sales mientras bebía una fría copa de champán, esperó a que Valentín volviera de su viaje. La tarde había ido tornando los cálidos colores del atardecer en el azul eléctrico de un cielo que empezaba a cuajarse de estrellas. Sentada en la terraza, escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Su marido, cansado, sudoroso, con su peculiar cojera marcada, se acercó a besarla. Ella, hierática, se dejó acariciar, pero no movió un solo músculo de su cuerpo.

—Cariño, se han complicado las cosas. En realidad, tenía que haber llegado hace tres horas, aunque, ya sabes, en estos sitios los vuelos nunca son puntuales. Pero ahora vengo totalmente dispuesto a que pasemos una velada maravillosa. Dame cinco minutos, que me duche, y soy todo tuyo.

Valentín salió sin que de ella obtuviera una respuesta, ni siquiera una mirada. Estaba enfadada. La falta de explicaciones, pero sobre todo la naturalidad con que él había regresado, sin disculparse, la irritó todavía más.

—¿Qué tal con el guía? ¿Te ha enseñado la laguna? ¿Te han gustado esos pájaros de pecho rojo? Me lo recomendaron porque habla español y conoce muchas historias de estas islas —gritó mientras se desnudaba en el baño.

Al no encontrar respuesta, se envolvió en una toalla y regresó al balcón.

—¿No me vas a contar nada? ¿Estás enfadada? —Guadalupe siguió mirando al frente, en silencio, sin prestarle atención—. Te lo dije en la nota, me surgió un tema de un negocio detrás del que llevaba mucho tiempo, y era ahora o nunca. Tenía que ir. Pero desde este instante ya soy todo tuyo. Una ducha rápida, me visto y nos vamos a cenar.

—¿No podías habérmelo dicho antes? —preguntó como si no hubiera leído el papel.

—¿Cuándo? Me lo dijeron anoche durante la cena —mintió con absoluto aplomo —. Encima de que no quise estropearte la velada. Hice lo que pensé que sería mejor, dejarte una nota. Anda, vístete mientras me ducho —le ordenó cabreado.

Guadalupe se demoró un tiempo paseando por la terraza, calmando su rabia y pensando en cómo debía actuar. Prefería evitar un enfrentamiento, pero quería aclararlo. Cuando se asomó a la habitación, vio el cuerpo inerte de Valentín que atravesaba la mitad de la cama, boca abajo con el estómago apoyado sobre una almohada. Comprendió que la velada había finalizado antes de comenzar.

Ella siguió bebiendo. Dos copas más de champán la adormecieron. Se deslizó entre las sábanas como pudo y el sueño la invadió. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero, como en una duermevela, notó el cuerpo de su marido pegado a la parte posterior del suyo. Despertó con la primera embestida. Aunque estaba enfadada, no se retiró ni le pidió que parara. Por evitar discutir, por no fastidiar las vacaciones y porque creía que le amaba, se acopló a él y escondió bajo mil llaves sus resquemores. No lo supo entonces, pero en ese instante comenzó a recorrer un camino que le llevaría a descubrir al verdadero Valentín y a odiarle desde lo más profundo de su ser.

Aparentemente, la mentira pareció quedar olvidada, aunque Guadalupe se prometió empezar a prestar más atención a las llamadas que contestara su marido y a husmear en los papeles que guardaba en los bolsillos.

Días después volvió a suceder algo que la escamó.

—Cielo, necesito que firmes estos documentos, por favor —le pidió Valentín una mañana mientras ella se preparaba para hacer una excursión.

Colocó una pila de papeles delante de ella, que le miró sorprendida.

—¿Necesitas que sea ahora?

—No tardas nada, anda —le animó con severidad—. Toma —dijo, tendiéndole un bolígrafo—, justo donde está señalado con una cruz.

Ella le echó una ojeada mientras terminaba de ponerse un pendiente. Estaba escrito en francés.

—¿Para qué es? —preguntó intrigada y sin coger el boli.

—Para una tarjeta de crédito —contestó tenso aunque quería dar la sensación de que era algo sin importancia.

—Ya tengo varias tarjetas de crédito. No necesito ninguna más —rechazó, y se dirigió al baño a mirarse en el espejo.

Valentín reaccionó de forma exagerada.

—¡¡Joder contigo!! ¿Qué es lo que te pasa? ¡Te pido que firmes unos documentos para una nueva tarjeta y tienes que contrariarme!

Valentín, desencajado, estrelló el bolígrafo contra la pared, pero, como no le pareció suficiente, agarró la cafetera y estampó su frustración contra el suelo, que se tiñó de café.

—¡Ven y firma de una puta vez! —le gritó.

Ella le miró horrorizada y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas. Se puso frente a los papeles con miedo y, sin atreverse a decir nada, aceptó el bolígrafo que le dio Valentín. Le temblaba tanto la mano que le era imposible escribir.

—No lo entiendo —siguió protestando enfadado mientras daba vueltas alrededor de la habitación—. De verdad que no lo entiendo. Te lo doy todo. Abres la boca y, antes de que me pidas algo, me desvivo para que lo tengas. ¡Quiero ir a París! Y vamos a París. ¡Quiero ir a la playa! Y directos a la playa. Estoy permanentemente pendiente de tus deseos. Te quiero regalar una tarjeta que te permita acceder a más crédito, solo te pido únicamente que firmes unos papeles, y tú, desagradecida, lo rechazas. ¡Ya no necesito ninguna más, dices! ¿Sabes cómo me haces sentir? ¿Lo sabes? —Y apoyó las manos en la mesa acercando su cara a la de ella—. Como un imbécil que se preocupa por su mujer. No sé por qué me esfuerzo. Tú no sabes valorarlo. ¡Eres una egoísta! — Valentín salió de la habitación dando un portazo.

Guadalupe, todavía aturdida por los gritos, comenzó a firmar allí donde veía señalada una cruz. Cuando hubo terminado, devolvió los papeles al sobre en el que venían, se arregló un poco la cara para disimular que había llorado y bajó a buscar a su marido. Lo encontró en el bar, bebiéndose un *gin-tonic*. Se acercó y le entregó el sobre.

—Cariño, perdóname. No soporto que estemos enfadados. Tienes razón, he sido una egoísta y una desconsiderada contigo. No pensé lo que decía. —Y le acarició la cara. Él le agarró la mano con brusquedad y se la estrujó.

—Ese es tu problema, que no piensas. Que sueltas lo primero que se te ocurre sin plantearte cuáles serán mis sentimientos. Vas a tu puta bola. A ver si empiezas a valorar lo que te doy, porque empiezo a estar harto de tus salidas de tono. No te paso

ni una más.

El camarero se acercó a preguntar qué le servía.

—Un agua mineral —pidió Guadalupe con una voz tan baja que el camarero no la entendió y hubo de repetirlo más alto.

Valentín permaneció con el rostro serio. Un silencio incómodo se instaló entre ellos y los minutos se hicieron eternos. Guadalupe empezó a creerse que realmente había sido una desconsiderada. No sabía cómo reconducir la situación. Ayudó la presencia de un empleado que se acercó para informarles de que en recepción estaba esperando el dueño del barco para realizar la excursión que habían programado. Cuando se retiró, Valentín preguntó hosco.

—¿Quieres que hagamos la excursión?

—Sí, pero si me perdonas y vuelves a sonreír —contestó ella con humildad.

Salieron del bar, él dejó el sobre en recepción con un nombre escrito que Guadalupe no pudo ver y ordenó que se lo entregaran a la persona que viniera a recogerlo. Después buscó al capitán del barco, le estrechó la mano y le presentó a su esposa. Salieron a la calle y, para cuando llegaron al muelle, parecía que no hubieran vivido la desagradable situación de un rato antes.

Guadalupe estuvo pendiente durante todo el viaje de su marido y dispuesta a complacerlo en todo. Con el paso de los años aprendió lo que era una táctica muy propia de él. Organizar una bronca monumental acusándola de egoísta para que se sintiera culpable y así ocultar las verdaderas intenciones de sus actos. De la tarjeta nunca supo. Los papeles que había firmado correspondían a la apertura de una cuenta a su nombre en un banco de Antigua. Una manera que tenía Valentín de diversificar sus inversiones. Aunque de eso fue consciente Guadalupe mucho tiempo después.

14

El impacto de las ruedas del avión contra la pista sobresaltó a Guadalupe, que estaba profundamente concentrada en la lectura de un libro. Miró a Valentín, que, impaciente, ya estaba activando su teléfono móvil y desabrochando el cinturón de seguridad.

—Aún no podemos levantarnos —le dijo en voz baja.

—¿Me vas a decir qué tengo que hacer? —contestó él con tono airado.

—Perdona, solo era un comentario. No te enfades —dijo, acariciándole la mano.

—Pues cierra la boca y déjate de impertinencias. Estoy harto de viajar en avión. Siempre dicen lo mismo, consejos para que todos se comporten como borregos obedientes. Me duele la pierna y quiero salir ya de aquí.

Guadalupe guardó con rapidez el libro en el bolso y se preparó para seguirlo. Todo con tal de evitar una bronca. En los últimos años la vida con Valentín era de zozobra. Nunca sabía cómo actuar correctamente. Comentarios inocentes provocaban discusiones que derivaban en silencios mantenidos durante días.

La escritora se había ido replegando en su espontaneidad, siguiendo una actitud de evitación que la terminó transformando en una persona insegura y angustiada. Todo con tal de que no se produjeran discusiones.

Siguió a su marido con dificultad. Caminaba, pese al dolor en la pierna, a grandes zancadas y Guadalupe tenía que correr a ratos para alcanzarlo.

—Espérame, no vayas tan de prisa, si aún no han salido las maletas —le pidió ella.

—Si en lugar de ponerte esos taconazos que llevas y esa falda tan estrecha, te hubieras vestido de una manera más normal, no tendrías ningún problema en seguirme —contestó elevando el tono.

—No son altos los zapatos, mira, ni cinco centímetros tienen.

—Te encanta ponerte tacones para parecer más alta que yo y ya te dije que lo odio, pero vas siempre a tu puta bola. Si no me alcanzas, te pones a correr.

Habían llegado a la cinta de equipajes y Guadalupe optó por guardar silencio mientras esperaban a que salieran sus maletas. Menos mal que fueron de las primeras, porque, con lo irritado que estaba, cualquier contrariedad terminaría pagándola con ella.

Guadalupe contemplaba el paisaje a través de la ventanilla del coche. Se acercaban a Taormina en Sicilia, uno de los lugares más bellos del mundo según decían las guías de viajes, pero su vida se había convertido en una pesadilla de gritos y desprecios y era incapaz de admirar la belleza que le rodeaba.

La habitación en el Belmond Grand Hotel Timeo ofrecía unas vistas nocturnas espectaculares de la ciudad. El gran teatro antiguo de Taormina reposaba a los pies de su suite, con la panorámica de la bahía de Naxos al fondo y a lo lejos el humeante volcán Etna. Guadalupe lloraba desconsolada en el balcón sin disfrutar del paisaje. Mientras, su marido dormía la borrachera de la cena. Últimamente bebía mucho alcohol y, cuando regresaban a casa, Guadalupe, que tenía miedo de su violencia, se encerraba en la habitación de los invitados, donde había colocado un pestillo que

impedía que él entrara. Alguna vez había aporreado la puerta tratando de entrar, pero enseguida se cansaba y se iba a dormir. Por la mañana no recordaba nada.

Esa noche, después de cenar en uno de los restaurantes más concurridos de la zona, y ya bien cargado de alcohol, no hubo escapatoria para Guadalupe. Aprovechando que ella se había sentado para quitarse los zapatos, la tumbó en la cama, se bajó los pantalones y la penetró. Duró poco, como siempre que bebía, y cuando no bebía también. El gran macho era un eyaculador precoz y esa noche no fue diferente. Lo que Guadalupe no aguantaba, además de su desagradable aliento de borracho, era que la tratase como un objeto. No mantenían relaciones, no hacían el amor. Simplemente él la usaba para satisfacer una necesidad, y lo que ella sintiera le daba lo mismo. Nunca había sido un gran amante, pero en los primeros años destilaba ternura y se preocupaba por que ella fuera feliz, aunque la mayoría de las veces ella fingiera para no herir su ego masculino.

Volvió a salir a la terraza para contemplar de nuevo la belleza que se le ofrecía. ¿En qué momento de esos seis años de matrimonio se truncó todo? Ella no sabía definirlo. Fue sucediendo poco a poco. Enfados, broncas, desplantes, gritos, silencios, reproches, intentos de diálogo, y al final terminó acostumbrándose a evitar las situaciones lo mejor que podía. Alguna vez se planteó dejarlo, pero él tenía una cosa clara: ella era suya y de nadie más.

Por extraño que pareciese, Valentín la despertó con un beso y una rosa.

—¡Feliz aniversario! Hoy te voy a llevar a un sitio especial. Ponte zapatillas de deporte. Te voy a sorprender. —Y claro que la sorprendió. Subieron a la cumbre del Etna. Ella no contaba con esa excursión y se quedó sin palabras cuando montaron en el teleférico y vio transmutada la cara de su marido. Especialmente cuando se bajaron y, pese al intenso frío que hacía (iban abrigados con cazadoras que les habían dejado en información), él corría de un lado a otro fascinado por el fuego que surgía en las múltiples bocas del volcán. No paró de preguntar al guía. Se atrevió a subir a zonas que por seguridad estaban vedadas a los turistas y consiguió, a base de insistir, llegar hasta el cráter principal. Guadalupe le esperó a prudente distancia, hasta que no aguantó más el frío.

—¿Nos podemos ir, cariño? Estoy helada.

Él ni la contestó. Le hizo un gesto enfadado con el brazo y siguió caminando en busca de nuevas fumarolas para extasiarse viendo el fuego. Dos horas después salió del teleférico. Tenía la cara enrojecida por el frío y estaba totalmente ausente. Guadalupe nunca lo había visto así. Era como si estuviera reviviendo una historia en su mente y se hubiera transportado allí.

Por la noche celebraron una cena especial por su sexto aniversario. Todo transcurría con tranquilidad hasta que, al entrar en el restaurante, un hombre se volvió a mirar a Guadalupe y le lanzó un piropo. La reacción de Valentín fue inmediata. Golpeó con sus puños el rostro del hombre y no paró hasta que fue retenido entre varias personas. La cara del piropeador estaba destrozada, con la nariz deformada y la sangre corriendo por su cuello hasta empapar la camisa y la chaqueta. Los camareros se apresuraron a separarlos, llevando al agredido a la cocina para poner hielo en las heridas hasta que llegara la ambulancia. A Valentín, con los nudillos desollados, la cara desencajada y la ropa también manchada de sangre, lo invitaron amablemente a

irse. Volvieron al hotel sin intercambiar una palabra. Pero, cuando entraron en la habitación, Valentín le arrancó el vestido y la arrojó contra el suelo:

—¡Zorra! —le gritó—. Eres una zorra. Me has dejado en ridículo. Te has vestido para provocar a los hombres. Y lo has conseguido. Tenías que ir bien ceñida, con el escote que se te vieran bien las tetas y contorneándote como una fulana. —La penetró con violencia, mientras seguía insultándola y gritándole obscenidades—. ¿Esto es lo que buscabas en esos hombres? ¿No te llega tu marido? ¿No soy lo bastante hombre para ti? —Le costó eyacular, lo que le puso todavía más agresivo. Cuando terminó, se arregló la ropa y salió dando un portazo. Guadalupe ni lloró. Estaba tan pasmada con lo ocurrido que se puso en pie y se dio una ducha. Supuso que Valentín habría ido al bar.

Tres horas después, completamente borracho y tambaleándose, apareció en la habitación. Tal como cayó en la cama se durmió. Guadalupe se acurrucó en el sofá y, agotada, consiguió dormirse de madrugada.

15

El intenso dolor cuando la sábana le rozó la piel de la cara le hizo recordar lo sucedido la noche anterior. Se levantó con dificultad y escrutó su rostro en el espejo. Manchas violáceas, párpados hinchados y un reguero de sangre que se le había secado y que había resbalado desde la nariz hasta el labio superior, también hinchado. El cuerpo, asimismo, lo sintió dolorido. Le costó sacarse el camisón por la cabeza, pero cuando lo logró pudo comprobar que no había lugar en el que la piel no estuviera oscurecida por un hematoma.

Tomó un calmante y se volvió a la cama. Buscó la mejor postura para descansar y se quedó muy quieta, intentando entregarse al sueño para huir del dolor. Pero, de repente, el sonido de unos pasos que se acercaban a su puerta le puso en alerta. Alguien golpeó con suavidad la madera y, al no recibir respuesta, entreabrió la puerta. La oscuridad del cuarto no le permitió ver a Guadalupe, así que habló con voz muy queda:

—Perdone, señora, ¿está despierta?

—Sí, Eulogia. ¿Qué quieres? No me encuentro bien.

—Me lo dijo el señor, que tenía usted un virus y que hoy no se iba a levantar. Me pidió que subiera de vez en cuando a preguntarle si le apetecía comer algo. ¿Quiere que le suba el desayuno?

—No, gracias. Voy a intentar dormir un rato.

—Descanse, señora, que intentaré no hacer ruido mientras trasteo abajo para no despertarla. El señor me ha dicho que no vendrá hasta la noche, así que tampoco la molestará.

Permaneció adormilada todo el día, sumida en una especie de sopor que le impedía distinguir realidad de sueño, salvo por el dolor que sentía cuando cambiaba de posición. No oyó llegar a Valentín por la noche, aunque sospechó que había entrado en la habitación por el olor desagradable a sudor y alcohol que había quedado en el ambiente.

A la mañana siguiente, muy temprano, su marido se sentó en el lecho y la despertó.

—Cariño, ¿qué tal te encuentras?

Guadalupe respondió con un quejido, al tiempo que se encogía sobre sí misma amedrentada por lo que él pudiera hacerle.

—No sé qué me pasó —se justificó aparentemente apesadumbrado—. Había bebido mucho y supongo que tropecé y te golpeé sin querer al intentar apoyarme en ti, y tú, como siempre vas con esos tacones, no pudiste con el peso de mi cuerpo y te caíste rodando por el suelo. Lo siento mucho. Prometo ser más cuidadoso a partir de ahora. Descansa. Nadie te molestará —continuó Valentín con un cinismo descarado.

Permaneció dos días más en la cama, sedada a base de calmantes y relajantes musculares. No quería que nadie, ni siquiera Eulogia, la viera desfigurada, con el rostro tumefacto y los cardenales cambiando de color.

El domingo por la mañana, aunque ella había perdido un poco la sensación del tiempo y de las horas, Valentín entró en su dormitorio y subió las persianas. Si le

sorprendió el estado en que la vio, no lo manifestó.

—Me voy a comer con mis padres. Ya te he excusado diciendo que estás enferma, que has pillado un virus y estás en la cama. Eulogia te dejó ayer preparada comida en la cocina. Yo creo que ya es hora de que empieces a levantarte y bajes a comer. ¡Ah!, y maquíllate un poco para que no se te note la mala cara que tienes.

Salió de la habitación con paso tranquilo y dejó la puerta abierta. Guadalupe no podía entender a qué estaba jugando. No reconocía haberla golpeado a conciencia, ni se había disculpado. Al revés, la culpó a ella de no mantener bien el equilibrio y ahora, como si nada, le ordenaba que se maquillara para que no se le notaran los golpes y la apremiaba para que dejara ya la cama.

Hizo el esfuerzo de obedecerle por temor a que se volviera a enfadar. Se sentó en el borde de la cama. Se dio cuenta de que tenía hambre y bajó a la cocina. Buscó los *tuppers* que le había preparado la criada y comenzó a comer lentamente. Sintió que iba recobrando las fuerzas y, después de tomarse un café bien cargado, se encontró con mejor disposición de ánimo.

Se preparó un baño de espuma y su cuerpo lo agradeció. Más relajada, hizo un análisis crítico de su situación emocional. En todas las relaciones que había tenido hasta que conoció a Valentín, ella impuso siempre la frialdad de sus intereses por encima de sus sentimientos. Mandaba la cabeza y no el corazón y estuvo dispuesta a comerciar con su cuerpo a cambio de un futuro de estabilidad económica elevado. Pero cuando comenzó su relación con Valentín, se enamoró locamente de él, con un sentimiento que le hizo perder el control que hasta entonces había tenido. No negaba que cumplía con los estándares económicos mínimos, pero además permitió dejar fluir libremente sus sentimientos. Hasta el punto de que fue cediendo en múltiples aspectos de su vida para evitar conflictos innecesarios. Y ¿por qué no aceptarlo? Gozaba de lo que siempre había deseado, una magnífica posición económica y social. Ahora que lo analizaba se daba cuenta de que fue perdiendo libertad sin percatarse, de forma gradual, con actitudes de evitación, aceptando imposiciones, amoldándose a comportamientos impuestos, hasta llegar a un punto en el que no tenía la capacidad para exigir un trato de igual a igual o respeto a sus propias decisiones, y siempre por miedo, por temor a sus gritos o a sus reacciones violentas.

Había leído en algún sitio que el enamoramiento provoca una liberación de dopamina y norepinefrina que hace ver todo de una forma optimista, anula la capacidad crítica de nuestro cerebro y minimiza las críticas al comportamiento de la pareja. Pero se trata de un estado transitorio que desaparece a los tres o cuatro años del inicio del idilio. Ella no recordaba si en su caso había durado ese tiempo, pero creía que hasta el día de la paliza estaba todavía enamorada de su marido. No se le escapaba que hacía ya mucho tiempo que él había comenzado a virar hacia una actitud déspota y grosera, pero nada similar a la tunda que había recibido días antes. Jamás olvidaría aquel 1 de agosto de 2012.

Salió de la bañera y se contempló en el espejo. Las marcas de los golpes habían tornado hacia tonos más verdosos, incluso amarillentos, pero seguían allí para recordarle lo que había sucedido. Fue al dormitorio y volvió con el móvil para inmortalizar en varias fotografías el estado de su cuerpo y de su rostro y en un arrebato de ira se las envió por mensaje a su marido. Le hubiera gustado ver cómo

disimulaba delante de sus padres cuando recibiera las imágenes. Después se quedó mirándose fijamente a los ojos reflejados en el cristal y en voz baja pronunció unas palabras que, si alguien las hubiera oído, le habrían provocado terror.

—Te odio, Valentín, con toda mi alma. Vas a pagar por cada uno de los golpes que me has dado, por cada insulto, desprecio, grito o exigencia que he tenido que aguantar. Vas a sufrir como jamás lo has hecho. ¡Te voy a destruir!

Tercera parte
¿LA RESOLUCIÓN?

1

Guadalupe esperó en la entrada del chalé a que Germán recorriera el camino de piedras de pizarra. Su cabeza bullía con una sola idea: «¡Me han encontrado!». Sus pulsaciones se habían disparado. Respiró profundo para tranquilizarse. No quería que aquel policía notase su agitación. Se enfadó consigo misma. ¡Maldita sea! Con el paso de los meses se había relajado y hasta convencido de que nadie la buscaría. Error. Tenía que haber mantenido las precauciones. Cuando escuchó el zumbido del telefonillo que le sacó del duermevela en que había entrado leyendo un libro, no lo pensó y contestó sin tomar ninguna cautela. Debería haber perdido unos segundos en mirar las imágenes de las cámaras de seguridad instaladas por toda su propiedad, pero ya era tarde.

Aguardó apoyada sobre una columna, justo en el último de los dos peldaños de la escalera del porche, todo pintado en blanco nuclear. Se había colocado ahí para sentir la firmeza de la madera y que sus temblorosas piernas no le jugaran una mala pasada. Al principio, cuando todavía le aterraba que alguien la descubriera, elaboró un plan. Estructuró un discurso convincente y lo memorizó. Bajó las pulsaciones pensando en ello y en la otra alternativa si todo salía mal.

No tuvo más tiempo para seguir dándole vueltas. Germán estaba al pie de la escalera.

—Buenas noches —saludó. Guadalupe se sorprendió al oír lo fría y segura que sonaba su voz—. ¿Qué desea usted?

—Hola, Guadalupe. Como le he dicho por el interfono, soy el inspector jefe Germán Carrasco, del Cuerpo Nacional de Policía —se presentó y le mostró su placa. Le había costado un mundo articular las palabras y que el sonido saliera de su garganta, seca y rígida por la tensión del momento—. Llevo mucho tiempo buscándola.

La mujer tardó unos instantes en responder. Los justos para descartar la posibilidad de engañarle. Por mucho que se fingiera desconcertada y le mostrara el pasaporte falsificado que guardaba en la caja fuerte con otro nombre, aquel policía no se tragaría la mentira. La había reconocido y negarlo no le conduciría a nada bueno.

Una leve sonrisa acompañó su respuesta.

—Sé quién es usted, le conozco por la prensa —explicó, y extendió su mano hacia abajo para saludarle en un apretón intenso y breve mientras se miraban fijamente como contrincantes midiendo sus fuerzas y esperando el próximo movimiento.

Germán subió los dos peldaños hasta ponerse a su altura.

Al tenerlo tan cerca, a Guadalupe le sorprendió el aspecto del policía al que inconscientemente había idealizado. La realidad, sin embargo, le mostró un hombre envejecido, escaso de pelo, con la cara surcada de arrugas y una expresión sombría en sus ojos.

A Germán le ocurrió al revés. La había visto mil veces en revistas, pero cuando pensaba en ella, curiosidades de la mente, siempre lo hacía recordando las imágenes pixeladas de las cámaras de seguridad que guardaba en la retina y que tantas veces

había repasado. Ahora que la tenía delante, descubrió una mujer mucho más hermosa de lo que se esperaba, y eso que gran parte de su rostro quedaba en la penumbra por la poca luz que el porche proyectaba. Su belleza felina le turbó y tardó en hacerse dueño de la situación.

—No sabía que fuera tan popular —ironizó. El silencio volvió a instalarse incómodo, hasta que Germán tomó de nuevo la palabra—. ¿Entramos para charlar un rato?

—¡Oh, sí! Perdone mi descortesía. —Y le hizo una indicación para que la siguiera.

Al entrar en el vestíbulo el policía escrutó con ojo profesional lo que había alrededor. El recibidor era grande, a juego con el porche, de un blanco inmaculado, con algún cuadro colorido que rompía la sobriedad de la decoración. A la derecha, una escalera que ascendía, supuso él, hacia los dormitorios. Guadalupe le hizo un gesto extendiendo el brazo para que le acompañara. El vestíbulo desembocaba en un gran salón a dos alturas delimitado por un amplio ventanal que permitía contemplar la inmensidad del mar. Una enorme luna llena iluminaba el agua lanzando destellos plateados, que Germán se quedó mirando hipnotizado.

—Es precioso —alabó con la boca abierta.

—Sí, paso muchos días contemplando estas maravillosas vistas y pensando en el futuro —le confesó, y le hizo una seña para invitarle a sentarse en un sofá, frente al mar. Ella apenas se apoyó en el borde de un sillón, a su lado, con las manos cruzadas sobre su regazo y el cuerpo en tensión.

—No es mala la chabola en la que se ha escondido —volvió a elogiar Germán, con una vulgaridad de la que enseguida se arrepintió—. Quiero decir, que el paisaje no se parece en nada al de la finca de Batres.

—¿Va a detenerme por eso? —se atrevió ella a responderle con media sonrisa.

—No, desde luego que no. Por tener buen gusto no puedo detenerla. Si lo hago, que está por ver, será por otros motivos.

—¿Cuáles?

—Todo a su debido tiempo. Sin ansias —le reconvino Germán, que empezaba a sentirse cómodo en la conversación—. ¿No quiere saber antes cómo la he encontrado? Seguro que esa pregunta le ronda en la cabeza. Esa y qué va a pasar ahora. ¿Me equivoco?

—No, no lo hace. Desde que le he visto he empezado a pensar qué error he podido cometer para que usted me encontrara y creo saber cuál ha sido —anunció, ladeando la cabeza y dejando al descubierto la suave piel de su cuello.

—A ver —la animó el policía.

—La carta. Usted está aquí por la carta, ¿cierto?

—En el centro de la diana. Su error se llama soberbia. Si no le hubiera mandado a Valentín aquella misiva a prisión para demostrarle que estaba viva, posiblemente yo jamás hubiera llegado hasta aquí. Se regodeó usted en el triunfo.

—Ególatra —pronunció ella en voz alta, paladeando cada sílaba de la palabra—. Cómo le molestaba que yo utilizara determinadas expresiones que él desconocía. Menudo paleto. Siempre suponía que le insultaba, cuando el problema residía en su ignorancia. —Guadalupe pareció perderse en su mundo, recuperando recuerdos hasta

ahora dormidos. Germán le dio su tiempo y permaneció en silencio—. No fue soberbia, inspector jefe, en eso se equivoca —le corrigió. La mujer le miró con una expresión poseída de tristeza y melancolía a partes iguales. A Germán le sorprendió. En su subconsciente la había catalogado como fría e insensible y ahora ese prejuicio comenzaba a descongelarse lentamente como los carámbanos al caldearse el día—. No fue soberbia —repitió Guadalupe—. Fue el justo pago de una mujer que por fin se libera de su torturador, del hombre que la destruyó física y moralmente durante años. Se merecía que le devolviese todo el dolor que me causó.

Entornó los ojos y dejó que un par de lágrimas se resbalasen por el cutis sin hacer nada por evitarlo. Le pareció intuir que sus palabras habían mellado el corazón del policía y escenificó su satisfacción con una tercera lágrima.

—No digo que no se lo mereciera, pero el precio que le ha hecho pagar es muy alto. Veinticinco años a la sombra. Un castigo excesivo. Podía haberse separado de él.

—¿Separado? ¿De Valentín Monaster? ¿Usted sabe lo que está diciendo? —le recriminó llena de rabia—. A Valentín Monaster no lo deja nadie. «Eres mía —decía —. Mía y de nadie más. Si crees que te vas a ir de mi lado, antes te mato». Usted lo ha conocido. Él manda. Él toma cuando quiere y deja cuando se le antoja, pero ¡ay de ti si osas siquiera esbozar esa idea! ¿Cree que es de los hombres que permite que su mujer, de su propiedad, le abandone para ser feliz?

Guadalupe juntó las manos como si estuviera rezando y miró a Germán implorante. Acumulaba tanta angustia en la voz que el policía se quedó mudo durante unos instantes, sin saber qué decir.

—Supongo que no —balbuceó.

—Sabe, inspector, el día que leí que un policía le había dado una patada en la entrepierna brindé en honor de ese hombre. Vi su imagen en el periódico y le convertí en mi héroe. Usted es el único que ha puesto a Valentín en su sitio. Le admiro.

—Mi comportamiento no es para ser admirado —rechazó incómodo.

—A mí me parece que sí. ¿Por qué le pegó usted? —preguntó curiosa—. ¿Se puso chulo?

—Preferiría no hablar del tema.

—Perdóneme. Entienda que hizo usted lo que yo y muchos como yo no tuvimos el valor de hacer, plantarle cara. Hubiera pagado por verle retorciéndose de dolor, humillado. En el fondo es un cobarde; pero, arropado por el dinero familiar y por el nombre de su padre, se vuelve altanero y déspota. No me lo dirá usted, supongo, pero seguro que en algún momento le amenazó con decirle al ministro lo que le había hecho, incluso con destruir su vida laboral. Es típico de él. Amenazar a todo el que se opone a sus deseos.

Las palabras de Guadalupe penetraron en los recuerdos del policía y avivaron por un momento las sensaciones que tuvo cuando en la puerta de la comisaría Valentín le vaticinó su destrucción.

Germán asintió levemente, lo que animó a la mujer a continuar.

—Mire, inspector —y colocó una mano sobre su rodilla, acercándose más a él, a una distancia en la que invadió su espacio de seguridad y que el policía no supo cómo interpretar, y que ciertamente le alteró—, mi huida no fue gratuita. Valentín es un hombre cruel, tiránico, agresivo. Era su vida o la nuestra. Yo no importo, pero si usted

es padre lo comprenderá. Tenía que salvar a mi bebé.

Dejó respirar la frase. Retiró la mano de la rodilla y volvió a su posición original, mirándole fijamente, con angustia en el gesto. Germán deseó que no se hubiera alejado. Había intuido la calidez de su cuerpo y, al hacerlo, su masculinidad luchó contra el profesional que tenía una misión que cumplir. Deseo contra racionalidad.

A duras penas ganó la última, aunque las ganas de volver a tenerla cerca no desaparecieron.

—Cuando usted se casó con él, ya sabía cómo era —logró argumentar.

—Me enamoré locamente de Valentín. Al principio, viví una historia de cuento de hadas. No puede hacerse una idea de cómo era conmigo. Atento, cariñoso, dulce. Le amé. Me sentí la mujer más afortunada y deseé compartir el resto de mi vida con él.

—No puedo creer que su radar interno no detectase nada.

—Ya sabe cómo es el amor. No se ven los defectos, y si algo no nos gusta, lo disculpamos con mil justificaciones. Tuvimos algún pequeño problema, pero pensé que sería hasta que nos adaptáramos, como en todas las parejas.

—¿A qué llama pequeño problema?

—Con la distancia me di cuenta. Había demasiada agresividad en nuestras relaciones íntimas —respondió con pudor, mirando al suelo, pareciendo una virginal muchacha—. Me convencí de que era debido a la pasión que sentía por mí. A veces le pedía más ternura, más caricias, ya sabe. —Y le miró insinuante—. Pero se cansaba rápido. Se notaba que lo hacía sin ganas. No disfrutaba de esa parte.

Germán dejó volar su imaginación. Las manos le sudaron y su cuerpo respondió tan brutalmente que le costó concentrarse en las palabras de Guadalupe. Ella, consciente de dónde estaba llegando con el relato, hizo un dramático silencio mientras el hombre se retorció incómodo en el sofá.

—Continúe —dijo el policía con la voz seca, tratando de disimular su inquietud.

—La violencia se hizo norma. No solo en el momento de poseerme. Tenía que estar dispuesta para cuando él quisiera, me apeteciese o no. Si me negaba, me tomaba por la fuerza. Me violó muchas veces; claro, que él consideraba que era un derecho que tenía sobre mí. En los últimos tiempos los golpes formaban parte del paisaje habitual de mi vida. Sin venir a cuento, me cruzaba la cara, me daba patadas, puñetazos por todo el cuerpo. Luego, el muy cínico, decía que no lo recordaba. Yo me hacía fotos y se las mandaba para que se arrepintiera de sus actos. Pero a él le daba igual. Hasta que supe que estaba embarazada. Mi bebé es fruto de una de sus muchas violaciones, pero es mío y lo quiero. Tenía que defenderlo. —E instintivamente se colocó la mano en el vientre.

Las lágrimas regresaron al rostro de Guadalupe y Germán sintió renacer el odio hacia Valentín que había aparcado durante la búsqueda de su esposa.

La escritora se levantó para buscar unos pañuelos de papel, pero Germán se adelantó y se los acercó. Quedaron frente a frente. La mujer lloraba con más intensidad y, cuando Germán le entregó gentilmente más pañuelos, se abrazó a él buscando consuelo. El policía se quedó desconcertado. Sentía la calidez del cuerpo femenino pegado al suyo, los cabellos haciéndole cosquillas en la cara, los brazos rodeando su cuello y el movimiento cadencioso provocado por el llanto haciendo que rebotara sobre el cuerpo de Germán. Su masculinidad reaccionó descontrolada. El

macho encelado sacó la cabeza y disfrutó del enorme placer que le proporcionaba la proximidad de la escritora.

Fueron tan solo unos segundos, porque enseguida la racionalidad volvió a abrirse paso y enrejó su lado más animal. Empujó con suavidad a Guadalupe, que parecía más calmada, aunque ella se mantuvo agarrada a él.

—Tenía que irme —dijo con la voz entrecortada por el llanto—.Tenía que huir. No había alternativa.

Germán la tranquilizó como pudo y consiguió que le soltase y recuperar su esquina del sillón.

Guadalupe se fue serenando y, ya más tranquila, continuó hablando.

—Nos hubiera matado. Ya lo intentó dos veces. Odiaba mi embarazo. Él no quería hijos y me acusaba de haberle engañado.

Un silencio espeso se instaló entre los dos.

Guadalupe le observó. Estaba nervioso, cabizbajo. Creyó tenerlo a su merced y no podía darle tregua.

—Germán, ¿puedo tutearte? —Él asintió—. No puedes imaginarte el infierno por el que he pasado. Sola, porque mi madre es muy mayor y ya se encargó él de bloquear nuestro contacto, con un hijo en mi vientre, ¿entiendes que no tenía otra salida? —Y le agarró de la mano, apretándola suavemente cada poco tiempo buscando su complicidad—. ¿Me comprendes? Dime que sí —rogó—. No me quedaba más salida.

Germán era un mar embravecido, el que seguramente había contemplado cientos de veces Guadalupe a través de aquel ventanal. Los sentimientos se elevaban y chocaban contra las rocas de sus convicciones. Odiaba a Valentín con todas sus fuerzas. La historia que le había contado su mujer le hizo empatizar con ella, y su mano enlazada a la suya le ayudaba a creerla.

—Sí, claro —respondió, pero su voz sonó débil.

—Gracias. Que tú lo comprendas es muy importante para mí. —Él asintió y ella lo creyó ya en sus redes—. Por eso no puedo volver con él. Tienes que olvidar que me has encontrado —dijo, descubriendo por fin su verdadero propósito. Guadalupe le miró interrogante, esperando su complacencia, pero al ver que no decía nada quiso rematar la frase con una sentencia dramática—. Si no olvidas que me has localizado, serás el responsable de mi muerte. Y de la de mi hijo. Y esa culpa te perseguirá toda la vida.

—¿Hijo? —preguntó, porque le había chirriado el dato en su mente analítica—. ¿No era una niña?

—Eso dijo la ecografía, pero se equivocó —improvisó Guadalupe, aunque su tono no sonó lo convincente que hubiese deseado—. Es un niño. Se llama Víctor, porque es la victoria de la vida sobre la muerte que nos quería provocar su padre. Sé que eres un hombre ecuánime y harás lo correcto. Aceptaré la decisión que tomes —anunció con humildad. Germán hizo un leve gesto de asentimiento pero sin convicción—. Gracias, Germán. Sé que puedo contar contigo. Pídeme lo que quieras, que te lo doy.

—¿Lo que quiera? ¿Incluso a ti? —se le escapó.

Ella le miró desconcertada por un instante. Pero rápidamente contestó:

—¿Es eso lo único que deseas?

—También tengo la boca seca.

—¿Agua? ¿Un *gin-tonic*? Los preparo muy bien —su voz sonó mecánica, sin emoción.

El resplandor de éxito que le había parecido detectar en los ojos de la mujer se apagó y durante un segundo quedaron sin vida.

—Yo soy más de vino, pero sea esa copa.

—Acompáñame —pidió, recuperando el calor de la mirada—. Vamos a la cocina.

2

Cruzar la cocina le costó un esfuerzo. Jamás había pisado una de tan hiperbólicas dimensiones. Estaba llena de espacios vacíos, como la sala de espera de un hospital. Pulcra, limpia, aséptica y sin personalidad, salvo por uno de los laterales. Le llamó la atención un agujero enorme que se abría hacia la noche. Daba la impresión de que se hubiesen olvidado de levantar la pared de uno de los lados. Se aproximó con cautela, sin llegar al borde, creyendo que quizá un golpe de aire le haría trastabillar y caer al vacío. Contempló la misma luna y, el mismo mar que desde el salón, pero esta vez le dio la impresión de estar incluido dentro del paisaje. Bajó los ojos y, entre sus zapatos, vio las rocas y la espuma de las olas rompiendo contra el acantilado. Dio un par de pasos hacia atrás asustado y escuchó a Guadalupe reír.

—A todos os pasa igual la primera vez.

—¿Es cristal? —preguntó Germán.

—De eso se trata. Hice construir una especie de balcón que sobresale sobre el acantilado y cerré un trozo del suelo, la pared y parte del techo con cristal. Hay quien cree que se trata de la excentricidad de una millonaria. Se equivocan. Cada mañana, cuando me tomo un café aquí de pie, mirando el amanecer, siento que floto. Me sirve para acordarme de que soy libre y me prometo que jamás volveré a renunciar a mi libertad.

Germán, aunque fascinado, no perdió de vista el comentario y se planteó de qué sería capaz Guadalupe a cambio de que no la delatase.

—¿Te gusta el cardamomo? —preguntó la mujer. El sonido de la voz le devolvió de golpe a la realidad. Miró a Guadalupe sacar dos copas de balón de un armario, abrir el congelador y llenarlas de hielo.

—¿Carda…qué?

—Cardamomo. Es una especia de la India. Tiene un sabor entre dulzón y picante, pero si no te gusta, te preparo un *gin* clásico.

—Sorpréndeme— Germán se apoyó en un mueble con las manos en los bolsillos. La punta de los dedos rozó un papel que guardaba en el derecho y se sintió enrojecer. Guadalupe ni se fijó, concentrada en cortar el limón.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Guadalupe.

—Es secreto profesional —respondió Germán, que no le quitaba ojo.

—Menuda deformación profesional tenéis los policías —dijo, riéndose y apuntándole con el cuchillo—. Te he contando cosas que nadie sabe. He confiado en ti. Creo que entre nosotros está creciendo algo muy bonito y quizá, no sé, puede… Ya me entiendes.

—No, no sé a qué te refieres.

—Eres un hombre bueno y justo. Solo hay que verte —dijo, evitando responder —, y me gustaría que confiases en mí. —Aun así Germán no se arrancó—. Anda, dímelo, por favor —insistió ella con voz melosa, acercándose a él y contoneándose seductora. La proximidad puso al hombre nervioso.

—Mejor deja el cuchillo, ¿no?

Guadalupe rio divertida.

—¿Tienes miedo? Haré lo que sea para conocer lo que ocultas. ¿Fue la multa de aparcamiento? —preguntó apoyando el filo sobre los labios.

Germán negó con la cabeza sin perder de vista el cuchillo.

—No, claro, la dirección del coche que consta es la de la abuela de Goyo. ¡El ruso! ¡Fue el ruso!

Germán hizo una mueca aceptando que había encontrado la respuesta.

—¿Cómo lo has deducido?

—Hasta conocerte a ti, no me he cruzado con ningún hombre de fiar. Todos me han engañado o me han defraudado. ¿Por qué este iba a ser diferente? —Germán no supo qué responder—. ¿Cuánto te cobró? —preguntó, dando por hecho que de otra forma no habría conseguido doblegar al ruso.

—Todos tenemos un precio. Pagué el suyo.

Guadalupe le dio la espalda un momento para abrir un armario.

—Pongo poco cardamomo por si no te gusta —le anunció.

Germán vio sus brazos moverse y cómo agitaba el contenido de las dos copas con una cucharilla larga. Al terminar le tendió una y le hizo un gesto de que le siguiese al salón.

Se sentaron frente a frente, en el mismo sofá que al principio. Guadalupe levantó su copa invitando a Germán a chocarla. El policía se dejó llevar.

—Por nosotros —brindó ella.

—Por la libertad —dijo él.

Ninguno acercó la copa a sus labios. Se miraron a los ojos evaluándose.

—Germán, ¿no vas a probar mi *gin-tonic*? —rompió el silencio Guadalupe.

El policía se encogió de hombros y ella rio forzadamente. A Germán le pareció el graznido de un cuervo.

—¿Crees que he puesto algo en tu copa para envenenarte? —preguntó con un deje de indignación en la voz.

—¿Lo has hecho?

—Dámela —pidió Guadalupe, y casi se la arranca de la mano—. Toma la mía.

Comenzó a beber, primero un sorbo grande y luego varios pequeños, sin dejar de clavar sus ojos en él.

—Lo ves, no te había puesto nada dentro.

—Tengo que hacerte dos confesiones —le dijo Germán.

—Dime. Estoy expectante.

—No me gusta el *gin-tonic*.

—Ah —reaccionó la escritora sin mucha sorpresa. Pareció que le daba lo mismo.

—Lo que me va es el vino. Te podría hacer una disertación sobre los maravillosos caldos que produce este país, pero, sinceramente, no creo que te interese. —Y mientras hablaba fue analizando las reacciones de Guadalupe y su actitud. Vio cómo su cuerpo comenzaba a relajarse. Parecía ausente, perdida en alguna tiniebla lejana.

—La segunda confesión es que mientras veníamos al salón he puesto burundanga en mi copa y te he tendido una trampa para que me la cambiases.

La mujer no reaccionó. Le daba todo igual.

—Guadalupe —la llamó Germán, cogiéndola y obligándola a mirarle—, quiero

que saltes a la comba.

Y, para su sorpresa, ella se levantó, extendió los brazos simulando que tenía una cuerda en las manos y comenzó a brincar. Unos minutos después, cuando la escuchó comenzar a jadear, Germán la obligó a sentarse de nuevo. La burundanga había hecho su efecto.

—¿Habías puesto algo en alguna copa?

—Un narcótico.

—¿En cuál?

—En la mía.

—¿Y me la ibas a cambiar?

—Sí. No sabía cómo, pero lo solucionaste tú.

—¿Para qué me querías dormir?

—Para inyectarte insulina y matarte.

—Por curiosidad, ¿cómo pensabas hacer desaparecer mi cuerpo?

—Te llevaría hasta alta mar en mi barca y mandaría tu cuerpo al fondo, lastrado por pesas que tengo en el gimnasio.

Germán se estremeció. La voz monótona de aquella bella mujer que iba relatándole sin ninguna emoción, fruto del efecto de la escopolamina, qué futuro había previsto para él le aterró más que si hubiera estado cargada de ira o de odio. Era el sonido puro de la maldad.

—¿Te es fácil matar?

—Sí.

—¿Has matado más veces?

—Sí.

A Germán le pareció ver un ademán de sonrisa en sus labios. Se frotó los ojos y al volver a mirarla no encontró el gesto. Aun así tuvo miedo.

3

Germán estaba acostumbrado a mantener una lucha psicológica con el detenido, con escarceos lingüísticos, variaciones bruscas de humor, de comportamiento y tiras y aflojas que debilitaban la mente del sospechoso hasta empujarle al error; a la contradicción, que le obligase a bajar la cabeza y confesar. Le gustaban los interrogatorios a la vieja usanza en los que cada verdad se ganaba a pulso. Nada que ver con el novedoso modelo de indagación al que se enfrentaba. No había intercambio de sensaciones, ni tenía que tender trampas para, desde la inteligencia, derrotar la confesión de Guadalupe. Simplemente preguntaba y ella contestaba la verdad. No había lucha ni reto intelectual. Le producía cierta incomodidad tener la sensación de hablar con una máquina, pero la euforia de poder conocer por fin todo lo que ocurrió, después de tantos meses de dudas y sombras, mitigó el malestar.

—Alguien te tuvo que ayudar a planificar la huida, ¿no? —le soltó lo primero que le vino a la cabeza, dejándose guiar por sus propias conclusiones.

—Nadie. Lo preparé sola.

—¿Sola? —insistió, aunque enseguida se arrepintió. Sobraba la pregunta. La mente de Guadalupe estaba a su merced. Con la escopolamina corriendo por sus venas era incapaz de mentir. Calculaba que, con la dosis que le había dado, tenía seis horas de verdades por delante, pero tampoco estaba muy seguro. Era la primera vez que utilizaba la droga.

—Sí, lo hice sola —insistió ella.

A Germán las preguntas se le acumulaban en la punta de la lengua. Quería saberlo todo, pero se dijo que si no mantenía una estructura repetiría cuestiones y olvidaría otras. Decidió borrar todas las cábalas mentales que había construido en el pasado y no dar nada por hecho.

—Empecemos de cero —se anunció asimismo en voz alta—. Vamos a ir por partes. Voy a intentar seguir un orden cronológico. Lo primero entiendo que fueron las palizas. Tu marido te pegaba, ¿no?

—Sí.

—¿Te pegaba con frecuencia?

—Solo una vez.

La cara de asombro del policía se pudo asemejar a la del *Homo erectus* cuando descubrió el fuego. No lo esperaba. Había asumido desde que vio las imágenes en el teléfono de Valentín que ella era una mujer maltratada. Aquella declaración, realizada sin entonación y desprovista de emoción, sacudió sus convicciones pero sin derribarlas. Lo había visto con sus propios ojos. Tenía que estar mintiendo. A lo mejor la burundanga no le había hecho efecto.

—¿Solo te pegó una vez? —preguntó con la voz alterada. La asombrosa revelación seguía chocando contra la certeza que desde hacía dos años se había instalado en su cerebro.

—Sí, una vez. El 1 de agosto de 2013. El primer guantazo evaporó todo el amor que sentía por él. El segundo me hizo odiarle. Con el tercero me juré abandonarle para siempre y hacerle pagar con sangre cada golpe que me dio esa noche.

—Comprendo el odio, pero ¿por qué no te fuiste y le denunciaste?

—¿Irme? ¿Y renunciar a todo el dinero que por derecho había ganado? ¿Volver a trabajar? Eso jamás.

—Ya, cada uno tiene sus prioridades. —Y su voz estaba cargada de perplejidad —. Hay otra cosa que no entiendo, yo vi en el móvil de Valentín fotos tuyas de días diferentes en las que tenías cardenales por todo el cuerpo. ¿Cómo puede ser?

—Me maquillé.

—¿¿Maquillaje?? ¿Me estás diciendo que lo que todos creímos que eran golpes te los pintabas tú?

—Eso es.

—¡Tú eres una auténtica hija de puta! —exclamó sin poder contenerse.

Germán se levantó del asiento como proyectado por un resorte. ¡La tipa había toreado a toda la policía! Tuvo ganas de cruzarle la cara, pero recordó el viacrucis que le tocó vivir con Valentín por su falta de control y se contuvo. Paseó a lo largo del ventanal para tranquilizarse. Guadalupe ni siquiera le observaba, flotaba en su mundo, hasta que Germán la obligó a regresar.

—Explícame lo del maquillaje —pidió, después de tomar aire y sosegarse—. ¿Cómo se te ocurrió esa idea?

—Hace años hice un curso de caracterización. Me enseñaron muchas cosas y una de las más sencillas era diseñar en tu piel un hematoma. Es cuestión de pintura y paciencia.

—Eso lo puedo entender, y reconozco que nos engañaste hasta a nosotros, ¿pero a tu marido? Valentín sabría si te había pegado o no. Eso no se olvida.

—A él sí.

—Acláramelo porque no lo comprendo —pidió.

—A Valentín le gustaba que le preparase una copa antes de ir a la cama. Alguna noche yo aprovechaba y disolvía una pastilla de Zolpidem. Al rato se quedaba dormido en el salón. Entonces me iba al cuarto de baño y me pintaba las lesiones. Cuando terminaba la caracterización regresaba al salón, volcaba sillas sin hacer ruido, apoyaba libros en el suelo, colocaba sus zapatos en la otra esquina como si me los hubiera lanzado, me rasgaba la ropa y, cuando ya había construido la escena, lo despertaba chillando, pidiéndole que no me pegara más y gritando en busca de auxilio. Él estaba tan atontado por las pastillas que era incapaz de reaccionar. Yo salía corriendo del salón y él volvía a quedarse dormido. Al día siguiente al despertarse veía el destrozo y, entre mis reproches, alguna imagen borrosa que debía quedarse archivada en su mente y su propia naturaleza violenta, se convencía de que me había pegado.

—¿Nunca dudó? —preguntó Germán, que vivía en un estado de perenne perplejidad.

—Al principio lo negaba y me acusaba de inventármelo. Decía que seguro que me había caído. Yo lloraba, le enseñaba mi cuerpo magullado y no dejaba resquicio a la duda: «Fuiste tú». Supongo que el Zolpidem me ayudó, porque produce amnesia, y al no tener un recuerdo nítido, se lo creía. Después de varios episodios, ya ni discutía. Daba por hecho que su mano estaba detrás de cada uno de mis cardenales.

—Has dicho varios episodios. ¿Cuántas veces le engañaste?

—No sabría decirte. Unas cuantas, no muchas, porque resultaba muy trabajoso. Los cardenales van cambiando de color y, para dar verosimilitud a las agresiones y mantener la mentira, tenía que pintarlos a medida que pasaban los días.

—Las noches que no disolvías Zolpidem en su copa, ¿qué hacías? ¿Él era agresivo? ¿Se mostraba arrepentido de sus supuestas palizas? ¿Te pedía perdón?

—Nunca. La palabra perdón no existe en su diccionario. Algunas noches yo disolvía en la copa dos o tres Orfidales y él dormía de un tirón. Desde el día en que me pegó supe que en cualquier momento podría repetirlo. Con las pastillas abortaba cualquier posible conato. Cuando le comuniqué a él y a su familia que estaba embarazada, se enfureció, pero me dejó tranquila. Supongo que como sus padres empezaron a estar más pendientes de mí, quería evitar que se enterasen de las palizas que creía que me propinaba.

—Hay algo que no comprendo. ¿Para qué montaste todo ese tinglado de fingir agresiones? No entiendo cuál fue tu propósito.

—Quería hacerle sentir culpable. Le mandaba fotos al móvil de vez en cuando para recordarle cada presunta paliza que me había dado. Cuando la policía las encontró, casi me moría de la risa. ¡Menudo imbécil! Yo en su lugar las habría borrado. Desconozco por qué no lo hizo. Quizá se excitaba viéndolas. No sé. En realidad, me da lo mismo. Fue un inesperado golpe de suerte, porque sirvieron para condenarle.

Durante todo ese tiempo, Germán había permanecido de pie sin darse cuenta. La adrenalina de conocer la verdad y el pasmo que le habían provocado las sinceras revelaciones de Guadalupe mitigaron cualquier sensación de fatiga.

Caminó hasta el ventanal y contempló la luna. La absurda idea de que su blancura podía ser fingida se le cruzó por la cabeza. Cerró los ojos y respiró profundo. Había terminado con el tema de los malos tratos. Ahora debía abordar la elaboración del plan y de los recursos económicos. Nadie huye sin dinero y, menos, se esconde en una chabola como aquella.

—Guadalupe, vamos a hablar del dinero. Intuyo que huiste con mucho. ¿De dónde lo sacaste?

—Se lo quité a Valentín.

—¿Así de fácil?

—Sí.

—¿Cuánto dinero en total?

—Doscientos millones de euros.

—¿¿Doscientos millones?? —La cantidad casi se le quedó atragantada cuando la repitió—. ¿Y no se dio cuenta? —consiguió preguntar al cabo de unos segundos.

—No.

—¡No entiendo nada! —exclamó Germán sin poder contenerse.

—Valentín tenía muchos negocios, importación de maquinaria, empresas inmobiliarias, inversiones en bolsa, además de las empresas familiares. Una parte de sus ganancias las guardaba en los bancos de forma oficial, pero descubrí que un tercio de los beneficios familiares se los quedaba sin que ni sus hermanos ni sus padres se enterasen. Como él estaba al frente de todos los negocios, podía hacerlo sin despertar suspicacias. Se llama ingeniería financiera. Lo escondía en paraísos fiscales, Antigua,

Seychelles, Martinica. Empecé por el dinero en efectivo. Valentín ocultaba una caja fuerte en el suelo de su despacho en la casa de Ayala. Un día que llegué antes de lo previsto le pillé arrodillado. Me oculté y no me vio. Le llamaron al móvil. Estuvo un rato discutiendo. De repente, salió corriendo de la casa y se olvidó de cerrar la caja. Así la descubrí. Me asomé y vi que guardaba muchos tacos de quinientos euros y unos pasaportes falsos.

—¿Dónde está exactamente? —preguntó el policía.

—Justo en el medio del despacho. Hay una pequeña madera en el parqué un pelín más oscura que las demás. Debajo está el mecanismo que saca la caja fuerte.

—¿Cómo es la clave?

—Digital.

—¿Cuál es? —Y sacó el móvil para apuntarla. Tenía la intención de comprobar si le había dicho la verdad, aunque tuviese que cometer un delito de allanamiento de morada.

—La fecha de nuestra boda, por eso lo recuerdo —dijo, y le cantó los números.

—Vale. Volvamos al relato. ¿Cogiste el dinero entonces?

—No, me habría descubierto. Todavía era pronto. Había que elegir bien el momento para que él tardase en darse cuenta. Como lo metieron en la cárcel, dudo que lo haya descubierto todavía.

—Entonces dejaste que cerrase la caja sin saber la clave.

—Sí, pero me conjuré para conseguir la combinación.

Pensé en todo tipo de planes. Me devané los sesos, pero al final resultó más fácil de lo que jamás hubiera imaginado. En una de sus borracheras aderezadas con mis pastillas se durmió sobre la mesa del despacho y se volvió a dejar abierta la caja de seguridad, pero esta vez de nuestra casa en Batres. Descubrí también mucho dinero y una libreta repleta de números. Fotografíe cada página con el móvil. Al analizar toda aquella información, descubrí que tenía apuntado, aparte de los códigos de muchas cuentas, la clave de la caja de la calle Ayala. A partir de ahí fue pan comido.

—¿Cuándo saqueaste la caja fuerte de Ayala?

—El día anterior a desaparecer. Creo que fue un martes. El miércoles me desvanecí. No solo me llevé el dinero, también cogí el pasaporte falso a mi nombre y el de Valentín. Encontré asimismo un billete de ida a Antigua para el lunes siguiente, emitido con el nombre del pasaporte falso. Decidí matar dos pájaros de un tiro. Me llevé el dinero, un millón de euros, y dejé fuera de la caja fuerte pistas que hiciesen sospechar a la policía que él estaba detrás de mi desaparición.

—¿A qué te refieres?

—Guardé el pasaporte y el billete de ida, no había de vuelta, en un compartimento oculto en la mesa del despacho. Pensé que esos elementos le harían parecer culpable a los ojos de la policía. Algo así como un indicio de que me había matado y quería huir sin idea de regresar. No me confundí —dijo, y a pesar de la escopolamina a Germán le pareció detectar un punto de orgullo en su voz.

—Pero él podría haberse dado cuenta de que alguien lo había sacado de la caja fuerte para inculparle.

—Mi marido es una persona olvidadiza que no sabe dónde deja las cosas, y esa mala cualidad se agravó con las dosis de pastillas que le di aquel mismo día. Aposté a

que no recordaría dónde lo había guardado y gané.

Germán soltó un taco. Le costaba aceptar que aquella mujer fuera tan fría y malvada. ¡¡Cómo había jugado con la policía!! Primero se la había colado con las lesiones y ahora con el pasaporte y el billete.

—¿De dónde sacaste los demás millones? —preguntó Germán por puro morbo, porque poco más le daba.

—De otras cuentas de Valentín. En la libreta negra de Batres estaban todos los datos, solo había que saber interpretarlos.

—Sigo sin entender.

—Solo necesitas saber el número de la cuenta y la clave secreta. Con esos dos datos tienes acceso directo al dinero. Yo los tenía y los usé.

—¿Lo arruinaste?

—¡Qué va! ¡Ojalá! Me hubiera gustado, pero él maneja más cuentas. Con su madre, con sus hermanos. Solo me llevé la calderilla.

—Me tranquiliza —ironizó Germán. Tanta frialdad le encendía la sangre—. Lo que no comprendo es, ¿tú le quitas semejante barbaridad de dinero y él no se da cuenta? Me cuesta creérmelo.

—No miento —dijo con esa voz automática ausente de sentimientos—. Esas cuentas solo las conoce él, solo él sabía las claves. Nadie más. Dudo que desde la cárcel haya podido consultar por internet su saldo. Hasta donde yo sé, está prohibido. Supondrá que el dinero sigue allí, hibernando, y se enterará de que se ha evaporado dentro de veinte años, cuando termine de cumplir su condena.

—¿No era muy arriesgado llevarte tanto? Podías haber llamado la atención y no necesitabas semejante cantidad. ¿Por qué lo hiciste?

—Por joderle —respondió tan rápido como un disparo. Aunque sabía del efecto de la droga, a Germán le sorprendió que no hubiese una gota de vergüenza ni rabia en su voz—. También porque siempre he querido vivir como una millonaria, con todos los lujos y caprichos a mi alcance, sin reparar en gastos. Por mí misma no era capaz, así que necesitaba el dinero de otros. Estuve a punto de conseguirlo en dos ocasiones, con dos hombres, pero uno se me murió y el otro me abandonó. Con Valentín lo logré. Y, a diferencia de los otros dos, a él le amé. Hasta que me pegó y me violó. Entonces juré que me vengaría y planifiqué mi huida. El dinero me proporcionaba el futuro que deseaba y un plus en mi venganza. Cuando salga de la cárcel y piense que ya todo ha acabado, se encontrará que alguien le ha desvalijado. Me gusta pensar que así prolongo su dolor.

—Pero supondría que habrías sido tú. ¿No lo pensaste? Iría a por ti —argumentó alarmado.

—Lo sé. Eso aumentaba el placer de mi *vendetta*. Hacerle intuir que seguía viva y que de mi cerebro habían nacido sus veinte años de cárcel. Hubiese pagado por ver la rabia infinita en su cara, por notar cómo el odio crecía y se perpetuaba en su interior. —Y esbozó una mueca de triunfo.

—Pero te adelantaste con la carta.

—Sí. Fue un impulso incontrolado. Del que me arrepentí. Tenía que haber esperado todos esos años.

—Joder, y yo pensaba que había conocido a mujeres malas y perversas. Tú eres

la reina de la perfidia.

—Sí —respondió sin tapujos.

No había sido una pregunta y Germán dudó de si le daba la razón por efecto de la droga o es que se lo estaba confirmando de verdad. Aquella afirmación le dio miedo. Jugaba con enorme ventaja hasta que el efecto de la escopolamina desapareciera, pero ¿y después? Guadalupe podía ser una enemiga formidable y destruirle la vida si averiguaba la verdad. Había cometido un delito a cambio de conocerlo todo. ¿Y si cuando hubiese averiguado cada detalle le ordenaba que se suicidase? Sintió un profundo rechazo ante la idea, pero el pánico hizo que no la descartase por completo. Muerto el perro se acabó la rabia.

4

Germán pidió a Guadalupe que tomara asiento en uno de los taburetes de la cocina. La intensa sed que tenía le había obligado a cambiar de escenario. Llenó un vaso de agua de la nevera y lo bebió de un trago. Ni así conseguía quitarse el regusto amargo de la boca. La miró de reojo. Incluso sin control de su voluntad le daba miedo. Abrió las puertas buscando algo que le diese una idea. Vio una botella de vinagre y supo qué tenía que hacer. Le llenó un vaso y se lo puso delante.

—Bebe —le ordenó.

Quería comprobar si seguía drogada. La observó. Guadalupe obedeció sin quejarse ni demostrar ningún asco. Germán le quitó el vaso de las manos y lo sustituyó por uno de agua. Había pasado la prueba y le interesaba que se hidratara para no perder la voz. Quedaban muchas preguntas por responder.

Germán se colocó frente a ella en otro taburete. La situación se asemejaba más a una sala de interrogatorios: una isleta los separaba y dejaba bien claro de qué lado estaba cada cual. El inspector jefe se dio cuenta de que aquel simbolismo no servía de nada porque la interrogada no era consciente de lo que estaba ocurriendo.

Germán, a pesar de ir mitigando la curiosidad, no terminaba de sentirse cómodo. No se le escapaba que, por mucho que averiguara, jamás podría utilizar los datos en un procedimiento legal, pero, después de tantas horas dedicadas a investigar el caso, se conformaba con saber la historia completa, aunque no pudiese sentarla luego en un banquillo.

—Guadalupe, ¿dónde está tu hijo?

—Durmiendo, en su habitación.

—¿Cómo sabes si está bien?

—Si llora lo oigo por el interfono. Tiene uno al lado de su cuna y el otro lo tengo en el salón.

—¿Suele despertarse por las noches?

—No. Salvo por alguna pesadilla o que esté incómodo.

—¿Te quedaste embarazada cuando Valentín te violó?

—No.

A pesar de que no se trataba de la primera revelación de impacto, Germán se sorprendió con la respuesta. Llegó a la conclusión de que la vida de la escritora que los de la UDEV habían dibujado en función de las pruebas, y cuyas primeras líneas él había trazado, era pura ilusión. Construyeron un espejismo para radicalizar la culpabilidad de Valentín y esculpieron a Guadalupe como la víctima perfecta y así lograr la condena. La esencia del buen *marketing*. Mentir con apariencia de verdad.

—Ya no me sorprende —mintió—. Ahora, encima, me dirás que no era suyo.

—Sí.

—¿Sí qué? ¿Lo era o no? —intentó aclararse el policía.

—No, no lo era.

Germán estalló en una risa histriónica. Le costó controlarla. Nada de lo que creían saber se aproximaba a la verdad.

—¿Es del médico ese que fue novio tuyo?

—No, no es de Goyo.

—Vamos, sorpréndeme —le animó con ironía—. ¿Quién es el padre?

—Valentín padre, el torero —dijo Guadalupe, sin darle mayor entonación a su voz.

—¡Joder! ¡Te zumbaste a tu suegro! —exclamó Germán, levantándose tan bruscamente de la banqueta que la tiró al suelo. Comenzó a pasarse las manos por la cara y por el pelo mientras daba vueltas alrededor del asiento que había levantado—. No me lo puedo creer. Estoy alucinado. Pero ¿tú, no tienes ningún límite?

—Uso mi cuerpo para conseguir lo que quiero.

—Me está quedando meridianamente claro —respondió con sarcasmo el inspector jefe—. ¿Por qué te acostaste con el padre de tu marido?

—Por venganza.

—¿Y lo dices tan tranquila? Te tiraste al abuelo para vengarte de Valentín —reflexionó Germán, en un intento de asimilar un idea tan sucia y mezquina—. ¡Manda huevos! ¿Se te ocurrió de repente o formaba parte de algún plan?

—Simplemente surgió.

—¿Con qué frecuencia te acostaste con él a espaldas de su hijo?

—Solo fue una vez.

—Pues vaya puntería que tiene el abuelo —ironizó Germán sin poder contenerse —. Vamos, que ni el arquero de las olimpiadas de Barcelona. ¿Y era bueno?

—Mucho mejor amante que su hijo, que es eyaculador precoz.

—¿Pero no estaba en una silla de ruedas? —recordó de repente.

—Le conocí usándola, pero, con los meses, la ayuda de un fisioterapeuta y de mucho entrenamiento, logró recuperar la movilidad. Recurría a ella en algunas épocas, cuando le volvían a dar el tratamiento y le asaltaba la debilidad.

Si le hubiera preguntado cómo ocurrió, Guadalupe le habría contado aquella noche en la que su suegro cruzó hasta su casa para anunciarle que Valentín había acompañado a su madre a un acto benéfico en Madrid, que su esposa se había sentido indispuesta y que los dos habían decidido dormir en la casa de la calle Ayala. Ella le invitó a pasar y terminó convenciéndole para que se quedase a cenar. Compartieron una noche agradable, de risas, comida y vino, mucho vino. Cuando pasaron al salón para tomar una copa, Guadalupe se fijó en la fotografía de su marido, que estaba al fondo, pero en el mismo plano que la cara de su suegro. La idea de vengarse de él surgió de forma espontánea y natural. Valentín hijo nunca se enteraría, pero la idea de poderle mirar a los ojos sabiendo que se había acostado con su padre le otorgaba una sensación de placer y bienestar tan grande que decidió conseguir su propósito como fuera.

—¿Por qué no abortaste? —preguntó con pragmatismo Germán—. Un niño complicaba tu plan para desaparecer.

—Lo pensé. Durante días no se me ocurrió otra cosa que deshacerme del bebé, pero fui incapaz. Revivía el dolor que sentí cuando tuve un aborto unos años atrás y decidí tenerlo. Por otra parte, el padre de mi criatura es un hombre bueno, al que yo admiro. No es del despreciable de mi marido. Opté por seguir adelante con el embarazo y también con la huida. Solo tuve que retrasarla para reorganizarla.

Guadalupe no le contó que aquella tarde, necesitando de soledad para ordenar

sus pensamientos, se alejó de la casa hasta llegar a un paraje desde el que se veía parte de la finca. Allí barajó la posibilidad de abortar. Lloró al recordar con amargura la pérdida de su anterior bebé y tomó una determinación: continuar adelante con su embarazo pese a los problemas que le ocasionara. «Mi pequeño, te voy a querer mucho», musitó mientras recorría con sus manos el contorno del vientre.

—¿Valentín sospechó algo? —planteó Germán.

—No. Es un lerdo. Le hice creer que, la primera vez que me pegó y me violó, me olvidé de tomar la píldora y que el culpable del embarazo era él. Solo que alteré las fechas. Dije que estaba de tres meses, cuando solo había tenido una falta.

—¡Alucinante! —elogió Germán—. ¿Al médico cómo le engañaste?

—No lo hice. El ginecólogo sabía la verdad, pero estaba tranquila porque los médicos no pueden dar información de sus pacientes. Confié en que nadie se enteraría. Pero es que también me reencontré con un amigo que me ayudó.

—Me estoy perdiendo. ¿A quién te refieres? —Aunque ya sabía la respuesta.

—Goyo, mi exnovio.

—Debí suponerlo. ¿Cómo fue?

—Elegí al doctor Mejía, un ginecólogo que pasa consulta cerca del mercado de la Cebada. En esa zona pensaba huir en mi plan inicial y me acostumbré a patearla para conocer cada recoveco. En la primera visita, la enfermera me informó de que el doctor no estaba, pero que había dejado a un compañero sustituyéndole. Por si quería volver otro día. Le dije que me era indiferente y esperé a que me llamaran.

—¿Quién te había recomendado ese médico?

—Nadie. Lo vi en uno de mis paseos.

—¿Y qué ocurrió?

—Al entrar en la consulta me quedé paralizada. El médico sustituto era Goyo Cardeña. Él también se sorprendió. Nos costó unos minutos que se nos pasase el desconcierto y los nervios. Más a él. Quizá por el sentimiento de culpa al recordar que me había dejado plantada a pesar de las muchas promesas de amor que me hizo. Desde que se fue a Estados Unidos a estudiar no le había vuelto a ver. ¡Diez años! Me contó que se había casado con una yanqui y tenía una retahíla de niños, pero sus ojos brillaban de deseo al mirarme.

—Y te lo tiraste, ¿no?

—Sí, pero no entonces. Primero le conté que mi marido me maltrataba, que era profundamente infeliz y que a eso se le sumaba una suegra controladora que se había empeñado en que mi bebé debía ser varón. Le pedí que mintiese para quitármela de encima, que cuando acudiese a su consulta a hacerme la ecografía le dijese que estaba embarazada de una nena. Se apiadó de mí y se comprometió a ayudarme como fuera. Cuando nos despedimos, él me abrazó y terminamos besándonos, aunque el temor a que entrara la enfermera impuso la prudencia, pero yo sabía que haría por mí lo que le pidiera.

—¿Incluso mentir?

—Lo que fuera.

—¿Mintió en la ecografía?

—Engañó a mi suegra en el sexo y en la edad de gestación. Dijo que estaba de doce semanas, cuando apenas llegaba a las cinco.

Germán no se lo preguntó, pero a Guadalupe le hubiese gustado describir la cara de enfado de su suegra cuando le dieron la fatal noticia: niña. Salió de la consulta bruscamente, cargada de desprecio y desinterés. La escritora y el médico rompieron a reír cuando cerró la puerta. Entre otras cosas porque significaba que, a partir de aquel momento, se liberaría del control al que le había sometido.

—¿Y empezasteis a acostaros?

—Sí. Volví a la consulta a la semana siguiente. Me dijo que estaba loco por mí, que dejarme había sido su mayor error y que me deseaba. Todas esas estupideces que repetís los hombres cuando queréis llevaros a una mujer a la cama.

Germán, como único representante masculino en la conversación, se sintió molesto por el comentario, aunque la frase la hubiera pronunciado sin intención de herirle.

—Le pedí prudencia —continuó Guadalupe—. Le dije que buscaría un sitio donde pudiéramos vernos unas horas, pero que necesitaba unos días para organizarlo. Así aumentaba su deseo y podía manipularle mejor.

Germán se ahorró el comentario que estuvo a punto de descolgarse de su boca.

—¿Cómo lo solucionaste? —preguntó.

—En el garaje de mi madre tenía un viejo Seat Ibiza del que nadie se acordaba y que no estaba ni a mi nombre. La propietaria oficial era la abuela de Goyo. Lo trasladé a una plaza que había alquilado cerca del mercado de la Cebada. Así conocí a María, la dueña. Era una señora muy mayor que vivía sola y necesitaba redondear su escasa pensión con ese ingreso extra. Luego, cuando tuve necesidad de un sitio privado para los encuentros con Goyo, le pregunté si podría alquilarme una habitación. Me dijo que tenía una que no usaba. Le ofrecí pagarle una generosa cantidad y, aunque lo rechazó en un principio, al final decidió aceptarlo. Desde entonces nos veíamos allí.

—¿A María no le pareció mal que usara su casa como un picadero?

—Le conté que mi marido me daba unas palizas brutales, le enseñé los cardenales y lloré. Se apiadó de mí, hasta me ofreció quedarme a vivir con ella. La tenía ganada, así que cuando le conté que casualmente me había vuelto a encontrar con el hombre del que siempre había estado enamorada, ella me apoyó. Le pareció una historia muy romántica. Me dio una llave y lo único que me pidió es que, cuando fuera, la avisara para irse al centro de la tercera edad y dejarnos solos en la casa. Fue tan maja que incluso nos vació el armario y los cajones.

—Si te controlaba tanto, ¿cómo justificabas ante Valentín una ausencia semanal?

—Por el médico.

—¿Y no le extrañó que visitases la consulta con tanta frecuencia?

—No dejé que pensase en ello. Le conté una historia y se la tragó.

—¿Qué historia?

—Un día que terminamos de hacer el amor, le dije a Goyo que no me podría escapar muchas más veces. Él protestó. Dijo que necesitaba verme y que no pensaba renunciar a mí después de haberme reencontrado. Le respondí que estaba loco, pero que si se le ocurría algo inteligente, estaba dispuesta a continuar con nuestros encuentros furtivos. Es curioso cómo las ganas de sexo estimulan el cerebro, porque no tardó un minuto en decirme: «Si tuvieses diabetes gestacional, te tendría que controlar regularmente y, aunque fuera molesto, deberías venir a la consulta con

mucha frecuencia». Me miró buscando mi aprobación. Le pregunté cómo podríamos fingir algo así y me respondió: «Tengo alguna paciente en la clínica con diabetes. Cambiaré los datos de los análisis y pondré los tuyos. Lo único malo es que tendrás que simular que te pinchas insulina para mantener la mentira. Te llevas los papeles a casa y dejas los análisis a la vista para que los lea tu marido y solucionado». Fue un plan maravilloso.

—Joder, no dejo de alucinar. ¿También era mentira lo de la diabetes?

—Sí. Sirvió para poder ver a Goyo durante el embarazo. Pero además me ayudó a morir a ojos de la policía y de la opinión pública. Cuando me esfumé, el diagnóstico le dio un dramatismo fabuloso a mi desaparición. Si no me pinchaba insulina, pronto moriría. Y no me encontraron.

—¡Esto parece un relato de Maquiavelo!

Germán empezó a darle vueltas al vaso haciéndolo rodar sobre su base. Un movimiento rítmico, constante, que ni siquiera oía pero que le permitía concentrarse con tranquilidad. Todo era falso en aquella mujer y en su historia. ¿Cómo podía ser que la mismísima policía, los encargados de servir las pruebas de la verdad al juez, no hubiesen detectado ninguna fisura, ningún punto oscuro que les hubiera hecho dudar? Quizá comenzó por una simple negligencia, un mal análisis, pero él sabía que después se manipularon pruebas para construir la verdad oficial ¿Y si esto había pasado más veces? ¿Cuántos inocentes podían estar pudriéndose en prisión? Pero lo realmente preocupante era que ningún juez se apercibiese. Ninguno de los filtros de los recursos sirvió para destapar la mentira. Llegó a la conclusión de que el sistema no funcionaba. Tiene apariencia de derecho y justicia, pero la realidad era bien distinta. Rogó para que en el futuro a Temis no se le resbalara la venda y fijase su mirada en él. Huyó de ese pensamiento y regresó con Guadalupe.

—Todo era falso, la paternidad, la diabetes gestacional, que estuvieses embarazada de una niña y el tiempo de gestación. ¿Es así?

—Sí.

—Te lo montaste muy bien —le espetó con un tono que se movía entre la admiración y el reproche—. Sobre todo porque buscábamos a una mujer muy gorda, con un embarazo ostentoso y con dificultades para moverse. Hay mucha diferencia de aspecto entre una embarazada de seis meses y una de ocho y medio, te lo aseguro. Despistaste nuestra búsqueda.

—Supongo.

—¿Cómo hiciste para parecer tan embarazada? Valentín dijo que tenías dificultades para subirte y bajarte del coche.

—Fue fácil. Solo tenía que arquear la espalda y sacar la tripa. Ayudaba el hecho de que a partir del tercer mes empezó a aumentarme y que en una persona tan delgada como yo se nota más. Pero por extraño que le parezca, se fijaban poco en mí. Mi suegra dejó de prestarme atención en el momento en que creyó que esperaba una niña, y para Valentín, furioso como estaba con mi embarazo, me convertí en transparente. Si dices que te cuesta moverte, te pones ropas amplias y caminas muy lento, todos confían en lo que tú les cuentas, que estás muy gorda. Nunca dejé, por precaución, que nadie tocara mi tripa. Lo hizo mi suegra el día que les comuniqué mi embarazo, pero luego no se lo permití a nadie.

—¿Te ayudó Goyo a escapar?

—No. Estaba fuera de Madrid, de vacaciones con su familia en Estados Unidos.

—¿Le contaste lo que ibas a hacer?

—No conocía mis planes. No me fiaba de él. ¿Para qué? Jamás me hubiera ayudado. Él es de esas personas que solo piensan en ellas mismas y, si queda hueco y no le perjudica, en los demás. Una semana antes de irme le pedí que apuntara en mi historial médico que había tenido una hiperglucemia brutal después de beber un vaso de limonada, se suponía que edulcorado con sacarina, y que Valentín tuvo que ponerme una dosis de insulina.

—¡Claro! —exclamó Germán, al tiempo que se palmeaba la pierna—. ¡No tuviste ninguna crisis porque no eras diabética! ¿Cómo lograste convencer a Goyo?

—En frío nunca lo hubiera hecho. Yo lo sabía y por eso elegí bien el momento. Un día después de hacer el amor estuvimos hablando y riendo. Cuando le noté resucitar y quiso repetir, supe que debía proponérselo. En ese momento estaba como un toro bravo, solo era capaz de pensar en saltar al ruedo. Entre risas le hice prometerlo antes de comenzar la faena. Luego, más relajado, me preguntó para qué quería que apuntase eso. Le contesté que era una pequeña estrategia contra mi marido, pero que si no era capaz de hacer eso por la mujer que decía querer sin confiar por completo en mí, que no se preocupara. Me levanté de la cama enfadada y comencé a vestirme. Rápidamente me agarró para que volviese a su lado, me besó y me pidió disculpas comprometiéndose a escribir lo que le había pedido.

—Menuda zorra eres. ¿Le pediste algo más?

—Sí. Le dije que si algo me pasaba nunca revelara que él había sido mi médico. Oficialmente era el doctor Mejía. Aunque no me hubiera visto nunca. Por eso Mejía metió la pata en el juicio. Debió de revisar las ecografías y darse cuenta de que mi embarazo, dijesen lo que dijesen los papeles, era de seis meses, no de ocho y medio, como yo había hecho creer a todo el mundo. Menos mal que el jurado no tuvo en cuenta la contradicción.

—¿Te pusiste en contacto con Goyo después de huir?

—No, ¿para qué?

—Así evitabas que estuviera preocupado por ti.

—Goyo fue un cobarde cuando me dejó. Me regaló un coche para acallar su conciencia y se fue sin pensar en si me hacía daño. No se planteó siquiera llevarme con él porque necesitaba todo el tiempo para concentrarse en sus estudios. Eso sí, luego lo tuvo para enamorarse de una yanqui y casarse. Con ella sí podía conciliar estudios y amor. Supongo que ayudó que fuera la hija del jefe del servicio de ginecología de la clínica Mayo. Cuando nos reencontramos, siguió siendo un cobarde. Se volvía loco conmigo, me deseaba, solo pensaba en que nos acostáramos y, a cambio de encamarse conmigo, aceptó todas las irregularidades que le pedí. Lo envolvió en amor y en la falsa generosidad de ayudar a una exnovia maltratada, pero los dos sabíamos que era una transacción de sexo por ayuda. Si le hubiera prohibido tocarme, no habría aceptado mentir ni falsear papeles. Estoy segura de que, cuando desaparecí, lo que más le atemorizó fue que alguien pudiera relacionarnos, que nos hubieran visto, que la policía le interrogara y su mujer y su familia se enteraran de que de amantísimo esposo tenía poco. No le avisé porque, a decir verdad, me importaba

un bledo y porque sabía que solo estaría preocupado por sí mismo.

5

Germán empezó a notar el peso del cansancio. Las horas de tensión le estaban pasando factura. Preparó un café bien cargado y se lo bebió. Guadalupe aguardaba en silencio, sentada en el taburete como un muñeco desactivado a la espera de que pulsaran ON. Mientras limpiaba la cafetera con un trapo y fregaba la taza, el vaso de agua y las copas de *gin-tonic* para borrar sus huellas, el inspector jefe repasó mentalmente los datos que había logrado obtener durante el interrogatorio. Hubo de reconocer que desde la primera respuesta había ido brincando de sorpresa en sorpresa sin apenas tiempo para reflexionar ni asimilar la información. No estaba acostumbrado a tantas verdades. Lo habitual era que el criminal se cerrase en banda y se negase a declarar, pero el cerebro de Guadalupe no paraba de bombear respuestas a la boca.

Miró el reloj y se dio cuenta de que ya habían pasado tres largas horas desde que comenzó a extraer respuestas. La escopolamina parecía seguir funcionando. En teoría le quedaban unas dos horas de interrogatorio, aunque no podía saber a ciencia cierta cuándo se cerrarían las puertas de la mente de la escritora. Se dijo que mientras estuviesen abiertas de par en par no había ni un instante que perder. Se secó las manos y volvió a la carga.

—Guadalupe —la activó al pronunciar su nombre—, vamos a hablar del día de tu desaparición. Desde la mañana. ¿Qué fue lo primero que hiciste?

—Me levanté, me duché, me puse guapa y empecé a besar y acariciar a Valentín. Se despertó al instante con el deseo desbocado. Llevaba meses sin siquiera rozarme. Cuando conseguí que alcanzase el estado de ebullición, me alejé hasta la ventana y esperé. Él me pidió que regresara a la cama. Me negué. Le dije que me daba vergüenza, que Eulogia, la asistenta, estaba ya trasteando en la cocina y que nos escucharía. Aunque protestó, lo había excitado tanto que aceptó mi sugerencia de darle libre a la chica y a los peones de la finca. Le molestó tener que vestirse y salir, pero la promesa de volver a revivir nuestros días de recién casados y de hacer el amor en el campo le espoleó.

—O sea, ¿la idea de darle el día libre a la criada y a los peones fue tuya?

—Sí.

Germán se acordó de que durante el juicio aquel hecho se interpretó como que había sido iniciativa de Valentín y que lo hizo para eliminar los posibles testigos de su crimen.

—¿Por qué quisiste que se librara de todo el mundo?

—Necesitaba el terreno despejado, sin testigos. Tenía que sembrar pistas falsas y la presencia de los trabajadores habría desbaratado mis planes. Quise que fuese Valentín quien les dijese que se fueran a sus casas para que sospecharan que estaba detrás de mi desaparición.

—¿Lo manipulaste con el sexo?

—Sí, se me da muy bien.

Germán no quiso dedicar un segundo a imaginar de qué podía ser capaz.

—Cuando regresó de llevar a Eulogia y de despedir a los obreros, ¿qué ocurrió?

—retomó el interrogatorio.

—Follamos hasta que lo agoté. Me sometí a todos sus deseos. Fui su objeto sexual. Quería que estuviera contento.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—De toda la mañana hasta la hora de comer. Con imaginación, lo alargué todo lo que pude, aunque no fue fácil.

Germán tragó saliva. Se le acababan de ocurrir algunas cuestiones de carácter sexual. Guadalupe estaba a su merced y podía preguntarle lo que quisiera. Había una duda que le carcomía. Quizá sobrepasaba los límites, pero se dijo que quería saber hasta dónde era capaz de llegar Guadalupe.

—¿Disfrutaste?

—No.

—¿Te parezco atractivo?

—No.

—¿Pero te hubieses acostado conmigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—A cambio de que no me delataras.

—¿Y si aun así lo hubiese hecho?

—Te habría acusado de forzarme. Hay cámaras en cada ángulo de la casa. El sexo habría quedado grabado. Ese vídeo tiene un enorme potencial.

—Creí que querías matarme.

—Sí, pero tenía un plan alternativo.

Germán odió a aquella mujer, una depredadora capaz de cualquier conducta de moral evaporada para conseguir sus propósitos. Se obligó a tranquilizarse. También él había soslayado su ética por un fin superior, por conocer la verdad. Quizá no se diferenciaban tanto.

—¿Qué ocurrió después de que lo agotaras sexualmente? —retomó el interrogatorio donde lo había dejado.

—Valentín estaba tan contento que se ofreció a preparar la comida. Empezó a hacer una ensalada, pero, vista su nula destreza, le dije que fuese a sentarse, que me encargaba yo de todo y que enseguida le llevaba una copa de vino para amenizar la espera. Me pidió un Ribera del Duero. Disolví dentro dos Orfidales. Quería garantizar que después de comer se quedase grogui. Mientras se hacía la carne, preparé un zumo de naranja para mí. Con la excusa de que a mí me provocaba arcadas si no estaba bien endulzado, le pedí a Valentín que le probase y me dijera si estaba ácido. Lo cogió, dio un sorbo y me dijo que tenía que ponerle más sacarina.

—Los compañeros de Científica encontraron azúcar, ¿lo añadiste tú?

—Sí, pero no en ese momento. Primero le di un buen trago. Sobró un poco. Como dos dedos de altura. Cuando Valentín se quedó dormido, añadí ocho sobres de azúcar y lo dejé junto a las cascaras de naranja en la encimera.

—Espera, que vas muy rápida. ¿Pasó algo relevante durante la comida?

—Que se bebió el resto de la botella de vino. Nada más. Empezaba a estar tan aturdido que no cruzamos palabra. Terminamos y casi se desplomó sobre la mesa. La recogí y dejé todo desordenado sobre la encimera de la cocina. Luego le dije a

Valentín que subiéramos a dormir la siesta. Se le cerraban los ojos. Coqueteé con él con promesas de repetir el sexo de la mañana y eso le espabiló un momento, lo justo para llegar al piso de arriba y tumbarse. Cayó como un fardo. Yo me acosté a su lado y empecé a acariciarle. Hizo un intento de abrazarme, pero le pudo el sopor. Al instante comenzó a roncar. Le zarandeé un poco para que cambiara de postura y no hiciera tanto ruido, pero era como si hubiera entrado en coma.

—¿Por qué le querías dormido?

—Ya me había quitado a los testigos de en medio. Lo necesitaba a él fuera de circulación unas horas para llevar a cabo todo mi plan. Lo había diseñado meticulosamente y todo pivotaba en torno a Valentín fuera de juego.

—Sigue contándome, ¿cuál fue el siguiente paso?

—Bajé a la cocina. Me quedaban muchas cosas que hacer. Las había enumerado para no olvidar ninguna. Como te conté antes, primero mezclé ocho sobres de azúcar con el zumo que quedaba. Lo removí con una cucharilla hasta que conseguí que se disolviera todo. El vaso quedó a la vista. Guardé los sobres rotos en mi bolsillo para meterlos luego en el bolso y arrojarlos a la hoguera que haría en el campo.

—Los de la UDEV Central interpretaron que, como teóricamente eras diabética gestacional, Valentín te había intoxicado con azúcar —no pudo evitar interrumpir Germán—. ¿Eso pretendías?

—Sí.

—Te arriesgaste mucho. Les podría haber pasado desapercibido, ¿te das cuenta?

—Sí, pero lo vieron. Hubo otras pistas que dejé y que fueron incapaces de encontrar. Con tantas sembradas, alguna tenían que hallar. Para eso estudiaron.

—¿Me estás diciendo que preparaste muchas más pruebas y que no las encontraron?

—Sí. Fui diseminando por la casa elementos que le incriminaban en mi desaparición. Tenía que poner muchos para asegurarme de que, hasta el más patán de los investigadores, fuese capaz de dar con alguno.

A Germán la indignación le crecía por dentro. Había jugado con ellos y él nunca había sido peón de nadie. Le asqueaba profundamente que Guadalupe lo hubiera utilizado, sin saberlo, en una partida con las cartas marcadas. Odiaba a aquella mujer tanto como admiraba su capacidad para haberlos engañado a todos. Apartó con un gesto de la mano esos pensamientos y volvió a la carga. El tiempo apremiaba.

—Después del zumo, ¿qué hiciste?

—Me puse unos guantes de látex para evitar dejar mis huellas. Limpié el frasco de sacarina y el azucarero para borrar las que hubiera, cogí todas las plumas de insulina de la nevera y subí al dormitorio. Valentín no se había movido de la posición en la que le dejé. Con cuidado le agarré la mano izquierda y apreté los dedos contra el azucarero para imprimir sus huellas.

—¿Y no se enteró?

—No.

—¿Por qué la mano izquierda?

—Cuando abres un azucarero es para servirte. Si eres diestro, y Valentín lo era, lo agarras con la mano izquierda, quitas la tapa con la derecha, la apoyas y metes la cucharilla también con la diestra. Fue por eso.

Germán se dio cuenta de la extremada planificación de la escritora, que había pensado hasta el último detalle.

—¿Qué más?

—Apreté sus dedos de la mano derecha contra el bote de edulcorante y en la parte superior de todas las plumas. Luego cogí una, la abrí y junté los dedos de la mano izquierda como si estuviese sujetándola. Con el pulgar hice que girara la rueda de selección de la dosis hasta sesenta, el máximo. Ya había conseguido lo que quería, que diese la impresión de que él la había usado. Fui a su cuarto de baño y vacié de insulina toda la pluma. La dejé seca. Después, con esa misma pluma me pinché en la tripa y después la escondí entre unas toallas.

—¿Por qué te pinchaste?

—Supuse que analizarían la aguja. Por eso lo hice, para dejar mis restos biológicos. Vamos, como si Valentín me hubiera inyectado de verdad. En mi plan, la pluma era el arma del crimen. Siempre me gustó esa idea. Pensé que harían titulares con eso: «La escritora asesinada con su pluma».

Germán se sorprendió de la meticulosidad con que había pensado en todos los pormenores. Incluso había fabulado con las noticias que de ella se publicarían.

—Entiendo que con las plumas de insulina pretendiste confundir a los investigadores y que creyeran que, después de entrar en crisis por el exceso de azúcar, Valentín aprovechó para matarte con una sobredosis de insulina.

—Eso es.

—Pero se me escapa por qué dejaste sus huellas en todas las plumas.

—Quería que dedujesen que las había toqueteado todas. Que escogió una, me asesinó y luego la escondió. Pero no sirvió para nada. No las examinaron. También lo hice por si no encontraban la del baño y solo hallaban las de la nevera. Algo significaría que él hubiese metido la mano allí, ¿no?

—¡Qué grandísima hija de puta eres! —estalló Germán. Le indignaba pensar en todas las horas de trabajo que robaron sus compañeros a sus respectivas familias para buscar pruebas que resultaron haber sido colocadas adrede, diseminadas por la propia Guadalupe, y ahora la tipa se chuleaba de que alguna se les había pasado. Pensaba en los de Científica, por supuesto. El desprecio que sentía por los de UDEV le hizo obviarlos.

Guadalupe le miraba, con los ojos ausentes, sin entender qué pasaba. El policía se fue calmando. Con esas salidas de tono perdía tiempo y no conseguía nada.

—Guadalupe, ¿seguiste el juicio? ¿Sabes las pruebas que se utilizaron para condenar a tu marido?

—Sí.

—Pues a partir de ahora solo cuéntame la historia de las que se encontraron. No quiero saber nada de todas las demás que se nos escaparon —dijo, incluyéndose en el error, aunque él no participó en la inspección—. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Ya tenemos azucarero, zumo de naranja, edulcorante, plumas de insulina, ¿qué más?

—Cogí un frasco del congelador y subí a la planta de arriba. Primero comprobé que Valentín seguía dormido. Roncaba como un becerro. Luego, fui a la habitación de

invitados. Elegí un bolso grande y fui echando en él todo lo que quería destruir. Los sobres de azúcar vacíos que había usado en el zumo de naranja, la ropa del día, la agenda y mi cartera, dentro de la que iban el DNI, el carné de conducir y las tarjetas de crédito. Me vestí con otra ropa y elegí un nuevo bolso para la noche, donde llevaba el pasaporte falso, dinero, las llaves del coche y cosas para arreglarme, pintalabios, maquillaje, etc. Fui a la habitación que iba a ser la del bebé, cogí los huesos, los puse en el bolso grande y bajé al garaje.

—¿¿¿Los huesos??? ¡Qué carajo! —exclamó Germán con los ojos tan abiertos que parecía que no tuviese párpados—. Explícame qué es eso.

—Unos huesos que había escondido entre la ropita que había comprado a mi bebé.

Germán no entendió al principio a qué se refería. Posiblemente la mezcla de cansancio y lo inaudito de la idea le bloquearon sus conexiones neuronales y no comprendió nada. Miró a Guadalupe intentando descifrar a qué se refería, pero rebotó contra una cara inexpresiva.

—¿Tenías guardados huesos de bebé en tu casa? —se atrevió a preguntar incrédulo, aunque de aquella mujer se podía esperar cualquier cosa—. ¿Para quemarlo como si fuera tu hijo?

—Sí —contestó ella, como si fuera natural esa respuesta.

Germán saltó del taburete y fue caminando hasta el ventanal de la cocina. Necesitaba moverse. La historia de Guadalupe superaba cualquier cábala a la que un investigador pudiera haber llegado. Nadie se podría haber imaginado que la desaparecida había falseado su ausencia hasta el punto de esconder unos huesos de bebé en un armario de la casa. Inaudito.

—¿De dónde sacaste los huesos? ¿Eso dónde se compra?

—No los compré, aunque en algunos sitios de la Deep Web de internet los venden. Allí encuentras lo que quieras. Al principio recorrí varios cementerios de pueblos abandonados cercanos a Batres, hasta que encontré una lápida muy descuidada de un recién nacido. Estaba rota. Metí la mano e iba a coger algunos huesos, pero recordé que buscaba un feto, no un recién nacido.

—¿Entonces? —la apremió.

—Una tarde que había quedado con Goyo para hacer el amor en nuestro piso secreto, él no respondía a mis estímulos. Le pregunté qué le ocurría y me contó que había tenido un día horrible porque se vio obligado a informar a una mujer, que estaba en el último mes de gestación, de que el bebé no tenía latido. Me dijo algo así como: «Ella lo sospechaba, por eso vino a consulta. Decía que llevaba horas sin notarlo. Quería pensar que estaba dormido. Buscaba que yo le diera esperanzas y, mientras la tenía tumbada en la camilla haciéndole pruebas, me miraba tratando de deducir por mis reacciones si le iba a dar una buena o una mala noticia. No tardó cinco minutos en adivinar el resultado. Se echó a llorar desconsolada y yo no había abierto la boca. Debo de ser trasparente. Le apreté el hombro en señal de comprensión y me fui. Dejé que se desahogara en soledad». En un principio pensé en mi propio aborto, pero de repente otra idea mucho más atractiva ocupó todo mi raciocinio. Si a la policía, además de mi sangre, le proporcionaba los huesos de un feto, la convicción de que Valentín me había matado sería completa.

Germán la miró con indignación.

—Goyo te dio el feto muerto de esa señora —aventuró sin poder salir de su asombro—. Fue eso, ¿no?

—¡Qué buena idea! —exclamó—. Pero no se me ocurrió. Mucho más sencillo que lo que me tocó hacer.

—¿Me lo cuentas de una vez? —protestó Germán nervioso.

—Hace años, cuando era novia de Goyo, me contó que había tenido que llevar a un hospital abandonado en Navacerrada restos de abortos y varios fetos porque les iban a pasar una inspección los de Sanidad y ese material llevaba mucho tiempo almacenado allí sin las condiciones necesarias.

—¿Te refieres al hospital del Santo Ángel? ¿El que fue un psiquiátrico?

—Él lo llamó de otra manera. De la Barranca, creo que dijo. Y había sido antes de tuberculosos, no un psiquiátrico.

—Es el mismo —confirmó Germán—. Lleva muchos años abandonado.

—Cuando Goyo fue a llevar los restos, hacía pocos años que había dejado de funcionar —siguió relatando la escritora—. Pensaba incinerarlos allí pero se lo encontró todo destrozado. Los escondió en un agujero de una escalera. Yo sabía dónde estaban. Solo tuve que ir a buscarlos.

—¿Fuiste sola a la Barranca?

—Sí.

—¿Y cómo entraste si está totalmente vallado? —preguntó Germán curioso.

—Encontré un sitio donde habían cortado la tela metálica y me colé. Me costó encontrar las escaleras que él me había descrito porque habían pasado casi quince años y la maleza lo cubría todo. Di varias vueltas alrededor hasta que las descubrí. Las zarzas se habían apoderado de todos los escalones, así que me tuve que meter en el hospital a ver si encontraba algo para cortar las plantas.

—¿Te atreviste a entrar? Se comenta que hay fantasmas.

—Me acuciaba el tiempo. No podía desaparecer tanto rato sin que mi marido sospechase, así que no pensé en ello. Solo quería encontrar los huesos y terminar rápidamente. Busqué por todo el edificio algo con lo que apartar la maleza. Estaba destrozado. Llegué hasta el sótano, a lo que parecía que había sido la zona quirúrgica. Supongo que a los vándalos no les interesó lo que allí encontraron o no supieron qué hacer con ello porque aún estaban apiladas camas de exploración ginecológica y de partos, sillas de despacho, carros de instrumental y hasta un cartel donde ponía: «Despacho del director». Entre todos aquellos trastos también localicé una barra de hierro oxidada que me podía servir. En cuanto la agarré tuve la sensación de que alguien estaba detrás de mí observando. Se me dispararon los latidos del corazón. Me di la vuelta rápido, pero no había nadie. Cuando empecé a tranquilizarme y a pensar que eran imaginaciones mías, llegaron las voces. Gritos de niños que veían de los pisos superiores, ruidos de arrastrar sillas o camas y gente hablando. Salí corriendo de allí. Y mientras escalaba a toda velocidad los escalones, una voz pegada a mi oído me susurró: «¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?». Di un alarido de miedo y me caí al suelo. Al levantar la mirada poniendo la barra como protección entre mi cuerpo y la voz, no encontré a nadie. Estaba aterrada. Me obligué a caminar, aunque temblaba tanto que no sé cómo fui capaz. Cuando estaba a punto de alcanzar la salida, la barra

empezó a pesar mucho y noté una mano que se posaba sobre mi hombro. Chillé como una loca y corrí como si no hubiera mañana.

—¡Joder! —exclamó Germán, que sabía que lo que le estaba contando Guadalupe era verdad porque la burundanga impide mentir.

—Ya en el exterior pensé en correr hasta el coche y salir zumbando de allí, pero no había llegado tan lejos como para renunciar a mis huesos y a la condena de ese malnacido de Valentín. Mi odio era más potente que mi miedo. Me acordé de que Goyo me había dicho que nunca había estado tan aterrorizado como en ese sitio. Si él logró controlarse, yo no iba a ser menos.

—¡Qué valor! —murmuró sorprendido Germán.

—Para controlar el pánico comencé a cantar a voz en grito la canción: «Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña, como veía que no se caía fue a llamar a otro elefante. Dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña…», e iba sumando un elefante más a cada estrofa. Así me infundía valor y tapaba los sonidos extraños. Empecé a golpear las zarzas con la barra y fui despejando la zona. Al final vi la piedra que parecía tapar el agujero. La quité y metí la mano. Pensé que alguien me mordería, pero no ocurrió. Cogí lo que me pareció algo con la forma de un cráneo y me separé. Era uno pequeñito. Deduje que de un feto. Estaba cubierta de sudor por el esfuerzo y tuve que descansar un momento. Una ráfaga de viento helado me cubrió. Parecía un torbellino alrededor de mi cuerpo, con un olor a putrefacción que me dejó helada. Comencé a tiritar. A unos centímetros hacía sol y yo estaba congelada. Me puse nerviosa y empecé a saltar, como intentando quitarme lo que me cubría. Se me cayó el cráneo al suelo y se hizo añicos. Me agaché a recoger los trozos. Me había guardado dos en el bolso, cuando una voz furiosa me volvió a susurrar al oído: «¿Qué quieres?». Fue inconsciente pero respondí: «Nada, ya me voy». Miré pero no había nadie. Ni siquiera un fantasma. «Mentirosa, has venido a robar», me recriminó la voz. Comencé a correr hacia la valla mientras me excusaba: «Solo los tomo prestados. Prometo que los devolveré». Hubiese dicho cualquier cosa a cambio de que me dejara en paz. Aunque iba a toda velocidad, parecía que la voz se hubiera atado a mi tímpano. «Pagarás con tu vida por esta afrenta», me anunció.

Germán se fijó en que la frente de Guadalupe rezumaba sudor y que su agitación había ido en aumento. Le tocó la muñeca y notó sus pulsaciones disparadas.

—Tranquila. Debieron de ser alucinaciones. Fíjate. La voz se equivocó. Sigues aquí, entre los mortales. Yo te busqué porque sabía que estabas viva.

—Cuando me monté en el coche —siguió relatando ella—, miré hacia el hospital y vi que en algunas ventanas había personas que me contemplaban. Me fijé en un hombre vestido con una camisa blanca y una chaqueta al que le caía sangre por la boca. En otra ventana había una niña con las cuencas de los ojos vacías que me hacía gestos para que subiera hasta donde se encontraba. Y en otras vi mujeres, hombres, niños que golpeaban los cristales llamando mi atención, si bien cuando yo había estado dentro no existía un solo cristal en pie. Arranqué el coche y salí derrapando. Hasta que no llegué a Batres no me tranquilicé. Entonces comprobé que había cogido un par de huesos de cráneo. Me enfadé porque un cráneo entero hubiese dado más verosimilitud al crimen, pero era lo que había. Subí a la habitación que iba a ser del bebé y los guardé entre la ropa. Hasta que los necesitara.

—Que fue el día que pusiste tu plan en marcha.

—Eso es. Esa tarde los cogí y los escondí dentro del bolso.

—Vale —Germán recuperó el ritmo de la narración—. Volvemos al día en que tiendes la trampa a Valentín. Lo tienes dormido y llevas los huesos en el bolso. ¿Fue entonces cuando fuiste al campo?

—No. Aún me faltaban más cosas. Entré en la cochera de detrás de la casa, donde mi marido guarda toda la ropa para la caza. Me puse encima de la mía unos pantalones camuflados que él usaba cuando iba a las monterías, un chaquetón grueso y me calcé sus botas de campo. Me quedaban grandes. Tuve que meterle unos calcetines en la punta para poder caminar con algo de comodidad y aun así me sentía como si llevara los zapatones de un payaso. También me hice un recogido y me coloqué un gorro de ducha en la cabeza. No quería tocar nada ni que apareciera un pelo mío de difícil justificación. Con todo hecho, cogí el coche de Valentín y me fui en dirección a la máquina trituradora de madera.

—Sigue contándome —la animó Germán.

—Antes de llegar hice una parada. Tenía que recoger unos plásticos grandes y un bidón de gasolina que animara la hoguera que pensaba prender. Paré en un chiscón donde los guardan los obreros. Lo metí en la parte trasera y ya sí que conduje hasta la zona de la máquina trituradora.

—¿Qué hiciste al llegar?

—Llevé el coche por las zonas que me parecieron que estaban más húmedas para que quedasen bien impresas las rodadas. Aparqué y me bajé a revisarlo. Allí estaban las marcas de las ruedas del coche de Valentín. Estaba muy contenta porque las cosas me iban saliendo a pedir de boca. Saqué los plásticos y los extendí sobre la tierra. Cubrían todo la zona por donde la máquina expulsaba las maderas hechas virutas. Para garantizarme que salía todo bien, hice una prueba. Metí bastantes troncos por la boca de la máquina y luego la encendí. Tuve que recolocarlos un poco, pero apenas tardé.

—¿Sabías cómo funcionaba la máquina?

—Se lo pregunté un día a un peón y me lo explicó. Me hice la tonta como que no entendía nada y, aunque él insistía con mucha paciencia, terminé diciéndole que era demasiado ruidosa y que me levantaba dolor de cabeza. Pero la verdad es que me fijé en todos los botones y para qué servían.

—No dejo de asombrarme de tu meticulosidad. Continúa con tu relato. Seguro que me sorprendes otra vez más.

—Volví a meter listones de madera y la máquina comenzó a arrojar trozos sobre los plásticos. Entonces, introduje uno de los huesos que había cogido, lo empujé con un palo y, cuando lo trituró todo, apagué la máquina. Hubiera sido muy difícil distinguir qué era hueso y qué madera. pero había guardado el otro para que sí lo encontraran. Después saqué del bolso el frasco que había cogido del congelador y vertí el líquido dentro de la máquina.

—¿Qué había en el bote?

—Mi sangre.

—¿Sangre tuya? ¡Joder! ¡Vale de sorpresas! —exclamó enfadado Germán—. ¿Por qué tenías sangre tuya en un frasco?

—La necesitaba para mi plan.

—¿Cómo lograste acumularla?

—Una vez que fui a hacerme un análisis le pedí a Goyo que me extrajera más sangre y me la diera en un frasco. Se extrañó mucho y tuve que explicarle que la quería para que pareciera que había tenido una pequeña hemorragia vaginal si algún día necesitaba verle y no me tocaba consulta. En cuanto vio la posibilidad de acostarse conmigo, accedió a ello sin pensarlo. Me lo llevé a casa, envolví el frasco en papel de aluminio y lo guardé en el congelador.

—Has agotado mi capacidad de sorpresa. Así que sigamos, ¿cuándo lo quemaste todo?

—Recogí los plásticos por las puntas para juntar todos los restos, vacié el contenido del bolso encima, arrojé también el bolso y empecé a echar gasolina. Empapé la trituradora vertiendo combustible a través de las aberturas que tenía y por fuera, hasta que el líquido fue rezumando por toda la superficie y mojando el suelo. Cuando terminé todo el contenido de la garrafa, encendí una cerilla y la tiré sobre aquella especie de pira que se había formado. El fuego lo invadió todo rápidamente y fue destruyendo lo que encontró a su paso. Sabía que tardaría un buen rato en reducirse por completo a cenizas y me fui al coche. Abrí el maletero, me subí y me tumbé con los pies hacia fuera. Me quité el gorro de ducha, restregué mi cabeza contra la moqueta y puse un poco de saliva. Como tenía tiempo, me quedé tumbada esperando. Oía el crepitar del fuego mientras las llamas lamían vorazmente la máquina trituradora.

—¿No creó el fuego una columna de humo que llamase la atención?

—No, en esa zona suele hacer mucho viento siempre. Las rachas lo empujaban y lo separaban impidiéndole crecer hacia arriba.

—¿Cuánto tiempo tardó en destruirse todo?

—Muy poco. Un cuarto de hora. Quizá un poco más porque permití que se consumiera totalmente y las llamas se apagaran solas. Mientras tanto me entretuve pisando la zona con las botas de mi marido para que se quedaran bien marcadas las huellas.

—¿Y el hueso que te guardaste?

—Cuando se hubo quemado todo, lo arrojé cerca de una rueda de la máquina. Se chamuscó un poco solamente.

—¿Qué hiciste al terminar?

—Regresé a casa. Aparqué frente al garaje, entré y me quité la ropa y el calzado de caza de Valentín. Lo devolví a sus respectivos armarios.

—¿Valentín seguía durmiendo?

—Sí. Como un oso en hibernación. Hasta me dio tiempo a ducharme para quitarme el olor del humo. Después me acosté a su lado y descansé unos minutos. Aunque estaba agotada, no podía evitar repasar todo lo que había hecho por si hubiera cometido algún fallo. No pude pararme a pensar mucho porque andaba escasa de tiempo. Al cabo de un rato encendí la luz y desperté a Valentín diciéndole que era muy tarde y que nos habíamos dormido. Tuve que repetírselo varias veces porque le costaba mucho espabilarse. Al final tiré de él y le obligué, entre risas, a que se duchara, y le desvelé la última sorpresa. Teníamos hora para cenar en Lucio, su

restaurante fetiche.

—¿Le gustó el plan?

—Sí. Nunca se perdía una cena o una comida en Lucio, podía prescindir de otras cosas pero de esa no.

—Sigue con el relato.

—Se duchó y, al salir, le dije que yo también tenía que bañarme y arreglarme. Que tendría que esperar. Me dijo que se iba a casa de sus padres y que, cuando lo avisara, me pasaría a recoger en coche.

—Consta en el sumario del caso que le llamaste por teléfono.

—Es verdad. Le hice una perdida.

—Por cierto, respóndeme una duda, ¿para qué dejaste destrozado tu móvil en su vehículo?

—Yo ya no lo necesitaba ni iba a usarlo jamás. Podía haberlo tirado, pero pensé que, si lo rompía saltando sobre él, daría sensación de una agresión, de violencia.

—Lo lograste —reconoció—. Bueno, vamos a seguir. Después de llamar a tu marido, vino a buscarte y os fuisteis a cenar, ¿no?

—Más o menos. Sabía que lo que más odiaba Valentín era que le hicieran esperar, así que me retrasé media hora larga aposta. Pude ver desde la ventana cómo su cara fue tornándose hacia la ira. Cuando consideré que estaba muy enfadado, bajé y me monté en el asiento de atrás.

—¿Por qué?

—Era parte del plan. Con la excusa de que estaba muy embarazada y que se me hinchaban los pies, me tumbé ahí. En realidad, lo que quería era que, si alguien miraba hacia el coche, solo lo vieran a él.

—Por eso no te vio el policía municipal que os paró en el control.

—Eso es. Se acercó a la ventanilla, pero, como estaba chispeando y el viento golpeaba tan fuerte, mi marido abrió poco el cristal y no se fijó en mí. No creo ni que se plantease que yo podía ir tumbada en el asiento de atrás.

—No sé si es que tuviste mucha suerte o es que la buscaste, pero sigue, sigue sorprendiéndome —la animó

—Cuando entramos en Madrid, me incorporé. Le recriminé que llegábamos tarde y se puso hecho un basilisco. Comenzó a gritarme furioso. Le pedí que se calmara y eso le irritó todavía más.

—¿Lo hiciste a propósito?

—Sí. Lo quería cabreado y sabía cómo enfurecerlo.

—¿Por qué?

—Alterado se ofusca y piensa menos. Y también bebe. Me venía bien que se emborrachara esa noche cuando no me encontrara en Lucio.

—¡Lo calculaste al milímetro! —exclamó—. ¿Por qué dejaste el pintalabios y el frasco de colonia debajo de su asiento?

—No los puse aposta. Se volcó el bolso y debieron de caerse. Me volví loca buscándolos.

—Y encima también tuviste suerte —constató sorprendido—. Cuando llegaste a la plaza de la Cebada, Valentín dice que te bajaste de repente. ¿Por qué?

—Surgió así. Iba a pedirle que me dejara allí, pero, como no paraba de gritar,

opté por abrir la puerta. No le quedó más remedio que frenar bruscamente.

—¿Le dijiste algo antes de bajarte del coche? —Germán sabía la respuesta, pero buscaba confirmación de un dato que le había relatado Valentín.

—Sí, le llamé ególatra, di un portazo y hui de mi antigua vida.

—¿Ya no le volviste a ver?

—No. Jamás. Para mí, Valentín murió en aquel instante.

6

Germán se inclinó sobre el fregadero y se refrescó la cara y el cuello con agua fría. Tenía la sensación de que las más de tres horas de interrogatorio se habían consumido a la velocidad de una palmada, aunque desde un punto de vista físico notaba el desgaste de una maratón. ¡Por fin había logrado averiguar la verdad del caso Guadalupe!

Estaba contento, pero la satisfacción que le provocaba haber saciado su curiosidad no eliminaba cierta crítica interna. Asoció su estado a un pensamiento: el placer que le producía meterse entre pecho y espalda un chocolate con una docena de churros y el cargo de conciencia que le abrumaba después del último bocado. Notó cómo en sus entrañas un látigo empezaba a desplegarse con ganas de sangre. La forma en que había obtenido los datos, con trampas y sin esfuerzo intelectual, prometía martirizarle. Había sido tan fácil obtener respuestas como echar una moneda en una máquina, girar la llave y que cayera un huevo de los que atesoran una sorpresa en su interior. Para tratar de acallar los demonios que empezaban a acosarle, decidió moverse y ocupar sus pensamientos con otros asuntos.

Logró colocar en primera línea de su cerebro la idea de borrar huellas. Recordó algo que le había confesado Guadalupe cuando le confirmó que si hubiese querido habría practicado sexo con él y que le había preocupado. La casa era como un plató de cine lleno de cámaras que lo grababan todo.

—Guadalupe, ¿tienes contratado el sistema de videovigilancia con alguna empresa?

—Sí.

La respuesta asustó a Germán. Si le tenían grabado, ¿qué diría? ¿Cómo justificaría su presencia? Automáticamente empezó a elaborar excusas, pero en ninguna salía bien parado. ¿Por qué no había avisado a los compañeros de Orihuela para detener a Guadalupe? ¿Cuándo había comenzado a investigar? ¿Quién amparaba las pesquisas? ¿Por qué Guadalupe tenía una laguna en su memoria? El corazón aumentó su frecuencia de bombeo.

—¿En qué consiste? Dame todos los detalles —pidió con la intención de pulir sus respuestas.

—Instalé un sistema de cámaras que se activan con el movimiento dentro y fuera de la casa. Vivo en una calle tranquila y poca gente llega hasta aquí, por eso no merecía la pena que estuviera grabando sin parar. Tengo cámaras exteriores que barren los dos únicos accesos, el de la puerta principal, que es por el que has entrado tú, y el de la trasera, que da a una cala. Por ese lado solo se puede acceder en barco. Sé que es poco probable que a nadie se le ocurra venir a buscarme en lancha, pero conozco a mi marido y no quería sustos. Por eso también coloqué cámaras allí. En el interior de la casa hay dos en cada dependencia, incluso en los baños. Graban audio e imagen mientras hay movimiento.

—¿La central almacena esas imágenes? —preguntó con el corazón a punto de salírsele por la boca.

—No. Ni mucho menos. Solo reciben las del exterior de la casa. Las almacenan

el tiempo justo para revisar que no hay ningún peligro y luego las destruyen de forma automática. Si detectasen algún riesgo, las archivan como prueba y avisan inmediatamente a la policía. Las de dentro de la casa ni siquiera las reciben.

Germán notó que la ansiedad que le oprimía justo debajo de las costillas comenzaba a disiparse y el dolor de pecho menguaba.

—¿Y tú las almacenas?

—Sí. Yo las guardo todas durante un mes y luego grabo encima.

—Es decir, que todavía conservas las imágenes de cuando pasé con mi coche por delante de tu puerta.

—Salvo que haya algún error, ahí deben estar.

—¿Dónde almacenas los vídeos?

—En mi ordenador.

—¿Y dónde tienes el ordenador? —preguntó, asqueado consigo mismo por no haber sabido hacer la pregunta adecuada.

—Dentro de un mueble del salón.

—Llévame.

Guadalupe se bajó de la banqueta. Sus músculos parecían laxos y había perdido altura. Consciente, caminaba erguida, pero bajo el efecto de la droga se encogía por el peso de los hombros. Germán la cogió suavemente del codo para evitar que se cayera y también animándola a andar.

En el extremo opuesto a los sofás, donde habían estado sentados hacía un rato, aunque a Germán le pareciese una eternidad, un mural de madera cubría toda la pared. Guadalupe lo señaló y Germán miró incrédulo. Solo veía estanterías cubiertas de libros, supuso que serían el entretenimiento de las largas horas de soledad de la escritora.

—¿Ahí?

—Sí.

La creyó porque estaba bajo el efecto de la droga, ya que sus ojos decían lo contrario.

—¿Dónde exactamente?

Guadalupe apretó con suavidad sobre un lado de la madera, una de las estanterías se desplazó y se abrió un módulo secreto descubriendo un gran monitor y el ordenador. Estaba increíblemente camuflado y el policía no pudo por menos que sorprenderse. Jamás lo hubiera imaginado.

—¿Cómo puedo acceder a las imágenes guardadas? —preguntó Germán.

Quería hacerlo él mismo. No pensaba dejar que ella manipulara nada. Por si las moscas.

—En el escritorio hay una carpeta que pone «JUNIO» —respondió y la señaló con el dedo—. Dentro están las de este mes.

Germán abrió la carpeta y ante sus ojos fueron desfilando las grabaciones de los últimos treinta días. Por curiosidad, decidió revisarlas todas. Deformación profesional. En la primera vio a un individuo fornido llegar en una moto. Lentamente. Como observando. Llevaba un casco negro puesto. Se notaba cómo centraba su atención en el chalé de Guadalupe. Cuando detectó las cámaras, aceleró y se fue, pero a Germán le dio tiempo a fijarse en el ostentoso tatuaje que lucía en el brazo derecho.

—¡Dios! —gritó alarmado.

Lo había reconocido. Era el guardaespaldas de Dimitri. Le embargó una sensación de urgencia y peligro.

Siguió revisando otros vídeos con cierto apremio. Dos días después vio aparecer la misma moto, pero esta vez la conducía una persona distinta. Supuso que se trataría de otro de los hombres de Dimitri y su sensación de alarma aumentó.

No encontró ninguna imagen más que pudiera resultar extraña. Casi todas pertenecían a gente del servicio. Descubrió las suyas de cinco días antes, cuando fue a explorar la zona con el coche y tuvo que dar la vuelta apresuradamente al detectar las cámaras. Las últimas eran las de hacía unas horas, cuando llamó a la puerta y Guadalupe le esperó de pie en el porche. Sacó las llaves de casa y seleccionó el *pen* que llevaba siempre unido en la argolla. Lo introdujo, eligió lo que le interesaba y volcó las imágenes dentro. El ordenador anunció que la trasferencia tardaría diez minutos.

—Guadalupe, cuéntame qué sucedió desde que te bajaste del vehículo de Valentín —le preguntó por aprovechar el tiempo.

—Aquella noche lloviznaba un poco y yo no llevaba paraguas. Empecé a caminar, a un paso normal para no llamar la atención. Me acuerdo que delante de mí, a unos metros, iba una pareja. Crucé la calle de la Cebada y bajé por Humilladero hasta Medio Día Grande. Cambié mi forma de caminar. Ya no tenía que fingir que estaba tan embarazada, al revés. En vez de curvar la espalda hacia delante, me estiré y metí un poco la tripa. Me vi de refilón en el cristal de un escaparate y la imagen que me devolvió hizo que hasta yo dudase de si estaba encinta.

—Lo estabas, ¿no? —preguntó Germán por confirmar el dato después de tanta sorpresa.

—Sí.

—Sigue contándome.

—Caminé con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, por si la casualidad me obligaba a cruzarme con algún conocido. Además, la leve lluvia justificaba que fuera así. Incluso levanté el cuello del abrigo para protegerme del frío. Cuando llegué al edificio donde tenía escondido el coche, entré en el portal y bajé al garaje a comprobar que no había ningún problema. Lo arranqué y el motor rugió suavemente. Quité las llaves del contacto y, antes de subir a la casa de María, vacié algunas cosas del bolso en la guantera.

—Hace un rato me has contado que le habías alquilado a María la plaza de garaje y luego una habitación. ¿Cómo la conociste?

—Fue en agosto, cuando empecé a planear mi huida. En uno de mis paseos por Latina me fijé en un cartel pegado a la entrada de un portal, escrito en bolígrafo con una letra menuda y picuda que anunciaba que se alquilaba una plaza de garaje. El contacto era un piso en el edificio. Llamé al telefonillo y me contestó una voz débil, de mujer mayor. Le dije que estaba interesada en alquilar la plaza de garaje y me invitó a subir a su casa, en la tercera planta. Cuando abrió la puerta, me encontré con una mujer rozando los ochenta años, con la cara arrugada y el pelo gris. Me hizo pasar al salón y me ofreció rápidamente un café con pastas. No pude negarme, no me dejó opción. Tenía ganas de hablar. Me contó que, aunque era madre de dos hijos, pasaba

la mayor parte del tiempo sola porque no iban a visitarla. Quizá la chica alguna vez, pero el hijo nunca. Intentaba justificarles pero le dolía su incomprensible actitud. Les había dedicado su vida como madre y no entendía su desinterés. Me confesó que tenía una pensión muy escasa y que necesitaba incrementarla un poco alquilando la plaza. No se lo había contado ni a sus hijos, yo creo que por miedo a que quisieran quedarse con los doscientos euros que pedía. Me preguntó cuánto tiempo pensaba tener guardado el coche allí. Le dije que aproximadamente un año. La engañé. Sabía que solo necesitaría unos meses, pero me dio miedo que le parecieran pocos y no me la alquilara. Quedamos en que abonaría el precio en mano y que pagaría a primeros de mes. Aunque agosto casi había concluido, también se lo aboné. Era una manera de ganarme su simpatía.

—¿Te reconoció de las revistas?

—No. Una sabe cuando lo hacen. He aprendido a detectarlo en los ojos de las personas. A ella le dije que me llamaba Ana y se quedó conforme.

—¿Y cada mes ibas a pagarle?

—Sí. Cumplí mi palabra. Necesitaba la plaza de garaje hasta el día en que huyera.

—¿Y luego le alquilaste la habitación para tus revolcones con Goyo?

—Sí. Le vino bien que le pagara más dinero.

—¿No le pareció escandaloso?

—Al principio, pero le expliqué que mi marido me pegaba y que me había encontrado con un amor de la juventud.

—Es cierto, ya me lo habías contado. Nos hemos quedado en la noche que desapareciste. Revisaste el vehículo, comprobaste que funcionaba y después, ¿qué hiciste?

—Subí a la casa de María, pero tuve mala suerte. Antes de llegar al primer piso me encontré con un vecino. Era un hombre muy mayor. Llevaba una bolsa de basura. Me pareció un grave inconveniente y, aunque lo intenté, no pude esquivarlo. Me abordó y no se quedó tranquilo hasta que le dije que iba a ver a María. Olía a cotilla de patio de vecinas a la legua. Hasta que no me oyó llegar al tercero, no salió a la calle.

—¿Llamaste al timbre o entraste con la llave?

—Usé la llave que María me había dejado. Para que no se asustara, la llamé desde la puerta y le dije quién era por si no reconocía mi voz. Salió rápidamente y me miró con cara muy preocupada: «Niña, ¿qué te ha ocurrido? ¿Te ha vuelto a pegar ese desalmado de tu marido?». Me eché a llorar. Le confesé que me había escapado porque me había amenazado con matarme esa misma noche. Ella se enfadó. Me dijo que no podía tolerarlo más y que debía denunciarlo en la policía. Aunque estaba en pijama, se ofreció a acompañarme en ese mismo instante. Rechacé su propuesta y la convencí para que me dejara pasar allí la noche. Al día siguiente iríamos juntas a poner una denuncia. Me hizo jurárselo y, cuando le di mi palabra, se quedó más tranquila.

—¿Estaba ya en la cama?

—No. Estaba viendo la tele. Una película de romanos, *Ben Hur*.

—¿Y te pusiste a ver la tele con ella?

—No. Me llevó al salón e insistió en que comiera algo. Solo le pedí un vaso de agua. Me costó que aceptara que no me apetecía nada más.

—¿Ella no tomó nada?

—No. Me dijo que hacía un rato se había tomado un vaso de leche con una pastilla de Orfidal para dormir. Y me ofreció una a mí para que me tranquilizara y pudiera descansar. La acepté, hice como que me la tragaba, pero la guardé en el bolsillo. Ella se quedó tranquila. «Ya verás qué pronto te duermes. Es mano de santo», aseguró, y siguió viendo la película. Se quedó dormida enseguida y empezó a respirar fuerte.

—¿Qué hiciste cuando se durmió?

—Esperé un rato a que se consolidara el sueño. Ella me había contado en alguna ocasión que cuando se tomaba la pastilla no se despertaba ni con bombas.

Germán esperaba ansioso que continuara con el relato, pero Guadalupe se había detenido sin razón aparente. Quizá el efecto de la droga empezaba a desaparecer. Germán, impaciente, le incitó a que siguiera.

—¿Qué más pasó? No te detengas.

—Había guardado una pluma de insulina en el bolso. La saqué y seleccioné el máximo de dosis, sesenta unidades. Levanté un poco la chaqueta del pijama y le clavé la aguja en la tripa. Debí de hacerle un poco de daño porque me dio un manotazo y tuve que sujetarle con fuerza la muñeca derecha hasta que terminé de introducir toda la dosis.

—¿Se despertó?

—Bueno, no exactamente. Abrió los ojos, me miró un instante y me preguntó: «¿Qué pasa, niña?». Arrastró mucho las palabras, supongo que por efecto del Orfidal. La tranquilicé acariciándole la cara y volvió a dormirse. Ya solo tenía que esperar. No tenía prisa.

—¿A qué esperabas, Guadalupe? —le preguntó Germán, infundiendo a su nombre todo el desprecio que sentía por ella.

—A que se muriera.

—¿No te dio pena? —no pudo evitar preguntar.

—No. Ninguna.

Germán fue consciente en ese momento de que Guadalupe sería capaz de pasar por encima del cadáver de su madre sin sentir ninguna empatía.

—Y mientras esperabas, ¿qué hiciste?

—Cogí un almohadón de su dormitorio y me tumbé en el sofá. Cambié de canal y estuve viendo un programa de esos de cotilleos en los que se levanta mucho la voz. Cada cuarto de hora me incorporaba y le tomaba el pulso. Fue enlenteciéndose progresivamente hasta que una hora y media después se le paró el corazón.

A Germán se le revolvió tanto el estómago que una náusea le llenó de bilis la boca. Hizo un esfuerzo por tragar saliva varias veces y consiguió calmar las ganas de devolver. Ella tenía la vista perdida, sin enfocar.

—¿No sentiste ningún remordimiento al matarla? —consiguió preguntar después de un rato el policía. No podía entender la frialdad con que actuaba aquella mujer.

—No.

—¿Por qué la asesinaste? No te había hecho ningún daño.

—Es verdad. Era una buena mujer, pero también mi único cabo suelto. Sabía que yo estaba viva y, aunque desconocía mi identidad, en cuanto se hablase de mi

desaparición en las televisiones, lo descubriría. Era un riesgo que no podía correr. Además, creo que le hice un favor. Era muy mayor, estaba siempre sola, sus hijos no la iban a ver y echaba mucho de menos a su marido. Estoy convencida de que me lo agradeció y que la muerte fue para ella una liberación.

Germán cerró con fuerza los puños para evitar cometer un gran error. Aquella respuesta llena de cinismo, arrogándose el derecho a decidir sobre una vida humana, casi le llevó a golpearla con saña. Caminó lentamente hasta el otro lado del salón y regresó controlando la respiración para tranquilizarse. Se fijó en el ordenador. Ya se habían volcado todas las imágenes dentro del *pen*. Lo expulsó, borró los archivos y desactivó el modo grabación. Cuando hubo finalizado, y ya más sosegado, decidió terminar de plantear algunas preguntas que habían quedado en el aire.

—¿Cuánto tiempo seguiste en la casa de María después de asesinarla?

—Me quedé hasta la madrugada. Necesitaba descansar un poco porque me esperaba un largo viaje. Puse el despertador a las cuatro y cerré los ojos.

—¿¿Te dormiste?? —gritó Germán sin poder contenerse—. Acababas de quitarle la vida a una buena mujer, ¿y echaste una cabezadita?

—Sí. Me costó un poco conciliar el sueño, pero al final dormí un rato.

—Joder. Das verdadero asco. Empiezo a pensar que Valentín es un ángel a tu lado —le reprochó con saña—. A ver, ¿qué más ocurrió en esa casa antes de irte? —preguntó, casi por obligación.

—Borré todas mis huellas. Limpié con un trapo los sitios que había tocado, recogí la pluma de insulina, lavé el vaso en el que había bebido agua, revisé el dormitorio por si Goyo o yo nos habíamos olvidado algo que delatase nuestra presencia y, cuando estuve segura de que todo estaba bien, me fui.

—¿Apagaste la televisión?

—No. Le había bajado la voz para poder dormir, pero al despertarme la volví a subir. Quería que pareciese que se murió viendo la tele.

—Continúa. Saliste de casa de María, ¿y qué hiciste?

—Bajé al garaje con cuidado de que no me oyera ningún vecino. Arranqué el coche e inicié mi bien merecido viaje hacia la libertad.

Germán preparaba la siguiente pregunta, cuando el llanto de un bebé se coló en la estancia. Parecía como si estuviera allí mismo. Dio un respingo y miró a Guadalupe. Algo que la droga no pudo aplacar despertó en ella. Había abierto mucho los ojos y miraba hacia un punto concreto el salón. El policía siguió su mirada y descubrió un pequeño aparato redondo con una antena. Germán recordó que la mujer le había dicho que en esa estancia tenía un intercomunicador conectado con la habitación de su hijo. El llanto sonaba a rabieta y prometía no parar. Germán no pudo abstraerse de aquel sonido y decidió subir a ver qué le pasaba al niño y calmarlo.

—Guadalupe, llévame a la habitación de tu hijo —ordenó.

Ella, obediente, le condujo hasta el piso de arriba. La habitación estaba pintada con dibujos de animales, gnomos y algunos de los personajes de las películas de Walt Disney. De la cuna salían los lastimeros lloros. Se acercaron al pequeño, que, con el rostro enrojecido, no paraba de berrear. Guadalupe lo cogió en brazos, lo abrazó, comenzó a mecerlo y a cantarle con voz muy baja una canción. Germán se dio cuenta de que hay instintos tan potentes en la naturaleza que ni una droga como la

escopolamina puede borrarlos.

El tarareo fue efectivo. A los pocos minutos el niño volvía a dormir apaciblemente. Con mucho cuidado, la escritora lo depositó en la cuna y los dos salieron en silencio de la habitación y bajaron al salón.

Al llegar, Germán detectó que las cámaras de seguridad del exterior se habían activado. Se aproximó y pinchó la imagen de la que enfocaba a la playa para engrandecerla. El movimiento de una barca que se acercaba por el mar había puesto en funcionamiento los detectores de la cala y el sistema había empezado a enviar imágenes. La resolución tenía tanta calidad que pudo determinar que se trataba de una zódiac. Dentro contó hasta cuatro ocupantes, vestidos de negro. Una alarma empezó a sonar en su cerebro urgiéndole a escapar.

—Guadalupe, ¿solo mataste a María?

—No.

La respuesta le despistó. Creyó que ella no le había entendido.

—¿Mataste a alguien más, aparte de a María?

—Sí.

Germán se giró hacia las cámaras de nuevo y se dio cuenta de que no quedaba tiempo para más preguntas. Habían llegado a la playa.

—¿Asesinaste a varios ancianos más del barrio de Latina, entre ellos a una tal Hortensia?

La respuesta flotó unos segundos en el aire. Germán entendió que le había dicho la verdad y no se paró a valorar las implicaciones de la contestación. Había algo más urgente.

—Guadalupe, atiende a lo que voy a decirte —le exigió alterado.

La zarandeó sujetándola por los dos brazos, pero ella no reaccionó. Parecía un fardo. Con brusquedad, guio su barbilla hacia arriba para establecer contacto visual. Leyó en sus ojos que seguía atontada por la escopolamina. Aun así intentó hacer que se reactivase inoculándole miedo.

—Algo raro ocurre. Hay cuatro hombres, vestidos de negro y encapuchados, que están a punto de desembarcar en la playa y seguro que vienen a por ti y a por tu hijo. —El policía trató de detectar algún gesto de comprensión en su rostro, pero era tan inexpresivo como el de un robot—. Vuestras vidas corren peligro. Como mucho, tenemos cinco o seis minutos para huir antes de que asalten la casa.

—Vale —respondió Guadalupe con indiferencia.

La respuesta le demostró que no podía contar con ella y que solo obedecería órdenes.

—Escúchame con atención. ¿Dónde tienes el coche?

—En el garaje —dijo señalando con el dedo.

—¿Qué vehículo es?

—Un Mercedes ML.

—¿Y las llaves?

—Están en el contacto.

—¡Anda! —exclamó extrañado el policía—. ¿Por qué las dejas ahí?

—Me acostumbré a tenerlas siempre puestas por si algún día debía salir con prisa. También hay una maleta con ropa de mi hijo y mía en el maletero.

—¡Bien! ¡Corre a cambiarte de ropa! —Y ante la mirada de incomprensión de la escritora, tuvo que ser más explícito—. Joder, quítate eso y ponte unos vaqueros y una camisa. Después coge al niño y meteos en el coche. ¡Rápido! ¡Como si te persiguiera el mismísimo Belcebú!

—Voy.

—¡Tráete también un bolígrafo, un folio y tu documentación! —gritó.

No obtuvo respuesta. La vio correr sin mucha agilidad y desaparecer escaleras arriba. Germán sacó el móvil y grabó la imagen de la pantalla del ordenador. Los cuatro encapuchados estaban desembarcando en la playa. Vio cómo señalaban el gran ventanal del salón y maldijo por lo bajo. Supuso que algo deberían haber visto. Quizá la sombra de Guadalupe moviéndose en el piso superior, porque la luz encendida la habrían detectado desde la barca y les habría servido de faro en la oscuridad.

Se fijó en cómo escalaban los peldaños de dos en dos y que todos llevaban armas largas colgadas al cuello que se movían al ritmo de su carrera. Calculó que, a lo sumo, les quedaban un par de minutos.

—¡Guadalupe, baja ya! ¡Tenemos que irnos! ¡Corre!

No escuchó respuesta, ni sonido alguno.

Se lanzó escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Se asomó al cuarto del bebé, pero la mujer no estaba allí. El niño dormía plácidamente en la cuna. Lo agarró sin contemplaciones y volvió a gritar:

—¡¡¡¡Guadalupe!!!!

El niño se despertó y comenzó a llorar.

—Aquí —escuchó una voz al fondo.

Siguió el sonido y la encontró en el baño, ya con un vaquero y una camisa blanca y maquillándose. La agarró por la muñeca bruscamente. No era momento de acicalamientos.

—Guadalupe, ¡¡¡joder!!! ¡¡¡Vámonos!!! ¿Has cogido lo que te pedí?

—Sí. Está en el bolso.

En ese instante una potente explosión les ensordeció. Le siguió un momento de silencio y luego un enorme estruendo, seguido de otros igual de intensos. Trataban de tirar la puerta abajo. El sonido pareció activarla y también irritar al niño, que aumentó sus berridos. Bajaron como locos las escaleras y saltaron dentro del coche justo cuando oyeron el ruido de la puerta al caer contra el suelo. Al fin la habían derribado. Germán arrancó y escaparon a toda velocidad en dirección a Madrid.

Los cuatro hombres vestidos con trajes de neopreno negros, que se ajustaban perfectamente a sus cuerpos musculados, de- sembarcaron en la playa.

—Mirad —advirtió uno, señalando un ventanal—, he visto una silueta. La tipa está despierta.

Los cuatro ascendieron los peldaños de dos en dos. Al llegar arriba se encontraron con una puerta negra y un muro muy elevado.

—Si tenemos que escalar, tardaremos mucho —anunció uno. Los tres miraron al más corpulento, el jefe. Él decidía.

—Es una puerta blindada —concluyó después de examinarla—. Vuélala —ordenó, mirando a uno de sus hombres. Este se acercó, colocó una carga entre el marco y la puerta y otras sobre las bisagras.

—Retiraos. ¡Ya!

Instantes después estallaron los explosivos. Cuando se hubo evaporado el humo, el jefe se acercó a la puerta y comprobó que permanecía en su sitio. Se giró con odio hacia su especialista.

—No has calculado bien y nos has delatado. ¡Imbécil!

El hombre, abochornado, lanzó su cuerpo contra la puerta y el marco cedió un poco. Lo repitió dos veces más, pero sin conseguir derribarla. El jefe lo apartó con malas formas y lanzó una patada llena de rabia contra el centro de la chapa. Las bisagras se desprendieron de sus goznes, la cerradura cedió y la puerta cayó al suelo con un enorme estruendo.

—Ya está. Podemos entrar —anunció satisfecho el que comandaba el grupo de asalto.

Los cuatro hombres se distribuyeron por la casa con la precisión de un relojero. Se notaba por sus movimientos y sus gestos su disciplinada formación militar. Examinaron cada rincón de la planta baja y no encontraron a nadie.

—Arriba —ordenó el jefe—. Los dormitorios tienen que estar ahí. Ya sabéis. La quiero sin un rasguño.

Subieron en silencio y fueron abriendo puertas e iluminando el interior de las habitaciones con sus linternas.

—Es aquí —murmuró uno de los integrantes del grupo.

Los cuatro penetraron en el dormitorio, se acercaron a la cama, apuntaron con sus pistolas al bulto tapado con las sábanas y uno de ellos las levantó.

—Despierta —la palabra se le congeló en la boca.

—No está. Hija de puta, nos ha engañado. Nos ha hecho creer que estaba acostada en la cama. Será zorra. ¡Buscad por toda la casa! Claro que, estando despierta y con la cagada de los explosivos, le hemos concedido unos segundos vitales para esconderse —gritó el cabecilla.

Encendieron las luces y se diseminaron por todo el chalé como una plaga, buscando a la mujer. El jefe esperó en el salón. Lo recorrió con la vista y sus ojos se fijaron en el monitor. La imagen se había quedado congelada en el agujero que había dejado al derribar la puerta de una patada. En una ventanita más pequeña observó la zódiac.

—Nos debió de ver con mucho tiempo de antelación y le dio tiempo a largarse. —Una retahíla de imprecaciones se escaparon de su boca.

—Jefe, falta el coche en el garaje —confirmó uno de los hombres.

—¡ебать! —gritó, y pegó un puñetazo a la pantalla, que se resquebrajó como una telaraña.

Al retirar la mano, el líder se dio cuenta de que un minúsculo trozo de cristal se le había clavado y había comenzado a sangrar. Lo arrancó y fue a la cocina a limpiarse la mano. Cogió una servilleta de papel para comprimir la herida y, mientras lo hacía, se fijó en dos copas de balón, un vaso y una taza de las de café que todavía estaban húmedas. Sus neuronas produjeron el destello de una idea que enfureció su expresión.

—Cabrón, has sido tú —masculló.

Antes de que le pudieran preguntar a quién se refería, un fuerte sonido inundó la casa.

—Jefe, llaman al telefonillo.

El más corpulento corrió hasta al salón y se colocó delante de la pantalla del ordenador.

—Es uno de seguridad. ¡Vámonos echando leches! —ordenó.

Los cuatro desaparecieron en cuestión de segundos deshaciendo el camino hasta la playa.

Germán conducía a la velocidad que marcaba la vía para no llamar la atención. Todavía le temblaba un poco el pulso del miedo. Nada más salir del chalé buscó incorporarse enseguida a la AP7 en dirección a Alicante y desde entonces no había dejado de observar el retrovisor para comprobar si los seguían. Miró a Guadalupe y se dio cuenta de que tenía que parar. Se estaba durmiendo con el bebé en brazos. En cualquier momento se le caería al suelo. Aparte de peligroso, si los de Tráfico lo detectaban, tendría verdaderos problemas. En cuanto pudo, entró en un área de servicio y estacionó lejos de las cámaras de seguridad. Se bajó, cogió al niño con cuidado de que no se despertara y lo colocó en la sillita.

—Guadalupe —la llamó con suavidad. Quería que se espabilara, pero ella hizo caso omiso—. Guadalupe —repitió, mientras le daba pequeñas palmaditas en la cara.

La mujer por fin abrió los ojos sin quejarse por la agresión.

—¿Sí?

—Enseguida te dejo dormir. Solo necesito una cosa más. ¿Dónde está el bolígrafo y el papel?

La escritora abrió el bolso y le entregó las dos cosas. Sus movimientos eran como los de un borracho, lentos e imprecisos. Germán utilizó el techo del coche como escritorio y redactó rápidamente unas pocas líneas.

—Firma —le ordenó al acabar.

Guadalupe se apoyó en el bolso, plasmó su rúbrica como pudo y devolvió el papel a Germán, que se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Después volvieron a emprender viaje hacia Madrid.

Dimitri se quitó el neopreno negro y se dio un chapuzón en la piscina. Fuera le esperaba su guardaespaldas, vestido todavía con la misma ropa que yacía en el suelo.

—Tráeme el teléfono y una cerveza fría —ordenó mientras se secaba con una toalla.

Tenía prohibido que nadie llevase el móvil a una de sus misiones. Había impuesto esa norma y era muy estricto en su cumplimiento. Se alegró de ser el primero que la cumplía porque habría caído esta vez. Desde que vio las copas de balón, el vaso y la taza de café se moría de ganas de hacer una llamada y, de haberlo tenido encima, sabía que no habría podido contenerse. Ni el más elemental sentido de la prudencia le hubiese impedido marcar desde la mismísima casa de Guadalupe, delatando su presencia allí.

Vasili le entregó el aparato. Lo había dejado encendido para que le posicionara en la casa. Esa prueba, más el testimonio de su fiel esposa, indicarían que no había salido y le salvarían de cualquier acusación.

—¿Sí? —respondió una voz.

—Eres un cabrón —dijo a modo de saludo Dimitri con fuerte acento ruso—. Cómo me la has jugado.

—¿Dimitri?

—Sí, lo sabes bien. Te has llevado mi mercancía.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. No me mientas, señor policía. Esa mujer que llevas en el asiento de al lado y su hija me pertenecen. Tienes que devolvérmelas —ordenó con dureza.

—Así que los de negro erais tú y tus chicos. Debí habérmelo imaginado. ¡Quién si no! Tú sabías que yo iba detrás de ella, no me dijiste nada de que a ti también te interesaba. ¿Y ahora me las reclamas? ¿Para qué las quieres? —preguntó Germán, aunque no se le había escapado el detalle de que buscaba a una niña, no a un varón.

—Eso no te importa. Me han hecho un encargo. Hay mucha pasta en juego.

—¿Y si te dijese que ya están muertas?

—¿Las has matado? Me sorprendes, señor policía. Quizá debieras trabajar para mí. Ganarías mucha más pasta.

—Eso seguro; pero, dime, ¿te valen fiambre?

—Si te las hubieras cargado, me ahorrarías el trabajo de la madre, pero la niña la pidieron viva. Aun así, me vale —concluyó—. Entrégame los cadáveres.

—¿Qué ofreces si te las entrego? —preguntó por curiosidad.

—Tu vida. Entrégamelas y no pasarás el resto de tus días mirando hacia atrás.

—¿Y si no lo hago? —retó el policía.

—Entonces ya estás muerto, aunque no te des cuenta.

—Ven a por mí, Dimitri. Te estaré esperando. La mercancía es mía —se reafirmó antes de colgar.

Dimitri dejó el teléfono sobre la mesa y bebió un trago largo de cerveza. Cuando la apoyó, una sonrisa que anunciaba venganza brotó de su rostro. Si Germán hubiese estado allí viéndole, hubiese sabido que le tocaba luchar por su vida.

8

Un Germán ausente movía el volante casi como un robot, solo para mantenerlo paralelo a las líneas blancas del asfalto. Necesitaba reclutar neuronas para pensar y no desperdició ni una en pisar el acelerador. Por eso había fijado la velocidad a cien kilómetros por hora nada más salir de la estación de servicio. Se tocó la frente. O era fiebre o el intenso trabajo mental le había subido la temperatura. Todos sus pensamientos se centraban en cómo explicar a su llegada a Madrid la repentina aparición de Guadalupe. Era obvio que no podía contar la verdad y por eso millones de conexiones neuronales desarrollaban estrategias y elaboraban planteamientos que le permitiesen justificar de forma convincente cómo había encontrado a la escritora y por qué ella se había avenido a acompañarlo. Incluso esbozaba diálogos con sus superiores en los que hasta imaginaba que recibía parabienes y felicitaciones por su sagaz investigación.

Se obligó a ser realista. Intuía que la cruda realidad le forzaría a caminar por una senda repleta de zarzas y piedras de filos cortantes y que cualquier tropiezo en el relato le podía costar la misma vida. Aun acercándose a la verdad, había tantas cuestiones que podrían plantearle que, o elaboraba una historia granítica, o terminaría despedazado por las ilegalidades que había cometido.

Aunque en un principio únicamente sería su comisario quien tendría trato directo con la detenida y a quien él explicaría con todo lujo de detalles las circunstancias que concurrieron para que acabara con ella sentada en su despacho, tenía pánico a Guadalupe. No podía prever cómo reaccionaría al verse de repente detenida en una comisaría y, al echar mano de sus recuerdos, darse cuenta de que no existían. Su desconcierto y su amnesia convertían su comportamiento en impredecible. Si por asomo se le ocurría aventurar que alguien la hubiese drogado y exigiese un inmediato examen médico, la analítica arrojaría unos valores plasmáticos que aflorarían la ingesta de la escopolamina.

Era vital que retrasara al máximo esa exploración, hasta que la biodisponibilidad del fármaco se hubiera agotado en el cuerpo. En cuanto despertara debía hidratarla dándole mucha agua y así disminuir con rapidez la concentración en sangre. También se planteó prolongar al máximo las gestiones y la reunión con su jefe para dar tiempo a la droga de ir eliminándose del cuerpo.

Se obligó a memorizar cada dato y cada excusa y, cuando creyó tenerlo, dejó vagar su mente hacia otros aspectos. ¿Qué repercusiones podría tener que Guadalupe resucitara? Sin duda, se produciría un seísmo de formidables dimensiones. Implicaba la constatación de un error policial y judicial salvaje. Más allá de la indemnización que solicitaría Valentín, se abriría una investigación interna y la prensa pediría que rodaran cabezas. En esta ocasión la suya estaría a salvo, pero otras muchas de gente muy poderosa comenzarían a tambalearse sobre los hombros. ¿Y si alguien lo quería tapar? La idea lo asustó y le comprimió el pecho durante unos segundos eternos.

El nombre de una mujer vino a rescatarlo. ¡Ya sabía qué hacer para pararlo!

Cogió el móvil que llevaba apoyado en el hueco de la entrepierna y fue mirando alternativamente la pantalla y la carretera, hasta que localizó el número al que quería

llamar.

Eran las cuatro y media de la madrugada.

Rogó que su interlocutora no hubiese apagado el teléfono. Al oír el primer tono respiró aliviado. Ahora solo faltaba que lo cogiese. Uno… dos… tres… cuatro y saltó el buzón de voz. Maldijo su mala suerte. Antes de que le diese tiempo a insistir, su móvil sonó y en la pantalla apareció el nombre de la mujer con la que se había intentado poner en contacto unos segundos antes.

—Germán, ya puede ser la exclusiva del año, de lo contrario te mato —anunció Loyola Cardenal, su amiga periodista de *La Razón*, con voz que sonaba espesa.

Se conocían desde hacía años y la joven había jugado un papel destacado durante la investigación y posterior juicio a Valentín Monaster.

—Solo te llamo para saber cómo estás —le tomó el pelo.

—Dormida, y tú próximamente fiambre. Te cuelgo —avisó.

—¡Guadalupe está viva!

La frase salió de su boca como una flecha. Durante unos segundos reinó el silencio. Germán llegó a dudar de si su amiga todavía estaba al otro lado.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí.

No dijo más.

—Guadalupe Romero está viva —repitió el policía—. La llevo en el coche. Va durmiendo a mi lado.

—¿Estás borracho? Porque no tiene gracia —rechazó Loyola.

—Hablo muy en serio. Fingió su muerte para huir de Valentín, pero camina por este mundo como tú y como yo.

—¿De verdad está viva?

—Joder, te lo estoy diciendo.

—¡Pero eso es la hostia! ¡Es un pelotazo morrocotudo! ¡Sideral! ¿Solo lo sé yo? —preguntó alarmada.

Germán sonrió. La flecha había impactado de lleno en el cerebro de Loyola.

—Tú y unos peligrosos delincuentes —dijo riéndose.

—¿Dónde estás?

—Ahora mismo en el Mercedes de Guadalupe, de camino a Madrid. Conmigo va también su hijo.

—¿Su hijo? —preguntó extrañada—. ¿No era una niña?

—Es una larga historia. Cuando te la cuente, vas a alucinar.

—¡Dios! ¡Es que es la bomba! ¿Tú sabes la que se va a montar?

—Por eso te llamo. Necesito tu ayuda —pidió Germán.

—Dalo por hecho —respondió, invitándole a pedir.

—Necesito que lo publiques. Una vez que lo conozca todo el mundo, nadie podrá taparlo y protegemos asimismo su vida.

—¿Solo eso? Pensé que me pedirías algo más complicado. ¡Es un regalo!

—No he terminado. Al día siguiente, no me vendría nada mal que averiguases qué magnífico policía dio con el paradero de Guadalupe y elogiases su figura. Así también me ayudas a construirme una armadura pública y si alguien quiere atacarme se lo pensará dos veces.

—Claro, y encima te lo mereces. ¿Qué más?

—De momento, creo que es todo; si se me ocurre algo más, te lo digo.

—Vale. Ahora dime a qué hora llegas a Madrid, dónde la vas a llevar y dame datos para que pueda redactar una buena crónica.

—La llevo a la comisaría de Retiro. Llegaré sobre las siete de la mañana.

—¿Por dónde entrarás? Lo digo por mandar a mi fotógrafo y tener la primera imagen de ella.

—Estoy pensando en acceder por el garaje de la calle Moratín, porque también va el niño.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Te hago un resumen rápido y, en cuanto la deje en comisaría y pueda hablar contigo, te aviso y quedamos.

—Genial. Tú marcas los pasos y yo te voy siguiendo.

Germán enumeró unas pocas claves durante los siguientes minutos.

—¿Te apañas con eso?

—No es casi nada, pero ya solo el titular sostiene la noticia. Rellenaré el resto de la crónica con datos del juicio, la condena, literatura de esa que a veces utilizamos los periodistas.

—Entonces ya está.

—Germán.

—Dime.

—¡Felicidades! Estoy muy orgullosa de ser tu amiga. Te mereces que te restituyan en tu puesto y yo pienso ayudarte.

Al colgar, el policía manipuló el móvil hasta encontrar el número de su mujer. Tenía ganas de hablar con ella, trasladarle sus miedos, sus alegrías y reposar la cabeza sobre su pecho. Siempre lo habían compartido todo. Triunfos y tristezas. Si ella lo sostuvo en sus peores momentos, era justo que participase de su felicidad. Desistió cuando estaba a punto de presionar la tecla. Tuvo miedo. Había comprometido su matrimonio por averiguar la verdad del caso Valentín y quizá el precio había sido perderla. Se preguntó si merecía la pena tener éxito y no poderlo compartir con la persona amada. Huyó de la respuesta. Suficientes problemas debería afrontar como para despistarse con el amor.

Casi sin darse cuenta llegaron a Madrid.

Guadalupe, aunque en la última parte se había movido varias veces, parecía todavía inconsciente. Al pequeño lo escuchaba dormir pausadamente.

Sabía que se aproximaba la hora de enfrentarse al futuro. Marcó el número de su comisario.

Descolgó al cuarto tono.

—¿Germán? —preguntó extrañado.

Hacía tanto tiempo que no hablaban que debió de chocarle la llamada.

—Sí, señor. Soy yo.

—¿Ha ocurrido algo grave?

—Jefe, quiero que quede claro, ni estoy bebido ni me he vuelto loco ni nada por el estilo. Es usted a la primera persona a la que llamo y le advierto que lo que le voy a contar traerá cola —le informó a modo de introducción—. He encontrado viva a

Guadalupe Romero, la esposa de Valentín Monaster.

Dejó que el chorro de información calara en el cerebro del comisario durante un buen rato. No le importó que el silencio se hiciera incómodo.

—No sé si le he entendido bien, Germán —por fin respondió el comisario.

—Si quiere, se lo repito —se ofreció con humildad. Lo necesitaba de su lado.

—Espero que no sea ninguna broma —advirtió muy serio.

—No, señor, no lo es.

—Vaya directamente a mi despacho y espéreme allí con la señora Romero. No tardaré en llegar —avisó antes de cortar la comunicación.

Los últimos metros antes de entrar al garaje de la comisaría de Retiro los hizo lentos para que el fotógrafo de Loyola pudiese retratar bien a Guadalupe.

Paró frente al garaje y bajó para enseñar su placa ante la cámara que controlaba la entrada. Sus compañeros le identificaron y abrieron el portón. Cuando oyó el sonido oxidado y chirriante de las bisagras que se movían, se subió en el coche y agitó a la mujer agarrándola del hombro al tiempo que la llamaba por su nombre.

Ella abrió los ojos como en un espasmo.

Miró a su alrededor tratando de ubicarse, pero, salvo su hijo y su Mercedes, no tenía ni la más leve idea de cómo había llegado allí ni quién era el hombre que conducía su vehículo.

Se acurrucó contra la puerta asustada, mientras su cerebro echaba de menos los recuerdos de las últimas horas.

—¿Quién eres? —preguntó turbada. El rostro le sonaba vagamente—. ¿Dónde estamos? ¿Y por qué llevas tú mi coche?

—Tranquila. Soy el inspector jefe Germán Carrasco. Nos conocimos ayer, poco antes de que unos rusos asaltasen tu chalé y os tuviese que salvar la vida a ti y a tu hijo. Tuvimos que huir a toda prisa. ¿Te acuerdas?

Guadalupe negó ostensiblemente con la cabeza.

—No te preocupes, ahora te lo cuento todo —anunció mientras se abría la puerta del garaje, la misma que su marido había cruzado unos años atrás.

A Germán no le pasó desapercibido que Guadalupe estaba estudiando el entorno valorando la posibilidad de escapar.

—No te lo recomiendo —le advirtió—. Ha llegado el momento de que dejes de esconderte y expliques por qué desapareciste.

La escritora supo que tenía razón y que su libertad dependía del relato que pudiera construir en los próximos minutos.

9

Germán apagó el motor justo cuando la puerta exterior se cerró. El parpadeo intermitente de los fluorescentes, aparte de sugerir la escasez de fondos públicos para el mantenimiento, otorgaba a la estancia un aspecto sobrecogedor.

Los dos vieron acercarse, como a flashazos en una discoteca abandonada, a un policía de uniforme. Fue directo a situarse junto a la puerta de la escritora. Estaba claro que el comisario había avisado de su inminente llegada.

El inspector jefe indicó con un gesto a su compañero que el niño dormía en su silla.

—Cógelo con cuidado para no despertarlo —le susurró por encima del techo del coche después de bajarse—, y sígueme al despacho del jefe.

Germán abrió la puerta del acompañante y ayudó a bajar a Guadalupe. Tenía poca estabilidad y hubo de sujetarla por un brazo para que no se cayera. Dudó si su falta de equilibrio era un efecto secundario de la droga o se debía al pánico de lo que se le venía encima.

Guadalupe abrió mucho los ojos para intentar perfilar los objetos en la oscuridad. Se pellizcó fuerte sin que la vieran. El dolor le aclaró que no vagaba dentro de una pesadilla, sino que se trataba del mundo real, aterrador, pero real. No entendía cómo había llegado a una comisaría, el último lugar en el que desearía estar. Por mucho que estrujaba la mente en busca de algún recuerdo, no goteaba ninguno. Parecía un desierto.

Un tercer policía encendió todas las luces del garaje. La repentina luminosidad reveló la presencia de varias celdas con barrotes. Guadalupe notó cómo el estómago se le encogía hasta convertirse en una bola. La intensidad de su angustia era tal que no reparó en el nauseabundo olor a cloaca que flotaba en el ambiente.

Como un cordero, se dejó conducir por unas estrechas escaleras. Giró la cabeza para comprobar que su hijo iba con ella y vio su carita redonda pegada a una placa con el emblema de la policía. Al menos él estaba seguro.

Media hora después, cuando el comisario entró en su despacho, lo encontró en silencio, como si se celebrase una jornada de recogimiento y oración. Dos agentes en posición de firmes custodiaban la puerta y en el interior el inspector jefe Carrasco esperaba sentado en una silla. Junto a él, una mujer. Ni hablaban ni se miraban. Al máximo responsable de la comisaría, la estampa le recordó la de dos alumnos gamberros que aguardan a recibir la reprimenda de su director.

Aprovechó el mutismo de ambos para observar con detenimiento a la invitada. ¿Era aquella mujer Guadalupe? A primera vista le pareció que sí, que sus rasgos coincidían con los que tantas veces había observado en las fotografías. Habían transcurrido unos años desde su desaparición, pero el paso del tiempo en vez de erosionar su belleza, la había consolidado.

—Señora, soy el comisario Seijas, jefe de esta comisaría. ¿Es usted Guadalupe Romero?

—Sí, soy yo.

—¿La mujer de Valentín Monaster? —insistió el comisario.

—Sí.

—No dudo de su palabra, pero es mi obligación confirmarlo. ¿Le importa que unos compañeros le tomen las huellas?

—Me parece bien.

Un simple gesto y uno de los policías que custodiaban la entrada fue a buscar a un experto en dactiloscopia.

—¿Cómo estás, Germán?

—Bien, jefe.

—¿Me puedes explicar cómo la encontraste? Hazlo *grosso modo*. Ya redactarás un informe con todos los detalles.

—Déjeme decirle primero que yo estaba de vacaciones en Alicante, por situarle. —El comisario asintió—. Ayer por la noche fui a un bar de copas y escuché una conversación. Un joven le hablaba a otro de una mujer que estaba como un cañón y otras vulgaridades que prefiero ahorrarle. Decía que le había llevado un paquete a su casa y que se había enamorado de ella a primera vista, aunque la tipa fuese mayor que él. Les oía de fondo sin prestar mucha atención. Pero cuando el que escuchaba pidió que se la describiera, el más joven dijo: «¿Te acuerdas de aquella famosa que su marido mató hace un par de años?». La frase llamó mi atención. El que preguntó no sabía a quién se refería, así que el otro buscó una imagen suya en el móvil y se la enseñó. «Es igualita que esta». Pude mirar de soslayo y me di cuenta de que le mostraba una fotografía de Guadalupe. Después de elogiar su físico, se pusieron a discutir sobre si todos tenemos un doble en algún lugar del mundo. Cuando el mayor se fue al baño, le enseñé la placa al más joven y le pedí la dirección.

—¿Así de simple?

—Sí, señor, quizá demasiado expeditivo, pero funcionó.

—Me gustará que en el informe se explaye más sobre este punto, aunque lo de la placa puede omitirlo.

—Sí, señor, a sus órdenes.

—Una vez que tuvo la dirección, ¿qué hizo?

—Fui hasta allí. Llamé a la puerta y Guadalupe me invitó a pasar a su casa. Estaba ebria —carraspeó un poco—. Sustancialmente ebria.

El comisario giró la vista hacia la mujer que, con los ojos muy abiertos, no se perdía una palabra del relato del inspector jefe. Como en los juegos infantiles que consisten en buscar parejas idénticas, la escritora trató de encontrar una réplica exacta de la narración entre sus recuerdos, pero una densa bruma los envolvía y le impedía siquiera detectar los contornos.

—Siga —le invitó el comisario, contento de que la mujer no hubiese protestado.

—Le pregunté por su identidad y ella confirmó mis sospechas. «¿Qué esperabas? ¿Que estuviera muerta?», me soltó así de repente. Rompió a reír como una loca. Le invité a que me entregase un documento de identidad que me permitiese descartar cualquier mínima duda. Cuando lo estaba buscando, escuchamos ruidos fuertes. Como si alguien quisiera tirar una puerta abajo. Guadalupe tiene instalado un sistema de seguridad muy avanzado. Miré en las pantallas y observé a cuatro encapuchados intentando derribar la puerta trasera de la casa. Me asusté. Pensé que la vida de Guadalupe y la mía propia corrían peligro. Los que trataban de entrar no tenían nada

de angelitos de la guarda. Antes de huir le pregunté a Guadalupe si había alguien más en la casa. Logró centrarse. «¡Mi hijo!», gritó. Corrí a por él escaleras arriba. Cuando lo cogí en brazos, escuché una explosión. Bajé corriendo como si me persiguiera Hacienda. Lo metí en el Mercedes que había en el garaje y ella —dijo, señalando a la escritora— se sentó en el lugar del copiloto. Mi coche quedó aparcado en su puerta, no tenía tiempo de cambiar la sillita del bebé. Oíamos golpes de fondo y salimos pitando, sin mirar atrás. Nos libramos por los pelos. El niño estaba dormido y no se enteró de nada. Guadalupe se ha pasado todo el viaje durmiendo la mona.

—Es la historia más extraña que he oído en mi vida —exclamó el comisario sin poder contenerse—. ¿Corrobora usted su versión?

—Me gustaría, pero no me acuerdo de nada —se excusó Guadalupe.

—Es lógico, dado su estado ayer por la noche —justificó Germán—. Estaba al borde del coma etílico cuando yo llamé a su puerta.

—Es raro, porque no recuerdo siquiera haber comenzado a beber.

Guadalupe cerró los ojos y los comprimió con fuerza. Entonces una gota de recuerdo escurrió.

—¡Sí! ¡Es verdad! Te veo dentro de mi casa, sentado en mi tresillo —dijo aliviada.

Si le hubiesen tomado el pulso a Germán en ese instante, cualquier médico hubiese dictaminado su muerte.

Germán sabía que la imagen que acababa de recordar correspondía a los minutos previos a suministrarle la burundanga. Tembló. Si desbloqueaba su mente, sabría que había mentido, aunque fuese solo un par de minutos del tiempo que estuvo en su casa.

—¿Algo más? —preguntó el comisario, que observaba con cierta desconfianza a Germán. Intuía algo extraño, como una pieza forzada dentro de un puzle.

—No, solo me viene esa imagen a la cabeza —replicó Guadalupe antes de abrir los ojos, agotada por el esfuerzo.

La mirada inquisitiva de su superior le obligó a improvisar:

—Es verdad, jefe, la obligué a sentarse en el sillón porque casi se cae —explicó con suavidad—. Tu estabilidad estaba muy limitada —dijo dirigiéndose a Guadalupe —. Me dio miedo que te hicieras daño.

Germán contuvo el aliento aterrado, por si ella recordaba algo más. La mujer de Valentín le miró y por un momento el policía pareció percibir un brillo malicioso en sus ojos.

—Tengo la memoria como bloqueada, pero gracias, agente, por salvarnos la vida a mi hijo y a mí —dijo, esbozando una sonrisa.

—¡Bien! —exclamó el comisario aliviado—. Y ahora, señora Romero, por favor, ¿me puede usted contar dónde ha estado usted metida todo este tiempo? La creíamos muerta, asesinada por su marido, que, por cierto, está en la cárcel.

—¿En la cárcel? —dijo, tapándose la boca con una mano—. ¡No me diga!

—¿No lo sabía usted?

—Ni idea, y si lo sabía, quizá lo he olvidado.

Si no hubiera sabido la verdad, Germán la habría creído. ¡Qué capacidad de fingimiento!

—Comencemos por el principio. ¿Qué le pasó a usted la noche que desapareció?

—Valentín no es un buen hombre —enunció y una lágrima se derramó dramáticamente por su mejilla—. Me maltrataba. Me forzaba a tener sexo con él cuando se le antojaba. Le tenía miedo. Mucho. Auténtico pánico. Cuando me quedé embarazada, me ordenó que abortara. Me negué en redondo. Se plantó delante de mí y me juró que él lograría que no lo tuviera.

Calló durante un buen rato, aparentemente sumida en sus tristezas. Nadie interrumpió su mudez.

—Supe que, si no escapaba, nos mataría a ambos —habló de nuevo sin previo aviso—. Le conozco bien. Vi en sus ojos que sería capaz de arrancarme el corazón para impedirme ser madre. Preparé mi fuga y aquella noche, cuando me dejó en la plaza de la Cebada, hui. Me fui a Suiza. Allí tuve a mi hijo, en una clínica privada. Viví allí hasta que hace algún tiempo decidí regresar a España. Echaba de menos el clima y el idioma. Me instalé en Alicante, escondida entre extranjeros para que no me encontrara, porque sabía que, si lo hacía, nos asesinaría. Nadie abandona a Valentín.

—¿No vio usted la prensa en internet? —preguntó el comisario.

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—¿Y no avisó a su madre de que se iba?

—No. Es una indiscreta y habría puesto en riesgo la vida de mi bebé. Disculpe, pero si me hace elegir entre mi madre y mi hijo…

Dejó que el comisario sacase su propia conclusión.

—¿No le dijo nada a sus amigos?

—No tengo verdaderos amigos, solo gente con la que salir de copas o de fiesta.

—¡Me parece increíble! —exclamó el jefe—. En la era de las comunicaciones usted no se entera de una de las noticias más mediáticas de nuestro país en los últimos años. ¿No le preocupó saber qué pasaba con él? Si la buscaba o lo que fuera.

—¿Se refiere a Valentín?

—Sí.

—Me daba lo mismo lo que hiciera o le pasara y sigo igual. Como si se pudre toda la vida en la cárcel.

—Ese no es un pensamiento muy justo —le riñó el comisario.

—¡Sabrá usted lo que es justicia! —reprochó alterada Guadalupe—. ¡No le conoce! ¡No sabe de lo que es capaz! Deberían dejar que me fuese y no decirle a nadie que me han visto. Eso sí sería justicia.

Su cara constreñida por la ira y la barbilla alta retaban al jefe.

—Lo lamento, señora —la frenó él—. Como profesional de la policía, no puedo hacer distingos ni juzgar. Para eso hay magistrados. Mi labor es detenerla y ponerla a disposición judicial para que su señoría decida qué hacer con usted.

—¿Por qué me va a detener? ¿Qué he hecho yo? No he matado a nadie.

—Tiene que dar muchas explicaciones. Ya huyó una vez.

—Le juro que, si me deja libre, no huiré.

—Lo siento, no puede ser.

—¿Estoy detenida?

—Eso es.

—¿Qué delito se supone que he cometido? —preguntó indignada—. ¿Escapar de

un maltratador que quería asesinarnos a mi hijo y a mí?

—Un delito contra la administración de justicia —intervino Germán.

—¿Y eso qué es?

—El juez se lo explicará —cortó el comisario—. Ahora, por favor, acompañe a los caballeros de la puerta. Le van a leer sus derechos y hacerle la reseña.

Guadalupe, iracunda, se levantó y apoyó ambas manos sobre la mesa del jefe:

—Juro que le destruiré —susurró.

Guadalupe salió del despacho erguida, sin permitir que nadie percibiese su sensación de derrota.

—Germán, me tienes que dar datos para construir un atestado.

—Lo que necesite, jefe.

—Por ejemplo, la dirección de la casa de Alicante donde la encontraste. Hay que averiguar cuánto tiempo lleva residiendo allí y registrar la casa en busca de documentación que demuestre que sabía lo de su marido. Lo contrario no es creíble.

—No, señor, no lo es.

Un lloro repentino les interrumpió. El comisario abrió mucho los ojos buscando el origen del sonido.

—Es el bebé de Guadalupe —explicó Germán, señalando al pequeño que habían acostado en el sofá del despacho y protegido de una caída con uno de los sillones.

La cara de desconcierto de su jefe le hizo proponer la primera solución que le vino a la cabeza.

—¿Quiere que llame a la abuela y se encargue de él?

—Proceda, corra.

El inspector jefe salió de su despacho con el bebé en brazos. Sabía a quién tenía que llamar.

10

La portada de *La Razón* del día siguiente removió los cimientos de toda la sociedad. Titularon solo con tres palabras: «¡Guadalupe está viva!». Debajo, una fotografía suya entrando en la comisaría de Retiro.

La edición se agotó a las nueve de la mañana.

Loyola, que firmaba el artículo, había pasado la noche en vela, sin poder dormir. Cada cinco minutos introducía en el buscador de Google el nombre de Guadalupe y pinchaba en el apartado de noticias. Le aterraba pensar que cualquier otro periodista se hubiese enterado de que la escritora había sido encontrada viva. Sin duda era la exclusiva del año.

A las seis de la mañana esperó dentro del coche junto al único quiosco que abre en Madrid las veinticuatro horas. Cuando vio llegar la furgoneta de reparto, se le aceleró el pulso. Observó a un hombre lanzar cuatro fardos de periódicos embalados en plástico junto a la puerta del negocio. La operación apenas duró un minuto. Luego se montó y salió pitando.

Loyola se bajó mientras el dueño, uno por uno, fue cogiendo los bultos y metiéndolos dentro de su chiringuito.

—Buenos días —saludó.

—Hola —respondió el hombre al otro lado del mostrador.

Cercano a la jubilación, aquel individuo parecía estar metido dentro de un cuadro cuyo marco se construía de revistas y periódicos colgados de pinzas.

—Quería un ejemplar de todos.

—Un segundo, que los estoy sacando del horno.

Loyola los devoró dentro del coche. Leyó las portadas compulsivamente. Después pasó las hojas de cada diario. Al acabar respiró aliviada. Nadie más publicaba una palabra sobre Guadalupe. La exclusiva le pertenecía.

Entró en casa sin hacer ruido porque su marido dormía, ajeno a su ansiedad informativa. Apoyó su periódico sobre la mesa del salón y disfrutó de la portada como si de una obra de arte se tratara. Se deleitó leyendo con pausa cada letra de la misma y recreó su vista en la imagen de Guadalupe. Se preguntó cómo reaccionarían sus compañeros ante la noticia y lamentó perderse esa parte de la historia. Le hubiera gustado estar presente cuando a Valentín le comunicasen la noticia en la cárcel; y también cuando se enterasen los investigadores del caso; cada miembro del jurado que condenó a Valentín; los magistrados que ratificaron el fallo en instancias superiores y la opinión pública en general, que, ávida de venganza televisiva, habían aplaudido el fallo. Se preguntó cómo asumirían su error todos los implicados en semejante despropósito policial y judicial, pero también el ciudadano de a pie que desde el sofá de su casa había clamado por la condena de un inocente. Deseó que la sociedad aprendiera de sus errores y se congratuló de formar parte del mecanismo que impulsara ese cambio. A lo largo de su carrera había acumulado muchas dudas sobre su profesión hasta el punto de cuestionarse dejar el periodismo, pero la infinidad de implicaciones de la noticia que había publicado le convenció de que merecía la pena ser periodista.

Se amodorró en el sillón hasta que su marido trató de cogerla en brazos para llevarla a la cama. Al notar el roce y el movimiento, abrió los ojos y rompió a reír. Tenía mil defectos de hombre, pero le adoraba por aquellos detalles.

—Pero ¡cómo osas! —dijo entre carcajadas.

—Te he visto en una posición tan poco cómoda —se justificó él, y le pareció oír hablar a un niño grande.

—Te habrías partido la espalda —le insistió después de un buen rato sin poder controlar la risa.

—No entiendo por qué te has puesto así —dijo entre extrañado y contagiado de su felicidad—. ¿Te estás riendo de mí?

—No. En absoluto. Solo que me das mucha ternura. Nada más.

—¿Un café? —preguntó él.

—Bien cargado. No he dormido nada.

—¿Y eso?

Loyola le lanzó el periódico a modo de respuesta.

El hombre, siempre sosegado, terminó de hacer los cafés y, mientras le daba pequeños sorbos, comenzó a leer.

Loyola estudió sus gestos. Le hubiese gustado percibir asombro y sorpresa, pero solo encontró concentración.

—¿Y? —preguntó cuando cerró el periódico.

—Es una gran historia —reconoció su marido—. ¿Es exclusiva tuya? —preguntó, ya que conocía la importancia de los códigos en el periodismo. —Ella asintió—. Felicidades. Es una historia con mayúsculas. Además, está muy bien redactada. Te bebes cada línea deseando llegar a la siguiente.

—Pero… —le animó ella.

—Ninguno. Solo que hay mil preguntas que se me ocurren y a las que no respondes.

—Como ¿por ejemplo? —le instó.

—¿Dónde ha estado metida este tiempo? ¿Huyó sin avisar? Si lo hizo, ¿de qué huía? ¿Por qué no apareció durante el juicio a su marido? ¿Cómo se presentaron pruebas de su muerte si estaba viva? ¿Se fabricaron pruebas contra un sospechoso para lograr la condena? ¿Quién lo hizo? ¿Ella? ¿Los polis? Si es así, ¿qué va a pasar con los que se supone que son los buenos? ¿Acabarán en la cárcel por pervertir el sistema? ¿Qué interés tenían en que hubiese una condena? Y la responsabilidad de los medios, ¿has pensado en eso? A Valentín le condenasteis vosotros sin formar parte del jurado.

—Para un momento. Yo no participé de eso —le aclaró enfadada.

—No hablo de ti como individua, sino de un colectivo. —Loyola se tuvo que morder la lengua porque sabía que tenía razón. El torrente de información en la misma dirección había creado una clara tendencia hacia la culpabilidad—. Y la famosa opinión pública —continuó su marido—, los medios, convertís en borregos a los consumidores de noticias. Habría que potenciar su sentido crítico y de análisis, pero solo les vendéis ideas sencillas de consumo fácil que no animan a la reflexión. Nuestra sociedad va camino de la estupidez más absoluta. Deberías investigar y escribir sobre todas las aristas de la gran noticia que has publicado. Es tu historia, no dejes que te la

quiten, porque tú y yo sabemos que tus compañeros van a saltar sobre ella como pirañas.

—Tienes razón en todo —concedió ella, apesadumbrada.

—Yo estoy muy orgulloso de ti —la elogió con sinceridad—. Sabes que no me gusta nada tu ámbito profesional, pero, cuando te leo, tú haces que me congracie un poco con la prensa.

—No seas tonto —respondió, pero la alabanza le sentó mejor que el café de primera hora.

—Me pregunto qué se le pasará por la cabeza a Valentín. ¿Qué lleva? ¿Más de dos años en prisión? —Loyola asintió—. Si yo fuese él, mataría a Guadalupe al salir. Y no descartes que ese sea el desenlace. Debe de acumular mucho odio. Yo lo haría. Y aunque la asesine en plena Puerta del Sol con cientos de testigos, no le pasaría nada, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—¿No dice la ley que un hombre no puede ser condenado dos veces por el mismo delito? Ya está cumpliendo pena por haberla asesinado. Si la mata ahora, no pasaría nada.

—¡Joder! No había pensado en eso.

—¿Sabes cuándo sale de la cárcel?

A esa misma hora la madre de Valentín formulaba esa misma pregunta a Alejandra, la abogada de su hijo.

—Ya sé que la lógica dice que debería ser liberado hoy mismo, pero la ley establece que primero debo pedir permiso al Supremo alegando que Guadalupe está viva y las pruebas que lo demuestran. Cuando me lo otorguen, redactaré el recurso de revisión y entonces el Supremo resolverá.

—Pero ¿qué pruebas? —cuestionó indignada la madre—. ¿Esta gente no lee los periódicos? —protestó al tiempo que arrojaba con ira *La Razón* sobre la mesa del despacho de Alejandra—. Yo veo a esa zorra en la portada y está muy viva. Debería bastar para dejar a mi hijo libre hoy mismo.

—Tienes razón, pero habrá al menos que presentar pruebas de ADN o de huellas que demuestren sin género de duda que esa de la portada es Guadalupe.

—¿No la ves? —preguntó, poniéndole el periódico frente a la cara—. ¡Es ella!

—Ya lo sé. Solo te explico cuál es la burocracia. Hoy mismo presentaré la solicitud y, si tenemos suerte, quizá en cuatro o cinco días podrá salir de prisión.

—¿¿Cuatro o cinco días?? ¡La justicia de este país es un despropósito! ¡Un cachondeo! ¡¡Pero si está viva!! ¡¡¡Viva!!! ¿Cómo van a mantener a mi hijo en prisión condenado por el asesinato de una mujer que se pasea viva por Madrid? ¿Estamos locos o qué?

Cuando se abrieron las celdas para ir a desayunar, Valentín permaneció tumbado en el catre, encogido sobre sí mismo, tratando de paliar el dolor de su zona abdominal. Tenía sangre seca en la nariz y moretones por medio cuerpo. Había días en que en la prisión de Herrera de la Mancha merecía la pena acostarse sucio.

—Valentín —le llamó un funcionario desde la puerta—. ¿Estás bien?

El preso ni se movió.

—¿Te has enterado ya? —le preguntó, obviando la indiferencia del recluso—.

¿No has encendido hoy la tele? ¡¡Tu mujer está viva!!

La frase hizo palanca en el cuerpo de Valentín, que se incorporó impulsado por la esperanza de la libertad.

—¿Puedes repetirlo?

—Guadalupe, tu mujer, la que asesinaste, que ha aparecido viva. La noticia está en todos lados.

Valentín encendió la televisión y minutos después rompió a llorar en silencio.

La reaparición de Guadalupe copó las noticias de todos los medios de comunicación. A Loyola no dejó de sonarle el teléfono a lo largo de la mañana. Concedió algunas entrevistas y disfrutó de su éxito, pero en periodismo el triunfo aguanta lo que se tarda en leer el titular. Ella lo sabía y por eso no se recreó demasiado en su efímera gloria.

A media mañana recibió un sms de Germán citándola para verse con urgencia. Apagó el móvil buscando aislarse del tremendo eco que su crónica había provocado y se montó en el coche. Estaba ansiosa por encontrarse con su amigo y oírle contar la historia completa. Mientras intentaba adelantar la manifestación de torpes que a cada minuto se interponía entre ella y su destino y para evitar que su cabeza estallase fabricando elucubraciones, encendió la radio. Las voces de dos tertulianos se colaron en el espacio vital de su vehículo. Lamentó no haber escuchado el debate desde el principio.

—Puede que Guadalupe Romero esté viva —decía uno.

—Juegas con el lenguaje —se quejó el otro—. No puede. ¡Está viva! Todos lo hemos visto hoy en la portada de un periódico.

A Loyola le cabreó que no mencionasen el nombre de su diario. Hacía ya tiempo que los códigos se habían arrinconado en beneficio del espectáculo, el negocio y la audiencia. Se sintió ultrajada. Era su trabajo, su noticia, su tiempo robado a su marido, a su familia y a sus amigos. Mencionar el origen de la información, además de elegante, no costaba un euro.

Se obligó a controlar la rabia y siguió escuchando.

—Hasta donde yo sé, no hay una confirmación científica de su identidad —respondió el primero—, pero si me dejas terminar el argumento sin interrumpirme, por favor…

—¡Está viva! —persistió el otro.

—De confirmarse mediante ADN la identidad de esta mujer, es obvio que Valentín no asesinó a su mujer, y si no hay delito, el condenado no debería estar cumpliendo condena en la cárcel. Al menos, por este motivo —anunció con una pausa dramática—. No olvidemos que la policía encontró pruebas que demostraban que Valentín Monaster maltrató a su mujer y le dio unas palizas de muerte. Que ella esté viva casi es una casualidad, podía haberle quitado la vida con un mal golpe. No hay en mi opinión un error tan grande de la justicia. Es más, a un tipo así deberían dejarlo en la cárcel, porque seguro que si sale acabará matando.

—Pero ¿tú te oyes? —respondió el otro, alterado—. ¿Estás hablando de una condena preventiva siguiendo un pálpito personal?

—Acabará asesinando a alguna mujer. Acuérdate de lo que te digo. Es un psicópata de manual. Se pudo ver claramente en el juicio.

—Me asombra la cantidad de insensateces que salen de tu boca. Para este asunto

solo hay una posible interpretación. Lo que ha ocurrido avergüenza a nuestro sistema judicial. Me parece bochornoso que un jurado popular y hasta dos tribunales con magistrados profesionales padeciesen una ceguera tan severa que les impidiese apreciar la verdad. Valentín no mató a su mujer. Eso lo hemos podido ver todos. No conozco el caso en profundidad, pero no me cabe en la cabeza cómo se pudieron malinterpretar las pruebas de semejante forma.

—Yo sí lo seguí con atención. Los compañeros periodistas que se dedican a cubrir la crónica negra y asistieron el juicio lo vieron todos muy claro. Ninguno cuestionó ni las pruebas ni los testimonios.

—Eso me preocupa aún más, si cabe. El periodista debe analizar, criticar, cuestionar y después informar. Lo que ha ocurrido debería llevarnos a reflexionar seriamente sobre si estamos haciendo bien nuestro trabajo.

—¿No había unas fotos que demostraban los malos tratos? No creo que haya nadie en España que piense que Valentín es inocente. Quizá no es culpable de matar, pero lo es de otro delito.

Loyola, irritada, apagó la radio. No merecía la pena. En las tertulias nunca nadie convencía al otro. Se establecían posiciones iniciales y los colaboradores las defendían como si fueran trincheras, sin conceder ni un milímetro a las reflexiones del contrario a la hora de defenderse.

Loyola llegó quince minutos tarde. Al tratar de entrar en el local de la calle Barquillo en el que su amigo le había citado, se lo encontró cerrado. Golpeó la puerta con los nudillos y, mientras lo hacía, comenzó a acumular explicaciones en su mente de por qué el restaurante no estaba abierto. Todas pasaban por su retraso. ¿Se habría ido por su falta de puntualidad? Justo cuando sacó el teléfono para llamarle comprobó que, del otro lado, un hombre de calva brillante manipulaba la cerradura.

—Pase —la invitó el tipo con una gran sonrisa y acento mexicano. Su actitud no cuadraba con la dimensión de sus bíceps empapelados de tatuajes—. Bienvenida al Tuk Tuk, el mejor restaurante de comida asiática callejera de todo Madrid.

—No he venido a comer —se excusó ella mientras buscaba con la mirada a su amigo.

El restaurante, en el que predominaba el rojo intenso, estaba vacío.

—Arriba —dijo, y señaló unas escaleras estrechas que conducían a un pequeño voladizo sobre la barra donde había un par de mesas.

Allí la esperaba Germán. Había supuesto que lo encontraría satisfecho y triunfante, pero se topó con un hombre agitado y cuyas ojeras se asemejaban a los surcos de una letrina. Ni siquiera saludó. Otra prioridad ocupaba su mente. Se asomó nervioso desde la primera planta y llamó al camarero.

—Ya la cierro, amigo, no te preocupes, pero al mediodía me toca abrir —le recordó.

—Gracias —respondió el inspector jefe mientras vigilaba cómo le daba varias vueltas a la llave y desaparecía en el interior del local.

—Germán, ¿qué ocurre? —le preguntó Loyola—. Eres el hombre del momento, el policía que ha resuelto el caso Guadalupe. Todo debería ser loas y alabanzas.

—Muchos preferirían que la escritora estuviese muerta.

—¡Que se jodan! Es envidia. La has encontrado tú y no ellos.

—Quita, si la hubiesen localizado ellos, quizá la hubiesen matado —rechazó con un movimiento de mano.

—¡Qué dices! ¿A quién te refieres con ellos? —preguntó asustada.

—Su repentina aparición deja al descubierto las costuras de una investigación tramposa —siguió Germán en una especie de monólogo propio sin interactuar con la periodista y con la vista fija en un indefinido punto borroso.

—Remiendos, los llamaría yo.

—Me vigilan.

—¿Quiénes?

—Me van a buscar las cosquillas. Ha habido cosas que he tenido que hacer. Cosas que, bueno…

Ella asintió como si supiese a qué se refería, aunque no tenía la más remota idea. Esperó en silencio a que acabase la frase, pero él parecía haberse desconectado de este mundo y estar luchando en otro contra sus demonios personales.

—La he localizado, Loyola, pero con trampas —confesó, reenfocando la vista y encontrando la mirada de su amiga.

Parecía haber salido de su alcantarilla particular.

La periodista contuvo la pregunta que, como la levadura, creció con celeridad en la boca. Decidió refrenar su impulso periodístico y dejarle vaciarse a su ritmo.

Durante la siguiente hora Germán no paró de hablar. Al principio lentamente, como si a las palabras, tímidas, les costase formar frases con significado. Con el paso de los minutos, la voz de Germán fue cogiendo carrerilla y ganando en firmeza. Le habló de la separación de su mujer, de cómo encontró la matrícula del coche en el que huyó Guadalupe, de su visita al ginecólogo novio de Guadalupe, de su llamada a su cuñado en Tráfico, de su desesperación patrullando durante un mes las calles de Orihuela, de Dimitri, de la burundanga, de la confesión de Guadalupe, de su ausencia de memoria y de cómo había mentido para esconder las ilegalidades que, de saberse, le llevarían directamente a la cárcel.

—Eso es, más o menos, todo —anunció a modo de conclusión—. ¿Qué piensas?

Loyola se tomó su tiempo para responder. Una historia tan buena merecía un final más redondo.

—Es paradójico —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Que por averiguar la verdad, donde el resto ha mentido, te puedan meter en la cárcel. —Y dejó reposar este pensamiento como un compendio de lo que había sido todo el caso. Miró a Germán con gesto de comprensión y prosiguió—: Para mí esto tiene dos aristas. Por un lado, has hecho una investigación policial de la vieja escuela, encontrando lo que nadie se molestó en buscar a partir de unas evidencias mínimas, con lo que demuestras tu calidad como policía, como sabueso que no abandona pese a las dificultades. Y te admiro por eso. Pero también tiene un debate moral. Muchas veces pienso en que, si tras la muerte se alcanza el conocimiento absoluto, no me importará fallecer de vieja. Quiero saber qué ocurrió con JFK. ¿Quién lo mato? Me encantaría averiguar qué pasó con la hija de Albano y Romina Power, con Madeleine McCann, con Marta del Castillo y tantos otros casos. Lo único que me frustra de la muerte es poseer el conocimiento y no poder escribirlo en el periódico. Me imagino

que desde el más allá le hago señales a algún periodista honesto y serio para que él escriba lo que yo sé. Aunque te confieso que preferiría saberlo ya todo y firmar mis propios artículos; lo que me lleva a preguntarme: si supiese a quién darle la burundanga para resolver cada misterio, ¿lo haría? Sinceramente, sí. Creo que yo sí lo haría.

—Lo ves, estamos en la misma onda —coincidió Germán, que se sentía reforzado en su comportamiento.

—Pero, por otro lado, ¿me gustaría que alguien se colara en mi mente para averiguar algo que solo yo sé?

—Tú no has matado a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, nunca lo pensaría de ti.

—Puede haber alguien que lo crea alguna vez y me obligue a tomar burundanga para confirmarlo. Quizá durante ese interrogatorio cuente algo de mi intimidad que el investigador no tenga derecho a saber. Nuestro mundo interior, nuestros pensamientos, creencias e ideas deben permanecer libres, sin correr el riesgo de ser sometidos a escrutinio. La burundanga me da miedo y, si te digo la verdad, no sé si me gusta lo que has hecho.

—¿Me vas a delatar? —preguntó asustado.

—Ni se me había ocurrido —respondió con una sonrisa triste—. Por encima de todo está mi palabra. Jamás te traicionaré.

—Gracias —suspiró aliviado.

—A ti, por compartir conmigo la investigación. Anhelaba saber todos los detalles y, aunque está mal decirlo, debo reconocer que he disfrutado de cada palabra que has pronunciado.

—¿Vas a publicar algo?

—Lo más jugoso es la confesión de Guadalupe, sin duda, pero esa es como si no hubiera existido. Me puedo hacer preguntas en el artículo sobre si ella lo planificó todo, cuestionarme si diseminó pruebas para meter a su marido en la cárcel, pero poco más. Lo que sí puedo contar es dónde la encontraste, la versión oficial de cómo lo lograste, decir que no recuerda nada y las investigaciones que estáis siguiendo ahora.

—¿Mentirás por mí?

—Me arrimaré todo lo que pueda a la verdad, pero no, no mentiré. —Y su voz sonó fatigada—. Destacaré unos aspectos de la verdad y ocultaré otros por ayudarte.

—¿No es lo mismo que mentir?

—Es resaltar unas verdades sobre otras.

—Así, las que interesan hacen sombra a las que hay que ocultar, ¿no?

—¿A ti qué te pasa? Si quieres, lo cuento todo —le amenazó Loyola con un deje de irritación.

—No, por favor. Solo pensaba en voz alta. Perdóname.

—Que no se te olvide que has encontrado a Guadalupe y has ayudado a que triunfe la verdad. Mereces ese reconocimiento, lo mereces y yo haré que se sepa. Eres un buen tipo. Por otra parte, piensa que si te conviertes en una especie de héroe para la opinión pública, eso te proporcionará un escudo que parará muchas de las puñaladas que quieran asestarte tus enemigos. ¿Estamos?

En el trayecto al periódico Loyola no dejó de darle vueltas a una idea aparentemente contradictoria: cómo triunfo y derrota se pueden llegar a fundir en un mismo concepto cuando el ganador, en su camino al éxito, hace trampas.

11

El juez llevaba desde primera hora en su despacho golpeando el suelo compulsivamente con el talón derecho. «Si usases toda esa energía en estudiar, sacarías matrículas», ironizaba muchos años atrás su madre. Sin embargo, aquella mañana no se acordó de ella. Desde que se enteró de que su guardia coincidía con el pase a disposición judicial de la Resucitada, como habían bautizado a Guadalupe los medios, no podía pensar en otra cosa. Jamás había entrado a trabajar antes de las diez de la mañana, pero aquel día llegó a las ocho. Rebosaba ilusión, como un niño que visita por primera vez el parque de atracciones. Tanta, que no se percató de las caras de asombro ni de los susurros de las limpiadoras de plaza de Castilla.

Sobre la mesa, su señoría había acumulado un taco de periódicos de los últimos días donde se contaban todos los detalles de la inesperada aparición de la escritora. No se hablaba de otra cosa. Hasta el punto de que había eclipsado el *reality* diario que la actualidad política dispensaba.

El magistrado no era ajeno a todas las teorías, hipótesis y elucubraciones que se habían manejado en las últimas setenta y dos horas. Él mismo se inclinaba por la de que Guadalupe, harta de las palizas que su marido le daba, había huido de su lado. Estaba internamente convencido de que había fabricado pruebas de su muerte, quizá no para lograr que él fuese a la cárcel, pero sí para disuadirle de registrar el mundo hasta encontrarla.

Especulaciones con rango de noticia las había para todos los gustos. La tendencia más popular y que más seguidores aglutinaba sostenía que la escritora era una heroína moderna, valiente y resuelta. Abrió uno de los diarios y repasó la columna titulada «Unas por otras», que escribía una conocida periodista. Decía así: «Una mujer capaz de vencer sus miedos, de escapar de un esposo de puños alegres, bebedor y violento para así proteger su vida, y por extensión su embarazo y la vida de su hijo, solo merece el aplauso unánime de la opinión pública. Es cierto, no podemos cerrar los ojos ante la evidencia de que Valentín Monaster fue condenado a prisión por un crimen que no cometió, pero se trata de una pequeña disfunción de la justicia, un mal menor. ¿Qué son unos años de cárcel a cambio de garantizar que un bebé y su madre no acaben muertos y enterrados? Plantéenselo de otra forma, ¿cuántos años lleva Valentín en prisión? ¿Dos? ¿A cuántos habría sido condenado si le hubieran juzgado por pegar a su esposa de forma continuada? Como mínimo a ese número, lo que nos lleva a una conclusión obvia. Los años que Valentín lleva en una celda son de justicia. Unas por otras».

Frente a la tendencia más popular, se situaba una nota discordante, Loyola Cardenal. La periodista que dio la exclusiva, y que llevaba un par de días varios pasos por delante de sus compañeros, afilaba el lápiz en cada crónica y hasta le habían permitido escribir una columna de opinión. El magistrado abrió *La Razón* y volvió a leer las líneas que él mismo había subrayado: «Cuando un delito ocupa las páginas de los diarios y cientos de horas de televisión, se hace imposible impartir verdadera justica. Los jurados populares llegan intoxicados a la vista oral por su previo consumo de información en los medios. Antes siquiera de que empiece el juicio, internamente

ya han dictado su veredicto. La demostración más palpable es la condena de Valentín Monaster por un asesinato que jamás cometió. No había pruebas para demostrar la muerte de Guadalupe (de hecho, está viva), pero los nueve ciudadanos interpretaron mal las evidencias y concluyeron lo contrario a la verdad. Cabe otra posibilidad, dos tribunales profesionales avalaron que el jurado tenía razón: había suficientes pruebas para la condena. Si no hubo intoxicación y Guadalupe está viva, ¿de dónde salieron esas pruebas? ¿Un hueso del cráneo de un bebé aparece porque sí en una explanada a unos cientos de metros de la casa del acusado? ¿Fue casualidad? ¿Lo dejó la imputada o hubo alguna otra persona que quiso forzar la condena? ¿Quién provocó el incendio de la máquina trituradora? ¿Otra casualidad? ¿Por qué olía a humo la ropa de campo de Valentín? ¿Alguien se la robó del garaje mientras él dormía la siesta y provocó la hoguera para imputarle? ¿Quién tenía llaves del garaje? ¿Y qué interés habría en provocar un fuego en una máquina trituradora salvo convencer a los investigadores de que el cuerpo de Guadalupe había sido triturado y quemado hasta hacerlo desaparecer? La policía debería investigar con ahínco la posibilidad de que Guadalupe fabricase pruebas para condenar a su marido. Y para quien se pregunte por qué una mujer bella, resuelta y valiente iba a hacer algo así, la respuesta es: venganza, un sentimiento trasversal a cualquier clase social, y dinero, el de su marido».

Al magistrado no se le escapaba que los argumentos de la periodista se apoyaban en una base sólida. Sin embargo, no le cuadraba que una mujer atractiva como Guadalupe pudiese desarrollar de forma deliberada un plan tan elaborado e inteligente. No creía compatibles ambas características.

Unos nudillos golpeando en su puerta le anunciaron que no le quedaba mucho para averiguarlo. Adoptó la posición y el rictus que se esperaba de un juez.

—Adelante —concedió.

—La policía ha traído a la escritora Guadalupe Romero para que pase a su disposición. La han dejado en calabozos y me han entregado estas diligencias para que usted pueda leerlas antes de interrogarla. Los investigadores esperan en el pasillo por si usted les necesita para resolver alguna duda —explicó la secretaria judicial antes de entregarle un pequeño dosier no muy abultado.

—Gracias. Diles que aguanten a que me lo lea, por si acaso.

—Como usted disponga —dijo antes de salir del despacho.

El juez se desconectó del mundo y centró toda su atención en leer las pesquisas de la policía.

Una hora después mandó llamar a Guadalupe a su despacho.

—¿Quiere usted prestar declaración ante mi presencia? —preguntó el juez, muy estirado y metiendo la tripa para tratar de impresionarla.

—Me encantaría, pero tengo lagunas de memoria —se excusó seductora. Había notado el influjo que su presencia había provocado en su señoría—. Mi abogado me recomienda que espere a recuperarla antes de responder a sus preguntas.

—Con su permiso —interrumpió el letrado—. Es mejor que se someta a un profundo estudio y tratamiento antes de ser interrogada. En su voluntad está colaborar, pero si no recuerda nada, es imposible.

—No me importa que algunos de sus recuerdos se hayan disipado —rechazó el juez, que no pensaba dejar que la presencia de Guadalupe en su despacho fuera tan

efímera—. Me vale con que intente responder a alguna de mis preguntas y las que no pueda responder me lo dice, porque, señor fiscal, ¿piensa usted, al acabar, pedir prisión provisional para la imputada?

—Sí, señoría. Creemos que fabricó pruebas para lograr la condena de su marido. Además, es una mujer que ya ha huido una vez y que perfectamente podría repetirlo.

—Al fiscal no le falta razón —murmuró el juez—, y su negativa a colaborar…

—Si quiere preguntarme, hágalo —interrumpió la escritora—. Estoy deseando responder a sus preguntas, solo que le pido disculpas por anticipado si mi memoria no me deja encontrar la respuesta.

—¡Bien! —exclamó satisfecho—. Veamos, ¿cuándo comenzó a planificar usted su huida?

—No lo recuerdo con exactitud, pero meses antes. Creo que fue cuando se enteró de que estaba embarazada. Me amenazó con obligarme a abortar a puñetazos si no lo hacía yo voluntariamente.

—Hasta donde conozco su relato, usted y Valentín salieron a cenar a Lucio. Al llegar, usted se bajó del coche y él se fue a aparcar.

—Así es —corroboró Guadalupe.

—¿Qué hizo usted? ¿Adónde fue?

Guadalupe se tomó su tiempo para responder.

—No soy capaz de responder, señoría. —Y forzó a que una lágrima resbalase por su rostro—. Algo debí tener planificado, pero es como si algunos recuerdos hubieran sido amurallados y no logro acceder a ellos.

—A ver si esto le ayuda —ofreció el juez.

—Por favor —asintió ella, diligente.

—La casa en la que residía en Alicante, ¿la recuerda?

—Sí, esa sí. En Orihuela Costa.

—Está a nombre de una mujer que no es usted.

—Lo sé.

—Hemos rastreado ese nombre y la policía ha encontrado que la misma mujer tuvo un niño en Suiza meses después de desaparecer.

—Tiene una explicación. Esa mujer soy yo.

El juez no pareció sorprendido.

—Continúe —la animó.

—Al principio de mi matrimonio yo acompañaba a mi marido en sus viajes por el mundo. Sobre todo íbamos a París en coche y desde allí cogíamos un avión a Antigua y Barbuda. Nunca entendí por qué, pero desde el primer día me obligó a usar un pasaporte falso. Cuando le pregunté, me dijo que era como un juego y que así evitábamos que los *paparazzi* nos pudieran seguir la pista. Llámeme tonta, pero le amaba tanto que le creí. Con el tiempo empecé a sospechar que lo que hacía era trasladar dinero negro y ocultarlo allí. Le verbalicé mi recelo y me dio una paliza terrible. Nunca más le volví a acompañar. Un día encontré mi pasaporte falso en el piso que tenemos en Madrid capital y lo guardé para destruirlo. Estaba bajo un nombre que no es el mío, pero lleva mi foto. Lo escondí en nuestra casa de Batres y allí quedó olvidado hasta que decidí huir. Entonces me acordé de él. La mujer del pasaporte era yo. Lo usé en Suiza para que nadie me pudiese encontrar y dar a luz, y

luego, cuando regresé a España, lo necesité para comprar la casa.

—Pero si su marido conocía su nombre falso en el pasaporte, difícilmente podría ocultarse de él usándolo, ¿no cree? —le espetó el juez con agilidad.

—Tiene razón, señoría, pero mejor eso que viajar con mi nombre real. La policía busca a todos los desaparecidos y yo quería volatilizarme. Deduje que mi nombre y mi fotografía la tendrían en todos los países del entorno, pero que mi marido no sería tan tonto como para revelar lo de mi pasaporte falso. ¿Cómo lo iba a explicar? Se estaría condenando él también. La policía acabaría averiguando nuestros viajes con documentación falsa a Barbuda.

—Entiendo. Deduzco que siguió las noticias de su búsqueda en España.

—No, no lo hice —negó con seriedad, preocupada por que el juez se estuviese centrando más en las preguntas que en su belleza.

—¿No tenía curiosidad?

—Ninguna.

—Oiga, es obvio que usted no murió en el descampado de su finca ni su cadáver fue triturado en aquella máquina que acabó ardiendo. —Guadalupe asintió—. ¿Me puede explicar quién hizo arder la máquina y colocó allí un hueso del cráneo de un bebé? —preguntó, acordándose del artículo de Loyola.

—Ni idea.

—¿Fue usted?

—¿Yo? —preguntó indignada—. Señoría, no, no fui yo y déjeme que le diga que me ofende profundamente su insinuación. Estos días me han preguntado los policías y lo desmiento de forma tajante. No fabriqué pruebas para que condenasen a mi marido, ni tampoco me enteré de que lo habían detenido, juzgado y condenado por mi muerte. Si lo hubiera sabido, aunque le odio por pegarme y querer matar a mi bebé, habría aparecido públicamente. Odio las injusticias. ¿Tiene usted alguna prueba que justifique su pregunta?

—No, he de reconocer que no. De momento no, pero hemos mandado analizar todos sus aparatos electrónicos para determinar en su historial si se conectó usted a páginas españolas y leyó noticias sobre su marido.

—Pues entonces, hasta que tenga alguna prueba, y ya le digo que no la va a encontrar, le rogaría que no me ofendiese, señoría.

El juez se achantó ante el carácter de Guadalupe. No pidió disculpas, pero se dio cuenta de que ella tenía razón.

Le hizo algunas preguntas más de trámite para que no pareciese que se había asustado y finalmente decidió dejarla en libertad provisional, a pesar de que el fiscal pidió su ingreso en prisión.

—Tendrá que presentarse usted en este juzgado a diario. Si faltase algún día, daré orden de detención y de ingreso en prisión provisional, ¿entendido?

—Sí, señoría. Tengo una pregunta, si a usted no le importa —suplicó con un tono más conciliador.

—Diga.

—Al detenerme, la policía se llevó a mi hijo. Lo he preguntado una docena de veces, pero nadie me ha querido decir qué han hecho con él. Como he recuperado mi libertad…

—Entiendo —interrumpió el juez, mientras pasaba las hojas de su expediente—. Aquí está —anunció, señalando con el dedo—. Se lo entregaron a la abuela paterna. A Lucía Pulgar, madre de Valentín Monaster.

Al juez no se le escapó el rictus de desprecio e ira que emergió en forma de mueca de la boca de Guadalupe.

—¿¡Están locos!? Esa mujer me odia con todas sus fuerzas. ¡Por mi culpa su idolatrado hijo está en prisión! ¡Se negará a devolvérmelo! ¡Y esperen que no lo haya asesinado para vengarse de mí!

—No exagere. En cualquier caso, le extenderé una orden judicial que ordena su inmediata entrega. Si se niega, llámeme. —Y le escribió en un papel su número de móvil—. Es el personal.

—No me lo entregará. La conozco.

—Bien —cedió el juez—. Ordenaré a dos agentes que la lleven hasta la casa de su suegra y que intervengan si no se lo entrega voluntariamente. ¿Le parece así bien?

—Sí, mucho mejor.

El juez le encargó la tarea a los dos responsables de la investigación de la comisaría de Retiro. A ambos se les revolvió la tripa al saber que la escritora quedaba en libertad y que, encima, debían trasladarla hasta la casa de la abuela paterna para supervisar la entrega del bebé. Como se trataba de un mandato judicial, tuvieron que callarse y acatarlo.

—Mientras firma usted el papeleo y el juez redacta la orden, sacamos el coche del garaje y la esperamos frente a la puerta de los juzgados —anunció el mayor con maldad. Él sabía lo que le esperaba a Guadalupe en la puerta y no quiso ahorrárselo.

En cuanto tuvo los papeles, Guadalupe corrió escaleras abajo. Al salir a la calle se encontró decenas de cámaras y periodistas esperándola en la puerta. Sintió que una plaga de langostas le envolvía. Aleteaban ruidosamente a su alrededor, casi pegándose a su piel, mientras escupían preguntas. Aturdida, se movió a merced de los empujones, sin aire que respirar. Justo cuando pensó que se iba a desmayar, una llama de indignación crepitó con violencia desde sus entrañas convirtiéndose en un poderoso rugido:

—¡¡¡Dejadme pasar!!!

Su inesperada reacción quebró el fusilamiento verbal y obró el silencio. Guadalupe lo aprovechó para bajar la cabeza y tratar de abrirse paso caminado recto. Se dio cuenta de que los que estaban delante de ella con las cámaras al hombro retrocedían lentamente. ¡Lo había conseguido!

Tras la breve tregua, las preguntas volvieron a arreciar con intensidad, como una lluvia tropical. Las espumillas de los micros se acercaban peligrosamente a su boca esperando respuestas, mientras los periodistas graznaban unos encima de otros.

—Por favor, dejad que pase —pidió de nuevo Guadalupe, pero esta vez nadie pareció escucharla.

Había quedado en libertad provisional para que la prensa no le permitiese disfrutarla.

Les odió con saña.

Al final logró llegar al coche.

Uno de los agentes empujó a los cámaras y consiguió hacer hueco para que se

subiera en la parte de atrás. No tanto por ayudarla sino porque tenía prisa y no quería perder más tiempo.

El conductor aceleró y dejaron atrás a la masa de informadores enloquecidos. O eso creyó Guadalupe, porque en realidad varios coches y motos les iban siguiendo.

12

Germán golpeó enérgicamente contra la puerta el llamador en forma de puño cerrado para avisar de su presencia, y la sonriente cara de Vila no tardó un instante en aparecer para franquearle el paso. Se fundieron en un abrazo, incómodo para Germán y escaso para Vila, que era muy de contacto.

—¡Jefe! ¡Qué alegría más grande verte! ¡Enhorabuena! —exclamó al separarse. Debió de saberle a poco porque insistió—: ¡Dame otro abrazo! —aunque, cuando se fue a tirar sobre él, su amigo le frenó con las palmas de las manos extendidas. Vila pasó por alto el rechazo—. ¡Eres la hostia! —lo elogió, feliz, mientras le palmeaba la espalda—. ¡Qué orgulloso estoy de ti! Te has salido, joder. Y tú solito, sin mi imprescindible ayuda.

—Deja de sobarme, Vila, que me vas a desgastar —rio Germán, avergonzado ante tamaña manifestación de cariño.

—¿Un abrazo más? —preguntó provocador y, al ver la cara de horror del policía, estalló en una carcajada limpia y sonora—. Anda entra, que era broma. Estás en tu casa. Bienvenido.

Vázquez, que había escuchado el jolgorio, salió de la cocina y, con la mano derecha adelantada, apretó con fuerza la de su amigo.

—Enhorabuena, Germán —le felicitó, dibujando una tímida sonrisa.

—Gracias, Vázquez.

—Jefe, espero que te guste lo que he preparado de comida. Mejor que los pegajosos macarrones que nos ofreció el gallego la última vez —dijo Vila, y se echó a reír mirándole de reojo. Germán tuvo la sensación de que hubieran pasado años desde el día en que comieron pasta, de lo intensos y duros que habían sido los acontecimientos vividos—. He pensado que, con lo famoso que te has hecho, era mejor degustar nuevas delicias culinarias en mi casa, lejos de las miradas indiscretas de la gente. Tienes muchas cosas que contarnos y te aviso que te vamos a retener hasta que desembuches todo.

—Suena a amenaza, Vila. No me jodas, que te empuro.

—Dejaos de cháchara —cortó Vázquez, ansioso por escuchar de una vez el relato de Germán—, y vamos a la mesa, que se enfría la comida.

Vila comenzó a servir el arroz a la cubana que había hecho.

—¿Puedes comer y hablar, verdad? —preguntó a Germán mientras ponía el arroz sobre el plato.

—A ver, muchachos, os prometo que voy a narraros hasta el último secreto de este tema, pero ya es asunto resuelto, y agua pasada no mueve molino. Vosotros tenéis un caso entre manos que, salvo que me digáis lo contrario, sigue sin detenciones y es prioritario. Tenemos un pacto. Cumplisteis vuestra parte y yo mi palabra: os ayudaré a resolver los asesinatos. Así que primero quiero una narración pormenorizada de en qué punto está la investigación en este momento. Cuando terminéis, os contaré el asunto de Guadalupe.

No esperaban ser los protagonistas, pero la voz de Germán sonaba tan decidida que no se atrevieron a contradecirle. Tenía, además, mucha razón. Resolver este caso

era ahora lo más urgente. Vila miró a su compañero y, a una señal de aquiescencia del inspector, comenzó a hablar.

—Voy a resumirte todo, porque en el tiempo que has estado fuera, casi seis semanas, no hemos parado de hacer gestiones y de investigar. De María, la fallecida de hace dos años, te diré ahora qué evidencias tenemos constatadas en el laboratorio.

—¿No comenzó todo con Hortensia? —apuntó Germán.

—Sí. Ella fue el primer caso. La mujer falleció el 11 de abril, aunque su nieta no la encontró muerta hasta el día siguiente, domingo. ¿Recuerdas que le sacó sangre en el tanatorio y tenía unos niveles elevados de digoxina? —Y ante el gesto afirmativo de Germán, prosiguió—: Luego Científica nos los confirmó. También que la sangre pertenecía a la muerta.

—En el centro de la tercera edad de la calle Jerte nos dieron el nombre de las dos únicas personas del grupo de Hortensia que seguían vivas —continuó Vázquez relatando—. Son dos mujeres muy mayores, ochenta y tantos años cada una. Llevaban tiempo sin ir al centro. Una había estado ingresada en el hospital y la otra se marchó a pasar una temporada con una hija a Granada. Se sorprendieron al enterarse de la muerte de Hortensia. Como llevaban un tiempo ausentes, no nos dieron casi información válida.

—Eso sí, nos pusimos ciegos a comer pastas y bombones —se regocijó Vila—. Fueron muy amables.

—Este —dijo muy serio Vázquez—, que ya sabes cómo las engatusa a todas. No había manera de salir de esas casas. Creí que lo adoptaban.

—Está celoso. No hagas caso. Mi encanto especial. Él, como es un cardo, asusta cuando pregunta. —Y le hizo una burla a su compañero—. Bueno, decidimos centrarnos en los fallecidos que iban a manualidades con Hortensia desde 2014, que fue cuando aumentó escandalosamente la cifra. En total teníamos dieciséis óbitos. Nos entrevistamos con todas las familias. De entrada pudimos descartar a siete, que habían muerto en el hospital o por otras causas muy claras. Nos quedaban nueve.

—¡¡¿Nueve?!! —se sorprendió Germán—. Son muchos cadáveres.

—No hemos parado ni un segundo. —Vázquez parecía querer justificarse ante su amigo—. Empezamos con las que habían fallecido este año, una a finales de enero, que desechamos, y la otra el 12 de marzo. Esta es de la que te hablé, la que se llamaba Mercedes.

—Ah sí, la que reanimó el SUMMA —recordó Germán.

—Esa. Tenía ochenta y cuatro años y llevaba una vida muy activa. Le trataban con digoxina una insuficiencia cardiaca, pero, por lo que nos dice todo el mundo, estaba muy controlada. Vivía sola, aunque su única hija la visitaba con frecuencia y la llamaba varias veces al día.

—El día que tuvo que asistirla el SUMMA, ¿sabe qué hizo su madre?

—Sí, habló con ella hacia las dos de la tarde. Le contó que pensaba ir a tomar café al centro de la tercera edad, charlar con los conocidos y volverse antes de que anocheciera a casa.

—¿Y ya no tuvo más contacto con ella?

—Telefoneó a las ocho de la tarde y no contestó. Insistió varias veces sin resultado: le pareció tan extraño que se alarmó y fue a su casa. La encontró sentada en

el sillón, inconsciente. Llamó de inmediato a emergencias y consiguieron estabilizarla.

—¿Estabilizarla? ¿Qué le había pasado exactamente?

—Entró en parada, pero consiguieron reanimarla. El corazón le latía muy despacio. Cuando ingresó en urgencias, los médicos hicieron una analítica y pruebas de todo tipo. Descubrieron unos niveles muy elevados de digoxina en sangre. Incluso la metieron en diálisis para ayudar a eliminar el fármaco, pero no sirvió de nada y falleció a las pocas horas.

—¿Hablasteis con los médicos?

—¡Cómo no! —exclamó algo ofendido Vila—. Se acordaban perfectamente del caso.

—¿Qué os dijeron sobre la posible causa de la muerte?

—No había nada claro. Sugirieron un suicidio o un accidente. Preguntamos si podían haberla envenenado y nos miraron extrañados. Que podría ser, pero les pareció poco probable. Les pedimos que, si se les presentaba en urgencias algún paciente con las mismas características o conocían algún caso similar, nos avisaran inmediatamente. En eso quedamos.

—¿Y qué dijo la hija?

—Que era imposible, que ni suicidio ni accidente. Está convencida de que la envenenaron.

—¿Por qué piensa eso?

Vila se levantó y cogió una carpeta. Sacó varios folios.

—Esta es la denuncia. Léela y ahora seguimos.

Germán se concentró en el escrito. Según avanzaba iba emitiendo un sonido de palabras que no llegaban a formarse, tal era la velocidad con que devoraba las líneas. Colocó el dedo encima de una línea y se volvió a mirar a Vila.

—¿La hija dice que receló porque su madre estaba sentada? ¿Qué tiene eso de raro?

—Según nos dijo su hija, a su madre se le hinchaban las piernas. Por eso se compró un sillón reclinable. Siempre, por norma, lo extendía para tener los pies más elevados. Solo cuando había algún invitado, por educación, se sentaba normal. Ella la encontró sentada y dedujo que había tenido una visita.

—Entiendo. Sigo con la denuncia —anunció y retiró el dedo que le había servido de marca para enfrascarse de nuevo en la lectura. Al cabo de un momento volvió a preguntar—. ¿Estaba vestida y la luz del techo encendida? ¿Esto también se sale de lo normal? ¿Por qué le llamaron la atención esos detalles si ya era de noche?

—Nos contó que su madre, de metódica que era, podía llegar a ser exasperante. Repetía siempre las mismas rutinas. Llegaba a su domicilio por la tarde, se lavaba las manos, la cara, se untaba de crema hidratante, se ponía una especie de chándal cómodo de estar por casa, se tumbaba en el sillón reclinable y a ver la tele hasta la hora de dormir. Para que no le molestara, apagaba la luz del techo y encendía una lámpara de esas de pie que iluminaba de una forma más difusa.

—En la denuncia no se habla de ningún chándal.

—Claro, es que estaba vestida con la ropa de calle, incluidos zapatos.

—Me parece que la hija hila demasiado fino. Pudo llegar a casa, sentirse indispuesta y sentarse en el primer sitio que tenía a mano. De ahí que la encontrara así.

—También se nos ocurrió a nosotros y se lo dijimos, pero salió con que había encontrado una taza con restos de café en la mesa y una servilleta al lado.

—Eso no me dice nada. Pudo ser de antes.

—Insistió en que no, que su madre era de hábitos fijos y jamás habría dejado nada sin recoger, que antes se hubiera cortado un brazo que dejar una taza sucia del día anterior sobre la mesa del salón.

Germán siguió leyendo, rumiando las palabras en voz baja.

—¿Una segunda taza en el escurreplatos? ¿Dónde iba a estar?

Parecía el abogado del diablo, poniendo pegas a todo, pero no quería dejarse llevar por las paranoias de una hija que no aceptaba la muerte natural de su progenitora.

—Su madre nunca las ponía allí. Siempre las secaba y las colocaba en un estante. Por eso le sorprendió; cuando volvió a la casa después de la muerte, se la encontró descolocada, según ella.

—El daño que han hecho las series de investigadores —balbuceó Germán entre dientes—. Aquí ya todos somos policías.

—¡Hizo hasta fotos! —exclamó Vila.

—Sí, esa suerte que tuvimos —ratificó Vázquez—. Estaba tan convencida de que había tantas cosas que se salían de la normalidad que las fotografió todas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero la hija a qué se dedica? ¿Es compañera o algo?

—No, creo recordar que nos dijo que era psicóloga.

—Y ya por curiosidad, la loquera esa, ¿ha esbozado alguna teoría?

—Sí, lo ha hecho. Cree que, o bien salió del centro con alguien, o lo encontró en la calle. Fue a preguntar al Hogar del Jubilado y habló con la gente que estuvo esa tarde con Mercedes. Nadie recordaba haberla visto salir, así que no sirvió de gran ayuda.

—Tendría que tener mucha confianza con esa persona para invitarla a su casa. No creo que se llevase al primero que viera por ahí tirado. ¿Su hija os hizo un listado de todas sus amistades?

—Le hablaba de gente, pero, aunque hizo memoria, no logró recordar a muchas personas, y todos nombres de pila, sin apellidos.

—Sigue contándome su teoría —pidió Germán.

—Según su secuencia de hechos, su madre invitó al sospechoso a tomar un café a casa, por eso estaba todavía con ropa de calle y sentada. Y el desconocido la envenenó echándole digoxina en el café. Después lavó solo su taza y la colocó en el escurreplatos. Mira las fotos. Las hizo después de muerta su madre. Aquí está la taza y el plato —dijo señalando con el dedo.

—¿Fuisteis a echar un ojo al domicilio?

—Sí, la mujer nos dio todas las facilidades. Habían pasado ya tres meses de la muerte, pero quisimos mirarlo para hacernos una idea y porque, según nos dijo, el salón no lo habían tocado apenas. Fuimos con uno de Científica de comisaría para que nos echara una mano.

—¿Encontrasteis algo?

—Lo importante es lo que no encontramos —respondió misterioso Vila—. Cuando examinamos las sillas, en una de ellas, la más próxima a donde apareció la

mujer muerta, descubrimos que no había ninguna huella, en el resto, sí. ¿Raro, eh? —enfatizó el investigador—. La idea de revisar la silla se le ocurrió al de Científica, que curiosamente es el mismo compañero que había procesado la casa de Hortensia. Se sorprendió al encontrar la misma anomalía. Podría ser hasta un mismo patrón si se tratase de un asesino en serie. Solo una silla había sido limpiada a conciencia. La más cercana a las víctimas, como si alguien que la hubiera usado quisiese borrar cualquier rastro de su presencia.

—O sea que por el momento llevamos dos muertas en este año con muchas similitudes —pareció meditar Germán en voz alta.

—En este año sí, pero en el pasado tenemos más —intervino Vázquez por primera vez. Su voz tenía un deje de angustia.

—Espera, vamos por partes —pidió Germán, al que no se le había escapado la zozobra de su compañero—. ¿Encontrasteis algún resto biológico anónimo, alguna huella o algo que podamos usar en la identificación del supuesto asesino?

—Recogimos algunos restos. Pasamos la torunda por los sitios donde pudo dejar rastro, pero aún no nos han contestado de ADN. Si te soy sincero, soy pesimista. No creo que encontremos nada.

—Pues yo tengo esperanza de que se haya dejado algo —corrigió, siempre positivo, Vila—. Este hombre no solo ve el vaso medio vacío siempre, sino que encima cree que el agua está envenenada —lo acusó antes de echarse a reír por su ocurrencia.

—Soy realista, Vila —intervino circunspecto Vázquez—. Cuando entramos en el domicilio, habían pasado ya tres meses: por mucho que nos dijera la hija, vete tú a saber quiénes han estado toqueteando por allí después de muerta.

—El caso pinta enrevesado, peliagudo, diría yo, pero también parecía imposible encontrar a Guadalupe, y acabé localizándola —les animó Germán.

Habían dado buena cuenta del primer plato y Vila se fue a la cocina a buscar el segundo. Mientras se quedaron solos, Germán percibió de nuevo la desolación en la cara de su amigo.

—¿Esas carpetas de ahí son una copia para mí? —preguntó Germán. Vázquez asintió sin mirarle a los ojos—. Hoy mismo, si puedo, lo miro todo en casa y me hago una composición completa de cuál es la situación —le prometió en un intento de animarle. Sabía cómo se sentía, conocía la frustración que se apodera del investigador cuando, después de trillar todas las posibilidades, no se encuentra ningún hilo del que tirar. A él le había pasado. Hasta desear que entrase un muerto nuevo en la oficina para renovar energías.

—Oye, que tú ya has tenido lo tuyo —trató de disuadirle sin mucha energía Vázquez—. No te vamos a machacar justo cuando acabas de solucionar tu caso. Tómate unos días de descanso y en un par de semanas te pasamos la documentación y la vas mirando despacio.

—¿Estás gilipollas? ¿Crees que soy un viejo decrépito que tiene que descansar después de resolver un caso? En peores plazas he toreado. En cuanto llegue a casa me pongo con este asunto, y no hay más que hablar.

—Gracias a toda la corte celestial que has venido —exclamó Vila, que salía de la cocina con una cazuela en las manos y los platos para comer—. Con tu ayuda seguro

que solucionaremos el caso, fijo. ¿Quién quiere un poco de pollo en escabeche?

—Yo —dijo Germán, y adelantó el plato para que le sirviera—. ¿Lo has hecho tú?

—Las delicias culinarias son obra de mi madre. Pero yo fui a buscarlas a su casa. —Y estalló en una sonora carcajada.

—¡Acabáramos! Ya decía yo que de tus manos no podía salir algo tan sabroso —le azuzó Germán con una sonrisa—. Venga, seguid contándome. Os quedan siete muertos de 2014.

—Efectivamente. Dos habían fallecido en el primer semestre y cinco en el segundo. Descartamos a tres después de entrevistarnos con sus familiares. Y nos centramos en los cuatro que quedaban, que curiosamente habían fallecido todas después del verano —retomó el relato Vila, que perdió de golpe el tono jocoso. Hablar de una investigación le producía respeto.

—Son demasiados muertos —sentenció Germán con el aplomo que le daban años de experiencia.

—Sí, dínoslo a nosotros.

—¿Y a todas los mataron?

—Hay dos mujeres que seguro que sí —prosiguió Vila—. Fallecieron en diciembre, una en el puente de comienzo del mes, el de la Constitución, y otra después de Navidad. Malas fechas para morir porque no estaba su médico de cabecera y, a falta de quien firmara la defunción, tuvieron que hacerles la autopsia. Menos mal, porque pedimos al juez que solicitara al Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses un estudio específico de digoxina en sangre con las muestras que guardan en custodia. Esta mañana llegaron los resultados. ¿Y a que no te imaginas los resultados?

—Positivo en digoxina.

—Eso es. Los dos casos.

—¿Y las otros dos de las que me habéis hablado?

Vila se levantó y cogió otras dos carpetas. Le retiró el plato, en el que solo quedaban unos huesos pelados, y las colocó delante de su exjefe.

—Estas son las declaraciones de los familiares.

Germán las leyó con interés, empapándose de cada información que contenían.

—Es el mismo *modus operandi*. Pero faltan pruebas. ¿Los enterraron?

—Sí.

—¿Habéis hablado con su señoría?

—¿Para qué?

—Para pedir la exhumación de los cuerpos y poder establecer si murieron intoxicadas con digoxina.

—Se lo comentamos, pero lo encontramos muy reacio. No creo que nos lo conceda si no aportamos indicios más sólidos.

—Deberíais volvérselo a pedir —sugirió Germán.

—Es cierto, Vázquez —le apoyó Vila—, quizá, si le contamos las últimas novedades y argumentamos bien la solicitud, puede que nos lo conceda.

A Vila la presencia de su mentor le había insuflado nuevos bríos.

Vázquez no parecía muy convencido.

—A ver, amigo mío —insistió Germán—, no te tortures. Habéis hecho un

excelente trabajo. Tiene razón Vila, argumentadlo bien y volved a hablar con el juez. Debes pelear por conseguir la autorización. Dan vértigo vuestros descubrimientos. Como poco, cuatro mujeres asesinadas en menos de un año. Y otras dos en este, y quién sabe si podrían ser más.

—Tengo que pensarlo —dijo Vázquez, que así evitaba tomar una decisión fruto de un calentón. Prefería madurarlo.

—¿Están todos los casos judicializados? —preguntó Germán.

—Estos sí. La denuncia de Hortensia le tocó por reparto al juzgado de instrucción número 20. Con el segundo caso, el de Mercedes, consideramos que podía estar relacionado con el anterior y fuimos a hablar directamente con el juez. Decretó secreto del sumario y desde entonces tenemos comunicación directa con él. Mañana le haré una visita para sondearle —concedió el agente.

—¡Solucionado! —exclamó animado Vila—. Un tema menos. Jefe, ya te hemos puesto al día de este asunto. Ahora, te toca a ti contarnos todos los pormenores de la detención de Guadalupe. Seguro que hay detalles chulos que no salen ni saldrán en la prensa. Esos son los que interesan. ¡Empieza a desembuchar!

—Antes, prepárame un café americano. Y tomaos otro también vosotros, que os hará falta.

Germán comenzó a relatarles todas las vicisitudes que había vivido hasta culminar con la entrega de Guadalupe en la comisaría de centro. La cara de asombro de sus amigos, sus imprecaciones ante los descubrimientos que hacían de la personalidad de la mujer y los ojos desorbitados en algunas partes de su relato espoleaban a Germán a vaciar sus recuerdos compartiéndolos con sus compañeros, que en su día también fueron rozados por aquellos acontecimientos.

—No me puedo creer todo lo que nos cuentas. ¡Qué hija de puta! —estalló Vila, después de no haber abierto la boca durante todo el relato.

—Germán. —Y la voz de Vázquez sonó ansiosa. Hacía mucho rato que le quemaba una pregunta en la boca y se aguantó por educación hasta que, como el fuego en la garganta de un dragón, se le escapó descontrolada—. ¿Le preguntaste si mató también a nuestras ancianas?

—Teníamos a los rusos pisándonos los talones —respondió, dejando el enigma en alto.

—¡No fastidies! —protestó Vila como un niño pequeño.

—¿En serio que no le preguntaste? —había ansiedad en la cara de Vázquez.

—Lo hice, tranquilos.

—¿Qué respondió?

—Le pregunté: además de a María, ¿has matado a alguien más? Respondió que sí, sin dejar lugar a la duda. No sé por qué, pero después de todo lo que había hablado con ella no esperaba esa respuesta, aunque tampoco me sorprendió. Así que volví a la carga. ¿Mataste a Hortensia y a otras ancianas que vivían cerca de María? Me contestó: «No. No sé quiénes son. A ellas no».

—Entonces, ¿a quién más mató? —preguntó Vázquez desconcertado.

—No lo sé, realmente no lo sé. No pude preguntarle nada más. Tuvimos que salir pitando.

—¿Pudo engañarte?

—No, imposible, aún estaba bajo los efectos de la droga. Dijo la verdad. Ella ha asesinado a alguien más aparte de María, pero no mató a esas mujeres.

—Lo que nos plantea un gran problema. Seguimos teniendo a un asesino en serie suelto en nuestro distrito. —El tono de la afirmación de Vázquez era desesperado.

—Ánimo. No te rindas. Haremos todo lo posible por cazarle e intentaremos antes de que cometa su próximo crimen.

—Seguro que sí —apostilló Vila—. Algún error habrá cometido. Solo hay que encontrarlo. Si es necesario, volveremos a revisarlo todo de nuevo. Ahora que estás tú seguro que le pillamos.

La conversación se vio interrumpida por el sonido del teléfono de Germán. Miró la pantalla y le extrañó que le llamase su comisario. Les indicó con un gesto a sus compañeros para que esperaran y descolgó.

—Jefe, dígame.

Sus ojos se abrieron mucho.

—Pero ¿cómo ha podido ser? —preguntó Germán.

Vila y Vázquez cruzaron una mirada, algo grave estaba ocurriendo.

Germán les hizo una seña de que encendieran la tele.

En la imagen apareció la casa de Batres rodeada de periodistas. Unos agentes abrían paso a una ambulancia que llegó a toda velocidad con las luces encendidas.

—Entrégame a mi hijo —exigió Guadalupe.

Lucía, que había descolgado de la pared todos los estoques de su marido y los estaba afilando, levantó la cabeza y se encontró la figura de su resucitada nuera. El aspecto era el de una loca desaliñada.

—Tanto tiempo alejada de esta casa se nota —respondió, pausada, evidenciando todavía más el nerviosismo de la escritora—. Te has olvidado de las mínimas normas de educación. Llegas como los salvajes y pretendes mi atención —le reprochó Lucía con desprecio, mientras deslizaba la chaira con sumo cuidado por el filo del acero, un ritual que repetía varias veces al año—. Mira esas ropas y ese pelo. Vas como una desarrapada. Al menos te podrías haber adecentado antes de presentarte sin invitación en la casa de tu suegra, ¿no crees?

—Entrégame a mi hijo —repitió, masticando cada letra con ira.

—Si quieres que cumpla tu deseo, primero habrás de pedirlo con educación, pero antes adecéntate un poco —le ordenó sin siquiera mirarla.

—¿Dónde está? —insistió exigente.

Lucía le respondió con un gesto displicente de la mano que indicaba que la conversación se había acabado y que se marchara.

—He venido acompañada de dos policías —anunció Guadalupe, que no estaba dispuesta a rendirse—. Un juez les ha dado la orden de que garanticen la entrega. Les he pedido que esperaran fuera porque pensé que te avendrías a razones, pero si no me entregas a Víctor ahora mismo —amenazó, remarcando mucho las dos últimas palabras—, saldré a llamarles para que te detengan.

—Hazlo, pero entonces jamás lo volverás a ver —respondió sin amedrentarse lo más mínimo.

—Irás a la cárcel, como tu hijo —trató de intimidarla.

Un fugaz gesto de cólera cruzó el rostro de Lucía. Desapareció rápido.

—Y tú te quedarás sin hijo. El médico me ha dicho que me estoy muriendo. No me quedan más de tres meses de vida —mintió con descaro para seguir controlando la situación—. Yo no pasaré mucho tiempo entre rejas. Tú, toda una vida sufriendo, preguntándote a cada minuto dónde estará tu hijo. Por mí no hay problema, llámales si te place.

Guadalupe sopesó durante unos segundos el ultimátum y tuvo miedo, pero tampoco estaba dispuesta a obedecer a aquella mujer a la que tanto despreciaba. Conocía la casa. Nadie le iba a impedir que registrara todas las habitaciones hasta dar con el pequeño.

—¡¡¡Víctor!!! ¡¡¡Víctor!!! ¡¡Hijo, soy mamá!! ¡¡¿Dónde estás?!! —chilló desde el rellano de la escalera—. ¡¡Víctor, he venido a llevarte a casa!! ¡¡Cariño, dime dónde estás!!

Aguardó en silencio una respuesta, cualquier sonido que le indicase a dónde debía ir, pero solo escuchó la voz de su suegra.

—Grita lo que quieras, no está aquí.

—¿Dónde lo has metido? —preguntó con una mezcla de angustia y rabia.

Lucía levantó la cabeza, pero al percibir nuevamente su desagradable presencia, volvió a despedirla con un gesto de la mano.

Guadalupe se retiró.

—Voy a llamar a los policías.

Unos segundos después, mientras deslizaba con cuidado un trapo con unas gotas de aceite por el estoque, Lucía escuchó complacida el agua corriendo en el lavabo.

Sonrió triunfante. Había conseguido que se humillase.

—Ya estoy. No necesito mucho para estar perfecta, algo que en tu caso es imposible —comentó una orgullosa Guadalupe cuando de nuevo entró en el salón.

La madre de Valentín la evaluó con la mirada.

—Peinada con esmero y limpia. Aunque tu ropa deja mucho que desear. En el garaje hay unas cajas con la ropa que no te llevaste a tu primera tumba. La empaqueté para mandársela a tu madre, pero jamás lo hice. Cámbiate y hablaremos.

—No vas a jugar más conmigo. Dime dónde está mi hijo.

—¿Sabes dónde está el mío, tu marido? —Y como la escritora no respondió, siguió hablando—: En la cárcel, condenado por haberte asesinado. ¡Fíjate qué incoherencia, porque estás aquí viva!

—La policía se equivocó. No fue culpa mía —dijo con desprecio Guadalupe.

—¡No te atrevas a despreciar mi inteligencia! ¡¡Ni se te ocurra!! —chilló fuera de sí—. Tú te lo quitaste de en medio —dijo, señalándola con el dedo acusatorio—. Tú lo metiste en la cárcel. Ya se lo avisé. Le dije que no me gustabas nada, que solo le querías por su dinero, que la única mujer en este mundo que la amaba sinceramente era yo, su matuska, pero no me hizo caso. ¿Te puedes imaginar lo que he sufrido durante este tiempo? El dolor tan grande que le has causado a él y a mí. Nos lo has arrebatado todo. Nos has convertido en unos parias y en unos desgraciados. Podría insultarte con todas las expresiones que conozco y en todos los idiomas, y ni aun así quedaría satisfecha. Quiero que sufras hasta que el dolor te desgarre por dentro y desees morir. Solo así seré feliz.

—Ni se te ocurra hacerle daño —rabió Guadalupe—. Devuélvemelo.

—Y si no quiero, ¿qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—No me pongas a prueba.

Lucía se levantó y se acercó a ella lentamente, con las manos a la espalda y sosteniéndole la mirada.

—Solo te voy a decir una cosa: vas a sufrir el peor de los castigos que pueda tener una madre, saber que nunca más va a volver a ver a su hijo, que no oirás sus risas, ni tendrás sus abrazos, que no le verás hacer la comunión ni casarse.

—¡Te mato! —gritó Guadalupe, antes de lanzarse sobre ella.

Lucía, con un movimiento ágil, sacó de su espalda el estoque que su marido le había regalado hacía años y lo sostuvo con firmeza para que la escritora se ensartara en él a la altura del corazón. Se lo clavó hasta el mango.

—Te mato yo —le susurró al oído—, y en defensa propia, zorra.

Guadalupe no sintió dolor, solo un frío que la penetraba en el corazón. Y mientras se le escapaba la vida, no se acordó de su hijo ni de su familia, solo era capaz de pensar en Morocho, aquel toro noble con el que se había batido en duelo el gran Valentín Monaster. Ella moría con el mismo estoque, pero sin honor ni señorío. En

una maniobra fea y traicionera.

Lucía sacó lentamente la espada y sobre la blusa de su nuera empezó a dibujarse una mancha roja que fue creciendo con rapidez. Guadalupe dio unos pasos hacia su suegra, que retrocedió para que no la alcanzara. Antes de llegar a tocarla, se desplomó como un muñeco inerme, con los ojos muy abiertos, mirando al techo pero ya sin ver. La vida se había detenido para ella.

La madre de Valentín volcó la mesa con gran estrépito y arrojó todo lo que encontró a su paso. Cogió con el trapo del aceite una de las espadas que estaba limpiando y marcó las huellas de Guadalupe en la empuñadura. Después, sin pensárselo dos veces, se hizo un profundo corte en el brazo y luego se clavó la punta en el hombro. El dolor bien valía librarse de la cárcel.

Solo le quedaba salir a la calle y desmayarse delante del coche de los policías.

Vila y Vázquez, concentrados en las noticias, no prestaron atención cuando Germán anunció que iba al baño. Era una excusa. Solo necesitaba privacidad.

Bajó la tapa de la taza y se sentó. Manoseó durante un rato el móvil, desbloqueó la pantalla, lo giró, volvió a bloquearlo…

Dio vueltas durante minutos a la misma idea casi hasta hacerla sudar.

Sabía qué tenía que hacer pero el miedo lo atenazaba. Solo de pensarlo notaba cómo la angustia le cerraba el estómago. Se levantó y caminó por el baño para tratar de aliviar el estrés.

Valor, se dijo.

Lo desbloqueó, marcó el único número que conocía de memoria, el de su todavía mujer, y esperó.

El pulso se le aceleró mientras escuchaba los tonos, sin saber si ella descolgaría.

Lo hizo.

—Hola, soy yo —anunció Germán.

Agradecimientos

Cuando uno escribe una novela, le roba tiempo a su entorno más cercano y a sus seres queridos con la esperanza de que muchos desconocidos disfruten durante unos días de lo que se tarda tantos meses en crear. Sois un puñado, así que permitidme que no os nombre. Gracias por ayudarme y por aguantar mis ausencias.

También quiero dar las gracias a mi editora, Carmen Fernández de Blas, por creer en mi historia en tiempo récord. Le entregué la novela y en menos de veinticuatro horas me llamó entusiasmada. Gracias por apostar por mí una vez más.

Antonia Kerrigan, mi representante, no se prodiga en elogios, pero siempre da el consejo adecuado. Ponerme en tus manos ha sido un gran acierto.

Hay dos amigos a los que pedí que leyeran el libro y me dieran su opinión, que es la que figura en la contraportada. A pesar de que sus ajetreadas vidas profesionales les dejan poco tiempo para la familia, los dos aceptaron sin pensárselo. Son Carlos Segarra, de la Policía Nacional, y Juan José Reina, de la Guardia Civil. Cada uno por su lado me advirtieron que serían objetivos e implacables, como en sus investigaciones. He de confesar que la novela que tienes en tus manos no es la misma que ellos leyeron. Usé sus comentarios y sugerencias para mejorarla. Gracias a ambos.

También quiero reconocer la profesionalidad de Natalia Silva, la fabulosa fotógrafa que me hizo el retrato que aparece en este libro.

Y aquí quiero agradeceros a todos los que en persona o a través de las redes sociales me habéis preguntado durante estos meses cuándo publicaba mi siguiente novela y manifestabais, en el buen sentido, vuestras quejas por la tardanza. Aquí está. A los que la tengáis entre vuestras manos, gracias por dejarme acompañaros. Espero que la disfrutéis. Y ya sabéis que siempre estoy abierto a conocer vuestras opiniones. En Twitter soy @Nacho_Abad y en Instagram, @nachoabadtv.

Notas

* Huella dactilar: es la mancha invisible de la yema de los dedos dejada involuntariamente sobre una superficie. Ha de revelarse para hacerla visible.

Impresión dactilar: es el dibujo que cada dedo imprime, una vez entintado, sobre un soporte adecuado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Nacho Abad, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): septiembre de 2017
ISBN: 978-84-9164-117-9 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Table of Contents

Dedicatoria
Citas
Primera parte. LA BÚSQUEDA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte. GUADALUPE
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tercera parte. ¿LA RESOLUCIÓN?
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Agradecimientos
Notas
Créditos